

TERRA ANTIPODVM
REGIS CASTELE
IN VETA: A XPO FO
R O C O L V B O: I A N
V E S I

FERNANDEZ
CALIFORNIA

BIMINI.
REGIO.

TENOST
ANGVIA
MOR M

CARTOGRAFÍA Y CRÓNICAS DE LA ANTIGUA CALIFORNIA

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES, A.C.

Tema de este libro es la historia de cómo entró California en la *imago mundi* que es la geografía universal. La atención se concentra de modo especial en la llamada aquí antigua California, la gran península, territorio que fue el primero en recibir el mágico nombre. Situada California, según el relato fabuloso, "a la mano diestra de las Indias", fue ella y luego las tierras al norte, hasta el extremo mismo del continente, señuelo que puso en marcha larga serie de expediciones. De las mismas se derivaron los conocimientos que hicieron posible delinear el perfil de California y de los litorales del gran noroeste americano en el ámbito de las tierras del orbe, es decir en la geografía universal.

A lo largo de casi tres siglos, hombres de muy diferentes orígenes —españoles, mexicanos, ingleses, franceses, rusos y angloamericanos— fueron estableciendo contacto con los habitantes nativos en esas vastas regiones. De sus encuentros, pacíficos unos, y violentos otros, y de la naturaleza californiana en su sentido más amplio, se conserva un rico caudal de testimonios.

A la par que quienes exploraban iban conociendo y delineando el perfil geográfico de la California, tenida unas veces como isla y otras como península, organizaban allí nuevas formas de asentamientos humanos. Abarcaban ellos centros misioneros, presidios o fuertes, reales de minas, haciendas, ranchos y asimismo instalaciones portuarias.

Del largo proceso que trajo consigo la implantación de la cultura europea en tan vastos territorios, se conservan numerosos testimonios. Por una parte están los derroteros de navegaciones, los diarios, relatos y crónicas de quienes tomaron parte en las penetraciones. Por otra, se dispone también de un gran conjunto de producciones cartográficas, desde las demarcaciones de litorales con sus diversos accidentes, incluyendo a las islas, hasta los mapas que pertenecen ya a la cartografía del continente y también a la universal, como los mapamundis y globos terrestres.

Por las características tan peculiares del perfil geográfico de las Californias, cabe seguir, paso a paso, a través de tales relatos y mapas, la historia de cómo su imagen se fue tornando presente, con sucesivas y grandes variantes, en la cartografía que se produjo desde el siglo XVI.

Acudiendo en este libro a esos distintos géneros de relatos y a la amplia y variada producción cartográfica, espejo de lo que se iba conociendo, se ofrece una historia que es compendio de maravillas. En ella son protagonistas numerosos pueblos indígenas con los que se encuentran hombres como Hernán Cortés, los capitanes Francisco de Ulloa, y Juan Rodríguez Cabrillo, los corsarios Francis Drake, Thomas Cavendish y Joris van Spilbergen, el navegante Sebastián Vizcaíno, y también muchos jesuitas como Eusebio Francisco Kino y Juan María Salvatierra o franciscanos, entre ellos Junípero Serra y Francisco Palau . . . Sus personas y actuaciones se entreveran con los de otros bien conocidos en la historia americana y universal. Entre los más célebres, que tuvieron que ver con la magna empresa de las Californias, están Carlos V, los cosmógrafos y cartógrafos Alonso de Santa Cruz, Sebastián Caboto, Battista Agnese, Bolognino Saltieri, Gerardo Mercator, Abraham Ortelius, Wilhelm Blaeu, Henricus Hondius y otros muchos, además de cronistas reales, e historiadores como Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera, Giovanni Battista Ramusio y Richard Hakluyt.

En seis capítulos, con una introducción y una conclusión, se distribuye lo que en este libro se expone. Punto de partida —capítulo I— es relacionar el tema de las Californias con el de las tierras hacia el rumbo del poniente, buscadas tan afanosamente por Colón y quienes lo siguieron. El enigma de lo que había "más allá" tardó en desvanecerse. Hay mapas del continente americano, impresos en 1540, en los que aparece Japón donde se ubica en realidad California. Hernán Cortés, la mar del Sur y sus expediciones a California (1532-1539) son asunto sobre el que versa el capítulo segundo. La gran península entra entonces, por vez primera, en el escenario de la cartografía europea.

(Continúa en la siguiente solapa)

(Viene de la solapa anterior)

A lo alcanzado por Cortés se suman luego —aunque a veces en medio de enfrentamientos— los esfuerzos de varios virreyes, a partir de don Antonio de Mendoza. El tercer capítulo abarca así expediciones de tanto interés como la que realizó por tierra Francisco Vázquez de Coronado, con el primer cruce del gran río “de la Buena Guía” o “del Tizón” (el Colorado), y también: los viajes por mar de Hernando de Alarcón y de Juan Rodríguez Cabrillo que llegó más allá del paralelo 40° de latitud norte. Nuevos intentos de demarcación hasta latitudes aún más septentrionales, logros de Sebastián Vizcaíno y Henrico Martínez, así como fallidas empresas de explotación perlífera, son continuación —en un cuarto capítulo— del hilo de esta historia. Es en ese lapso, a lo largo del siglo XVII, cuando se difunde la falsa imagen de California como isla. Penetración y asentamiento definitivos en California, con acuciosas exploraciones por mar y tierra, obra de los jesuitas, es lo que, en suma, abarca el capítulo quinto. En él se trata del inicio de la recuperación de la imagen peninsular de California. La figura del padre Kino ocupa lugar prominente.

El último de los capítulos —el sexto— ofrece el cuadro de lo que fueron los postreros avances de los jesuitas hasta el momento de su expulsión, así como la definitiva expansión hacia la Alta California gracias al visitador José de Gálvez y al esforzado franciscano Junípero Serra. Se inician entonces las rivalidades internacionales —rusos, ingleses y españoles— en torno a la posesión del gran noroeste del Nuevo Mundo.

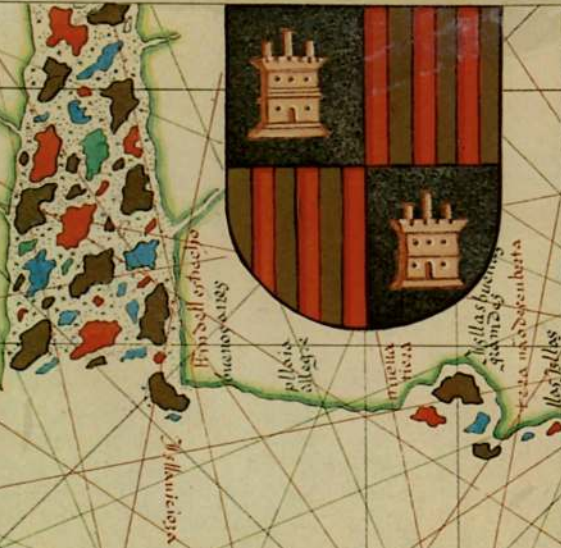
Así como en la *Introducción* a este libro se habla de las fuentes documentales y cartográficas en que se apoya la investigación, a su vez, en la sección intitulada *Conclusiones*, la atención se concentra ya en la forma cómo se logró, durante el último tercio del siglo XVIII, la definitiva imagen de las Californias y del noroeste americano hasta Alaska en la geografía universal. La complicada trama de crecientes intereses geopolíticos —con la entrada en escena de los anglo-americanos— es asimismo objeto de consideración. El libro se cierra con una reflexión acerca del presente y del posible destino de las Californias.

A los estudiosos de la geografía histórica, a quienes se ocupan del noroeste mexicano y de lo ocurrido a lo largo de los extensos litorales del septentrional americano en el Pacífico, e incluso a los que se sienten atraídos por los relatos de viajes y aventuras, interesará esta obra. Ilustrada ampliamente, incluye más de 100 mapas en blanco y negro y cerca de 50 en color, algunos de ellos en forma de encartes, de gran formato. Es así este libro un rico atlas con muestras de la cartografía universal de sumo interés.

Su autor, Miguel León-Portilla, investigador emérito en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, además de sus conocidas aportaciones en el campo de la cultura náhuatl, se ha ocupado también del tema de las Californias. Una muestra de ello lo ofrece la edición preparada por él de la *Historia natural y crónica de la Antigua California*, del misionero Miguel del Barco, trabajo que había permanecido inédito y que ilumina lo que fueron los últimos treinta años de actividad jesuítica en la península. Esa obra, recientemente reeditada (1988) y asimismo publicada en inglés, al igual que esta *Cartografía y Crónicas de la Antigua California*, contribuye en alto grado a valorar lo que ha sido y es la estrecha vinculación de México con la Baja y la Alta California.



RVILLOPEZDE
VILLOBO



C I R C V L V S . C

49
48
47
46
45
44
43
42
41
40
39
38
37
36
35
34
33
32
31
30
29
28
27
26
25
24
23
22
21
20
19
18
17
16
15
14
13

CARTOGRAFÍA Y CRÓNICAS
DE LA ANTIGUA CALIFORNIA

CARTOGRAFÍA
Y
CRÓNICAS
DE LA ANTIGUA
CALIFORNIA

Miguel León-Portilla



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES, A.C.

Primera edición: 1989.

D.R. © Fundación de Investigaciones Sociales, A.C.
Calle Francisco Sosa # 230, Coyoacán, D.F. 04000.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES, A.C.

ISBN 968-6115-06-4

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

ÍNDICE GENERAL

SUMARIO	VI
PRESENTACIÓN	IX
INTRODUCCIÓN	1
I. EL PUNTO DE PARTIDA: NUEVAS TIERRAS Y NUEVA CARTOGRAFÍA ...	11
II. HERNÁN CORTÉS: LA MAR DEL SUR (1522), LA ISLA POBLADA DE MUJERES (1523), EL VIAJE A LAS MOLUCAS POR EL CAMINO DEL PONIENTE (1527), Y SUS EXPEDICIONES A CALIFORNIA (1532-1539)	33
III. EXPLORACIONES A LO LARGO DE LAS COSTAS CALIFORNIANAS DISPUESTAS POR LOS VIRREYES (1539-1595)	57
IV. NUEVOS INTENTOS DE DEMARCACIÓN GEOGRÁFICA, CALIFORNIA COMO ISLA Y FALLIDAS EMPRESAS DE EXPLOTACIÓN PERLÍFERA (1596-1682)	79
V. CINCUENTA AÑOS DE EXPLORACIONES Y CARTOGRAFÍA JESUÍTICAS (1683-1734): HACIA LA RECUPERACIÓN DE LA IMAGEN PENINSULAR DE CALIFORNIA	103
VI. POSTRERAS APORTACIONES JESUÍTICAS Y EXPANSIÓN HACIA LA ALTA CALIFORNIA (1735-1777). RIVALIDADES INTERNACIONALES EN TORNO AL NOROESTE DEL NUEVO MUNDO	133
CONCLUSIONES. LA DEFINITIVA IMAGEN DE LAS CALIFORNIAS Y DEL NOROESTE DE AMÉRICA EN LA CARTOGRAFÍA UNIVERSAL	165
FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA	187
ÍNDICE DE LÁMINAS	195
ÍNDICE DE FIGURAS	197
ÍNDICE ANALÍTICO	201

SUMARIO

INTRODUCCIÓN 1



Los testimonios base de nuestro estudio, 4. El presente libro y las aportaciones de otros investigadores, 7. El periodo aquí abarcado, 9. Compendio de maravillas, 9.

Capítulo I. EL PUNTO DE PARTIDA: NUEVAS TIERRAS Y NUEVA CARTOGRAFÍA 11



El trasfondo del viaje de Colón, cuando, dificultado el comercio con el Asia por el Oriente, hubo de buscarse una ruta por el Occidente, 18. Para navegar al Asia por la ruta del poniente, 19. Cristóbal Colón y el globo terráqueo de Martín Behaim, 21. Inicios del largo proceso de configuración de una nueva imagen del mundo, 22. Cartografía, reflejo de la experiencia, 23. Exploraciones hacia el cercano norte y poniente de las islas Antillas: la Florida, Yucatán y México, 27.

Capítulo II. HERNÁN CORTÉS: LA MAR DEL SUR (1522), LA ISLA POBLADA DE MUJERES (1532), EL VIAJE A LAS MOLUCAS POR EL CAMINO DEL PONIENTE (1527), Y SUS EXPEDICIONES A CALIFORNIA (1532-1539) 33



Encuentro de la mar del Sur, 35. Aportaciones cartográficas, 37. Cortés y las noticias sobre la isla poblada toda de mujeres, 37. La fallida búsqueda del estrecho y las varias desgracias de Cortés, 38. La expedición a las Molucas, 41. Capitulaciones para explorar en la mar del Sur, 45. El envío de la primera expedición a las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza, 1532, 46. La expedición capitaneada por Diego Becerra y Hernando de Grijalva, 1533, 47. Hernán Cortés va al frente de su tercera expedición, 1535, 48. La cuarta expedición, a cargo de Francisco de Ulloa, 1539, 51. Mapas derivados de las exploraciones cortesianas, 53.

Capítulo III. EXPLORACIONES A LO LARGO DE LAS COSTAS CALIFORNIANAS DISPUESTAS POR LOS VIRREYES (1539-1595) 57



El retorno de Cabeza de Vaca y el nuevo gran señuelo para explorar el norte, 59. La expedición por mar y tierra, 61. La expedición de Hernando de Alarcón, 61. El avance de Coronado y la expedición a cargo de Melchor Díaz, 63. Cartografía europea en que se toma en cuenta la expedición de Alarcón, 64. El virrey Mendoza prepara nuevas exploraciones, 65. La expedición de Rodríguez Cabrillo (1542-1543), 66. Cartografía en la que se reflejan las noticias del viaje de Cabrillo, 68. La conquista de las Filipinas y el descubrimiento de la ruta del "tornaviaje", 71. Búsqueda del estrecho de Anián e intentos de demarcación del litoral californiano, 73. Lo representado en la cartografía de la época, 75.

Capítulo IV. NUEVOS INTENTOS DE DEMARCACIÓN GEOGRÁFICA, CALIFORNIA COMO ISLA Y FALLIDAS EMPRESAS DE EXPLOTACIÓN PERLÍFERA (1596-1682) 79



El inicial proyecto de Vizcaíno de constituir una compañía dedicada a la explotación perlífera, 81. La primera expedición de Vizcaíno, 1596, 82. Peligro de otros ataques de piratas, 83. La nueva expedición de Vizcaíno a lo largo de las costas del Pacífico hasta 43° (1602-1603), 84. El derrotero y la nueva toponimia, 84. Llegada a la desembocadura del río Colorado, viniendo desde Nuevo México, 1604-1605, 87. Nuevos quehaceres de Vizcaíno y aparición de los corsarios holandeses en 1615, 88. California como isla y la reiteración acerca del estrecho de Anián, 91. Exploraciones menores en el mar de Cortés y los afanes en torno a las pesquerías de perlas: la empresa de los Cardona, 92. Se consultan opiniones por disposición del Consejo de Indias y realiza tres viajes Francisco Ortega (1632-1636), 94. Otros fallidos intentos y la más acertada exploración de Pedro Porter y Cassanate, 96.

Capítulo V. CINCUENTA AÑOS DE EXPLORACIONES Y CARTOGRAFÍA JESUÍTICAS (1683-1734): HACIA LA RECUPERACIÓN DE LA IMAGEN PENINSULAR DE CALIFORNIA 103



La expedición del almirante Isidro de Atondo y Antillón. Participación de los jesuitas Kino, Goñi y Copart (1683-1685), 106. Otros mapas consecuencia de la expedición de Atondo y Kino, 109. Entrada definitiva en California, 111. El descubrimiento del paso por tierra a California, 114. Los mapas elaborados por Kino o inspirados en sus aportaciones, 116. Se establecen misiones permanentes y se emprenden nuevas exploraciones, 121. Exploraciones jesuíticas en el interior de California (1697-1721), 122. Exploraciones en el sur y redescubrimiento de la bocas del Colorado, reafirmación del carácter peninsular de California, 124.

Capítulo VI. POSTRERAS APORTACIONES JESUÍTICAS Y EXPANSIÓN HACIA LA ALTA CALIFORNIA (1735-1777). RIVALIDADES INTERNACIONALES EN TORNO AL NOROESTE DEL NUEVO MUNDO 133



Una cartografía diferente que comenzó a difundir Guillaume De L'Isle, 136. Las exploraciones del padre Fernando Consag, 1746, 1751 y 1753, 137. Los rusos entran en escena, 142. La publicación de la Noticia de California, 1757, y la última expedición realizada por los jesuitas, 1766, 144. El viaje de exploración de Wenceslao Linck, 1776, 151. Exploraciones y fundaciones en la Nueva o Alta California, 154.

CONCLUSIONES. LA DEFINITIVA IMAGEN DE LAS CALIFORNIAS Y DEL NOROESTE DE AMÉRICA EN LA CARTOGRAFÍA UNIVERSAL 165



El completamiento de la imagen geográfica de las Californias, 168. Presencia de potencias rivales y nuevas realidades geopolíticas en el Pacífico Norte, 171. Destino de las Californias y del gran noroeste del Nuevo Mundo, 180.

PRESENTACIÓN

Este libro y su autor no necesitan presentación. Sin embargo, con mucho agrado, queremos expresar algunos pensamientos sobre ambos.

Miguel León-Portilla es uno de los intelectuales que representan mejor qué es la cultura mexicana de la segunda mitad del siglo xx: erudito, historiador de concepciones profundas, de ideas precisas, que las plasma en prosa clara y elegante. Se ha dedicado plenamente al estudio de la cultura náhuatl, campo en el cual ocupa un sitio excepcional junto con su maestro el recordado doctor don Ángel María Garibay. La obra publicada de León-Portilla sobre la cultura náhuatl incluye varios libros y numerosos artículos, no pocos de los cuales han sido publicados en diversos idiomas extranjeros. Así ha contribuido al conocimiento y a la divulgación de las raíces de lo mexicano, tanto en su patria como en el mundo.

Universitario ejemplar. Durante doce años fue él director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, del cual es ahora investigador emérito. Asimismo, durante once años fue miembro de la Junta de Gobierno de la propia Universidad. En ambos cargos ha servido a su Casa de Estudios con devoción y lealtad.

Posee Miguel León-Portilla las dos máximas distinciones que México otorga, el Premio Nacional y la membresía de El Colegio Nacional, a las que une múltiples reconocimientos nacionales e internacionales, entre los que destacan varios doctorados Honoris Causa, el más reciente de los cuales le fue conferido por la Universidad de Tel-Aviv.

Además de su dedicación profesional al estudio de la cultura náhuatl, se ha sentido atraído, desde hace ya muchos años, por el pasado y el presente de la península de California: su historia, geografía, demografía, etnología, recursos naturales y, por supuesto, la belleza de sus costas y montañas. Tierra extraordinaria es Baja California con su luminosidad y claro cielo tachonado de estrellas. Precisamente allí, en la Sierra de San Pedro Mártir, tiene la Universidad a su cargo el Observatorio Astronómico Nacional que ha alcanzado renombre internacional. También en Baja California el maestro León-Portilla, siendo director del Instituto de Investigaciones Históricas, fundó en Tijuana, en colaboración con la Universidad Autónoma de

Baja California, el Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC que continúa laborando con gran éxito.

Las aportaciones personales de León-Portilla en relación con California se han plasmado en valiosos ensayos y en ediciones críticas de importantes testimonios como el muy rico en información, tocante incluso a historia natural y la lingüística, de Miguel del Barco. Ahora nos ofrece esta obra acerca de la cartografía y crónicas de la fabulosa California. Tema central en ella es mostrar cómo el perfil de las Californias llegó a delinearse al fin en la imago mundi, es decir en la cartografía universal. En función de muchas expediciones realizadas a lo largo de los siglos XVI a XVIII, alcanzó a conocerse en plenitud la realidad geográfica del gran noroeste del Nuevo Mundo. La obra, de gran interés por su tema, se ilustra con cerca de ciento cincuenta mapas, muchos de ellos a color y gran formato, y de muy grande interés. Ellos, sin lugar a duda, constituirán ya una delicia para el lector que irá descubriendo las Californias a través de diversas concepciones geográficas, relatos históricos que hablan de los indígenas y sus costumbres, aventuras de navegantes, exploradores de orígenes a veces muy distintos entre sí, pescadores de perlas, soldados, misioneros y gobernantes.

Estamos ciertos de que esta aportación ocupará un lugar de distinción entre las que dan a conocer la historia y la cartografía histórica de este gran territorio del noroeste mexicano, dueño de promisorio destino. La belleza de la edición está a la altura de su contenido.

Por todo esto, sumando esfuerzos, la Universidad Nacional Autónoma de México y la Fundación de Investigaciones Sociales, A. C., en atención a uno de los objetivos en que una y otra coinciden, convierten ahora en realidad la publicación y difusión de este libro. Propiciar la investigación sobre temas de interés regional y a la vez nacional, y de alcances aún más amplios, como éste tocante a las Californias, en el que su pasado ilumina su realidad contemporánea, es abrir brecha, en más de un sentido, en la investigación de frontera.

Pero además, ambas instituciones tienen conciencia clara de que México siempre ha sido activo participante en la dinámica histórica y en el ámbito de lo que ahora también se llama la "Cuenca del Pacífico" para significar, a partir de una realidad geopolítica, todas las posibilidades y logros de intercambio cultural y económico entre los países ribereños de la misma. En este nuevo diálogo, México retoma su lugar, con entusiasmo nutrido en la aleccionadora memoria de su participación y en la potencialidad de sus aportaciones futuras. Siendo los litorales Pacíficos de nuestro país, sólida y promisoriosa orilla para iniciar caminos, sea pues también, este libro, símbolo de renovado esfuerzo y presencia en ella.

A los especialistas, y a otros muchos que se sienten atraídos por la temática californiana, las exploraciones, los viajes, y la antigua cartografía, hacemos entrega de esta obra.

Jorge Carpizo Macgregor,
Rector de la
Universidad Nacional Autónoma
de México.

Jorge Kanahuati,
Presidente de la
Fundación
de Investigaciones Sociales A.C.

INTRODUCCIÓN



Tema de este libro es la historia de la cartografía de la antigua California y las crónicas con ella relacionadas. Pero siendo por sí mismo tal asunto de gran interés, hay otro aspecto que le confiere significación de alcances universales. Tiene que ver éste con los afanes del hombre europeo, sobre todo desde la época del Renacimiento, empeñado en alcanzar una *imago mundi* que reflejara cada vez mejor la realidad del planeta en que vivía.

A partir del encuentro de los europeos con el Nuevo Mundo en 1492, fue largo el proceso que los llevó a conocer el cabal perfil geográfico de esas "islas y tierra firme" a las que habían llegado. La cartografía que se fue elaborando en los siglos XVI al XVII, muestra que sólo paso a paso se perfiló la deseada imagen geográfica y que en ella se introdujeron errores muy difíciles de superar.

La gran cuestión de si el Nuevo Mundo estaba unido o no al continente asiático, cuya elucidación tanto interesó a cuantos siguieron en pos de lo alcanzado por Colón, es precisamente asunto clave, en estrecha relación con nuestro tema. Basta con asomarse a la cartografía del Nuevo Mundo, y del orbe en general, producida en los mencionados si-

glos, para percatarse de que la incógnita perduró mucho tiempo, localizada justamente en el ámbito noroeste del continente americano. En algunos mapas se mira allí una gran península de perfiles imprecisos, en tanto que en otros aparece una enorme isla cuyo extremo septentrional se representa de muy variadas formas. La incierta entidad geográfica es California, que en algunas cartas se hace llegar incluso hasta la zona polar.

La proximidad de esa California y de otros fantásticos reinos, como los de Totontec, Quivira, Tiguez y Cíbola, con el buscado estrecho de Anián y con el continente asiático, se registra asimismo de múltiples formas. Prueba inequívoca es ésta de que tales regiones septentrionales continuaban siendo en realidad incógnitas. Más de dos siglos y medio de continuados esfuerzos se requirieron para esclarecer el enigma. Tan sólo cuando se conoció a la postre el perfil del noroeste de América fue posible forjarse una más adecuada imagen del mundo. Por esto expresé al principio que el tema de este libro conlleva implicaciones con significación a la luz de la historia universal.

Del ámbito de la geografía imaginaria se tomó el nombre para esa tierra que tanta

fascinación ha ejercido y mantiene viva hasta el presente. En el relato legendario California era una gran isla situada a la mano diestra de las Indias. En la historia de las exploraciones llevadas a cabo por los castellanos en el Nuevo Mundo, California pasó a ser la "isla" o península en la que, el 3 de mayo de 1535, desembarcó nada menos que Hernán Cortés.

La fascinación en torno a California —o si se prefiere, las Californias— está avalada por hallazgos extraordinarios y a veces también por fantasías que se han querido ubicar en ese gran territorio al noroeste del macizo continental de México. La historia de tal fascinación, en muchos aspectos inesperada, abarca por supuesto la larga serie de viajes y exploraciones, reiterados empeños de conocer el perfil geográfico de California y del Nuevo Mundo en su extremo noroccidental. En verdad urgía enterarse de su geografía para completar la *imago mundi* en la cartografía de América y en la totalidad de los mapamundis, planisferios y globos terráqueos. Es obvio que, si era dado delinear una carta geográfica del Nuevo Mundo aun equivocando los límites de cualquiera de sus provincias interiores, en cambio resultaba imposible elaborar un mapa completo y preciso de América, desconociendo las latitudes y longitudes geográficas de California y sin saber a punto fijo si era isla o península.

Por múltiples circunstancias y razones —de las que tratará este libro— no fue fácil, ni alcanzable en poco tiempo, esclarecer el perfil de esa tierra cuyo nombre procedía de un libro de caballerías, *Las Sergas de Esplandián*, de Garcí Ordóñez de Montalvo, publicado en Sevilla el año de 1510. La historia se inicia con los intentos de exploración en la mar del Sur emprendidos por Hernán Cortés, que lo llevaron en 1535 a desembarcar, él mismo, en la que llamó Tierra de Santa Cruz (la bahía de La Paz). Pero la historia de las expediciones e investigaciones en torno a las Californias no ha concluido aunque, ya en las últimas décadas del siglo XVIII, se logró el consenso universal de los cartógrafos sobre la verdadera delineación de California. A partir de la pasada centuria se iniciaron nuevas formas de investigación —en especial por estudiosos de los Estados Unidos y en menor grado de Francia, Alemania, Japón y sólo hasta hace poco también de

México— para conocer aspectos tocantes a la geología de la península, incluyendo los recursos del subsuelo, las potencialidades de sus litorales de más de 3,000 kilómetros, su orografía, flora y fauna terrestres y marinas, pobladores prehistóricos, pinturas rupestres y toda suerte de elementos del reino natural, así como las posibilidades de aprovecharlos.

Los testimonios base de nuestro estudio

Propósito central del presente libro —como su título lo indica— es reunir los testimonios de quienes descubrieron y exploraron la antigua California e hicieron posible la elaboración de una rica cartografía. Tres géneros de testimonios he encontrado para hacer rescate de la historia de los descubrimientos y exploraciones de California. Mi intención es aducirlos aquí con sus correspondientes descripción y valoración. En primer lugar está el testimonio de los relatos, diarios, derroteros, informes y crónicas, de quienes fueron actores principales en las entradas a esa tierra o en las demarcaciones y bojeos, navegando a lo largo de sus costas. El gran conjunto de esos relatos integra una literatura en verdad fascinante. Podría decirse que aquello que narran los viejos libros de caballerías o los modernos de viajes y aventuras, se queda corto ante la palabra henchida de vida de esos exploradores que comunican lo que realmente contemplaron en el país de las perlas, de las grandes bahías, playas abiertas o escarpados litorales, tierra de cactus, rocosas montañas y vegetación a veces desconocida, como en el caso del famoso árbol que llamaron *cirio* y hoy se conoce también con el solemne nombre de *Idria Columnaris*.

Abundante en extremo es el conjunto de estos relatos, testimonios todos de primerísima mano, debidos a capitanes, pilotos, religiosos, corsarios, variedad de gentes que se acercaban a la California por interés de lucro o para salvar almas de gentiles o con propósitos científicos, descubrir puertos, erigir defensas, facilitar el comercio con el Asia y aun llegar a descubrir el tan buscado paso del norte, el estrecho de Anián que debía comunicar los dos océanos. Con apoyo en esta rica serie de escritos que hablan de descubrimientos y exploraciones en California, pudieron elaborarse luego los otros dos géneros de testimonios que aquí nos interesa también reunir.

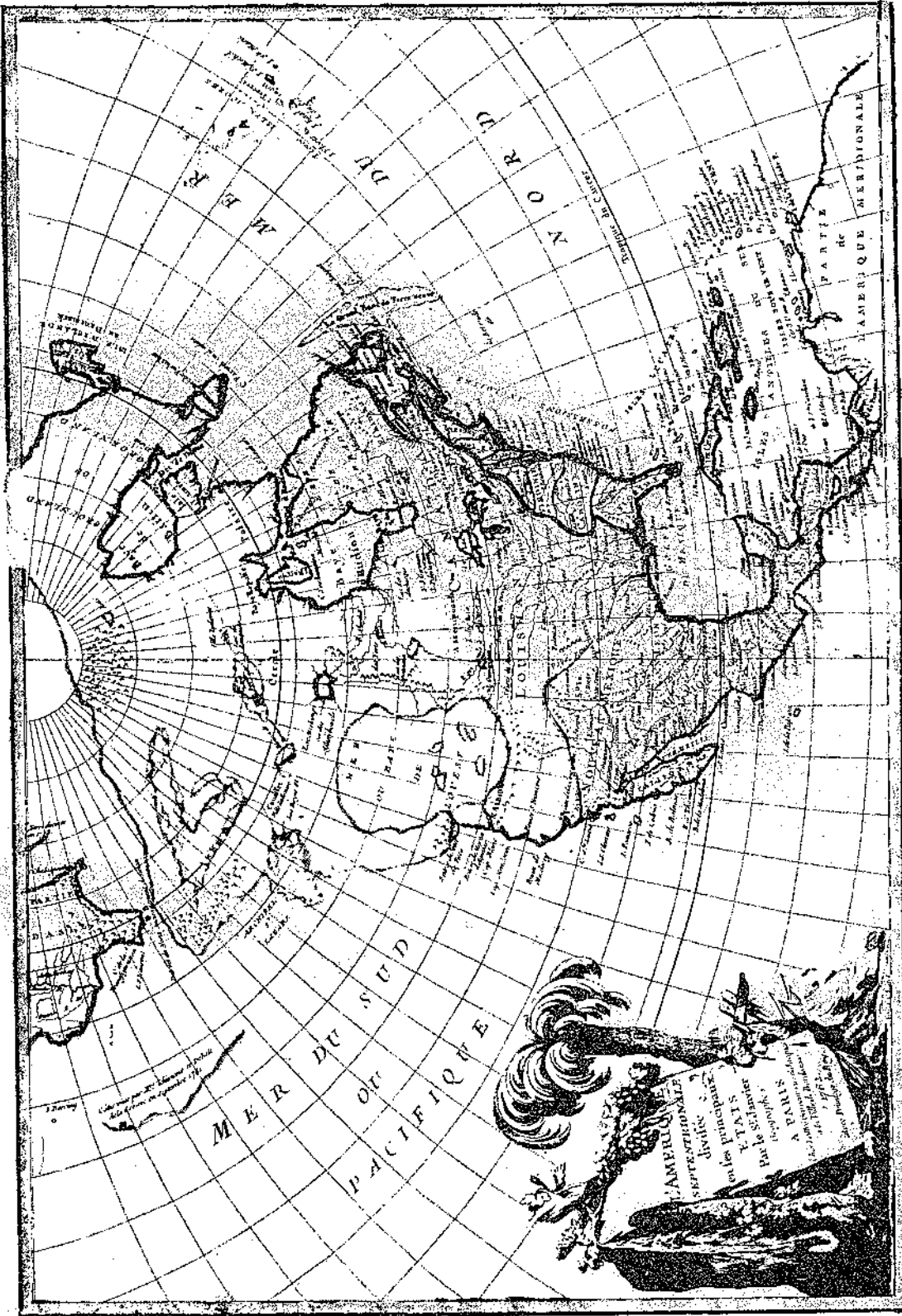


Figura 1. Mapa de la América del Norte por Janvier, grabado en Burdeos, 1762. Siguiendo las ideas de Buache, delinea a la altura del paralelo 36 una especie de inmenso "Mar o Bahía del Oeste", a la que se entra nada menos que por el estrecho de Juan de Fuca. El extremo norte presenta las siguientes curiosidades: un supuesto archipiélago de San Lázaro; el "Estrecho del Norte, antiguamente de Anián", y, en el ángulo superior izquierdo una isla que se registra como I. Beering, aludiendo así a la expedición de Vitus Bering. Cerca de dicha isla se delinea una superficie terrestre con la siguiente anotación: "Costas vistas por los señores Tchiricow y Delisle de la Croix en septiembre 1741". Ya en la segunda mitad del siglo XVIII, la imagen del mundo, en el noreste de la América del Norte, seguía siendo muy deficiente.

Las cartas y mapas, preparados precisamente por quienes habían llevado a cabo las exploraciones, constituyen el segundo género de nuestras fuentes. Consta que, al descubrir y explorar a lo largo de los litorales o penetrando en la tierra, además de consignar la relación de lo que se había observado, importaba sobremanera elaborar también, de ello mismo, una o varias cartas o mapas. Aunque es cierto que no se han conservado testimonios de este segundo género provenientes de la totalidad de los viajes de descubrimiento o exploración, se conoce al menos un cierto número a partir del primerísimo mapa del extremo sur de California, incluido en un legajo en el Archivo General de Indias, en Sevilla, que acompaña a otros papeles de Hernán Cortés, testimonios de su toma de posesión de la tierra de Santa Cruz en 1535. Otros mapas y cartas se conservan, obra asimismo de quienes fueron parte en las penetraciones por mar y tierra. Entre ellos están las treinta y seis demarcaciones de puertos, ensenadas, e islas, elaboradas por el cosmógrafo Enrico Martínez con base en lo aportado por la expedición de Sebastián Vizcaíno en 1602. También pueden mencionarse aquí los mapas levantados como consecuencia de las repetidas entradas al norte de la California y hacia las bocas del río Colorado hechas por algunos esforzados jesuitas como Eusebio Francisco Kino, Juan de Ugarte, Fernando Consag y Wenceslao Linck.

En el presente libro se reproducen, al lado de textos claves de las crónicas, varios de los planos y cartas elaborados por quienes cumplieron tales misiones de exploración. Así, este segundo género de testimonios se aduce como complemento indispensable de los escritos que integran la primera categoría, ilustrándolos, según sus mismos autores se lo propusieron.

También en estrecha relación con esos testimonios se halla el más abundante de todos y que constituye el tercer género de los que aquí se describen y valoran. De él forman parte los mapas, pertenecientes todos a la cartografía universal en los que, de diversas maneras, se fue dejando constancia de lo que se sabía, se suponía o se fantaseaba con respecto a California. Precisamente porque la imagen de tan vasta porción del noroeste mexicano hubo de incluirse en toda delineación del perfil geográfico del Nuevo Mundo, es

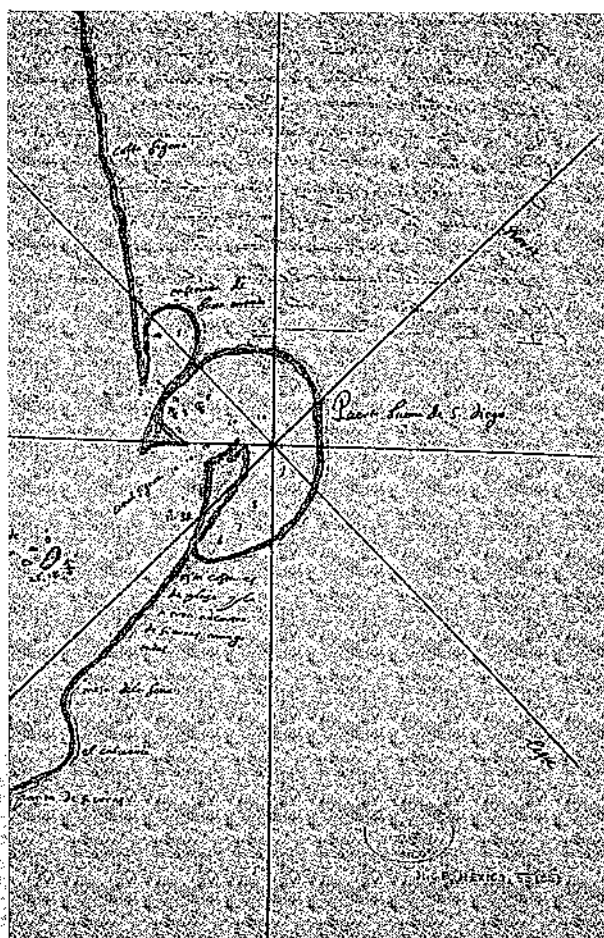
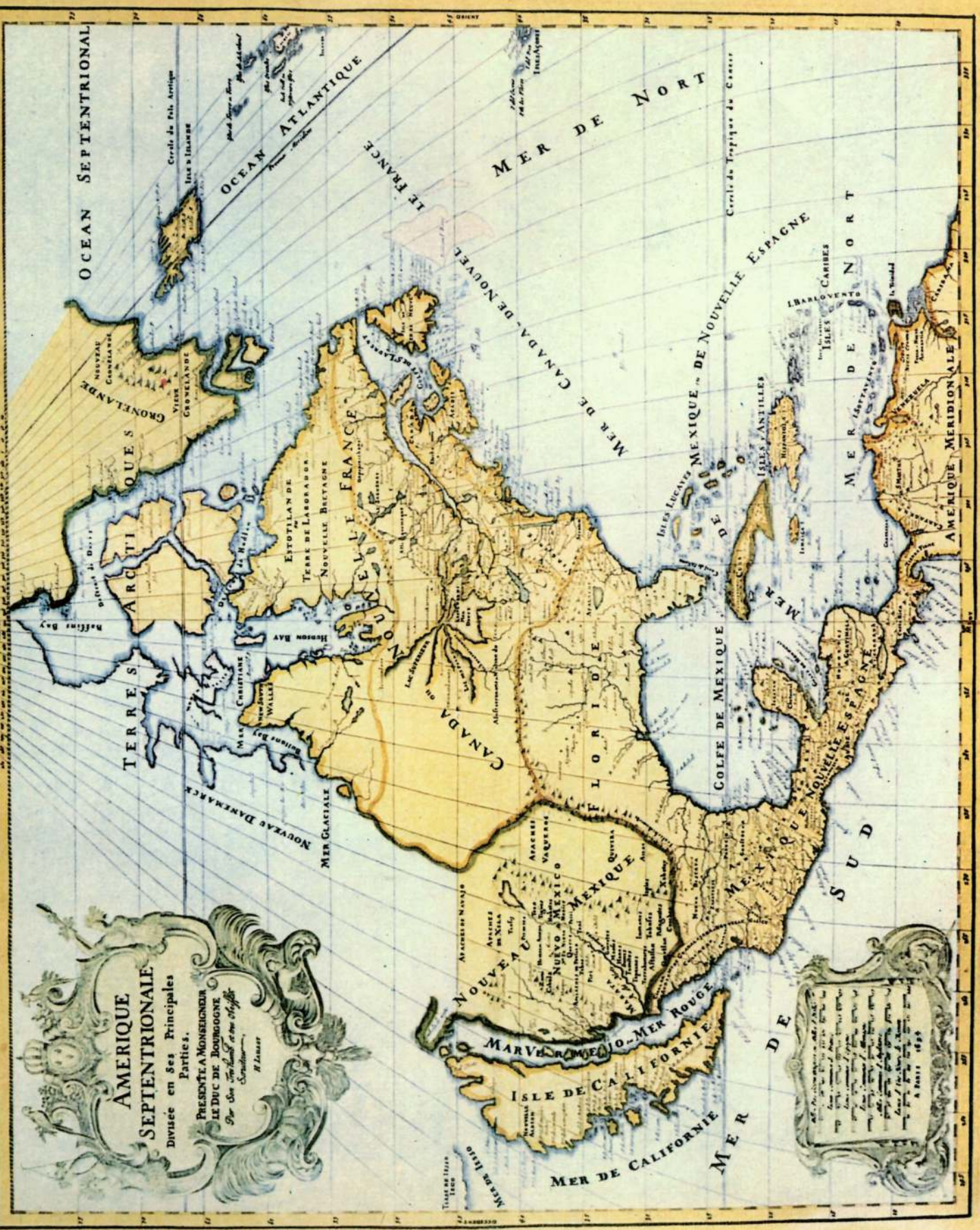


Figura 2. Muestra de un testimonio cartográfico, resultado directo de la expedición de Sebastián Vizcaíno en 1602. Se trata de la demarcación del puerto de San Diego, hecha por Enrico Martínez. A la izquierda se ve el grupo de las islas Coronadas. El original se conserva en el Archivo de Indias, Sevilla.

muy grande el número de testimonios cartográficos que al respecto podrían aducirse.

A todos los grandes cartógrafos de los tiempos modernos, que desde el siglo XVI se esforzaron por consignar en sus obras una imagen precisa y completa de las tierras descubiertas en el Nuevo Mundo, les interesó de modo especial obtener testimonios fehacientes sobre la realidad geográfica de California. Consideraban que la misma se hallaba estrechamente relacionada con el debatido asunto del estrecho de Anián, la separación o cercanía de Asia y América, las rutas de navegación a las Filipinas, Japón, China y los avances hacia los ponderados reinos situados al septentrión de la Nueva España, las famosas Siete Ciudades, los reinos de Cibola y Quivira. Nada tiene, por tanto, de extraño que, ya desde la década de los años cuarentas del siglo XVI, el fascinante misterio de la Ca-

AMERICA SEPTENTRIONALIS IN SUAS PRÆCIPUAS PARTES DIVISA, AD USUM SERENISSIMI BURGUNDIÆ DUCIS,



AMÉRIQUE SEPTENTRIONALE
Divisée en Ses Principales Parties.
PRÉSENTE A MONSIEUR LE DUC DE BOURGOGNE
Par Son très-haut et très-excellent
Secrétaire,
H. Hanser.

LES CARTES GÉNÉRALES DE LA FRANCE ET DE SES DÉPENDANCES, DE LA MER MEDITERRANÉE JUSQU'À LA MER DU NORD, ET DE LA MER DE CALIFORNIE JUSQU'À LA MER DE MEXIQUE, SONT DÉPOSÉES À LA BIBLIOTHÈQUE ROYALE, ET À LA BIBLIOTHÈQUE DE LA MAISON DE BOURGOGNE, À PARIS, CHEZ M. DE LAUNAY, Libraire, Palais National, ci-devant des Arts, sous le Vestibule.

Lámina 1. *Mapa de América Septentrional por Hubert Jaillot, París, 1694. Siguiendo la delineación de Nicholas Sanson, mantiene la idea de California como una gran isla. Al suponer que California está muy cerca del Asia, frente a la leyenda "Mer de Californie" (a la izquierda de la isla), se registra "Mer de Iesso", y arriba "Terre de Iesso", es decir de una parte del Japón. La ignorancia respecto del extremo noroeste de América queda de manifiesto.*

California se tornara visible, de múltiples formas, en la cartografía universal. Como habremos de verlo, los mapas que se fueron publicando, obra de los grandes cartógrafos de Italia, Holanda, Francia e Inglaterra, vinieron a ser un reflejo de lo que se consignaba en los relatos de primera mano y en los mapas debidos a los mismos exploradores. Extraña parecerá la no inclusión de España entre los países en que se elaboraban y publicaban tales mapas. Por una parte debe reconocerse que, si bien se debieron a españoles las demarcaciones, derroteros y cartas de navegación derivadas precisamente de las exploraciones emprendidas por ellos, por otra, resulta obvio que mucho importaba para la seguridad de los dominios hispánicos impedir, hasta donde fuera posible, que las potencias rivales tuvieran acceso a conocimientos fehacientes en relación con las tierras que se iban descubriendo.

Debido a esto último era muy difícil para los cartógrafos sobre todo de Holanda, Inglaterra y Francia, allegarse la información que mucho les interesaba obtener. De modo especial, respecto de California, las noticias que lograron esos cartógrafos se debieron tanto a otros viajes de exploración, como el tan citado de Francis Drake en 1577-1579, o a actos de piratería en los que personajes como Thomas Cavendish pudieron apoderarse de derroteros y otras cartas al capturar embarcaciones españolas. Una muestra la tenemos al producirse la captura del galeón Santa Ana en el extremo sur de California, es decir en Cabo San Lucas, en 1587, por obra precisamente del referido Cavendish. Otras noticias de los descubrimientos llevados a cabo por españoles, entre ellas las de varias demarcaciones a lo largo del litoral californiano, se filtraron asimismo a través de espías que se asomaban por la Casa de Contratación en Sevilla. El hecho es que, a pesar del comprensible celo español por ocultar toda información referente a tierras y mares descubiertos, los cartógrafos italianos, holandeses, franceses e ingleses, pudieron consignar en sus mapas buena parte de lo que las exploraciones iban revelando. Así —sobre todo en los casos en que los levantamientos originales de planos y cartas nos son hoy desconocidos— hemos de acudir a las producciones de los referidos cartógrafos europeos para conocer cómo los sucesivos descubrimientos

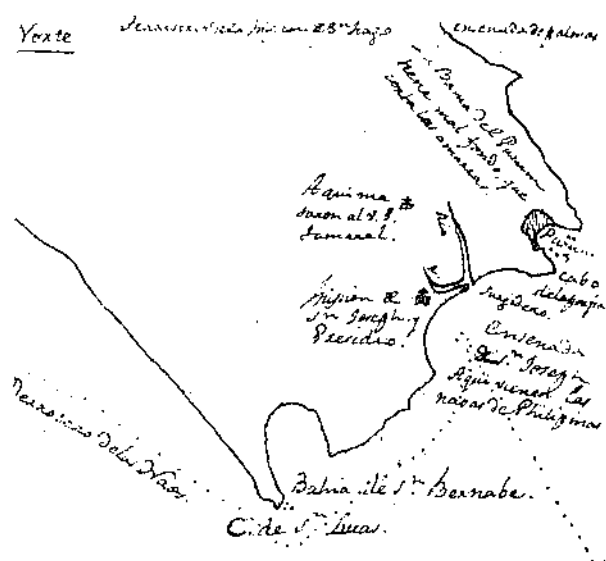
modificaron, una y otra vez, la *imago mundi*, lo que ellos llamaron “el espejo de todas las tierras del mundo”.

Precisamente por la peculiaridad de su perfil geográfico, la California que, a lo largo del tiempo se descubrió y representó de formas muy distintas, tiene un lugar de interés excepcional en la historia de la cartografía universal de los siglos XVI al XVIII. Podría decirse que las formas como se delinea ella en esa cartografía constituyen rasgos diagnósticos para precisar muchas veces no sólo fechas de elaboración de los mapas sino también las diversas relaciones de interdependencia entre los varios cartógrafos y aun su acuciosidad, perceptible a veces en una delimitación de California que revela la consulta de crónicas y aun mapas de primera mano, es decir derivados directamente de las exploraciones.

Del gran cúmulo de mapas de esta cartografía producida en Europa, he seleccionado, para su reproducción en este libro, sobre todo aquellos que marcan momentos clave en el conocimiento y también en las fantasías que llegaron a forjarse respecto de la antigua California. La reproducción de esas muestras cartográficas va acompañada de indicaciones sobre la influencia que ejercieron en la elaboración de otros mapas. No pretenderé, como es obvio, elaborar elencos exhaustivos de tales formas de influencia cartográfica de unos autores con respecto a otros ya que tal intento implicaría esbozar una historia de la cartografía universal durante los tres mencionados siglos.

El presente libro y las aportaciones de otros investigadores

Importa precisar el enfoque y propósito de este libro. Desde luego en él he tomado en cuenta las aportaciones de muchos investigadores. Mencionaré tan sólo a algunos de los que han trabajado en nuestro siglo. Entre ellos sobresalen Woodbury Lowery, Erik D. Dahlgren, Herbert E. Bolton, Julio Guillén y Tato, R.V. Tooley, Ernest J. Burrus, Álvaro del Portillo, Enrique Cárdenas de la Peña y W. Michael Mathes. Lugar aparte tiene Henry R. Wagner, a quien se deben, entre otras, dos obras fundamentales, *Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sixteenth Century* (San Francisco, 1929) y *The Car-*



Este dibujo está formado sin las medidas correspondientes a cada parte, y por las especies que me han quedado de cuando reconocí esta punta de la California, pero yo me voy a la izquierda. Desde mayo hasta octubre no quedan asimismo estas bahías y ensenada las embarcaciones, y así se vea el viento fuerte, que alborota mucho la mar, y aque están del todo descubiertas.

Lucas

Figura 3. Otra muestra de un plano, resultado de observación directa, en este caso preparado por un misionero jesuita en California, el padre Miguel del Barco. Representa a la llamada bahía de San Bernabé, con cabo San Lucas a su izquierda. En el centro se lee "Misión de San Joseph [del Cabo] y presidio". A la derecha: "Ensenada de San Joseph. Aquí vienen las naos de Philipinas".

topography of the Northwest Coast of America to the Year 1800 (Berkeley, 1937).

De manera particular Henry R. Wagner, en la segunda de sus obras citadas, ha reconstruido una parte muy importante en la secuencia de los descubrimientos y exploraciones que aquí nos interesan. Tan sólo que en ese magno trabajo abarca, por una parte, más de lo que aquí nos proponemos, en tanto que, por otra parte, restringe su enfoque a un aspecto de lo que es nuestro tema. Abarca más porque estudia pormenorizadamente la cartografía de todo el litoral del Pacífico norte —es decir lo que a veces llegó a connotarse con el nombre de "las Californias", desde cabo San Lucas hasta más allá de Nutka—

adentrándose en la descripción e interrelaciones de un gran número de mapas, muchos de ellos mapamundis. En cambio, su enfoque se restringe a la vez en cuanto que se concentra en las exploraciones a lo largo de las costas, concediendo menos atención a las, muy importantes, que se emprendieron por tierra. Además, atendiendo sobre todo a los mapas, sólo en algunos casos presenta el testimonio directo de las crónicas.

En el presente libro se concederá preferente atención a la Antigua o Baja California. Sin embargo, con conciencia del hecho de que los límites que se asignaban a ésta —en el sentido más amplio de "las Californias", comprendieron por mucho tiempo la Alta y en general todo el litoral del noroeste— tendremos a la vista las navegaciones y penetraciones en su conjunto, como la búsqueda cabal del perfil noroccidental del Nuevo Mundo. Y he de reiterar que interesan por igual las exploraciones realizadas por mar o por tierra. Muy importantes fueron estas últimas —desde la que en 1540 llevó a cabo Melchor Díaz, cruzando el río Colorado cerca de su desembocadura— hasta las del padre Kino en el interior de la península en 1683-1685 y luego en las cercanías del río Gila en 1698-1701, así como las múltiples "entradas" de otros misioneros jesuitas y franciscanos, al igual que de algunos capitanes al servicio de la corona.

En el conjunto de consecuencias derivadas de esas exploraciones por tierra sobresale el reconocimiento definitivo del carácter peninsular de California. Los mapas elaborados por Kino en 1701 y años posteriores, designados por él como del "paso por tierra a California", marcaron el principio de un cambio radical en la cartografía del Nuevo Mundo. Después de más de medio siglo de incertidumbres, se hacía un más preciso reconocimiento de lo que en la casi totalidad de los mapas del siglo xvi se había ya delineado y después se olvidó: el perfil peninsular de California.

Concebida esta obra como una introducción razonada a las principales fuentes escritas y cartográficas acerca de las exploraciones en torno y en el interior de la Antigua California, se han incluido tanto reproducciones en color de los principales mapas —de la cartografía universal o elaborados por los mismos que penetraron en ella— así como



ORBIS TERRARUM NOVAE



Lámina II. *Mapa del mundo, con los dos hemisferios separados. Incluido en el Atlas maritimus, London, 1675, de John Seller, cartógrafo al servicio de Carlos II y Jaime II de Inglaterra. En este mapa aparece delineado el perfil de casi todas las regiones del mundo con relativa precisión. Notable excepción sigue siendo el extremo noroeste de América. California continúa siendo representada como enorme isla. Más al norte de ella hay un gran espacio en blanco: es una región incógnita. De este mapa continuaron haciéndose reproducciones, bajo el nombre de Seller, hasta 1695 y, suprimida la indicación de su autor, hasta 1708.*

delineaciones en blanco y negro de otros muchos, presentándolos acompañados de testimonios primarios, debidos a capitanes, pilotos y religiosos. De tales testimonios —por necesidad aducidos selectivamente, aunque en número y selección más amplias que en la obra de Wagner— se proporcionan siempre las correspondientes referencias documentales y bibliográficas. Además, a propósito de cada una de las varias exploraciones, se introducirá previamente a quienes las llevaron a cabo, evocando con enfoque crítico las circunstancias y propósitos de las mismas.

El periodo aquí abarcado

Añadiré —en lo concerniente al ámbito temporal cubierto en este trabajo— que básicamente se circunscribe a los siglos del XVI al XVIII. Ello no obstante, daré cabida a algunos antecedentes, tanto de relatos y otras fuentes escritas, como de las que llamo muestras de la “cartografía pre-californica”. Me refiero a los mapas en los que, en vez de aparecer California, se sitúa en su lugar una isla, con el nombre de *Cipango*, ¡Japón!

Y a su vez, al marcarme como límite los últimos años del siglo XVIII, lo hago porque no pienso que deban soslayarse todos los acontecimientos que entonces se desarrollaron en estrecha relación con las Californias. Desde la Antigua o Baja se penetró ya en definitiva en la Alta o Nueva y eso ocurrió en la segunda mitad del XVIII. Y luego, en especial desde la década de los años setentas de la misma centuria, al reavivarse los intereses de conocimiento geográfico y también de índole económica y de penetración de diversas potencias en el ámbito noroccidental del continente americano, cuanto va sucediendo continúa vinculado con la presencia española y mexicana en los asentamientos californianos. Y añadiré que en la *Conclusión* de este libro avanzaré incluso un poco más en el tiempo. No queriendo dejar trunca esta historia, me ocupo allí de reseñar de manera sumaria los acontecimientos —consecuencia muchas veces de ambiciones, intrigas y enfrentamientos internacionales— que determinaron a su vez cambios radicales en la posesión de los enormes territorios, con tan extensos litorales, de las Californias y las tierras al norte de ellas. Y, finalmente, porque este libro ha sido preparado por un mexicano al que interesa cuanto

concierna a México, doy término a la *Conclusión* señalando lo que es y debe ser para este país la California peninsular, la única que pudimos conservar.

Compendio de maravillas

El tema, en sí mismo de enorme interés, se presta precisamente para la elaboración en torno a él de un *compendio de maravillas*. Hasta donde me ha sido dado, tal ha sido mi propósito al reunir aquí esta suma de mapas, planos, con citas de relatos, diarios, derroteros y crónicas. Personajes, algunos de ellos bien conocidos —Hernán Cortés, el virrey Antonio de Mendoza, el piloto Domingo del Castillo, el conquistador y capitán Juan Rodríguez Cabrillo, el corsario y Sir Francis Drake, el navegante Sebastián Vizcaíno, el cosmógrafo Enrico Martínez, el jesuita Eusebio Francisco Kino, el visitador y visionario José de Gálvez y otros muchos más— son los actores en esta historia. Sus nombres y hechos por afortunadas circunstancias van a entrelazarse con los de los más célebres cartógrafos europeos, desde Alonso de Santa Cruz, el autor del conocido *Islario* y estudio del gran plano de la ciudad de México delineado poco después de la Conquista, hasta los de Sebastián Caboto, Battista Agnese, Giacomo Gastaldi, Bolognino Zaltieri, Gerardo Mercator, Abraham Ortelius, Wilhelm J. Blaeu, Henricus Hondius y otros muchos, además de historiadores y cronistas tales como Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera y de compiladores de obras sobre viajes y navegaciones, entre ellos Giovanni Battista Ramusio y Richard Hakluyt.

A quienes atraigan los libros de viajes y aventuras, al modo de aquellos que leíamos en la juventud, como los de Jules Verne o Emilio Salgari, la presente obra habrá de interesar. Mucho de lo que en los libros referidos es fruto de la imaginación de sus autores se ve aquí superado en cuanto a peligros, aventuras y descubrimientos. Los testimonios allegados con las palabras de quienes participaron en las varias empresas, son viva imagen de lo que ocurrió, precisamente en mares hoy mexicanos —en el golfo de California y en el Pacífico— o en las ásperas tierras de la península cuando todavía habitaban en ella los pericúes, guaycuras y cochimíes. Y para quienes, además de los relatos sobre aconte-

ceres poco usuales, sea atrayente la historia de la cartografía, el espejo en que se refleja la imagen de nuestro planeta, será éste un capítulo que, perteneciendo a la historia de México, forma también parte de la universal puesto que trata de la expansión de España y de la cultura occidental, viajes de descubrimiento y encuentros de pueblos.

Es ésta la historia de más de dos siglos y medio de esfuerzos para penetrar en un vasto territorio, disipar errores sobre su realidad geográfica, ampliar el ser de México y completar en la cartografía el perfil más preciso de esta parte del Orbe Novo. Cuando los europeos, buscando una ruta por el poniente para llegar al Asia, se encontraron con el Nuevo Mundo, ocurrió entonces el gran acercamiento, por desgracia en alto grado violento aunque a la postre fecundo, de muchos pueblos y culturas. Se abrió entonces por vez primera la posibilidad, hasta hoy no realizada, de convertir a la humanidad en una gran familia, pobladora de todas las tierras de un mundo en paz. California es de ello un símbolo. Refiere Sebastián Vizcaíno que cuando, en su primer viaje de exploración, en 1596, entró en la gran bahía que Hernán Cortés había llamado Tierra de Santa Cruz, le cambió su nombre por el de La Paz, "porque en ella nos salieron a recibir muchos indios, dándonos lo que tenían . . ."

En la preparación de este libro he adoptado tanto criterios de investigación histórica y cartográfica, como de difusión cultural en el más estricto sentido. Implica ello que, así como me he esforzado por acudir a las fuentes primarias para analizarlas, interpretarlas y darlas a conocer, he querido disponer una obra de fácil comprensión, libre hasta donde es posible, de complicaciones técnicas.

Ello explica que haya limitado las notas a pie de página a proporcionar referencias documentales y bibliográficas y a esclarecer puntos oscuros o términos que lo requieran.

Como en otros casos, en la preparación y publicación de este libro, he recibido el auxilio generoso de no pocas personas. Quiero referirme aquí al menos, a quienes de modo más particular se han interesado en este trabajo y me han prestado su ayuda. Mi colega, el doctor W. Michael Mathes, conocedor profundo de la historia y la cartografía californianas, leyó el manuscrito y formuló pertinentes comentarios que he tomado en cuenta. El doctor Jorge Carpizo Macgregor, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, allanó de varias formas el camino para la presente edición. El ingeniero Jorge Kanahuati, presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales, A.C., ha seguido con gran interés lo tocante a la publicación de esta obra. El doctor Roberto Moreno de los Arcos, director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, me proporcionó, asimismo, su valioso apoyo. A su vez, el ingeniero Federico V. de Lachica, con el entusiasmo y esmero característicos en él, ha cuidado de la edición. La misma ha sido confiada al distinguido impresor Jaime Salcido y Romo. Correspondió al maestro Carlos Ontiveros preparar los mapas con los derroteros de las varias expediciones, estudiadas en el presente libro. A todos ellos reitero aquí el testimonio de mi agradecimiento.

Miguel León Portilla

*Ciudad Universitaria,
diciembre, 1987.*

I

**EL PUNTO DE PARTIDA: NUEVAS
TIERRAS Y NUEVA CARTOGRAFÍA**



Para entrar en nuestro tema —exploraciones y cartografía de California— escojo un punto de partida que a algunos parecerá en extremo lejano. Lo juzgo, sin embargo, necesario si hemos de valorar en su plenitud la significación que tuvieron los afanes en torno a las tierras californianas y, en suma, al noroeste del Nuevo Mundo. El punto de partida se halla en la que llamaré prolongada obsesión, y en un momento necesidad, de conocer lo que había más allá del *Mare Tenebrosum*, el gran océano que, en opinión de los entendidos del siglo xv, se extendía hasta la mano diestra de las Indias.

Llegar a las Indias por el rumbo del poniente fue precisamente lo que puso en marcha la gran empresa de adentrarse en el *Mare Tenebrosum*. Con tal propósito, y bajo el patrocinio de la corona de Castilla, zarpó Cristóbal Colón en 1492. Sólo que, en sus cuatro viajes, el Almirante de la mar océano, jamás arribó a las Indias. Contra lo que él creyó hasta su muerte, las Indias estaban muy lejos de las islas y Tierra Firme por él tocadas.

Los ensueños de Colón, la que Alejandro de Humboldt llamó su “teología mística”,¹

derivada en gran parte de sus lecturas bíblicas, así como las ideas que hizo suyas de la *Imago mundi* (“Imagen del Mundo”) y otros opúsculos del cardenal Pierre D’Ailly, fueron elementos decisivos en las interpretaciones que se forjó respecto de las tierras que había hallado.² Creyó, Colón, entre otras cosas, haber contemplado la desembocadura de los ríos que provienen del Paraíso. Y, persuadido, según estaba, de encontrarse en las inmediaciones de Cipango —como nombró Marco Polo a Japón—, de Cathay (China) y la India, llegó a concebir también estar predestinado para consumir otras empresas tan grandes como la reconquista de la Tierra Santa.³

El gran error del Almirante, desde muchos puntos de vista explicable pero sobre

¹ Alexander Von Humboldt, *Examen critique de la géographie du Nouveau Continent et du progrès de l’astronomie nautique aux quinzième et seizième siècles*, Paris, 1836, p. 110 y siguientes.

² Pierre D’Ailly, *Imago Mundi*, édition de E. Buron, 2 v., Paris, 1930.

³ Pauline Moffitt Watts, “Prophecy and Discovery: on the Spiritual Origins of Christopher Columbus’s Enterprise of the Indies”, *American Historical Review*, núm. 90, 1985, p. 95-96.

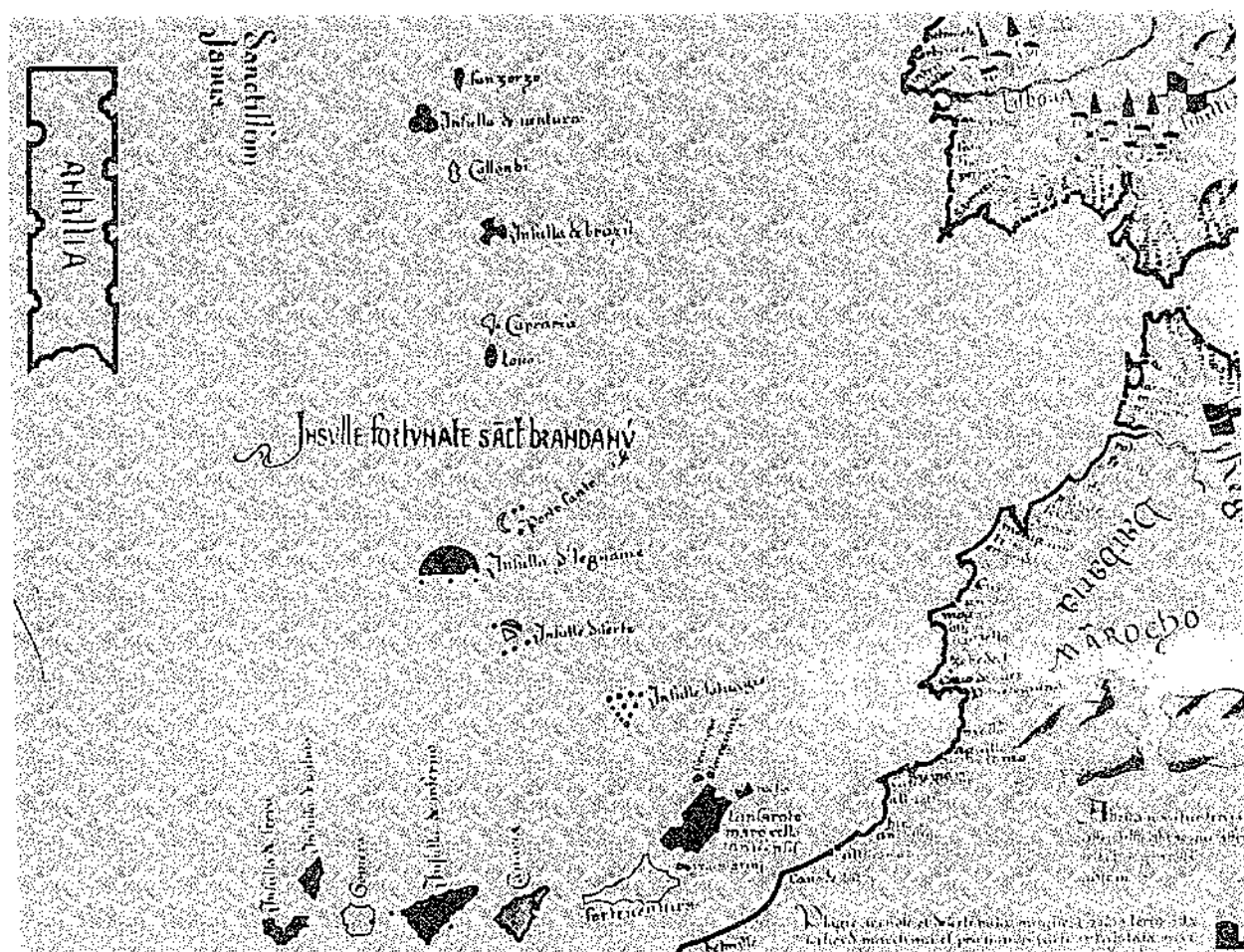


Figura 4. Mientras los mapamundis derivados de la Geografía de Ptolomeo nada incluían más allá de las islas Canarias, existían otras cartas, desde las primeras décadas del siglo xv, en las que se abarcaba una parte más grande del "océano Occidental". Allí aparecen otras islas con nombres como los de San Brandán, Brazil y Antilia. ¿Se hallaban ellas a mitad de camino entre Europa, África y Asia? Uno de tales mapas es éste, dibujado en Génova por Bartolomé Pareto hacia 1455. (Se conserva en la Biblioteca Nazionale, Roma.)

todo desde su propia mentalidad con ribetes místicos, se disipó para otros en lo sustancial relativamente pronto. Pero precisar qué eran y qué perfil geográfico tenían esas islas y tierra firme que Colón y después otros muchos fueron tocando y explorando, habría de requerir largo tiempo.

En esencia la gran cuestión consistía en esclarecer las relaciones de continuidad o lejanía que podían existir entre esas islas y la recién hallada tierra firme por una parte, y el continente asiático por otra. ¿Eran lo descubierto "las extremas partes del Asia", islas y tierras de las que ni Marco Polo ni nadie en el mundo europeo había alcanzado noticia? ¿O se había encontrado una realidad plenamente diferente, distinta del Asia, es decir separada de ella, lejos de Cipango, Cathay y la India? Y, de ser así, ¿qué perfil y extensión tenía de sur a norte esa gran barrera terrestre

que surgía estorbando la ruta directa al Asia por el camino del poniente?

Responder, con apoyo en la experiencia, a éstas preguntas —y a otras, cómo las tocantes a lo que podía haber en el interior de la masa continental antes no sospechada, y al perfil de sus posibles o probables litorales en dos mares— iba a exigir largo tiempo. En cierto modo tanto como los cinco siglos que lleva de vinculación América con Europa, desde que se inició el proceso de su encuentro en 1492. Esta afirmación se justifica recordando que, aún en fechas muy recientes, se han explorado y reconocido, por vez primera, algunos lugares apartados en el interior de las Américas, como en el extremo norte de Alaska y Canadá, y en las grandes cuencas del Amazonas y del Orinoco.

Ahora bien —y esto explica por qué hemos elegido aquí un punto de partida al pa-

Archiepiscopus in pace sit

Mare glaciale

OCEANVS

OCCIDENTALIS

OCEANVS

MARE

MEDITERRANEVM

SINVS PERSICVS

hæc est Mæra forma modernæ
 affricæ secundum de serpenoide
 portugalesium hinc mare
 mediterraneum et oceanum
 meridionalem

Ad hunc usque montem qui vocatur mager
 peruenit classis secundi regis portugalic
 cuius presens erat diequicentis qui in memo-
 riam re crexit coluniam in mota cum
 crucis in hunc et ultra processit usque ad
 portum fardam que distat ab hinc usque
 mille miliaria et hic meretur

*hæc est forma modernæ
 affricæ secundum de serpenoide
 portugalesium*





ATRION

ALIS

terra per totum

terra per totum

imperator

Hic dicitur presbiter Johannes imperator

SINVS GANGETICVS

SINVS MALACCA

OCEANVS
INDICVS
MERIDIONAL

primo

Lámina III. *El mundo se concebía así en vísperas del primer viaje de Cristóbal Colón. El cartógrafo alemán Henricus Martellus elaboró en Nuremberg este mapamundi hacia 1490. En él perdura la imago mundi de Claudio Ptolomeo pero modificada con lo aportado por recientes exploraciones marítimas, sobre todo de los portugueses, a lo largo de las costas de África. En el extremo izquierdo, más allá de las islas Afortunadas (Canarias), se inicia el "oceanum Occidentale". El mundo conocido abarca cerca de 180° de la esfera celeste y llega —en el extremo derecho— a la "India extra Gangem", o "India orientalis" con una gran península del "Aurea Chersonesus" y la "Sinarum regio" (región de las Chinas). Multitud de pequeñas islas anticipan la probable existencia de más tierras "en los extremos del Asia". (Se conserva en la Biblioteca Británica.)*

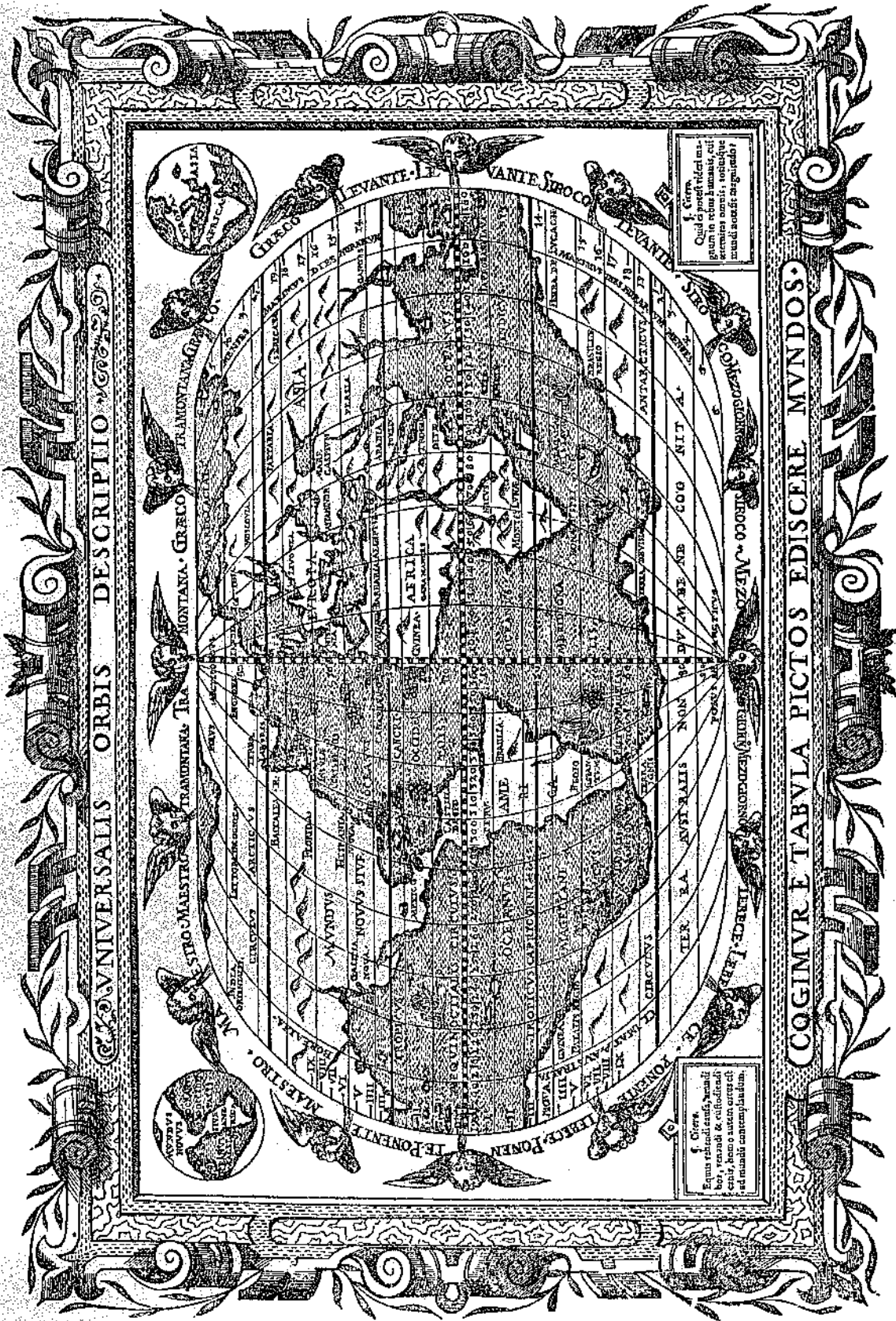


Figura 5. Mapamundi de Johannes Myritius. En él, casi cien años después del primer desembarco de Colón en el Nuevo Mundo, éste aparece unido —sin solución de continuidad en su parte noroeste— con Asia. Así, en el extremo superior izquierdo del mapamundi se lee "India Orientalis". Y dejando abierta la posible existencia de un estrecho por el norte que comunicara los dos océanos, se lee "Litora incognita" (litorales desconocidos). (Incluido en el Opusculum Geographium Rarum, de Myritius, Ingolstadt, 1590.)

recer tan alejado de nuestro tema —las Californias—, fueron los litorales del noroeste de América del norte los que, a lo largo de tres siglos, continuaron planteando el mayor número de incertidumbres. Estas, a su vez guardaban relación estrecha con dos puntos cuyo esclarecimiento fue de primordial importancia, tanto por razones de comprensión geográfica como por intereses económicos.

El primer punto tenía que ver con la cuestión de la continuidad o separación geográfica de América con respecto al Asia. Según veremos, relativamente pronto se comprobó que tal unión no existía en el hemisferio sur. No obstante, el problema perduró con respecto al extremo noroeste. Hay así mapas de fines del siglo XVI que todavía muestran continuidad geográfica por el noroeste entre América y Asia. Cuando, ya en el XVII, pre-

valeció —sin haber sido comprobada— la creencia de que se trataba de dos continentes plenamente separados, se siguió desconociendo cuál era realmente el perfil geográfico del Nuevo Mundo a lo largo de sus litorales noroccidentales. Por algunos años continuó pensándose que tales litorales abarcaban los de una gran península, California, desde el Cabo San Lucas hacia el norte, sin término alguno definido. A partir de 1624, la península pasó a representarse como enorme isla, más allá de la cual poco o nada podía precisarse. Esto explica que las varias expediciones que zarparon de puertos mexicanos en los siglos XVI al XVIII con rumbo al noroeste, llevaran consigo propósitos de reconocimiento geográfico. En este sentido la posibilidad de configurar con base experimental una cabal *imago mundi* en el gran ámbito del noroeste de América y sus



Figura 6. Fernando el Católico en una orilla del océano aparece señalando a las naves de Colón, que han llegado a islas en las que habitan hombres y mujeres desnudos. Grabado incluido en una de las primeras publicaciones en que se dio a conocer el primer viaje de Colón: *La lettera delli isole che ha trovato nuovamente il re di Spagna, Firenze, Ottobre, 1493* (ejemplar único en el Museo Británico).

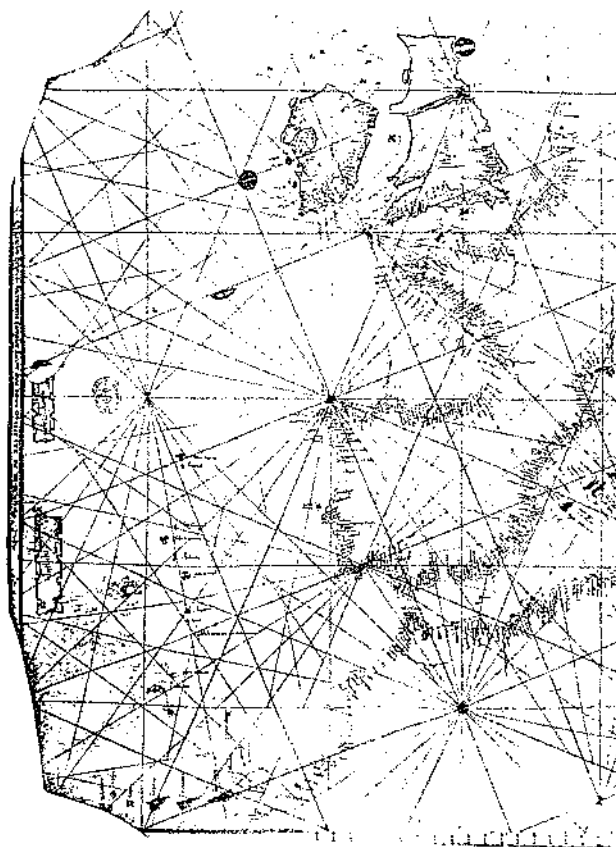


Figura 7. La península Ibérica y las lejanas islas del océano Occidental en un portulano de Grazioso Benincasa, marino y mercader que realizó muchas navegaciones por el Mediterráneo y el mar Muerto. Este mapa es parte de un Atlas firmado por Benincasa en Roma, 1470. En este mapa aparecen también la isla Antilia y otras, océano adentro.

confines con Asia, continuó dependiendo hasta fines del siglo XVIII de las exploraciones a lo largo de las costas de las Californias hasta Alaska.

El otro punto que justifica haber elegido como arranque lo que parece momento muy alejado de nuestro tema, guarda también relación estrecha con las Californias. Se trata de un interés que, desde antes de que éstas se descubrieran, había entrado ya en el juego de las ambiciones de los europeos. No habían abandonado esta idea de llegar a las Indias por la ruta del Poniente. Así, cuando los seguidores y émulos de Colón se dieron cuenta de que habían topado con una gran barrera de tierras que, desde muy al norte, estorbaba el deseado camino a las Indias, buscaron de inmediato algún paso o estrecho de mar que, interrumpiendo la barrera, les permitiera alcanzar su meta. La búsqueda la inició Juan Caboto, padre del célebre Sebastián, en 1509. Afirmó él haber hallado entonces un "secreto de la naturaleza" que consistía en una entrada, por el Atlántico del norte, el tan deseado paso o estrecho. Al parecer Juan Ca-

boto había atravesado el estrecho que lleva a la boca de la bahía de Hudson.

A partir de tal viaje, en el que no se siguió más lejos, perduró el empeño de descubrir el "paso del norte", para llegar más en breve a las Indias. Varios marinos ingleses lo intentaron a lo largo del siglo XVI, reiterando las búsquedas desde el Atlántico, y uno, Francis Drake en su viaje alrededor del mundo, quiso encontrarlo desde el Pacífico. Drake, navegando a lo largo de los litorales Pacíficos desde el estrecho de Magallanes, continuó avizorando las costas californianas hasta desembarcar cerca de San Francisco en 1578. Tomó allí posesión de la tierra en nombre de la reina Isabel I y la llamó "Nueva Albión". Prosiguió luego su viaje exploratorio hacia el norte, hasta alcanzar los 48°. No habiendo localizado la deseada entrada al estrecho o paso del norte que comunicara con el Atlántico, enfiló proa con rumbo al Asia.

La sola presencia de Drake en 1578 en aguas del Pacífico, su desembarco en California y su búsqueda del "paso del norte", bastan para valorar la significación geopolíti-

ca y económica que pronto tuvo el área noroeste de América. Tal afán por localizar el anhelado "paso del norte", designado luego con el nombre de "estrecho de Anián", según una tradición recogida por Marco Polo, perduró por siglos, siempre relacionado con el empeño de precisar el perfil del Nuevo Mundo en su septentrión occidental. La cartografía que se elaboró desde el XVI hasta fines del XVIII —y en el caso de algunos despistados hasta principios del XIX—, da testimonio de las incertidumbres que por tanto tiempo continuaron prevaleciendo. En tales mapas el extremo noroeste de América aparece representado en una gama casi inverosímil de formas.

A la luz de lo hasta aquí expuesto se comprenderá mejor —así lo espero— por qué he escogido como punto de partida en este libro sobre cartografía y crónicas de la antigua California, el momento mismo en que con Cristóbal Colón se inició el proceso del encuentro de Dos Mundos, el Viejo y el Nuevo. La razón central es, en resumen, que sólo así podrá valorarse a fondo lo que llegaron a significar a lo largo de tres siglos, y para siempre, las exploraciones que, por mar y tierra, fueron mostrando el perfil y las realidades, muchas de ellas maravillosas, de las Californias.

Retomemos, pues, el hilo de la historia y hurguemos en sus antecedentes.

El trasfondo del viaje de Colón, cuando, dificultado el comercio con el Asia por el Oriente, hubo de buscarse una ruta por el Occidente

En el "todo cultural" de los pueblos, reinos y naciones, tienen por supuesto lugar muy importante sus intereses económicos. Y así fue también en este gran capítulo de la historia. No ya sólo a lo largo del siglo XV, sino desde mucho tiempo antes, las naciones europeas habían recibido del Oriente, a través de varias rutas comerciales, gran número de productos tenidos en suma estimación. En última instancia esas manufacturas y materias primas provenían de diversos lugares de China, la India, el archipiélago de las Molucas, la región del golfo Pérsico y las tierras de Arabia. Entre otras muchas cosas, el comercio de importación, que venía a satisfacer con frecuencia lujos y otras formas de requerimientos suntuarios, incluía tejidos de seda, tapetes, damascos, porcelanas, cristales, ma-

deras preciosas, tinturas, perfumes, drogas, medicamentos, gomas, piedras preciosas, perlas, así como una gran variedad de especias, entre ellas el clavo, la pimienta y la canela.⁴

De tiempo inmemorial ese comercio con el Oriente había llevado a grupos de mercaderes de Venecia, Génova y Pisa, Barcelona y Valencia, Narbona, Marsella y Montpellier, a establecerse en diversas ciudades del extremo oriental del Mediterráneo. Así había núcleos de tales comerciantes, entre otros lugares, en Alejandría, El Cairo, San Juan de Acre, Beirut, Trípoli, Antioquía, Alepo, Constantinopla, al igual que en varias islas del archipiélago griego. En esos y otros sitios encontraban su destino final las rutas comerciales que, de múltiples formas, se originaban en las costas de China y la India. En juncos chinos o japoneses o en otras embarcaciones malayas se embarcaban originalmente muchos productos y se despachaban así a Malaca que funcionaba como importante centro comercial. Mercaderes árabes y de la India acudían también a ese lugar y trasportaban luego sus productos con dirección al puerto de Ormuz en la entrada del golfo Pérsico. De allí se pasaba al mar Rojo y luego, ya por tierra, en caravanas y a veces, valiéndose también de barcas a lo largo del Nilo, las mercaderías del Oriente llegaban al fin al ámbito del Mediterráneo. Otras rutas había más al norte, cruzando el desierto de Gobi en busca de ciudades como Samarkanda y Bohkara hasta llegar unas veces al mar Caspio y otras al Muerto y de allí al Mediterráneo a través del Asia Menor.

Tales rutas comerciales, con todo lo que aportaban, habían influido ampliamente en el desarrollo económico, en la cultura y en importantes procesos históricos que se desarrollaron en el ámbito de Europa. A uno solo de estos aludiré, el de las Cruzadas que, además de sus obvias intenciones de reconquista de los lugares sagrados, llevaba también consigo el propósito de detener los avances procedentes del Oriente que amenazaban la existencia de centros de intercambio comercial tan importante como los que se han mencionado.

⁴ Sobre las alteraciones en las relaciones comerciales entre Europa y el Oriente que influyeron en la búsqueda de una ruta por el Poniente y en el descubrimiento o encuentro con América, véase Edward Potts Cheyney, *European Background of American History, 1300-1600*, New York, Collier Books, 1966.

EST

MOLVOVES

GRANDE IAVE

PETITE IAVE

MER DE LINDE ORIENTALE

OVEST

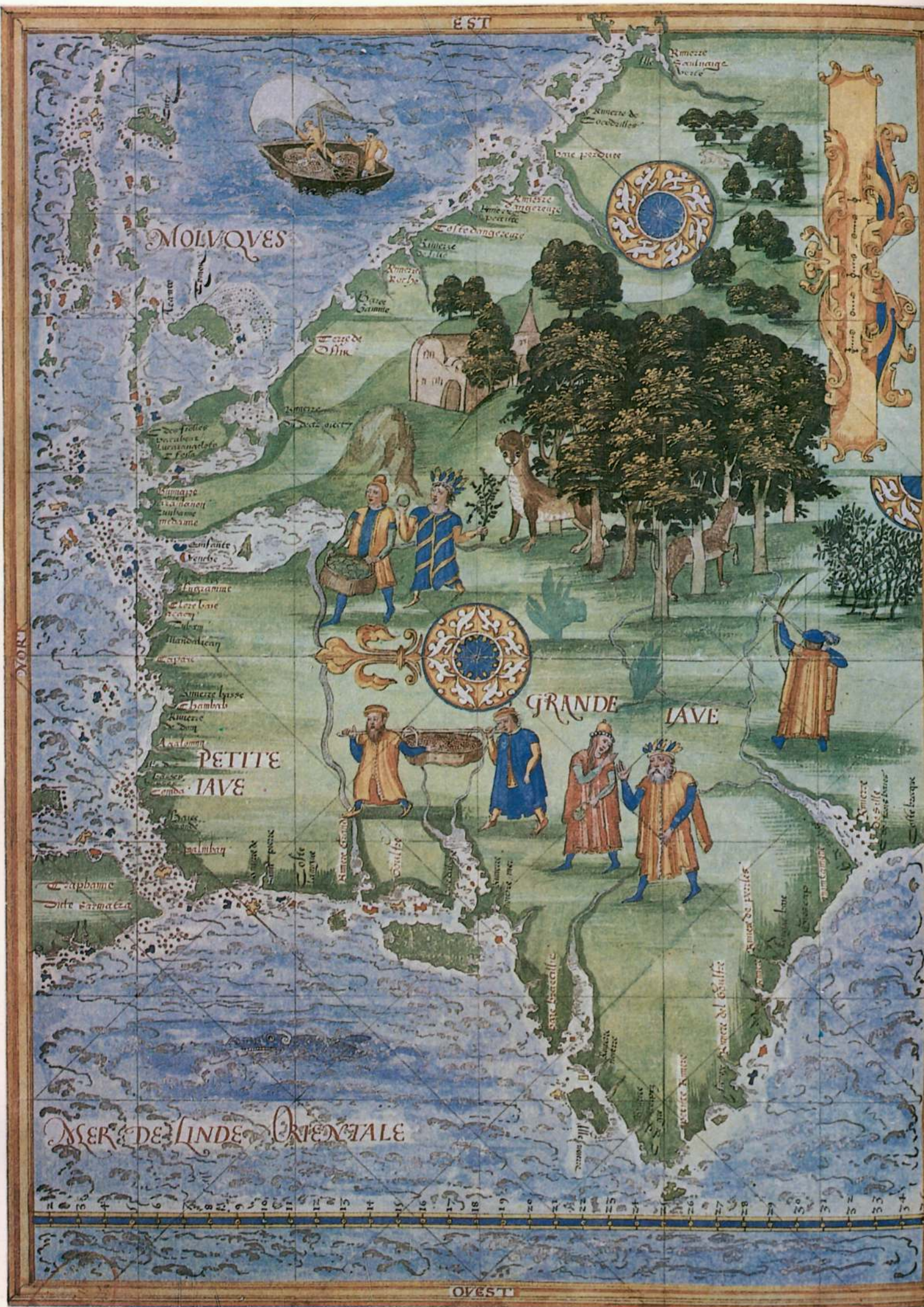


Lámina IV. *La Gran y la Pequeña Java y las Molucas con escenas en que aparecen mercaderes de las codiciadas especias. Aunque se trata de un mapa-paisaje tardío de Guillaume Le Testu, publicado en 1556, en él se aprecia la fascinación que continuaban ejerciendo las riquezas del Oriente.*

Por otra parte, las noticias fabulosas que, de boca en boca, se transmitían acerca de esos países del Oriente habían despertado desde tiempo atrás en algunos atrevidos el deseo de viajar para conocer lo que allí había. El más famoso de tales viajeros fue el veneciano Marco Polo (1254-1325) que, en compañía de Nicolás, su padre, y Mateo, su tío, partiendo de San Juan de Acre, emprendió en 1271 un largo recorrido hasta la corte de Kublai Kan en China. Desde allí Marco Polo hizo numerosas salidas cumpliendo muchas veces encargos del gran Kan. De este modo anduvo por distintas partes del Asia y recogió noticias directas de otras más lejanas como Cipango (Japón). El libro que escribió acerca de sus viajes, que se prolongaron por más de veinte años, despertó enorme interés. Ampliamente leído, fue poderoso incentivo para conocer más acerca del Oriente. Consta que Colón se aprovechó grandemente de su lectura.

Las relaciones comerciales con el Oriente comenzaron a alterarse desde principios del siglo xv. El poderío de los turcos se dejaba sentir ya con toda su fuerza en el ámbito oriental del Mediterráneo. La caída de Constantinopla en 1453 y la ocupación sucesiva de casi todos los centros del Cercano Oriente, del archipiélago griego y del norte de África, donde había establecimientos de comerciantes europeos, puso en peligro de desaparición al antiguo intercambio con el Asia.

Esta realidad, cuya significación no puede minusvaluarse, por una parte se convirtió en acicate de nuevos preparativos bélicos contra el Turco y, por otra, despertó el interés por descubrir nuevas rutas que llevaran también al Asia por caminos muy distintos. Las exploraciones de las costas del África con miras a descubrir si acaso por su extremo sur podía llegarse al océano Índico fueron sin duda un primer intento de respuesta al problema. Por otro lado, la idea generalmente aceptada de la redondez de la tierra planteaba la posibilidad de encontrar una ruta al Asia precisamente por el occidente, es decir, por el mar océano, más allá de las Columnas de Hércules y de las Azores y las Canarias.

Una primera culminación de las exploraciones a lo largo de las costas de África la alcanzó el portugués Bartolomeu Díaz en 1486-1487. Si bien llegó éste al extremo sur de dicho continente, no pasó ya al océano

Índico. Ello lo lograría al fin Vasco de Gama, varios años después, en 1497.

Para navegar al Asia por la ruta del poniente

Parecidos intereses a aquellos que habían determinado el avance en las exploraciones de las costas de África, hasta llegar a su extremo sur, para doblar luego con rumbo a la India, avivaron la hipótesis de navegar con destino al Asia siguiendo una ruta por el poniente. La idea que afloró en el pensamiento de hombres como Paolo Toscanelli y, por supuesto, Cristóbal Colón, no hubiera sido posible sin una serie de recientes descubrimientos y redescubrimientos en materia de cartografía y del arte de la navegación.

Por una parte, desde fines del siglo XIII existía el gran invento de los mapas portulanos. Fruto directo de la experiencia de quienes surcaban los mares, en especial el Mediterráneo, vinieron a ser guía, la mejor hasta entonces, para ir de un puerto a otro (de aquí su nombre de *portu-lano*). Constituyen así el más próximo antecedente de las modernas cartas de navegación. En síntesis, los mapas portulanos pueden describirse como representaciones de determinadas zonas marítimas en las que, por medio de líneas, que a primera vista se antojan telas de araña, se ofrece un gran índice de las direcciones que pueden seguirse para navegar de un lugar o puerto a otro. Los trazos de las líneas son obviamente distintos en los diversos portulanos. Las líneas irradian a veces de puntos determinados, situados en el interior de círculos especie de rosetas de los vientos. En otros casos las líneas tocan tangencialmente a los dichos círculos. Intersectándose de múltiples formas, dan lugar a la aparición de rectángulos, triángulos y paralelogramos. Contra lo que pudiera suponerse, no constituyen sistemas de coordenadas. Como ya se dijo, son en esencia indicadores de direcciones para la navegación.

De inmensa utilidad fueron tales cartas o mapas y de ellos puede afirmarse que eran portadores del saber marino derivado de la experiencia. Con los portulanos el arte de la navegación logró nuevas formas de desarrollo. Hallazgo también fundamental fue el de la brújula. Introducida por los árabes en el contexto europeo, comenzó a emplearse

en el siglo XII. Ya en el XV, se le acopló un sistema de suspensión que hizo posible se mantuviera en posición horizontal no obstante los sacudimientos de las embarcaciones.

Además de los dos referidos descubrimientos, algún tiempo después, en la segunda mitad del siglo XV, tuvo lugar un redescubrimiento de capital importancia en materia de cartografía. Fue éste el hallazgo y ulterior difusión de la *Geographiké Syntaxis* del griego Claudio Tolomeo, (Ptolomeo, c. 90 - c. 168 d. C.).

Una primera impresión de dicha obra, traducida al latín, vio la luz en 1475. Ediciones posteriores, como las de Nicolás Germanus en 1482 y 1486, enriquecieron el contenido de la obra. Entre otras cosas aportaron nueva información sobre las islas en el Atlántico, Inglaterra, Irlanda e Islandia, así como acerca de la península Escandinava.

Con la difusión de la geografía de Ptolomeo se reafirmó la antigua creencia en la redondez de la tierra. También se aceptaron ya generalmente las divisiones por él introducidas con base en un ecuador (*equator*: que divide en zonas *equales*, iguales, los hemisferios norte y sur); así como en razón de dos líneas tropicales. Había él dividido también el ecuador en 360 grados que, continuándose en círculos —los meridianos— llegaban a ambos polos. Paralelos al ecuador había trazado otros círculos, que designados precisamente con el nombre de *paralelos*, señalaban los grados de latitud al norte y al sur, es decir establecían un preciso sistema de coordenadas.

En cambio, dos grandes limitaciones incluía la *Geografía* de Ptolomeo. Una es lo reducido de la superficie terráquea representada en sus mapamundis. Abarcaba ésta sólo aproximadamente 180 de los grados de longitud en que dividía la esfera terrestre. En dicha superficie se hallaban en el extremo izquierdo las islas Afortunadas (Canarias); un mar Mediterráneo de extensión poniente-orienté sumamente exagerada, y luego el Asia, hasta llegar, en el extremo derecho del mapa, a una zona correspondiente a la región central de *Sina* (China). De la otra mitad de la superficie del globo no daba información alguna. Podía suponerse al menos que las regiones más orientales de Asia se hallaban en ella.

La otra limitación de la Geografía ptolemaica se derivaba de haber reducido consi-

derablemente el tamaño del globo terrestre. Disminuidas las extensiones de las longitudes y latitudes (meridianos y paralelos), medidos estos últimos a partir de la línea Ecuatorial, la superficie terrestre se reducía en dos séptimas partes o sea en cerca de veintiocho por ciento. A este error debe añadirse otro derivado del hecho de que Ptolomeo, al escoger como primer meridiano el de las islas Afortunadas (Canarias), debido a desconocer la verdadera posición geográfica de éstas, lo situó como si ellas estuvieran cerca de siete grados más al oriente.

Uno y otro errores obviamente inducían a pensar que, puesto que el Asia se extendía más allá de la superficie representada (sólo se abarcaba en los mapamundis hasta el centro de China), los extremos de dicho continente debían rebasar los 200 grados. Colón llegó a pensar que los confines del Asia se extendían hasta los 230 grados de la superficie terrestre. En consecuencia el llamado *Mare Tenebrosum* o sea el océano Atlántico, desde las islas Afortunadas hasta el extremo del Asia, abarcaría sólo cerca de 130 grados de longitud. Según esto, la distancia que había entre las Canarias y la isla de Cipango, que Marco Polo situaba en los extremos del Asia, no excedía a unas 3,000 millas náuticas de la época, cerca de 5,550 km.

Precisamente lo referido por Marco Polo respecto de esa gran isla con tejados de oro que se llamaba *Cipango* (Japón) había influido ya en algunas producciones cartográficas elaboradas desde el primer tercio del siglo XV. En ellas, rebasando los límites característicos de los mapamundis ptolemaicos, se representaba una parte considerable del *Mare Tenebrosum*, más allá de las islas Canarias. En esa parte del Atlántico se situaban varias islas, algunos de cuyos nombres, en formas imprevisibles, habrían de perdurar para siempre. Eran ellos los de las islas "Brazilia", "Antilia" y, la más lejana, "Cipango". Tales islas bien podían antojarse como especie de piedras por las que sería posible ir saltando —es decir navegando— para encaminarse a las Indias por la ruta del poniente.

El conjunto de todos estos descubrimientos (portulanos y brújula mantenida en posición horizontal), redescubrimiento de la geografía ptolemaica y ampliación de la misma con la representación de otras islas mucho más al poniente de las Canarias, sin duda contri-



Lámina V. *Globo de Martín Behaim, construido en 1492, en Nuremberg. En la parte que de él se ve aquí, las islas Británicas, parte de Francia, la península Ibérica y África —aparecen en el extremo derecho. En el izquierdo, se perciben los extremos de Asia y la gran isla de Cipango. Es ésta la parte de la superficie del globo terrestre que no aparecía en los mapamundis ptolemáicos. Con banderas se señala qué islas del océano Occidental pertenecen a Portugal y cuáles a España. En el centro, bajo una pequeña embarcación, se registra la "Ínsula Antilia". El globo de Behaim es plástica representación de la imago mundi que tenía Colón. (Se conserva en el museo de Nuremberg.)*

buyó a hacer más viable la idea de ensayar una nueva forma de navegación con destino a las Indias. Estas —de dar crédito a Ptolomeo— se encontraban menos alejadas de las Canarias de lo que antes pudiera haberse pensado. Ciertamente parecía haber base para esperar que la ruta del poniente sería más corta que la optada por los portugueses circunnavegando al África.

Cristóbal Colón y el globo terráqueo de Martín Behaim

Tanto este globo terráqueo, conservado en el Museo Municipal de Nuremberg, como un mapamundi existente en la Biblioteca Nacional de París, ambos diseñados hacia 1492 o poco antes, son de la mayor importancia para comprender cuál era la imagen del mundo que tenía Colón al embarcarse con rumbo al poniente.

El globo, construido bajo la dirección de Martín Behaim (1459-1507), cosmógrafo, navegante y mercader alemán, que estuvo por algún tiempo sirviendo al rey de Portugal, tiene el gran valor de reflejar lo que las mentes más ilustradas del momento concebían, tanto con base en la geografía ptolemáica como en recientes expediciones y relatos tenidos por fidedignos, acerca de la *imago mundi*. En el globo es también perceptible la influencia del cardenal Pierre D'Ailly, que a su vez había dejado honda huella en el ánimo de Colón. De particular interés es cuanto se muestra en el globo más allá de Europa y de las islas Canarias. El océano Atlántico aparece con abundancia de inscripciones y en él se sitúan además numerosas islas. Se concede importancia a la de Antilia, en cuyas inmediaciones se representa una embarcación, y a la muy grande de Cipango (o Zipango) cerca de la cual hay otras muchas islas menores. Más al poniente se trazan ya los confines del Asia continental. Al decir de Michel Mollat y Monique de la Roncière:

La representación del Atlántico en el globo de Behaim traduce las ideas de Colón tan fielmente que estamos justificados al pensar que el mercader de Nuremberg [así se refieren a Martín Behaim] que, durante su estancia en Lisboa, había sido admitido al círculo de profesionales que rodeaban al rey, en 1485 y años siguientes, haya tal vez tenido en sus manos los textos que Colón había presentado a Juan II el año anterior en apoyo de sus audaces planes.⁵

A su vez, el ya mencionado mapamundi, también portulano, conservado en la Biblioteca Nacional de París, merece considerable atención. En esencia se trata de una carta ptolemáica pero con no pocas innovaciones. Estas se hallan en la nomenclatura a lo largo de las costas de África de acuerdo con lo descubierto por los portugueses hasta el cabo de Buena Esperanza al que había llegado Bartolomé Díaz en 1487. Por el rumbo del Atlántico, la parte representada va mucho más allá de las Canarias. Y, como en el globo de Behaim, también en este mapa aparecen varias islas. Al noroeste se sitúan las de "Frixlandia" y "Brasil"; bajo la rosa de los vientos están las de "las Siete Ciudades", indentificadas a veces con la Antilia y relacionadas con una antigua leyenda que, de varias formas, reaparecerá luego en el contexto del noroeste de América, no lejos de California.

Fuera ya del mapamundi, a la izquierda, se ve un mapa muy reducido del mundo, circundado por las nueve esferas celestes con sus respectivos nombres, testimonio claro de la concepción geocéntrica del universo. Gracias al contenido de las numerosas inscripciones incluidas en el mapa ha sido posible proponer una hipótesis acerca de quién fue su autor. La mayoría de los dichos textos están tomados de la *Imago mundi* del Cardenal D'Ailly. Otros parecen provenir de los propios conocimientos de quien diseñó el mapa. Así, cerca de Islandia, se lee que dicho país se llama *Thile*, de la que Séneca en su tragedia sobre *Medea*, anunció que "tiempos vendrán en que esa Tule (*Thile*), no sería ya el confín de la Tierra. . ." En ambos extremos inferiores del mapamundi se indica que, aunque está dibujado sobre una superficie plana, debe considerarse que se trata de una esfera.

Tal vez lo más interesante es que hay además otras anotaciones que coinciden a la letra —incluyendo un caso de error en la transcripción— con los textos de varias apostillas redactadas de mano de Cristóbal Colón en los márgenes de su ejemplar de la obra del Cardenal D'Ailly. En ese ejemplar, preservado hasta la fecha en la Biblioteca Colombina de Sevilla, hay una nota en que don Cristóbal menciona sus cuatro mapas que incluyen

⁵Michel Mollat du Jourdan and Monique de la Roncière *et alii*, *Sea Charts of the Early Explorers, 13th to 17th Century*, London, Thames and Hudson, 1984, p. 210.

además una esfera, cual es precisamente el caso del mapamundi que aquí se está describiendo. La pregunta es obvia: ¿fue Colón el autor de este mapa?

Aunque son grandes los indicios de que así fue, debe esperarse una prueba definitiva. Por el momento baste con afirmar que tanto en el globo de Behaim como en este mapamundi se reflejan de modo muy claro las ideas que tuvo Colón de la esfera terrestre muy poco antes de intentar alcanzar las Indias por el camino del poniente.

Inicios del largo proceso de configuración de una nueva imagen del mundo

La sola lectura de las cartas de Colón, en las que informó sobre los resultados de sus cuatro viajes (escritas entre 1493 y 1504), pone de manifiesto no sólo su equívoco de creer que originalmente había desembarcado muy cerca de Cipango (Japón) sino también su persuasión, hasta el fin, de haber llegado por el occidente al Asia. Recordando sus propósitos un día después de haber desembarcado en la isla de Guanahaní, escribió en su diario, según la transcripción que de él nos conservó nada menos que fray Bartolomé de las Casas:

Mas por no perder tiempo, quiero ir a ver si puedo topar a la isla de Cipango . . .⁶

Y en la comunicación que dirigió a los Reyes Católicos tocante al cuarto de sus viajes, asienta:

Llegué a tierra de Cariay . . . En todos estos lugares a donde yo había estado fallé verdad todo lo que yo había oído; esto me certificó que es así de la provincia de Ciguare que, según ellos, es descrita nueve jornadas de andadura por el poniente; allí dicen que hay infinito oro . . . También todos conocieron la pimienta. En Ciguare usan tratar de ferias y mercaderías . . . Otros dicen que las naos [de allí] traen bombardas, arcos y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos . . .

Digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo y que un grado equinoccial está cincuenta y seis millas y dos tercios . . .

Llegué el 13 de mayo [de 1503] en la provincia de Mago, que parte con aquella de Cathayo [China], y de allí partí para la Española . . .

⁶ "Diario de Colón", tomado de la obra de fray Bartolomé de las Casas e incluido en la edición de Ignacio B. Anzóategui, *Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento*, Madrid, Espasa Calpe, 1982, p. 32.

Dicen que en la tierra adentro, hacia el Cathayo, las hay [mantas] tejidas de oro . . .⁷

Como lo expresa una de las inscripciones en el pequeño mapamundi al que circundan las esferas celestes, el texto que aparece junto a Cathay (China), allí se halla el Paraíso terrenal. Colón —según él mismo lo escribió— creyó haber contemplado la desembocadura de los ríos que provienen del dicho Paraíso. Ello fue en el tercero de sus viajes cuando navegó frente a las bocas del Orinoco. Nada tiene, por tanto de extraño, que en su citada carta manifestara hallarse en una región "que parte —colinda— con aquella de Cathayo [China]".

Para seguir, paso a paso, el largo proceso de la configuración de una nueva imagen del mundo —en el que las Californias llegarán a tener lugar muy importante— lo mejor será acercarse a la cartografía que se fue produciendo a raíz de los viajes de Colón y de cuantos prosiguieron las exploraciones al norte, poniente y sur de las Antillas. Fundamentalmente se produjeron entonces dos géneros de mapas: aquellos que, de un modo o de otro, pasaban a integrar el llamado "Padrón General", conservado celosamente en Sevilla, y los más abundantes y difundidos mapas, debidos a cartógrafos de diversos orígenes. Entre estos últimos había quienes lograban obtener informaciones fidedignas, bien sea de los mismos marinos o sustrayendo, como podían, algo al menos de las noticias y cartas que eran parte del Padrón General.

No corresponde por cierto al tema de este libro intentar una reconstrucción del complejo proceso a través del cual se fueron adquiriendo los nuevos conocimientos geográficos, fruto de las varias expediciones. Bien claro está que el presente capítulo se concibe con el propósito de situar, de modo más adecuado, la significación que más tarde alcanzarán las Californias en esos dos puntos tan importantes ya descritos: el del posible paso del norte para llegar al Asia por la ruta del poniente y el del cabal perfil noroccidental del Nuevo Mundo, es decir en suma, la relación de éste con el continente asiático en sus extremos septentrionales. De esta suerte, al atender al que

⁷ "Carta a los Reyes Católicos referente al cuarto viaje", en Anzóategui, *op. cit.*, p. 191-192, 200.

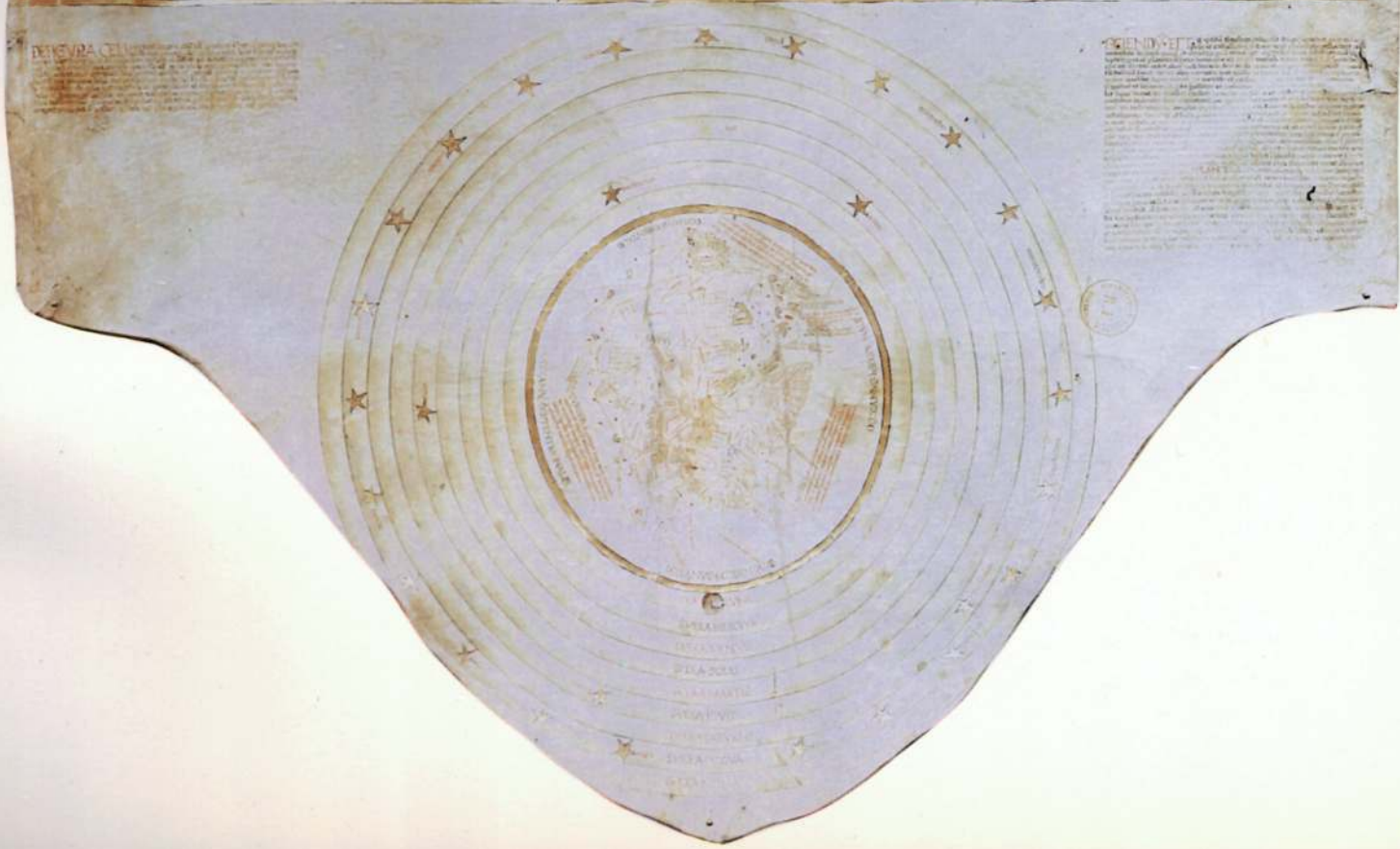


Lámina VI. *Mapamundi portulano atribuido a Cristóbal Colón, c. 1492. Además de representarse en él Europa y una parte de Asia y África, se registran en el océano Occidental varias de las islas que aparecen en el globo de Behaim y en otros mapas del siglo XV, entre ellas las de las míticas "Siete Ciudades" y la llamada "Brazil". A la izquierda, se ve otro mapamundi pequeño, circundado por las nueve esferas celestes. (Se conserva en la Biblioteca Nacional, París.)*

llamamos largo proceso de configuración de una nueva imagen del mundo, nos detendremos aquí en un año que cabe tener como clave, el de 1522, por las razones que en su momento serán objeto de atención.

Lo que en dicho año ocurrió guarda relación con las Californias y con el arraigado propósito de llegar a las Indias por la vía del poniente. No debe olvidarse que, hasta que los europeos no acabaron de valorar al menos en buena parte las potencialidades inmensas que les ofrecía el Nuevo Mundo, continuaron obsesionados —o ambivalentes al menos en el mejor de los casos— con su arraigada idea y anhelo de alcanzar las Indias.

Cartografía, reflejo de la experiencia

En contraposición con los antiguos mapas que o eran mera copia de las ideas ptolemáicas o fruto de solas especulaciones, la cartografía que comenzó a producirse da testimonio de las experiencias de quienes habían llegado a las islas que se conocerían como Antillas (la Española o Santo Domingo, Cuba o Isabela, Puerto Rico . . .), y desde allí emprenden luego ulteriores expediciones.

Un primerísimo testimonio de lo que comenzaba a conocerse, lo ofrece el célebre mapa debido a Juan de la Cosa que había navegado con Colón en 1493-1494 y había hecho otros viajes a lo largo de las costas americanas. En esa carta, además de representarse las Antillas, más allá de las dichas islas, se delinea con perfiles inciertos una gran masa terráquea, que va del extremo norte al sur.

Con pequeñas banderas se señala qué reinos han patrocinado los hallazgos de las distintas islas y tierras. Desde luego que en el mapa de Juan de la Cosa no se expresa si la gran masa terráquea, que aparece como barrera al océano, es parte del Asia o es un continente desconocido. Es ésta la primera carta en la cual la imagen del mundo se representa de un modo por completo distinto al de los esquemas ptolemáicos.

Además del mapamundi de Juan de la Cosa se conservan unas esquemáticas cartas —copias tempranas hechas por Alessandro Zorzi— de otras atribuidas a Bartolomé Colón, hermano del Almirante. Producidas

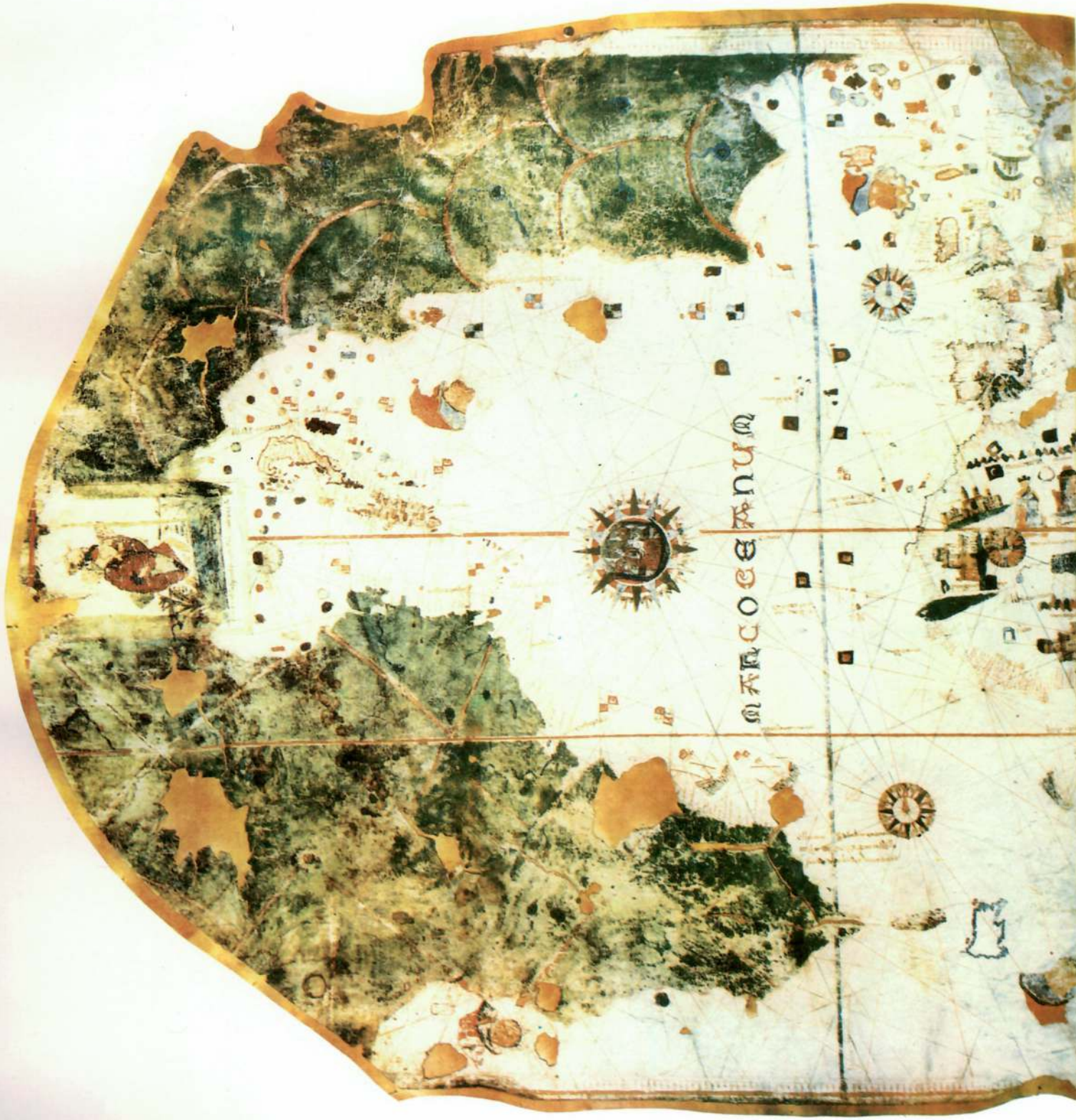
después del cuarto viaje de éste en 1503, en ellas se delinearán las islas y tierras adyacentes a las que había llegado don Cristóbal. Quien realizó el hallazgo de estas cartas, Franz R. von Wieser, explica que aparecieron como dibujos marginales en una copia de la carta de Colón, fechada el 7 de julio de 1503, en la que describe su tercer viaje.

A pesar de lo esquemático de la representación, las ideas del Almirante quedan plenamente al descubierto: las islas Antillas están situadas en el mar (muy reducido) entre los macizos de África y Asia. Abajo de las islas, cruzada por la línea "equinoctialis", hay otra masa de tierra en la que se registran los topónimos Curiana, Paria y otros. Más abajo se lee "Mundo Novo", lo que denota que se considera que tal masa terrestre al sur de las Antillas, por ser antes desconocida, merece tal apelativo. Ello, sin embargo, no significa que se tenga como separada del Asia, con la que se ve unida.

En un segundo dibujo, tan esquemático como el descrito, se delinea precisamente aquella parte del mundo cuya fachada aparece en el extremo izquierdo de la carta anterior, o sea el Asia. Si en la fachada occidental del Asia se leen los topónimos que Colón menciona en sus escritos, "Cariái, Carambaru, Bastimentos y Belporto", a la izquierda se registran con letras más grandes los de las regiones o "países" del Asia: "Sinarum situs" (lugar de las Chinas), "India extra Gangem Fluvium" (India más allá del río Ganges), "India intra Gangem" (India interna al Ganges).

Estas pequeñas cartas, que muestran una concepción muy diferente a la que conlleva el mapa de Juan de la Cosa, son reveladoras de la ambivalencia geográfica, que todavía en 1503-1504, seguía prevaleciendo.

Tal ambivalencia, que no impide dar entrada a las noticias derivadas de ulteriores viajes exploratorios, se torna también patente en varios mapamundis elaborados entre 1506 y 1508. Conviene notar que, a partir de 1497, varias importantes expediciones se habían llevado a cabo: las de los Cabotos, Juan y Sebastián (1497-1498), al servicio de Inglaterra, a lo largo del extremo norte de América; las de Gaspar y Miguel Corte-Real, súbditos de Portugal, por rumbos también septentrionales; así como, en el hemisferio



MAGOGENUM

Lámina VII. *Mitad izquierda del mapamundi de Juan de la Cosa (1500). En él aparecen las Antillas hasta entonces exploradas y colonizadas, así como una gran masa terráquea que, encurvándose hacia el centro, abarca del extremo norte al sur. La antigua concepción ptolemáica ha sido superada, aunque no se precisa si la gran masa terráquea es Asia o no, o al menos una parte de ella. Juan de la Cosa, propietario de la carabela Santa María, había participado en viajes posteriores de reconocimiento de las costas de Venezuela, en compañía de Cristóbal de Ojeda y Américo Vespucio. Una efigie de San Cristóbal en el extremo central, a la izquierda, podría tenerse como alusión a Colón. (Se conserva en el Museo Naval, Madrid.)*

sur, las de Américo Vespucio (1499-1502) y Pedro Alvarez de Cabral (1500).

Mapamundi bien conocido es el de Giovanni Matteo Contarini, grabado por Francesco Roselli. Publicado en 1506, trabajado en cobre, ostenta una proyección oval. En él, más allá de las islas Antillas, no aparece la gran barrera terrestre del mapa de Juan de la Cosa, sino sólo una amplia superficie, casi toda en el hemisferio sur, que ostenta el nombre de *Terra S. Crucis*. Tal nombre, como es sabido, le había sido dado en 1500 por Pedro Alvarez de Cabral a una parte del litoral del Brasil.

En lo que toca a la masa que se ve al norte, se indica que fue descubierta por navegantes portugueses. Ignorando los viajes de los Caboto (1497-1498), se alude en este caso a los de los Corte-Real en 1500-1501. A diferencia de lo que se señala como algo antes desconocido en la gran masa meridional, la septentrional se representa como el extremo del Asia, nombrándola "Provincia de Tangut", con una designación tomada de Marco Polo. En el lugar que correspondería a una parte de México, se ve la isla llamada Cipango (Japón).

El año siguiente, 1507, fue más pródigo en la producción cartográfica que mostraba cada vez algo nuevo en el occidente, en la cercanía de las islas Antillas. Por un lado, el alemán Johannes Ruysch, del que se dice que, además de cartógrafo era marino y que se había adentrado en el Atlántico, produjo otro mapamundi grabado en cobre, con la misma forma del publicado un año antes por Contarini-Roselli. Siendo patente su filiación con dicha carta, deben reconocérsele como atributos principales, sus más precisas delineaciones en lo que toca al Asia y ser otro de los primeros mapamundis que ostenta la leyenda de *Mundus Novus*, aplicada a la gran masa al sur de las Antillas. Otra inscripción latina dice así, vertida al castellano, y referida a ese *Mundus Novus*:

Hasta aquí los navegantes españoles vinieron, y a esta tierra, por su grandeza, llamaron Nuevo Mundo. Y porque no la han visto en su totalidad y porque hasta este tiempo no han pasado más allá de este término, por eso aquí se deja indeterminada, sobre todo porque se desconoce hacia dónde se continúa.

En contraste con este mapa en el que se incluye esta cautelosa declaración, aparecie-

ron ese mismo año de 1507 otras producciones que se han tenido como extraordinarias y reveladoras. Me refiero a los trabajos de Martin Waldseemüller, oriundo de Radolfzell, junto al lago Contanza. Cabe recordar acerca de él, que después de abrazar la carrera eclesiástica, se dedicó a la cosmografía. Miembro de la Academia de Saint-Dié, cerca de Estrasburgo, preparó una nueva edición de la *Cosmografía* de Ptolomeo. Sin embargo, las noticias de las tierras que habían encontrado los españoles y portugueses, y la lectura de la obra *Quattuor navigationes* de Américo Vespucio, lo movieron a escribir su propia *Cosmographiae Introductio*. Con ella sacó a luz en 1507 su célebre mapa en el que, por vez primera, aplicó a la recién descubierta masa terrestre meridional el nombre de "América". Tal cosa deja ver la enorme estimación en que tenía Waldseemüller a Vespucio. Éste había dado a conocer en 1503 los resultados de sus navegaciones, proclamando que había descubierto algo en verdad extraordinario: una gran masa de tierra que llamó *Mundus Novus*.

Volvamos la mirada, en primer lugar, al mapamundi de Waldseemüller en el que, además de las Antillas, aparecen, separadas del todo como si hubiera un estrecho para pasar al Asia, dos alargadas superficies terrestres. La meridional ostenta varias leyendas. Una dice: "Toda esta provincia ha sido descubierta por mandato del rey de Castilla". Más abajo se lee: *América*. A lo largo de las que pueden tenerse como costas orientales de dicho continente hay otra anotación: *Terra ultra incognita*, "La tierra, más allá, no se conoce". De cualquier forma se deja entender que, más allá de ella, se encuentra otro mar. Esto resulta sorprendente si se recuerda que tan sólo ocho años después, en 1513, Vasco Núñez de Balboa, descubriría el Pacífico, desde su litoral americano. Respecto de la masa terrestre al norte, en la que parece haber una indentación, a modo de golfo, como anticipando al de México, debe notarse la consiguiente leyenda: *Terra ulterior incognita*, "La tierra ulterior es desconocida". Como para precisar la ubicación que da Waldseemüller a esas dos masas terrestres, delineó arriba del mapa dos hemisferios, con las figuras de Ptolomeo (a la izquierda) y Américo Ves-

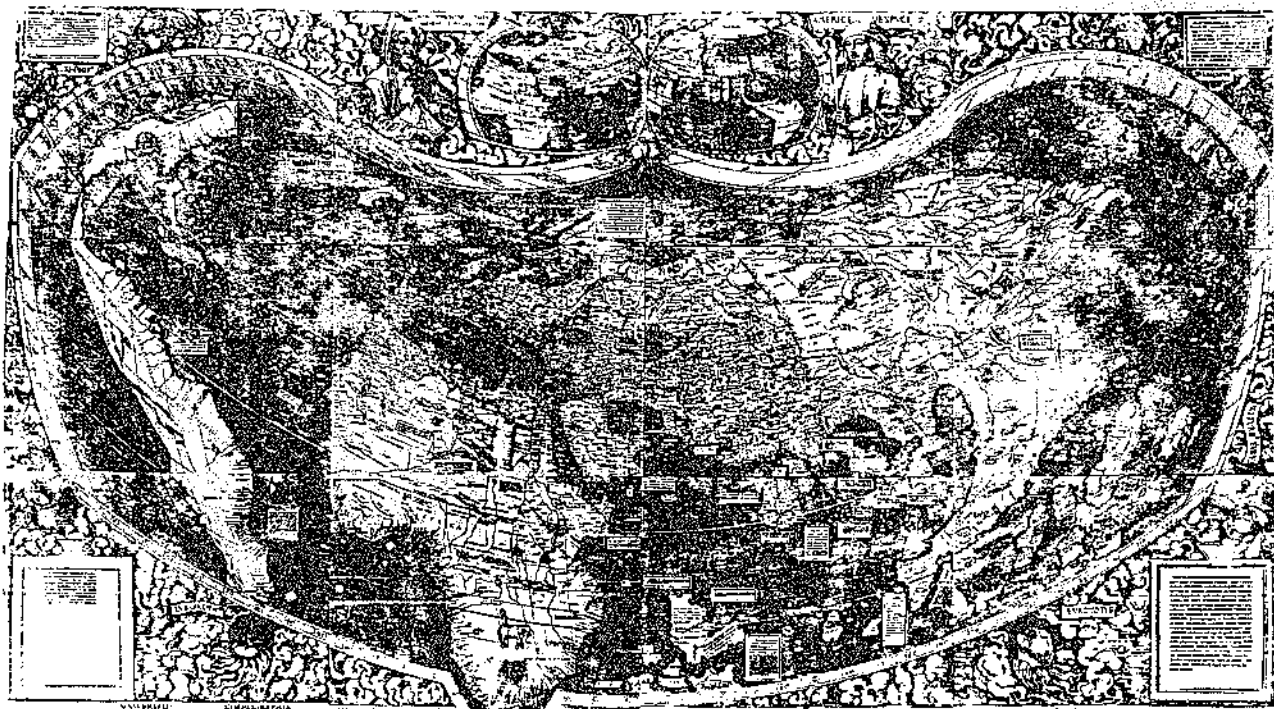


Figura 9. Mapamundi de Martín Waldseemüller, descrito por él en su *Universalis Cosmographia secundum Ptolomaei Traditionem et Americi Vespucii Aliorumque Lustrationes*, Estrasburgo, 1507. El mapa, publicado aparte, ostenta una proyección cónica modificada, al modo ptolemáico. África aparece tomando en cuenta los descubrimientos portugueses. En cambio, respecto de Asia continúa siguiéndose la delineación ptolemáica. En el extremo derecho aparece Cipango (Japón). En el extremo izquierdo del mapa se ve —separado por completo de Asia— el Nuevo Mundo, hipótesis aún sin base experimental. El continente, aparte de las islas, aparece dividido en dos partes separadas por un estrecho. Arriba de la línea que marca el Trópico de Capricornio se lee América (por Américo Vespucio). En dos pequeños hemisferios que aparecen en la parte superior, al centro, se miran, a la izquierda, el Viejo Mundo, con Ptolomeo y el Nuevo Mundo —con una delineación semejante a la del mapamundi— con Américo Vespucio a la derecha. (Se conserva en Würtemberg, Biblioteca Walburg zu Wolfegg-Waldsee.)

pucio (a la derecha). Al lado de éste se halla el hemisferio occidental. Allí las dos masas terrestres al norte y sur, aparecen unidas y totalmente separadas, por el mar, del Asia. A la izquierda de la región que correspondería a México, se ve una gran isla con el nombre de Cipango (Japón).

Además de este mapa, dio también entonces a conocer Waldseemüller, en forma de doce gajos —como diseñados para un globo terráqueo—, otro mapamundi con características muy semejantes al anteriormente descrito. Aunque mucho más esquemático, en él se reitera el empleo del vocablo *América* y se sitúa al alargado continente teniendo a su izquierda la isla de Cipango.

Lo aportado por Waldseemüller implicaba un cambio radical en la *imago mundi*. Postuló él que lo hasta entonces conocido más allá de las Antillas, era una masa terrestre —¡América!— circundada por dos océanos y, por tanto, separada totalmente del Asia. Tal concepción —a pesar de limi-

taciones como la estrechura de la masa continental— era en verdad revolucionaria, y hoy puede decirse además que, aparte de la referida estrechura, bastante cercana a la realidad. A pesar de esto, si nos situamos en 1507, cuando se elaboraban estos mapas, debemos reconocer que lo hasta entonces explorado no daba base alguna segura para tal interpretación. Nada tiene de extraño, por tanto que, con excepción de un mapamundi, producido en 1512 por el polaco Johannes Stobnicza, que es copia de los dos pequeños hemisferios que aparecen en la parte superior de la carta de Waldseemüller, las incógnitas perduraran en la cartografía de los años siguientes.

Un ejemplo de cautelosa actitud es otro mapa del ya mencionado Francisco Roselli, publicado en Florencia alrededor de 1506. En él introduce una proyección oval. Además de que la delineación del África es bastante adecuada, alude al viaje de Caboto en 1497. En la gran masa meridional registra:



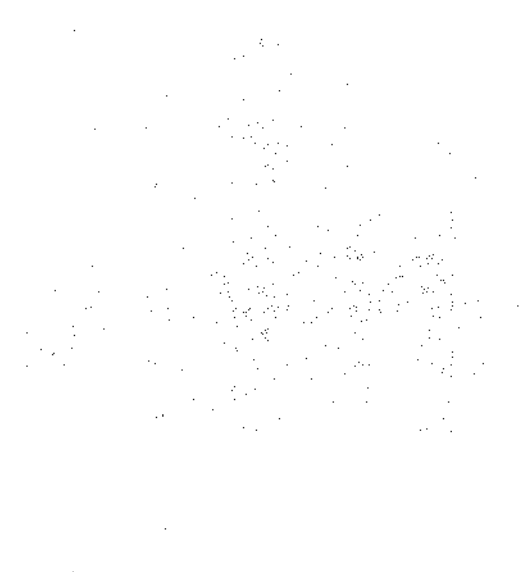


Lámina VIII. *Mapamundi de Francisco Roselli, elaborado con una proyección oval. Guarda relación con el ya descrito del mismo Roselli y Contarini producido en 1506. En lo que concierne a América, es mucho más conservador que Waldseemüller y se limita a presentar aquello de lo que se tiene noticia cierta: las islas y las dos masas continentales, una al norte y la otra al sur. De la primera se sabía por los viajes de Juan Caboto y los Corte-Real; de la segunda, por lo ya presentado en otras cartas con el nombre de Terra Sanctae Crucis sive Mundus Novus. (Se conserva una copia en la Biblioteca Nazionale, Florencia.)*

Terra S. Crucis Sive [o] Mundus Novus. Por el norte se ve la amplia fachada de los litorales explorados por los Caboto y Corte-Real. No se pronuncia, en cambio, por lo que pueda o no haber en la región central, más allá de las que designa "Hispanae insulae". Tan sólo en el extremo derecho del mapa, dentro de la correspondiente latitud, se delinea la isla de Cipango. Rasgo interesante es que, debajo de África, aparece otra masa continental cruzada por el círculo Antártico.

En contraste con estos extraordinarios progresos en la representación de lo encontrado en vez de las Indias a las que Colón pensó haber llegado, los mapamundis que se siguieron difundiendo entre 1508 y 1519 o añaden relativamente poco o constituyen retrocesos a la antigua delineación de tipo ptolemáico.

Así, por ejemplo, se publicó en Venecia (1511) una nueva edición de la *Geografía* de Ptolomeo, debida a Bernardus Sylvanus. En su atlas incluyó éste dos mapamundis, uno que añade muy poco a la representación tradicional ptolemáica y otro pretendidamente "moderno". En éste, sin tomar en cuenta lo aportado por Waldseemüller, delinea tan sólo una gran masa continental al sur ("Terra Sanctae Crucis"), y al norte registra, al modo de dos islas, las que llama "Terra laboratorum" (Labrador) y "Regalis Domus" (Casa Real), esto último como probable alusión equivocada a los apellidos de los Corte-Real.

Casi a paradoja sonará enterarse que el mismo Waldseemüller, que en 1507 había publicado sus revolucionarios mapamundis, más tarde, en 1513 —el mismo año en que Núñez de Balboa, contemplando el Pacífico, hacía verdadera la anterior hipótesis de este cartógrafo— sacara a luz otras cartas que denotan un abierto retroceso en su concepción de la *imago mundi*. Además de publicar en las prensas de Estrasburgo una nueva edición de la *Geografía* de Ptolomeo con un mapamundi al modo tradicional, incluyó otro en el atlas de su *Orbis Typus Universalis iuxta Hydrographorum Traditionem* (Estrasburgo, 1513). En él la representación de las tierras al occidente es sumamente pobre y bastante parecida a la del mapamundi de Bernardus Sylvanus. ¿Se había arrepentido Waldseemüller de su atrevimiento en sus producciones cartográficas de 1507?

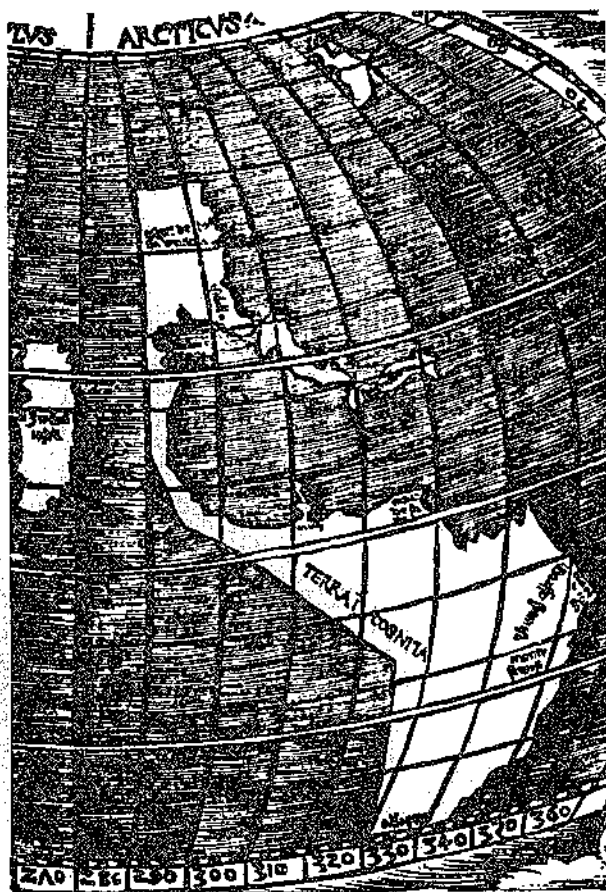


Figura 10. Detalle del mapa de Johannes Stobnicza (1513), cartógrafo polaco, inspirado en la obra de Waldseemüller (1507).

Otros, en cambio, optaron por seguirlo en lo que podía parecer fantástico en esos mapas de 1507. Entre ellos sobresalen el ya mencionado polaco Johannes Stobnicza (Cracovia, 1512), Louis Boulangier (León, Francia, c. 1514), y Peter Apian (Viena, 1520). Del mapamundi de este último puede añadirse que dibujó en él, más allá de la fachada oriental de América del Sur, una embarcación, como para subrayar la existencia de otro océano, el descubierto siete años antes por Núñez de Balboa, y el mismo por el que justamente entonces navegaba Magallanes tras haber doblado el estrecho que hasta hoy lleva su nombre.

Exploraciones hacia el cercano norte y poniente de las islas Antillas: la Florida, Yucatán y México

En tanto que, hacia el sur y al norte, se proseguían las exploraciones a lo largo de la gran fachada continental sin que se descubriera estrecho o paso alguno —fuera del de Magallanes en 1519— los viajes se in-

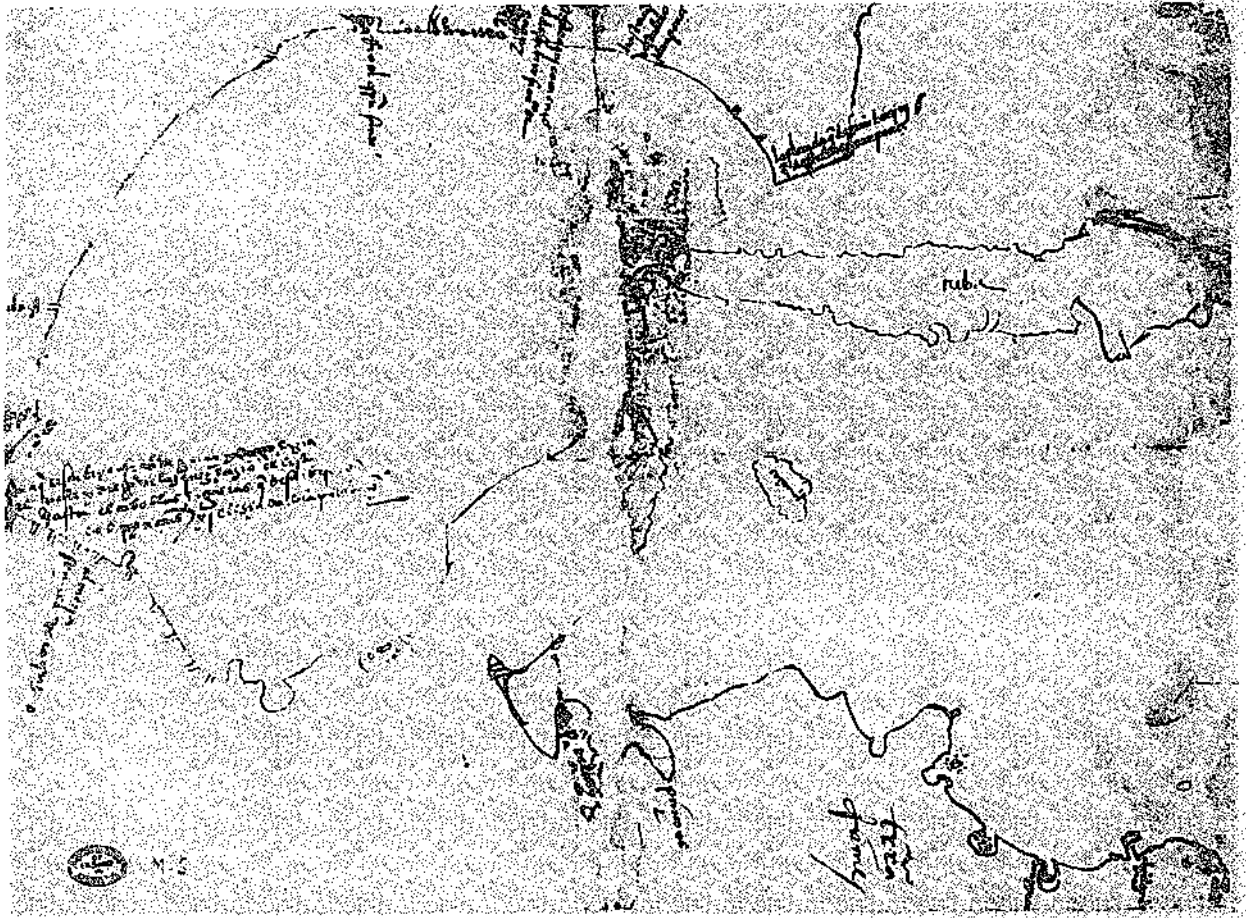


Figura 11. Mapa de los litorales del golfo de México. Cuba lo cierra, con la Florida al norte, y Yucatán, también como península, al sur. El texto a mano dice: "Hasta aquí descubrió Francisco de Garay, y Diego Velázquez hacia al este, hasta el cabo de las Higueras que descubrieron los Pinzones y se les ha dado la población". El mapa es resultado de la expedición que, por órdenes de Garay, llevó a cabo Alonso Alvarez de Pineda en 1519. (Se conserva en el Archivo General de Indias, Sevilla.)

crementaban en el área circuncaribe. Rumores de la existencia en una isla de nombre Bimini de una fuente cuyas aguas conferían eterna juventud, fueron incentivo de nuevo género de expedición. Juan Ponce de León desde Puerto Rico, isla conquistada varios años antes, zarpó en 1513 en busca de esa fuente de la eterna juventud. En Pascua Florida alcanzó tierras, que tuvo él por una isla, y eran en realidad la que hasta hoy se conoce como península de Florida.

Otras noticias más o menos legendarias aludían a tierras muy cercanas a las Antillas, con grandes ciudades en las que abundaba el oro. El mismo Colón en el tercero de sus viajes había navegado a lo largo de las costas de Honduras, no muy lejos del sur de Yucatán. Y, años adelante, otros continuaron pasando también muy cerca, como los que en 1511, viajando de Cuba con rumbo a Castilla del Oro en Panamá, naufragaron en las costas de Yucatán, entre ellos Gonzalo Guerrero, que se convirtió en cacique

que maya, y Jerónimo de Aguilar, que más tarde llegaría a ser valioso auxiliar de Hernán Cortés en calidad de intérprete.

Ya en 1517, zarpando con rumbo al poniente, desde Santiago de Cuba, Francisco Hernández de Córdoba, y un año después, Juan de Grijalva, tocaron las islas de Mujeres y Cozumel, las costas de Yucatán y una parte del litoral del golfo de México. Si la primera de estas expediciones aportó ya información capaz de despertar con gran fuerza nuevas ambiciones, la segunda las acrecentó, puesto que se había adentrado más en el gran país con ciudades y pueblos "con templos de altas torres . . . , gente de grande ingenio . . . , que tenían ciertas calderas de oro . . . , brazaletes de oro . . . , rodela relucientes de oro . . . , campanillas y collares de oro . . . , edificios de cal y arena, muy grandes . . . ". Muchas maravillas habían podido contemplar quienes en 1518 viajaron con Grijalva, como ese "gran pueblo que, visto desde el mar, no parecía menor que Sevilla,

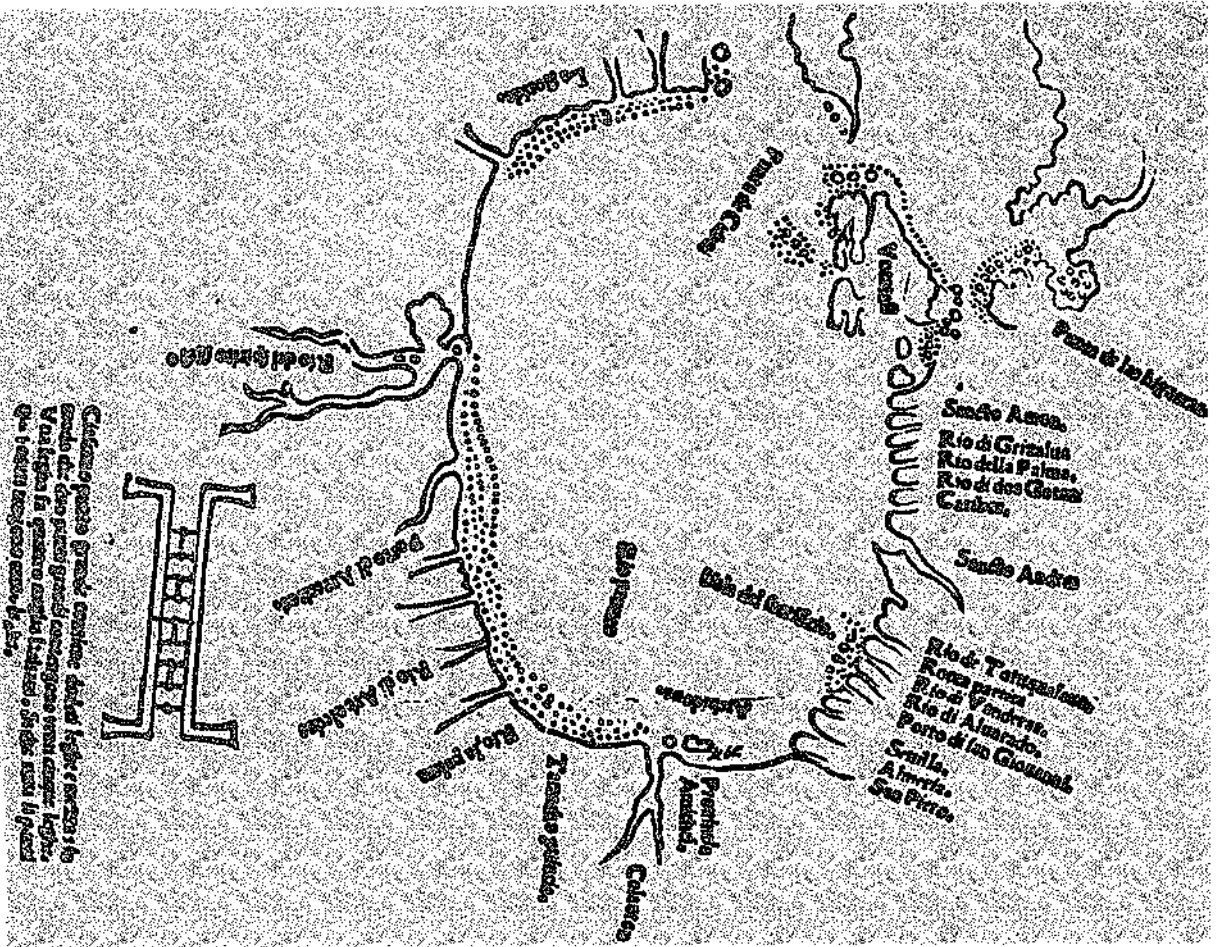


Figura 12. Mapa del golfo de México, incluido en la edición latina de la Segunda Carta de Relación de Hernán Cortés, publicada en Nuremberg y en Venecia, 1524. En él es perceptible gran semejanza con el atribuido a Alonso Alvarez de Pineda. Importante diferencia es que Yucatán aparece como isla.

así en las casas de piedra, como en sus torres y grandeza . . .”⁹

Lo hallado en esta expedición pronto comenzó a difundirse no sólo en el ámbito del Caribe, sino también en el Viejo Mundo. El clérigo Juan Díaz, capellán en el viaje de Grijalva, había escrito lo que intituló “Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, el año de 1518”. Tal opúsculo, enviado a España, comenzó a difundirse muy pronto en letra impresa. Apareció así publicado en italiano (Venecia, 1520), en latín (Valladolid, 1520), en alemán (Ausburgo, 1522) y en otros varios lugares. Excitadas las imaginaciones, llegó a pensarse que, al fin, se había llegado ya a las Indias por la ruta del poniente. Ello comenzó a propalarse, al afirmarse en tales publicaciones que esas tierras de Yucatán eran parte de la India.

⁹ Juan Díaz, “Itinerario de la Armada . . .”, en Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos para la historia de México*, 2 v., México, 1858, t. 286 y siguientes.

Dos expediciones, que pueden considerarse decisivas, siguieron en 1519 a las de Hernández de Córdoba y Grijalva. Una y otra partieron movidas por las grandes noticias acerca de ciudades y pueblos ricos en oro. Una, menos conocida y como opacada por la otra, fue enviada por el gobernador de Jamaica, Francisco de Garay. Al frente de ella estuvo Alonso Alvarez de Pineda. Sus instrucciones incluían “encontrar un paso o estrecho” para penetrar más en el interior del Asia, o si no se hallare, hacer poblamiento en ese país del oro. Explorando durante casi nueve meses de 1519 a lo largo de las costas del golfo de México, desde las de Yucatán hasta las de Florida, Alvarez de Pineda dispuso un mapa bastante bien logrado, el primero que se produjo de esta área tan grande e importante.

La otra expedición es la bien conocida de Hernán Cortés que, iniciada ya contra la voluntad del gobernador de Cuba, Diego Velázquez, el que la había concebido, culminó, casi dos años y medio después, con la

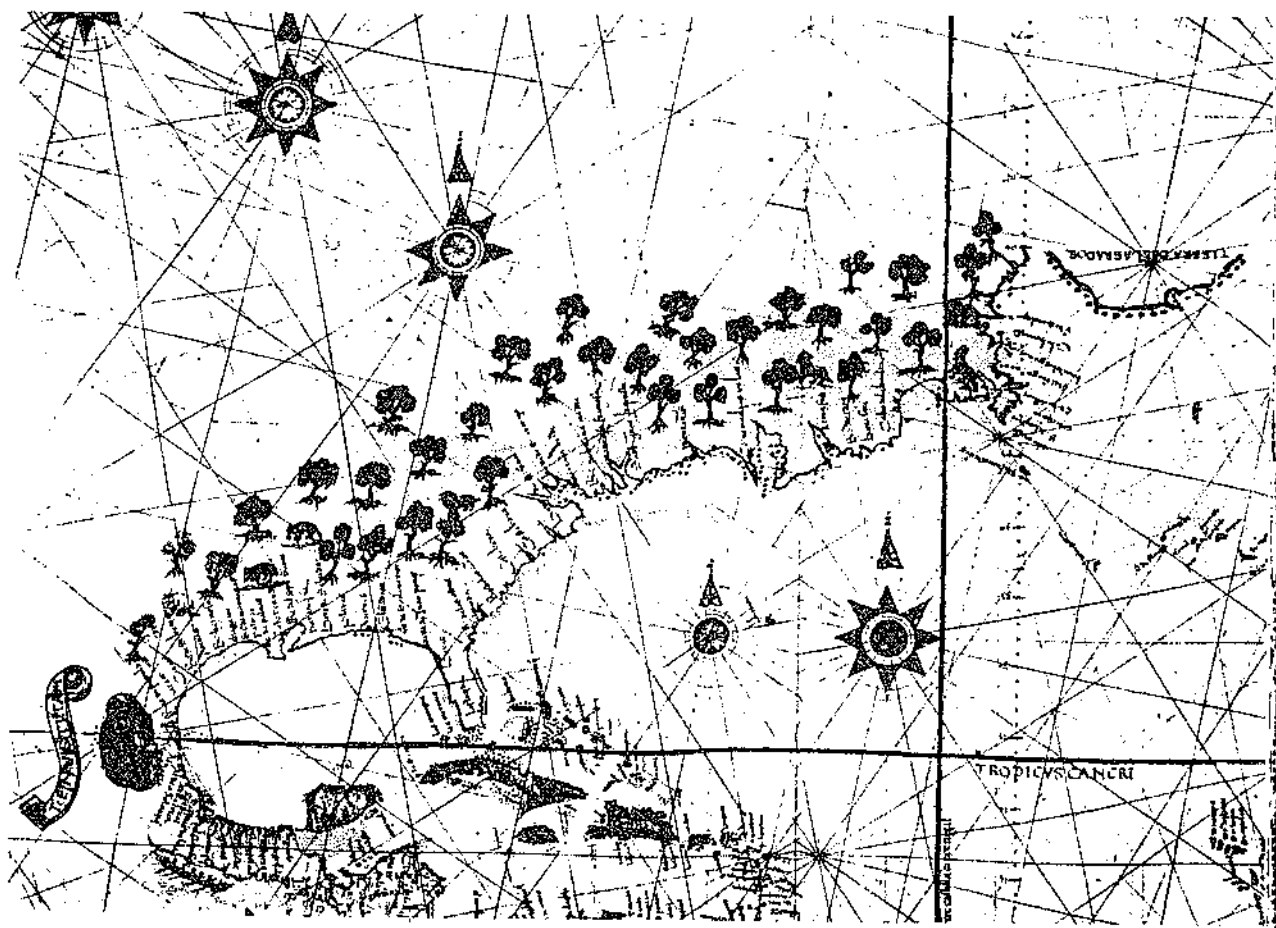


Figura 13. Es esta una temprana delineación del golfo de México y tierras adyacentes. Se trata del llamado Mapamundi Salviati delineado por cartógrafo anónimo hacia fines de 1525, y entregado como valioso presente a un miembro de la familia florentina de los Salviati. En él se pone gran énfasis en destacar la ciudad de "Temistitán". Yucatán aparece como isla. Las costas del Pacífico todavía no se registran. (Conservado en la Biblioteca Medicea-Laurenziana de Florencia.)

toma de la gran capital de los mexicas o aztecas, la ciudad de México-Tenochtitlan. Así como había ocurrido con las primeras noticias derivadas del opúsculo del capellán de la armada de Grijalva, pero ahora con mucha mayor intensidad y amplitud, los informes —*Cartas de Relación*— que remitió Cortés al emperador y los grandes presentes que también le hizo llegar, provocaron en el Viejo Mundo, como nunca antes, estupor y afán por saber más acerca de ese país, al que nada menos que Alberto Durero llamó entonces "nueva tierra del oro".⁹

Tal expresión la puso por escrito en su *Diario* del año 1520, después de haber contemplado el conjunto de presentes, que Cortés había enviado a Carlos V. Otros hubo, como el nuncio papal en España Ruffo de

Forli y el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería —al servicio de la corona— que también escribieron dando salida a su admiración. Uno y otro notaron de modo especial que, además de los objetos de oro, plata, piedras finas y arte plumario, Cortés había remitido dos libros de los nativos de esa tierra. Pedro Mártir los describe y compara sus signos con lo que recuerda de los del antiguo Egipto.

Al publicarse en 1522 (Sevilla) la segunda carta de relación de Cortés, en la que da cuenta de su Conquista, fue tanto el interés en torno a ella que pronto se tradujo a las principales lenguas de Europa. Precisamente en las ediciones alemana y veneciana (1524), se incluyeron dos mapas. Uno, inspirado sin duda en el de Álvarez de Pineda, representó los litorales del golfo de México, desde Yucatán a la Florida, indicando claramente su situación con respecto a Cuba. El otro fue un plano esquemático de la ciudad de México-Tenochtitlan. Concebido con un estilo euro-

⁹ Albrecht Dürer, "Tagebuch der Reise in die Niederlande, Anno 1520", en *Albrecht Dürer in seiner Briefe und Tagebüchern*, Zusammengestellt von Ulrich Peters, Frankfurt am Main, 1925, p. 24.

contiene todo lo que del mundo se ha descubierto fasta agora. hebra Diego Ribero como grapho de Su magestad: Año. de. 1520.



irtres conforme. A la capitula con que hisieron los catholicos Reyes de chava. r. e. c. f. e. v. con Juan de docto. al en no de fillas: Año.

Lámina IX. Carta universal en la que se contiene todo lo que del mundo se ha descubierto hasta agora: hízola Diego Ribero, cosmógrafo de su magestad: Año de 1529. *Portugués al servicio de la corona de Castilla, Ribero tuvo a su cuidado el "Padrón real" en la Casa de Contratación de Sevilla y estuvo, por tanto, muy informado del resultado de las distintas expediciones. En su delineación del Nuevo Mundo se muestra cauteloso y deja sin precisar la mayor parte de sus litorales en el Pacífico, como no demarcados adecuadamente. "Nueva España", con la ciudad de Temistitán, se muestra en su fachada geográfica en el golfo y Yucatán como península. En cambio, los litorales mexicanos del Pacífico y en general de toda América del Norte se mantienen como algo incógnito. (Este mapamundi se conserva en la Biblioteca Pública de Weimar.)*

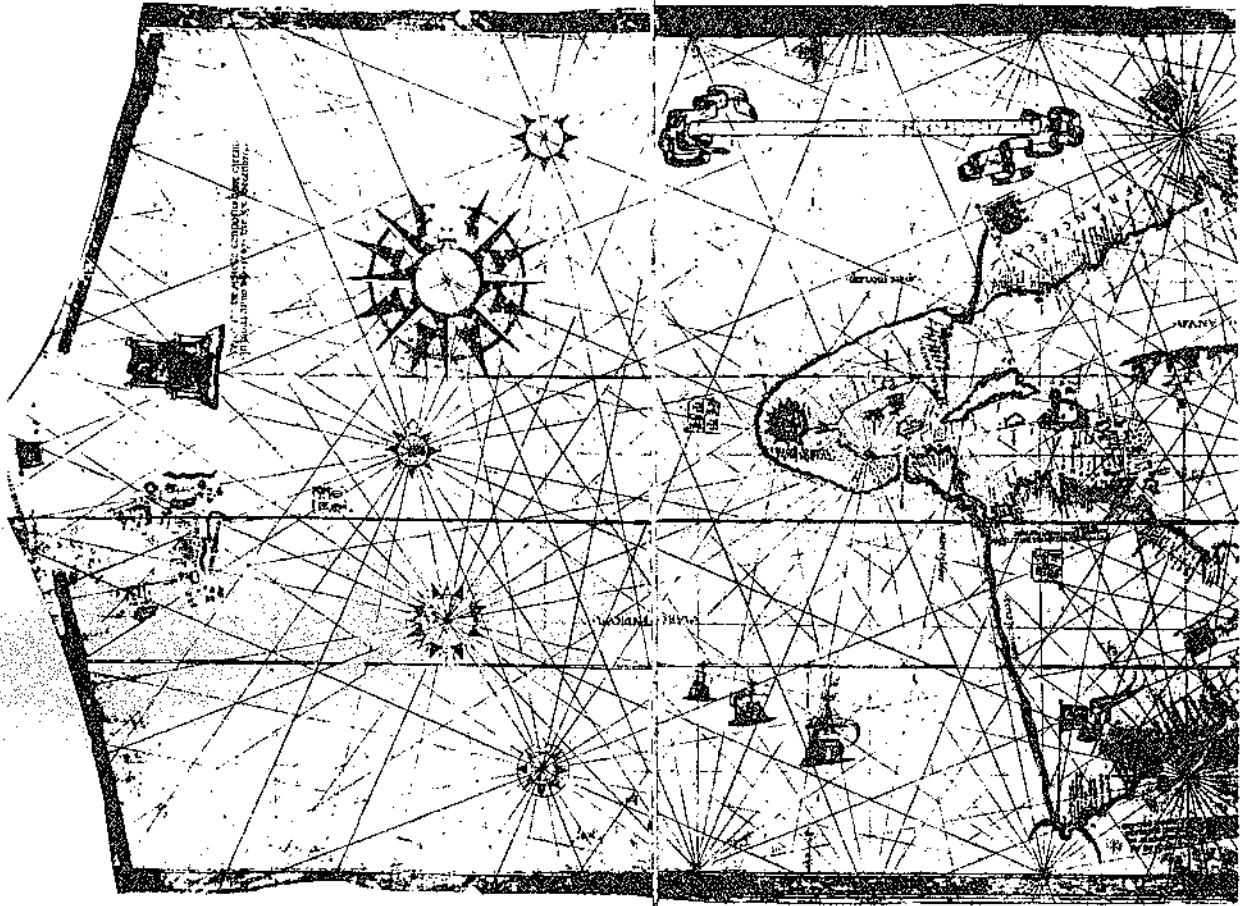


Figura 14. Golfo de México según Maiollo, 1527. Era Maiollo un conocido cartógrafo de Génova. Es éste el primer mapa en el que se delinea ya un litoral en el Pacífico de las tierras que se identifican con el perfil geográfico del golfo de México en el Atlántico. La existencia del litoral Pacífico pudo conocerla Maiollo con base en la tercera Carta de Relación de Cortés, de fecha 15 de mayo de 1522 y que había sido publicada en 1524. Lo delineado por Maiollo, sin embargo, es meramente hipotético. Yucatán aparece como isla y, al sur de ella, hay un estrecho, el anhelado paso que comunica ambos océanos. (Conservado en la Biblioteca Ambrosiana, Milán.)

peo, en él se perciben, no obstante, la traza interior de la metrópoli indígena y las calzadas que cruzaban los lagos y unían la isla con las riberas más allá de las aguas.

La cartografía universal, como por encanto, comenzó a modificarse desde fechas muy cercanas a la de la consumación de la conquista de México. El gran golfo de este nombre con sus dos penínsulas, de Florida y Yucatán, apareció, en sus líneas generales, bastante bien delineado en varios mapas a partir de 1525. La principal variante que puede observarse es que en algunos de estos Yucatán aparece como península y en otros como isla. Se debió esto probablemente a que en el mapa que se publicó con la Segunda Carta de Relación de Cortés (en Nuremberg y en Venecia, 1524) Yucatán se representa como isla. En cambio en el mapa de Álvarez de Pineda, conservado en la Casa de Contratación en Sevilla, Yucatán es península. Quie-

nes tuvieron acceso directo a esta última información no cayeron en error.

Será de interés mencionar al menos algunas de estas delineaciones, incluidas todas en mapamundis. El más antiguo parece ser el que se conoce como "Mapamundi Salviati" (c. 1525) con Yucatán como isla (Biblioteca Laurenziana, Florencia). Más preciso es el Planisferio (1526) de Juan Vespucci, sobrino de Américo, y que fungía como piloto en la Casa de Contratación, con Yucatán —según podía esperarse— como península. Peculiar es, en cambio, la delineación que introduce el Vizconde de Maiollo en su mapa (Génova, 1527), con Yucatán como isla y un poco más abajo, —al comienzo norte de lo que hoy se nombra Centroamérica—, un paso o estrecho que comunica con el océano Pacífico; es decir un falso anuncio de cumplimiento del obsesionante anhelo.

A Robert Thorne en su *Orbis Universalis*

Descriptio (1527), se debe otro mapamundi en el que se representa el golfo y tierras adyacentes, con Yucatán como península. Consta que Thorne había obtenido información de la Casa de Contratación. De 1529 provienen otras dos importantes cartas, una intitulada *Carta Universal* de Diego Ribero, cosmógrafo real, en la que, como bien informado en el Padrón Real, resume con cautela lo hasta entonces conocido. Deja así sin terminar todo el perfil oriental de Norteamérica. Ofrece buena delineación del golfo de México y, como era de esperarse, representa a Yucatán como península. La otra carta del mismo año se debe a Girulamo Verrazno, hermano de Giovanni, que había sido enviado por Francisco I de Francia en 1524 en busca del multimencionado y más deseado aún paso o estrecho. En este mapa, sin información directa, Yucatán es una isla. Lo mismo ocurre con el mapa que incluyó Gianbattista Ramusio en su *Summario de la Generale Historia de l'India Occidentale*, publicado en Venecia en 1534.

A un último trabajo será de interés aludir aquí: un panfleto intitulado *Opusculum Geographicum* (1533), debido al cosmógrafo Johannes Schönner, natural de Carlstadt. En él —recayendo en la idea de que lo descubierto seguía siendo parte del Asia—, escribió:

A través de un largo circuito hacia el oeste . . . , hay una tierra llamada México y Temistitán en la Alta

India, que en tiempos antiguos se llamó Quinsay, esto es la Ciudad del Cielo, en la lengua del país . . .¹⁰

Como complemento para entender mejor esta cita puede recordarse que Marco Polo menciona haber estado precisamente en la ciudad de Quinsay, llamada King-see por los chinos, nada menos que sede de la corte de los Sung.

De esta variedad de formas el país conquistado por Hernán Cortés comenzó a ser representado en la cartografía universal. Revelador es que las mismas preocupaciones de las que hay vestigios en varios de esos mapamundis con respecto a la búsqueda del paso o estrecho para adentrarse en las Indias por la anhelada ruta del poniente afloraran también muy pronto en el ánimo de Cortés. Apenas conquistada la gran metrópoli de los mexicanos, a la par que disponía don Hernando su reedificación como capital de la Nueva España, despachaba las primeras, de una larga serie de expediciones, con parecidos propósitos. Ellas llevarían en 1522 a los litorales mexicanos del Pacífico; buscar luego el estrecho por ambos mares; enviar una armada a las Molucas y emprender la exploración del noroeste, topándose precisamente con California. Pero todo esto —que hacía renacer en el contexto del México-Nueva España muchas de las ambiciones colombinas— es tema ya del capítulo siguiente.

¹⁰ Johannis Schöneri Carolostadii *Opusculum Geographicum*, 1533. De este trabajo se conserva un ejemplar en la Biblioteca John Carter Brown, en Providence, Rhode Island. La cita proviene de Emerson D. Fite y Archibald Freeman, *A Book of Old Maps*, Harvard University Press, 1926, p. 37.

II

HERNÁN CORTÉS: LA MAR DEL SUR
(1522), LA ISLA POBLADA DE MUJERES
(1523), EL VIAJE A LAS MOLUCAS POR
EL CAMINO DEL PONIENTE (1527), Y
SUS EXPEDICIONES A CALIFORNIA
(1532-1539)



Protagonista es Hernán Cortés en lo que a continuación vamos a referir. No cae en nuestro tema su invasión y conquista de México; a las crónicas de vencedores y vencidos referimos a quienes prefieran detenerse en tal historia. Nosotros, retomando lo hasta aquí considerado, volvemos a situarnos en 1522.

Revelador ciertamente del carácter de Cortés es el hecho de que su asentamiento definitivo en la que llamó Nueva España, lejos de aquietar sus afanes, fue acicate y principio de nuevas empresas. Su triunfo sobre quienes desde México-Tenochtitlan habían sido dueños de tan vastos reinos y señoríos, no borró de su conciencia la idea de ampliar aún más lo hasta entonces conocido y sujeto al imperio de Carlos V. De modo especial le interesó la posibilidad de encontrar, desde esa Nueva España, el anhelado camino al Asia.

Encuentro de la mar del Sur

Concibió entonces un ambicioso proyecto que implicaba antes que nada, explorar las costas de la tierra en que se hallaba. Sabía él que, pocos años antes, Vasco Núñez de Balboa, en Castilla del Oro (Panamá), había

contemplado otro océano, al que llamó por la dirección en que se le presentó: "Mar del Sur". Escribiendo al emperador desde Coyoacán, el 15 de mayo de 1522, entre otras cosas, le manifestó:

Yo tenía, muy poderoso señor, alguna noticia, poco había, de otra mar del Sur, y sabía que por dos o tres partes estaba a doce y a trece y catorce jornadas de aquí; y estaba muy ufano, porque me parecía que en la descubrir se hacía a vuestra majestad muy grande y señalado servicio, especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, han tenido por muy cierto que, descubriendo por estas partes la mar del Sur, se había de descubrir y hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especiería y se había de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables; y esto han afirmado y afirman también personas de letras y experimentadas en la ciencia de la cosmografía...

Y con tal deseo y con que de mí pudiese vuestra majestad recibir en esto muy singular y memorable servicio, despaché cuatro españoles, los dos por ciertas provincias y los otros dos por otras; e informados de las vías que habían de llevar y, dándoles personas de indios amigos que los guiasen y fuesen con ellos, se partieron. Y yo les mandé que no parasen hasta llegar a la mar y, que en descubriéndola, tomasen la posesión real

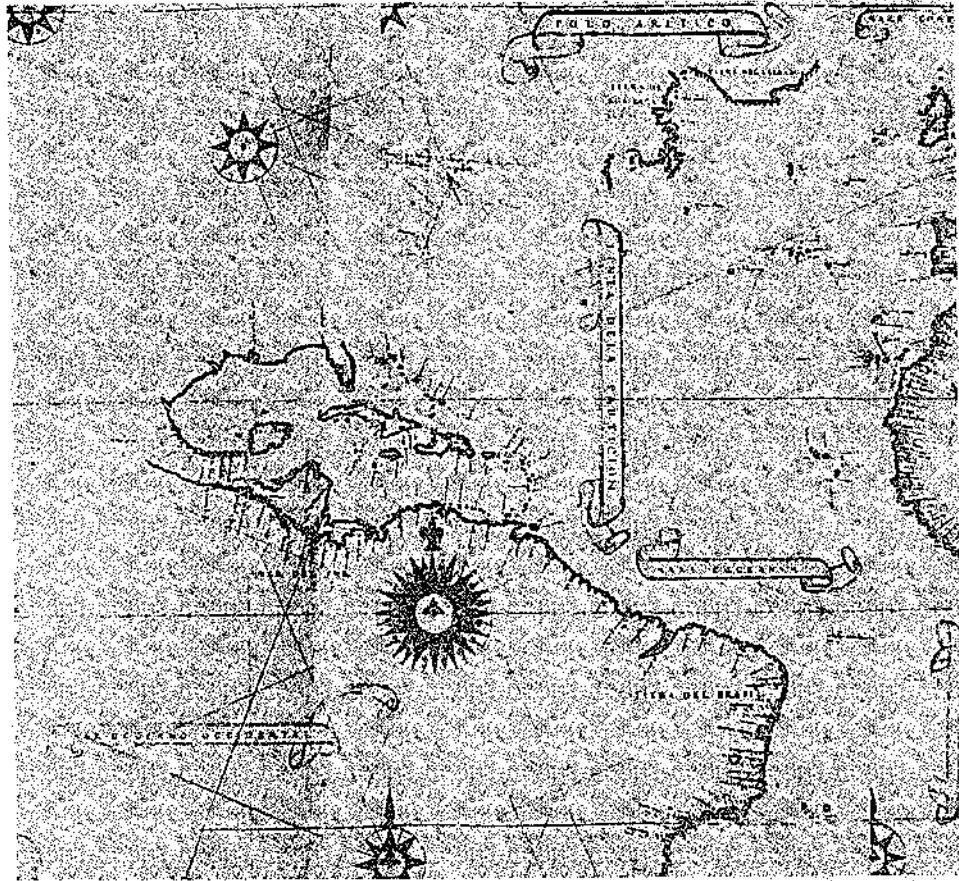


Figura 15. Mapa elaborado en 1525 y que muestra un perfil muy semejante al que, para Hernán Cortés probablemente tenía, hacia 1524, el país conquistado por él, con el golfo de México y una parte del océano Pacífico. Todo lo demás le era desconocido. Esta carta se conoce como "Mapa Castiglioni". Fue obsequiada por Carlos V, al conde Baldassare y enviada a Mantua, donde hasta hoy se conserva en el Archivo Marchesi Castiglioni.

y corporalmente en nombre de vuestra majestad; y los unos anduvieron cerca de ciento y treinta leguas por muchas y buenas provincias sin recibir ningún estorbo, y llegaron a la mar y tomaron la posesión, y en señal pusieron cruces en la costa de ella. Y después de ciertos días se volvieron con la relación del dicho descubrimiento, y me informaron muy particularmente de todo, y me trajeron algunas personas de los naturales de la dicha mar . . .

Los otros dos españoles se detuvieron algo más, porque anduvieron cerca de ciento y cincuenta leguas por otra parte hasta llegar a la dicha mar, donde asimismo tomaron la dicha posesión, y me trajeron larga relación de la costa, y se vinieron con ellos algunos de los naturales de ella . . .¹

El encuentro con el Pacífico mexicano ocurrió así en los primeros meses de 1522, es decir menos de un año después de la toma de la ciudad de México-Tenochtitlan. En otra comunicación más breve, enviada por Cor-

tés al emperador, también desde Coyoacán y de igual fecha que la tercera de sus cartas de relación (el 15 de mayo de 1522), Cortés vuelve sobre el asunto y aporta otra información de particular importancia: ha comenzado ya a construir navíos para empezar la exploración del Pacífico. Si bien en la cuarta relación, que algo más de dos años después remitió a Carlos V, nota expresamente que tenía ya noticias del viaje de Magallanes, al escribir esta carta aún parece ignorarlo. Por eso mismo reitera la importancia que da a las exploraciones que proyecta, valiéndose de las embarcaciones que entonces está disponiendo.

Un año y medio después, al escribir la cuarta de sus relaciones —de fecha 15 de octubre de 1524— Cortés se muestra más claro aún en sus propósitos. Alude ya a la expedición de Hernando Magallanes, emprendida en 1519, precisamente al tiempo de su propio desembarco en tierras mexicanas. Sabe además que existe "un estrecho . . . que descubrió Magallanes". Mas, pensando con razón

¹ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Porrúa, 1969, p. 191-192.

que dicho paso recién hallado está muy alejado en el extremo sur del Nuevo Mundo, señala la necesidad de buscar otra vía más accesible, en el hemisferio norte, entre España y Asia. Por ello se ha propuesto ampliar sus exploraciones hasta abarcar los dos litorales:

Saber el secreto de la costa que está por descubrir entre el río Pánuco y la Florida [a lo largo del Golfo de México], que es lo que descubrió el adelantado Juan Ponce de León, y de allí la costa de la dicha Florida, por la parte del Norte hasta llegar a los Bacalaos [Terranova y Nueva Escocia], porque se tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa a la mar del Sur [el océano Pacífico], y se hallase, según cierta figura que yo tengo . . . Y siendo Dios Nuestro Señor servido que por allí se topase el dicho estrecho, sería la navegación muy buena desde la Especería [las Molucas y en general el Asia], para esos reinos de vuestra majestad, muy buena y muy breve; y tanto que sería las dos tercias partes menos que por donde ahora se navega [se refiere o a la ruta seguida por Magallanes o la descubierta por los portugueses circundando el África], y sin ningún riesgo ni peligro de los navíos que fueren y vinieren, porque irían siempre y vendrían por reinos y señoríos de vuestra majestad.²

El proyecto de buscar ese paso o estrecho septentrional —respecto del cual Cortés afirma tener ya una “cierta figura” o carta— iba a traer muy pronto tangibles consecuencias.

Aportaciones cartográficas

Con sus cartas de relación, don Hernando se sumaba ya de hecho a quienes aportaban noticias que muchas veces pasaban a enriquecer la nueva cartografía. Es cierto que lo expresado por él sobre la mar del Sur en la Nueva España, no se incorporó de inmediato en mapa alguno. En cambio, lo manifestado en su segunda carta a propósito de sus conquistas, al ser publicado en Nuremberg y en Venecia en 1524 hizo —según ya vimos— que se difundiera un primer mapa, en extremo importante, en el que se representaban con abundancia de detalles el golfo de México y tierras adyacentes.

En dicho mapa se aprovechó tanto lo aportado directamente por Cortés sobre lo que había explorado de los litorales del golfo de México, como lo que acerca de los mismos

hasta la Florida, revelaba la también ya descrita carta de Alonso Alvarez de Pineda que había recorrido todas las costas del dicho golfo en 1519, enviado por Francisco de Garay. De las formas como influyeron uno y otro de estos mapas en la cartografía universal tratamos ya en el capítulo anterior.³

Cortés y las noticias sobre la isla poblada toda de mujeres

En tanto que la fachada Atlántica del Nuevo Mundo se iba conociendo cada vez más, la que nombraremos “su espalda”, continuaba ofreciendo innumerables incógnitas. Interesado en hurgar acerca de lo que llamaba “secretos de la costa” se hallaba durante esos años Hernán Cortés en la Nueva España. De lo que, con tal propósito llevaba a cabo, vamos a enterarnos enseguida.

En posición ya de informes sobre la mar del Sur, hallada por sus enviados desde 1522, allegó poco después importantes noticias acerca de ella. En 1523 su capitán Gonzalo de Sandoval, tras un nuevo recorrido:

Entre la relación que de aquellas provincias hizo, trajo nueva de un buen puerto que en aquella costa se había hallado, de que holgué mucho . . . y asimismo se trajo relación de los señores de la provincia de Cihuatán, que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres, sin varón alguno, y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres, las guardan, y si hombres, los echan de su compañía; y que esta isla está diez jornadas de esta provincia y que muchos de ellos han ido allá y la han visto. Dícenme asimismo que es muy rica de perlas y oro; yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer de ello larga relación a vuestra majestad.⁴

Justamente el topónimo *Cihuatán* significa “Lugar de mujeres”. Situado dicho lugar por el rumbo del poniente, connotaba la creencia prehispánica de que era en el occidente donde las muertas de parto —con un prisionero en su seno— acompañaban al Sol, como lo hacían a su vez los guerreros desde el alba hasta el mediodía. Lo expresado por Gonzalo de Sandoval, además de implicar vaga alu-

³ Ofrece reproducciones de varios de los mencionados mapas: Ridney W. Shirley, *The Mapping of the World. Early Printed World Maps, 1472-1700*, London, The Holland Press. Cartographica Series, 1983.

⁴ Cortés, *Cartas y documentos . . .*, p. 213.

² *Ibid.*, p. 232.

sión a tal creencia, guardaba extraordinario parecido con lo referido en un célebre libro de caballerías, *Las Sergas de Esplandián* de Garcí Ordóñez de Montalvo, obra publicada en 1510 y que muy verosímilmente habían leído o leído por ese tiempo algunos de los capitanes de Cortés. En dicho libro justamente se habla de una isla nombrada California. He aquí el texto de las *Sergas* o sagas del caballero Esplandián:

Quiero agora que sepáis una cosa, la más extraña que nunca por escritura ni en memoria de gente ningún caso hallar se pudo . . . Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California . . . la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún hombre entre ellas hubiese, que casi como las Amazonas era su manera de vivir. Éstas eran de valientes cuerpos y esforzados y ardientes corazones y de grandes fuerzas, la ínsula en sí la más fuerte de rocas y bravas peñas que en el mundo se hallaba; sus armas eran todas de oro . . ., que en toda la isla no había otro metal alguno . . .

Y algunas veces que tenían paces con sus contrarios, mezclábanse con toda seguridad unas con otras, y habían ayuntamientos carnales, de donde se seguía quedar muchas dellas preñadas y, si parían hembra, guardábanla y, si parían varón, luego era muerto . . .⁵

Varios años después de que Cortés transcribiera —en 15 de octubre de 1524— la relación sobre Cihuatán y la isla “toda poblada de mujeres . . . y muy rica de perlas y oro”, cuando en 1535 puso pie en la bahía que llamó de Santa Cruz (La Paz), él mismo o alguno de sus capitanes verosímilmente habrían de recordar el relato de *Las Sergas de Esplandián*. Pudieron pensar así que en verdad, “a la mano diestra de las Indias”, es decir al oriente de ellas y al occidente del Nuevo Mundo, les había salido al paso la portentosa California.

La fallida búsqueda del estrecho y las varias desgracias de Cortés

Con el propósito de iniciar cuanto antes la búsqueda de un estrecho que comunicara al mar del Norte (Atlántico) con el del Sur (Pacífico), dispuso luego Cortés dos exploraciones por tierra. Pedro de Alvarado salió

por el rumbo del Pacífico sur, a través de Oaxaca, Chiapas y Guatemala. A su vez, Cristóbal de Olid fue despachado por las costas del golfo de México hacia la región de las Hibueras, en territorio de la actual Honduras. Ambos capitanes llevaban como misión, además de conquistar y dar noticias de nuevas tierras y señoríos, la de buscar el estrecho.

En la primera de las cartas de relación que Pedro de Alvarado remitió a Cortés, fechada en Utiatlán, Guatemala, el 11 de abril de 1524, le había informado a este respecto:

También me han dicho que, a cinco jornadas adelante de una ciudad muy grande que está a dos jornadas de aquí, se acaba la tierra; si así es, certísimo en que es el estrecho . . .⁶

Como si comentara tal informe, expresa Cortés algunos meses más tarde su optimismo:

Tengo por cierto, según las nuevas y figuras de aquella tierra que yo tengo, que se han de juntar el dicho Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, si estrecho no los parte.⁷

De esas dos expediciones, de Alvarado y Olid, se siguieron consecuencias muy diferentes. Alvarado llegó a conquistar el reino de Guatemala, de no poca importancia como una ampliación más de la Nueva España, donde con el paso del tiempo se instalaría otra Real Audiencia. Por su parte, Cristóbal de Olid, haciendo traición a don Hernando, había entrado en contacto con Diego Velázquez, adoptando pronto franca rebeldía contra quien lo había enviado a la tal expedición.

Precisamente a ello se debió que Cortés distrajera por algún tiempo su atención del gobierno de la Nueva España y de sus empresas en la mar del Sur. En extremo desafortunado fue para él salir a mediados de octubre de 1524 con rumbo a las Hibueras para dar castigo ejemplar al capitán rebelde. En la quinta de sus cartas de relación refiere los sinsabores de esa larga marcha que traería para él otras consecuencias, más adversas que las penalidades que entonces hubo de afrontar.

⁵ Garcí Ordóñez de Montalvo, *Las Sergas del virtuoso caballero Esplandián, hijo de Amadis de Gaula*, (Sevilla, 1510), Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1857, p. 539.

⁶ “Relaciones hechas por Pedro de Alvarado”, en Francisco Fernández del Castillo, *Don Pedro de Alvarado*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1945, p. 180.

⁷ Cortés, *Cartas y Documentos . . .*, p. 226.

EL RAMO
 QUE DE LOS QVA
 TRO LIBROS DE AMADIS

DE GAULA SALE.

LLAMADO. LAS SERGAS DEL MVT
*Esforçado Cavallero Esplandian, hyo del excelente Rey
 Amadis de Gaula.*

AORA NVEVA MENTE EMENDADAS EN ESTA
 Impression, de muchos errores que en las Impressiones
 passadas auia.



EN ÇARAGOÇA,

IMPRESSO CON LICENCIA, EN CASA DE SIMON
 de Portonarijs, Año M. D. LXXXVII.

Hacosta de Pedro de Hybarra, y Antonio Hernandez, mercaderes de libros,
 en la Cuchilleria.

Figura 16. Portada de la edición de Zaragoza, 1587 de las Sergas de Esplandián, de Garci Ordóñez de Montalvo, publicada originalmente en Salamanca, 1510.

tar. Fue entonces cuando dio muerte a Cuauh-témoc, el último señor de los mexicas. De esa acción que, según Bernal Díaz del Castillo, fue condenada por todos los que lo acompañaban, habrían de seguirse a Cortés otras muchas críticas.⁸ Además, su ausencia de la capital abrió, por otra parte, el camino a los desmanes de los miembros de la primera Audiencia, de modo especial a quien siempre fue su enemigo, Nuño Beltrán de Guzmán. Esa ausencia traería, en última instancia, disminución del poder de Cortés y asimismo nueva demora en sus propósitos de exploración en la mar del Sur.

Los miembros de la Audiencia, dando por desaparecido al conquistador, o por lo menos decididos a contrariar sus propósitos si es que regresaba, estorbaron cuanto pudieron la construcción de los navíos que Cortés fabricaba en Zacatula. De esta suerte, cuando Cortés regresó, eran no pocas las contrariedades que le aguardaban. A ellas se sumaron una real cédula, de fecha 24 de noviembre de 1525, en la que se le ordenaba su retorno a España para "informar de las cosas de esas tierras", y atender en el asunto del juicio de residencia que muy pronto se le incoaría. Poco tiempo llevaba Cortés de regreso en la ciudad de México, cuando, el 11 de junio de 1526, le hicieron saber que había llegado a Veracruz, para proceder a la residencia, el licenciado Luis Ponce de León.

Múltiples fueron los asuntos a los que, sin darse reposo, tuvo que atender entonces don Hernando. De fecha 20 de junio de 1526 le llegó luego otra real cédula en la que se le hacía saber acerca de las varias armadas que, zarpando desde España y trasponiendo el extremo sur del continente americano, se habían dirigido a las Molucas. Esa real cédula, en la que además se incluía un encargo y mandato, venía a ser de algún modo la respuesta que tanto anhelaba Cortés a las cartas que había dirigido al emperador y en las que muchas veces le había hablado de sus proyectadas exploraciones en la mar del Sur. Como habremos de verlo, la orden que en su cédula le daba Carlos V consistía precisamente en que enviara las carabelas o bergantines que tenía hechos, en auxilio, o para obtener

información, de dos armadas en particular, la que había salido a las órdenes de Frey García Jofre de Loaysa y la que poco después partió también, llevando como capitán al célebre Sebastián Caboto.

Coincidencia casi inverosímil fue que precisamente por ese mismo tiempo hubiera arribado a las costas de la Nueva España, por el rumbo de Tehuantepec, un patache, pequeña embarcación, que había sido parte de la armada de Loaysa y, separándose de ella, había perdido el rumbo. Un clérigo que en ella venía, de nombre Juan de Arrazaga, se trasladó a la ciudad de México y expuso a Cortés cuanto sabía de la expedición de Loaysa y de lo que había sucedido a quienes venían en el patache.⁹ Todo esto ocurría en fecha cercana a la llegada del licenciado Ponce de León, que venía para hacerse cargo del juicio de residencia de Hernán Cortés. La extraña y rápida muerte de dicho funcionario real, y luego la de aquel que lo sustituyó, el también licenciado Marcos de Aguilar, habían venido a complicar todavía más las cosas. Resulta difícil imaginar cómo Cortés, en medio de tales acaeceres, recién llegado apenas del dificultoso viaje a las Hibueras, y con el apremio de la orden que tenía de trasladarse a España, pudiera atender a cuanto entonces se le presentaba tocante a la mar del Sur. Lo que enseguida determinó y llevó a cabo estuvo sin duda guiado, para no decir impulsado, por ese su obsesivo afán de hacer descubrimientos en el océano, más allá de la Nueva España, por el rumbo del poniente. Esta vez, en lugar de iniciar sus propias exploraciones, iba a enviar sus navíos a un viaje que no tenía previsto de inmediato y, precisamente, a las Molucas.

Los navíos que tenía Cortés en proceso de construcción para explorar la mar del Sur, habían sido consumidos por el fuego en un incendio. Con su tenacidad característica, don Hernando, de regreso de las Hibueras, había dedicado buena parte de sus afanes a fabricar otros. Con ellos iba a dar cumplimiento a la real orden de ir en pos de la armada de Loaysa. Como capitán de dicha empresa escogió a Alvaro de Saavedra Cerón.

⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la Conquista de México*, estudio introductorio de Miguel León-Portilla, 2 v., Madrid, Historia 16, 1984, t. II, p. 278.

⁹ Véase acerca de esto: Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, 17 v., Madrid, Real Academia de la Historia, 1934-1957, (década tercera, capítulo V), t. IV, p. 38.

La expedición a las Molucas

Se conservan las "Instrucciones" que el extremeño dio a Saavedra Cerón, para esa primera expedición desde México al Asia, al igual que varias cartas de don Hernando dirigidas a los reyes y señores de Tidore y Cebú, y otras destinadas a los hombres de Sebastián Caboto y del comendador Loaysa a quienes enviaba socorro. Ese viaje, emprendido en 1527, sería en fin de cuentas la realización del antiguo empeño. En el ámbito del hemisferio norte se iba a cumplir la llegada al Asia por el rumbo del poniente.

Antes, en 1519-1522, la armada de Magallanes, básicamente los sobrevivientes de la misma al mando de Juan Sebastián Elcano, habían logrado su cometido, descubriendo el estrecho en el extremo sur del Nuevo Mundo y circunnavegando el globo hasta retornar a España en la nao *Victoria*.¹⁰

El que regresara a España, después de circunnavegar por vez primera al mundo la nao *Victoria*, con Elcano al frente, portador de noticias de cuanto se había descubierto, había sido incentivo de nuevas expediciones. La armada de Frey Jofre García de Loaysa —con el mismo Elcano a bordo— que zarpó de la Coruña el 24 de junio de 1525, fue precisamente la primera consecuencia del incentivo que se había despertado. También vino a ser consecuencia la real orden enviada a Cortés que determinó la salida de Saavedra Cerón con rumbo a las Molucas.

Para conocer las peripecias y final destino de la expedición despachada por Cortés se dispone de tres documentos principales. Uno es la *Relación del Viaje que hizo Alvaro de Saavedra desde la Costa Occidental de Nueva España a las Islas del Moluco*, debida al escribano de la armada, Francisco Granado.¹¹ Otras dos relaciones, bastante más pormenorizadas, se deben a otro de los participantes, de nombre Vicencio o Vicente de Nápoles, respecto del cual se conservan varias

noticias, entre ellas la de que, llegado a la Especiería, estuvo dos años preso en Malaca hasta que, liberado, fue llevado a Portugal y de allí pasó a Sevilla. Poniéndose en contacto con los oficiales de la Casa de Contratación, obtuvo de éstos una recomendación dirigida al Consejo de Indias en la que se asienta que el dicho Vicente de Nápoles había pasado a la Especiería con las tres carabelas de Cortés y, al parecer, "de todo lo de aquella tierra estaba informado y daba buenas señas y él deseaba dar cuenta dello a Su Majestad". De estos dos testimonios, que difieren en extensión y contenido, uno se conserva como parte del Archivo del Hospital de Jesús, indicio de su regreso a México, en tanto que el otro quedó en el Archivo de Indias de Sevilla, vestigio claro de su estancia en España.¹²

Los límites de espacio me obligan a reconstruir aquí lo más sobresaliente del viaje. Tres eran las carabelas que tenía dispuestas Hernán Cortés. Una era la *Florida*, en la que embarcaron treinta y ocho hombres de tierra y doce de la mar, es decir cincuenta personas. Era esta la nao capitana, a cargo del mismo Alvaro de Saavedra que iba al frente de toda la armada. La segunda se nombraba *Santiago*. En ella "iba por capitán Luis de Cárdenas, natural de Córdoba; llevaba cuarenta y cinco hombres de tierra y de la mar". En la tercera, *Espíritu Santo*, "iba por capitán Pedro de Fuentes, natural de Jerez de la Frontera; llevaba quince hombres de la mar y tierra". Como puede verse, no eran muchos los expedicionarios ya que, sumando las cifras que se han dado, se llega tan sólo a la de ciento diez personas.

Una precaución adicional fue la de someter a prueba la buena condición de las embarcaciones, enviándolas a lo largo de la costa, con rumbo al norte, hasta llegar al puerto de Santiago en 19° 41' de altura, en la provincia de Colima. Este viaje, que llamaré experimental, vino a ser la primera expedición marítima al norte de Zacatula. Confirmados en la buena fábrica de las embarca-

¹⁰ Al relato clásico de Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del globo*, Madrid, Espasa, 1963, debe sumarse el texto recientemente descubierto de "El libro de la nao *Victoria*", publicado por Mauricio Obregón, en *La primera vuelta al mundo. Magallanes, Elcano y El libro perdido de la nao Victoria*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Plaza Janés, 1984.

¹¹ Francisco Granado, *Relación...*, en Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron los españoles*, 5 v., Asunción, Editorial Guaranía, 1946, t. V, p. 427-438.

¹² "Relación que hizo Vicencio de Nápoles de la navegación de Alvaro Saavedra desde la Nueva España en descubrimiento de los Molucos", Archivo del Hospital de Jesús (AGN), legajo 438, expediente 1. Publicada por Romero Solano, *op. cit.*, p. 142-175. Esta relación es distinta de la que se debe al mismo autor y que, conservada en España, ha sido publicada por Martín Fernández de Navarrete, *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, t. V, p. 438-448.

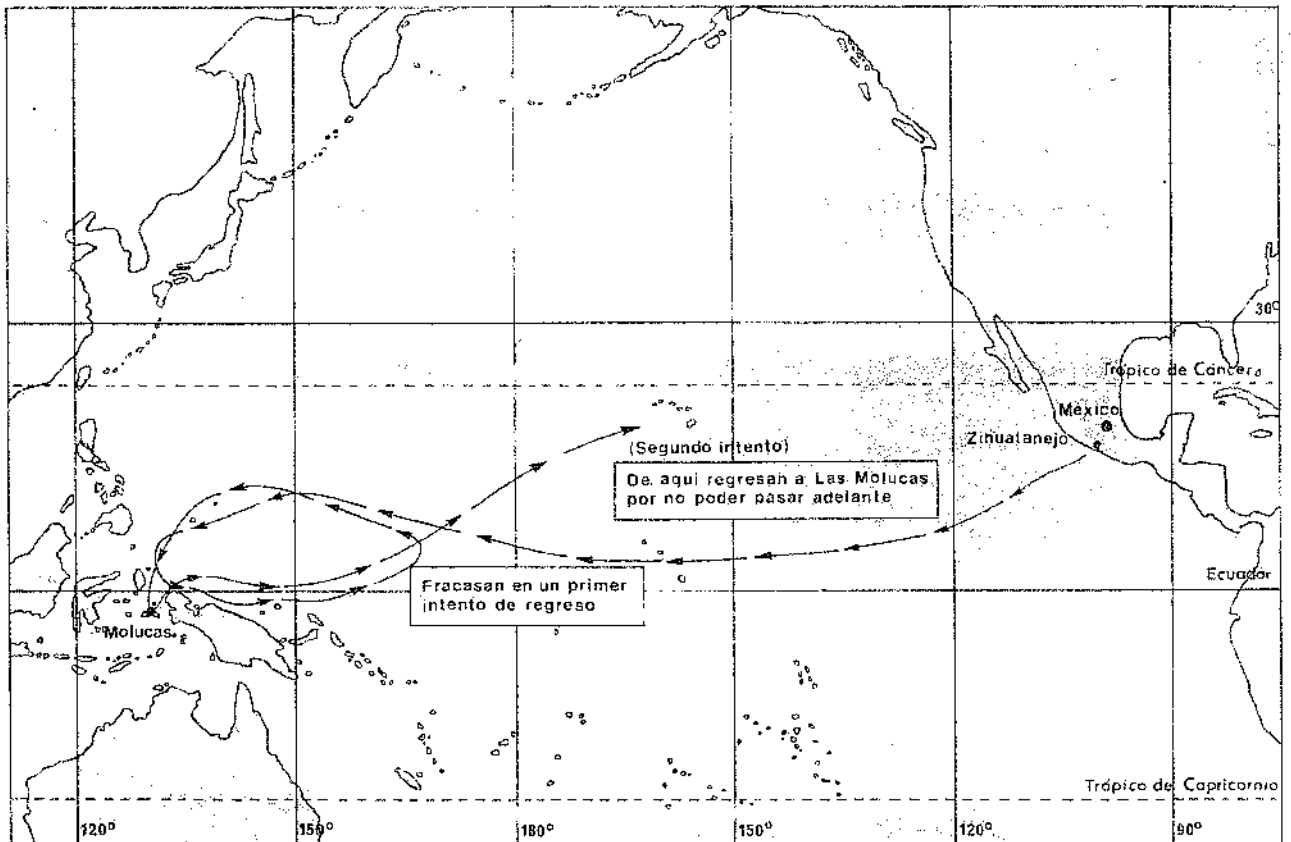


Figura 17. Expedición enviada por Cortés a las Molucas, 1527.

ciones y de regreso en Zacatula, poco tiempo después la pequeña armada volvió a salir hacia el cercano puerto de Zihuatanejo. Los testimonios coinciden en que los tres navíos se hicieron a la mar, rumbo a las Molucas, la víspera de Todos Santos, último día de octubre de 1527. Después de no pocas peripecias por no decir grandes riesgos, llegaron Saavedra y sus hombres, el 27 de marzo de 1528, hasta Gilolo, donde estaba la fortaleza del capitán Hernando de la Torre, sobreviviente de la expedición de Loaysa, con una sola embarcación, *La Florida*, pues las otras dos se perdieron. Citando la relación de Vicencio Nápoles que se conserva en el Archivo del Hospital de Jesús podemos enterarnos de cómo ocurrió el encuentro.

Allí donde estábamos surtos estaba la fortaleza que tenía la gente del Comendador Loaysa y allí estaba por capitán Hernando de la Torre, natural de Burgos (hijo de Alonso de la Torre y Catalina Montenegro), el cual tenía hasta ciento y veinte hombres y dos docenas de tiros de artillería y aquella fusta [pequeña embarcación] que vino en nuestro socorro.

Nuestro capitán y toda la gente de nuestro navío, que serían hasta treinta hombres, saltamos a tierra y fuimos muy bien recibidos del capitán y de los demás que allí estaban, de los cuales supimos que había que estaban allí ocho meses,

que habían llegado con la nao capitana sola, y el rey de Tidore los había recibido de paz y dádoles todos los bastimentos que habían menester por sus dineros; este rey de Tidore, que se llama Rosamira, los recibió en aquel puerto y se favoreció de ellos contra los portugueses que le daban guerra y había recibido malas obras de ellos por estar bien con las cosas de nuestro Emperador, porque como muchos días antes allí había estado el capitán Espinosa con una nao de las de Magallanes, y de esto nos conocían, y tenía amistad a nuestra España.¹³

De los varios testimonios de españoles de la armada de Loaysa que con de la Torre se hallaban en Tidore cuando arribó allí Saavedra, citaré al menos lo referido por uno, Juan de Mazuecos, natural de Lepe, en el condado de Ayamonte, el cual de regreso en España, prestó declaración en Palencia, el 17 de septiembre de 1534. He aquí sus palabras:

Estando este testigo en la isla de Tidore con el capitán y gente que ha dicho [Hernando de la Torre y sus hombres], vino a aquella isla una carabela, de que iba por capitán un Saavedra, capitán del dicho marqués del Valle, y que allí tomó relación cómo los había hallado allí, y estuvo en la dicha isla adobando la carabela, y tomando bastimentos para se volver a la Nueva España, y cierto clavo...¹⁴

¹³ "Relación de Vicencio de Nápoles..."

¹⁴ *Ibid.*

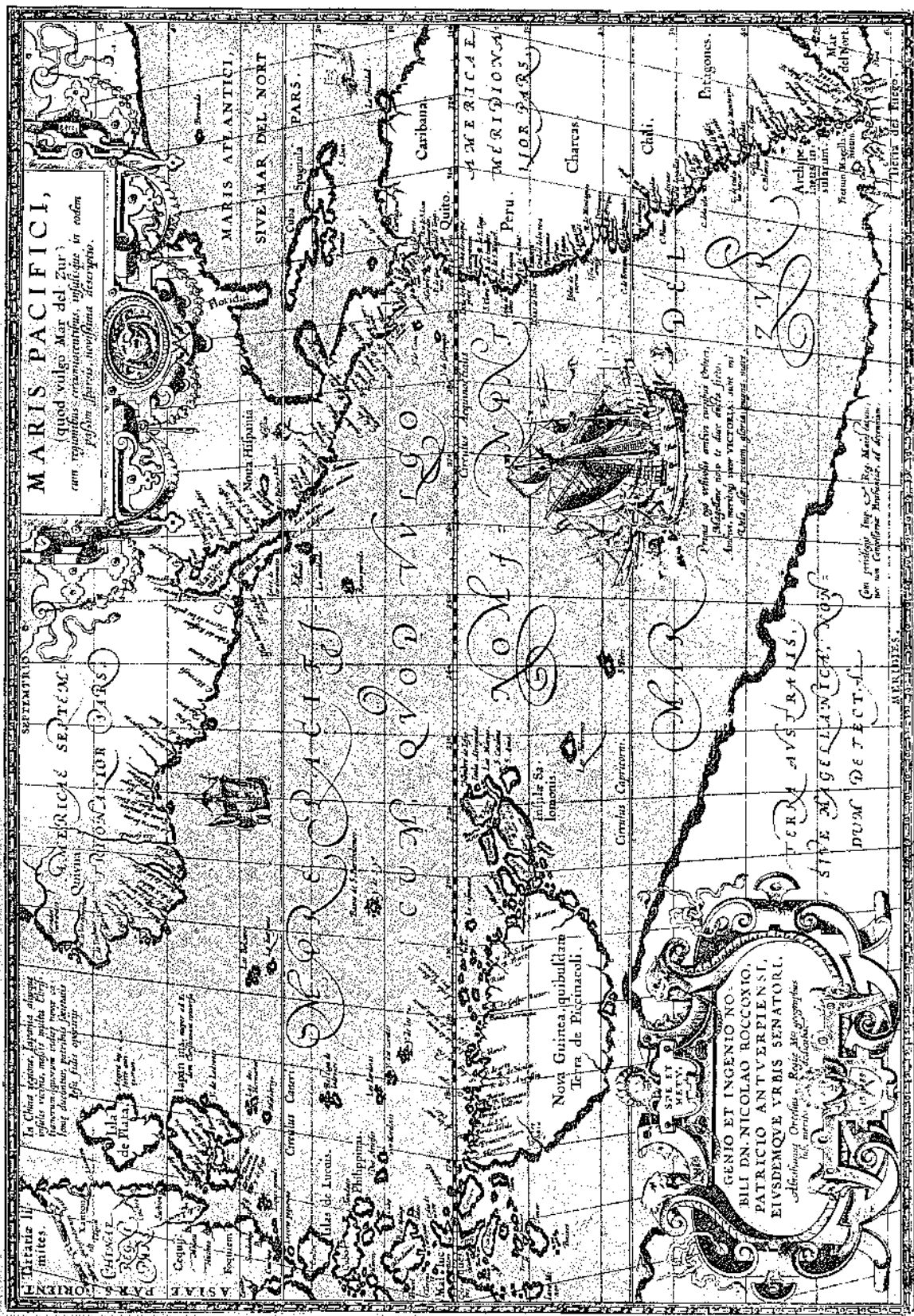


Figure 18. Un mapa de 1589 debido a Abraham Ortelio en el que se muestra la gran extensión del Pacífico. Más allá de una Nueva Guinea, sumamente desproporcionada, con la indicación de que quibusdam Terra de Piccinacoli (para algunos es la tierra de los que cultivan en piscinas), se ven las Molucas, el destino de la armada de Saavedra Cerón, enviado por Cortés en 1527. La embarcación pretende ser una réplica de la nao Victoria de Magallanes.

Después de prestar auxilio al capitán de la Torre y recibir también de él socorro necesario para reparar la nao capitana, decidió Saavedra emprender su regreso a la Nueva España. Zarpó para tal efecto de Gilolo el 30 de mayo del mismo año de 1528, con "obra de sesenta quintales de clavo". Sorteando otra serie de peligros, la navegación con rumbo a la Nueva España se prosiguió por el norte hasta las islas de los Ladrones [Marianas] en cerca de 14°. Allí, a pesar de repetidos intentos, no pudieron continuar adelante por falta de vientos. Por ello Saavedra decidió regresar a Mindanao y de allí a Tidore. Se volvió a reparar allí el navío con ayuda del capitán de la Torre.

Otra vez Saavedra se hizo a la vela el 3 de mayo de 1528, con rumbo a la Nueva España. Más de cinco meses de esfuerzos, con desembarcos en algunas de las islas de San Lázaro (Filipinas) y Marianas, resultaron vanos ya que tampoco entonces fue posible hallar vientos favorables. De un nuevo y forzado retorno a Tidore hablan las varias relaciones pero es, gracias a Gómara, como sabemos que, antes de regresar —el 19 de octubre— navegando, murió Alvaro de Saavedra Cerón, el enviado de Cortés que sólo en parte, alcanzó a cumplir su cometido. Sus fallidos intentos de regresar a México habrían de convertirse al menos en lección valiosa para Andrés de Urdaneta que estaba en las Molucas como sobreviviente de la armada de Loaysa. Años más tarde, en 1565, para realizar su famoso "tornaviaje" desde las islas Filipinas, aconsejó él subir a una latitud mucho mayor, para superar los obstáculos que habían hecho imposible el retorno de Saavedra.

Los sobrevivientes, entre ellos Vicencio de Nápoles, tras caer prisioneros de los portugueses, obtuvieron licencia para embarcarse en Cochín en un navío portugués con destino a Lisboa. Su desembarco allí, el 15 de agosto de 1534 —casi siete años después de haber salido de Zihuatanejo— puso término a esta nada común aventura, en realidad empresa extraordinaria, primerísimo viaje de exploración desde costas mexicanas al corazón del Asia.

A la vez que consta que, de Lisboa pasaron los referidos sobrevivientes a Sevilla y de allí a Madrid, donde rindieron sus informes, sabemos también que, incluso desde algún tiempo antes, habían llegado noticias a México

tocantes al destino de esa armada. De ello da prueba la carta que don Hernando envió al emperador el 20 de abril de 1532. En ella, entre otras cosas, le manifiesta lo siguiente:

También fue vuestra majestad servido que yo entendiese en el descubrimiento de esta mar del Sur, y así por la voluntad que yo de vuestra majestad conocí de saber los secretos della, y por ejecutar la que yo siempre he tenido de servir, como por socorrer a las gentes que vuestra majestad mandó a enviar a las islas de Maluco, que soy informado que llegaron e hicieron muy cumplidamente lo que por vuestra majestad y por mí, en su real nombre, les fue mandado y, pareciéndome inhumano no socorrerlos, habiendo tan bien servido y, estando como están en tal peligro, así de los naturales como de las armadas del rey de Portugal, a quien, según se dice, han ofendido; que no dejará de tomar la enmienda, como ha hecho de otros que vuestra majestad ha enviado a aquellas partes...¹⁵

Al decir del conquistador, para poner en su lugar las cosas —rescatar a los de su propia armada a las Molucas y reprimir a los portugueses—, había dispuesto la construcción de cinco navíos que dejó en la costa de Tehuantepec antes de viajar a España en 1528, pero que al regresar de ella, en 1530, los halló

todos podridos y destruidos y todos los aparejos de ellos y muchas armas y artillería, que lo destruyeron los oidores pasados. [Nuño de Guzmán y sus cómplices]...¹⁶

De esta suerte, así como se muestra Cortés enterado de la llegada de Saavedra a las Molucas y de sus ulteriores quebrantos por causa de los portugueses, hace de ello argumento para quejarse de que se le ha impedido enviar otros navíos en auxilio de su armada. Pide, en consecuencia, al monarca "lo mande remediar como sea servido", y vuelve a manifestar que, conociendo que mucho interesa al soberano, "saber los secretos de esta mar del Sur", ha sacado nuevas fuerzas para empeñarse en preparar otros navíos, incluso con gran daño de su propia hacienda.

A la luz de todo esto, la citada carta, del 20 de abril de 1532, puede tenerse como una especie de eslabón que une el esfuerzo realizado para llegar a las Molucas desde tierras mexicanas, con los propósitos en cuyo logro

¹⁵ Cortés, *Cartas y documentos* . . . , p. 497-498.

¹⁶ *Loc. cit.*

se adentraba ya Cortés, de explorar en el Pacífico, en busca de esa gran isla, rica en oro y perlas de la que desde mucho tiempo atrás tenía noticias. Como veremos, a tal empeño —siempre en relación con la mar del Sur— iba a dedicar muchas de sus energías, en medio de nuevas contradicciones, durante los diez últimos años de su estancia en Nueva España.

Capitulaciones para explorar en la mar del Sur

Fue la década a partir de 1531 el lapso en que Hernán Cortés se dedicó a organizar otras cuatro expediciones por la mar del Sur, en una de las cuales se embarcó él mismo y tomó posesión de California.

Cabe recordar que, tras haber despachado sus navíos a las Molucas el 30 de octubre de 1527, Cortés decidió viajar a España para resolver graves asuntos que tenía pendientes, entre ellos el de su situación en la Nueva España y el tocante a las exploraciones en la mar del Sur. Respecto de este último punto, que es el que aquí nos interesa, diremos que logró su cometido. Además del título de marqués del Valle de Oaxaca, con la concesión de veintidós pueblos y veintitrés mil vasallos, y del rango de capitán general de la Nueva España, logró las tan deseadas capitulaciones para explorar y poblar en cualesquier islas y tierra firme de la mar del Sur. Estas, suscritas por la reina Juana, con fecha 27 de octubre de 1529, hacían constar lo siguiente:

Por cuanto vos don Hernando Cortés, marqués del Valle, nos hiciste relación que, con deseos de nos servir y del bien y acrecentamiento de Nuestra Corona Real, como siempre lo habéis fecho, querriades descubrir, conquistar y poblar cualesquier isla, tierras y provincias, que hay en el mar del Sur de la Nueva España, que no sea en paraje de las tierras que hasta agora hay proveídos gobernadores, todo a vuestra costa y minción [cargó, paga], sin que en ningún tiempo, seamos obligados a vos pagar los gastos que en ello hicísedes, más de lo que en esta capitulación vos fuese otorgado, y me suplicaste y pediste por merced, vos mandase encomendar y dar licencia para hacer la conquista de las dichas tierras y vos concediese y otorgase las mercedes y con las condiciones que de suyo serán contenidas, sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulación siguiente:

Primeramente, vos damos licencia, poder y facultad para que por nos, y en nombre de la Co-

rona Real de Castilla, podáis descubrir, conquistar y poblar cualesquier isla que hay en la mar del Sur, de la Nueva España, questén en su paraje y todas las que hallades hacia el poniente, no siendo en el paraje de las tierras en que hoy hay proveídos gobernadores; y así mismo vos damos la dicha licencia y facultad, para que podáis descubrir cualquier parte de tierra firme que hallades por la costa del sur hacia el poniente que no se faya hasta agora descubierto ni entre en límites y pasaje norte-sur de la tierra que está dada en gobernación a Pánfilo de Narváez e Nuño de Guzmán.

Ítem, entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios Nuestro Señor y Nuestro, y por honrar vuestra persona, y por vos hacer merced, prometemos de vos hacer nuestro gobernador de todas las dichas islas e tierras que, como dicho es, descubriéredes y conquistáredes por todos los días de vuestra vida, y dello vos mandaremos dar y vos serán dadas nuestras provisiones en forma.

Así mismo, que vos haré merced, como por la presente vos la hago, del oficio de nuestro alguacil mayor de las dichas tierras, por todos los días de vuestra vida, y dello vos será dada provisión en forma...¹⁷

Con sus nuevos títulos y capitulaciones, y acompañado de su segunda esposa, doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, Cortés emprendió el viaje de regreso a México en cuyas playas desembarcó el 15 de julio de 1530. Entre los asuntos a los que mayor atención dedicó de inmediato estuvo el de la construcción de sus navíos para cumplir con lo acordado en las capitulaciones.

Cuatro iban a ser sus expediciones, todas ellas por mar, en una de las cuales el propio Cortés participó, emprendidas con la mira puesta —según se expresó en las capitulaciones— en “descubrir, conquistar y poblar cualquier islas que hay en la mar del Sur, de la dicha Nueva España...”. Entre esas posibles islas debió ocupar lugar especial en el pensamiento de don Hernando aquella de la que le había traído noticias desde 1523 ese capitán suyo, Gonzalo de Sandoval, que había regresado de Colima. A no dudarlo, muy atractiva tenía que resultarle esa supuesta o real gran isla poblada toda de mujeres, pre-

¹⁷ “Traslado de una real cédula por la que el rey concede a Hernán Cortés pueda descubrir y poblar en el mar del Sur y tierra firme, pudiendo nombrar gobernadores, alcaldes y justicias, 5 de noviembre de 1529”, Archivo General de Indias, patronato 16, núm. 2. Publicada en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía* (CODOIN), 42 v., Madrid, 1864-1884, v. 12, p. 490-496.

cisamente por el rumbo de Cihuatán (el poniente), tan rica en oro y perlas.¹⁸

El envío de la primera expedición a las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza, 1532

Como lo había hecho Cortés cuando despachó la expedición con rumbo a las Molucas, también ahora, a principios de junio de 1532, hizo entrega de sus correspondientes instrucciones al capitán de esta nueva empresa. En ellas manifestaba a Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo, cómo había de comportarse y en qué forma debía lograr su cometido. Entre otras cosas le indica cómo ha de proveerse de lo necesario, incluyendo "copia [abundancia] de gente de la mar" y que, una vez, ya navegando, no han de perder de vista la tierra [por el rumbo del oriente], pero a la vez observando hacia el poniente en busca de islas u otra tierra firme; y, en caso de que allí se toparen con embarcaciones de los habitantes nativos de esos lugares, ver de qué clase son, si acaso mejores y más poderosas que aquellas en que están ellos navegando; ver con disimulo si en sus atavíos los nativos traen oro o perlas o piedras preciosas; hablar o darse a entender con ellos, mostrándoles que "soís de una tierra muy cercana a ellos, cuyo señor es el mayor del universo...".¹⁹ El propósito principal era, desde luego, obtener información.

Tomando en cuenta que su enemigo, Nuño de Guzmán, se halla más al norte de Colima, en tierras sobre las que pretende exclusiva jurisdicción, Cortés advierte luego a Hurtado de Mendoza que debe apartarse de dicho territorio hasta veinte leguas, si fuere necesario. Una vez fuera de esa jurisdicción real o supuesta, Hurtado habrá de desembarcar y tomar posesión de cualquier isla o tierra firme; deberá avanzar rumbo al norte hasta cien o ciento cincuenta leguas, hecho lo cual, deberá regresar con objeto de hacer información de lo descubierto.

¹⁸ López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 v., México, Robredo, 1943, t. II, p. 202.

¹⁹ "Instrucción que dio Cortés en 1532 a Diego Hurtado de Mendoza, su lugarteniente de capitán general, para el viaje que debía hacer en el armada del propio Cortés, al descubrimiento de la tierra nueva del mar del Sur", *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, editados por don Martín Fernández de Navarrete, et alii, Madrid, 1884, t. IV, p. 167-175.

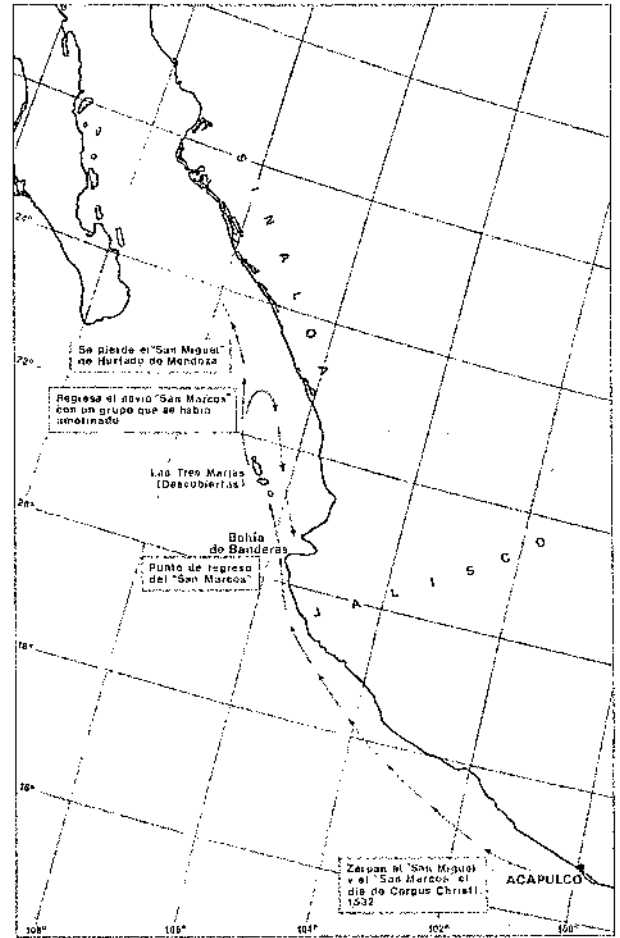


Figura 19. Expedición de Diego Hurtado de Mendoza, 1532.

Varias cosas se desprenden de lo expresado en estas instrucciones, las primeras dadas en relación con los descubrimientos en pos de la gran isla rica en oro y perlas (Cihuatán-California). Una de ellas es la creencia de que, a relativamente corta distancia, pueden encontrarse gentes de considerable desarrollo cultural, dueñas de poderosas embarcaciones..., y que, se deja entender, no serían otras sino las de naciones del Asia, quizás Japón o China. En ello Cortés continúa participando en la persuasión de muchos de su época que, de acuerdo con Ptolomeo, pensaban que la circunferencia de la tierra era bastante más pequeña de lo que es en realidad.

Dos fueron los navíos que zarparon de Acapulco con los propósitos indicados. El *San Marcos* era la nao capitana, al frente de la cual iba Hurtado de Mendoza; el *San Miguel*, se encomendaba a Juan de Mazuela. Para enterarnos del curso de la navegación, en forma por demás sucinta pero a la vez bastante precisa, cabe citar el breve texto incluido por el cronista Antonio de Herrera en su *Década Quinta*:

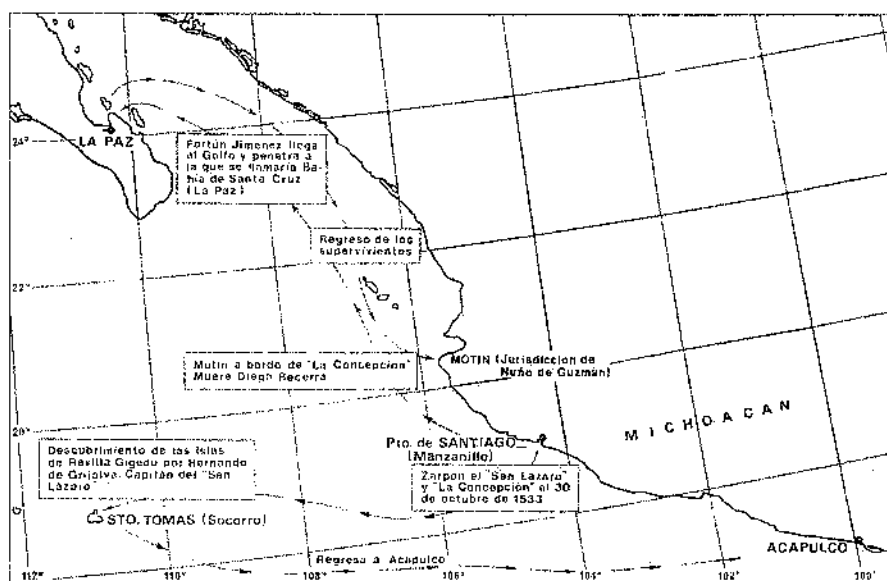


Figura 20. Expedición de Diego Becerra (1533).

El marqués del Valle luego fabricó dos navíos y nombró por capitán de ellos a Diego Hurtado [de Mendoza], y se hicieron a la vela dentro del primer año y, partidos del puerto de Acapulco, llegaron al de Santiago de Buena Esperanza, que es en la provincia de Colima, adonde tomaron más gente y bastimento y siguieron su camino por la costa del poniente y llegaron al puerto de Jalisco [Matanchel], adonde les defendió [impidió] el aguada Nuño de Guzmán, que era gobernador de aquella tierra.

Pasó adelante doscientas leguas, y amotinándose la gente con él, un navío volvió a Nueva España, y con el otro, de buena voluntad, siguió su viaje y pasó mucho tiempo que de él no se tuvo noticia.

El navío que volvió, de miedo de Nuño Guzmán no llegó a Jalisco, surgió en la Bahía de Banderas y pereció con toda la gente a mano de los indios que estaban rebelados, y sólo dos escaparon que dieron esta relación.²⁰

Además de este breve relato se conservan otros, como el muy sumario de Bernal Díaz del Castillo que, tras referir la desgracia de los que aportaron y cayeron en manos de los indios en Jalisco, añade:

Desde allí voló la nueva a México, de lo cual le pesó mucho a Cortés. Y Diego Hurtado corrió siempre la costa, y nunca se oyó decir más de él, ni del navío y nunca más apareció.²¹

La expedición capitaneada por Diego Becerra y Hernando de Grijalva, 1533

En carta del 20 de junio de 1533 a su pariente y procurador, el licenciado Francisco

Núñez, suscrita en el puerto de Santiago (Manzanillo), en la mar del Sur, da cuenta Cortés de los preparativos en que se halla para iniciar una nueva expedición.

Ha más de siete meses que salí de mi casa para el despacho de estos navíos y los cinco [meses] dellos he estado siempre residiendo en este astillero, sin quitarme de sobre la obra y estaré hasta volverme a México más de otros cuatro, y cuéstate tanto el trabajo de mi persona y gasto de mi hacienda que así lo que más hay que hacer como para el adereso o provisión que desde ahora se comience a hacer para su buen retorno, es menester ayuda de todas partes...²²

Si restamos a la fecha de esta carta, 20 de junio de 1533, los siete meses de los que habla Cortés, podremos darnos cuenta de que, consagrado a la hechura de sus navíos, había estado en sus astilleros del puerto de Santiago desde noviembre del año anterior de 1532. Los navíos iban a zarpar del puerto de Santiago el 30 de octubre de 1533.

La nao capitana, comandada por Diego Becerra, ostentaba el nombre de *La Concepción*; la otra denominada, *San Lázaro*, estaba al mando de Hernando de Grijalva. En la primera iba como piloto el vizcaíno Fortún Jiménez que, por ambición, provocaría un motín a bordo y luego, por torpeza, perdería la vida en un enfrentamiento con los indígenas al llegar a una bahía que bien pudo ser la que hoy se nombra de "La Ventana" frente a la isla de Cerralvo o quizá en la de "Las Palmas", al sur de la península californiana.

²⁰ Herrera, *op. cit.*, (década quinta, libro VII, cap. III), t. XI, p. 104-105.

²¹ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 392.

²² Cortés, *Cartas y documentos*, p. 516.

A propósito ya de la expedición se guarda también en el Archivo General de Indias de Sevilla la "Relación de la Jornada que hizo a descubrir en la mar del Sur el capitán Hernando de Grijalva", quien, al separarse su navío, *San Lázaro*, de la nao capitana, descubrió el archipiélago que se conoce hoy como de las islas Revillagigedo. Una noticia curiosa, en relación con la travesía del *San Lázaro*, se halla tanto en la citada relación como en lo que, probablemente fundado en ella consignó Herrera. Se refiere ésta a un cierto pez "que todos afirmaron era hombre marino, porque todos le vieron, porque se levantó tres o cuatro veces a mirar la nao . . . y se regocijaba de la misma manera que un mono . . . y mirando a la gente como si tuviera sentido . . ." ²³. De tan fantástica criatura incluye el documento original algunos dibujos. ¡Signo de los tiempos en los que lo real y lo imaginario se daban las manos!

Acudiendo a Francisco López de Gómara, el capellán de Cortés, nos enteramos de que:

Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron a la vela, y nunca más se vieron. Fortún Jiménez se concertó con muchos vizcaínos, así marineros como hombres de tierra, y mató a Diego Becerra, estando durmiendo; debió ser que riñeron, e hirió malamente a otros algunos. Arribó con la nao a Motín, y echó en tierra a los heridos y a dos frailes franciscanos. Tomó agua, y fue de allí a dar en la bahía de Santa Cruz. Saltó a tierra, y matáronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros a Chiametlan de Xalisco, en el batel, y dijeron a Nuño de Guzmán cómo habían hallado mucha muestra de perlas. Él fue allá, aderezó aquella nao, y envió gente en ella a buscar las perlas.

Hernando de Grijalva anduvo trescientas leguas por el noroeste sin ver tierra; y por eso echó luego a la mar a ver si hallaría islas, y topó con una, que llamó Santo Tomás porque tal día la descubrió. Estaba, según él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en veinte grados [en realidad en 18° 42']. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto pararon aquellas cuatro naos que Cortés envió a descubrir. ²⁴

La isla que aquí se nombra de Santo Tomás es precisamente la más grande de las Revillagigedo, que hoy se conoce como Socorro. Respecto de las últimas palabras de

Gómara que, con no velado pesimismo, dice que "en esto pararon aquellas cuatro naos", hay que notar que está haciendo referencia a las dos que fueron en la primera expedición al mando de Diego Hurtado de Mendoza y a las otras dos de que acaba de hablar y de las cuales una había quedado en poder de Nuño de Guzmán y la otra, la de Hernando Grijalva, al fin regresaría a buen puerto.

Hernán Cortés va al frente de su tercera expedición, 1535

Es lamentable que de esta salida, en la que el propio don Hernando puso pie en California, no se haya conservado algún itinerario u otro testimonio debido al propio conquistador o a alguno de sus capitanes, como Francisco de Ulloa, que estuvo entonces a su lado. Se conservan al menos el "Auto de posesión y descubrimiento de la Tierra de Santa Cruz", de fecha 3 de mayo de 1535, una carta que suscribió Cortés estando en California el 14 de mayo de 1535, así como un testimonio que formó parte de la documentación del Archivo del Hospital de Jesús, que incluye un elenco, con breve nota biográfica, de quienes pasaron con él a California. Dos mapas existen asimismo, uno que muestra la bahía de Santa Cruz (La Paz) y una parte de las costas e islas cercanas, proveniente de la misma época del descubrimiento y que forma parte del legajo tocante a los derechos de don Hernando en virtud de sus expediciones en el mar del Sur, y otro, atribuido al piloto Domingo del Castillo, del que tan sólo se conocen copias del siglo XVIII.

Los navíos de que disponía Cortés, los llamados *San Lázaro*, *Santa Agueda* y *Santo Tomás*, se hallaban en Chametla y estaban siendo abastecidos. Hacia comienzos de la primavera de 1535, don Hernando efectuó lo comunicado antes a los del Consejo de Indias: "He acordado de tomar otro poco de trabajo e irme con la gente por tierra otras cien o ciento veinte leguas adelante de este puerto a embarcarme . . ." ²⁵

Así las cosas, llegó al fin el extremeño con su gente a Chametla en donde encontró ya sus embarcaciones. Esto probablemente sucedió hacia mediados de abril. Aunque para entonces sus hombres habían localizado al navío *Concepción*, del que se había apodera-

²³ CODOIN, t. XII, p. 138.

²⁴ López de Gómara, *op. cit.*, t. II, p. 195-196.

²⁵ Cortés, *Cartas y documentos*, p. 526.

30
 29
 28
 27
 26
 25
 24
 23
 22
 21
 20
 19
 18

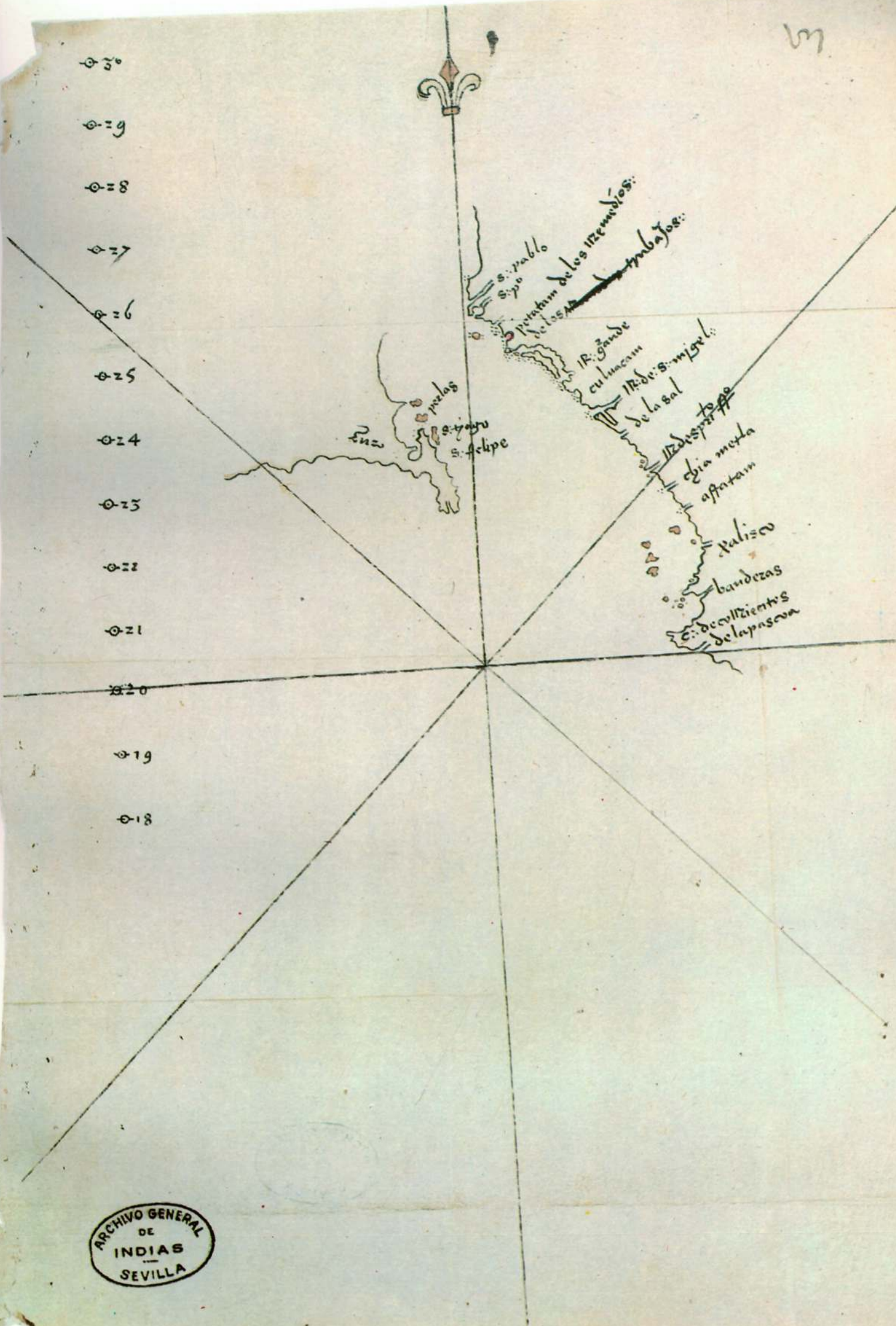


Lámina X. *Mapa manuscrito del extremo sur de California, la Tierra de Santa Cruz, preparado a raíz de la expedición de Hernán Cortés, 1535. (Se conserva en el Archivo General de Indias, Sevilla.)*

do Nuño de Guzmán, Cortés decidió no emplearlo en vista del mal estado en que se encontraba. Acudiremos ahora a los testimonios de López de Gómara y Herrera para enterarnos, hasta donde es posible, de la trayectoria de esta expedición.

Allí [en Chametla] se embarcó el Marqués con toda la gente y caballos que pudo caber en los tres navíos, y de la que no pudo en ellos, dejó por capitán a Andrés de Tapia, y navegó en demanda de la tierra a donde mataron a Fortún Jiménez, y llegó a unas sierras altas que llamó de San Felipe; y a una isla, tres leguas de tierra, que dijo de Santiago, y el día de Santa Cruz de Mayo entró en aquella bahía a donde mataron a Fortún Jiménez y la llamó de Santa Cruz, y es buen puerto, seguro de todos los vientos y está en 23° y medio al polo Ártico...²⁶

de Santiago— puede afirmarse con seguridad que es la misma que hoy se conoce con el nombre de Cerralvo. Obviamente, el desembarco en la Bahía de La Paz ocurrió el 3 de mayo en que se celebra la festividad de la Santa Cruz. Ese mismo día se tomó posesión de esa tierra.

Poco después envió Cortés dos de sus barcos a la tierra firme para que trajeran al resto de sus hombres. El conjunto de los expedicionarios, según Bernal Díaz del Castillo, sumaba 320 personas, incluyendo a 32 matrimonios. En cambio, Gómara asienta que tan sólo los que se habían quedado en Chametla con Andrés de Tapia, eran 300 españoles, entre ellos 37 mujeres. El número, cualquiera que haya sido, era bastante considerable

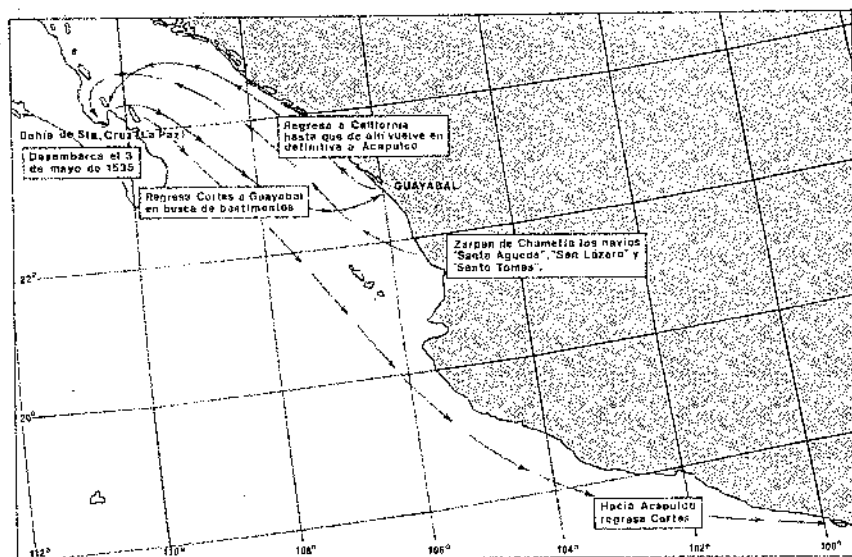


Figura 21. Expedición a California del propio Hernán Cortés (1535).

La medición de la latitud, según la consigna Herrera apoyado en los documentos que pudo consultar, es ligeramente inexacta: La Paz se halla en $24^{\circ} 9'$ de latitud norte. Gracias al mapa que, del extremo sur de la península de California, se conserva en el Archivo de Indias, formando parte del expediente relativo al pleito que sostuvo Cortés con algunos de sus contrincantes —Nuño de Guzmán, Mendoza y otros—, podemos hacer algunas precisiones geográficas. Si respecto de las sierras altas que llamó Cortés de San Felipe, sólo cabe decir que verosímelmente se trata de una parte de la cordillera peninsular, en cambio de la isla que menciona —la que llamó

puesto que hubo de ser trasladado en dos viajes. Salieron así con rumbo a la tierra firme la nao *San Lázaro* y el *Santo Tomás*. Lejos de cumplir su cometido, el primero de estos navíos, al iniciar ya su regreso a Santa Cruz, cargado de bastimentos, embarrancó cerca de Jalisco, en tanto que el otro aportó a Guayabal. Los del *San Lázaro*, desistiendo de la expedición, se marcharon con rumbo a México. Los del otro navío se demoraron considerablemente en su regreso, cosa que mucho preocupó a Hernán Cortés y a cuantos estaban con él en la Bahía de Santa Cruz. Con vivos colores describe Bernal Díaz lo que seguramente había escuchado de labios de Cortés, respecto a la situación de los que se hallaban en California:

²⁶ Herrera, *op. cit.*, (década quinta, libro VIII, cap. IX), t. XI, p. 232.

Porque se les habían acabado los bastimentos, y en el navío que dio al través en tierra de Jalisco iba la carne y bizcocho y todo el más bastimento, a esta causa estaban muy congojados así Cortés como todos los soldados, porque no tenían qué comer, y en aquella tierra no cogen los naturales della maíz, y son gente salvaje y sin policía, y lo que comen son frutas de las que hay entre ellos y pesquerías y mariscos. Y de los soldados que estaban con Cortés se murieron de hambre y de dolencias veintitrés, y muchos más estaban dolientes y maldecían a Cortés y a su isla y mar y descubrimiento . . .²⁷

En vista de todo esto, decidió Cortés ir en busca de socorro en la última embarcación que allí había quedado, y al frente de sesenta hombres, "con hierro, fragua y aderezos para labrar un navío", según lo consigna Herrera, marchó hacia la Nueva España. Su travesía tampoco fue fácil ya que su embarcación topó con unos arrecifes. En tales circunstancias descubrieron muy cerca otra nao. Los que en ella estaban no eran otros sino los de uno de los navíos del propio Cortés que iniciaban ya su regreso a la bahía de Santa Cruz. Preguntados entonces por Cortés acerca del destino de la otra nave, el *San Lázaro*, le informaron que, cargada de bastimentos, había quedado varada en las costas de Jalisco, con los mástiles quebrados y sin velas. Los que en ella viajaban habían desistido de la expedición y habían vuelto a México.

Cortés, al llegar, por su parte, a las costas de Sinaloa, compró granos, animales y otras vituallas para llevar en auxilio de los que había dejado en la bahía de Santa Cruz. Su retorno tampoco estuvo libre de peligros. Una noche, en tanto que el piloto, Antón Cordero, dormía cerca de la antena de la mesana que estaba con la vela recogida, cayó sobre él la dicha antena y le dio muerte instantánea. El propio Cortés tomó entonces el timón y, después de pasar cerca de la isla que había bautizado con el nombre de Santiago, hubo aún de hacer frente a contratiempos tan graves como el que ocurrió al encayar su embarcación entre unas peñas. Realizadas las maniobras necesarias, pudo al fin proseguir la navegación hasta llegar a la "isla de Santa Cruz".

Los españoles que allí había dejado estaban trahijados de hambre, y aún se habían muerto más de cinco, y no podían buscar marisco, de flacos,

ni pescar, que era lo que los sostenía. Comían yerbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuantas querían. Cortés les dio la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, porque tenían los estómagos muy debilitados; mas ellos, con el hambre, comieron tanto que se murieron otros muchos.²⁸

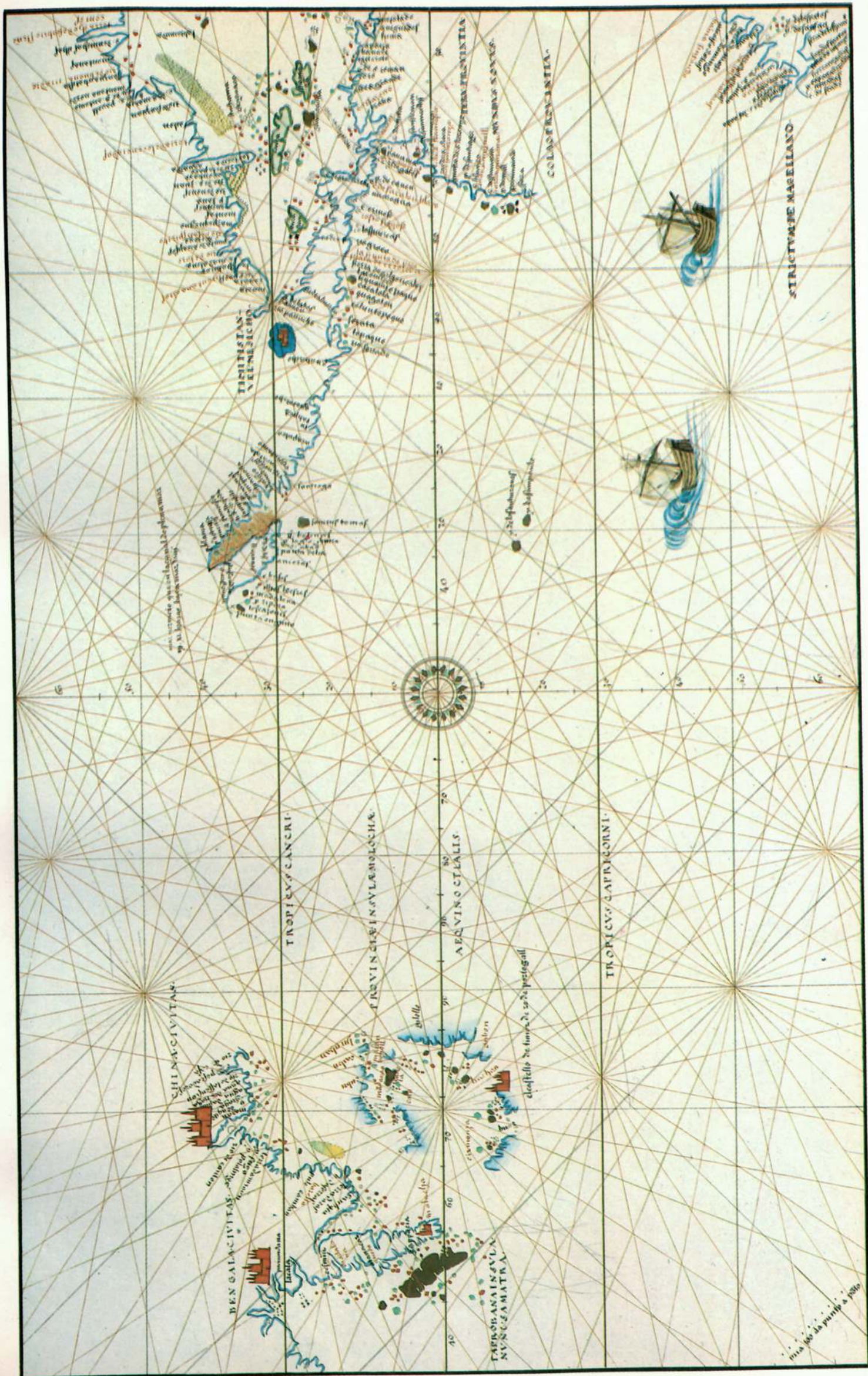
Este mismo cronista, y también Bernal y Herrera, conservan el recuerdo de lo que siguió a todo esto. La otra embarcación, que asimismo traía bastimentos, y que venía al mando de Hernando de Grijalva, desde las costas de Sinaloa, lejos de llegar a Santa Cruz como lo deseaban Cortés y quienes allí estaban, sin cumplir su cometido hubo de retornar para buscar refugio en las costas novohispanas. Estando así las cosas, llegó de pronto otra carabela, bien distinta, que venía en busca de Cortés, enviada nada menos que, por su mujer, doña Juana de Zúñiga. Se hallaba ésta afligida con temor de que don Hernando hubiera muerto o se encontrara en grave riesgo. Por los de esta carabela se enteró Cortés de la llegada a México del primer virrey, don Antonio de Mendoza. Éste le enviaba asimismo una carta en que le pedía regresara cuanto antes a la Nueva España. Informaron asimismo los de la carabela, al frente de la cual venía el capitán Francisco de Ulloa, que muy pronto deberían llegar las otras dos embarcaciones que aguardaban. Después de esperarlas algún tiempo, decidió Cortés salir de la tierra de Santa Cruz con rumbo a México.

Este viaje fue ciertamente calificado de fracaso por cronistas como Bernal Díaz, que cita lo que oyó le había mandado decir su mujer, la marquesa doña Juana de Zúñiga, que "dejase de porfiar más con la fortuna y se contentase con los heróicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona . . ."²⁹ Reconociendo que entonces poco o nada se traslució de provecho en ese seguir porfiando con la fortuna, nuevamente, una mirada a la cartografía, lleva a otras consideraciones. El mapa elaborado por Cortés o por encargo suyo hacia 1535 o 1536, del extremo sur californiano, con la bahía de La Paz y las islas cercanas (Santiago, hoy Cerralvo, y Perlas, hoy Espíritu Santo), confirma que fue entonces cuando se descubrió realmente lo que antes era sólo objeto de rumores. Como

²⁸ López de Gómara, *op. cit.*, t. II, p. 199.

²⁹ Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. I, p. 397.

²⁷ Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, p. 395-396.



Missa de la pampa & 1850

Lámina XI. *Mapa de la gran cuenca del Pacífico atribuido a Battista Agnese, c. 1542. Delinea tan sólo una parte de la costa de América del Sur. En la del Norte abarca la mayor parte de la península de California. (Se conserva en la Biblioteca Pierpont Morgan de Nueva York.)*

habremos de verlo enseguida, la última de las expediciones que envió Cortés, la de 1539, acabaría de revelar el perfil completo de la California mexicana. Muy pronto, desde 1542, en varias producciones de la cartografía universal que luego comentaré —las de Agnese (1542), Alonso de Santa Cruz (1544) y Sebastián Caboto (1544)— se esclareció “ese secreto”, la gran península pudo delinearse ya con bastante precisión. Se reconocía además en dichos mapas, con glosas o leyendas, que ese descubrimiento se debía a Cortés, marqués del Valle.

La cuarta expedición, a cargo de Francisco de Ulloa, 1539

Los trabajos de Cortés en su exploración de la mar del Sur y descubrimiento de California, más que otra cosa le habían ocasionado gastos y disgustos. En su empeño por no dejar abandonada la obra comenzada, quiso enviar a uno de sus mejores capitanes, Francisco de Ulloa, para explorar la mar que separaba a la tierra de Santa Cruz del macizo continental e ir más allá, bojeando dicha tierra, para ver hasta dónde se extendía ésta en el mar océano. Las desavenencias que había tenido con Nuño Beltrán de Guzmán no lo habían desalentado. Ahora iba a entrar tam-

bién en competencia nada menos que con el virrey Mendoza que se proponía explorar por su cuenta, al conocer las noticias aportadas por Alvar Núñez Cabeza de Vaca que, tras un largo recorrido, había hecho su aparición en 1536 en San Miguel de Culiacán, villa fundada por Nuño de Guzmán. Ante el nuevo interés de Mendoza, el conquistador de los mexicas iba a tener que hacer frente a un conflicto con el supremo representante de la autoridad real.

Quizás todas estas circunstancias expliquen que se apresurara Cortés, tan sólo un año antes de su retorno definitivo a España, a enviar esta expedición. Gracias a ella se precisaría por primera vez la existencia de un golfo o mar interior, en cuyo extremo norte desembocaba un gran río y, lo que es también de suma importancia, el carácter peninsular de la tierra de Santa Cruz a la que muy pronto se adjudicaría ya el nombre de California.

Respecto de esta expedición se conservan dos relaciones de primera mano, una debida al propio Francisco de Ulloa y otra a su piloto mayor, Francisco Preciado. Esta última se conoce tan sólo a partir de su versión al italiano, incluida con otros varios relatos de tema novohispano en la obra de Giovanni Battista Ramusio, *Delle Navigazioni e Viaggi*, publicada en Venecia, en 1556. Pueden asimismo consultarse las sumarias recordaciones que de ella hicieron López de Gómara y Bernal Díaz del Castillo. A modo de visión de conjunto ofrezco el relato de López de Gómara:

Por el mes de mayo del mismo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culucán [Sinaloa], que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos *Santa Agueda*, la *Trinidad* y *Santo Tomás*. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; de Guayabal atravesaron a la California en busca de un navío, y de allí tornaron a pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa más de doscientas leguas hasta do fenece, que llamaron ancón de San Andrés, por llegar allí su día. Tomó Francisco de Ulloa posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés.

Está aquel ancón en treinta y dos grados de altura y aún algo más [sólo cerca de 31°]; es allí la mar bermeja, crece y mengua muy por con-cierto. Hay por aquella costa muchos volcanes, y están los cerros pelados; es tierra pobre. Ha-

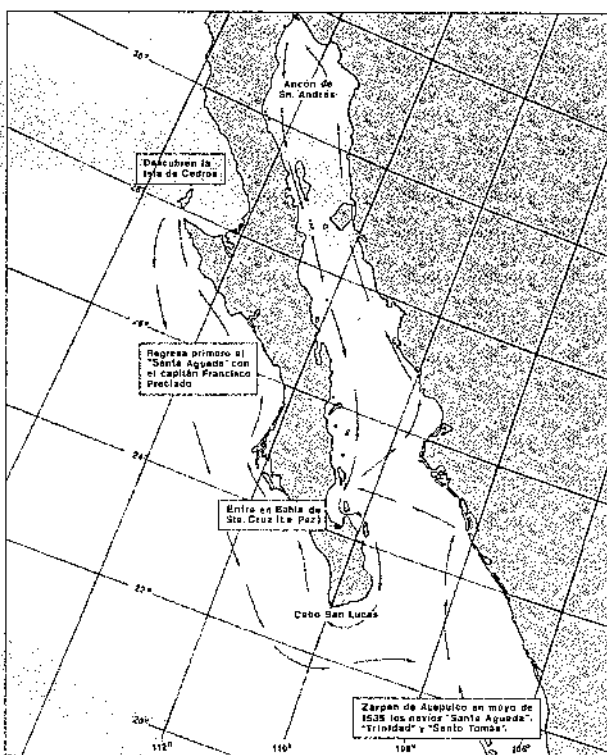


Figura 22. La expedición de Francisco de Ulloa, enviado por Cortés en 1539.

llóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espigas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y trasquilados, como los otomites de la Nueva España; traen a los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque también los tienen de barro muy bueno.

Del ancón de San Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron a California, doblaron la punta, metieronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancón de San Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva España, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trajeron nueva de ninguna tierra buena: más fue el ruido que las nueces.

Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva España; pero no hizo más de lo que dicho tengo, tanta nao como armó, aunque fue allá él mismo. Créese que hay muy grandes islas y muy ricas entre la Nueva España y la Especería. Gastó doscientos mil ducados, a la cuenta que daba, en estos descubrimientos, que envió muchas más naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa, como después diremos, que hubiese de tornar a España, tomar enemistad con el virrey don Antonio, y tener pleito con el rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.³⁰

De las relaciones escritas por el mismo Francisco de Ulloa y por su piloto mayor Francisco Preciado transcribiré tan sólo algunos fragmentos particularmente interesantes. El primero se refiere a la descripción de las bocas del río Colorado y del extremo norte del golfo de California, al que Ulloa bautizó con el nombre de "Ancón de San Andrés". Dato que conviene subrayar, y que habrían de corroborar otros muchos exploradores, es el de la dificultad para penetrar por las bocas de dicho río debido a la fuerza de las mareas que, al menguar, dejaban seca la entrada y, al crecer, cubrían de agua una extensión de más de dos leguas de ancho. Veamos el testimonio de Ulloa.

Metidos a la mar en altura de treinta e dos grados y tres cuartos, seis o siete peñascos blancos y altos y puntiagudos, a cuya causa le pusimos por nombre Los Diamantes, y cuatro o cinco leguas andadas de ellos, comenzamos a ver el agua blanca a manera de agua de río...

Hallamos un canal, dos leguas de la tierra firme, de hondura de ocho brazas, por la cual en-

traban sus dos mareas en veinticuatro horas por su orden y concierto de creciente y de menguante, sin discrepar punto, y con tanta corriente de creciente y menguante que era cosa maravillosa; dejaba en seco cuando menguaba, y henchía cuando crecía; más de dos leguas que había desde do estábamos, a la tierra firme; surgimos en esta canal porque era tarde para pasar adelante, y por ver otro día qué cosa era y a do iba a parar, y luego otro siguiente día, lunes, quisimos pasar adelante, y como aclaró el día y era baja mar vimos toda la mar por do habíamos de ir, entre la una tierra e la otra, cercada de bajos, y allende de esto vimos entre una tierra y otra muchas cabezas de cerros, y lo bajo de ellos no lo pudimos ver por la longitud de la tierra, y visto que por estas causas no podíamos pasar adelante, salté en tierra en un bajo que estaba allí cerca y tomé la posesión por vuestra señoría...

Está este ancón y mar Bermejo en altura de treinta y cuatro grados [en realidad cerca de 31]; pusimosle por nombre el ancón de San Andrés y mar Bermejo, porque lo es, y llegamos a él en su día.³¹

Del texto del capitán Preciado, conservado en italiano por Ramusio, ofrezco aquí la versión de la parte en que habla acerca de la toma de posesión de la isla de Cedros.

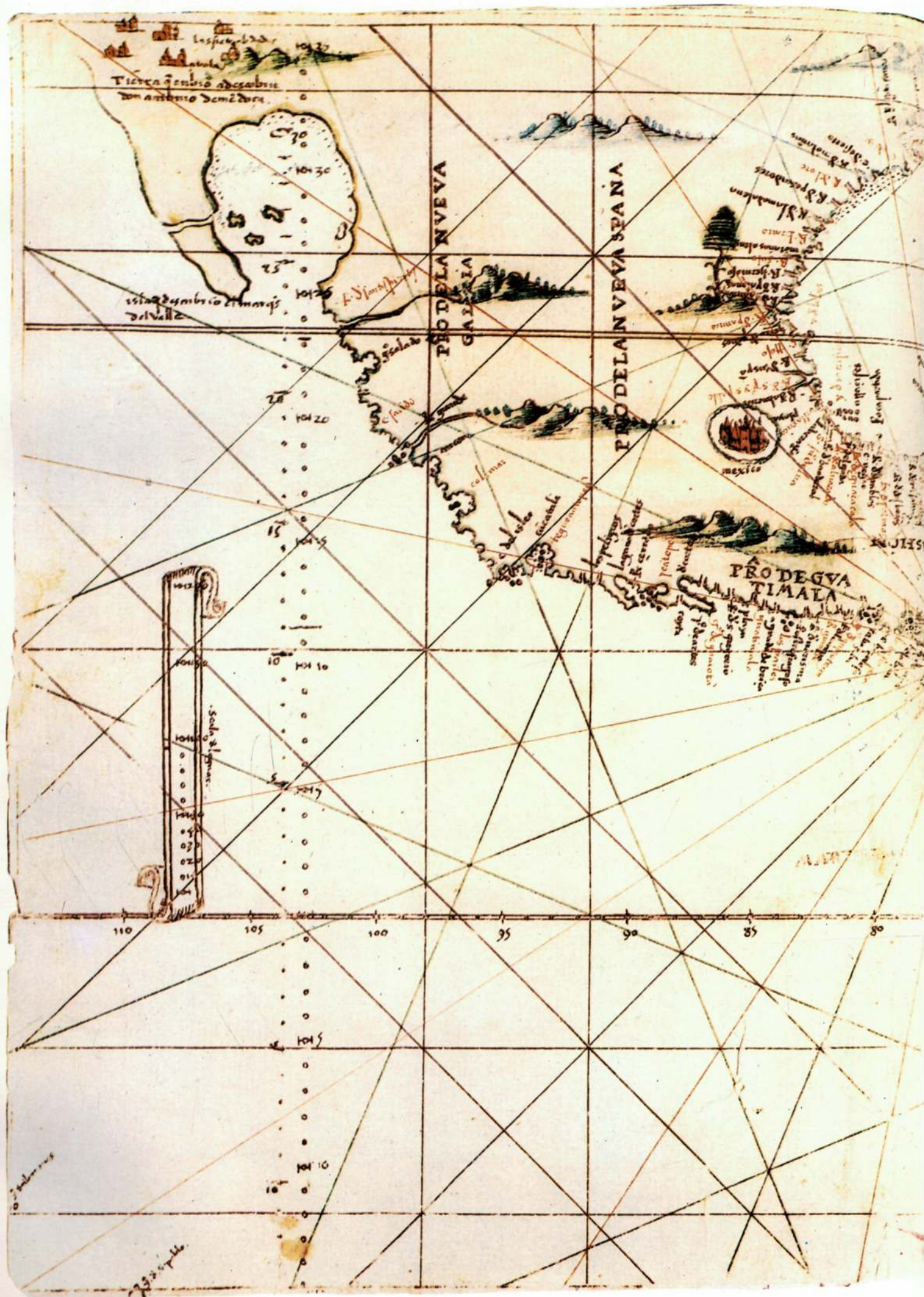
Y ya que íbamos aproximándonos más, vimos una colina grande llena de hermosos árboles, de la grandeza de los árboles y cipreses de Castilla. En esta isla encontramos pisadas de caza mayor y conejos, y vimos un trozo de madera de pino, por lo cual consideramos que en ese país habría muchos. Así, navegando próximos a tierra, vimos otras canoas con otros cuatro indios que venían hacia nosotros, pero no se acercaban mucho, y entonces miramos por proa, y vimos hacia una punta que teníamos delante muy próxima a nosotros, otras canoas, una parte, en el extremo de la punta entre unos bajos, otras más dentro en el mar, para poder conocer sin aproximárenos mucho...

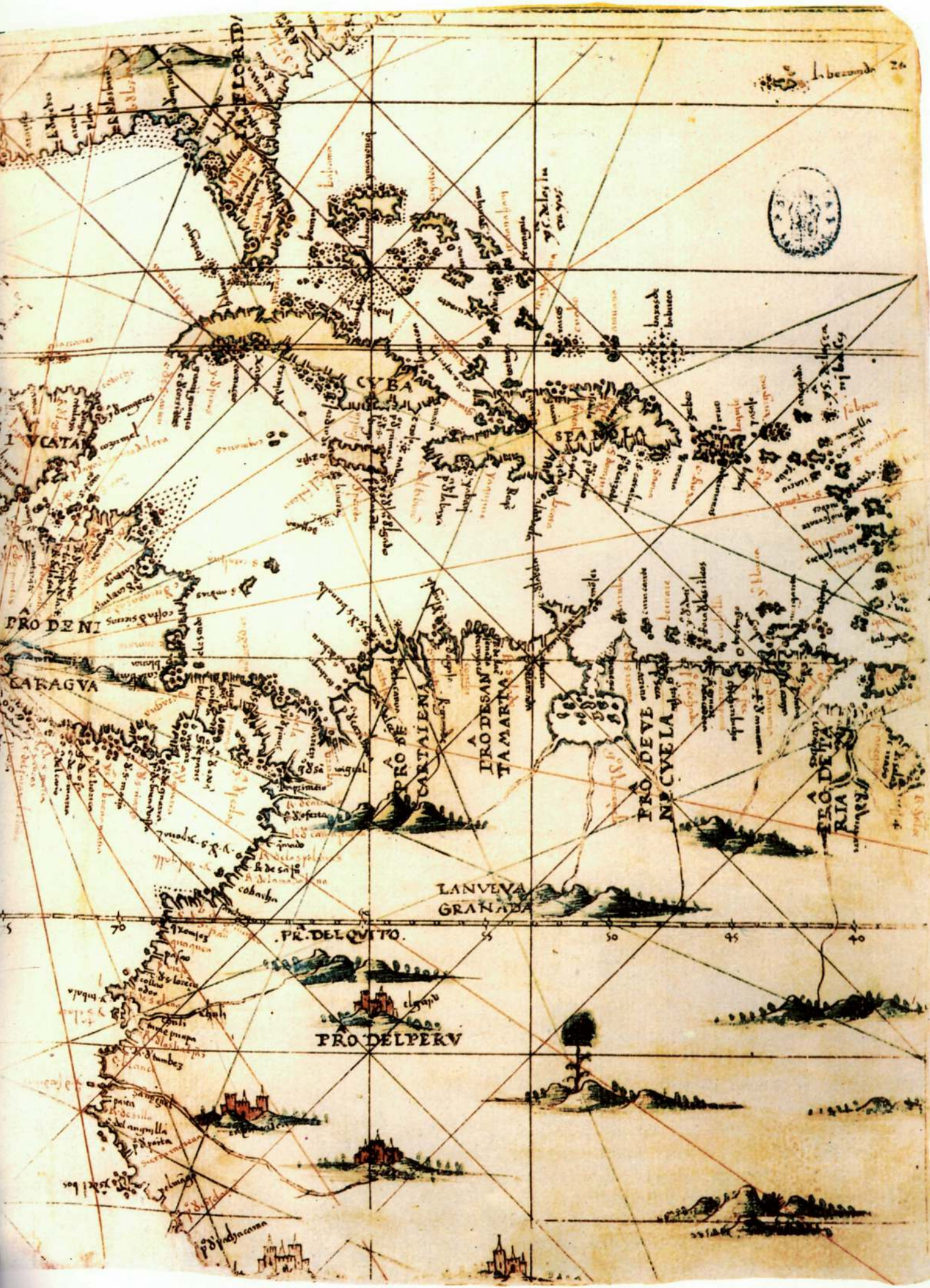
Domingo, lunes y martes que estuvimos a veinte de ese mes de enero, navegamos con vientos débiles y contrarios, y al fin llegamos hasta casi el extremo de la punta de la isla (llamada la isla de los Cedros), porque en la cima de las montañas de ella hay un bosque de estos cedros muy altos, como es la naturaleza de ellos...³²

³¹ Francisco de Ulloa, "Memoria y relación del viaje que, en el nombre de Nuestro Señor se ha hecho después que salió esta armada de vuestra señoría del puerto de Acapulco, que fue a 8 de julio del año de 1539, hasta esta isla de los Cedros, a donde quedo hoy lunes, 5 de abril de 1540 años", en Julio Le Riverend (ed.), *Cartas de relación de la conquista de América*, 2 v., México, Editorial Nueva España, s.f., t. I, p. 642-695.

³² "Relación de Francisco Preciado", en G. B. Ramusio, *op. cit.*, p. 35 r. v.

³⁰ López de Gómara, *op. cit.*, t. II, p. 201-202.





FLORIDA

CYBA

PRO DE NI

CARAGVA

PRO DE
CARTAIENA

PRO DESAN
TAMARIA

PRO DEVE
NECVELA

PRO DE TA
RIA

LANVEVA
GRANADA

PR. DELOMITO

PRO DELPERV

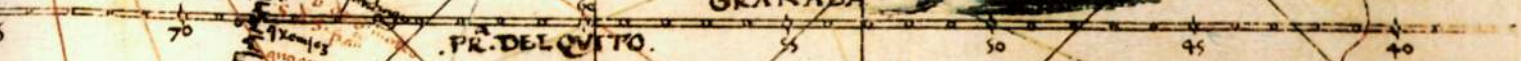


Lámina XII. *Detalle del mapamundi del cosmógrafo real Alonso de Santa Cruz (1542). California aparece en parte como península y, en parte, como isla. En el extremo inferior de ésta se lee: "isla que descubrió el Marqués del Valle". En la parte superior hay otra inscripción que dice: "la sept (siete) cibdad (ciudades)", aludiendo a los descubrimientos de Vázquez de Coronado. Se lee también: "Tierra que envió a descubrir don Antonio de Mendoza". (Se conserva en la Academia Real, Estocolmo.)*

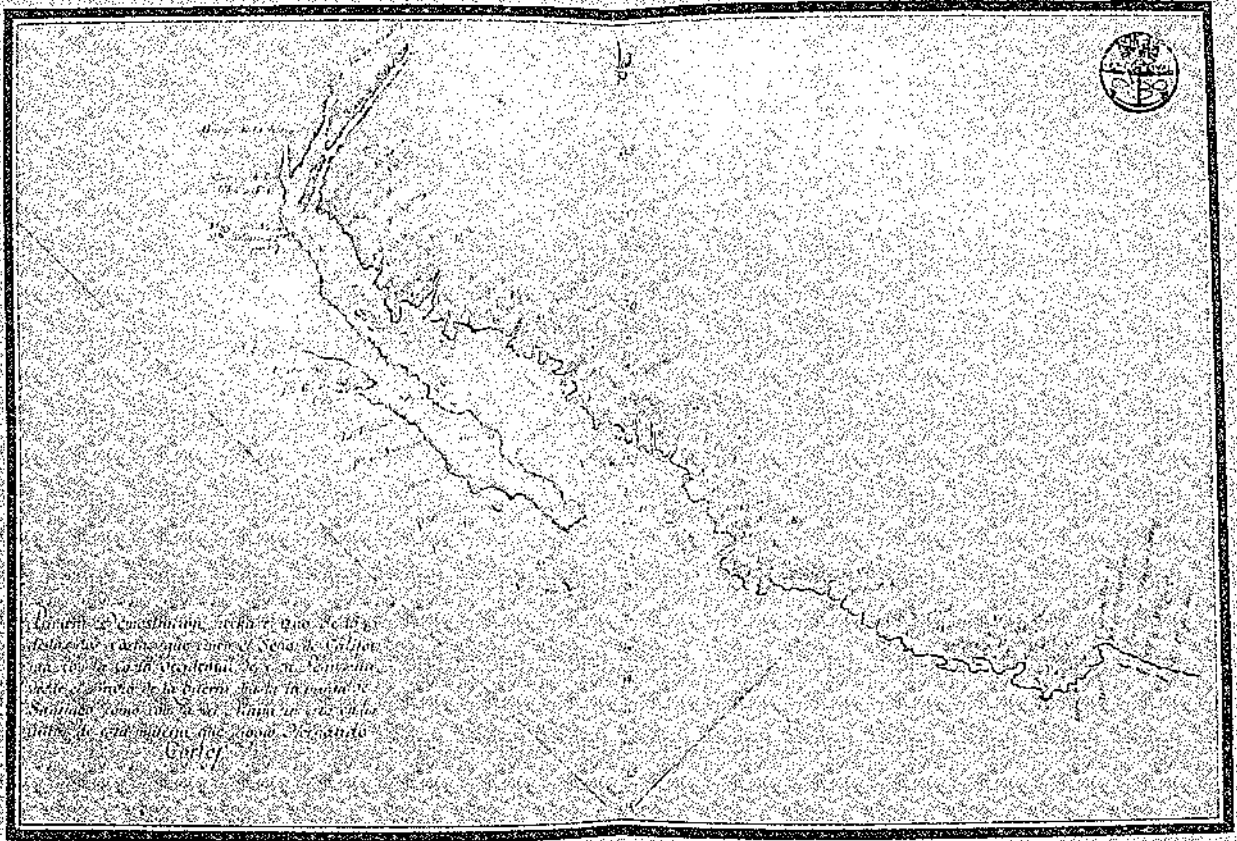


Figura 23. Mapa de las costas occidentales de Nueva España y de la península de California por Domingo del Castillo. Es ésta una copia tardía del original dibujado en 1541. Incluye nombres de lugar derivados tanto de la expedición de Ulloa en 1539 como también de la llevada a cabo, un año después, por Hernando de Alarcón —enviado por el virrey Antonio de Mendoza— y en la que también participó el piloto Castillo.

Aunque por algún tiempo se creyó que, de los navíos que participaron en esta expedición, el *Santa Agueda*, en el que iba a bordo Francisco de Ulloa, después de pasar adelante de la isla de Cedros, se había perdido para siempre, existen varios testimonios, entre ellos uno de Bernal Díaz del Castillo y otro de Íñigo López de Mondragón, que permiten afirmar que este capitán y amigo de Hernán Cortés no sólo llegó a la Nueva España sino que participó más tarde en la guerra de Argel, promovida por Carlos V.³³

La importancia de esta expedición obviamente no puede medirse en función de las nulas ganancias y crecidos gastos que por ella tuvo Hernán Cortés. El punto verdaderamente interesante es que, gracias a esta última exploración pudieron delimitarse por vez primera los litorales del golfo o mar

Bermejo, conocido también como "mar de Cortés", así como el carácter peninsular de California. Gracias, por otra parte, a las relaciones de Ulloa y Preciado, esta última difundida en la obra de Ramusio, tan importante información geográfica comenzó a introducirse en algunos mapas que se elaboraron por ese tiempo. Es cierto que también a esto habrían de contribuir ampliamente los testimonios de otra expedición, la que en 1540 propició el virrey don Antonio de Mendoza, y de la que hablaremos en el capítulo siguiente.

Mapas derivados de las exploraciones cortesianas

Los mapas a que aludiré sólo pudieron elaborarse sobre la base de los testimonios que alcanzaron a conocerse en temprana fecha respecto principalmente de las expediciones cortesianas de 1535 y 1539. La prueba de su relación con tales expediciones se halla sobre todo en la toponimia que en dichos mapas se registra y coincide con los nom-

³³ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. 1, p. 606. Sobre el testimonio aportado por Íñigo López de Mondragón, véase: Henry R. Wagner, "Francisco Ulloa Returned", *California Historical Society Quarterly*, San Francisco, September, 1940, v. XIX, p. 241-243.

bres que aparecen en las relaciones de Ulloa y Preciado. Aquí aludiré básicamente a tres cartas, todas ellas de gran interés, precisamente por tratarse de mapamundis.

El primero es un mapa que representa la gran cuenca del Pacífico, por Battista Agnese, un prolífico cartógrafo genovés que producía sus obras en Venecia y que se mantuvo muy activo entre 1536 y 1564. Como lo nota Lloyd A. Brown, en su obra *The Story of Maps*:

[las producciones de Agnese] constituyen importantes compilaciones históricas que muestran muchos de los descubrimientos. Además revivió él la costumbre de dibujar las superficies terrestres sobre un reticulado de paralelos y meridianos. Sus primeros atlas están dedicados al Mediterráneo y al mar Negro, al igual que muchos de sus portulanos, pero sus cartas posteriores abarcan muchos de los descubrimientos realizados por los españoles y portugueses en el Nuevo Mundo y el Lejano Oriente.

Los historiadores han dedicado muchas horas a tratar de encontrar cómo obtuvo él su información, pues el mismo Agnese no lo dijo. Al parecer él fue el primero en mostrar en un mapa los descubrimientos de Francisco de Ulloa en 1539-1540, al igual que los de Marcos de Niza en lo que hoy es Arizona y Nuevo México.³⁴

En opinión de Henry R. Wagner, Agnese casi seguramente logró obtener algún mapa de los inmediatamente derivados de la citada expedición. Así se explica que pudiera registrar no pocos de los nombres consignados en las aludidas relaciones de Ulloa y Preciado. Es interesante notar además que Agnese había preparado ya antes otros varios mapamundis en los que representó con bastante precisión el perfil del Nuevo Mundo, pero en dichas cartas de años inmediatamente anteriores a la expedición de Ulloa, las costas noroccidentales del Nuevo Mundo se muestran desvanecidas, de intento imprecisas. Tal es el caso de un mapa de 1536, incluido en uno de sus primeros atlas, conservado actualmente en el Museo Británico y en el que se indica el derrotero de la nao *Victoria* de Magallanes.

El que es probablemente el primer mapa en que aparece la península de California como parte del perfil del Nuevo Mundo, fue elaborado por Agnese en 1542. Conservado éste en la Biblioteca Pierpont Morgan de

Nueva York, con base en él produjo el mismo cartógrafo otros mapas en fechas cercanas. En todos ellos aparecen nombres de lugar —registrados en las referidas relaciones de Ulloa y Preciado— tales como “ancón de San Andrés” y, en la costa del Pacífico, de sur a norte, Plaia Balena [Cabo de San Lucas], Laguna de Santa Catalina, B. de S. Abad, Punta de las Áncoras . . . Isla Riparo, Cedros, Los Cazones, Punta Engaño . . . Respecto de la localización de la península, nota Wagner que

el extremo sur está colocado casi en su verdadera latitud, aunque la costa meridional se halla bastante inclinada hacia el oeste . . . y la cabeza del golfo aparece en 35° o 36°, mucho más arriba y aún más de la latitud que le había asignado Ulloa.³⁵

A pesar de estas y otras deficiencias, es innegable que el trabajo de Agnese —que pronto ejerció considerable influencia en otros cartógrafos— constituye un logro extraordinario: introducir el perfil californiano en la cartografía universal tan sólo dos años después del tiempo en que se habían realizado los descubrimientos. Si Hernán Cortés pudo enterarse del mapa de Agnese, hallándose en España —cosa del todo incierta— razones encontraría en ello para sonreír un poco: a pesar de todo, ¡sus expediciones habían contribuido a delinear el perfil del Nuevo Mundo!

Otro mapamundi en el que asimismo se incluyó ya a California y en el que, para consuelo de don Hernando, se hace mención expresa de él, se debió nada menos que a Sebastián Caboto que lo dio a conocer en 1544. Sebastián había participado en varios viajes de exploración en el Nuevo Mundo, a partir de los que realizó con su padre Giovanni, al servicio de Inglaterra en las costas del Atlántico norte. Años más tarde, en 1527, Sebastián pasó al servicio de España y llegó a ocupar el puesto clave de piloto mayor de la Casa de Contratación en Sevilla. Allí tuvo amplio acceso a cuantas fuentes primarias de información llegaban tocantes a nuevos descubrimientos. En dicha Casa de Contratación se guardaba el “Padrón General” en el que se hacía puntual registro de lo que se descubría.

³⁴ Lloyd A. Brown, *The Story of Maps*, New York, Bonanza Books, 1959, p. 141.

³⁵ Henry R. Wagner, *The Cartography of the Northwest Coast of America to the year 1800*, op. cit., p. 23.

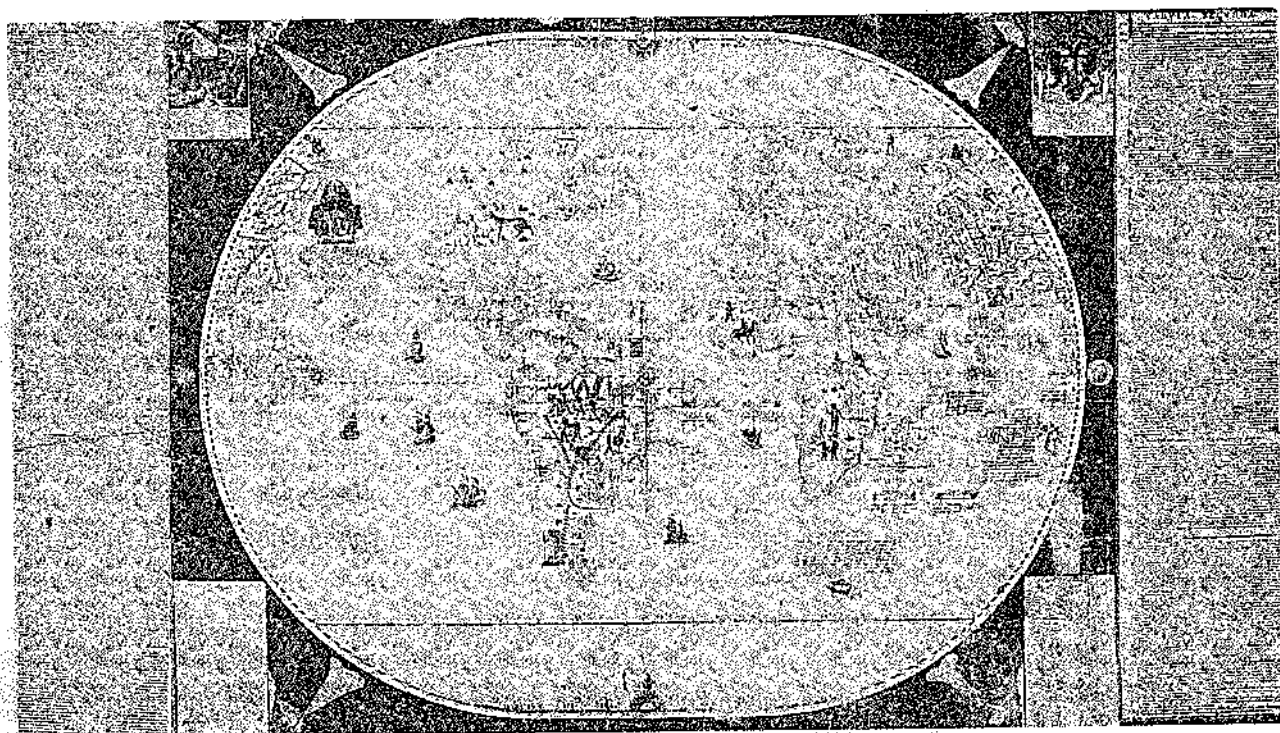


Figura 24. Mapamundi de Sebastián Caboto (1544) en el que se delinea ya a California.

Lo anterior explica que Sebastián Caboto pudiera incluir en su planisferio, impreso en 1544, una bastante adecuada representación del perfil peninsular de California. Además de registrar allí parte de la toponimia original, en su mapa se delinearán muy felizmente, tanto los litorales atlánticos como los del Pacífico, de lo que hoy es México. Arriba, en lo que hoy es parte del suroeste de Estados Unidos, se ven dos indígenas con un puma frente a ellos. Abajo se lee la siguiente inscripción:

Esta tierra fue descubierta por el marqués del Valle de Guaxa[ca], don Hernando Cortés.

Más verosímil es pensar en este caso que Cortés haya podido contemplar este mapa o tener al menos alguna noticia de él. Wagner consigna que en Amberes se publicó en 1544 un panfleto intitulado *Declaratio chartae novae navigationis Domini Admirantis* [Declaración de la carta de la nueva navegación del señor almirante]. Dicho planfleto al parecer pretendía ser una explicación del mapamundi de Sebastián Caboto. El único ejemplar que se conoce del mismo se conserva en la Biblioteca Nacional de Viena. No pocos cartógrafos se inspiraron más tarde en esta producción de Caboto. Tal fue el caso de una parte de la obra del portugués Diego Homem. De ella se conocen varias cartas publicadas a partir de 1558.

El tercer mapa que importa describir, aunque dos años anterior al de Caboto y, por tanto, coincidente en fecha con el primero de Agnese, se debió al cosmógrafo mayor de la ya mencionada Casa de Contratación de Sevilla, Alonso de Santa Cruz. El mapa se describe como *Nova Verior et Integra Totius Orbis Descriptio, Nunc Primum in Lucem Edita per Alfonsum de Santa Cruz, Caesaris Charolis V Archicosmographum*, A.D. M.D. XLII. [Nueva, más verdadera y completa descripción de todo el orbe, ahora por primera vez sacada a luz por Alfonso de Santa Cruz, cosmógrafo mayor del César, Carlos V, año del Señor, 1542].³⁶

Esta carta guarda obvia relación con la obra del mismo Santa Cruz, *Islario General de todas las islas del mundo*, delineado originalmente el mismo año. En dicho trabajo alude Santa Cruz, pero muy vagamente, a los descubrimientos promovidos por Cortés. En particular se refiere a un golfo descubierta hace pocos días por Hernando Cortés, en el que hay islas grandes y pequeñas que se cree están despobladas.

La representación de California es bastante desafortunada. El golfo se muestra muy abierto y poco largo, más circular que ovalado, con tres islas innominadas en su inte-

³⁶ Alonso de Santa Cruz, *Islario general de todas las islas del mundo*, 2 v., Texto y atlas, Madrid, Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, 1918.



Figura 25. Detalle del mapamundi de Sebastián Caboto (1544). Debajo de la representación de los dos indígenas se lee: "Esta tierra fue descubierta por el Marqués del Valle de Oaxa[ca] don Hernando Cortés." Con gran cautela, Caboto no continúa su delineación arriba de la península californiana. (Se conserva en la Biblioteca Nacional de París.)

rior. La península está fragmentada y, por el sur, se convierte en una isla. Acompaña a ésta la siguiente inscripción:

isla que descubrió el marqs del Valle

Como prueba inequívoca de que, al preparar este mapa ya tenía noticia Alonso de Santa Cruz de las expediciones que, por mar y tierra, había despachado el virrey Mendoza, entrando en competencia con Cortés, se lee en otra inscripción arriba de la península:

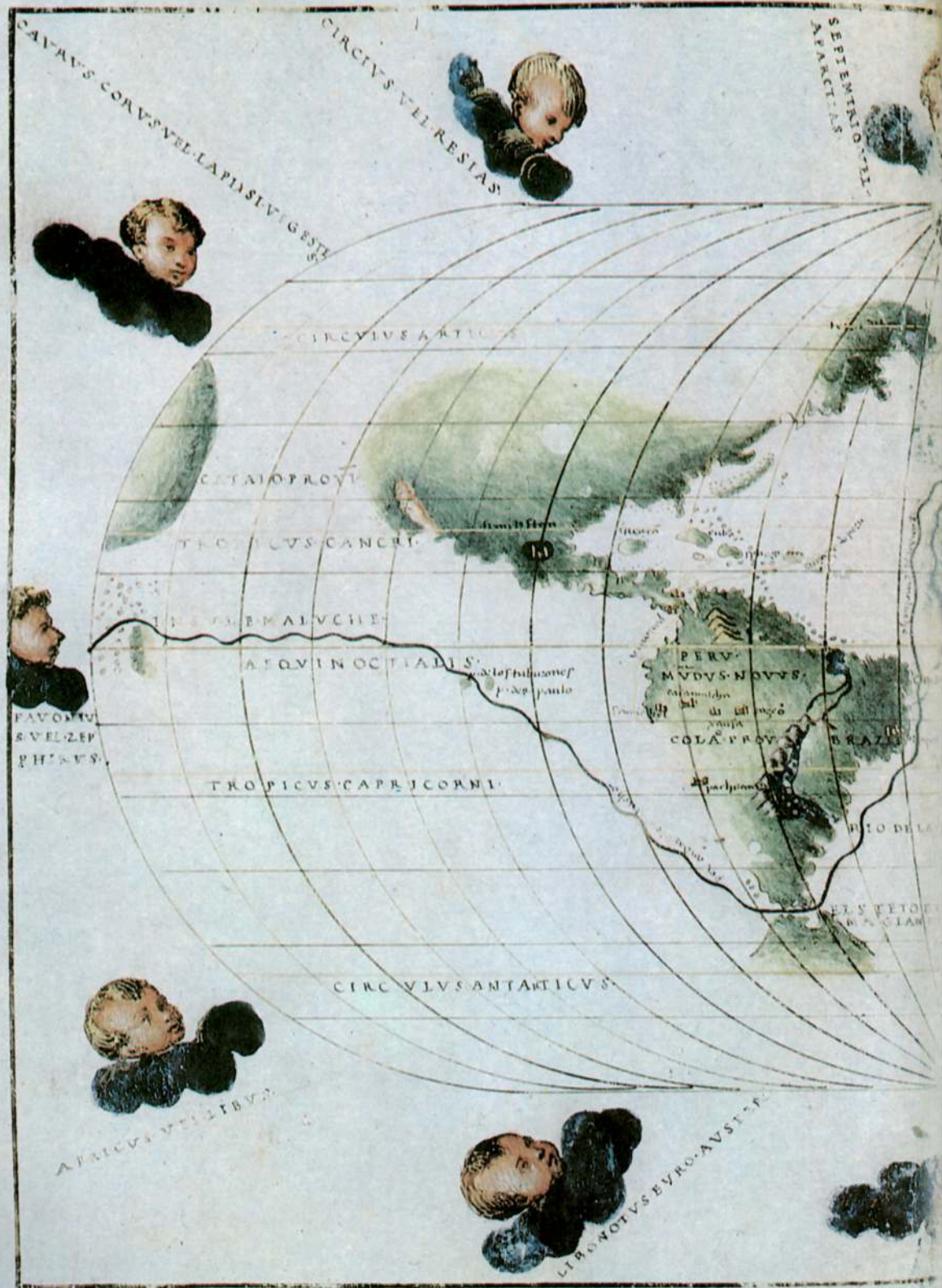
tierra que enbio a descubrir don Antonio de Mendoza

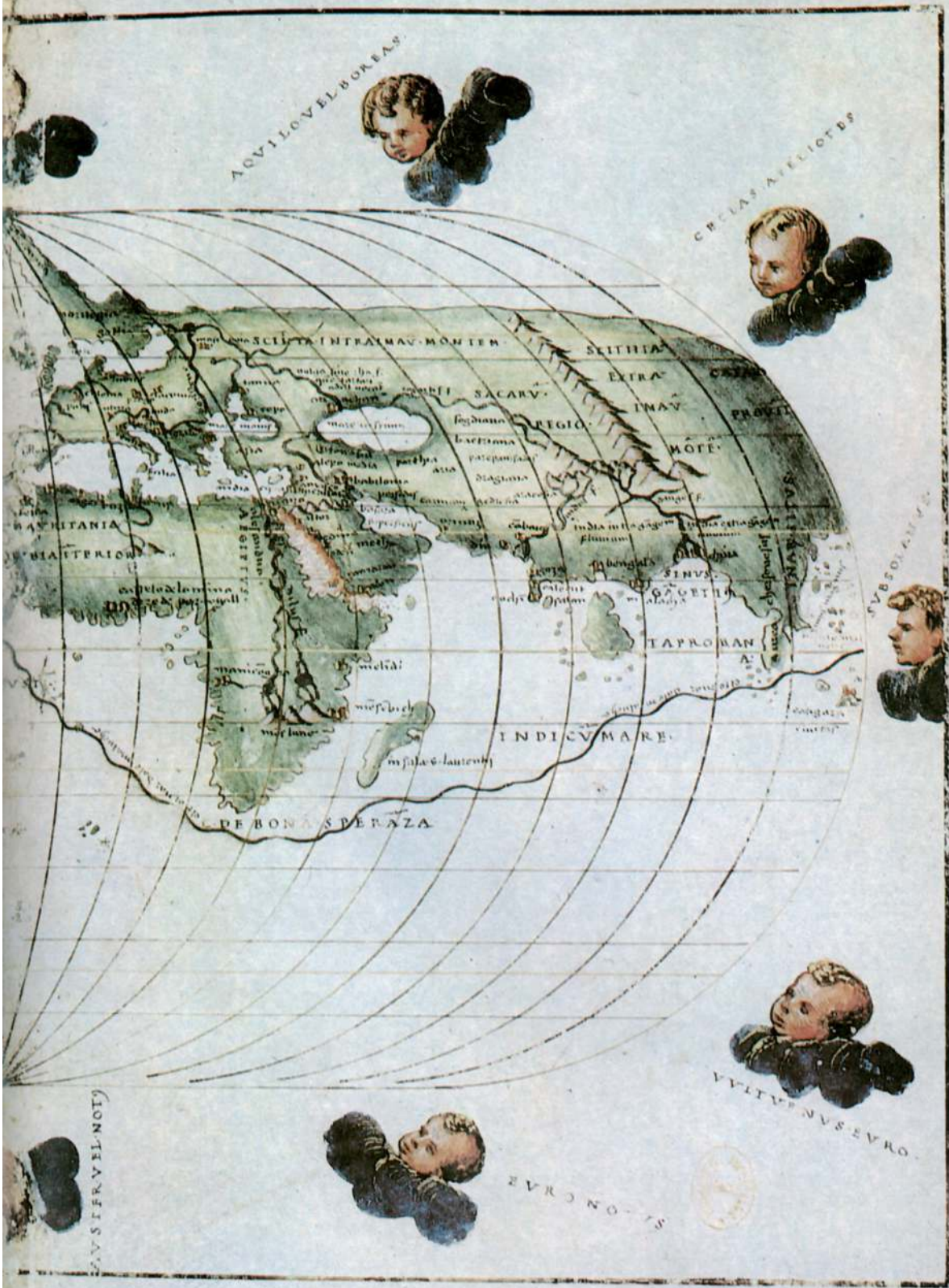
Arriba de esta inscripción se miran las representaciones de las famosas "Siete ciudades", tan ponderadas —según veremos en el próximo capítulo— por el fantasioso fray Marcos de Niza.

Siendo bastante inadecuada esta representación de California, mucho más deficiente que las de Agnese y Caboto, constituye el primer testimonio cartográfico, debido a un español, en el que se quiso incluir ya el perfil de esas tierras noroccidentales de América en una nueva, más verdadera e íntegra descripción de todo el orbe. El mapa, conservado en la biblioteca de la Academia Real de Suecia, da testimonio de ello.

A diferencia de los mapas de Agnese y Caboto, éste de Santa Cruz —en caso de que Cortés pudiera haberlo contemplado— en él su regocijo hubiera sido mucho menor. Independientemente de que la lectura de las relaciones de Ulloa y Preciado le hubiera permitido detectar sus más obvias inexactitudes geográficas, le habría molestado en extremo ver allí la atribución al virrey Mendoza. Con él mantendría don Hernando largo pleito, pues consideraba había hecho usurpación de sus derechos para descubrir en la mar del Sur.

Realidad, por encima de todo innegable, es que al menos en estos mapas, primerísimos testimonios dentro ya de la cartografía universal, en los que California —todavía sin tal nombre— se torna presente, se incluye asimismo una mención expresa del marqués del Valle, don Hernando Cortés. Testimonio, más perdurable aun de sus empeños y ensueños en torno a la mar del Sur, ha quedado en el nombre, muchas veces empleado y consignado en numerosos mapas, de "mar de Cortés" como sinónimo de "mar Bermejo" o golfo de California.





AQUILONEM BOREAS

EURUS

AFRICVS

SIVEVS EURO

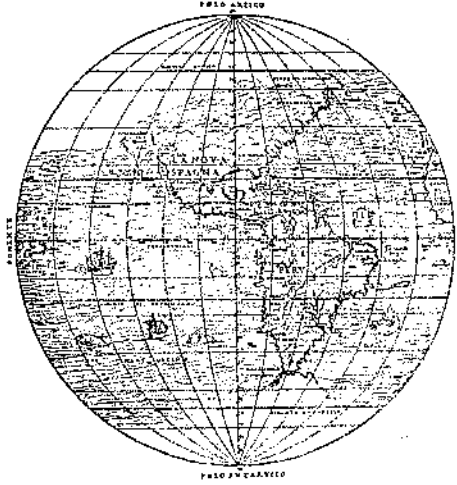
EUROPAE

EUROPAE

Lámina XIII. *Mapamundi de Battista Agnese. En él se registra el derrotero de la nao Victoria, la primera que circunnavegó al mundo. California aparece con su perfil peninsular. (Se conserva en la John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island.)*

III

EXPLORACIONES A LO LARGO DE LAS COSTAS CALIFORNIANAS DISPUESTAS POR LOS VIRREYES (1539-1595)



El nombramiento de don Antonio de Mendoza como primer virrey en el Nuevo Mundo —específicamente de la Nueva España— y su llegada a Veracruz y luego a la ciudad de México, el 14 de noviembre de 1535, ocurrieron en momentos bastante significativos. Los personajes que con razón podían considerarse como claves en la vida del reino seguían actuando por cuenta propia en empresas que consideraban suyas y a las que concedían la máxima importancia. Por una parte, los miembros de la segunda audiencia, entre ellos don Vasco de Quiroga, presididos por el prudente varón don Sebastián Ramírez de Fuenleal, habían puesto todo su empeño en pacificar y reorganizar al país. Por otra, quien tantos problemas había causado estando antes al frente de la primera audiencia, Nuño Beltrán de Guzmán, se había alejado de la región central y había llevado a cabo una violenta campaña contra los indios en territorio de la que se conocería como Nueva Galicia. Al llegar Mendoza, fungía como gobernador, con sede en Compostela, en el actual Nayarit. Muestra de su desmesurada ambición era el hecho de querer bautizar a los territorios recién sujetos

por él con el pomposo nombre de “Conquista de la Mayor España”.

A su vez el hombre al que Nuño más envidiaba, Hernán Cortés, se hallaba ocupado, según vimos, en la expedición que personalmente comandó en esa “isla” o tierra de Santa Cruz. Había realizado esa y otras expediciones, sintiéndose con pleno derecho a ello, tanto por ser capitán general de la Nueva España como por las capitulaciones que había celebrado para explorar en la mar del Sur.

El retorno de Cabeza de Vaca y el nuevo gran señuelo para explorar el norte

Pocos meses después de instalado Mendoza en México, llegaron noticias, en mayo de 1536, del portentoso regreso de unos supervivientes de la fallida expedición que en 1528 había emprendido Pánfilo de Narváez a la Florida. Perdidos casi todos los participantes, muertos unos en enfrentamientos con los indios y ahogados otros en el mar, tan sólo cuatro de los que habían escapado en frágiles canoas, lograron desembarcar cerca probablemente de la isla y bahía de Gal-

Bastoua



los buques. Son aquellos buques del tamaño, y color, que nuestros vironos. Pero no de tan grandes cuernos. Tienen una gran giba sobre la cruz, y mas pelo de medio adelante, si de medio atrás, y colana. Tienen como cuernos sobre el espinazo, y mucho pelo, y muy largo de las rodillas abaxo. Cuelgan les por la frente grandes guedejas. Y parece que tienen barbas, se guñtos muchos pelos del garguero, y varillas. Tienen la cola muy larga los machos, y con un fleco grande al cabo. El que algo tienen de lea, y algo de camello. Este se con los cuernos, corren, alcanzan, y matan en cauallo quando ellos se embiaban, y enojan. Finalmente es animal feo y fiero de rostro, y cuerpo. Doyen de los cascajos por su mala cadadura, o por nunca los aver visto. Heo tiene sus venenos otra nequeya, y bayenda. De ellos comen buen vilen, calcon, y hacen muchas cosas. De los cueros, cañas, calgado, vellido y lo que. De los buafos, pañones. De los nervios, y pelos, hilo. De los cuernos, buches, y bergas, y otros. De las boñigas, lúbre, y de las cemeraz, odrea, en que tracen y tienen a que. Doyen en fin muchas cosas

de los cuernos an menter, o quáros les bastan para se vintida. Ely cambio otros animales, tan grandes como cauallos, si por tener cuernos, y lana fina, los llaman carneros. Y veyen que cada cuerno pesa doce arrobas. Ely tambien grádes perras que llaman con un rozo. Y que llaman de arrobas de carga sobre falmas, quando van a caza, o quando se mudan con el ganado, y baro.

Del pan de los Indios.

El comun mantenimiento de todos los ombres del mundo es pan, y no es comun por ser mejor mantenimiento, sino por ser mas por. Y mas facil de aver, y guardar. Aunque otros tienen opinion contraria, viendo que con pan, y agua, pasan los ombres. Y es cierto que tan bien passarian con sola carne, si lo acellan bien. De cosas yervas, o frutas. Que nuestro estomago, y naturaleza, con muy poco se contenta, si lo abezamos. Y comido por necesidad, y no por gula, qualquier

Figura 26. Muestra de "las vacas corcovadas" de Cíbola (un búfalo). Dibujo en la Historia de las Indias de Francisco López de Gómara, Zaragoza, 1552.

veston, en Texas. Los cuatro que así se salvaron, tras innumerables adversidades y aventuras a lo largo de ocho años, habían podido al fin regresar a tierras ya sometidas a la corona española.

Eran éstos Alvar Núñez Cabeza de Vaca, tesorero de la armada de Narváez y cronista, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes y un negro o mulato conocido como Esteban o Estebanico. Tras breve estancia en un pueblo de Sonora, al que nombraron "Los Corazones", porque allí los indios les habían regalado con tales vísceras de venados, se toparon con cuatro españoles cerca del río Petatlán. De allí pasaron a la villa de San Miguel de Culiacán. Y llegaron, finalmente, a la ciudad de México. Sus noticias movieron al virrey Mendoza a enviar exploraciones a esas tierras de las que tantas maravillas se decían. Contrastaban tales novedades con lo que el virrey sabía sobre las expediciones dispuestas por Cortés, en particular la última, de la que acababa de regresar. De hecho el propio Mendoza había ordenado a Cortés pusiera término a ese su

intento e incluso hizo luego cuanto pudo para impedirle nuevos viajes de exploración. Ello no obstante, don Hernando, ya en abierta competencia con Mendoza, habría de enviar, según vimos, a Francisco de Ulloa. Gracias a quien fue entonces como piloto, Domingo del Castillo, que se pasó pronto al servicio del virrey, lograría éste disponer con más facilidad un nuevo viaje a las órdenes de Hernando de Alarcón.

Por ese tiempo ocurrió la remoción de Nuño de Guzmán de la gubernatura de la Nueva Galicia. Enviado Nuño en calidad de prisionero a España, nombró Mendoza para sustituirlo a Diego de la Torre. Muerto éste bien pronto en un combate con los indios, quedó allí al frente Cristóbal de Oñate, el padre de quien más tarde conquistó Nuevo México. El mismo virrey Mendoza determinó valerse de Francisco Vázquez de Coronado para poner en práctica sus propósitos de consolidar y ampliar la presencia española en el norte. La primera actuación de Coronado fue someter una rebelión indígena en las cercanías de Culiacán. Debía él además enviar una primera forma de avanzada de exploración. En ella participaron el negro Estebanico —compañero de Cabeza de Vaca que había regresado a España— y dos franciscanos, el célebre Marcos de Niza y otro de nombre fray Honorato, además de un grupo de indígenas, a modo de acompañantes y servidores.¹

La expedición de éstos partió de San Miguel de Culiacán el 7 de marzo de 1539, en fecha muy cercana a la salida de Francisco de Ulloa, enviado por Cortés. Mucho es lo que se ha escrito sobre el recorrido de fray Marcos y sus acompañantes. Aquí me limito a señalar algunos puntos de particular interés. Entre otras cosas, dio Mendoza pormenorizadas instrucciones al franciscano. Incluían éstas inquirir acerca de la posible existencia del deseado paso o estrecho del norte que permitiera cruzar por allí de un océano al otro, es decir, el viejo anhelo de hallar la más corta ruta hacia las Indias por el occidente.

En su viaje fray Marcos tuvo noticias de varias "ciudades", específicamente de siete, extremadamente ricas en oro. Se tornaba así presente —como en el caso de Cortés con

¹ "Relación de fray Marcos de Niza", CODOIN, t. III, p. 329-350.

Lámina XIV. *Mapamundi de Sebastián Münster. Ostenta en alemán el título de: "Las nuevas islas que se hallan más allá de España hacia el oriente de la tierra de la India". Está incluida en la edición preparada por Münster de la Geographia de Ptolomeo, publicada en Basilea, 1540. Como puede verse, prevalece en este mapa una total ignorancia acerca del perfil de los litorales de América del Norte. No muy lejos de las costas mexicanas se registra la isla de Zipangi (Japón). Es éste uno de los varios mapas que podrían describirse como "pre-californianos", precisamente porque en ellos no se hace registro alguno de California.*

Cihuatán y la isla poblada de mujeres— otra antigua leyenda medieval. Hablaba ésta de “siete ciudades”, fundadas por un obispo de Oporto y otros compañeros suyos que, huyendo de la invasión de los árabes, se habían embarcado en el mar océano hasta establecerse en islas o tierras muy lejanas por el rumbo de occidente.² A su vez los indígenas de la región central de México mantenían la tradición de *Chicomóztoc*, el lugar de las “siete cuevas”, de donde originalmente habían venido.

Esas “grandes ciudades” no eran sino algunos de los asentamientos de los conocidos más tarde como “indios pueblos”, precisamente por habitar en núcleos compactos de edificaciones, muchas de ellas de dos pisos. Fray Marcos contempló a distancia una de esas “ciudades”, Cibola, y quedó maravillado. De otras ciudades, hasta completar el número de siete, dijo más tarde haber tenido asimismo noticia, entre ellas algunas cuyos nombres al menos quedarían registrados en la cartografía que en las siguientes décadas se produjo: Quivira, Totóntec, Tigüex y Tusayán.

De regreso en México, fray Marcos dio a conocer al virrey Mendoza, el 2 de septiembre de 1539, su informe o relación acerca de cuantas maravillas sostenía haber contemplado. Estuvo presente en esa ocasión Vázquez de Coronado, el escogido por Mendoza para salir muy pronto con rumbo al norte en pos de las siete ciudades. El propósito incluía llegar asimismo hasta el gran río recién descubierto por Ulloa, el enviado de Cortés, al igual que pasar a la isla o península rica en perlas, visitada antes personalmente por don Hernando.

La expedición por mar y tierra

En febrero del año siguiente, 1540, marchó el virrey a Compostela, la capital de la Nueva Galicia, para inspeccionar él mismo a las fuerzas de Coronado que se aprestaban a marchar hacia el norte. Éste salió a principios de marzo de 1540, al frente de 150 hombres de a caballo, 200 infantes, cerca de 800 indios, bien abastecido de cuanto

² Sobre las “siete ciudades” supuestamente fundadas por el obispo de Oporto, véase: E. Saavedra, “Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas”, *El continente americano*, Madrid, 1891, t. 1, p. 20-21.

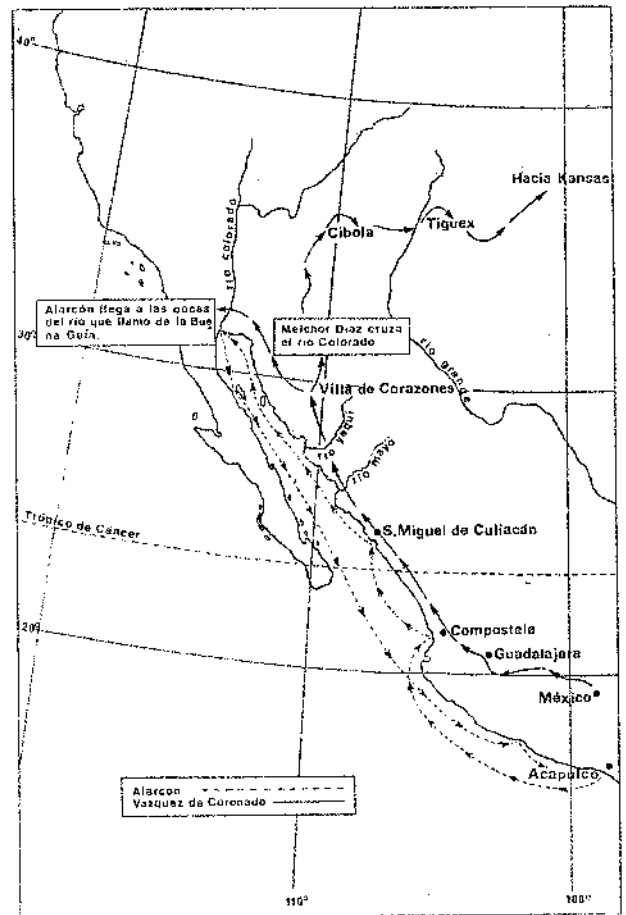


Figura 27. Las expediciones enviadas por el virrey Mendoza, por tierra, de Francisco Vázquez de Coronado y Hernando de Alarcón por mar.

se requería, incluyendo bestias de carga y ganado.

Poco después, el 9 de mayo, se hacían a la vela en Acapulco dos navíos, el *San Pedro*, y el *Santa Catalina*, al que más tarde se sumó otro, el *San Gabriel*. Iba como capitán de esta armada Hernando de Alarcón. Mendoza lo había instruido en el sentido de que fuera costeanado para auxiliar a Coronado en cuanto le fuese necesario y para ampliar el conocimiento respecto de lo un año antes descubierto por Ulloa.³

La expedición de Hernando de Alarcón

Se conserva la relación debida al propio Alarcón que describe su travesía a lo largo del mar Bermejo o golfo de California hasta llegar a las bocas del Colorado y subir luego, río arriba, hasta cerca de su confluencia con el Gila. Dado que el texto original en

³ “Relación de Hernando de Alarcón”, incluida en Giovanni Battista Ramusio, *Delle navigationi e viaggi*, 3 v., terzo volume, Venetia, Nella Stamperia de Giunti, 1556, p. 363 r. - 370 v.

español se ha perdido, conocemos la relación gracias tan sólo a la versión italiana que de ella incluyó Ramusio en su ya citada obra, publicada en 1556. Transcribo en seguida la parte en que habla ya de su llegada al Colorado:

Después seguí el camino por la costa sin alejarme de ella, para ver si podía encontrar indicio alguno, o algún indio que me pudiera dar noticia de él, y por ir tan cerca de la tierra vine a descubrir otros puertos muy buenos, que no los vieron ni encontraron las naves que conducía el capitán Francisco de Ulloa para el Marqués del Valle, y llegados a los lugares bajos desde donde habían regresado las dichas naves, me pareció tanto a mí, como a los demás, que teníamos tierra firme delante, y que eran tan peligrosas y espantosas aquellas ensenadas que era cosa arriesgada, incluso con barcas, poder entrar por ellas, y los pilotos, y la demás gente querían que hiciéramos lo mismo que había hecho el capitán de Ulloa. Pero por haberme Vuestra Señoría encomendado que yo le hubiera de informar del secreto de aquel golfo, determiné, aunque hubiera sabido que perdía las naves, por cosa alguna no dejar de ver el cabo, y por ello mandé a Nicolás Zamorano, piloto mayor, y a Domingo del Castillo que tomaran una barcada cada uno, y el escandallo [sonda] en mano, y entraran por aquellas ensenadas para ver de encontrar el canal por donde pudieran entrar las naves . . .

Y plugo a Dios que de este modo llegáramos a dar con el extremo del seno, en donde encontramos un río muy poderoso [el Colorado] que llevaba corriente de tanta fuerza que apenas podíamos navegar por él. De este modo determiné ir lo mejor que se pudiera por el dicho río, y con dos barcas, dejando la otra con las naves y con veinte compañeros, y yo en una de ellas con Rodrigo Maldonado, tesorero de esa armada, y Gaspar de Castilleja, contador, y con algunas piezas de artillería pequeñas comencé a subir el río . . .

De este modo navegamos hasta el martes por la tarde, yendo como solíamos, haciendo hablar a mi intérprete a la gente para ver si acaso alguno le entendía. Oí que uno le contestó, por lo cual hice detener las barcas, y llamé a aquel que entendía, imponiendo a mi intérprete que no debía hablar ni responder más sino lo que yo le dijera, y vi estando así, que aquel indio comenzó a hablar a aquella gente con gran furia, por lo cual todos se comenzaron a juntar, y el intérprete mío entendió que aquel que venía en la barca les decía que quería saber qué gente éramos, y de dónde veníamos, y si habíamos salido de debajo del agua, o de la tierra, o caído del cielo . . .

A aquél que me preguntó quiénes éramos, respondí que nosotros éramos cristianos, y que veníamos de lejos para verlos, y respondiendo a la interrogación de quién me enviaba, dije que

era enviado por el Sol, mostrándoles por señas, como antes, para que no me cogieran en mentira. Me comenzó él a decir de nuevo que cómo me había enviado el Sol, yendo él por lo alto y nunca deteniéndose, y habiendo pasado muchos años en que ni él, ni los viejos, habían visto otros tales como nosotros, de los cuales jamás habían tenido noticia alguna, ni el Sol hasta aquel momento había enviado nunca a ningún otro. Yo le respondí que era verdad que el Sol comenzaba así en lo alto, y que jamás se detenía, pero que ellos podían ver que, al acostarse y al levantarse por la mañana, venía a acercarse a la tierra, en donde estaba su morada, y que siempre lo veían acercarse a la tierra, en donde estaba su morada, y que siempre lo veían salir de un mismo lugar, y que me había creado en aquella tierra y lugar de donde él salía, en aquel modo en que había además creado a muchos otros que él enviaba a otras partes, y que entonces me había mandado a mí a visitar y a ver aquel río, y la gente que allí cerca habitaba, para que yo les hablara, y los uniera en amistad conmigo . . .

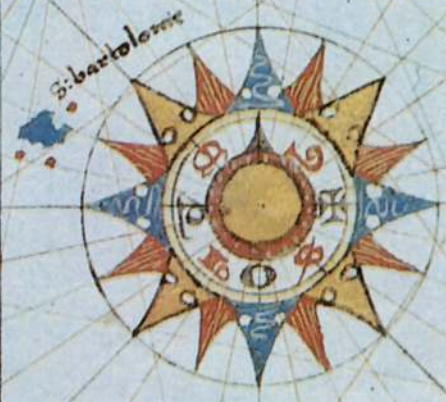
Después de estas cosas, siguiendo el camino, comencé otra vez a preguntarle de las cosas de Cibola, y si sabían que aquellos de aquel país hubieran visto alguna vez gente semejante a nosotros; me respondió que no, excepto un negro que llevaba en los pies y en los brazos unas cosas que sonaban. Vuestra Señoría debe tener en memoria cómo este negro [Estebanico] que fue con fray Marcos que llevaba los cascabeles, y las plumas en los brazos y piernas, y que llevaba platos de diversos colores, y que hacía poco más de un año que había llegado a parar aquí. Le pregunté la razón, por la cual fue muerto, y él me respondió que el señor de Cibola le había preguntado si tenía otros hermanos; le contestó que tenía infinitos, y que tenían muchas armas con ellos, y no estaban muy lejos de allá. Lo cual oído, se pusieron en consejo muchos señores y concertaron matarlo, a fin de que no hubiera de dar nueva a aquellos hermanos suyos, de dónde ellos estaban, y que por esta razón lo mataron, e hicieron de él muchos pedazos, los cuales fueron divididos entre todos aquellos señores, a fin de que supieran de cierto que había muerto, y que asimismo tenía un perro como el mío, el cual hizo también matar de allí a muchos días. Lo interrogué si aquellos de Cibola tenían enemigos, y me dijeron que sí, y me contó de catorce o quince señores, que tenían guerra con ellos . . .

Así, caminando, llegué a la casa del viejo que venía conmigo y allí hice poner una Cruz muy alta, y en ella hice poner letras de cómo yo había llegado allá, y esto hice porque, si por azar, hubiera llegado a parar allí gente alguna del general [Vázquez de Coronado], pudiera tener noticia de mí. Visto luego igualmente que no podía venir a conocimiento de lo que yo deseaba saber, determiné volverme a las naves . . .⁴

⁴ *Ibid.*, 363 v. - 365 r.



T R O P I C O D E C



San Bartolome
San partida

In questa provincia di 7 cita nominali
 ciuella l'itona gran quantita di percori li
 quali sono grandi como alini mahanno
 potatana et uachi eboj et hano licorni
 elipedi diboj ill'collo pelato amodo dileoni
 il tello dil'corpo qor & li spali ala coda illi
 amodo dicorui lacoda l'buga palmi octo
 ala punta uno hocco amodo dileoni li
 quali boi sono uelocissimi & et lo
 uno gran correy

75
74
73
72
71
70
69
68
67
66
65
64
63
62
61
60
59
58
57
56
55
54
53
52
51
50
49
48
47
46
45
44
43
42
41
40
39
38
37
36
35
34
33
32
31
30
29
28
27
26
25
24
23
22
21
20
19
18
17
16
15
14
13
12
11
10
9
8
7
6
5
4
3
2
1



Lámina XV. *“Las siete ciudades” en un mapa que se conserva manuscrito y es obra de Joan Martines, dibujado con estilo cartográfico mallorquín. Forma parte de un atlas que incluye dieciocho cartas. Fue elaborado hacia 1578. La inscripción a la derecha de las “siete ciudades” describe cómo son los búfalos. A propósito de las “siete ciudades”, fray Bartolomé de las Casas escribió que: “En las cartas de marear que los tiempos pasados se hacían, se pintaban algunas islas por aquellos mares . . . especialmente la isla que decían Antilla . . ., ésta estimaban los portugueses que sea la isla de las Siete ciudades, cuya fama y apetito ha llegado hasta nos y a muchos ha hecho por su codicia devariar y gastar muchos dineros sin provecho. . .” (Apologética Historia). Este mapa se conserva en la Biblioteca Británica.*

El avance de Coronado y la expedición a cargo de Melchor Díaz

Más de un año consumieron Coronado y sus hombres en la larga marcha que habían emprendido. Con ellos iban varios frailes, entre ellos el alucinado Marcos de Niza. El capitán Melchor Díaz, antiguo alcalde de la villa de San Miguel de Culiacán, había sido despachado como avanzada. Lo que Díaz había contemplado más al norte eran tierras en su mayor parte semidesiertas. No obstante, Coronado prosiguió su viaje y llegó a la aldea que Cabeza de Vaca había nombrado "Los Corazones". De allí continuaron con rumbo a Cíbola, población que en nada se asemejaba a lo dicho por fray Marcos. Según el testimonio del cronista de la expedición, Pedro Castañeda de Nájera:

... y como vieron el primer pueblo que fue Cíbola, fueron tantas las maldiciones que algunos echaron a fray Marcos cuales Dios no permita le comprendan. Él [Cíbola] es un pueblo pequeño, ariscado y apretujado que, de lejos, hay estancias [ranchos] en la Nueva España que tienen mejor apariencia...⁵

Hallándose en Cíbola, ordenó Coronado a Melchor Díaz regresara a la aldea de Los Corazones para que, desde allí, se dirigiera al occidente en busca del río que un año antes había descubierto Francisco de Uilóa. Pensaba Coronado que por ese rumbo podía establecerse contacto con la armada a las órdenes de Hernando de Alarcón. En tanto que Díaz inició su regreso, obedeciendo a Coronado, éste continuó su marcha en pos de las siete ciudades. En realidad entró en comunicación con diversos grupos indígenas (parcialidades de los llamados "indios pueblos"), en sitios como Acoma y Tiguex (en Nuevo México) y más adelante, atravesando el norte de Texas, hasta llegar a Quivira en territorio de lo que es actualmente Kansas.

Por su parte, Melchor Díaz cumplía mientras con su encargo. Regresando de Cíbola,

llegó al valle de Los Corazones. De allí, a fines de septiembre de 1540 —en compañía de veinticinco soldados españoles y un grupo de indios aliados— salió hacia el noroeste en busca del mar y de la armada de Alarcón. Este último efectivamente, tras de alcanzar la boca del Colorado, había penetrado, el 26 de agosto, por el río, valiéndose de unas canoas. La intención de Alarcón era —como ya dijimos— establecer también contacto con la gente de Coronado. Hizo para ello un segundo intento, asimismo fallido, en el mes de septiembre, muy poco antes de que Melchor Díaz iniciara su marcha desde Corazones, precisamente hacia donde se hallaba Alarcón.

Melchor Díaz, después de una nada fácil marcha de más de seiscientos kilómetros, atravesando montañas y desiertos, llegó a las riberas del Colorado, bautizado por él como "río del Tizón", porque había allí indios que los llevaban consigo. Tal cosa ocurrió a mediados de octubre, o sea un mes después de que Alarcón había emprendido su retorno hacia el rumbo de Colima, desde donde esperaba rendir informes al virrey Mendoza.

La *Relación* de Pedro Castañeda recoge las noticias obtenidas por éste, de labios de los acompañantes de Melchor Díaz, acerca de cuanto entonces sucedió. Con abundancia de detalles de carácter etnográfico, describe las costumbres de los yumanos del Colorado, las peripecias del cruce del río, el hallazgo del mensaje dejado bajo un árbol por Hernando de Alarcón y, por fin, la exploración en lo que hoy es parte del valle de Mexicali. Dato de gran interés es el recuerdo de lo que allí les había salido al paso, despertando a la vez temor y admiración: los "médanos de ceniza ferviente que parecía cosa infernal", al acercarse precisamente a la zona geotérmica de Cerro Prieto.⁶

Un accidente sufrido por Melchor Díaz, el nuevo cruce del río, ya de regreso, y la muerte del valiente capitán acaecida probablemente cerca de Sonoita, en Sonora, el 8 de enero de 1541, son el tema de la parte final de este relato sobre el primer paso por tierra a lo que hoy es Baja California. Y conviene añadir que el cronista, que rescató del olvido todos estos hechos, consignó también sin titubeos el veredicto de los acompañantes de

⁵ Pedro Castañeda de Nájera, "Relación de la jornada de Cíbola", publicada por vez primera por George P. Winship, *14th Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, Smithsonian Institution, 1896, part I, p. 414-469. Véase también: Miguel León-Portilla, "El primer testimonio sobre el valle de Mexicali, la crónica de Pedro Castañeda de Nájera, escrita hacia 1560" en *Revista Calafia*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1973, v. II, núm. 3, p. 49-53.

⁶ Pedro Castañeda de Nájera, *op. cit.*, p. 438.

Melchor Díaz que “dieron relación cómo la California no era isla sino punto de tierra firme, de la vuelta de aquel ancón”, o sea la entrada donde termina el mar de Cortés.⁷

Cartografía europea en que se toma en cuenta la expedición de Alarcón

Los testimonios derivados de la expedición de Alarcón, como los del viaje de Francisco de Ulloa, también llegaron a conocerse de una forma o de otra en el Viejo Mundo. En algunos casos resulta difícil precisar si, quienes en Europa por entonces preparaban nuevos mapas de todo el orbe o de América, se valieron únicamente de las noticias derivadas del viaje de Hernando de Alarcón o aprovecharon sobre todo las del ya referido de Ulloa. Fundamentalmente, es la toponimia que se registra en esa nueva cartografía el indicador que ha de tomarse en cuenta para relacionar los mapas con una u otra de las mencionadas expediciones y, en algunos casos, con ambas.

El mapa, incluido ya en el capítulo anterior, debido al piloto Domingo del Castillo, es en sí mismo una muestra de cómo pudieron aunarse noticias de los dos viajes. Se sabe de hecho que el propio Castillo participó en ambos. Si bien toda la toponimia que se registra en las costas occidentales de la península, es decir las que miran al Pacífico, proviene de la expedición de Ulloa, puesto que Alarcón no exploró el océano, en cambio algunos de los nombres a lo largo del interior del golfo, en el ancón y en la desembocadura del río, se derivan allí del segundo de los viajes. Es curioso, por ejemplo, que el ancón de San Andrés, aparezca, no en la cabeza del golfo, sino como una especie de bahía en la costa norte de Sonora. La boca del río Colorado, al norte, está erróneamente situada en 32° 30' de latitud norte [en vez de la correcta 31° 44']. Tal vez el recuerdo de las dificultades experimentadas al entrar por el río, llevaron a Domingo del Castillo a exagerar la delineación del mismo. Dibuja así una especie de brazo de mar bastante largo que llega hasta 36° 30' y recibe el nombre de “Brazo de Miraflores”. Al río propiamente dicho le adjudica el nombre que se registra en la *Relación* citada, de “río

de la Buena Guía”, evocando precisamente el lema del virrey Mendoza.

De los varios mapas en que se tomó en cuenta el testimonio de la *Relación* del viaje de Alarcón, citaré aquí al menos algunos principales. En ellos está patente el interés de los cartógrafos europeos por dar a conocer lo que podía saberse respecto del noroeste del Nuevo Mundo. Aunque nada en firme cabía sostener respecto de si América estaba unida o no con el Asia, ni siquiera acerca de la distancia en que se hallaba Cipango, al menos lo aportado por las expediciones de Cortés y la enviada por Mendoza, parecían revelar ya algo de lo hasta entonces oculto. En primer lugar menciono un mapamundi preparado por el cartógrafo portugués Lopo Homem, en 1554, en Lisboa. Entre los topónimos que denotan derivarse de la relación de la expedición de Alarcón están los siguientes, de sur a norte, en el interior del mar de Cortés: Santiago (nombre dado ya a la isla de Cerralvo por el mismo don Hernando); I[sla] de Perlas (dado también por Cortés a la isla del Espíritu Santo); pa. [punta] de bulbena (¿ballenas?); arenales; laguna de Sta. Catalina; b[ahía] de S. Abad; Baxos. Otros mapas, debidos a parientes de Homen, mantuvieron parecida información sobre California.

También en un mapa general del mundo, debido en este caso a un español, Bartolomé Olives (¿Olivas?), que tenía su taller, primero en Nápoles y después en Marsella, reaparecen, complementándose, las nomenclaturas de Ulloa y Alarcón. Fechado en 1561, forma parte de un atlas.

En la cartografía que se produjo en Europa entre los años 1542 —cuando aparecieron los mapas de Agnese y Santa Cruz, los primeros en que se delinea a California— y 1556, cuando se han publicado ya las obras de López de Gómara (su *Historia de la Conquista de México* y su *Historia de las Indias*), así como la colección documental de Ramusio (1556), tres son las principales innovaciones que se fueron introduciendo. La primera es la de delinear a California como península con datos derivados de los viajes de Ulloa y luego también de Alarcón; la segunda, tomar en cuenta noticias procedentes de la expedición de Vázquez de Coronado en busca de las “siete ciudades” y, la tercera, dar entrada a la información debida al viaje de Juan Rodríguez Cabrillo hasta más allá del parale-

⁷ *Ibid.*, p. 426.

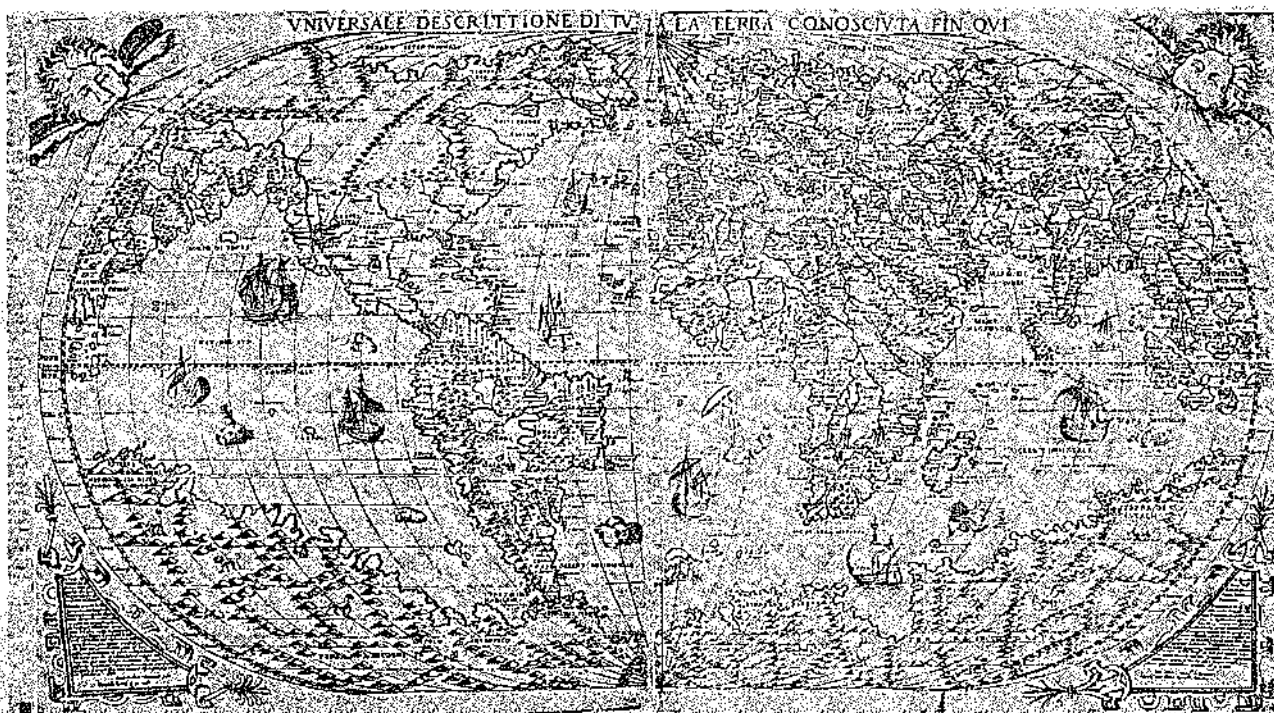


Figura 28. El mapamundi de Giacomo Gastaldi, grabado en cobre, 1546. En él la península aparece, en su extremo norte, separada por un gran río del macizo continental americano. En la margen izquierda del mismo se sitúan las "Siete ciudades". Aproximadamente en 38° las costas americanas del Pacífico se continúan encurvándose hacia el poniente y denotando plena unión terrestre con el Asia. Uno de los afluentes del gran río que desemboca en el golfo de California nace, según esto, en el Asia. Las costas californianas y las del Asia dan lugar a un gran "golfo de Tonza". En medio del mismo está la isla de Cipango (Japón). Esta concepción de Gastaldi de postular la continuidad de América y Asia habría de perdurar por bastantes años e influir en las producciones de otros cartógrafos.

lo 42°. De hecho, aun antes de que se hiciera el registro cartográfico de datos derivados de esta última expedición, las noticias acerca de las siete ciudades (Cíbola, Quivira, Tiguex...), arbitrariamente cambiadas con frecuencia de lugar, se representan plásticamente en mapas, sobre todo del ya citado Agnese (1543, 1544, 1545) y de Giacomo Gastaldi (1546, 1548). De la nueva cartografía, que tomará ya en cuenta lo aportado por Cabrillo, trataré más adelante.

El virrey Mendoza prepara nuevas exploraciones

Una vez que Alarcón y Vázquez de Coronado, ya de regreso, pudieron informar al virrey, éste lejos estuvo de quedar satisfecho ante el que le pareció poco éxito de ambas expediciones por mar y tierra. Otro personaje entró entonces en escena, el bien conocido Pedro de Alvarado. Después de pasar algún tiempo en España, tenía él celebradas asimismo capitulaciones para descubrir, como Cortés, en la mar del Sur, desde luego con las restricciones del caso, es decir, sobre todo la de

no invadir jurisdicciones ajenas. Como era de esperarse, tales capitulaciones, de fecha 16 de abril de 1538, habrían de acrecentar las rivalidades entre Alvarado y Cortés.

Actuando como gobernador en Guatemala, Alvarado comenzó a construir entonces varios navíos para poner en ejecución sus proyectos. Al cabo de un tiempo, con doce embarcaciones y cerca de ochocientos hombres, zarpó Alvarado del puerto de Acapulco en Guatemala, en junio de 1540, con rumbo primero a Acapulco y luego a Santiago, o sea Manzanillo. Su propósito era entrevistarse con el virrey Mendoza que había enviado ya las dos expediciones de Alarcón y Coronado. La reunión tuvo lugar en Tiripitío, Michoacán, a fines de noviembre del mismo año. Puestos de acuerdo en cuanto a dividirse las ganancias que pudiera lograr Alvarado, Mendoza dio su aprobación a que éste emprendiera descubrimientos.⁸

⁸ Sobre lo convenido por el virrey Mendoza y Pedro de Alvarado en Tiripitío, Michoacán, véase: Ciriaco Pérez Bustamante, *Don Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España (1535-1550)*, Santiago [de Compostela], Tipografía de El Eco Franciscano, 1928, p. 62-65.

Fundamentalmente interesaba encontrar la mejor ruta por el occidente a la Especiería, así como explorar todas las otras islas de las que se tenía noticia, sin excluir, por supuesto, la demarcación de los litorales del noroeste del Nuevo Mundo.

Para desgracia de Alvarado, había estallado por ese tiempo una seria rebelión en territorio de la Nueva Galicia. El virrey en persona, auxiliado incluso por indígenas traídos del centro de México, quiso sofocarla. Cristóbal de Oñate, que fungía como gobernador, solicitó entonces la ayuda de Alvarado que estaba ya presto para hacerse a la vela. Dejando sus navíos, se dirigió a Guadalajara, que se veía amenazada por los sublevados. De allí pasó a Nochistlán, donde se hallaba el enemigo. Tras atacar en dos ocasiones el bastión de los indígenas, en Nochistlán, Alvarado y sus hombres se vieron acometidos y obligados a emprender la retirada. Acosados por los indígenas, descendían precipitadamente por una estrecha cuesta, cuando el caballo que traía un subalterno de Alvarado se despeñó y, cayendo con fuerza sobre el capitán, lo arrastró cuesta abajo. Malherido quedó el hombre al que los mexicanos habían apodado *Tonatiuh*, "el Sol". Sólo unos pocos días sobrevivió Alvarado, que había sido llevado a Guadalajara. Su muerte ocurrió allí el 4 de julio de 1541.

Este suceso alteró obviamente de raíz el proyecto en el que el virrey era parte. Dispuso entonces éste valerse de los navíos de Alvarado, encomendando la empresa al capitán Juan Rodríguez Cabrillo, que había participado en la conquista de Guatemala y había venido en la flota de Alvarado.

La expedición de Rodríguez Cabrillo (1542-1543)

Se inclina Henry Wagner a pensar que, antes del viaje de Cabrillo, había enviado Mendoza hacia el noroeste a un Juan Bolaños a bordo del navío *San Gabriel*.⁹ En apoyo de tal afirmación aduce el testimonio de Juan Fernández Ladrillero, dado ante la Audiencia de Guadalajara, mucho después, en 1547. Sostuvo entonces dicho individuo haber participado en tal viaje que, según, él, llegó hasta aproximadamente la altura de la isla de Ce-

⁹ Henry R. Wagner, *Cartography of the Northwest Coast of America to the Year 1800*, op. cit., t. I, p. 41.

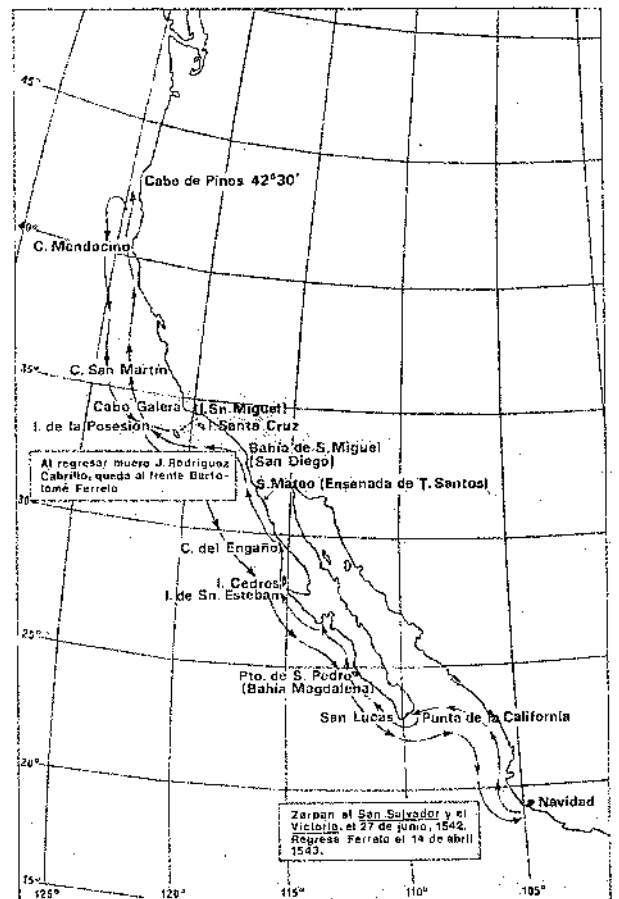


Figura 29. Derrotero de la expedición de Juan Rodríguez Cabrillo, enviada por el virrey Mendoza, 1542-1543.

dro. Por mi parte dejaré a un lado esta hipotética salida, desconfiando del testimonio de Fernández Ladrillero que dijo asimismo tener noticias acerca de embarcaciones "inglesas o francesas" que habían atravesado el supuesto estrecho del norte, desde la Tierra de los Bacalaos (Terranova) hasta el Pacífico.

Importa, en cambio, recordar aquí al menos otra expedición, despachada también por don Antonio de Mendoza, empleando para ello seis navíos de la armada de Alvarado. El destino de este viaje eran las llamadas "islas del Poniente", es decir las situadas ya en Asia, en busca, una vez más, de una buena ruta oceánica para llegar a la Especiería por el occidente. La expedición se puso al mando de Ruy López de Villalobos. Aunque la salida de esta armada se demoró un poco y en realidad fue unos meses posterior a la de Cabrillo (este último zarparía en junio y Villalobos en noviembre de 1542), puede decirse que ambos viajes fueron concebidos por Mendoza a la luz de su proyecto de exploración en el océano o mar del Sur. No

ARTICO

CIRCULO

TROPICO DE CANCER

MAR DEL SVR

LINEA DE EQVI

TROPICO DE CA

PEI CORNIO

CIRCULO

ANTARTICO

LINIA DELA DE MARCACION



Lámina XVI. *Mapamundi de Pedro Medina incluido en su Summa de Cosmografía, Valladolid, 1545. La península de California aparece relativamente bien delineada; en cambio, la masa continental al noreste se extiende en una longitud exagerada. El noroeste, más allá de California, no se delinea. Es tierra o mar desconocidos. Son de interés los dibujos de embarcaciones de la época.*

correspondiendo al tema que aquí nos ocupa seguir las peripecias de la navegación de Villalobos, añadiré sólo que, zarpando del puerto de la Navidad, pasó cerca de las Revillagigedo y de allí, tras tocar diversos grupos de pequeñas islas, llegó al archipiélago que, en honor del príncipe Felipe (el futuro Felipe II), fue bautizado como "de las islas Filipinas". Desafortunadamente éste descubrimiento no se vio seguido sino por una suma de desgracias. Hubo enfrentamientos con indígenas y asimismo con portugueses que consideraban que los españoles estaban invadiendo su jurisdicción de acuerdo con el Tratado de Tordesillas. Villalobos murió en la isla de Ambón, en 1546. Los sobrevivientes de este viaje, muy diezmados, no pudieron regresar a tierras mexicanas. Recogidos por una embarcación portuguesa, llegaron al fin a España por la vía de Lisboa. A otros estaba reservada la conquista de las Filipinas y el retorno o "tornaviaje" desde Manila al puerto de Acapulco.

Volviendo ahora la atención al viaje de Rodríguez Cabrillo, cabe repetir que se inició éste en junio de 1542. Dos navíos de los que pertenecían a Alvarado, se habían avituallado con este fin en el puerto de la Navidad, en Jalisco, el *San Salvador* y la *Victoria*. A través de la relación que de este viaje se conserva, puede seguirse el derrotero, desde el puerto de la Navidad, a la punta sur de California y luego, a lo largo del litoral del Pacífico, hasta cerca del paralelo 42°. Los navíos estuvieron de regreso el 14 de abril de 1543. Por vez primera las costas de la Alta California hasta el cabo Mendocino, al igual que muchas islas adyacentes, fueron entonces avistadas y, en algunos casos, parcialmente exploradas.

Aunque se ha atribuido dicha relación a un Juan Páez, en realidad parece difícil adjudicarle un autor determinado. Cabría pensar en Bartolomé Ferrello, el piloto de la capitana que, al ocurrir la muerte de Cabrillo, el 3 de enero de 1543, quedó al frente de la expedición. El relato es bastante escueto y, más que nada interesa por la información que proporciona sobre los principales acci-

dentes de los litorales recorridos no ya sólo a lo largo de la península, sino también en la después llamada Alta California.

En lo que toca a la toponimia introducida por Cabrillo, notaré aquí sobre todo la que se refiere a la península: introdujo el nombre de cabo San Lucas y respetó el de punta Trinidad. En cambio, impuso los de San Pedro (a una pequeña bahía, según él en 25° 30') y luego el de la Magdalena, a una bahía que no es la que tiene tal nombre ahora. Otra entrada o puerto, veintitrés leguas al norte, recibió el nombre de Santiago. Tres puertos más nombró, antes de alcanzar la isla de Cedros: puerto de Santa Ana, puerto Fondo y de San Pedro ad Víncula. Otra isla, más pequeña, fue llamada de San Esteban, cerca de Cedros (la actual isla de Navidad). Según esta relación de allí pasaron, y en 30° localizaron el puerto de Santa Clara (Bahía de Playa María, en realidad en 28° 55'). Dado que la toponimia registrada por Ulloa no llega ya a tal latitud, interrumpo aquí el registro de nombres, puesto que se entenderá que, en la cartografía universal, inspirada en este relato del viaje de Cabrillo, toda la nomenclatura más al norte se deriva del mismo o, en algunos casos, es fruto de la imaginación de los que confeccionaron dichos mapas. He aquí algunos pasajes particularmente interesantes de este testimonio.

Partió Juan Rodríguez del puerto de Navidad para descubrir la costa de la Nueva España, a 27 de junio de 1542. Tardó desde el puerto de Navidad hasta cabo de Corrientes un día e una noche, 40 leguas con viento sueste.

Desde el miércoles hasta el jueves siguiente anduvieron su derrota a luengo de la costa 35 leguas.

Domingo, a 2 días de julio, tuvieron vista de la California. Tardaron en atravesar por amor de los tiempos, que no fueron muy favorables, casi cuatro días. Surgieron el lunes siguiente, a 3, de dicho mes en la punta de California, e ahí estuvieron dos días, e de ahí fueron al puerto de San Lucas el jueves siguiente e tomaron agua, no vieron estos días indio ninguno; dicen que está este puerto en 23 grados y es, desde la punta al puerto, limpio e fondable y en tierras peladas y dobladas.

Partieron del puerto de San Lucas el jueves a la noche, y el sábado siguiente a 8 del dicho mes surgieron en la punta de la Trinidad que está en 25°; había de San Lucas 5 leguas, es costa limpia sin recuestas ningunas; dentro en la tierra parecen sierras altas e peladas e dobladas; estuvieron surtos aquí por ser los tiempos contra-

¹⁰ "Viaje por las costas de las Californias de Juan Rodríguez Cabrillo, 1542", en *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, textos revisados, confrontados e interpretados por Luis Cebreiro Blanco, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1943, t. I, p. 27-42.

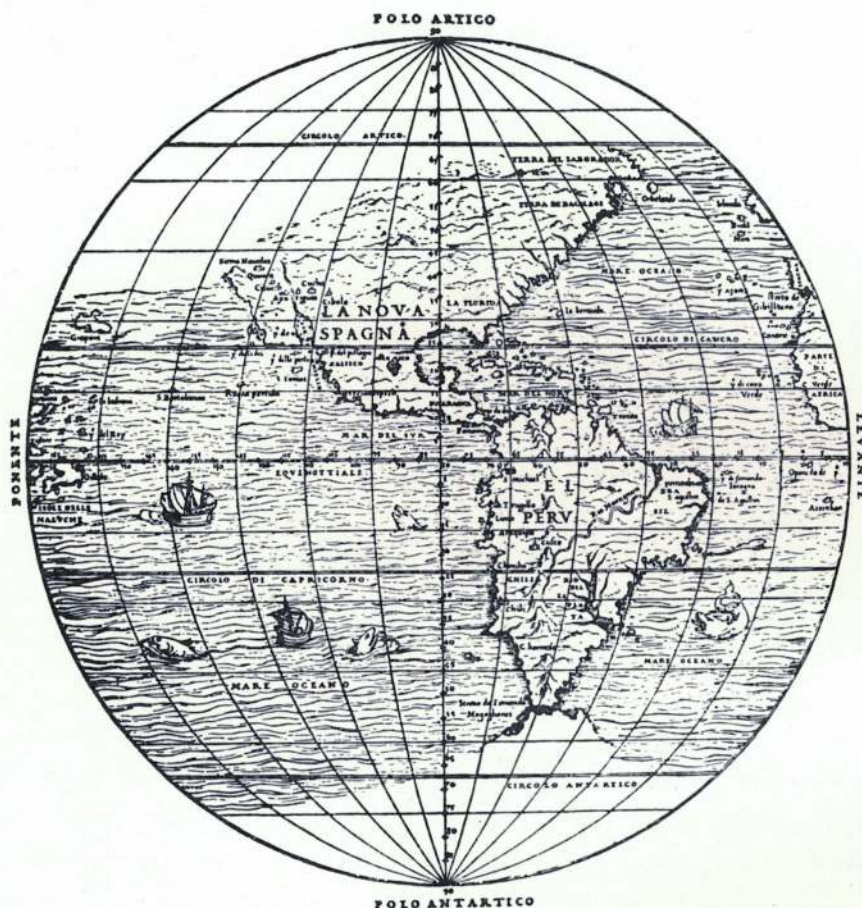


Figura 30. Mapa del Nuevo Mundo incluido en el tercer volumen de la obra de Giovanni Battista Ramusio, *Navigazioni et viaggi*, Venezia, 1556. Delineado en forma de esfera, se representan en él los litorales del Pacífico hasta cerca de los 40°, lo que muestra que se tomaron en cuenta las noticias de la expedición de Rodríguez Cabrillo. California aparece como península, aunque el golfo de la misma no empieza sino hasta arriba del trópico de Cáncer. En esa latitud sitúa Ramusio a la isla de Cedros. En el extremo norte del golfo se marca la desembocadura de un gran río. En sus inmediaciones están señaladas, en una margen y otra del mismo, varias de las famosas siete ciudades. Al poniente de California, y no muy lejos de ella, aparece la isla de Giapán (Japón).

rios de oesnorueste hasta el miércoles siguiente...¹¹

En su avance al norte, llegaron al que se conoce como “archipiélago del Poniente”, separado de Alta California por el canal de Santa Bárbara. Cabrillo, tanto de ida como de regreso, dispuso permanecer en la que hoy se conoce como isla de San Miguel:

Estando invernando en esta isla de la Posesión, a tres días del mes de enero de 1543, falleció desta presente vida Juan Rodríguez Cabrillo, capitán de los dichos navíos, de una caída que dio en la dicha isla al tiempo que la otra vez estuvieron en ella [es decir, cuando iban con rumbo al norte], de que se quebró un brazo por junto al hombro; dejó por Capitán al Piloto mayor que

era un Bartolomé Ferrelo, natural de Lavantisco [del Levante de España] y le encargó mucho al tiempo de su muerte que no dejasen de descubrir cuanto les fuese posible por toda aquella costa; pusieron nombre a la isla, la isla de Juan Rodríguez; llaman los indios a esta isla Ciquimuesmu...¹²

Cartografía en la que se reflejan las noticias del viaje de Cabrillo

Aunque no se conserva mapa alguno en el que se dé cuenta de esta expedición, es de suponerse que lo hubo y pasó a la Casa de Contratación en Sevilla. Indicios claros de que, además de uno o varios mapas, habían llegado también a España noticias

¹¹ *Ibid.*, p. 29.

¹² *Ibid.*, p. 39.

TERRA ANTIPODŪ
REGIS CASTELLE
IN VETATA XPOŒCO
ROCCOLYBOIAN
VESI



BERNÃO CORTEZ AD
ESCANBERRAO



RUI LOPEZ DE
VILHLOBO

REGIONI
TENOSTIT
ANGVITAS
MORAK



IN
MEXICO

C I R C U L V S C A N C E R

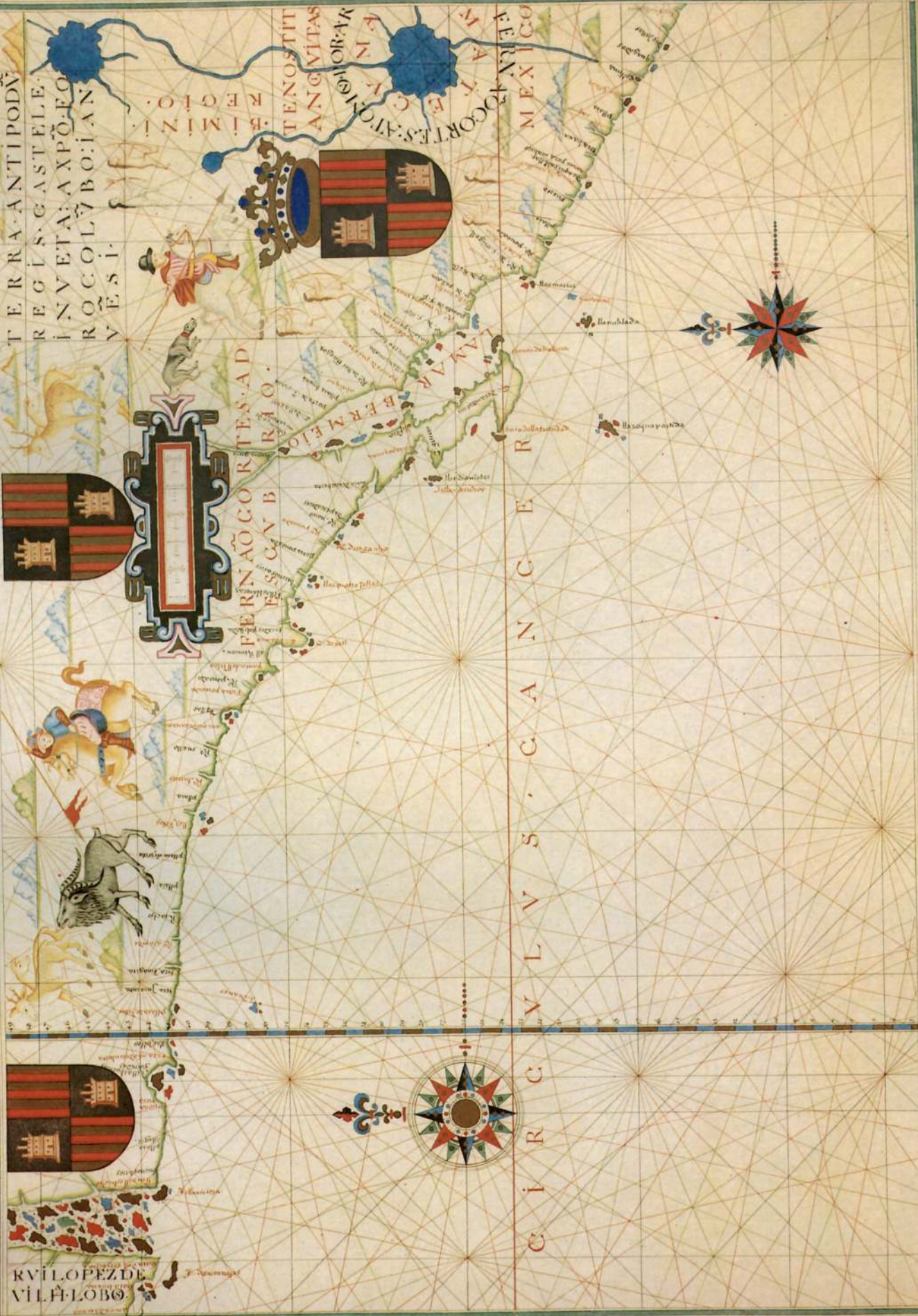


Lámina XVII. *Mapa manuscrito del litoral del Pacífico norte de América, por Fernán Vaz Dourado (hacia 1573). Se conserva en el Museo Naval, Madrid. En el extremo superior derecho se lee: "Tierra de los Antípodas, para los Reyes de Castilla, descubierta por Cristófono Colombo, Genovés". Las costas al norte de California se prolongan hacia el oeste con una longitud tan desmesurada, que llegan más allá de la línea de demarcación hemisférica en la que se indican los grados de latitud. En el extremo superior izquierdo aparece el nombre de Ruy López de Villalobos, el enviado por el virrey de Mendoza en 1542 con rumbo a la Especiería.*

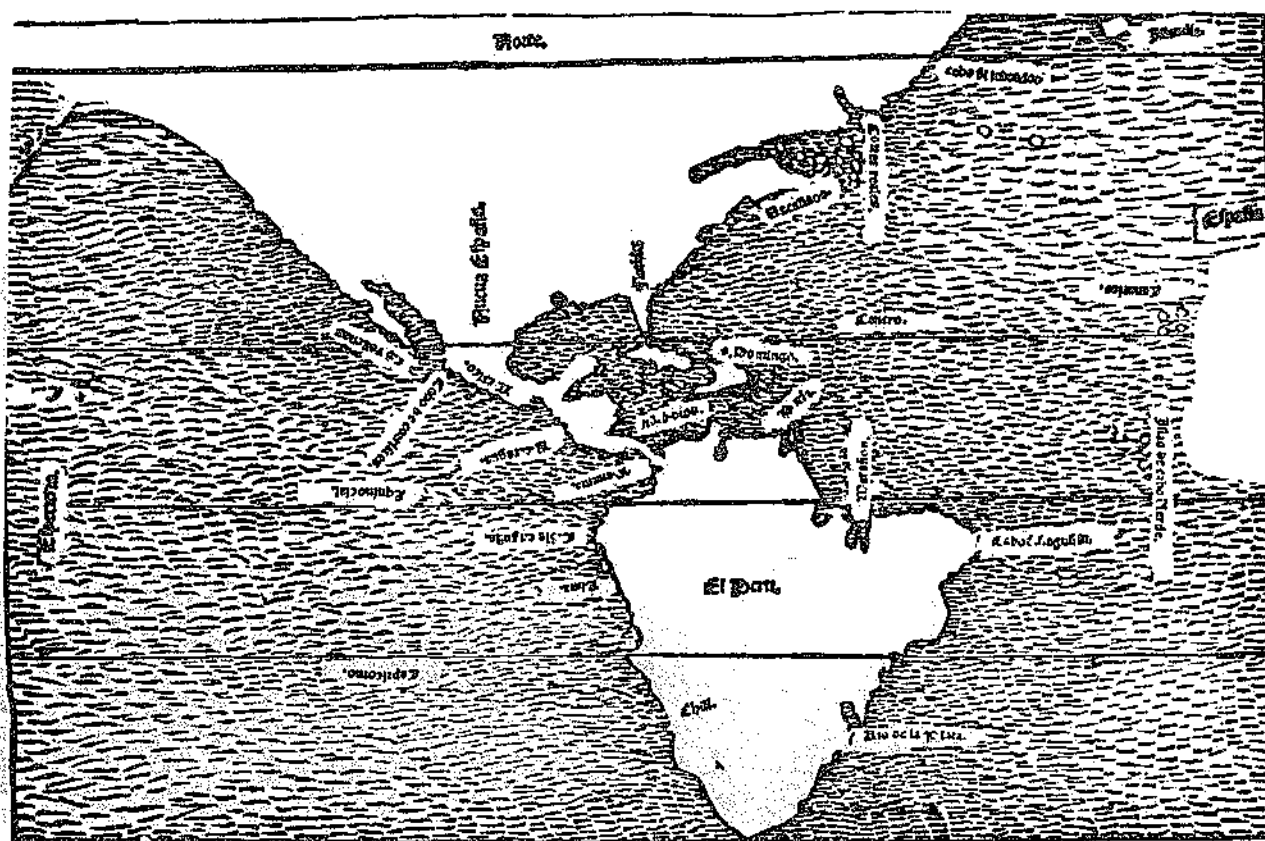


Figura 31. Mapa del Nuevo Mundo incluido al principio de la *Historia de las Indias* de Francisco López de Gómara, Zaragoza, 1552. Respecto de él —en el reverso de la misma página—, escribió López de Gómara: “Ve la traza de las Indias en tan pequeño punto porque quepa en una hoja de papel. Y por ser tan pequeña no se ponen grados ni escala ni cosas para medirla...” En esta representación aparece bien delineada California. El litoral del Pacífico norte se continúa hacia el noroeste —como lo había mostrado Rodríguez Cabrillo— pero abarcando aquí una longitud geográfica desmesurada.

del viaje de Cabrillo, los tenemos en el hecho de que Francisco López de Gómara haya dedicado una parte del capítulo CCXII de su *Historia de las Indias* (1552) precisamente a “lo que descubrieron capitanes y pilotos del virrey don Antonio el año [15]42 y aún dicen algunos que corrieron la costa hasta poner en cuarente y cinco grados, y muchos piensan que por allí se junta la tierra con la China...”.¹³ Otro hecho que corrobora esta pronta difusión de noticias relativas a la expedición de Cabrillo, lo tenemos en el mapa incluido en *Navigazioni e Viaggi* de Ramusio (1556) en el que se mira ya el perfil de la Alta California. El interés por estos y otros descubrimientos se avivó también en Inglaterra con las obras (que incluyen asimismo mapas) de Richard Eden, *Decades of the New World* (1555), y Richard Hakluyt, *Divers Voyages Touching the Discoverie of America and the Islands Adjacent unto the Same* (1582).

¹³ López de Gómara, *Historia general de las Indias*, 2. v., Madrid, Espasa-Calpe, 1941, t. II, p. 231-232.

Además del mapa de Ramusio, incluye López de Gómara otro del Nuevo Mundo, también esquemático, al principio de su *Historia de las Indias*. En él se delinea asimismo el perfil de la península de California con bastante precisión (con sólo un topónimo: “c.b. Vallenas”) y se continúa luego la costa hacia el norte hasta llegar casi al círculo ártico, aunque con una muy exagerada declinación hacia el oeste. Dato curioso es lo que, a propósito de este su mapa, notó allí Gómara:

Ve la traza de las Indias [el Nuevo Mundo] en tan pequeño punto, porque quepa en una hoja de papel, y por ser tan pequeña, no se ponen grados ni escala ni compás para medirla. Por la línea equinoccial y trópicos se conocen todas las alturas [latitudes]...

Una carta, anterior a las dos mencionadas, de Ramusio y Gómara, es el mapamundi de Pedro de Medina en el que la península californiana aparece bastante bien representada y se insinúa la prolongación de su costa occidental hacia el norte. Este mapa forma

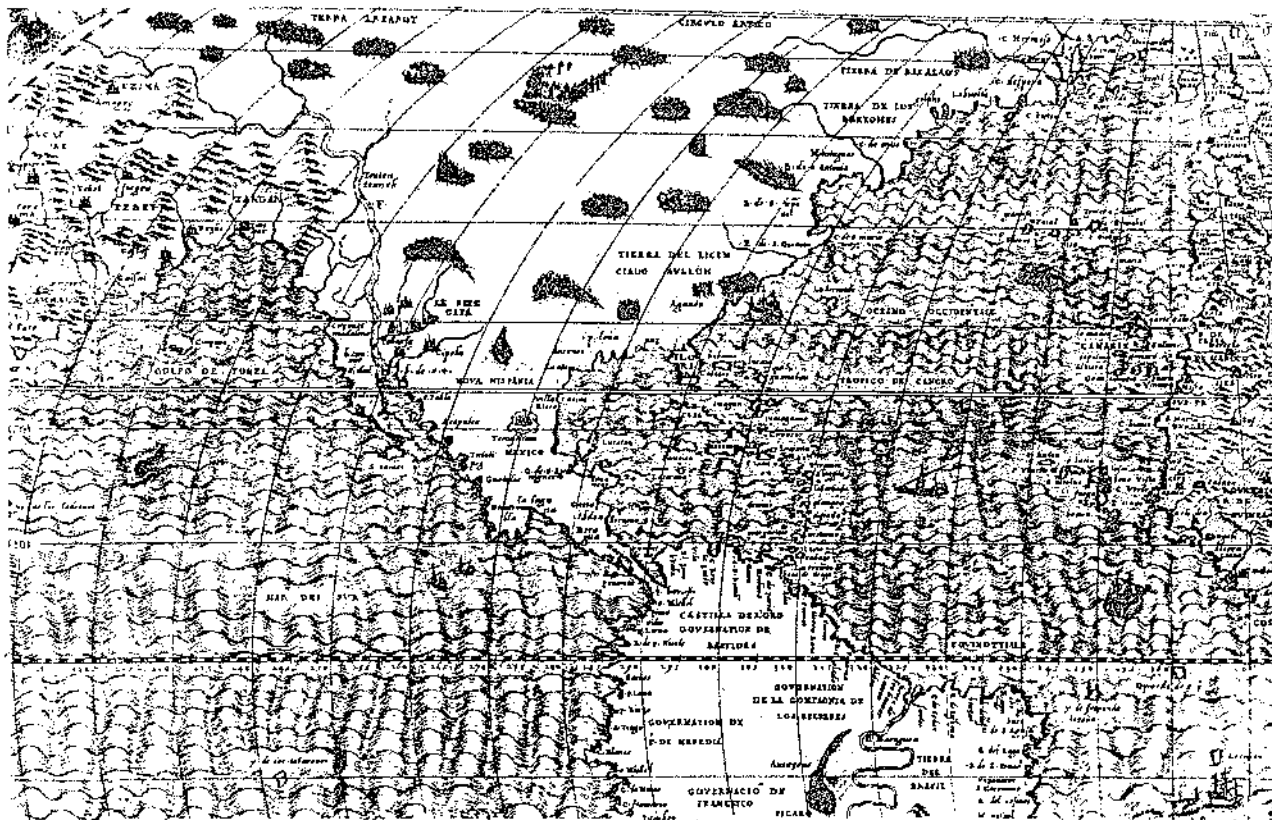


Figura 32. Mapamundi de Giacomo Gastaldi, impreso por Paulo Forlani, Venecia, 1560. En contraste con el mapa de Andreas Homem, éste de Gastaldi introduce pocos cambios si se compara con el suyo de 1546. América en su extremo noroeste aparece, una vez más, unida al Asia y, frente a California, la isla de Iapan. Una novedad es la introducción del topónimo Canada Pro(vintia), abajo del paralelo 50°, y hacia el este de Norteamérica.

parte de la obra de Medina, *Suma de Cosmografía*, publicada en Valladolid (1545).

Me fijaré aquí en sólo otros dos mapas, uno de Andrés Homem (1559) y otro de Gastaldi (1560). El primero, aunque miembro de la ya mencionada familia de cartógrafos portugueses, laboraba en Amberes. En su mapamundi de 1559 aparecen California (Baja y Alta) con una delineación de sus litorales que denota conocimiento de la expedición de Rodríguez Cabrillo. El mapa del ya nombrado Gastaldi, fechado en 1560 y publicado en Venecia, tiene la peculiaridad de suponer ya conocida toda la costa noroeste del Nuevo Mundo. Éste en realidad reaparece allí unido con el Asia formando en el septentrión una gran masa de tierra. La península se continúa al norte con el macizo continental. Pocos nombres se anotan en la península y ninguno respecto de la Alta California. El río Colorado se traza desde muy al norte. Se señalan además las siete famosas ciudades. Iapan (Japón) se sitúa entre las dos masas continentales (Asia y América) en un contexto que forman un supuesto "golfo de Tonza". A pesar de todas

las fantasías de este mapa, es cierto que en él, como en los de Gómara, Ramusio y Andrés Homem, se señala que las costas occidentales de la península descubierta por Cortés se continúan por muchas leguas hacia el norte.

Tal era la situación prevalente en la cartografía universal, menos de veinte años después de realizados los viajes de descubrimiento enviados por el virrey Mendoza. Si bien se habían enriquecido los conocimientos, prevalecían aún incógnitas: ¿Asia y el Nuevo Mundo se unían por el norte? ¿Existía o no el buscado estrecho? Las fantasías en torno de las siete ciudades muy lejos estaban de desvanecerse. Iban a ser necesarias otras varias expediciones, desde finales del XVI y luego a lo largo del XVII, para arrojar un poco de "luz en esa tierra incógnita".¹⁴ Por lo que toca a California o las Cali-

¹⁴ La expresión "Luz de tierra incógnita", fue empleada como parte del título de la crónica que escribió un compañero en varias expediciones del padre Kino, el capitán Juan Matheo Mange, *Luz de Tierra incógnita en la América Septentrional* [1770], publicado por Francisco Fernández del Castillo, 1926, p. 217.

ORBIS TERRAE COMPLENDIOSA DESCRIPTIO

Quam ex Magna Viuerfali Gerardi Mercatoris Domino Richardo Gartho, Geographiæ ac ceterarum bonarum artium auctori ac fautori summo, in veteris amicitia ac familiaritatis memoria Rumoldus Mercator fieri curabat A. M. D. LXXXVII.



Lámina XVIII. Mapamundi publicado por Rumold Mercator, hijo de Gerardo, en la edición de la Geographia de Estrabón, aparecida en Génova, 1587. Incorpora, en dos representaciones hemisféricas, mucho de lo que Gerardo Mercator había incluido en su Carta marina de 1569. Ese mapamundi y el que aquí se reproduce son resultado del estudio cuidadoso de la cartografía existente. En lo que toca a América, tomó en cuenta lo aportado por Diego Gutiérrez, Francisco López de Gómara y Giovanni Battista Ramusio, entre otros. Respecto del extremo noroeste de América, no aporta nueva información derivada de la experiencia. Su desmesurada ampliación de la longitud oeste hace que, entre cabo San Lucas y el extremo noroeste de América haya más de 55 grados de diferencia.

fornias, la atención iba a distraerse con la conquista de las islas Filipinas, pero los viajes de retorno de las naos de Manila y el temor a los piratas avivarían de nuevo el interés por esclarecer lo que pudiera haber al noroeste de la Nueva España.

La conquista de las Filipinas y el descubrimiento de la ruta del "tornaviaje"

El archipiélago de las Filipinas fue explorado, según vimos, por Ruy López de Villalobos en el viaje que, en noviembre de 1542, despachó el virrey Mendoza desde el puerto de la Navidad en Jalisco. Correspon­dió al segundo virrey de la Nueva España, don Luis de Velasco, preparar otra expedición con rumbo a dichas islas, con el fin de someter a sus habitantes e incorporarlos a la corona española. Al frente de la expedición fue Miguel López de Legazpi. Entre sus acompañantes estaba Andrés de Urdaneta, convertido en fraile agustino, de gran reputación por su habilidad como piloto y navegante que había acompañado a Loaysa.

La armada zarpó del puerto de Navidad en noviembre de 1564. Llegados a su destino, Legazpi y sus hombres, en febrero del año siguiente, consumaron su objetivo: la conquista de las Filipinas. Surgió entonces la necesidad de enviar noticias y mercaderías a la Nueva España. El no realizado antes viaje de regreso (ni Saavedra ni Villalobos o su gente pudieron llevarlo a cabo), se confió a fray Andrés de Urdaneta.

El experimentado vasco, asistido por el piloto Esteban Rodríguez, zarpó de Manila a bordo del *San Pablo*, el 10 de junio de 1565. A Urdaneta se atribuye haber encontrado la ruta que hizo posible el que se llamó "tornaviaje". Subiendo hacia Japón, se benefició luego con la corriente de Kuro-Sivo, así como con los vientos favorables y atravesó el Pacífico, llegando hasta casi los 40° de latitud Norte desde donde inició su ruta al Sur. El martes 18 de septiembre, es decir más de tres meses y medio desde su salida de Manila, avistó, en 34° una isla californiana, probablemente San Miguel o Santa Catalina. A continuación entresaco algunos párrafos del "Derrotero" del piloto segundo, Rodrigo de Espinosa:

Martes, 18 de dicho septiembre, a las 7 de la mañana, estando asentado en la silla, yo el dicho

piloto, vi tierra por la banda de estribor, porque íbamos amurados de la banda de babor, y luego mandé cazar a popa. Las señas que tiene esta isla son las siguientes: es una isla que esta nornordeste susudueste, y en el medio de ella es alta, y de la una parte y de la otra le caen dos puntas delgadas; y de la parte del noroeste de ella, como a legua y media, echa una piedra que parece fuera del agua. A esta isla le puse La Deseada. Está en altura de 33 grados y tres cuartos, y estaría cuando la ví, de ella como cinco leguas, y así fuimos gobernando al sur cuarta al sueste, y este día tomé el sol en 33 grados y un cuarto, y por el tanto digo que la tierra que vi estará en altura de 33 grados y tres cuartos. Desde el lunes a mediodía hasta el martes a la hora que vide la tierra, eché de zingladura [el rumbo determinado que se da al navío], 30 leguas por el lessueste, y este día no osamos ir a descubrir la tierra a causa que había mucho viento y estaba la tierra ahumada, y así fuimos de parecer que gobernásemos al sur cuarta el sueste, por dar resguardo a la tierra, porque conforme a mi punto, que yo el dicho piloto traía, fice que era una isla que estaba en altura de 34 grados escasos, y los demás que echaban punto se hallaban en la tierra. Este día me hallé del puerto de Zubu hasta donde tenía mi punto, este propio día, 1650 leguas . . .

Jueves, eché de zingladura 36 leguas, la mitad del camino al sur y la otra al sur, cuarta del sueste; de manera que, dando el resguardo a la aguja media cuarta que nordestaba, me responde el camino todo al sur cuarta al sueste, y este día fuimos de parecer que gobernásemos al sueste porque estábamos leste ueste con isla de Cedros . . .

Miércoles, tomé el sol en 23 grados y un cuarto. Estaría de tierra tres leguas, y tenía una tierra alta a leste, y la vuelta del sueste salía una punta baja, y estaría de mí como nueve leguas, que es un tercio largo de grado, por donde me demoraba que era el sueste; de manera que, sacándolo de la altura que tomé, estaría la punta 23 grados menos un ochavo de grado. Este día anduvo la nao por leste cuarto sueste quince leguas, y de donde tenía el punto de las quince leguas fui corriendo por el sueste cuarta de leste hasta ponerse en tierra de 23 grados y un cuarto que fue el altura que tomé. Este día hallé que anduvo la nao por el leste cuarta sueste quince leguas, y de donde tenía el punto de las quince leguas fui corriendo por el sueste cuarta de leste hasta ponerse en tierra de 23 grados y un cuarto que es el altura que tomé. Este día hallé que anduvo el navio 36 leguas. Esta costa se corre noroeste sueste, y esta punta arriba dicha es el remate de la tierra de la California [Cabo San Lucas]. Está en altura de 23 grados menos un ochavo. Las señas que tiene esta costa son las siguientes: de la tierra alta va una punta de tierra baja, de cumplido de dos leguas la vuelta del sueste, que es adonde remata la dicha tierra, y sobre la punta hace un pan redondo que señala como isla, y es toda tierra

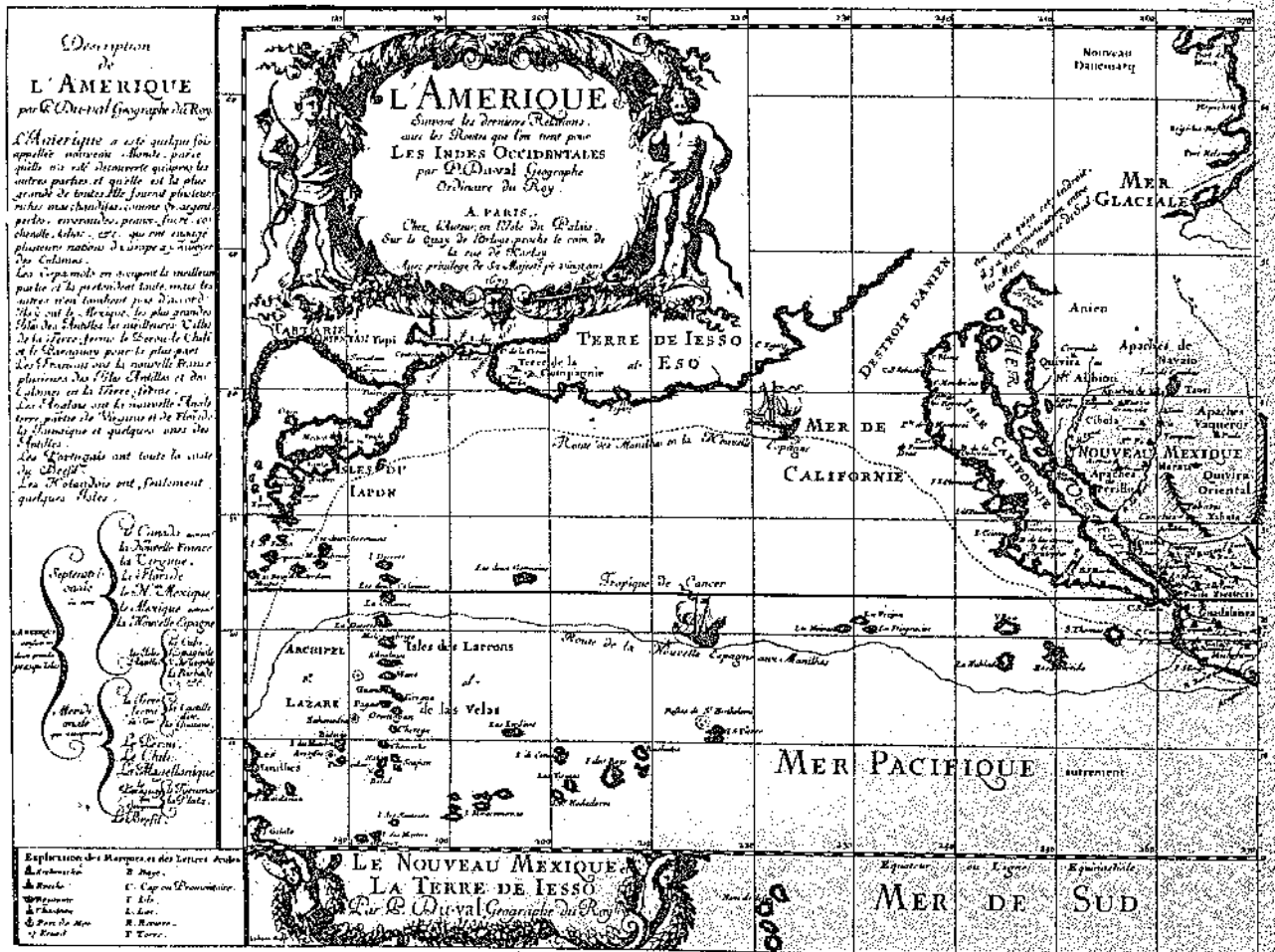


Figura 33. Las naos zarpaban de Acapulco con rumbo a Manila y seguían un derrotero cerca de los 20°. El regreso o "tornaviaje" exigía navegar hacia el noreste cerca de Japón y continuar en 37° o 38° para alcanzar el continente americano y descender, a lo largo de las costas californianas, con rumbo a Acapulco. Estos derroteros aparecen aquí indicados en un mapa de P. du Val, París, 1679, en el que California se representa como una isla.

firme y en la parte de la tierra hace otro mogote de manera de pan de azúcar, y el pan que está sobre la mar hace una mancha blanca que toma la mitad del pan y luego señala más a la mar una ceja negra . . .¹⁵

Lo expresado por Rodrigo de Espinosa constituye el más antiguo testimonio —después tan sólo del de Cabrillo— de alguien que recorrió las costas californianas, interesado en consignar información de utilidad para ulteriores navegaciones. Éstas tendrían ciertamente lugar cada año con los célebres viajes de los galeones de Manila. A Urdaneta se atribuye además la preparación de una carta que sería empleada por otros muchos en los referidos viajes. El historiador Mariano Cuevas encontró en la Biblioteca Nacional de Lima un mapa entre los papeles

¹⁵ "Derrotero de Rodrigo de Espinosa" en *Colección de diarios y relaciones para la historia de los viajes y descubrimientos*, textos revisados . . . por Luis Cebreiro Blanco, Madrid, Instituto Histórico de la Marina, 1943, t. I, p. 56-57.

del virrey Melchor de Portocarrero, Conde de la Monclova que, después de haber ejercido dicho cargo en México (1686-1688), pasó con igual título al Perú. Esta carta que, por sus características, entre ellas la de representar a California como una isla, denota claramente provenir de mediados del siglo XVII, resulta de considerable interés. Este puede valorarse desde dos puntos de vista: por una parte, arroja luz sobre lo que se pensaba tocante a las longitudes en que debían situarse las Filipinas y Japón, así como otros lugares del Asia y las costas noroccidentales, en particular California, en el Nuevo Mundo. Por otra, es pertinente destacar que en ella, además de registrarse el derrotero del tornaviaje, tal como lo realizó Urdaneta, se indica asimismo otra posible ruta de regreso desde las Filipinas, pasando en parte al sur de la línea ecuatorial.

El hecho es que, a partir del retorno en 1565 del *San Pedro*, se fueron repitiendo las navegaciones de Acapulco a Manila, y de



AMERICA SIVE
NOVI ORBIS NOVA
DESCRIPTIO.

Ultima Septentrionalis versus hanc
regionem innotuit alicuius fontis.

Hisque diebus exploratum fuit ab his
a. magellanico, quod hinc usque
ad hanc partem non sit interitus.

Inde de his
rebus.

Inde de his
rebus.

Inde de his
rebus.

Inde de his
rebus.

Inde de his
rebus.

Inde de his
rebus.

Lámina XIX. *El Nuevo Mundo, delineado en 1587 por Abraham Ortelius, según aparece en su Theatrum Orbis Terrarum, publicado en Amberes, 1587. Es perceptible en esta carta la influencia de Mercator. La muy exagerada longitud oeste que se da al extremo noroeste de América lo confirma. Esta misma delineación continuó reproduciéndose en ulteriores ediciones del Theatrum Orbis Terrarum, hasta 1612.*

ésta al puerto mexicano. En un principio tales viajes, lejos de ser vistos con universal beneplácito, provocaron algunas oposiciones, en especial por parte de comerciantes de España que temieron llegaran a afectar sus intereses de intercambio con el Nuevo Mundo.

Búsqueda del estrecho de Anián e intentos de demarcación del litoral californiano

Correspondió al virrey Martín Enríquez encargarse en 1572 al capitán Juan de la Isla —experto en la navegación a Filipinas— que en su próximo regreso de ellas reconociera las costas de China hasta alcanzar los 50° o 60° N. y, desde allí, se dirigiera al encuentro del litoral más septentrional de la Nueva España. El virrey, que en esto atendía en realidad a una propuesta formulada por el propio De la Isla, manifestaba que debía tomarse en cuenta que las costas de California habían sido descubiertas ya hasta el paralelo 41° N., aludiendo así al viaje de Cabrillo en 1542.

Si bien el propuesto viaje de reconocimiento no se llevó a cabo, pronto se presentaron otros hechos que acicatearon de nuevo el in-

terés por aclarar el enigma de las costas noroccidentales. Por una parte, no se habían olvidado los rumores —propalados varias veces por algunos marineros y luego reforzados por varios mapas que tuvieron gran difusión— sobre la existencia de un estrecho septentrional que comunicaba el Atlántico con el Pacífico. Tal estrecho, cuya búsqueda, según vimos, preocupó entre otros al mismo Hernán Cortés, se designaba con el nombre de “Anián”. Era éste probablemente una corrupción del topónimo Ania que, según Marco Polo, se aplicaba a un gran mar al este de la India.

Siendo aún Martín Enríquez autoridad suprema en la Nueva España, se tuvo noticia del viaje de Francis Drake. Cuando éste atacó el puerto de Guatulco en las costas de Oaxaca en 1579, quedó allí un piloto portugués, Nuño de Silva, que venía con Drake. A través de dicho piloto se supo que Drake decía que pensaba regresar a Inglaterra cruzando el estrecho de Anián.

Lo que en realidad hizo el corsario inglés fue proseguir su navegación, a bordo siempre del *Golden Hind*, hasta llegar casi a los 46° de latitud norte. De allí descendió hacia el sur, empujado por los vientos, y fue costteando el litoral de la Alta California. El 17

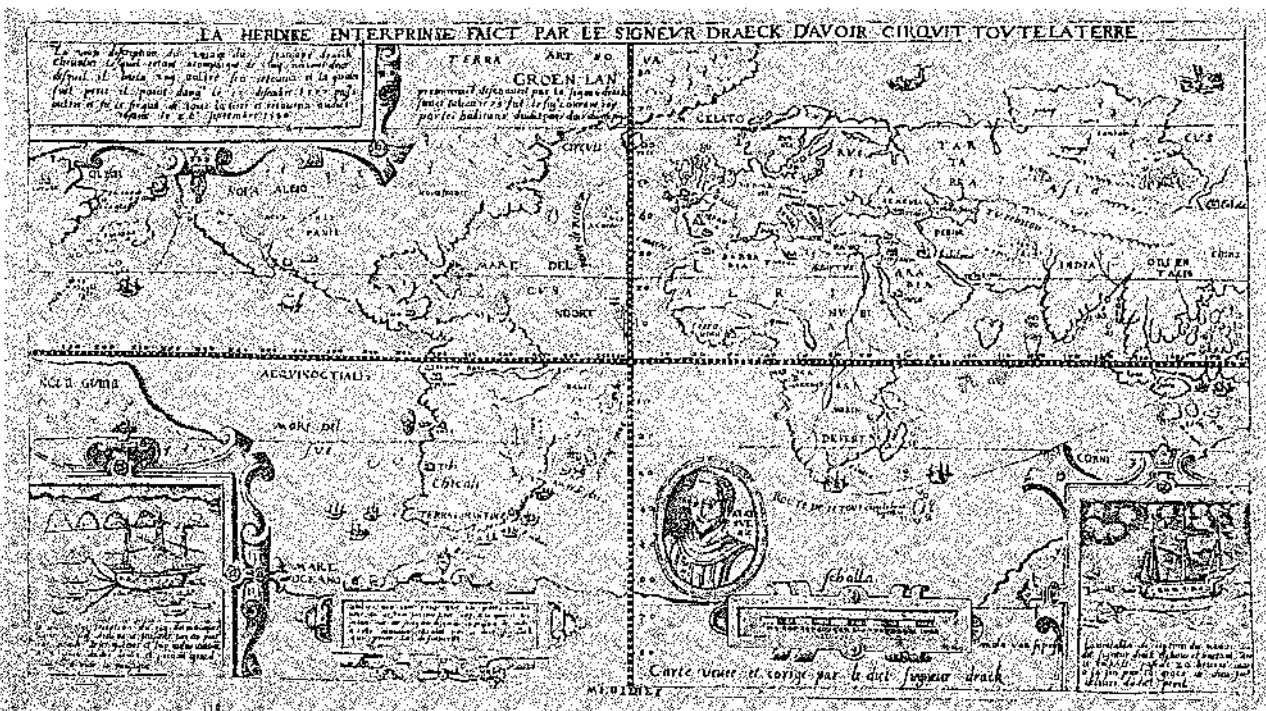


Figura 34. Mapa de circunnavegación de sir Francis Drake, grabado hacia 1583, es decir unos tres años después de su regreso a Inglaterra en 1580. En lo que a California se refiere, aparece, al norte, la leyenda Nova Albio. La efigie de Drake se ve en el centro con la anotación actatis suae 42 (“de su edad, 42 años”). (Se conserva como mapa separado en la Biblioteca Británica.)

de junio de 1579 encontró una bahía, que es la que hasta hoy ostenta su nombre, cerca del puerto de San Francisco. Allí permaneció hasta el 25 de julio en que zarpó con rumbo a las Molucas. Fue durante esa breve estancia cuando Drake tomó posesión de la tierra en nombre de la reina de Inglaterra y la bautizó como la "Nueva Albión". En las páginas que escribió el mismo Drake y que son parte de su *The World Encompassed* [El mundo circundado], expresa a este respecto, entre otras cosas, lo siguiente:

Nuestro general llamó a este país [Nueva] Albión y esto por dos razones: una por sus bancos y arrecifes blancos que se proyectan hacia el mar; otra, porque pudiera tener alguna afinidad, aun en el nombre, con nuestro país, el cual por algún tiempo así se llamó.¹⁶

Y añade poco más abajo:

Los españoles nunca tuvieron contacto, o algo así como echar pie en este país, ya que los más avanzados de sus descubrimientos alcanzaron tan sólo muchos grados al sur de este lugar.¹⁷

Como comentario a esta última afirmación bastará decir que Drake ignoraba lo que había sido la expedición, desde 1542, de Juan Rodríguez Cabrillo y asimismo los derroteros, a lo largo de las costas de Alta California, de los galeones procedentes de Manila.

En 1585, ocupando el puesto de virrey el arzobispo Pedro Moya de Contreras, se dio de nuevo entrada a la idea de la necesidad de explorar el litoral noroccidental del Pacífico. En una comunicación al rey manifestó así que ello era urgente para descubrir si existía o no el tan mencionado estrecho; averiguar cuál era la relación geográfica entre el Asia y el Nuevo Mundo, y localizar un puerto seguro en el litoral californiano para el reabastecimiento de los galeones procedentes de Filipinas.

Para llevar a cabo tal expedición se comisionó al capitán Francisco Gali, que partió de Acapulco el 25 de marzo de 1585 y llegó a Manila en casi tres meses, el 20 de junio. Allí, percatándose de que sus embarcaciones no le serían adecuadas para el reconocimien-

to que proyectaba en su viaje de regreso, se echó a cuestras la fábrica de una más capaz. En medio de tal empresa lo sorprendió la muerte.¹⁸

Correspondió entonces hacerse cargo de la expedición al capitán Pedro de Unamuno que, según se había previsto, debía suceder a Gali de ser ello necesario. Unamuno salió de Manila entrada ya la segunda mitad de 1586. De allí se dirigió a Macao. La audiencia y el gobernador de Filipinas, que sospechaban desobediencia y aun posible traición en Unamuno, lograron de los portugueses de Macao que los barcos que iban a las órdenes de dicho capitán fueran regresados a Manila. En tales circunstancias Unamuno, con el apoyo económico de un prominente franciscano, fray Martín de Loyola, adquirió una fragata y con ella, sin más planes ya de exploración, zarpó de Macao con rumbo a Acapulco el 12 de julio de 1587. En realidad Unamuno desembarcó primero en el puerto de Banderas (Jalisco), exactamente cuatro meses después. Allí informó de inmediato acerca de la presencia de piratas ingleses en aguas cercanas al extremo sur de California.

En efecto, como más tarde se supo, el corsario Thomas Cavendish estaba en espera del galeón *Santa Ana* precisamente al sureste de Cabo San Lucas. Allí, dos días más tarde, se adueñó de dicha nave y de toda la rica carga que traía consigo. Los que venían en el *Santa Ana* quedaron abandonados en Cabo San Lucas y, con grandes trabajos, aprovechando lo que pudieron del maderamen del destruido galeón, se las arreglaron para llegar a la Nueva España e informar de lo ocurrido.¹⁹

Correspondió al virrey Luis de Velasco el primero atender, una vez más, a lo que, en vista de lo sucedido con los piratas, se presentaba como asunto muy urgente en relación con California. Después de varias gestiones y con la aprobación del rey, se confió al portugués Sebastián Rodríguez Cermeño llevara a cabo —al regresar de Filipinas— la requerida misión: explorar las costas más septentrionales, averiguar lo tocante al es-

¹⁶ Sir Francis Drake, *The World encompassed*, London, 1792, p. 97.

¹⁷ *Ibid.*, p. 98.

¹⁸ "Relación de Francisco Gali", en *Californiana I*, edición preparada por W. Michael Mathes, Madrid, 1967.

¹⁹ Acerca de este episodio, véase: W. Michael Mathes, *The Capture of the Santa Ana*, Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1969.

ORBIS TERRÆ COMPENDIOSA DESCRIP TIO Ex peritissimorum totius orbis Geographorum operibus desumpta. *Amoyse, apud Joann. Baptista. Triver.*



Lámina XX. Los dos hemisferios del mundo por Petrus Plancius, en *Orbis Terrarum Compendiosa Descriptio . . .*, Amsterdam, 1596. Con ligeras variantes, en lo que toca al noroeste de América, copia la cartografía que se produjo a partir de la carta marina de Mercator, 1569. Es de interés notar que a la parte septentrional del Nuevo Mundo la llama "América Mexicana", y la meridional, "América Peruana".

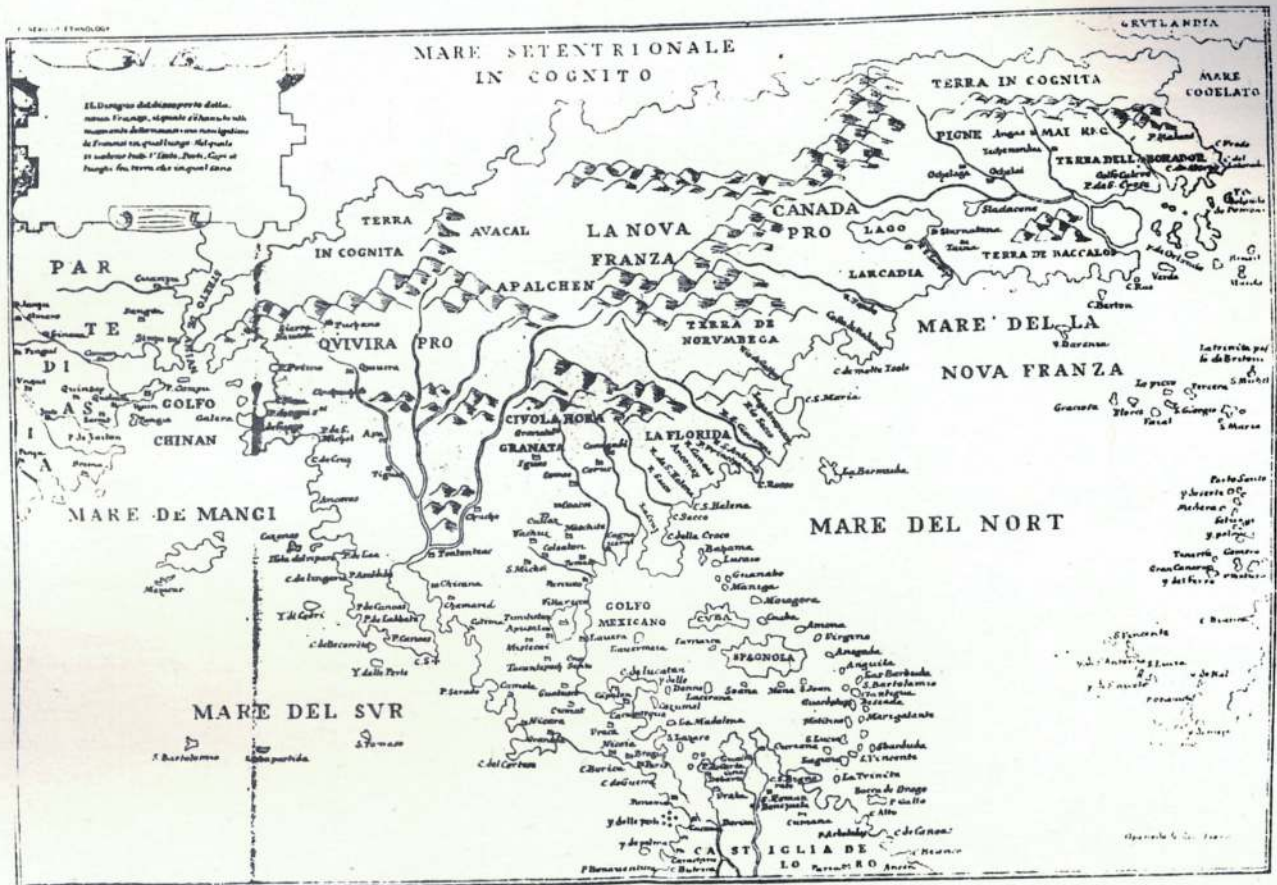


Figura 35. Mapa de Bolognino Zaltieri, grabado en Venecia, 1566. Sigue en él la nueva concepción adoptada por Gastaldi y expuesta en una publicación suya de 1562, *La Universale Descrittione del Mondo*, en la cual postula la separación, por el “estrecho de Anián”, entre América y Asia. Aun cuando correcta la separación, la introdujo Gastaldi sin apoyo experimental. En un mar designado “De Mangi” se ve a Japón (Japón), no muy lejos de California. (Hay copias en varios repositorios, entre ellos la Biblioteca Nacional de Madrid.)

trecho y localizar un buen puerto para el auxilio de los galeones. Rodríguez Cermeño, tras viajar a Manila, se dispuso a mediados de 1596 a cumplir con su encargo. Para ello sólo pudo disponer de un pequeño navío, de escasas 200 toneladas, el *San Agustín*.

Su viaje de regreso tampoco fue afortunado. Habiendo alcanzado las costas de California en 42° N., tras desembarcar en el lugar que nombraban cabo Mendocino, un fuerte viento sacó del mar su navío haciéndolo pedazos. Rodríguez Cermeño con unos cuantos alcanzó a armar una pequeña embarcación, con la que, casi por milagro, desembarcó en Chacala. En los informes rendidos en Guadalajara, y luego en la ciudad de México, hubo de reconocerse que, una vez más, el fracaso había acompañado a tal expedición.²⁰ Anticipándonos al curso de esta historia, cabe recordar que, precisamente unos pocos meses después del arribo de Ro-

dríguez Cermeño, iban a iniciarse los viajes de Sebastián Vizcaíno que, aunque tampoco lograron todo lo que se buscaba, habrían de proporcionar muy valiosa información respecto del litoral noroccidental.

Lo representado en la cartografía de la época

Respecto de lo que ocurría a lo largo de la segunda mitad del XVI, importa tomar conciencia de que, mientras las exploraciones al noroeste de América prácticamente habían sido nulas, la cartografía universal alcanzaba gran desarrollo en posesión de nuevas técnicas. A cartógrafos tan distinguidos como Gerardo Mercator, Abraham Ortelius, Fernán Vaz Dourado, Joan Martínez, Jodocus Hondius, Peter Plancius y, para no alargar más esta lista, Wilhelm J. Blaeu, se les planteaba un serio problema. En tanto que podían enriquecer sus mapas y atlas con nueva información, relativamente preci-

²⁰ Acerca del viaje de Sebastián Rodríguez Cermeño, véase Wagner, *Spanish Voyages*, op. cit., p. 154-167.

sa, tocante a otras regiones descubiertas en el planeta, el ámbito del noroeste del Nuevo Mundo seguía presentando grandes incógnitas. Arbitrariamente el bien conocido cartógrafo Giacomo Gastaldi, en un mapamundi que publicó en Venecia, en 1562, abandonando su antiguo punto de vista, representó, separadas, a América y Asia. Aunque en ello seguía el ejemplo de otros como Agnese, no puede decirse que tal cambio se debiera a noticias obtenidas como resultado de viaje alguno de exploración en esas latitudes. El que Gastaldi —como lo señala Wagner— nombrara allí al estrecho de Asia y América “de Anian” fue simplemente otra arbitrariedad.

De igual fecha que ese mapa de Gastaldi se conoce otro de *America sive Quartae Orbis Partis Nova et Exactissima Descriptio*, del cartógrafo español Diego Gutiérrez que, mucho más cauto, prefirió enmarcar de tal modo su representación de América, que sólo se viera en ella el extremo sur de la península de California con la leyenda “C. California”.

La nueva concepción geográfica de Gastaldi por su parte comenzó a tener amplia repercusión. Nada menos que Abraham Ortelius —al tiempo en que la producción de mapas inició su gran florecimiento en los

Países Bajos— publicó en 1564 un mapamundi, grabado en forma de corazón. En él, además de incluir numerosos datos sobre diversos descubrimientos en Asia y Oceanía, adoptó la misma separación con respecto a América. Otro paso en una muy elevada latitud (cerca de 61°), desde Groenlandia y Labrador, conecta allí con un océano polar. Algo semejante ocurre desde el norte californiano y la “Quivira regio”, (que aparece cambiada de lugar, ahora cerca de las costas), dándose a entender que por allí se halla el tan deseado paso que comunica al Pacífico con el Atlántico. Curioso es constatar que, en contraparte con estas fantasías, la toponimia que registra Ortelius en este mapa es la ya bien conocida y debida en parte a Ulloa y Alarcón, al igual que a Coronado, Cabrillo y las crónicas de Gómara y Ramusio. En ello es patente que, fuera de lo que ya se conocía, lo demás había que situarlo en el terreno de la hipótesis, por no decir de la quimera.

Al célebre Gerardo Mercator, el gran cartógrafo y además investigador de los nuevos hallazgos geográficos, se debió la publicación en 1559 de una *carta marina* que habría de influir considerablemente en la elaboración de muchos mapas. En ella, además de otras innovaciones, aplicaba su famosa

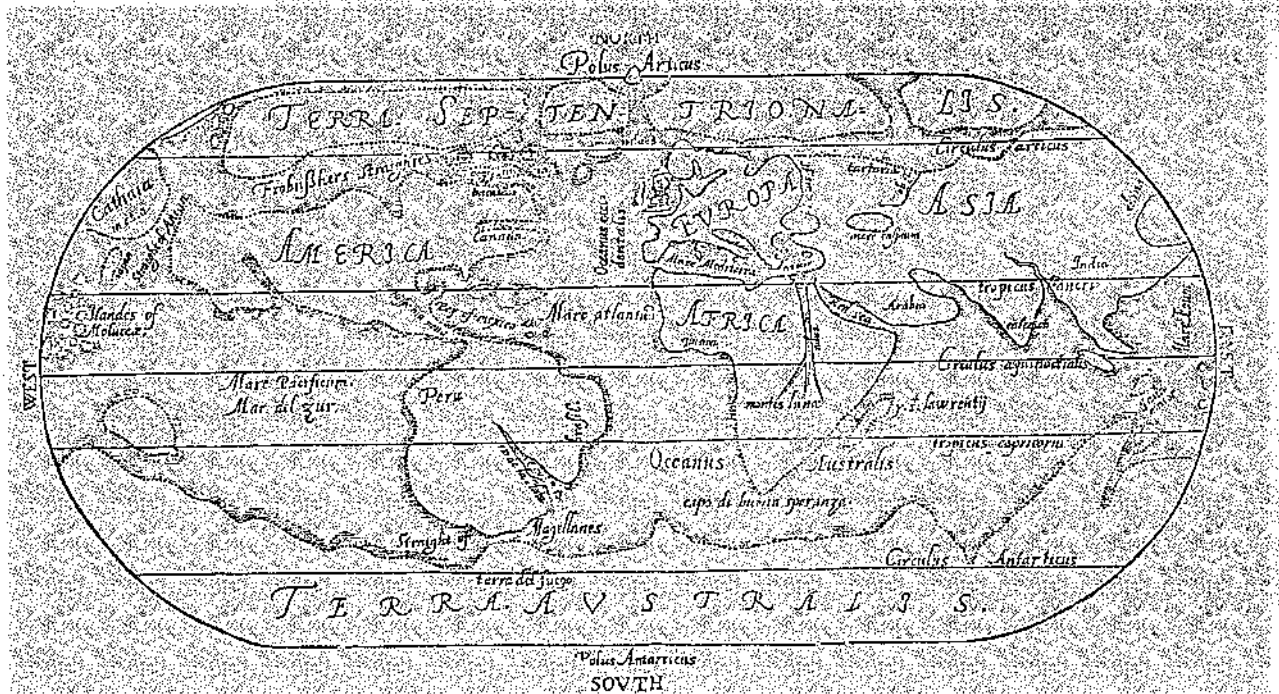


Figura 36. Mapamundi de sir Humphrey Gilbert publicado con su *A Discourse of a Discoverie for a New Passage to Cataia*, en 1576. California aparece próxima al deseado estrecho de Anian y asimismo cercana a la isla de Giapan. Se destacan las Insulae Molucae como fácilmente alcanzables para quienes, desde el Atlántico, sigan la ruta del estrecho.



Lámina XXI. *El continente americano en un mapa japonés, muestra el arte cartográfico Namban, es decir, el que se produjo como consecuencia del intercambio cultural con los españoles y portugueses que llegaron a Japón en el siglo XVI. Este mapa, en el que se percibe una clara influencia de cartas como las incluidas por Abraham Ortelius en sus Atlas, como el publicado en 1570, fue pintado bajo la dirección de los jesuitas. En él ocupa lugar muy importante la península de California y la gran masa terrestre al norte de ella. (Se conserva en el Museo Municipal de Kobe de Arte Namban.)*

proyección que, por cierto, distorsiona en alto grado la proporción de las áreas geográficas a medida que éstas se alejan de la línea ecuatorial. Ahora bien en lo que toca al noroeste del Nuevo Mundo, las dos novedades que introdujo fueron dar por supuesto que América estaba rodeada de mar por todas partes, con un estrecho o paso en el septentrión, y ampliar en su longitud oeste de modo desmesurado al Continente. Resultó esto último en una representación en la que, en comparación con la longitud en que aparece el extremo sur de la península californi-

1570, 1574, 1577, 1587, 1589... Sus representaciones del gran estrecho al norte y del reino de Anián un poco más abajo, fueron asimismo inspiración de otras muchas cartas.

También a la luz del persistente empeño por encontrar el paso o estrecho del norte —partiendo de expediciones iniciadas en el Atlántico— se elaboraron por este tiempo otros varios mapas. Así sir Humphrey Gilbert publicó en 1576 un mapa con un folleto intitulado *Discurso acerca de un descubrimiento de un nuevo pasaje a Cataia*. En su

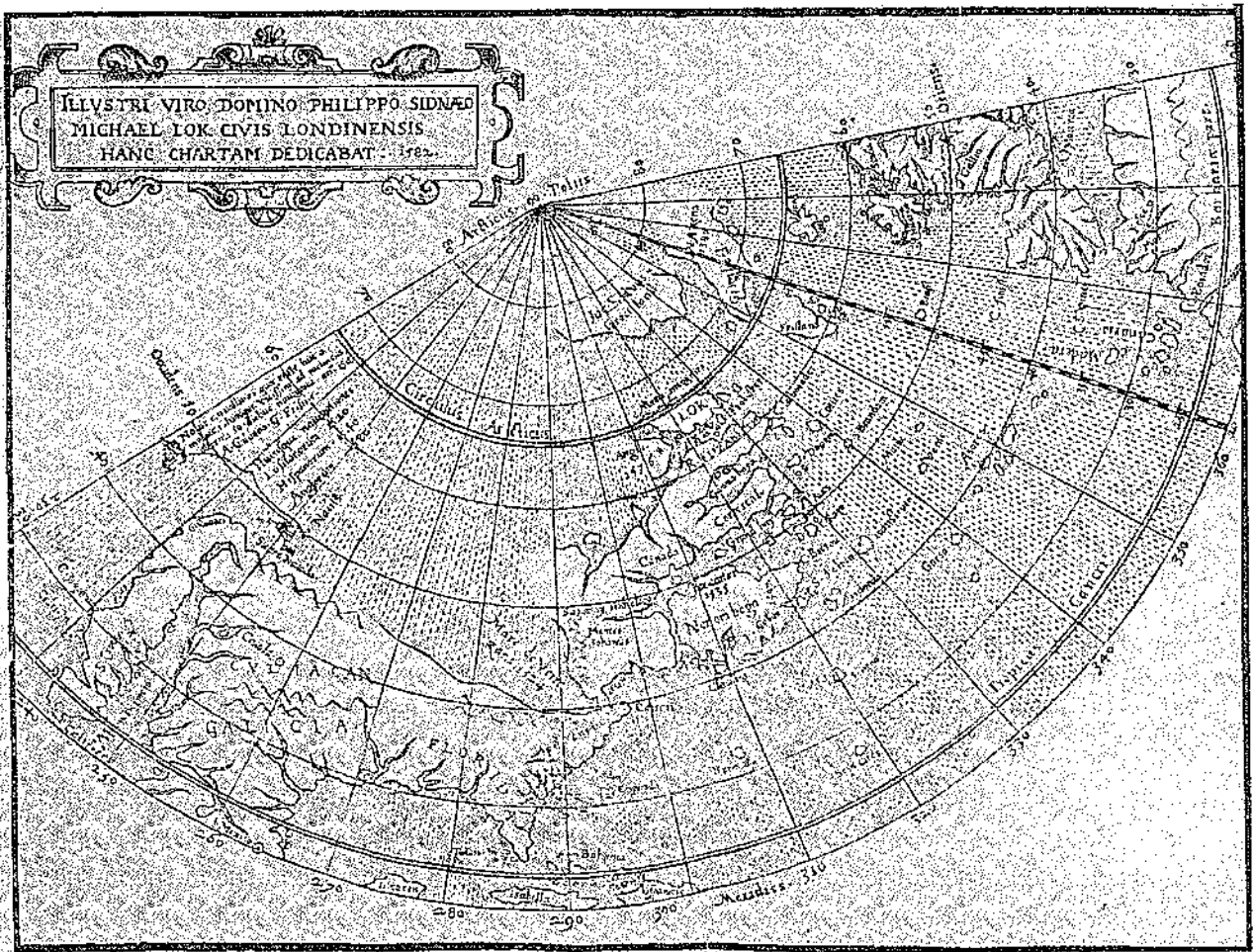


Figura 37. Una parte del mapa de Michael Lok, incluido en la obra de Richard Hakluyt, *Divers Voyages*, London, 1582. En el extremo superior derecho se ve una isla con el nombre de Lok; debajo se indica la entrada al paso del norte, el supuesto estrecho de Frobisher. Penetrando por allí al imaginado mar de Verrazano, se llegaba al norte de California y, de allí, al Pacífico.

na, hay en el septentrión un lugar que está a más de 55° de longitud oeste.

Una y otra de estas delineaciones, no obstante la seriedad con que trabajaba Mercator, carecían de cualquier fundamento. El prestigio de Mercator determinó que, entre otros, Ortelius incidiera en hipótesis semejantes en sus mapamundis publicados en

mapa, justamente arriba de California frente a la cual aparece una isla con el nombre de "Giapan", se inicia el supuesto estrecho. Movido por lo que Gilbert así difundía, el capitán Martín Frobisher realizó entre 1576 y 1578 varios viajes en busca del estrecho. Penetrando por la que se conoció después como Tierra de Baffin, pretendió haber ha-

llado la entrada al estrecho. En un mapa debido probablemente a James Beare se indican los "Frobisher's Straights" y, más al sur otro paso, tenido como falso, con el nombre de "The Mistaken Straights".

El interés por atravesar el continente a lo largo del paso o estrecho, habría de mantenerse hasta pleno siglo XVIII. Todavía en el periodo del que aquí tratamos se publicaron otras cartas con supuesta información acerca de esto, como la de Michael Lock (1582). Incluida ésta en la obra de Richard Hakluyt sobre *Diversos viajes acerca del descubrimiento de América*, en ella, al norte y muy cerca de la península californiana y de la provincia de "Culiacán", se ve un gran mar o espacio abierto que, teniendo a la Florida muy próxima por el sur, remata en una especie de ancón que ostenta el nombre de "Mare de Verrazano". Se evocaba así lo que, se decía, Giovanni Verrazano había descubierto desde 1524 en el empeño de pasar de un océano al otro.

Sacada a luz asimismo por Hakluyt en su edición del *De Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería, hay otra carta del continente americano en la que, con cautela, se deja sin precisar el ámbito noroeste. En ella se registra, por vez primera, la toma de posesión hecha por Francis Drake en lo que es Alta California. La leyenda indica el nombre de Nova Albión y añade, como fecha la de

1580, equivocada, ya que el desembarco de Drake tuvo lugar un año antes.

Quede al menos constancia de que, más allá de errores y fantasías, hubo, casi al cerrarse el siglo, otras voces de atención y cordura. A una sola carta me referiré: la de Jodocus Hondius, publicada en Amsterdam, en 1597. En ella, en el extremo norte del Nuevo Mundo, aparece la siguiente leyenda que traduzco del latín:

Más al norte, América es para todos desconocida; si es que en esta parte hay agua o tierra es cosa incierta. Muchos, sin embargo, por las costas circundantes conjeturan que América en esta parte septentrional está rodeada por el mar.

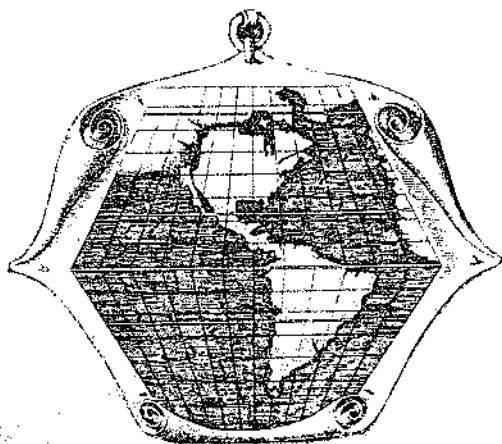
Pero, en tanto que en su delineación deja Hondius un perfil del todo incierto, en cambio, al oeste de Groenlandia, traza la entrada de un estrecho, con la siguiente leyenda, verdaderamente asombrosa:

Este estrecho de Davis, toma el nombre de su descubridor inglés, el que en los años 1585, 86 y 87 recorrió estos litorales, pasando allí, en busca de China.

La incógnita, por cierto, tardó en despejarse. El siguiente siglo, como veremos, lejos de esclarecerla, iba a traer otras fantasías: California estaba a punto de convertirse en una isla inmensa que, en algunas cartas, colindaba con el anhelado estrecho.

IV

NUEVOS INTENTOS DE
DEMARCACIÓN GEOGRÁFICA,
CALIFORNIA COMO ISLA Y FALLIDAS
EMPRESAS DE EXPLOTACIÓN
PERLÍFERA (1596-1682)



Mientras, según vimos, la exploración encomendada a Sebastián Rodríguez Cermeño en 1595 terminó con la pérdida de su navío, el *San Agustín*, otra serie de proyectos en relación con California eran objeto de atención en la Nueva España. La pesca de perlas seguía atrayendo a no pocos. Sin licencia, había quienes se aventuraban en frágiles embarcaciones para realizar trueques con los indígenas californios o para intentar ellos mismos, la búsqueda de los placeres de perlas.

Sólo a partir de 1585 se habían tomado medidas para reglamentar la codiciada pesca. Se otorgó entonces licencia por un periodo de diez años a Hernando de Santotis y a un grupo de asociados suyos. Sin embargo, tal empresa fracasó debido, entre otras cosas, a que los barcos que Santotis tenía en construcción en el puerto de Navidad, fueron quemados por el corsario Cavendish a su paso por ese lugar en 1587.

El inicial proyecto de Vizcaíno de constituir una compañía dedicada a la explotación perlífera

Otra sociedad se constituyó poco después con un propósito semejante. En ella ocupaba

lugar prominente Sebastián Vizcaíno, oriundo probablemente de Extremadura, que se había distinguido como militar en España y había pasado en 1583 a México y de allí a las Filipinas. De regreso en la Nueva España, logró con sus asociados se revocara la autorización concedida a Santotis y se le adjudicara a su nueva compañía por un lapso de cuatro años a partir de principios de marzo de 1594.¹

Algo más de un año después, diferencias entre los socios y otra serie de problemas hicieron que Vizcaíno estuviera a punto de abandonar su proyecto. El propósito de darle un nuevo sesgo, y sacarlo así adelante, llevó a Vizcaíno y a algunos de sus socios a formular una proposición al virrey Luis de Velasco. Es casi seguro que Vizcaíno estaba al tanto de los varios intentos de demarcar las costas californianas, encomendados a capitanes como Francisco Gali, Pedro de Unamuno y Sebastián Rodríguez Cermeño. Al menos respecto de los dos primeros, sabía ya que nada habían alcanzado.

¹ "Asiento que tomó el virrey de Nueva España don Luis de Velasco con Sebastián Vizcaíno y otros armadores suyos para la jornada al descubrimiento de California . . .", en W. Michael Mathes, *Californiana I, documentos para la demarcación comercial de California, 1583-1632*, 2 v., Madrid, Ediciones de José Porrúa Turanzas, 1965, t. I, p. 96-116.

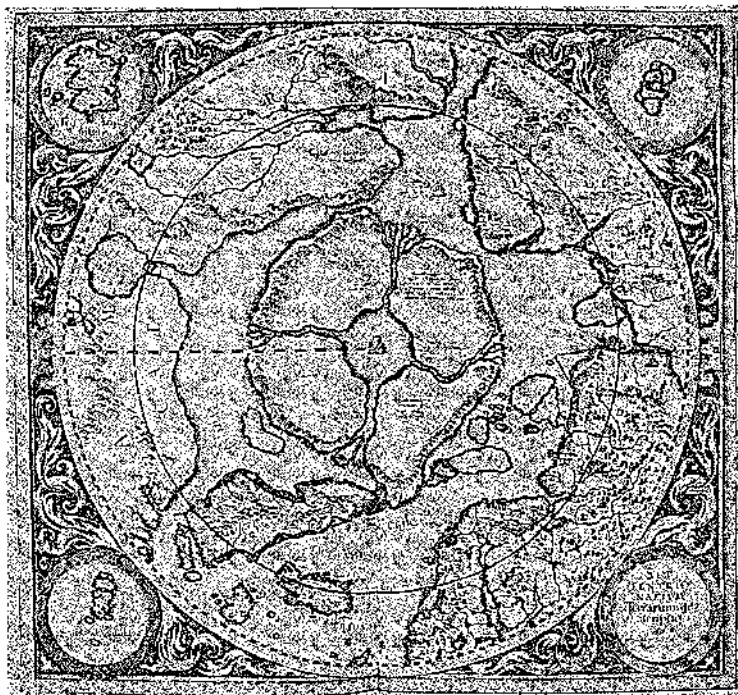


Figura 38. Mapa de Gerardo Mercator de las regiones árticas. En su parte correspondiente al norte de América, y en particular en la masa de tierra situada entre los meridianos 200° y 220°, hay un texto en latín cuyo significado es: "Región de California, conocida para los españoles sólo por rumores". Tal aseveración denota que Mercator creía que California se continuaba hasta más allá del círculo polar ártico. De hecho, Sebastián Vizcaíno en su expedición de 1602 quiso avanzar lo más que le fue posible hacia el norte. Este mapa incluido en el Atlas de Mercator, publicado en 1595, se basa en un pequeño mapa inserto en la "Carta marina" de 1569 del mismo cartógrafo.

La propuesta que Vizcaíno y sus asociados hicieron al virrey en agosto de 1595 no implicaba la realización de otro viaje para demarcar el litoral de la California en el Pacífico. De carácter más limitado, tenía visos más prácticos y promisorios. Sus objetivos principales eran hacer una fundación al sur de California, en su mar interior; promover la evangelización de los indígenas y fomentar la pesca de perlas. Se insistía en la conveniencia de todo esto como futuro punto de apoyo para ulteriores exploraciones al norte y como auxilio para los galeones procedentes de Manila.

El virrey, que había recibido instrucciones de Felipe II sobre la necesidad de no abandonar la exploración de California, concedió su aprobación y aun otorgó auxilio económico a la nueva empresa. Esta iba a iniciarse el 15 de julio de 1596, poco más de seis meses después del retorno a México de los naufragos encabezados por el capitán Sebastián Rodríguez Cermeño.

La primera expedición de Vizcaíno, 1596

Con dos navíos, el *San Francisco*, el *San José* y una lancha, la *Tres Reyes*, zarpó la expedición en la fecha ya referida, del puerto de Acapulco. De allí continuó Vizcaíno hacia Salagua —al norte de la bahía de Manzanillo, en Colima— donde acabó de abastecerse. Enseguida, tras tocar Mazatlán y continuar cincuenta leguas con rumbo al norte, cruzó el mar de Cortés en medio de una tormenta. El 3 de septiembre se hizo un primer desembarco en una bahía que fue bautizada como de San Felipe (la actual bahía de La Ventana, al sur del canal e isla que, más tarde, se llamaría de Cerralvo). Ésta, a la que Cortés había nombrado de Santiago, fue designada entonces como de San Francisco. Hechos como éste, a propósito de la toponimia californiana, muestran cuán poco conocían los distintos navegantes y exploradores lo que otros habían llevado antes a cabo.

Lámina XXII. *California continúa siendo representada como península en el mapa de México y América Central por M. Tatton y grabado por Benjamín Wright en 1616.*

El propio Vizcaíno en su *Relación* asienta que en esa bahía de San Felipe, en nombre del rey, tomó posesión de la tierra, ¡lo que ya antes habían hecho, Cortés, Ulloa, Alarcón y Rodríguez Cabrillo! El nombre que adjudicó "a la provincia" fue el de "la Nueva Andalucía." A propósito de los indígenas que allí habían salido al encuentro, consignó que

La gente es tan bestial y bárbara que, en pie o sentados o como quiera que les toma la gana, acuden a todas las necesidades de naturaleza sin género de melindre ni respeto.²

Después de explorar un poco la región circundante, determinó Vizcaíno que era mejor seguir adelante en sus navíos. El 10 de septiembre entró en la gran bahía, conocida como de Santa Cruz, según se registró en los mapas elaborados por disposición de Cortés y en otros muchos, incluso de la cartografía universal, como en los ya citados de Ortelio (1564) y Zaltieri (1566). Sorprende, por ello, que Vizcaíno, describiendo su encuentro allí con los indios, exprese que bautizó dicha bahía con el nombre de La Paz, "porque nos salieron a recibir muchos indios, dándonos lo que tenían . . ."³ Prueba de que habían llegado a un sitio en el que otros españoles habían estado establecidos fue que allí encontraron clavos, cerraduras, puntas de saetas y aun algunas llaves. Todo eso había quedado como testimonio de la fundación que intentó hacer allí Cortés en 1535.

Vizcaíno decidió luego salir de la bahía con el más grande de sus barcos para explorar al norte. Al parecer llegó, siguiendo el litoral, hasta 27°, o sea que avanzó poco más allá de la bahía de la Concepción. En La Paz dejó al resto de los expedicionarios, y con ellos, como garantía de su regreso, a su hijo Juan que llevaba consigo. Después de varios percances y aun grandes pérdidas como la de dieciséis de sus hombres que murieron ahogados al voltearse la lancha en que escapaban de un ataque de los indios, Vizcaíno regresó a La Paz. Allí, faltando ya los bastimentos y habiéndose logrado muy poco en materia de obtención de perlas, se decidió que regresara una parte de la gente en uno de los navíos.

² "Relación de Sebastián Vizcaíno, 8 de diciembre de 1596", en *Californiana I, op. cit.*, t. I, p. 264.

³ *Ibid.*, t. I, p. 294.

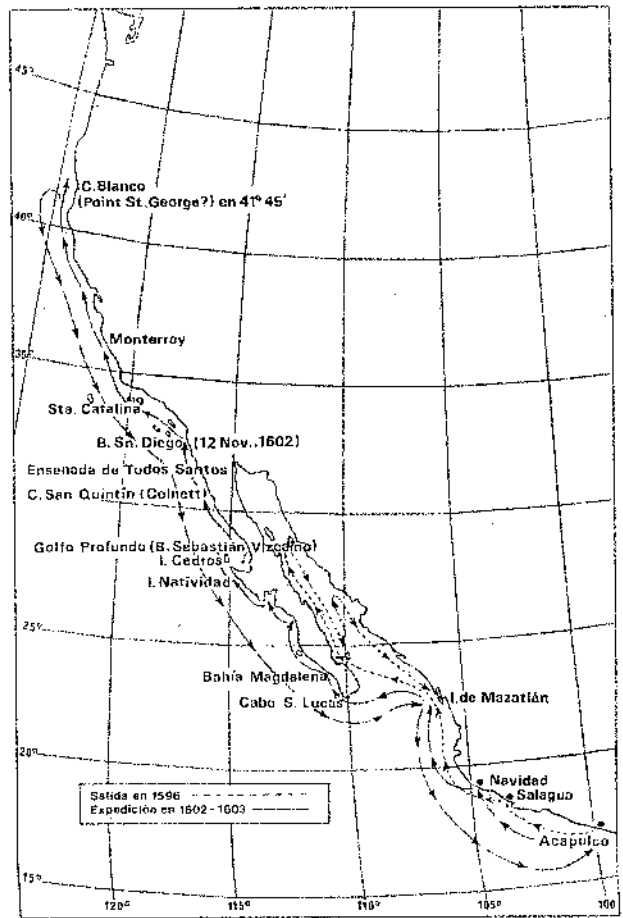


Figura 39. Derrotero de las expediciones de Sebastián Vizcaíno.

Vizcaíno, entretanto, volvió a explorar las costas septentrionales, y alcanzó los 29°. En su relación, insiste en la presencia de muchos indios, por lo que es necesario volver para que "se haga la conversión de tantas almas como hay allí . . ." Añade además acerca del negocio de las perlas, que ha sabido que

en la tierra adentro, por la parte del noroeste, veinte días de camino, había muchas poblaciones, gente vestida y que traían en las orejas y narices, oro y que había plata, muchas mantas de algodón, maíz y bastimentos y gallinas de la tierra. . .⁴

De este modo, a su regreso, tras desembarcar en Salagua el 7 de diciembre de 1596 —menos de seis meses después de su salida— lejos de darse por derrotado, acumuló argumentos con que convencer al virrey de la necesidad de proseguir en los viajes de exploración.

Peligro de otros ataques de piratas

En tanto que Vizcaíno continuaba con sus proyectos de volver a California y demarcar

⁴ *Ibid.*, t. I, p. 322.

El propio Vizcaíno en su *Relación* asienta que en esa bahía de San Felipe, en nombre del rey, tomó posesión de la tierra, ¡lo que ya antes habían hecho, Cortés, Ulloa, Alarcón y Rodríguez Cabrillo! El nombre que adjudicó "a la provincia" fue el de "la Nueva Andalucía". A propósito de los indígenas que allí habían salido al encuentro, consignó que

La gente es tan bestial y bárbara que, en pie o sentados o como quiera que les toma la gana, acuden a todas las necesidades de naturaleza sin género de melindre ni respeto.²

Después de explorar un poco la región circundante, determinó Vizcaíno que era mejor seguir adelante en sus navíos. El 10 de septiembre entró en la gran bahía, conocida como de Santa Cruz, según se registró en los mapas elaborados por disposición de Cortés y en otros muchos, incluso de la cartografía universal, como en los ya citados de Ortelio (1564) y Zaltieri (1566). Sorprende, por ello, que Vizcaíno, describiendo su encuentro allí con los indios, exprese que bautizó dicha bahía con el nombre de La Paz, "porque nos salieron a recibir muchos indios, dándonos lo que tenían . . ."³ Prueba de que habían llegado a un sitio en el que otros españoles habían estado establecidos fue que allí encontraron clavos, cerraduras, puntas de saetas y aun algunas llaves. Todo eso había quedado como testimonio de la fundación que intentó hacer allí Cortés en 1535.

Vizcaíno decidió luego salir de la bahía con el más grande de sus barcos para explorar al norte. Al parecer llegó, siguiendo el litoral, hasta 27°, o sea que avanzó poco más allá de la bahía de la Concepción. En La Paz dejó al resto de los expedicionarios, y con ellos, como garantía de su regreso, a su hijo Juan que llevaba consigo. Después de varios percances y aun grandes pérdidas como la de dieciséis de sus hombres que murieron ahogados al voltearse la lancha en que escapaban de un ataque de los indios, Vizcaíno regresó a La Paz. Allí, faltando ya los bastimentos y habiéndose logrado muy poco en materia de obtención de perlas, se decidió que regresara una parte de la gente en uno de los navíos.

² "Relación de Sebastián Vizcaíno, 8 de diciembre de 1596", en *Californiana I, op. cit.*, t. I, p. 264.

³ *Ibid.*, t. I, p. 294.

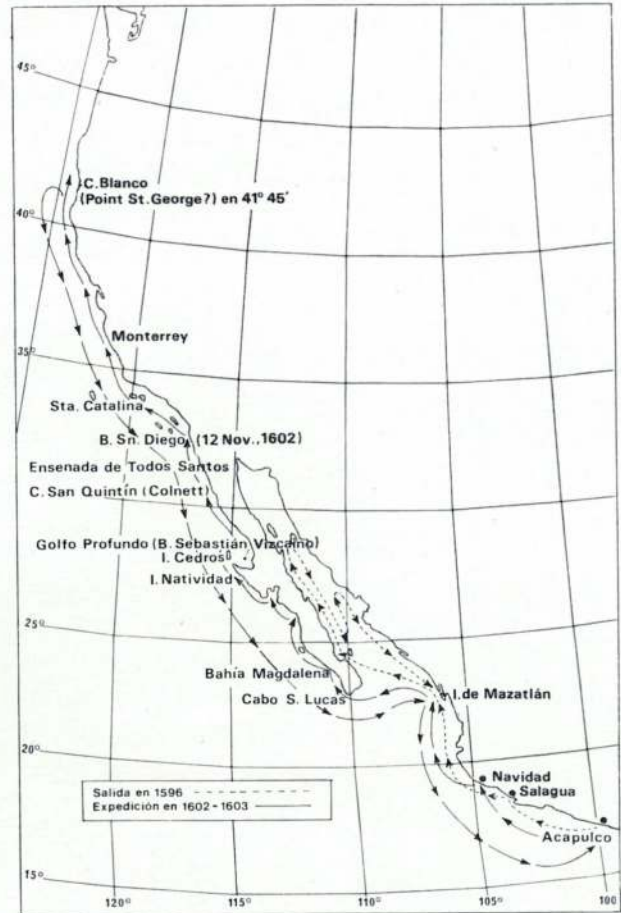


Figura 39. Derrotero de las expediciones de Sebastián Vizcaíno.

Vizcaíno, entretanto, volvió a explorar las costas septentrionales, y alcanzó los 29°. En su relación, insiste en la presencia de muchos indios, por lo que es necesario volver para que "se haga la conversión de tantas almas como hay allí . . ." Añade además acerca del negocio de las perlas, que ha sabido que

en la tierra adentro, por la parte del noroeste, veinte días de camino, había muchas poblaciones, gente vestida y que traían en las orejas y narices, oro y que había plata, muchas mantas de algodón, maíz y bastimentos y gallinas de la tierra. . .⁴

De este modo, a su regreso, tras desembarcar en Salagua el 7 de diciembre de 1596 —menos de seis meses después de su salida— lejos de darse por derrotado, acumuló argumentos con que convencer al virrey de la necesidad de proseguir en los viajes de exploración.

Peligro de otros ataques de piratas

En tanto que Vizcaíno continuaba con sus proyectos de volver a California y demarcar

⁴ *Ibid.*, t. I, p. 322.

más sistemáticamente sus litorales, se recibieron noticias, en noviembre de 1597, de que se habían visto cerca de Mazatlán tres barcos que, según los indicios, eran de piratas. El virrey ordenó entonces a Vizcaíno saliera de emergencia con rumbo a cabo San Lucas para prevenir del peligro a los galeones que venían de Manila.

Según parece, Vizcaíno llegó más allá del cabo San Lucas y estuvo en acecho de los posibles piratas. Después de algún tiempo, al no ver rastros de tales corsarios, regresó. De hecho los galeones arribaron a Acapulco, sin novedad, en febrero de 1598.

Poco más de dos años después se presentó otro caso en el que se habló asimismo de piratas. El 26 de julio de 1600 desembarcó en Acapulco Juan de Velasco, sobrino del virrey del Perú. Venía al mando de tres barcos y un patache. Su misión era perseguir al corsario holandés Olivier Van Noort que, tras tocar las costas peruanas y de Centro América, se suponía que iba al encuentro de los galeones de Manila.

Velasco por su parte salió de Acapulco y llegó a cabo San Lucas y, como en el caso ya referido de Vizcaíno, después de varios días sin descubrir embarcación alguna, hubo de regresar a la Nueva España. Van Noort en realidad había seguido un derrotero muy distinto, ya que desde la altura de la península de Nicoya en Costa Rica, se dirigió hacia el poniente para cruzar el Pacífico. En cambio, la nave capitana en la que iba Velasco, de regreso de cabo San Lucas y tras permanecer algún tiempo en Salagua, volvió a adentrarse en la mar y, en medio de una tempestad, se perdió para siempre.

La nueva expedición de Vizcaíno a lo largo de las costas del Pacífico hasta 43° (1602-1603)

Los ofrecimientos y proposiciones de Vizcaíno al virrey al fin trajeron consigo aquello que él deseaba. Después de prolongados trámites, por orden del virrey Conde de Monterrey, se le hizo entrega, el 18 de marzo de 1602, de "una instrucción y mando", en relación con el viaje que debía emprender para el descubrimiento y demarcación de los puertos, bahías y ensenadas de la mar del Sur. En realidad desde tiempo antes se había presta-

do ya Vizcaíno para esta nueva empresa. Así tenía ya listos en Acapulco al *San Diego* como capitana, al *Santo Tomás*, de almiranta, y a la fragata *Tres Reyes*. En la instrucción y orden sobresalían, como de máxima importancia, estos puntos: el propósito principal era reconocer y demarcar los puertos desde cabo San Lucas hasta cabo Mendocino; no debían hacerse exploraciones tierra adentro; no había que penetrar al mar de Cortés —bajo pena de muerte— sino dirigirse de inmediato hacia el Pacífico; quedaba al cargo del cosmógrafo Gerónimo Martín Palacios hacer y consignar en pergaminos todo lo referente a los reconocimientos (sondeos, bojeos, medidas de profundidad, demarcaciones, alturas, etcétera). Tan sólo al regresar de dicho recorrido se autorizaba la entrada por "la boca de las Californias", es decir por el mar de Cortés "hasta llegar a los 37° o cuando mucho a los 38°".⁵ El señalamiento de esto último deja entrever la incertidumbre que prevalecía, a pesar de lo consignado en la cartografía al alcance, respecto de la longitud del golfo de California.

Además de Gerónimo Martín Palacios, iba a desempeñar también trabajos propios de cosmógrafo uno de los cuatro frailes carmelitas que viajaron en esta expedición. Este, fray Antonio de la Ascensión, pondría además por escrito varias relaciones que, a la par que un mapa debido al mismo, habrían de ejercer considerable influencia.

El derrotero y la nueva toponimia

Vizcaíno y sus acompañantes, cerca de doscientas personas, zarparon de Acapulco el 5 de mayo de 1602. De allí pasaron al puerto de la Navidad, a cabo Corrientes y Mazatlán. Poco más de un mes después de su partida, el 9 de junio, llegaron a cabo San Lucas. Para dar cumplimiento a su misión, es decir demarcar los accidentes de las costas hasta cabo Mendocino, iban a requerir seis meses.

Varios son los lugares acerca de los que mayores noticias proporcionan las cartas y relaciones de Vizcaíno, las actas de las juntas de pilotos y cosmógrafos a lo largo del viaje,

⁵ "Instrucción y orden que se dio a Sebastián Vizcaíno a cuyo cargo va el descubrimiento de los puertos, bahías y ensenadas de la mar del Sur", en *Californiana I*, op. cit., t. I, p. 363.





Lámina XXIII. *Mapa de América de Michael Mercator, 1628. Se insiste en llamar a este continente "Nueva India". En el extremo noroeste de América, se delinea el supuesto "estrecho de Anián".*

los derroteros de Gerónimo Martín Palacios y de otros, así como las relaciones de fray Antonio de la Ascensión. Entre tales lugares sobresalen la bahía o "puerto" de la Magdalena, la isla de Cedros, la que llamaron bahía de San Francisco, en poco menos de 30° (bahía del Rosario), la de las Once mil vírgenes (bahía de San Quintín), las que nombraron "ensenada e islas de Todos Santos" (Ensenada), el puerto de San Diego, la isla de Santa Catalina, bahía de San Pedro, isla y canal de Santa Bárbara, así como una gran bahía que, en honor del virrey, bautizaron de Monterrey.

Allí celebró Vizcaíno una junta con sus capitanes, pilotos y cosmógrafos. Era ya el 18 de diciembre. La determinación a que se llegó fue que debía regresar la almiranta, o sea el *Santo Tomás*, llevando a bordo a todos los enfermos. Vizcaíno con la capitana y la fragata llegó hasta cabo Mendocino y de allí hasta cabo Blanco en 43°. Fray Antonio de la Ascensión, que afirma haber elaborado un mapa en el que se representó todo lo descubierto, asienta en varios lugares de sus relaciones que habían llegado de hecho a un punto que era precisamente el de "las tierras que corrian al estrecho de Anián, que aquí comienza su entrada". Según él, de tal cosa pudo percatarse por propia experiencia. Además afirmó que se supo, gracias a algunos indios, que no muy lejos del puerto de San Diego había gentes blancas, bien vestidas y muy ricas. Tales noticias habrían de dar nuevo pábulo a las leyendas acerca de las Siete Ciudades.

pues se dice que las mejores poblaciones y más ricas son por aquella comarca, porque allí cerca es la laguna del Oro y los pueblos del rey Coronado y que por allí hay mucha gente...⁶

Y añade que deben continuarse las exploraciones, tanto para llevar a cabo la evangelización de todos esos innumerables indígenas, como para

que se descubriese la navegación del estrecho de Anián para España y la ciudad rica de Quivira y el puerto y reino de Anián que se entiende está continuado con reinos de la China, que será por

aquí descubrir otro nuevo mundo para que por todo él se predique el Santo Evangelio...⁷

En lo que concierne ya al regreso de la nave capitana y de la fragata *Tres Reyes*, desde más allá del cabo Mendocino, se expresa en la *Relación* al rey que, entrándose ya el invierno, faltando vituallas y hallándose muchos enfermos, se acordó enfilar las proas a la Nueva España sin detenerse ni en la bahía de San Bernabé ni en la de La Paz en el extremo sur de California. Así, el 18 de febrero de 1603 los expedicionarios llegaron a Mazatlán, para pasar luego a Acapulco. Su entrada a la ciudad de México tuvo lugar el 18 de marzo. Ese mismo día se apersonó Vizcaíno con el virrey para darle cuenta de lo alcanzado en su largo viaje. El costo del mismo no sólo había sido grande desde el punto de vista económico sino también humano: cuarenta y ocho de los que habían salido perdieron la vida en esa jornada.

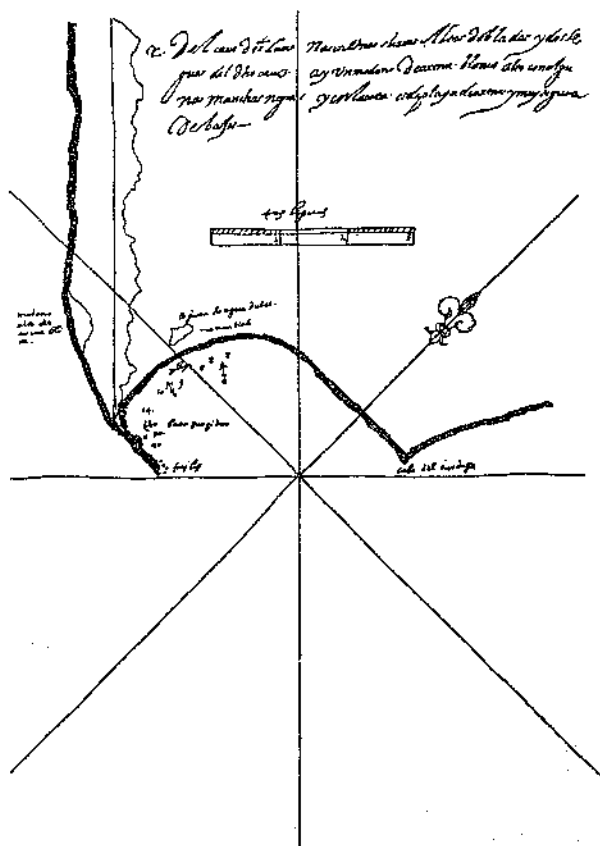
El cosmógrafo Gerónimo Martín Palacios hizo entrega de toda la información que había reunido. Con base en ella el célebre Enrico Martínez preparó treinta y seis planos de demarcación, desde el puerto de Navidad hasta el cabo Mendocino. Estos importantes documentos de gran valor científico, se conservan actualmente en el Archivo General de Indias en Sevilla (*Audiencia de México*, 372). De ellos puede decirse que constituyen los primeros trabajos de demarcación, realizados con criterios científicos en el contexto del Pacífico americano.

Se ha hecho además referencia a un mapa debido al carmelita fray Antonio de la Ascensión. A él alude, entre otros lugares en su "Primer parecer sobre expediciones de descubrimiento en California", expresando que "de todo lo sucedido en el viaje hice una copiosa relación y una pintura de las costas y puertos de este reino".⁸ La existencia de copias de este mapa, al igual que la difusión de las noticias propaladas por este fraile sobre el carácter insular de California y el estrecho de Anián, habrían de tener grandes consecuencias. Como lo veremos, despertarían nuevo interés en las potencias extranjeras, sobre todo Holanda e Inglaterra. Y además iban a

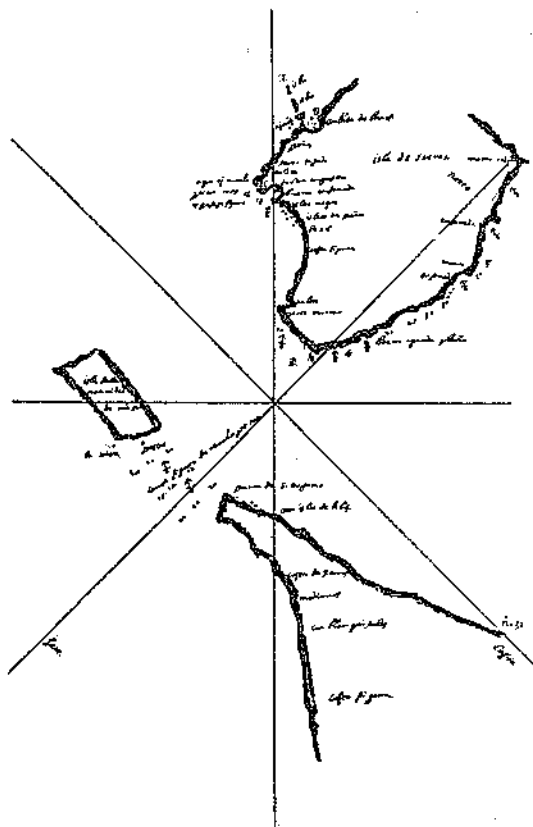
⁷ *Ibid.*, t. II, p. 1199.

⁶ "Primera relación de fray Antonio de la Ascensión, 12 de octubre de 1620", en *Californiana I*, op. cit., t. II, p. 1198.

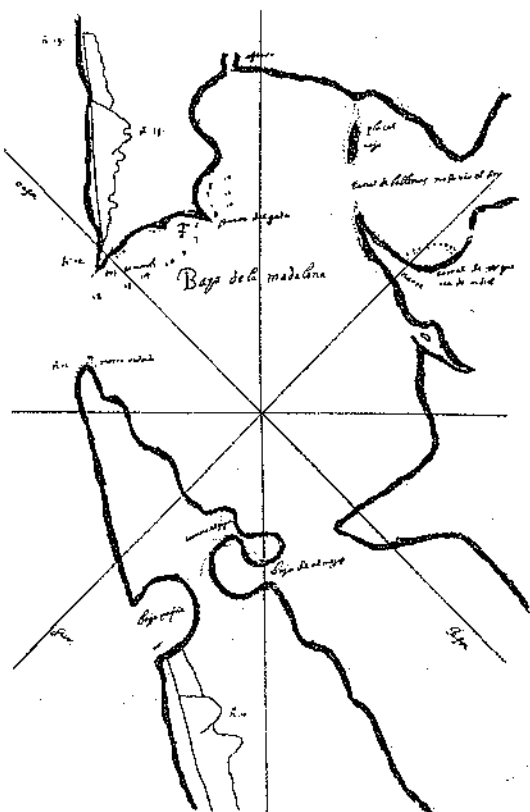
⁸ "Primer parecer de fray Antonio de la Ascensión sobre expediciones de descubrimiento y colonización en California", *Californiana I*, op. cit., t. II, p. 1211.



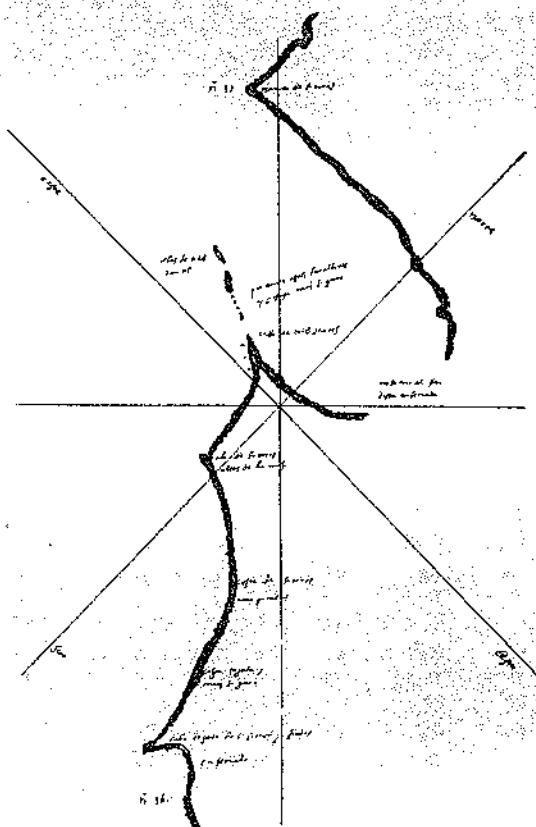
a



b



c



d

Figura 40 a, b, c y d. Demarcaciones preparadas por Enrico Martínez con base en la información obtenida, a lo largo de la expedición de Sebastián Vizcaíno, por el cosmógrafo Gerónimo Martín Palacios. a) Cabo San Lucas; b) Punta Eugenia (de S. Eugenia e islas de la Natividad y Credos); c) Bahía Magdalena; y d) Ensenada Todos Santos.

NOVA TOTIVS TERRARVM ORBIS GEOGRAPHICA AC HYDROGRAPHICA TABVLA. Auct. Henr. Hondio.

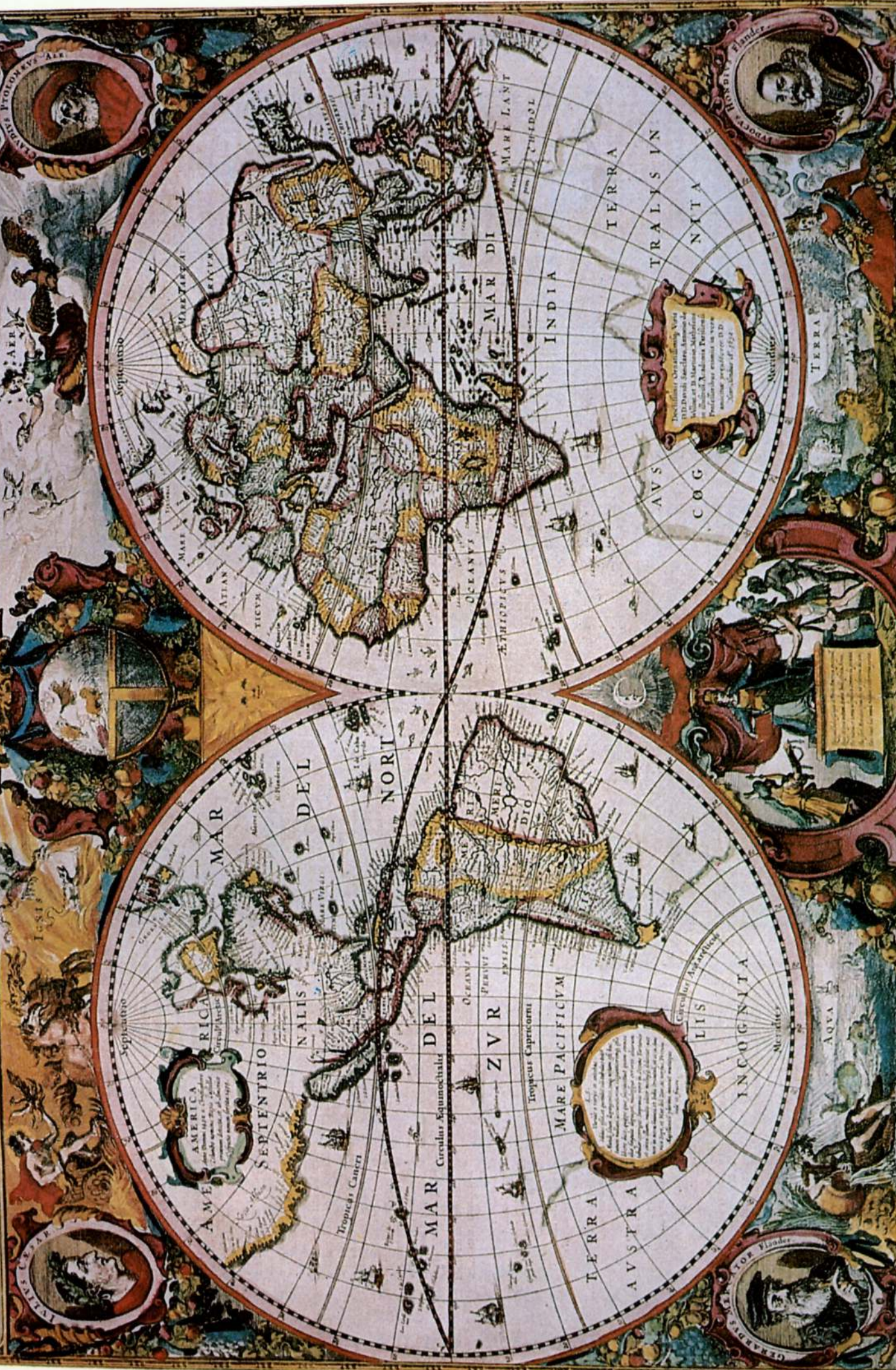


Lámina XXIV. *Mapamundi de Henrico Hondius, Amsterdam, 1630. Perdura en él la incógnita acerca del perfil geográfico del extremo noroeste de América.*

alterar radicalmente la representación de California en la cartografía universal.

Llegada a la desembocadura del río Colorado, viniendo desde Nuevo México, 1604-1605

Antes de atender a otras actuaciones de Vizcaíno, entre ellas a la derrota que infligió al corsario Joris van Spilbergen, conviene hacer referencia a una expedición, muy diferente, pero que pudo haber influido para contrarrestar las fantasías difundidas por el carmelita fray Antonio de la Ascensión. Se trata de un viaje de exploración realizado por Juan de Oñate que había fundado en 1598 el primer establecimiento español con carácter permanente en el norte de Nuevo México.

Oñate, hallándose en la que fue segunda fundación, la de la villa de San Gabriel en las inmediaciones del río Grande, cerca de la confluencia de éste con su tributario, el Chama, quizo reconocer las tierras situadas tanto al oriente como al poniente. Así, en junio de 1601 emprendió una expedición que —como había ocurrido con Vázquez de Coronado— lo llevó hasta territorio de Kansas.⁹ Tres años después, en octubre de 1604, su objetivo fue explorar hacia el poniente en busca de la mar del Sur.

Atravesando la provincia de los zuñis, llegó luego a la región de los moquis, es decir de los hopis. De allí —según el relato de fray Jerónimo Zárate Salmerón— llegaron a un río al que llamaron “Colorado” y que era, según parece, el hoy nombrado “Colorado Chiquito”.¹⁰ Continuando su marcha, al inquirir con los indígenas que fueron saliéndoles al paso, supieron que, si se dirigían al sur, se encontrarían con otro gran río que, después de un largo curso desembocaba en el mar. Oñate y sus hombres designaron al dicho río “Grande de Buena Esperanza”.

Prosiguiendo río abajo, llegaron a la confluencia de éste con el Gila, al cual llamaron “del nombre de Jesús”. Los indios de la región, yumanos, les ofrecieron, entre otras co-

sas, una variedad de conchas y señalaron que cerca había una isla en la que reinaba una mujer gigante. Dando los nombres de los diversos grupos de nativos, la crónica indica que los más cercanos al mar se llaman cocapas, es decir los cucapás. Por fin, el 25 de enero de 1605, contemplaron la desembocadura del río que tenía una entrada de cuatro leguas de anchura. Allí les pareció que había una isla muy baja. Cerca descubrieron luego “un gran puerto”, que probablemente no era otra cosa sino el extremo norte del golfo.

Cosa que se antoja algo más que curiosa es que en la referida crónica de fray Jerónimo Zárate Salmerón, no obstante que se describe haber llegado desde Nuevo México a un gran río que, en su curso al sur, desemboca en un mar, se reitera la tesis de que California es una isla. Aunque es altamente probable por no decir cierto que fray Jerónimo, que escribió este relato en 1626, copió o siguió los testimonios de uno de los frailes también franciscanos que habían marchado con Oñate en 1604-1605, tuvo noticia de mucho de lo propalado antes por el carmelita que había acompañado a Vizcaíno. De hecho en la relación, además de hablar de la reina gigante y de un gran lago al norte, con las fábulas de países donde la plata abundaba en extremo, expresa que, al decir de varios indígenas, el mar continúa al norte como un largo brazo que comunica al mar del Sur con el Atlántico por el rumbo septentrional de la Florida.

Aunque podría pensarse que esta expedición de Oñate tuvo escasas consecuencias, ya que éste regresó sin más a Nuevo México, en realidad la relación de fray Jerónimo ejerció cierta influencia, contribuyendo a reafirmar la idea del carácter insular de California. Dos franciscanos que publicaron importantes obras en el mismo siglo XVII también tomaron en cuenta lo escrito por el carmelita fray Antonio de la Ascensión. Uno fue Juan de Torquemada en su *Monarquía Indiana* (1615) y el otro Agustín de Vetancurt, en 1698.¹¹ Exploradores de tiempos posteriores, como el padre Eusebio Francisco Kino y el

⁹ Acerca de estas salidas de Oñate desde Nuevo México, véase Hubert H. Bancroft, *History of Arizona and New Mexico*, San Francisco, The History Company, Publishers, 1889, p. 154-156.

¹⁰ Fray Jerónimo Zárate Salmerón, “Relaciones de todas las cosas que en el Nuevo México se han visto y sabido, así por mar como por tierra, desde el año de 1538 hasta el de 1626”, *Documentos para la historia de México*, 3a. serie, t. IV, México, 1856.

¹¹ Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, 3a. edición, 7 v., preparada por el Seminario para el estudio de fuentes de tradición indígena bajo la coordinación de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional, 1795-1985, t. II, p. 450-461; y Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano*, III, Crónica de la provincia del Santo Evangelio, nueva edición, 4v., Madrid, José Porrúa Turanzas, editor, 1966, t. III, p. 323-325.



Figura 41. Enfrentamiento entre los corsarios al mando de Joris van Spilbergen y las fuerzas de Sebastián Vizcaíno en el puerto de Salagua, según grabados de Jan Jansson.

capitán Juan Matheo Mange que, según veremos, recorrieron sitios muy próximos y, en parte los mismos que los visitados por Oñate, supieron acerca de la expedición de éste. Así el capitán Mange nota expresamente que conoció lo escrito por el padre Zárate Salmerón e incluso compara lo que este asentó con lo difundido por el carmelita fray Antonio de la Ascensión.¹²

Aunque en un principio, como ocurrió con Kino, el capitán Mange se sintió persuadido por lo manifestado por Zárate Salmerón y por fray Antonio, a la postre, colaborando con Kino, hubo de cerciorarse de que el gran brazo de mar no era sino “el seno del mar Californiano”. Antes, sin embargo, de que, por obra de las expediciones de Kino entre 1698 y 1702 —en algunas de las cuales participó Mange— se pudiera hablar y elaborar mapas acerca “del paso por tierra a California”, tuvieron lugar otros varios hechos a los que aquí importa atender.

¹² Juan Matheo Mange, *Luz de tierra incógnita en la América septentrional y Diario de las exploraciones en Sonora*, versión, notas e índice por Francisco Fernández del Castillo, México, 1928, p. 129 (Publicaciones del Archivo General de la Nación, X).

Nuevos quehaceres de Vizcaíno y aparición de los corsarios holandeses en 1615

Aunque Vizcaíno pretendió continuar en sus empeños en torno a California, el nuevo virrey, Marqués de Montesclaros, se opuso a tal proyecto. Además, vio cancelado el mismo Vizcaíno el nombramiento que se le había hecho de general de las naos de Filipinas en reconocimiento por sus trabajos y para el establecimiento que se pensó hacer en el puerto de Monterrey. En compensación obtuvo el cargo de alcalde mayor de Tehuantepec. Tras una serie de nuevos cambios de parecer, habiendo realizado entre tanto un viaje a España, recibió la encomienda de emprender una salida con rumbo al Japón. Para esa empresa, que se inició el 21 de marzo de 1611, se señalaba que, además de actuar Vizcaíno como embajador en el Japón, debía obtener a su regreso información fidedigna sobre las islas nombradas “Rica de Oro” y “Rica de Plata”, que supuestamente se encontraban en el Pacífico entre la California y el Japón.

Vizcaíno realizó su viaje a Japón pero desde luego no llevó a cabo la búsqueda de lo que era mera fantasía, entre otras cosas



Figura 42. En esta figura y la siguiente se presentan ejemplos de los primeros mapas en que California aparece como isla. Portada de la edición de 1624 de la obra de Antonio de Herrera impresa en Frankfurt



Figura 43. Carta diseñada por Henry Briggs en 1625, incluida en la obra de Samuel Purchas, Hakluytus Posthumus or Purchas, His Pilgrims, London, 1625. Como se expone en el presente libro, uno de los textos que aparecen en el mapa indica que, con base en un mapa español —tal vez copia del preparado por el carmelita Antonio de la Ascensión—, del que se apoderaron los holandeses, se había sabido que California no era península, sino isla.

porque hubo de regresar en un barco japonés. En el mismo llegó a la Nueva España la que se ha descrito como primera embajada del país del "Sol del lejano Oriente".¹³ Establecido luego Vizcaíno, desde 1614 en Sayula, Jalisco, tuvo una última actuación que, por cierto, guarda relación con esta historia.

El corsario holandés Joris van Spilbergen, al mando de varios navíos, tras cruzar el estrecho de Magallanes, había aparecido en el Pacífico con el doble propósito de asaltar a los galeones de Manila y realizar un ataque bien planeado en las Filipinas. Spilbergen saqueó a lo largo de su derrotero varios puertos en Sudamérica. Más tarde, entrando en Acapulco en son de tregua, canjeó a veinte prisioneros españoles por bastimentos. Siguiendo luego hacia el norte, llegó a Salagua. Allí,

¹³ Véase: W. Michael Mathes, *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el océano Pacífico*, México, Universidad Nacional, 1973, p. 99-126.

en noviembre de 1615, se apoderó de una embarcación, el *San Francisco*, que era propiedad de una compañía que, desde 1613, habían fundado Tomás de Cardona y varios socios para nuevas exploraciones y establecimiento de pesquerías de perlas en California.

Consumada esta depredación, los corsarios se encaminaron al puerto de Salagua. Vizcaíno, enterado de esto, con gran celeridad reunió cerca de doscientos hombres y esperó allí a los intrusos. Estos efectivamente entraron en Salagua el 10 de noviembre de 1615. Suponiendo que el lugar estaba desguarnecido, avanzaron en busca de bastimentos y cayeron en la emboscada que les tenía dispuesta Vizcaíno. Se conservan grabados ejecutados por el holandés Jan Jansson, en los que se muestra lo que ocurrió. Los corsarios tuvieron que huir dejando algunos muertos y a otros que fueron hechos prisioneros. Spilbergen decidió entonces retirarse y zarpó, no ya a cabo



AVIRGINIAN



AMAGELLANIC



ABRASIEIAN



AMAGELLANIC





Lámina XXV. *California como isla en un mapa de América impreso por John Overton, Londres, 1668. Está basado en producciones anteriores sobre todo en las que comenzó a difundir John Speed en 1626-1627. California aparece en su extremo norte con un litoral, que se extiende de oriente a poniente casi sin incidentes. Las viñetas son de interés entre ellas las de algunas ciudades del Nuevo Mundo en su extremo superior.*



Figura 44. Primer mapa —según R. V. Tooley— en el que se concede particular énfasis a California y Nuevo México, delineado por Nicholas Sanson d'Abbeville, París, 1656. En su extremo norte, los litorales californianos presentan indentaciones por supuesto imaginarias. Es interesante que, a la derecha (oriente) de Nuevo México, se lee "Canada o Nueva Francia". Sanson y sus hijos ejercieron gran influencia con sus mapas, que continuaron publicándose a lo largo del siglo XVII, y hasta 1715, con la representación de California como isla.

San Lucas en espera del galeón de Manila, sino hacia las Molucas.

Este suceso le trajo a Vizcaíno el nombramiento de alcalde mayor de Acapulco. Ahora bien, si se desvaneció entonces, gracias a su rápida actuación el riesgo que planteaban Spilbergen y sus corsarios, a la distancia en que nos hallamos de cuanto ocurrió desde la aparición de estos holandeses frente al litoral novohispano, cabe plantearse una pregunta. Se refiere ésta al tema de la influencia que tuvo la exploración de Vizcaíno de 1602-1603 en la cartografía universal.

California como isla y la reiteración acerca del estrecho de Anián

La cuestión a la que debemos dar entrada tiene que ver con el mapa y las noticias propaladas por el carmelita fray Antonio de la

Ascensión, acompañante de Vizcaíno que, según vimos, sostenía la insularidad de California. La que puede tenerse como más temprana y directa alusión a dicho mapa, se halla precisamente en una carta de la América septentrional publicada en 1625. Apareció ésta incluida en la célebre obra de Samuel Purchas, *Hakluytus Posthumous or Purchas His Pilgrims*, Londres, 1625. Este mapa, grabado por R. Elstracke, fue diseñado por Henry Briggs, profesor de astronomía en Oxford. Briggs estaba tan interesado en el asunto del paso o estrecho septentrional entre el Atlántico y el Pacífico que llegó a publicar un "Breve discurso" sobre el mismo.

En las leyendas que acompañan al mapa que publicó en 1625 hay una en que alude a dicho paso del noroeste y registra los nombres de algunos exploradores ingleses que se habían ocupado de esto. Y además, en el título

lo mismo del mapa, al describir lo que abarca, manifiesta que:

Contiene la Terranova, Nueva Inglaterra, Virginia, Florida, Nueva España, Nueva Francia, con las ricas islas de Española [Santo Domingo], Cuba, Jamaica y Puerto Rico, en el sur, y hacia el poniente, la larga y provechosa isla de California. Los límites de esta [región: Norte América] son el océano Atlántico al sur y al oriente; el mar del Sur [el Pacífico] al poniente; y por el norte el estrecho de Hudson y la bahía de Buton, una buena entrada al cercano y muy templado paso hacia Japón y China.

Respecto específicamente de California se incluye otra leyenda que señala el origen de la información que ha determinado se la presente como isla:

California, que se supuso algunas veces era parte del continente occidental; pero desde entonces, en un mapa español del que se apoderaron los holandeses se halla que es una provechosa isla; la longitud de su costa occidental es de cerca de 500 leguas, desde el cabo Mendocino hasta el cabo San Lucas, según aparece tanto por esa carta española como por la relación de Francisco-Craule, en tanto que en las cartas ordinarias se representa de 1700 leguas.

El mapa español al que se hace alusión en el texto citado se derivaba, de un modo o de otro, del preparado por fray Antonio de la Ascensión y tenía que ver asimismo con las noticias que éste y otros propalaron sobre la insularidad de California. Cabe incluso pensar que pudieron haber sido los corsarios de Spilbergen quienes se apoderaron de dicho mapa en sus correrías por las costas de Nueva España. Consta de hecho que, entre otras cosas y según ya vimos, se habían adueñado en Salagua del navío *San Francisco* que pertenecía a Nicolás de Cardona que, por encargo de su tío Tomás, había hecho ya algunas exploraciones en el golfo de California. Por las relaciones que el mismo Nicolás escribió se sabe que también estaba él persuadido de que California era una isla y asimismo de que, al norte del brazo de mar que la circundaba, estaba la entrada al estrecho de Anián. Siendo muy probable que tales ideas las hubiera obtenido de la información a su alcance —la derivada del viaje de Vizcaíno y de los informes del carmelita— es también verosímil que en la embarcación suya, de la que se apoderó el holandés Spilbergen, hubiera copia del

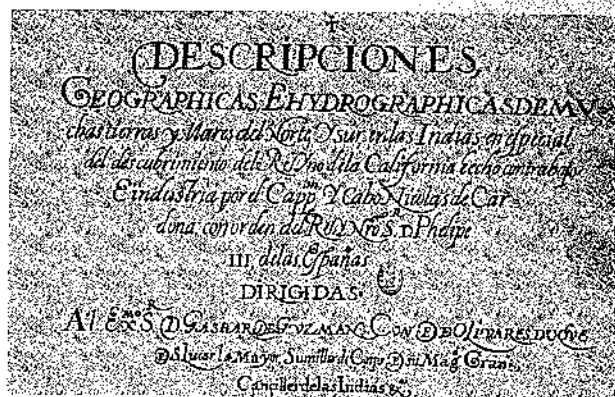


Figura 45. Portada del opúsculo de Nicolás de Cardona, dirigido a Felipe III en el que proporciona "Descripciones geográfica e hidrográficas . . . , en especial del descubrimiento del reino de la California . . .", 1617.

"mapa español" que habría de inspirar el gran cambio en la cartografía.

El hecho es que, a partir del ya citado mapa de la América del Norte, diseñado por Briggs y publicado en 1625, son innumerables los mapas —del noroeste de la Nueva España, de Norte América, del Nuevo Mundo y asimismo los Mapamundis— en los que a lo largo del siglo XVII y durante las primeras décadas del XVIII California se delinea como una enorme isla que se inicia cerca del paralelo 23° y termina cerca del 43°.

El estudioso de la historia de la cartografía R. V. Tooley ha dispuesto un opúsculo en el que da a conocer cien mapas, publicados de 1625 hasta fecha tan tardía como es 1770 en que California es objeto de tal errónea representación.¹⁴ De ese gran conjunto de mapas ofrezco aquí algunas muestras con sus correspondientes comentarios. Además, y como prueba de que tal forma de trazar el perfil geográfico de California no tuvo universal aceptación, aduciré otros mapas de ese período, en que ésta aparece como península.

Exploraciones menores en el mar de Cortés y los afanes en torno a las pesquerías de perlas: la empresa de los Cardona

No obstante el obvio éxito de la segunda expedición de Vizcaíno, en cuanto a la infor-

¹⁴ R. V. Tooley, *California as an Island, a geographical Misconception, illustrated by 100 Examples from 1625 to 1700*, London, The Map's Collector's Circle, 1964. Nota Tooley en esta publicación (p. 3), que en realidad la primera representación de California como isla aparece en un pequeño mapa, incluido como una viñeta en la portada de la *Historia de las Indias* de Antonio de Herrera, Madrid, 1622. El mismo Herrera en su mapa de América, en la misma edición, mantiene la idea de California como península.



AMERICA SEPTENTRIONALIS

AMSTELÆDAMI,
Excudit Ioannes Ianssonius

Lámina XXVI. *Mapa de América del Norte por el holandés Jan Jansson, publicado en numerosas ediciones a partir de 1638. A diferencia de otros cartógrafos holandeses como Hondius, Blaeu y Visscher que tardaron en incorporar sus mapas a la idea de California como una isla, Jansson la aceptó muy pronto y ejerció gran influencia en este punto.*

mación que allegó sobre el litoral del Pacífico, el conocimiento del golfo de California seguía siendo bastante limitado. Y no sólo eso sino que, por obra de la propalada especie acerca de la insularidad californiana, al desconocimiento de muchas de las características del litoral interno se sumó la duda sobre lo que pudiera haber en su extremo norte. La cuestión que más parecía importar era la de si por allí estaba precisamente la entrada al tan buscado estrecho de Anián, vía tan deseada para cruzar, por el norte, del Pacífico al Atlántico.

La mención de estas circunstancias ayudará a comprender por qué, a lo largo de buena parte del siglo XVII, proliferaron los intentos de explorar el mar de Cortés. Sorprende, sin embargo que, quienes provistos de licencia real se embarcaron con tal fin —y a la vez con el de hacer fortuna con las perlas y las minas que se decía existían en California— lograran menos de lo ya antes alcanzado, desde 1539 y 1540, por Francisco de Ulloa y Hernando de Alarcón. Uno y otro, según vimos, habían navegado hasta el interior del golfo, es decir hasta las bocas del Colorado. Sus relaciones eran lo suficientemente claras, y lo mismo el mapa de Domingo del Castillo, piloto en ambas expediciones, como para haber determinado ya una adecuada delineación de la península en la cartografía universal.

Tal vez el hecho de que las fantasías de fray Antonio de la Ascensión hubieran alterado, también en la cartografía universal, la imagen geográfica de California, vino a acrecentar la continuada ignorancia respecto de lo que era ese golfo o mar interior. Así las cosas, nos encontramos con que en marzo de 1613 se constituía en España una compañía formada por varios personajes vinculados casi todos con la administración real, y entre los que tenía papel principal Tomás de Cardona. Dicha compañía se proponía establecer pesquerías de perlas en el litoral del Pacífico y asimismo explorar las costas interiores de California. Correspondió a dos subalternos en dicha compañía, Nicolás de Cardona, sobrino de Tomás y Juan de Iturbe, pasar al Nuevo Mundo y llevar a cabo varias entradas a California. Además de esto Nicolás de Cardona sirvió en varias ocasiones, participando en la defensa de puertos en peligro de ser atacados por piratas, y llevando a cabo con sus buzos el rescate de valiosos objetos que, al

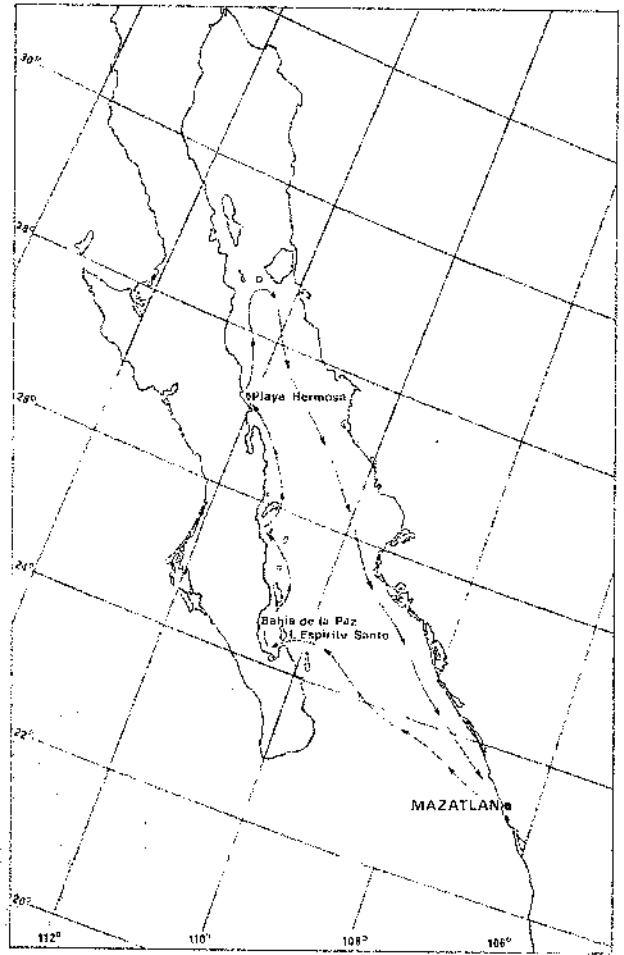


Figura 46. La expedición de Nicolás de Cardona.

hundirse algunos galeones cerca de La Habana, se daban por perdidos en el fondo del mar.

En una primera expedición Cardona e Iturbe, zarpando de Acapulco con tres embarcaciones el 21 de marzo de 1615, penetraron en el mar interior de California. En su recorrido visitaron el puerto de La Paz, y otras bahías e islas, hasta llegar

a treinta grados por la misma costa, atravesó [luego] el brazo de mar para descubrir si había tierra a la banda del este; y habiéndola descubierto, subió por ella a la vuelta del norte hasta treinta y cuatro grados [!], y de aquí volvió a atravesar a la California, y fue descubriendo por la una y la otra parte toda la costa, y reconociendo grandísimas serranías peladas y ricos minerales de oro y plata en ellas...¹⁵

A la fantasía de haber navegado hasta 34°, se suman otras como la referente a una reina obedecida por todos y que recuerda a la Calafia de las *Sergas de Esplandián*:

¹⁵ "Memorial del capitán Nicolás de Cardona al Rey sobre sus descubrimientos y servicios en la California", en *Californiana II, Documentos para la historia de la explotación comercial de California*, editados por W. Michael Mathes, 2v., Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1979, t. 1, p. 52.

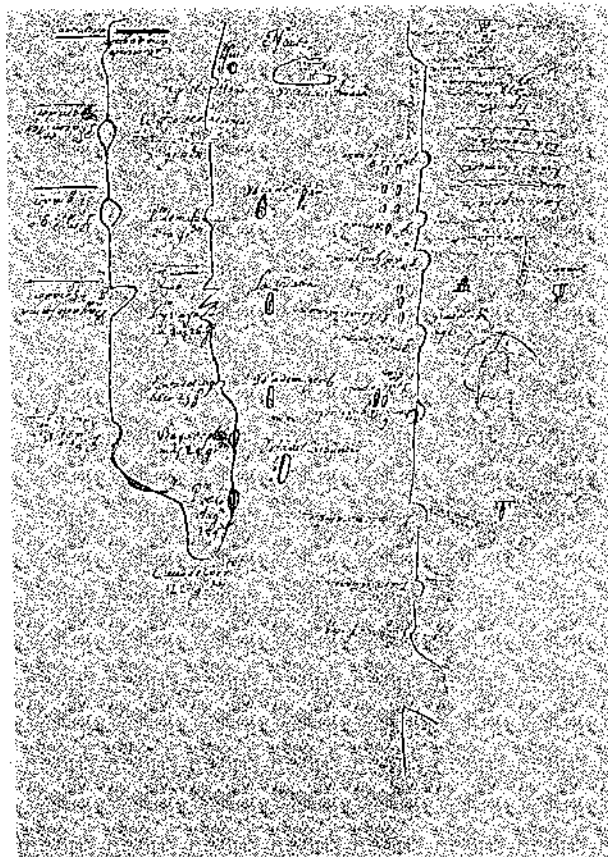


Figura 47. Mapa dibujado por Juan López de Vicuña e incluido en una Memoria que éste preparó para dar a conocer su parecer respecto a ulteriores exploraciones en California. Con gracejo termina su Memoria diciendo: "esto que está aquí escrito es verdad porque lo he visto y experimentado y andado; y por ello, siendo algo en contra, daré la cabeza..." (Archivo General de Indias, Audiencia de México, 56.) Abarca este mapa desde cabo San Lucas hasta aproximadamente el paralelo 30, aunque hay anotaciones más arriba de los 30° señalados por él. Sobre la costa del Pacífico expresa "Puerto Monterrey, con los grados tachados y cabo Mendocino, 40°".

Tienen muchas poblaciones la tierra adentro y se gobiernan por reyes y caciques; y todos reconocen vasallaje a una mujer, que ellos decían era muy alta, y le pagaban tributo de perlas, plata y oro y ámbar y otras drogas odoríficas que produce la tierra; y que de estos tributos tenía un gran templo lleno, cuya riqueza no se sabe numerar; y así lo certifican los indios de quien nos informamos...¹⁶

A lo fantástico se añaden también afirmaciones que son eco de lo expresado por otros, como la de reiterar que California:

Es isla, aunque algunos han querido afirmar ser tierra firme...

¹⁶ *Ibid.*, p. 60.

Asimismo por este paraje se ha de descubrir el estrecho de Anián, que corresponde a la mar del Norte y costa de Terranova... con que será más cierta la comunicación de la mar del Norte [Atlántico] con la del sur [Pacífico], que por el estrecho de Magallanes, porque se entiende que el mismo brazo de California lo es.¹⁷

Del regreso de Cardona al puerto de Salagua y de la pérdida allí del *San Francisco*, uno de sus navíos, que cayó en poder de Spilbergen, ya hemos hablado. Con las otras dos embarcaciones de la compañía realizó luego Juan de Iturbe nueva salida. Fruto de ella fue haber obtenido algunas perlas que provocaron muchos comentarios en México. Cardona, que como ya se dijo, prestó otros importantes servicios a la corona, no realizó ya más navegaciones en torno a California. Entre lo más significativo de lo que, en fin de cuentas, aportó, sobresale el conjunto de dibujos, que acompañan a sus *Descripciones geográficas e hidrológicas de muchas tierras y mares del norte y sur en las Indias, en especial del descubrimiento del reyno de la California*... dirigidas al Conde duque de Olivares en 1632. En tal manuscrito se hallan dibujos, "descripciones", que van desde la bahía de La Habana, la laguna de Términos, Veracruz y Panamá hasta otras de distintos accidentes en las costas del Pacífico, que incluyen los puertos de Acapulco, Zihuatanejo, Motines, Manzanillo, Salagua, Navidad, Banderas, Navolato y, ya en California, La Paz y "Playa hermosa". De estos dibujos o descripciones, que cuentan entre las más tempranas imágenes relativas a California, ofrezco aquí algunas muestras.

Cuando Cardona presentó sus *Descripciones geográficas* en 1632, otros se aprestaban ya para entrar en California, en realidad con propósitos muy parecidos, aunque encubiertos so capa de ir a investigar si convenía, y cómo, continuar las exploraciones en el mar interior y si sería de utilidad hacer algún establecimiento permanente y, en su caso, dónde debía éste localizarse.

Se consultan opiniones por disposición del Consejo de Indias y realiza tres viajes Francisco de Ortega (1632-1636)

A pesar de lo poco que había logrado la compañía de los Cardona, siguieron eleván-

¹⁷ *Ibid.*, p. 58 y 61.



AUDIENCA DE
GUADALAJARA,
NOVA MEXICO
CALIFORNIA &c.
Per N. Sanjon.

MAR

CALIFORNIA

DEL

SUD,

five

Linea sub Tropico Cancri.
PACIFICUM.

APACHES

DE

NAVAJOX

NOVA

APACHES VA

QUEROS

MEXICO

QUIVIRA

AIXAI

XABOTAI

AUDIENCA

DE

CULIACAN

GUADALAJARA

CHIAMET

LA

GUADALAJARA

MEXICO

45

40

35

30

25

280

275

270

265

260

255

250

245

240

235

275

270

265

260

255

250

245

240

235

230

Lámina XXVII. *Mapa con texto en español de la Audiencia de Guadalajara con Nuevo México y California, por Nicholas Sanson, 1656. Las obras cartográficas de Sanson continuaron difundiendo la idea de California como isla hasta 1715.*



Figura 48. Derrotero de la primera expedición del capitán Francisco de Ortega, 1632.

dose ante las autoridades reales nuevas solicitudes de explorar California y establecer pesquerías de perlas. Entre otros buscaban las requeridas licencias Martín de Lezama, yerno de Sebastián Vizcaíno y el capitán Felipe Bastán de Santiago. Ante tal situación, hubo de expedirse una real cédula, de fecha 2 de agosto de 1628, dirigida a la Audiencia de México, en la que se ordenaba investigar “la forma y manera en que podrá hacerse el descubrimiento, en caso que convenga ponerlo en ejecución...”¹⁸

Cumpliendo con tal disposición, la Audiencia realizó amplias consultas, entre otros con fray Antonio de la Ascensión, Enrico Martínez, Gonzalo de Francia y Juan López de Vicuña. El carmelita respondió insistiendo en que urgía proseguir en la empresa, para evangelizar a los nativos y descubrir el paso o estrecho del norte. Sugería se fundara cuanto antes un asentamiento en la bahía de San Bernabé, inmediata a cabo San Lucas. Por su parte Enrico Martínez se mostró muy escéptico, dudando acerca del provecho que pudiera derivarse de viajes tan costosos y que siempre habían resultado fallidos.

En este contexto es de interés citar una *Memoria* hecha por el capitán Juan López de Vicuña “de lo que sabe bien verdaderamente desde la boca de la California . . . , todo lo

que por dentro de la boca está descubierta de una banda y de otra . . .”¹⁹ Para acompañar a dicha memoria preparó un mapa que se conserva en el Archivo General de Indias (*Audiencia de México*, 56) y que aquí reproduzco. El interés de dicho mapa está, tanto en la toponimia que introduce —en parte al menos no confirmada en otras fuentes— y sobre todo en la cautela que supone. Dice así que:

Ésta es la costa que está descubierta en la California, desde el cabo de San Lucas hasta 31 grados; falta por descubrir lo que va a decir de treinta y un grados [en adelante] . . . para ver si hay boca al mar del Norte, o que hasta ahora todos los que dizque conocen . . . hablan a bulto . . .

En efecto, ciñéndose a lo que piensa se sabe, en su mapa no pasa de los 30°. Con gracejo concluye su memoria expresando que

Esto que está aquí escrito es verdad porque lo he visto y experimentado y andado; y por ello, siendo algo en contra, daré la cabeza . . .²⁰

Tras haber hecho estas y otras consultas, el virrey, que era el marqués de Cerralvo, tuvo a bien aceptar los ofrecimientos de un antiguo carpintero de ribera, Francisco de Ortega, natural de Cedillo (Toledo). Este había estado trabajando con Lezama, el yerno de Vizcaíno en la fábrica de un navío cerca de la desembocadura del río Grande de Santiago en la Nueva Galicia. Disgustado con Lezama y una vez que éste abandonó su intento, Francisco de Ortega continuó por su cuenta hasta tener lista, en 1631, una fragata suya que nombró la *Madre Luisa de la Ascensión*.

Ortega, con gran sagacidad, obtuvo entonces la deseada licencia precisamente para servir al virrey en la pesquisa tocante a la conveniencia de proseguir en la exploración del mar interior de California. Se le ordenó así

hacer viaje vía recta a las dichas Californias, descubrir y reconocer los puertos y ensenadas de aquellas islas y costas, observando los rumbos, derroteros y alturas de la navegación . . . sondeando los puertos fondeables que hubiere y haciendo itinerario particular y descripción, en la forma y con la distinción y claridad que se acostumbra en los nuevos descubrimientos, procu-

¹⁸ Véase “Real Cédula sobre la conquista de California, 2 de agosto de 1628”, en *Californiana II*, op. cit., t. I, p. 135.

¹⁹ “Memoria hecha por Juan López de Vicuña, 9 de mayo de 1629”, en op. cit., t. I, p. 137.

²⁰ *Ibid.*, t. I, p. 142.



Figura 49. Derrotero de la tercera expedición del mismo capitán Ortega, 1636.

rando con particularidad enterarse de qué naturales habitan aquella tierra, sus costumbres y modo de vivir, sin hacerles ofensa ni mal trato, antes toda la caricia y agasajo posible...²¹

Importa destacar lo principal en lo llevado a cabo por Ortega que realizó tres viajes (27 de febrero-3 de julio, 1632), (8 de septiembre, 1633-8 de abril, 1634) y (11 de enero-16 de mayo, 1636). En extremo interesante es lo que, a punto de embarcarse, consignó el notario del presidio de Acaponeta:

Manifestó una campana de madera y plomo, artificio nuevo y traza del dicho capitán Francisco de Ortega, para que puedan ir una o dos personas dentro de ella a cualquier cantidad de fondo, sin riesgo de ahogarse, aunque se esté debajo del agua diez o doce días [...].²²

El dicho artificio no pretendía ser otra cosa sino nada menos que lo hoy llamado campana de buceo o batiscafo. Lo de que con tal invento se podía descender "a cualquier cantidad de fondo" y permanecer allí "diez o doce días", suena ciertamente a fantasía. Sin embargo, el escribano hizo registro de "dicho

²¹ "Testimonios de los pedimentos y autores hechos con Francisco de Ortega, en razón del viaje que como cabo de su fragata hizo al descubrimiento y demarcación de la California, 1633", *op. cit.*, t. I, p. 285.

²² "Demarcaciones y descripciones hechas por Francisco de Ortega, 1632-1636", *op. cit.*, t. II, p. 408.

artificio". La lástima es que no quedara del mismo dibujo alguno.

Ortega en sus tres viajes visitó varios lugares ya bastante conocidos y desembarcó en otros menos o nada explorados. En sus relaciones se trasluce su gran empeño que era el de las perlas. De interés es enumerar los topónimos por él introducidos y que han perdurado hasta el presente: a la isla que Cortés había nombrado de Santiago, le dio el título del virrey marqués de "Cerralvo"; puerto de las Palmas (bahía de...); isla del Espíritu Santo (antes isla de las Perlas), isla de San Joseph (isla de San José); isla de Nuestra Señora del Carmen (isla del Carmen); bahía de los Danzantes; isla de los Coronados; isla de San Ildefonso; isla de la Ballena.

Aunque, erradas sus mediciones de la altura máxima a que llegaron —pretendidamente 36° 50'—, por la descripción de las islas que fueron avistando es probable que la que llamaron de "San Sebastián" corresponda a la de San Lorenzo y, poco más arriba la que bautizaron como "Punta del Buen Viaje", sea la de las Ánimas. En realidad parece que alcanzaron poco menos de 29°.

Dato también digno de recordación es que, habiéndose hecho pedazos su fragata en el tercero de sus viajes, Ortega con la tablazón de la misma y "con otras maderas de la California", logró construir "un barco masteleiro" con el que pudo regresar a Nueva España.

Fuerza es reconocer, por otra parte, que en materia de sondeos y demarcaciones de puertos o en asunto de derroteros y alturas, lo que pudo aportar Ortega se reduce a bien poco. Así, al tiempo de su regreso, a mediados de 1636, la incertidumbre continuó prevaleciendo.

Otros fallidos intentos y la más acertada exploración de Pedro Porter y Cassanate

Me limitaré a enumerar la serie de fallidos intentos, frente a los cuales fue única excepción, digna de reconocimiento, la del almirante Pedro Porter y Cassanate (1648-1649). Por una parte, el ya conocido Nicolás de Cardona volvió a solicitar hacia 1635 autorización para proseguir en sus exploraciones. Su proyecto no cristalizó. Por otra, Francisco Vergara, que había alcanzado licencia para iniciar una parecida empresa, hizo cesión de sus derechos a un personaje que se vio en-

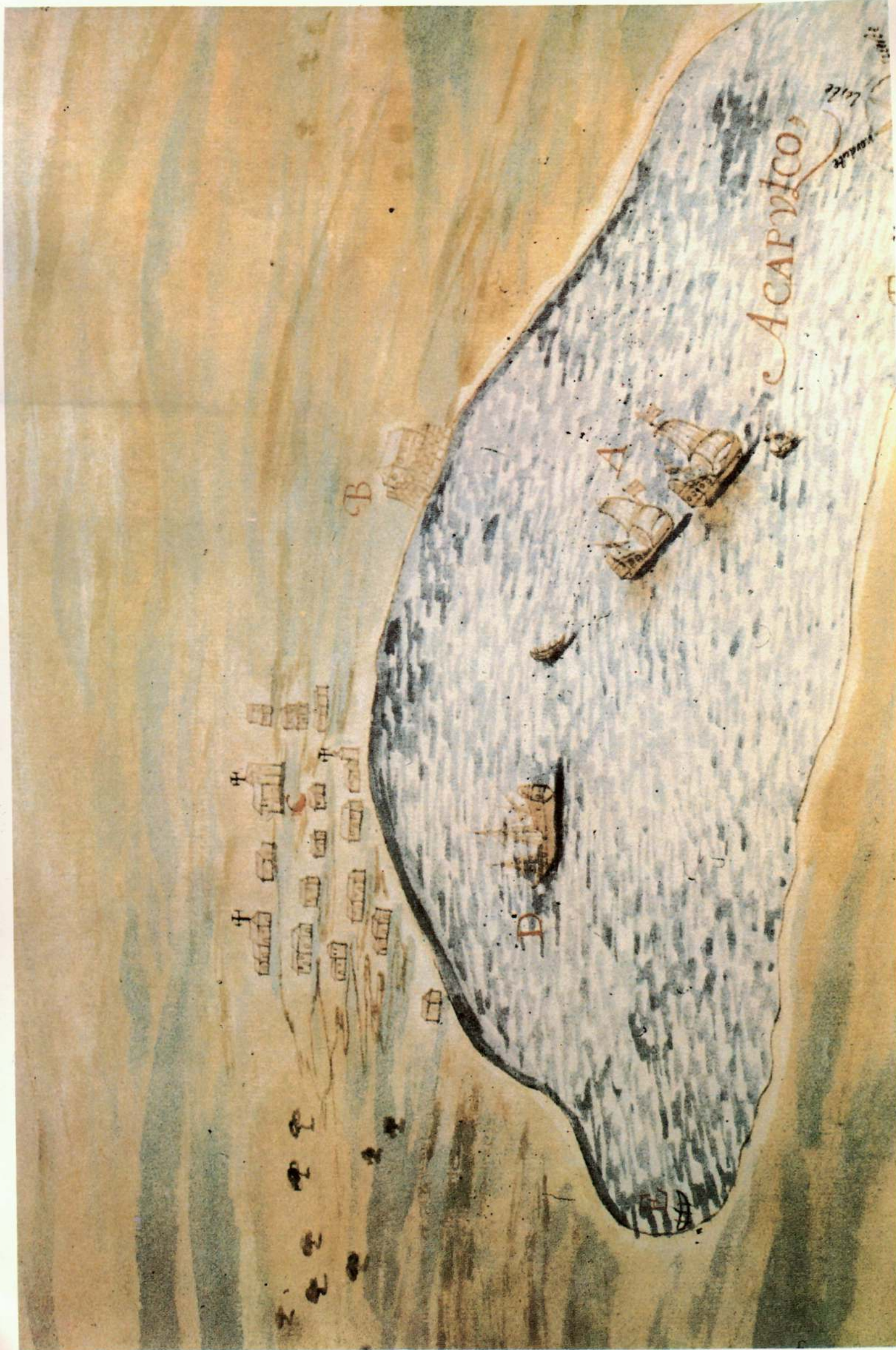


Lámina XXVIII. *El puerto de Acapulco en las Demarcaciones de Nicolás de Cardona. Las varias letras de identificación marcan: a) las embarcaciones de Cardona que zarparán con rumbo a California; b) el fuerte de San Diego; c) el pequeño pueblo de Acapulco; d) el barco en el que llegó la embajada de los japoneses, al frente de la cual venía Hasekura.*

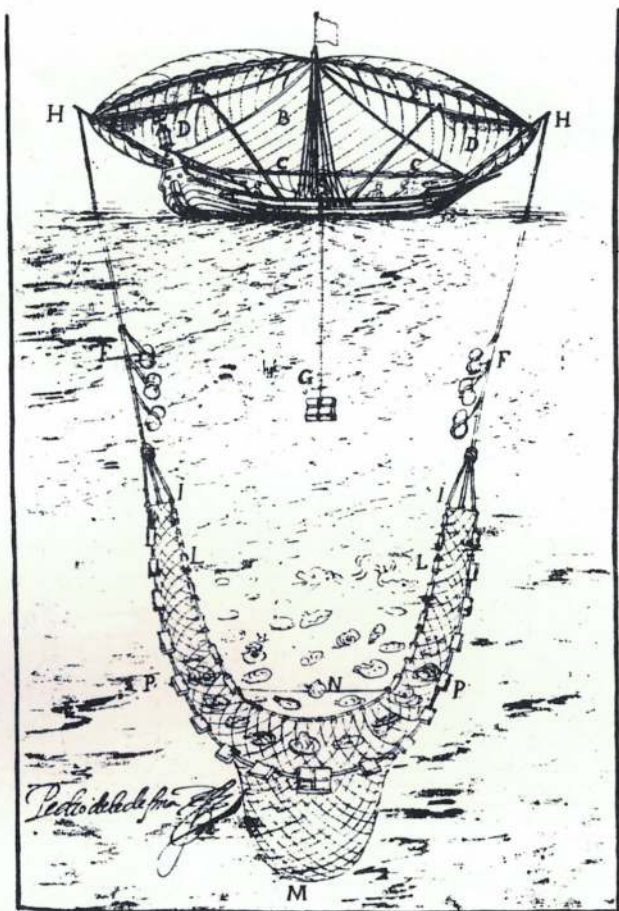


Figura 50. Dibujo de época cercana (1623) a las expediciones de Francisco de Ortega. En él se muestra cómo pescar perlas valiéndose de una red. Lleva la firma de Pedro de Ledesma, que había sido secretario del Consejo de Indias precisamente hasta 1622. Se conserva en el Museo Naval, Madrid, manuscrito 1035. Ha sido publicado con su texto y otras ilustraciones, y con prólogo de María Dolores Higuera, *Pesca de perlas y busca de galeones*, 1623, Madrid, Ministerio de Defensa, 1986.

vuelto en un ruidoso proceso, Francisco Esteban Carbonel. Denunciados, como de nacionalidad francesa, él y otros asociados suyos —todos manifestaban ser valencianos— se dijo además que pretendían hallar el famoso estrecho de Anián para beneficio de Francia. Detenido Carbonel en Guadalajara, su proyecto quedó cancelado.²³

En una obra en que se pretenda hacer un elenco completo de cuantos se propusieron realizar exploraciones en California y poco o nada alcanzaron, deberán recordarse no sólo los nombres sino también lo más sobresaliente de lo intentado por quienes merecen unas veces el título de aventureros y otras el

²³ Véase: "Testimonio y autos hechos contra Francisco Esteban Carbonel, 1636-1637", *op. cit.*, t. I, p. 553-614.

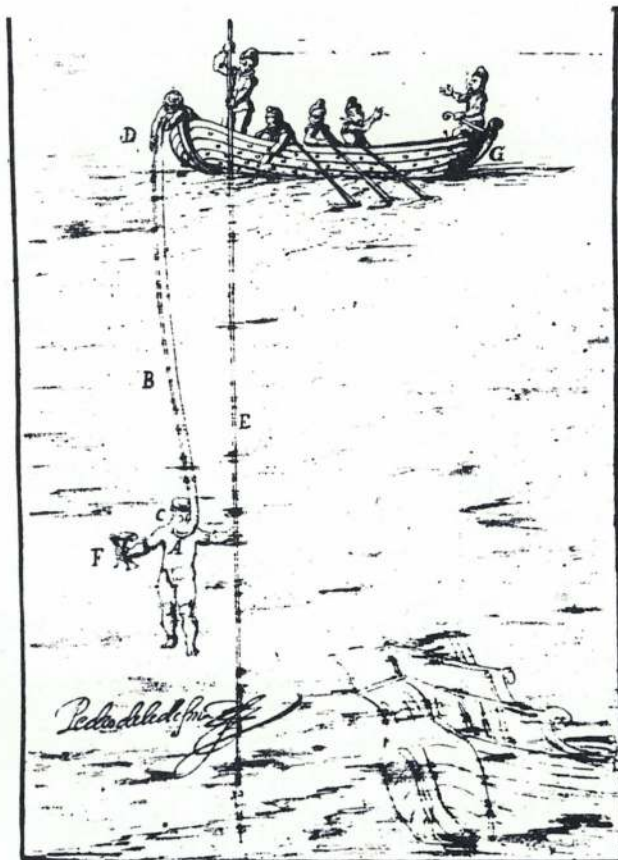


Figura 51. "Otro modo y segura invención para que una o dos más personas abaxen a el fondo de la mar en parte donde haya 16 hasta 25 brazas de agua y que esté[n] tres o cuatro horas". Dibujo incluido en el manuscrito ya citado.

de ilusos. Aquí me limitaré a dar nombres y fechas: Luis Cestín de Cañas, gobernador de Sinaloa cruzó el golfo en julio de 1642 y estuvo en sitios ya conocidos; Luis de Porras que, en un "bajel de combate", zarpó en enero de 1644 para prevenir a los galeones de Filipinas del peligro de piratas y llegó sólo a cabo San Lucas; Bernardo Bernal de Piñadero, aventurero que sólo logró en 1664 obtener algunas perlas y dejó abandonados a dos de sus hombres en una isla (¿Espíritu Santo?) y fue procesado por sus actos, y Francisco de Lucenilla que en 1668, sin mayores frutos, recorrió desde el sur de la península, probablemente hasta bahía de la Concepción.²⁴

Caso aparte, en la serie de navegaciones en las aguas californianas fue el del almirante Pedro Porter y Cassanate. Oriundo de Zaragoza, después de distinguirse como soldado, alférez, capitán y marino, con participación meritoria en diversos hechos de armas, inclu-

²⁴ Acerca de estos fallidos viajes véase: Hubert H. Bancroft, *History of the North Mexican States and Texas*, 2 v., San Francisco, A. L. Bancroft and Co., Publishers, 1884, t. I, p. 184-186.

yendo acciones navales, concibió la idea de emprender un cuidadoso recorrido para demarcar, según todas las reglas del arte, los litorales californianos y esclarecer en definitiva sus secretos. A este respecto debe recordarse que, siendo aún muy joven —sólo veintitrés años— Porter había escrito y publicado un pequeño libro intitulado *Reparo a errores de la navegación española* (Zaragoza, 1634). En él ofrece teoría y aplicaciones prácticas que ponen al descubierto su sólida formación en el arte de navegar.

Porter inició sus gestiones para entrar en California desde 1635. De hecho obtuvo entonces licencia del virrey marqués de Cerralvo. Sin embargo, cuando tenía ya casi listo un barco en Acapulco, le fue cancelada la autorización. Marchó entonces a España para insistir allí en su demanda. En su viaje, hallándose cerca de La Habana, cayó en manos del pirata holandés conocido como "Pie de palo". Liberado, presentó al soberano en 1640

un *Memorial* bastante pormenorizado en el que exponía las razones que le movían y por las que, pensaba, era en extremo conveniente adelantar sustancialmente las exploraciones en los mares californianos. A la postre, en atención a sus amplios merecimientos, acordó el rey la autorización para que Porter pudiera hacer los descubrimientos a su costa, sin limitación de latitudes o longitudes y sin que se le fijara tampoco un plazo determinado.

En septiembre de 1643 inició Porter sus trabajos en la Nueva España. Disponiendo de una fragata, la *Nuestra Señora del Rosario*, hubo de emplearla antes de lo previsto, ya que a comienzos de enero del siguiente año la envió para apercebir y auxiliar a los galeones procedentes de Filipinas, ante la noticia de la presencia en esos mares de piratas holandeses. Mientras tanto Porter se dedicó a la construcción de otras embarcaciones en la boca del río de San Pedro (es decir en el Grande de Santiago). Nueva perturbación fue entonces

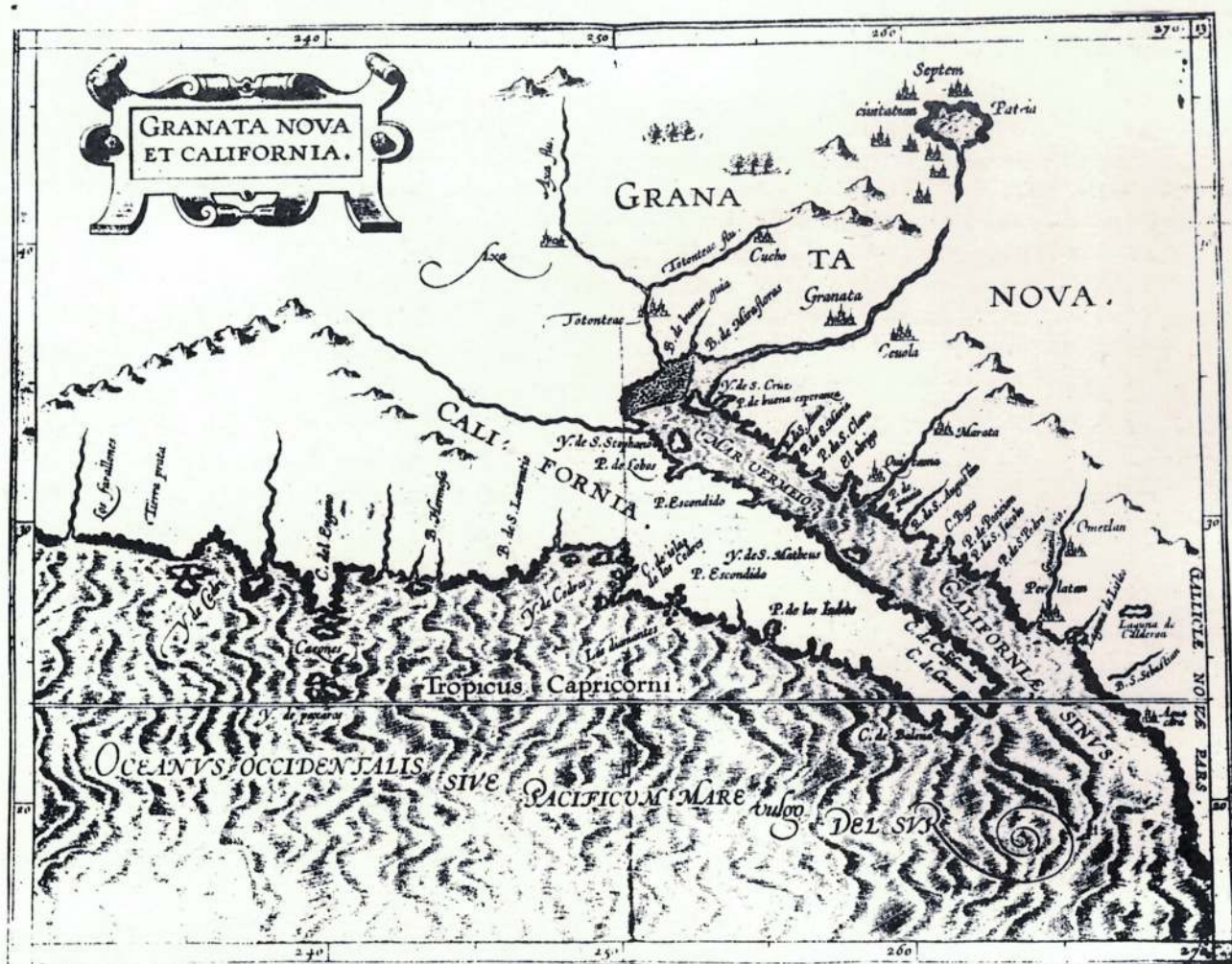
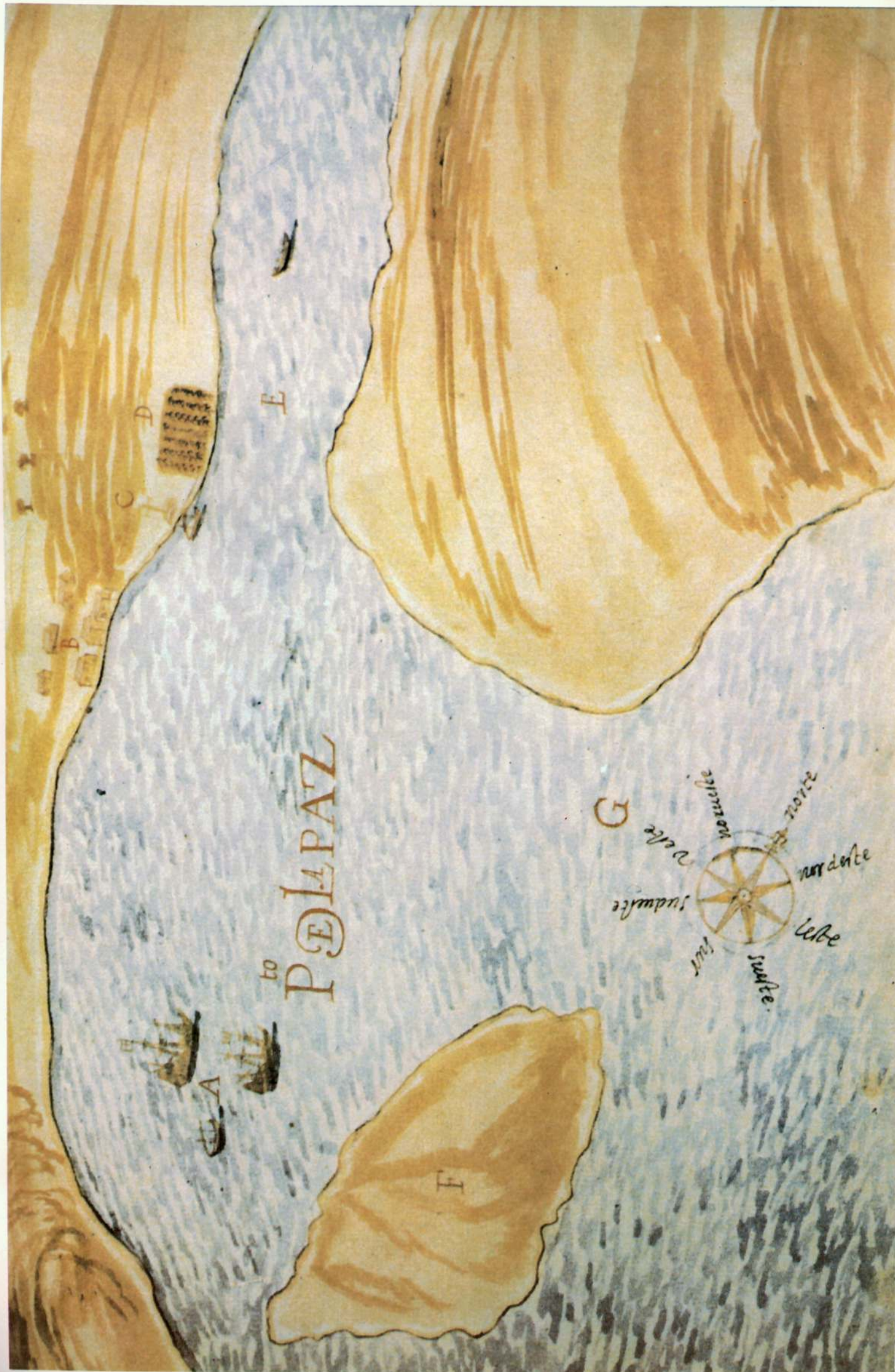


Figura 52. Nueva Granada (desde Sinaloa hasta las Pimerías) y California, por el holandés Pieter Goos. En el extremo superior "el estrecho de Anián". California como isla aparece representada con numerosos accidentes —imaginarios— en sus litorales septentrionales. Se inspira en el mapa original de Nicholas Sanson. Las producciones de Goos continuaron apareciendo por mucho tiempo con California como isla.



to
POLPAZ



Lámina XXIX. *Puerto de La Paz en las Demarcaciones de Nicolás de Cardona. Las varias letras de identificación marcan: a) las embarcaciones de Cardona; b) un pequeño poblado; c) una cruz; d) un sembradío; e) entrada a la que se llamó bahía de los Aripas; f) isla de San Juan Nepomuceno; g) roseta de los vientos que indica la entrada a la bahía de La Paz.*

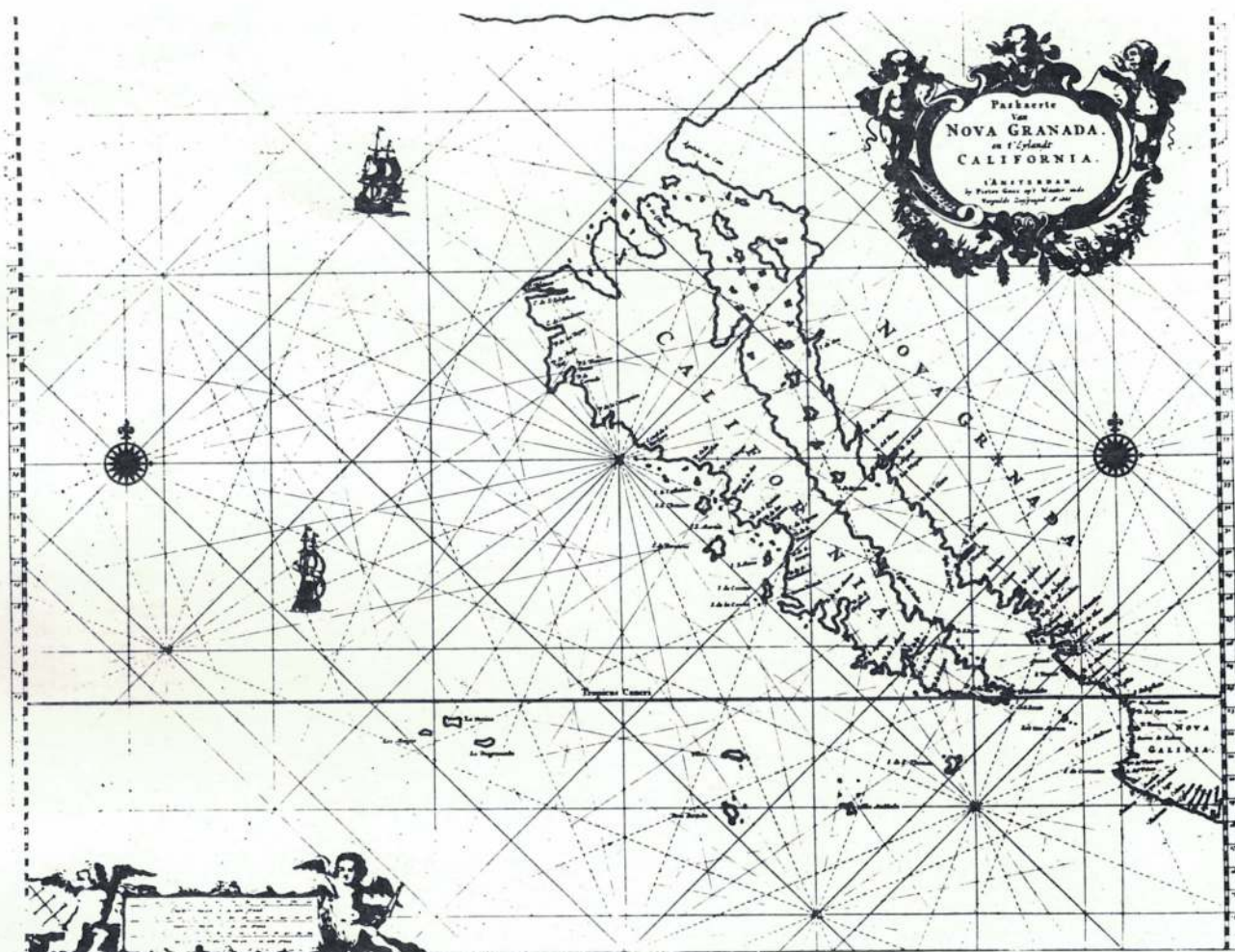


Figura 53. Al igual que el mapa anterior éste también se intitula "Nueva Granada y California". La diferencia esencial es que aquí California todavía aparece como península. Se debe este mapa a Cornelius Wifliet, quien lo incluyó en el primer atlas dedicado exclusivamente al Nuevo Mundo: Supplement to Ptolomey's Geography, Louvaine, 1597. De este atlas aparecieron reediciones hasta 1615.

que, encabezados por un portugués, varios de los que habían estado con el capitán Francisco Esteban Carbonel, tomando venganza de las denuncias que contra el mismo había formulado Porter, pusieron entonces fuego a sus navíos.

Después de no pocos trabajos y grandes gastos logró Porter tener listos, a fines de 1647, dos bajeles que consideró adecuados para sus viajes de exploración, el *San Lorenzo* y el *Nuestra Señora del Pilar*. Compensación de sus afanes fue que se le nombrara ese mismo año gobernador de Sinaloa. Ostentando el título de almirante, que le había otorgado el rey, emprendió el 23 de octubre de 1648 su primera salida. Con él viajaron dos jesuitas, los padres Jacinto Cortés y Andrés Báez. Porter llegó a La Paz y navegó desde allí hasta cerca de $28^{\circ} 30'$. Según lo que más tarde infor-

mó, "en 27° descubrió una grandiosa enseña que llamé de San Martín"²⁵ (probablemente la extraordinaria bahía Concepción). En sus setenta y siete días de navegación, según lo asienta, "he observado", con precisión y arte, las alturas, rumbos, distancias, variación de aguja, corrientes, mareas y sondas"²⁶. Resultado de tales observaciones hechas con el rigor del que había escrito un libro para poner "reparo a errores en la navegación española", fueron las respectivas demarcaciones preparadas por Domingo del Pasaje que iba como cosmógrafo. Al decir de Porter,

se hizo un copioso diario, poniendo nombres a las costas, ensenadas, bahías, puertos, ancones, cabos, sierras, islas, canales, arrecifes y bajos, formando derroteros y cartas...²⁷

Tocando luego el tema de si se trataba de un brazo de mar o de un golfo, Porter asienta con cautela:

²⁵ Pedro Porter y Cassanate, "Relación para su majestad de lo sucedido en el descubrimiento del golfo de California, 13 de abril de 1649", en *Californiana II*, op. cit., t. II, p. 856.

²⁶ *Ibid.*, t. II, p. 854.

²⁷ *Loc. cit.*

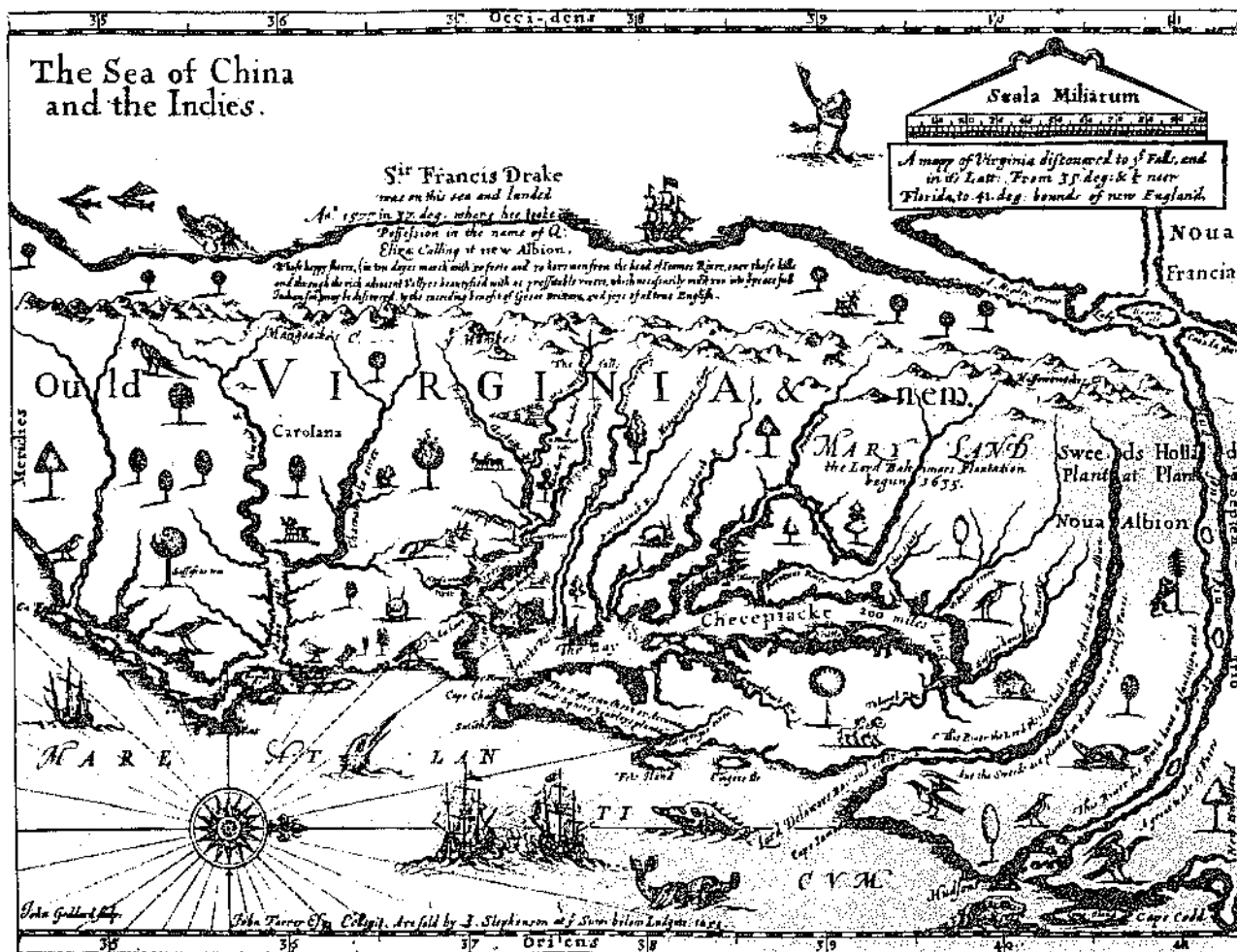


Figura 54. El mapa de John Farrer, grabado y publicado por John Stephenson para lo obra de Edward Williams, *Virgo Triumphans*, Londres, 1650 (de hecho apareció en 1651). Ver asimismo lámina XXXI.

Y en éste [viaje] he experimentado que las cartas y relaciones de los antiguos que dicen que navegaron por este golfo y costas no tienen certeza alguna, y todos parece pretendieron acreditar larga navegación, ensanchando las tierras, poniéndose unos en 32 y otros en 36 grados, siendo así que, con haber yo andado doblado que los dichos, he hallado la estrechura del golfo e islas atravesadas que es lo último que he reconocido, y ellos nunca vieron, en 28 grados, de que con evidencia se prueba no hay luz alguna de lo que resta de descubrir del golfo...²⁸

Hablando así de "un golfo", como lo nota, llegó hasta poco más de 30°, y a las islas que allí se hallan como puente entre las costas de California y la Nueva España, nombró de San Lorenzo. Esta primera expedición concluyó el 4 de enero de 1649, al desembarcar entonces en el puerto de Barbachilato, en Sinaloa.

Ese mismo año, como lo informó Porter al virrey:

continué el descubrimiento y navegué por el golfo tres meses, y el año de 1650, por haber nuevas

de enemigos [piratas] en la mar del Sur, despaché, con orden del real acuerdo que entonces gobernaba, aviso a las naos de Filipinas, y en estos viajes y descubrimientos se ha reconocido y demarcado así la costa de Nueva España como la de la California e islas del golfo, descubriendo algunos puertos buenos hasta que hallé tan unida la costa de Nueva España con la de California que por algunos días creí estaba cerrado el golfo...²⁹

De hecho en ese segundo viaje llegó Porter a un paso o estrecho que nombró de Salsipuedes, designación que hasta hoy se conserva aplicada al canal entre la isla de San Lorenzo y la costa de California.

Como lo reitera el almirante, fruto de este segundo viaje fueron sus revisadas demarcaciones de un gran número de accidentes geográficos. Menciona él la elaboración de las correspondientes cartas. Estas, por desgracia, están hoy perdidas. Además de ese trabajo de índole científica, que vino a revelar aspectos

²⁸ "Carta de Pedro Porter al virrey Conde de Alva, con informe adjunto, 8 de agosto de 1651", en *op. cit.*, t. II, p. 889.

²⁸ *Loc. cit.*



PLAYA HERMOSA

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99 100

B



Lámina XXX. *“Playa hermosa”, en las Demarcaciones de Nicolás de Cardona. Playa situada, según él, en California a la altura de los 27°. Las varias letras de identificación marcan: a) los barcos de Cardona y, en la playa, los españoles; b) los indígenas que se retiran; c) dos perros llevados por los españoles.*

desconocidos del golfo de California, reunió Porter copiosas noticias sobre los habitantes nativos y acerca de flora, fauna, incluyendo placeres de perlas y, finalmente, sobre la posible existencia de minas.

En 1651 Porter, renunciando a la gobernatura de Sinaloa, hubo de salir con rumbo al Perú. Las embarcaciones que había construido, las dejó en Nueva España haciendo donación de ellas al rey. De este modo concluyó la empresa de este hombre, experto en el arte de navegar. Su aportación contrasta a todas luces con los tan escasos frutos de los varios aventureros que poco antes y algo después de él incursionaron en los mismos mares con solapados afanes de lucro, atraídos en fin por el señuelo de las perlas.

No sería sino hasta 1683 cuando, como veremos, con la expedición del almirante Isidro de Atondo y Antillón en la que participó el jesuita Eusebio Francisco Kino, se iniciaría una nueva etapa en verdad fructuosa. Antes, lo más importante fueron las demarcaciones llevadas a cabo por Vizcaíno en el litoral del Pacífico hasta los 43° , así como lo alcanzado en reducida escala por Nicolás de Cardona y con mayor rigor por Pedro Porter y Cassanate. Sin embargo, fuerza es reconocerlo, aun con estas aportaciones no se había logrado esclarecer las dudas. El litoral del noroeste del Nuevo Mundo seguía planteando muchas incertidumbres. Entre ellas estaban lo tocante al perfil geográfico —ínsula o península— de California, y al tan buscado paso o estrecho de Anián. Reflejo de estas oscuridades son muchos de los mapas que se

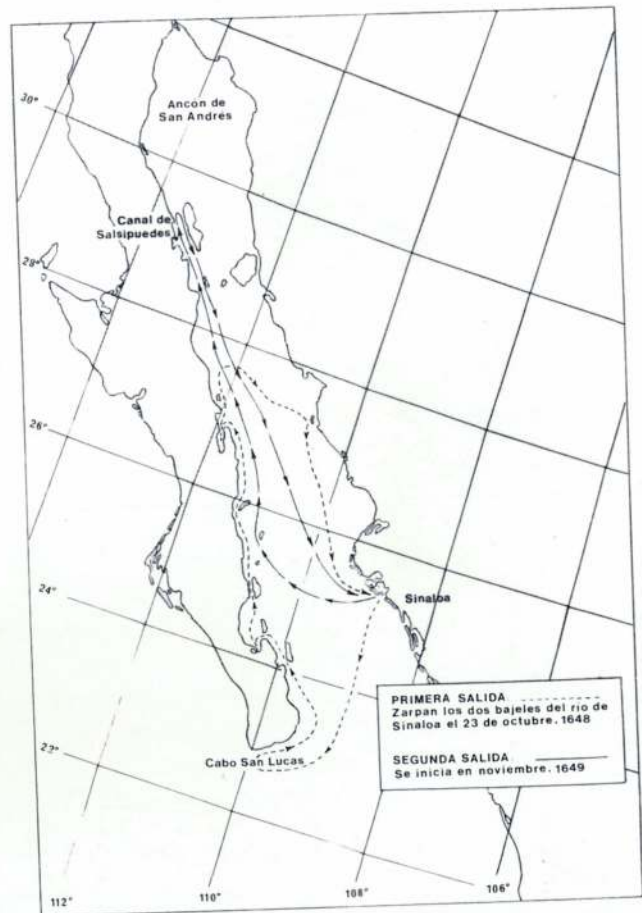


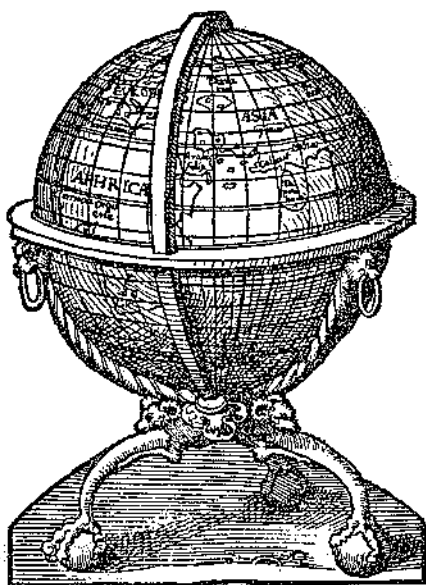
Figura 55. Expedición de Pedro Porter y Cassanate.

siguieron produciendo, con interpretaciones divergentes. Las exploraciones y la obra cartográfica de los jesuitas —a partir de Kino— desde 1683 hasta la expulsión de los miembros de dicha orden en 1767, iban a arrojar nueva luz, todavía antecedente del más cabal esclarecimiento del gran enigma del noroeste, donde tal vez se unían Asia y el Nuevo Mundo.

Lámina XXXI. Mapa de la colonia inglesa de Virginia, dibujado por John Farrer, en 1650. En él, teniendo el norte a la derecha, se ven hacia el oriente las costas de Virginia y Nueva Inglaterra. La boca del río Hudson comunica, por medio de un canal, con el West Sea, es decir el océano Pacífico. Así Farrer cree haber mostrado el anhelado paso del Atlántico al Pacífico. De acuerdo con Farrer, este último océano se encuentra a sólo diez días de marcha al oeste del nacimiento del James River. En otras palabras, supone que el continente americano tiene una anchura bastante reducida, ya que es posible ir en poco tiempo desde Virginia precisamente a las costas de California. Otra anotación, sobre las costas de California, expresa: "Sir Francis Drake estuvo en este mar y descubrió en el año de 1577, en 37°, donde tomó posesión en el nombre de la reina Elizabeth, llamando al país Nueva Albión . . ." Y añade que será de "mucho beneficio para Gran Bretaña y regocijo de todos los verdaderos ingleses, alcanzar pronto desde Virginia las tierras de Nueva Albión", cercanas ya al "mar de la China y de las Indias".

V

CINCUENTA AÑOS DE
EXPLORACIONES Y CARTOGRAFÍA
JESUÍTICAS (1683-1734): HACIA LA
RECUPERACIÓN DE LA IMAGEN
PENINSULAR DE CALIFORNIA



En esta historia de tan repetidos intentos y, por mucho tiempo, de tan limitados éxitos en la exploración de California, ocupan lugar especial los misioneros jesuitas. Estos, desde fines del xvi, habían iniciado sus labores en el noroeste de la Nueva España. En 1591 comenzaron a trabajar entre los indígenas de los ríos Mocorito y Petatlán en Sinaloa. De allí avanzaron, paso a paso, hacia las comunidades nativas establecidas en las márgenes de los ríos Fuerte, Mayo y Yaqui. Hacia 1640 su presencia se dejaba sentir en las nuevas misiones cercanas al río Sonora. En las siguientes décadas la empresa jesuítica iba a penetrar en las Pimerías. Al oriente, es decir hacia la Sierra Madre y más allá, también habían ido fundando numerosas misiones en territorio de los actuales estados de Durango y Chihuahua.¹

Sobre todo en sus centros de evangelización más cercanos a las costas de Sinaloa y Sonora comenzaron a sentirse atraídos los je-

suitas por la idea de pasar a California. De hecho, en las expediciones de Pedro Porter y Cassanate (1648-1649) algunos jesuitas, misioneros en Sinaloa, se habían embarcado con la intención de valorar las posibilidades de ampliar su acción a California.

Como vamos a verlo, con el célebre Eusebio Francisco Kino iba a iniciarse en 1683 una serie de exploraciones que resultarían en la penetración permanente y definitiva en esa península que tan hostil había sido al establecimiento de forasteros. Más aún, por obra de los jesuitas, que llegaron a implantar allí un régimen sui generis, ese gran territorio no sólo comenzó a ser colonizado, sino que, en buena parte, se exploró detenidamente hasta precisar su perfil geográfico. Frutos de las exploraciones llevadas a cabo por jesuitas fueron numerosas relaciones e informes de contenido etnográfico y asimismo de gran interés zoológico y geográfico.² A varios de los miembros de esa misma orden religiosa se debieron

¹ Acerca de los orígenes y progresos de las misiones jesuíticas en el noroeste de México, véase: Gerardo Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial*, 2 v., México, Robredo, 1941, t. II: Las misiones.

² Sobre los principales cronistas de la California, véase: Miguel León-Portilla, "Estudio preliminar", a Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California*, México, UNAM, 1973, p. xxxii-xlii.

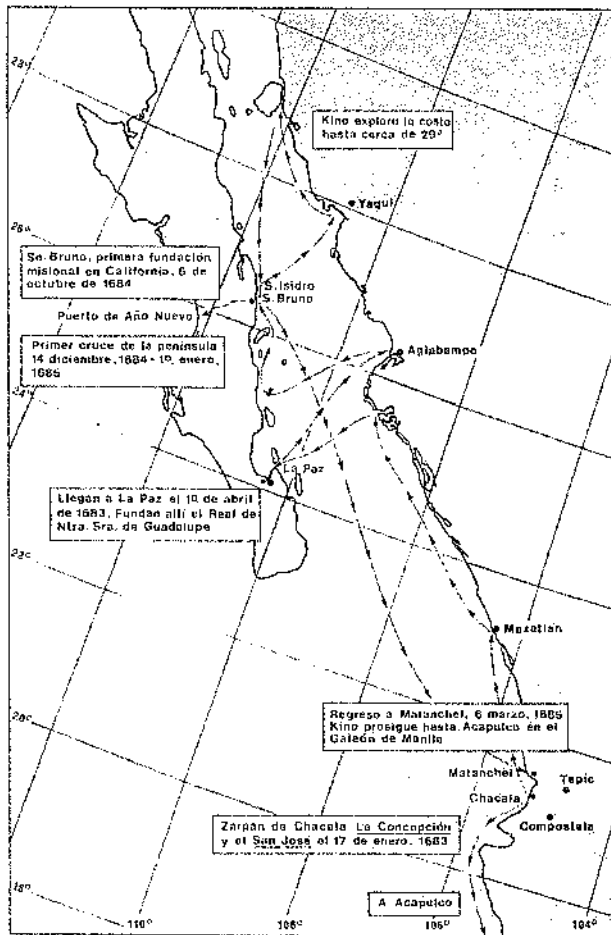


Figura 56. Las expediciones de Isidro de Atondo y Eusebio Francisco Kino (1683-1685).

también mapas, algunos, como los de Kino, de muy grande interés.

La expedición del almirante Isidro de Atondo y Antillón. Participación de los jesuitas Kino, Goñi y Copart (1683-1685)

Afortunada circunstancia fue que la llegada a México de Eusebio Francisco Kino (1645-1711), coincidiese con el lapso en que se estaba organizando una nueva y, según se decía, muy bien planeada expedición a California. Kino, que había hecho sus estudios en la Universidad de Ingolstadt, además de los eclesiásticos, había cursado allí cartografía, matemáticas, geografía y cosmografía. Embarcado, en plan de misionero con destino a México, llegó a la capital del país, casi a mediados de 1681.

La expedición que por ese tiempo iba a emprenderse a California había sido confiada al almirante Isidro de Atondo y Antillón que fungía como gobernador de Sinaloa. Atondo, desde 1679, había recibido la aprobación real y, con ella, el apoyo que se requería. Pronto

se comenzó la construcción de tres embarcaciones en Nío, misión jesuítica en las riberas del río Sinaloa. En la mente de Atondo estaba llevar consigo algunos misioneros jesuitas.

Kino, que poco después de su llegada a México, estuvo dedicado a escribir un pequeño libro, *Exposición astronómica de el cometa que el año de 1680... y 1681, se ha observado...* pronto se vio envuelto en una controversia nada menos que con don Carlos de Sigüenza y Góngora.³ En tales circunstancias el provincial de los jesuitas designó a los padres Matías Goñi y Eusebio Francisco Kino para acompañar a Atondo. Por disposición del virrey, Kino ostentó además el título de cosmógrafo de la expedición.

Debidamente provistos en el puerto de Chacala, zarparon con rumbo a California, el 17 de enero de 1683, la almiranta, *San José* y *San Francisco Xavier* y la capitana, *La Concepción*. Una tercera embarcación, una balandra, quedó en Chacala para salir posteriormente. En una travesía que se alargó en extremo debido a vientos contrarios, Atondo y sus acompañantes desembarcaron el 2 de abril en el tantas veces antes visitado puerto de La Paz. ¡Nuevamente volvió a tomarse posesión de la tierra, esta vez en nombre de Carlos II! Como lo muestra el mapa que el propio Kino delineó hacia 1685, tras haber hecho algunas exploraciones en torno a la bahía de La Paz, se edificó allí un pequeño real, que se nombró de Nuestra Señora de Guadalupe.

Poco duró la estancia de Atondo y sus compañeros en La Paz. Por una parte, para obtener más bastimentos se había enviado a la capitana a Sinaloa. Por otra, ocurrió un violento enfrentamiento con los indígenas. El 14 de julio, después de sólo poco más de tres meses que subsistió el real de Nuestra Señora de Guadalupe, los expedicionarios regresaron a Sinaloa. Dato curioso es que quienes venían en su auxilio, los de la nao capitana, llegaron a La Paz muy poco después de la salida de Atondo. Largo tiempo dedicaron luego a su búsqueda y, tras amagos de motín por parte de los marineros, también los de la capitana hubieron de dirigirse a Sinaloa. Para enton-

³ Acerca de este episodio en la vida de Kino y, en general sobre su actuación en México, sobresale la obra de Herbert E. Bolton, *Rim of Christendom, A Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*, New York, Russell and Russell, 1960.

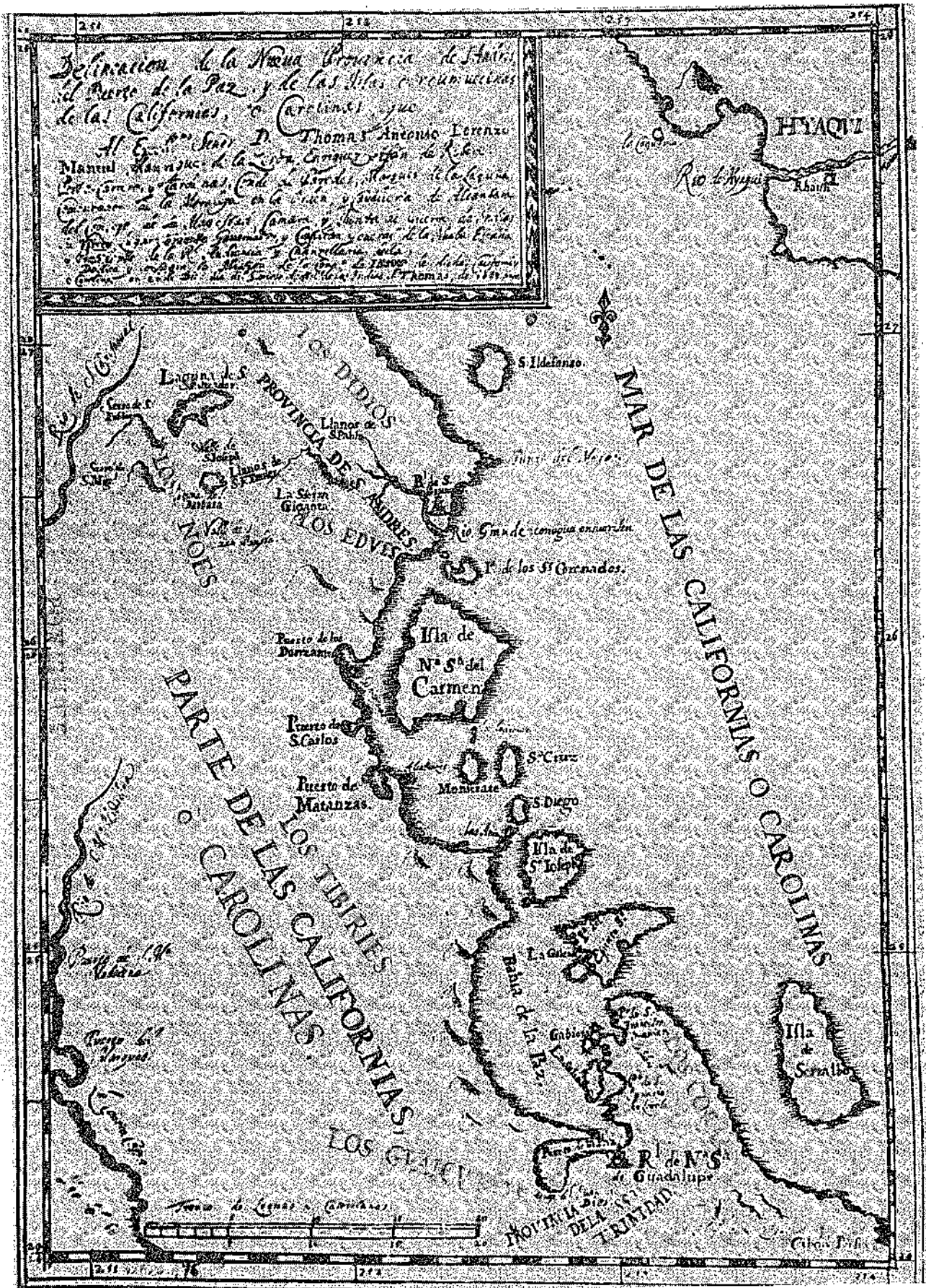


Figura 57. Mapa debido a Eusebio Francisco Kino, que lo delineó hacia 1685 con apoyo en las exploraciones realizadas por él durante su estancia en California. En el extremo sur de la bahía de La Paz se sitúa el "Real de Nuestra Señora de Guadalupe". Mucho más al norte, en la llamada "Provincia de San Andrés", y en la desembocadura del que se nombra "Río Grande", se marca el "Real de San Bruno", o sea el establecimiento que perduró hasta mayo de 1685. En este mapa se incluye la inscripción "parte de las Californias o Carolinas", de acuerdo con el proyecto jesuítico de querer introducir ese nombre en honor de Carlos II.

ces —como en un juego— Atondo había vuelto a salir con rumbo a California.

En el ya mencionado mapa que entonces elaboró Kino y dedicó al virrey, son dignos de mención varios de los nombres allí registrados. El más significativo es el de “Carolinas”, adjudicado como alternativa del de California. Obedeció esta inclusión a querer cambiar el nombre a ese vasto territorio, rebautizándolo en honor de Carlos II, en busca obviamente de su patrocinio. Es pertinente recordar que, cuando este monarca falleció, los jesuitas expresaron que “no era conveniente insistir en la designación de las Carolinas”. Topónimos que aparecen en el mapa, y que denotan las inclinaciones de Kino, son el de “Provincia de la Santísima Trinidad”, al sur de la bahía de La Paz y los de puerto de San Ignacio de Loyola (Pichilingue) y puerto de San Francisco Xavier. Otros de los nombres de lugar corresponden a los dados por el capitán Francisco de Ortega, del que por cierto habla Kino en su *Diario*.

Después de reabastecerse en Agiabampo, Sinaloa, la nave almiranta volvió a salir hacia California el 29 de septiembre del mismo 1683. La capitana, ya de regreso, zarpó también en pos de ella. Esta vez el desembarco tuvo lugar un poco al norte de la isla de los Coronados, cerca de la boca de un arroyo, pomposamente bautizado como “Río Grande”. Siendo el día siguiente, 6 de octubre, fiesta de San Bruno, éste fue el nombre que se dio a la nueva fundación. Algún tiempo después se erigió un segundo centro llamado San Isidro (Londó). Desde allí se realizaron las primeras penetraciones al interior: hacia el rumbo de Comondú y la elevada sierra al sur. Kino manifiesta así el porqué del nombre que le dieron a la misma:

La serranía, por ser muy alta, que desde el Hiaqui [el río Yaqui], al ponerse el sol se descubre, y también porque los días pasados habían dicho y creído algunos que en estas tierras de los Noys [así llama a los indígenas] había gigantes, la llamamos La Giganta . . .⁴

Los misioneros, esta vez ya Kino, Goñi y Copart, prosiguieron en sus trabajos, apren-

⁴ Eusebio Francisco Kino, “Relación de la segunda navegación a las Californias del año de 1683 y de las entradas de veinte leguas la tierra adentro”, en *Kino Reports to Headquarters*, edited by Ernest J. Burrus, S. J., Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu, 1954, p. 68.

diendo la lengua indígena a lo largo de buena parte de 1684. A fines de ese año, el 14 de diciembre, Atondo y Kino fueron los primeros europeos que atravesaron a lo ancho California.⁵ Saliendo de San Bruno, cruzaron la sierra hasta llegar el 30 del mismo mes al Pacífico, cerca de la desembocadura de un arroyo al que nombraron río de Santo Tomás. Kino midió con su sextante la altura y halló que era de 25° 30'. El 1o. de enero de 1685 exploraron la costa y a la pequeña entrada o bahía bautizaron como “puerto de Año Nuevo”.

Fue en este viaje cuando Kino tuvo ocasión de ver y examinar algunas conchas de abulón, percatándose de que sólo se hallaban en las costas occidentales de California. Años más tarde, cuando desde la Pimería Alta —al norte de Sonora—, buscó la posibilidad de un paso por tierra a California, el que le hicieran llegar otras conchas del mismo color y forma, fue para él un dato revelador. Si esas conchas provenían del único gran mar que había en esas latitudes (el océano Pacífico), resultaba claro que el brazo o golfo de California terminaba uno o varios paralelos más abajo.

De regreso ya en San Bruno el 13 de enero de 1685, todavía se hizo otro intento de volver a cruzar la sierra de La Giganta, más al sur, para llegar a la bahía Magdalena. Atondo y el padre Goñi que salieron con tal propósito, tuvieron que volverse sin lograr su cometido. Entre tanto, en el real los bastimentos estaban casi agotados y muchos se encontraban enfermos. Se decidió entonces interrumpir la empresa, aunque con la intención de retornar algún día. Embarcándose el 8 de mayo con rumbo a Matanchel en Sinaloa, allí desembarcaron pocos días después.

Para obtener mayor información en lo tocante al litoral californiano, se acordó una última salida. En tanto que Atondo y el padre Goñi en la balandra se dirigieron hacia el suroeste, básicamente en busca de los placeres de perlas, Kino en la capitana, saliendo del Yaqui, hizo un nuevo recorrido por las costas de la península, llegando casi a los

⁵ Véase la documentación al respecto en: *First from the Gulf to the Pacific, The Diary of the Kino-Atondo Peninsular Expedition*, December 14, 1648-January 13, 1685, transcribed and edited by W. Michael Mathes, Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1969 (Baja California Travels Series, 16).

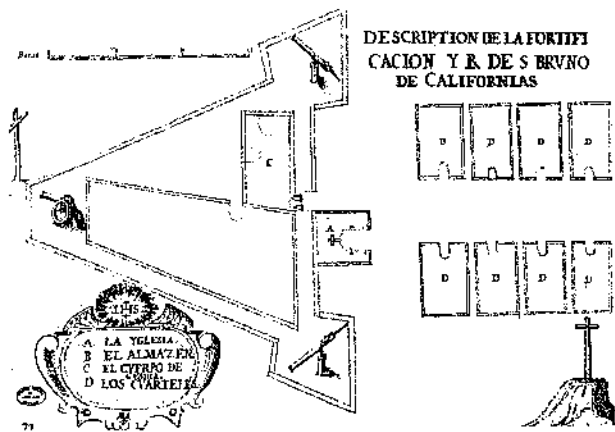


Figura 58. Plano del proyectado fuerte que debía edificarse junto al Real de San Bruno en California. En realidad esta fortificación no llegó a construirse. En una elevación del terreno, localizada donde estuvo el Real de San Bruno, hay vestigios de una edificación probablemente relacionada con el proyectado fuerte. (Se conserva este plano en el Archivo General de Indias, Sevilla.)

29°. Al divisar los picos que hoy se nombran “las Tres Vírgenes”, designaron como “punta de las Vírgenes Gordas” al saliente o cabo que se ve ante ellas. Volviendo luego a la contracosta, es decir al litoral de Sonora, se detuvo Kino en la zona habitada por los seris con quienes estableció contacto, precisamente muy cerca de la bahía que hoy lleva su nombre. El nuevo viaje concluyó tras breve retorno a las cercanías del antiguo real de San Bruno. Kino y Atondo se hallaban ya en Matanchel cuando, en forma imprevista, hubieron de embarcarse atendiendo a la solicitud del virrey que pedía fueran con sus barcos a poner en guardia y proteger al galeón de Manila en vista de las noticias sobre la aparición de piratas. Los barcos de Atondo cumplieron con el encargo y Kino regresó, esta vez hasta Acapulco, a bordo del galeón. De allí, a fines ya de 1685, Atondo y Kino marcharon a la capital para informar al virrey. El entusiasmo del jesuita-cosmógrafo persuadió en principio a las autoridades civiles y eclesiásticas de que los miembros de su orden debían volver a California para erigir en ella misiones permanentes.

Otros mapas consecuencia de la expedición de Atondo y Kino

Además del ya descrito mapa preparado por Kino hacia 1685, hay otras tres cartas de particular interés, debidas al mismo en

forma directa o indirecta. Una es la que incluye el diseño de “La fortificación y real de San Bruno”. En él se localizan la iglesia, el almacén, el cuerpo de guardia y los cuarteles. Una inspección ocular del sitio de San Bruno muestra que, aunque hay allí vestigios de algunas edificaciones, en realidad lo esbozado por Kino no reflejó lo ya erigido, sino más bien lo que se planeaba hacer.

Mapa derivado de la información que proporcionó Kino, fue otro que publicó su antiguo maestro y cartógrafo, el también jesuita Heinrich Scherer. Lo incluyó éste en su obra *Geographia Hierarchica*, aparecida en Munich, 1703.⁶ En ella, como se indica en su leyenda principal, se ofrece una:

Delineación nueva y verdadera de la parte austral de Nuevo México, parte austral de la isla de California, descubierta por los españoles el siglo pasado.

Dos cosas conviene destacar en este mapa. Una es que en él sigue prevaleciendo el concepto insular de California. Así, bajo la citada leyenda, hay otra inscripción que reitera dicha idea: *Pars insulae* [parte de la isla]. Cabe recordar que Kino no habría de modificar tal punto de vista, sino hasta después de sus exploraciones desde la Pimería Alta, entre 1699 y 1701. La otra cosa digna de mención, y que prueba la vinculación de este mapa con Kino, es el empleo en él de la toponimia introducida durante la expedición de Atondo y Kino: real de Nuestra Señora de Guadalupe, San Bruno, San Dionisio, La Giganta, río de Santo Tomás...

La tercera de las cartas, con información de esta expedición, es la que preparó personalmente Kino con el título de *Teatro de los trabajos apostólicos de la Compañía de Jesús en la América Septentrional*, 1696.

Este mapa lo destinó Kino para acompañar a la biografía, escrita por él, del padre Francisco Xavier Saeta, muerto por indígenas pimas de Tubutama, en Sonora. Como el propio Kino lo notó en la “Dedicatoria” de su libro:

En el cual mapa o teatro universal con especialidad se apuntarán los puestos o nuevas misiones a donde también otros dieciséis padres misioneros

⁶ Henricus Scherer, S. J., *Geographia Hierarchica*, v. 2, de la obra *Atlas Novus* (en 7 partes), Augsbourg, Dilliguen und Frankfurt, 1703.



Figura 59. Mapa preparado por el cosmógrafo jesuita Heinrich Scherer e incluido en su *Geographia Hierarchica*, München, 1703. Esta carta, como puede verse comparándola con la delineada por Kino hacia 1685, se deriva en alto grado de ella. En especial es esto visible en lo que se refiere a topónimos como los de "Real de Nuestra Señora de Guadalupe", "Provincia de la Santísima Trinidad", "Real de San Bruno"... Diferencias importantes son que en este mapa de Scherer se abarca el extremo sur de California y aparece asimismo parte del litoral y del interior del macizo continental. Scherer insiste dos veces en este mapa en el carácter insular de California.

han derramado su sangre por la fe católica en la predicación evangélica...⁷

Rasgos de particular interés en el mapa son la representación completa de California como una gran isla, al modo de muchas otras delineaciones en cartas de América o en mapamundis; el continuado empleo de la designación "California, Carolinas", la leyenda en el ángulo inferior izquierdo en la que se da cuenta de las "Varias navegaciones", desde la de Cortés en 1535 hasta las que hizo el propio Kino con Atondo y luego, en 1693, la que —nos dice Kino— "desde esta Pimería y costa de la Nueva España hemos dado vista a la cercana California...".

Además, como en el mapa que, con la información de Kino, publicó luego el padre Heinrich Scherer, también en éste la toponimia registrada, sobre todo para la parte

sur de California, refleja los nombres impuestos durante las expediciones de Atondo y Kino: Guadalupe, San Bruno, San Dionisio, La Giganta, Río deseado de Santo Tomás, descubierto, 1684, Puerto de Año Nuevo, descubierto, 1685, Las Vírgenes. El historiador y biógrafo de Kino, Herbert Eugene Bolton, nota acerca del destino que tuvo este mapa:

Fue enviado por el virrey de México al duque de Escalona; por éste al Sr. Regis como un regalo a la Real Academia de París; por éste [Regis] a Claude Delisle para que lo comentara. Éste lo discutió en una carta a Regis (hacia 1700). El mapa fue pirateado luego por Nicolás de Fer y fue publicado al menos dos veces bajo su nombre... Claude Delisle era geógrafo real de Francia y padre del cartógrafo, más famoso, Guillaume Delisle.⁸

Otro mapa —de limitado interés para California— preparó también Kino con el pro-

⁷ Eusebio Francisco Kino, *Vida del padre Francisco J. Saeta S.J., Sangre misionera en Sonora*, prólogo y notas de Ernest J. Burrus S.J., México, 1961.

⁸ Bolton, *Rim of Christendom*, p. 608.

ORBIS TERRARUM TYPUS DE INTEGRO IN PLURIMIS EMENDATUS, AUCTUS, ET ICUNCULIS ILLUSTRATUS

Auct. Nicol. au
Joan. Visscher o

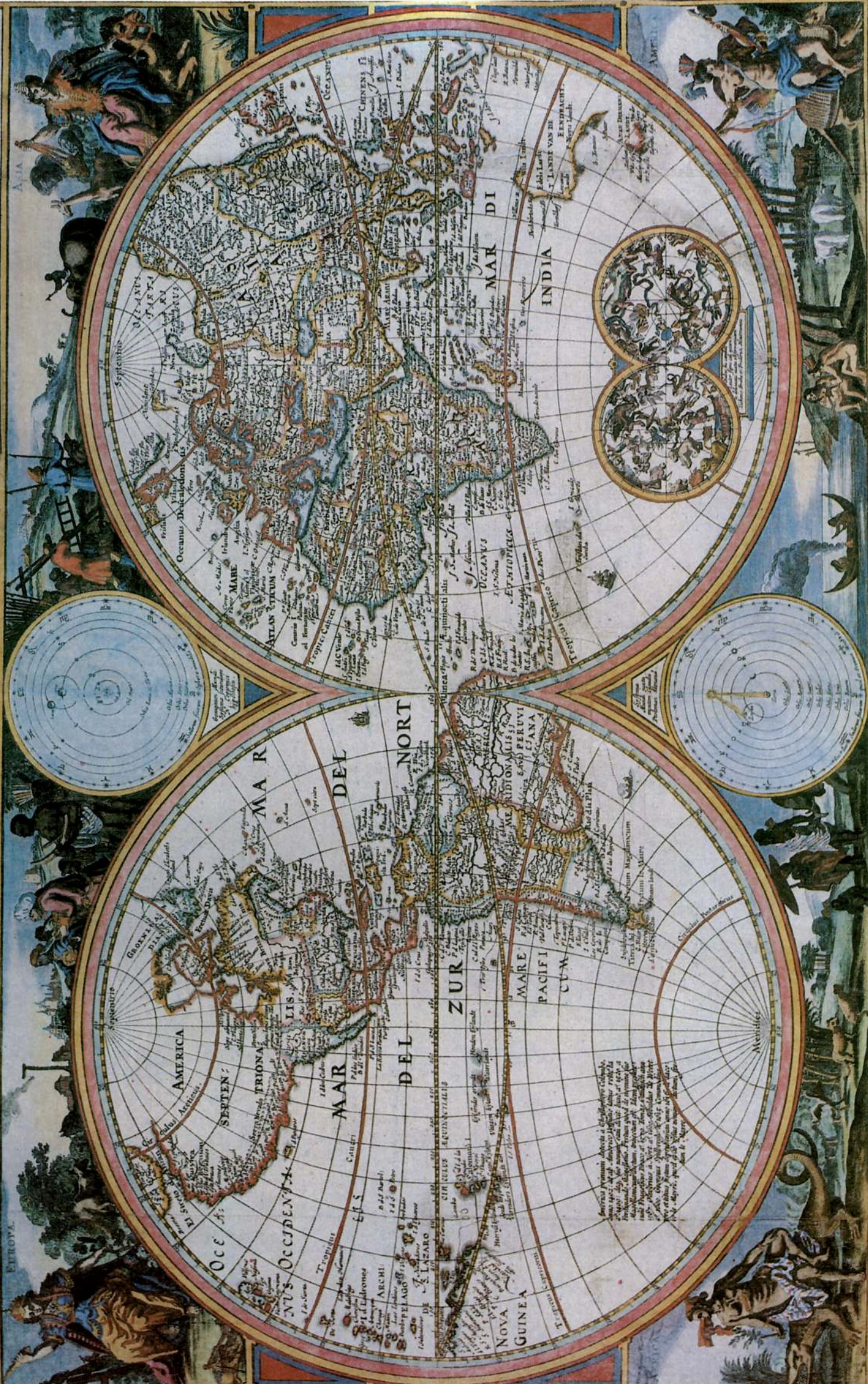


Lámina XXXII. *Mapamundi de Nicolas J. Visscher, delineado en Amsterdam hacia 1657, muy difundido como ilustración para acompañar ediciones de la Biblia en holandés. En sus cuatro extremos se hace referencia a cada uno de los continentes simbolizados por una matrona. América aparece en el extremo inferior derecho. Es interesante subrayar la perduración en este mapa de 1657 de la antigua concepción geográfica de California como península. El padre Eusebio Francisco Kino que, por sus intereses cartográficos debió conocer mapas como éste y también otros con California como isla, seguramente había experimentado ya no poca perplejidad en este punto.*

pósito de que acompañara a su biografía del padre Saeta. Dicho mapa abarca fundamentalmente la Pimería Alta. En él se ven dos pimas flechando al jesuita. Elaborado en 1695, marca el curso del Gila, recién descubierto por Kino y que ostenta el nombre de "Río Grande del Coral". En este mapa no aparece señalado el río Colorado, pero en el de 1696, que ya he descrito, se registran uno y otro ríos. Dato curioso es que, en vez de emplear la designación de "río de la Buena Guía", usa la más antigua de "río del Tizón". Puesto que California se representa como isla, ambos ríos desembocan sobre el estrecho de mar.

Ahora bien, en tanto que Kino delineaba tales cartas y se aprestaba a continuar sus exploraciones al noroeste, desde la Pimería Alta, otros jesuitas igualmente motivados por la idea de entrar en California, estaban ya a punto de embarcarse con rumbo a la misma.

Entrada definitiva en California

En buena parte con recursos allegados por los propios jesuitas, que con sus bienhechores instituyeron el llamado "Fondo Piadoso de la California", la idea cuya realización tanto interesó a Kino, comenzó a convertirse en un hecho el 10 de febrero de 1697. Ese día, desde la desembocadura del Yaqui, zarparon a bordo de la goleta *Santa Elvira* y de una lancha, *El Rosario*, el padre Juan María Salvatierra y otros pocos hombres. Éstos eran Sebastián Romero, capitán de la goleta y seis marineros; el comandante de una minúscula escolta, Luis de Torres y Tortolero, y cinco soldados, entre ellos el que sería luego sustituto de Torres, Esteban Rodríguez Lorenzo, siempre fiel a los jesuitas, así como tres indios yaquis ya cristianos. En total dieciséis personas. Después de estar a punto de zozobrar por causa de fuertes vientos, según lo consigna Salvatierra,

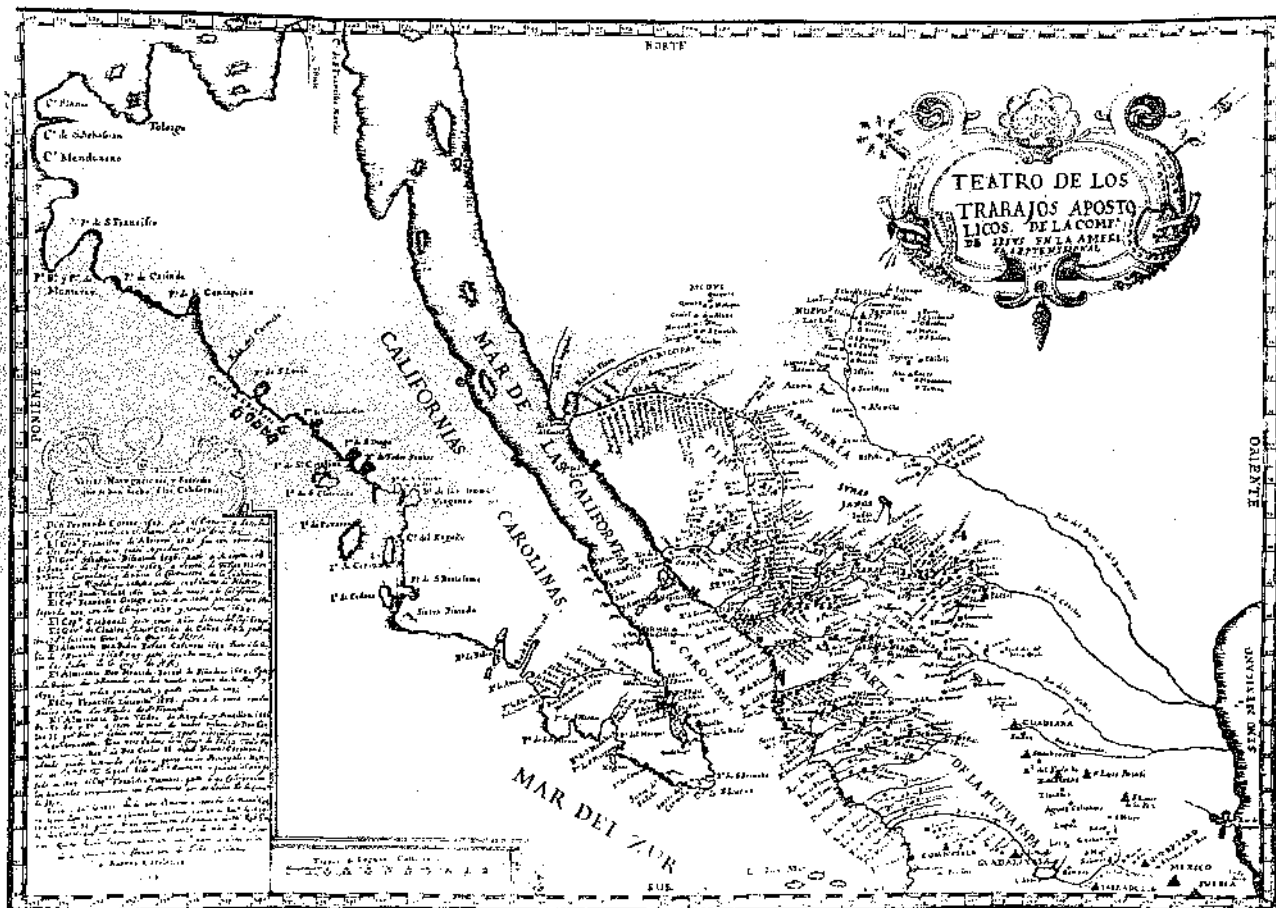


Figura 60. Mapa de Eusebio Francisco Kino, delineado en 1696 como ilustración que debía acompañar a la biografía, debida también a él, del padre Francisco Javier Saeta que había muerto a manos de los pimas de Tubutama en Sonora. California aparece aquí como una gran isla. Su litoral en el extremo norte presenta varias indentaciones como en los mapas debidos a Sanson. En el ángulo inferior izquierdo da cuenta Kino de "navegaciones y entradas que se han hecho a las Californias".

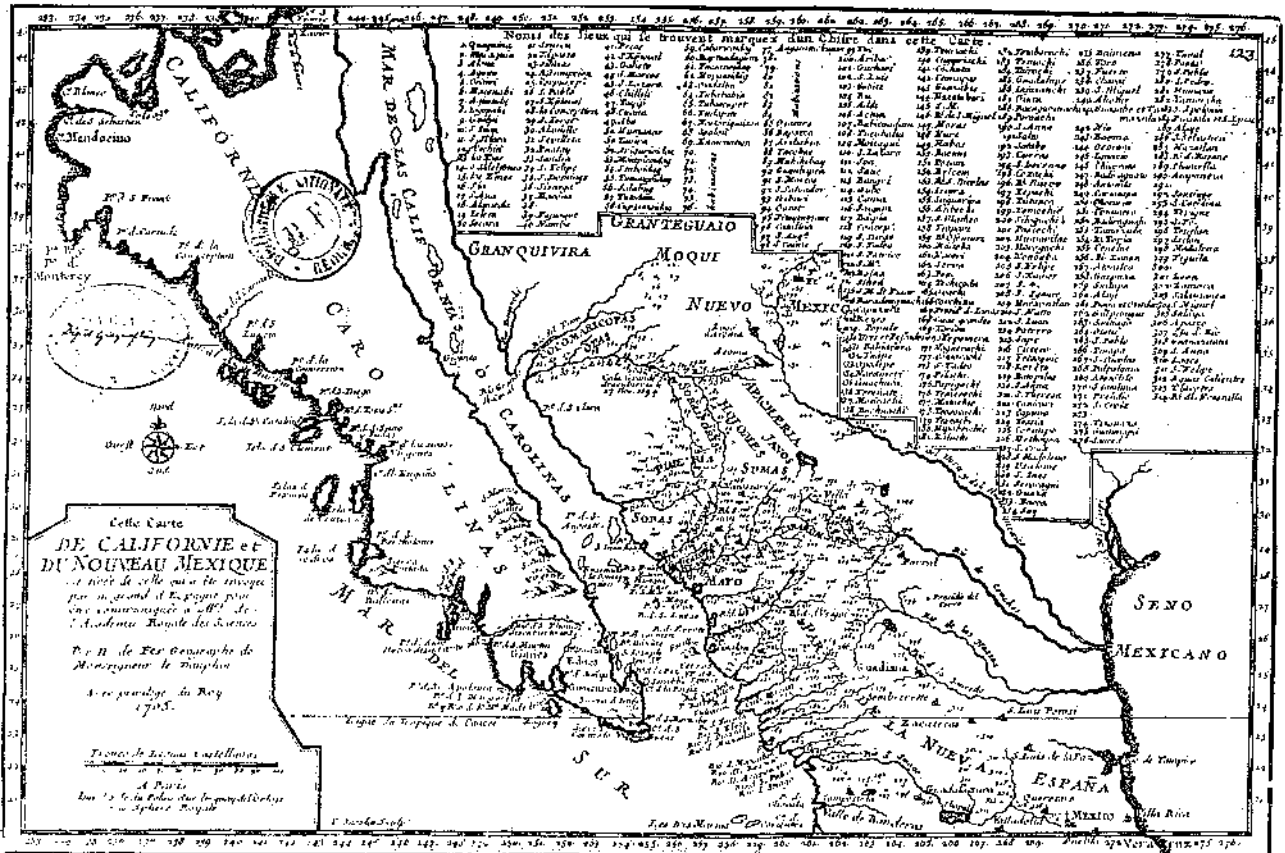


Figura 61. Mapa preparado por Nicolás de Fer y publicado en Paris, 1705. De Fer pirateó la carta de Kino de 1696. De Fer conoció dicho mapa debido a que el virrey de la Nueva España, duque de Escalona, lo había enviado a la Real Academia de Paris. Las variantes, muy pequeñas, que pueden señalarse entre este mapa y el de Kino, consisten en haber introducido De Fer unos cuantos topónimos más de regiones principales como "Gran Quivira", "Gran Tehuato", "Moqui"... La lista de trescientos catorce nombres de lugar, en el extremo superior derecho, hace referencia a los correspondientes números de las localidades en el mapa.

nos amparamos en la bahía de la Concepción, veinticinco leguas [al N.] de San Bruno, bahía [esta última] donde hicieron la estación dos años en la otra entrada los españoles [Atondo, Kino, Goñi...]. Visité bien el puerto, y por agua tan mala, me pareció inhabitable...

Viéndome apurado por lo inhabitable de San Bruno, echamos suertes en nombre de la Pobladora María Santísima, a dónde habíamos de fijar el pie, subiendo los marineros algunas playas, y nos salió en suerte la ensenada de San Dionisio...?

Allí, donde se fundó luego la primera misión permanente en las Californias con el nombre de Loreto, desembarcaron el 12 de octubre de 1697. Kino, que hubiera querido participar en ese viaje, hubo de permanecer en la Pimería por disposición de sus superiores. Muy pronto, en 1698, ampliaría

9 Juan María Salvatierra, "Carta a don García de Legazpi, obispo de Guadiana [Durango], de 25 de diciembre de 1697", en *Misión de la Baja California*, con introducción, arreglo y notas de Constantino Boyle, S.J., Madrid, 1946, p. 60.

sus exploraciones al noroeste en busca de un posible paso a California.

Salvatierra y sus hombres, casi agotados ya sus víveres, pronto recibieron el auxilio que les llevaba otro jesuita, Francisco María Píccolo, el 23 de noviembre. Cuando la goleta regresó, en ella envió Salvatierra sus primeras cartas informando acerca de California. Menos de un año después, al irse consolidando la misión de Loreto, Salvatierra emprendió una exploración al norte. En el sitio nombrado Londó en cochimí (el San Isidro de Atondo), fundó una "visita" o establecimiento misional secundario con el nombre de San Juan Bautista Londó. Las exploraciones prosiguieron, y acerca de ellas hay abundantes informes. Esta vez Píccolo marchó hacia el poniente, ascendiendo la sierra en mayo de 1699. En un lugar llamado por los cochimiés Biaundó preparó el terreno para una nueva misión bajo el título de San Javier. En una segunda salida, en junio, el capitán que acompañaba a Píccolo,

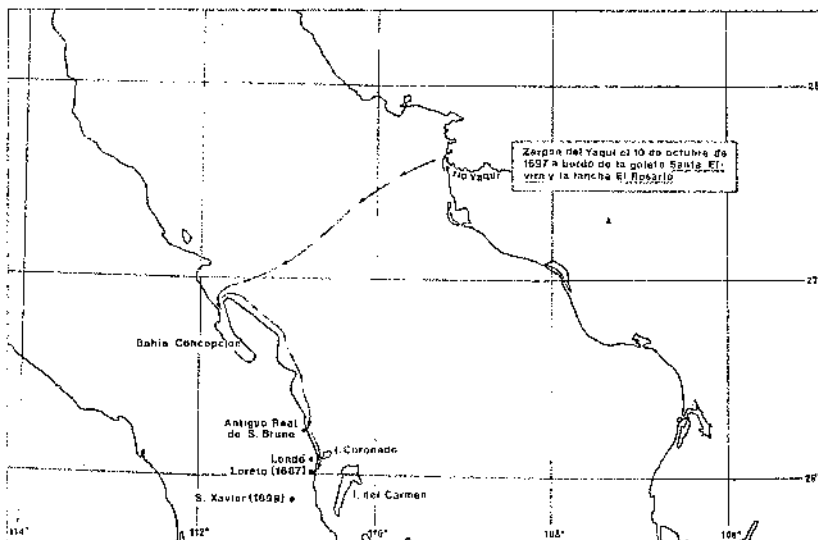


Figura 62. Entrada en California del padre Juan María Salvatierra.

subiendo una loma alta, distante una legua del paraje, halló en la cumbre de la loma unos llanos todos de tierra prieta... y descubrió la mar de la contracosta, y hacia el sur, por lo que parece la bahía y puerto en la Magdalena, como dos días de camino del puerto de San Francisco Javier...¹⁰

En tales empresas se hallaban Salvatierra y Pícolo cuando en uno de los nuevos navíos adquiridos para las misiones, les llegaron noticias de lo que el padre Kino había descubierto por el rumbo de la Pimería Alta (Sonora). Éste les había hecho saber acerca de sus expediciones de septiembre y octubre de 1698 en compañía del capitán Diego Carrasco, y de febrero y marzo de 1699 con el padre Adamo Gilg y el capitán Juan Matheo Manje. Lo manifestado por Kino que exploraba el río Gila, al que llamó "río Grande del Coral", era el principio de su descubrimiento del paso por tierra a California. A dicha comunicación, entre otras cosas, respondió Salvatierra:

Mucho me holgado y se ha holgado el padre Francisco María Pícolo de la nueva entrada gloriosa y apostólica del río Grande [el del Coral, el Gila y no el Colorado como lo supone el historiador Ernest Burrus, experto en la vida de Kino].¹¹ Y estamos deseosos de saber si, desde esa nueva costa que anduvo vuestra reverencia,

¹⁰ Francisco María Pícolo, S.J., *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702 y otros documentos*, edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus, S.J., Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962, p. 141.

¹¹ Burrus, en Pícolo, *Informe...*, *op. cit.*, p. 222, nota 6.

se descubre la California y qué rastro hay por allá de si cierra este estrecho de mar...¹²

Dejando así por esclarecer todavía el debatido asunto de la peninsularidad de California, Salvatierra dice a Kino que le pedía un mapa de la región donde se iban estableciendo las nuevas misiones, Loreto, San Juan Bautista Londó y San Javier Biaundó:

En cuanto a mapa, se formará por el padre Francisco María [Pícolo] por agosto, después de hecho un descubrimiento con los barcos hasta altura de 35 o poco más grados, que me holgara mucho viniera vuestra reverencia acá, después de la cosecha y segado el trigo, se embarcara vuestra reverencia en el Yaquí, y llegado aquí, nos hiciéramos a la vela todos... y costeáramos bien esta costa arriba, después de subidos 36 grados a las costas de la Pimería...¹³

Este proyectado viaje, en el que Salvatierra habla de subir por el mar de California —dice equivocadamente que hasta 36°— costeando la Pimería, y al que invitaba a Kino, no se llevó a cabo. De otra forma, en 1701, habrían de llegar ambos a un punto —en el que llamaron puerto de Santa Clara (bahía de Adair)— desde el que pudieron ver cómo las tierras de la Nueva España y la California convergían, cerrando el que parecía ser extremo septentrional de un golfo. Tal expedición sería una de las varias

¹² "Carta del padre Salvatierra de 28 de marzo, 1699, desde Loreto al padre Kino", en Pícolo, *Informe...*, *op. cit.*, p. 222-223.

organizadas por Kino con el propósito de esclarecer en definitiva el perfil geográfico de California.

Ahora bien, lo expresado por Salvatierra en la citada carta, escrita casi dos años antes, deja ver la incertidumbre que aún mantenía y su gran interés por salir de ella, explorando al lado de Kino. Acerca del mapa que, en esa misma carta, dice iba a preparar Píccolo, no se sabe si de hecho lo delineó éste y, de ser así, a dónde fue a parar.

El descubrimiento del paso por tierra a California

Kino, a partir de la iniciación de sus trabajos en Sonora, una vez que regresó en 1686 de su expedición a California con Atondo, había puesto su máximo interés en el fortalecimiento de las misiones ya establecidas y en el avance hacia el norte de la empresa jesuítica. Así, en marzo de 1687, llegó hasta el lugar donde iba a fundar la misión de Dolores, aquella con la que más vinculado había de estar. Con el paso de los años, desde allí emprendió una larga serie

de salidas que lo pusieron en contacto con otras comunidades de la Pimería Alta hasta llegar al río Gila. Luego, avanzando hacia el poniente, se encontró asimismo con diversos grupos yumanos. El objetivo que tenía Kino, además por supuesto de ampliar el ámbito de la cristiandad, era llegar hasta el Colorado y ver si existía un paso por tierra a California. Pensaba que, de descubrirse ese paso, sería mucho más fácil hacer llegar a las misiones que se iban estableciendo en California, los auxilios que requerían. Las riesgosas navegaciones a través del mar Bermejo podrían ser sustituidas por envíos terrestres con cabalgaduras y carretas.

Las expediciones que con tales propósitos realizó Kino entre los años de 1697 y 1702, como lo ha calculado Eugene H. Bolton, significaron, en su conjunto, andar a caballo más de trece mil kilómetros. A continuación me referiré a los más importantes de estos viajes, sobre todo a aquellos que de modo especial contribuyeron al redescubrimiento del perfil peninsular de California.

El 2 de noviembre de 1697, saliendo de Dolores en compañía del célebre capitán

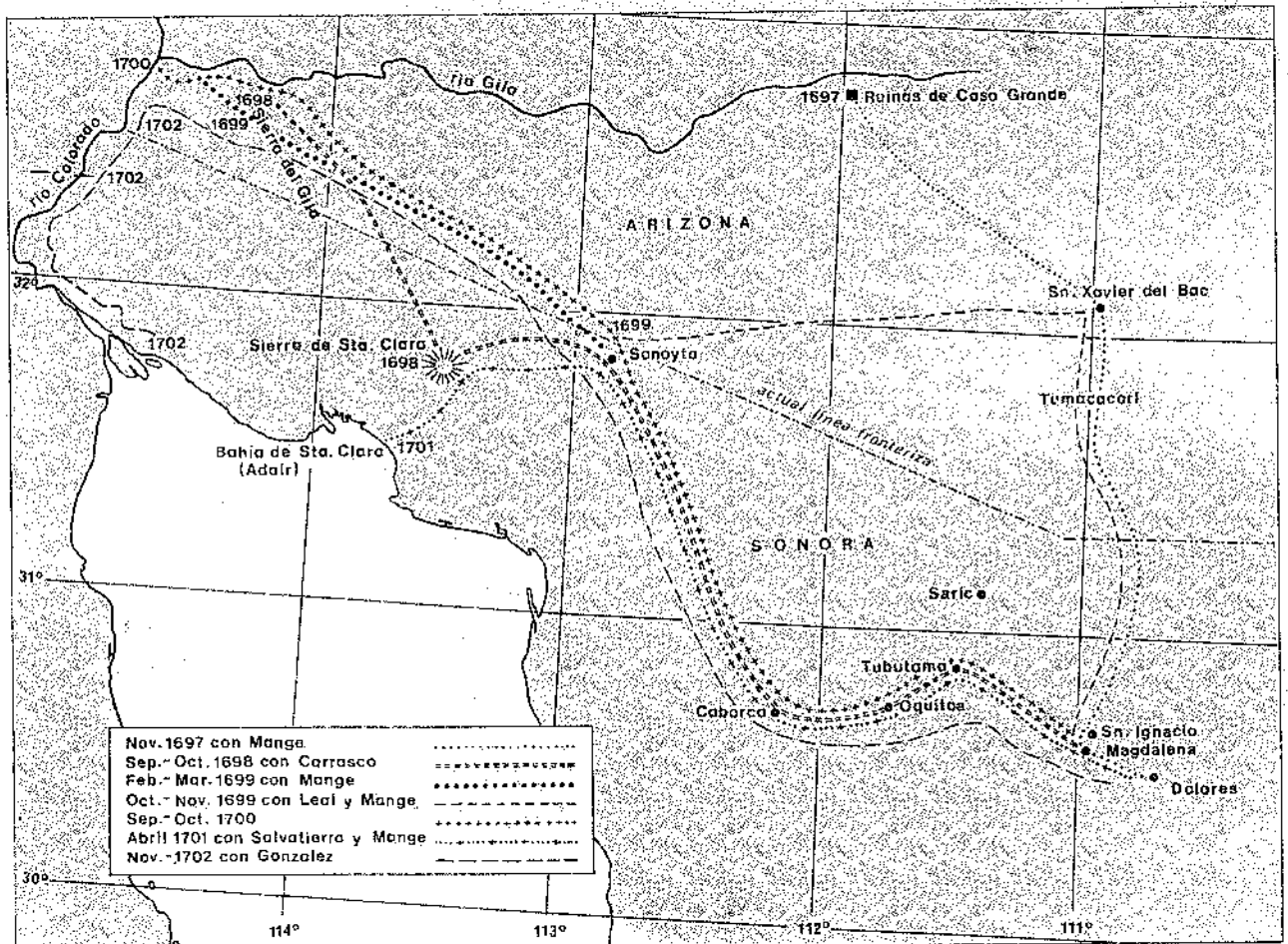


Figura 63. Principales expediciones de Kino entre los años 1697-1702.

Juan Mateo Mange —el autor de la obra *Luz de tierra incógnita en la América Septentrional* . . .¹³—, y auxiliado por varios indígenas, Kino llegó hasta encontrarse con las ruinas que ostentan hoy el nombre de “Casa Grande” en Arizona. Evocando años después, ese y otros descubrimientos, escribió en una carta dirigida, el 8 de abril de 1702, al padre visitador Antonio Leal:

Hemos visto unas casas grandes en diferentes puestos, cercanas al río Grande [el Gila], que sus edificios, ya caídos, indican que ha habido y es muy probable que de ellas salieran los ascendientes de Moctezuma, con su mucha gente, y fueran a fundar la gran ciudad de México.¹⁴

Todavía en esa salida avanzó un poco hasta cerca del actual poblado de Zacatón en Arizona.

En vez de continuar enumerando esquemáticamente las expediciones en las que Kino fue obteniendo la información que más lo determinó a aseverar la peninsularidad de California y a delinear sus mapas del “paso por tierra” a la misma, atenderé a lo que expresa él mismo en la ya aducida carta al padre visitador. Al decir de Kino, fueron seis las expediciones que hasta abril de 1702 había realizado, de importancia capital en esto. La primera de ellas fue casi un año posterior a la que hemos ya aludido. Tuvo lugar en el otoño de 1698. De ella escribe, teniendo en mente las pruebas del “encerramiento de estas tierras con la California”:

Porque así lo vide en nueve de octubre de mil y seyscientos y noventa y ocho años, desde el cercano alto cerro de Santa Clara . . .¹⁵

En efecto, en tal ocasión, con el capitán Diego Carrasco, tras reconocer el curso del Gila, marcharon hacia el suroeste a través de la tierra de los pápagos. Llegaron así al cerro de Santa Clara, hoy punta del Pinacate, y desde allí divisaron el golfo de California. En particular contemplaron la hoy llamada bahía de Adair, nombrada en uno de

¹³ *Loc. cit.*

¹⁴ Eusebio Francisco Kino, “Plan de 1702”, en carta al padre visitador Antonio Leal, Dolores, 8 de abril de 1702, *Las misiones de Sonora y Arizona*. Crónica intitulada *Favores Celestiales*, versión paleográfica e índice por Francisco Fernández del Castillo, México, 1913-1922, p. 172.

¹⁵ *Ibid.*, p. 167.

los mapas derivados de los delineados por Kino, “bahía de San Manuel”.¹⁶

Una vez mencionada esa expedición, expresa Kino:

Porque, con otras cuatro entradas que he hecho, caminando cincuenta leguas al nortueste, desde el dicho cerro de Santa Clara, el cual está cercano y al oriente del brazo y remate del mar de California, y después a otras diez leguas al poniente por el río Grande [el Gila] hasta donde entra el río Colorado, hasta su desemboque, no se halla o ve mar alguna de California que suba a más altura que hasta 32 grados escasos . . .¹⁷

Brevemente recordaré cuáles fueron esas cuatro entradas. Una fue la emprendida el 16 de febrero de 1699 desde Sonoita por el llamado “camino del Diablo”. En ella, el capitán Mange pudo contemplar, desde una altura en la sierra cercana al Gila, la confluencia de los dos grandes ríos, el Gila y el Colorado. Otra expedición, en octubre de ese mismo año, fue la llevada a cabo por Kino y Mange con otros dos jesuitas, el visitador Antonio Leal y Francisco Gonzalvo. En esa salida fue cuando por vez primera, los indios

nos dieron varias conchas azules [las ya mencionadas de abulón], que sólo se dan en la contracosta y en la otra mar del Sur [el Pacífico] . . .¹⁸

De tal hecho pudo deducir Kino, como algo obvio, que no había otro estrecho intermedio en esa latitud (33° y algo más) y que, por tanto, la tierra cerraba más abajo el extremo de lo que era realmente un golfo.

Las otras dos expediciones o “salidas” a las que alude Kino en su carta fueron probablemente —ya que emprendió varias más— las iniciadas el 24 de septiembre de 1700 y la emprendida el 7 de noviembre de 1701, ambas a partir de su misión de Dolores. En la primera de éstas logró observar desde un promontorio la sierra de Gila, gracias al telescopio que llevaba consigo, el delta del Colorado, en territorio de los indígenas quíquimas. Aun cuando sea como de paso, cabe recordar que, algunos meses antes, Kino y Mange habían hecho otra expedición nada

¹⁶ Ver el mapa aquí reproducido, intitulado “Nuevo Reyno de la Nueva Navarra con sus confinantes otros reynos, 1710”.

¹⁷ Kino, “Plan de 1702 . . .”, *op. cit.*, p. 167.

¹⁸ *Ibid.*, p. 168.

menos que con el padre Juan María Salvatierra, el fundador de la primera misión permanente, la de Loreto, en California. Esa vez su avance hubo de detenerse por circunstancias adversas y sólo alcanzaron a llegar hasta las cercanías del hoy llamado puerto Peñasco.

De otro recorrido habla el mismo Kino en su referida carta. Fue éste el emprendido el 5 de febrero de 1701 en compañía del padre superior Manuel González. La meta alcanzada fue entonces un lugar muy próximo a la desembocadura del Colorado. De lo que allí contemplaron, recuerda Kino:

Desde este desemboque y en diferentes partes supimos y así vimos cómo había otros dos ríos caudalosos que venían a desembocar en el remate de este mar de California; al uno, que viene del norte, los naturales le llaman el río Verde; y al otro, que viene del noroeste, le llaman también el río Amargo. También supimos y vimos cómo el muy caudaloso y muy poblado río Colorado, a pocas leguas después de haberse juntado con el río Grande o de Gila, se divide otra vez en dos muy grandes brazos, y con ellos hace una grande isla de más de cincuenta leguas de boj, de tierras muy fértiles y de muy buenas campiñas . . .¹⁹

En lo expresado en esta carta dirigida, según se dijo, al visitador, padre Leal, tenemos un resumen, hecho precisamente por Kino, sobre sus expediciones y argumentos tocantes al paso por tierra desde la Pimería Alta a California. Como el propio padre Eusebio Francisco lo notó, sus hallazgos además de disipar dudas, ahuyentan las antiguas fantasías:

Que se quitan, con esto, los yerros y engaños grandes en que nos metían los que pintaban esta América septentrional con cosas fingidas, que no las hay, como son las de un rey coronado que le llevaban en andas de oro [recuérdese lo asentado a este respecto por Porter y Cassanate]; las de una laguna de azogue y de una laguna de arenas de oro; las de una ciudad amurallada con torres, etcétera; del reino Axa; de las perlas, ámbar, corales del río del Tizón, del río Anganguch, del río del Coral, que ponen sus desemboques en esta mar de California en 35 y 36 grados (no subiendo a esta altura esta mar), y de las siete ciudades que algunos ponen, que al presente no las hay . . .²⁰

Pruebas fehacientes aportó en verdad Kino sobre la peninsularidad de California. Apo-

yado siempre en lo que observó en sus referidas expediciones y en otras que continuó haciendo, hasta pocos años antes de su muerte en 1711, escribió varios informes y delineó mapas. Remitiendo tales testimonios a diversas personas de México y Europa hizo posible que, sobre todo al reproducirse sus mapas, se llegara al fin a un cambio radical en la cartografía universal. Ello no significa, sin embargo, como vamos a verlo, que sus descubrimientos tuvieran de inmediato una aceptación general. Todavía fueron menester nuevas expediciones y pruebas, debidas a otros, para que la correcta imagen geográfica —reiteración de lo que gracias a Ulloa y Alarcón se supo en el siglo xvi— pasara a tenerse como algo plenamente comprobado.

Los mapas elaborados por Kino o inspirados en sus aportaciones

Debemos a Ernest J. Burrus una obra en la que, con meticulosidad, discute y reproduce lo más importante en la aportación cartográfica hecha por el padre Eusebio Francisco. Con apoyo en dicho trabajo, intitulado *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*,²¹ haré un elenco de los mapas más dignos de atención.

Además de las ya citadas cartas de la región meridional de California con el real de Nuestra Señora de Guadalupe (delineada en 1687) y de la que intituló "Teatro de los trabajos apostólicos de la Compañía de Jesús" (1695), en la que todavía California aparece como una gran isla, importa referirse ahora a aquellos mapas en los que el tema central es el del "paso por tierra a California". De éstos hay varios dignos de particular consideración.

El primero fue dispuesto por Kino en 1701 para mostrar la peninsularidad californiana. Como lo nota Burrus,

Kino delineó varios "originales" de este mapa, con ligeras variantes, a juzgar por las versiones impresas del mismo y las posteriores copias manuscritas. Los mapas autógrafos delineados en 1701 han desaparecido sin excepción.²²

²¹ Ernest J. Burrus, *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*, Tucson, Arizona Pioneers' Historical Society, 1965.

²² Burrus, *op. cit.*, p. 17.

¹⁹ *Ibid.* p. 166-167.

²⁰ *Ibid.*, p. 172.



Figura 64. Copia del mapa original elaborado por Eusebio Francisco Kino en 1701. En él aparece, por vez primera, en el contexto del siglo XVIII, lo que llamó Kino "paso por tierra a la California". En otras palabras es éste el primer mapa de Kino en el que, con apoyo en sus expediciones, restituye a California su carácter peninsular.

Según esto, todas las cartas que se conocen de los trabajos de Kino son, de un modo u otro, copia o derivaciones de sus mapas originales. Del que elaboró en 1701 sobresalen dos copias. Una con todas sus leyendas en castellano, ostenta el título de:

Paso por tierra a la California y sus confinantes nuevas naciones y nuevas misiones de la Compañía de IHS [Jesús] en la América septentrional, descubierto y anaado [sic por andado], y demarcado por el P. Eusebio Franc^o Kino, jesuita, desde el año 1698 hasta el de 1701.



Figura 65. Otra copia del mapa original de Kino de 1701, en el que se muestra el "paso por tierra a la California" con su texto en francés. Se incluyó en la serie *Lettres Edifiantes*, París, 1705, y asimismo en las *Mémoires de Trévoux*, 1705. Al difundirse en Francia esta carta, se planteó de nuevo, en los círculos de especialistas, la cuestión del perfil geográfico de California. Aunque algunos aceptaron lo que Kino afirmaba haber descubierto, otros muchos se opusieron a ello. Prueba de esto último es que en la cartografía universal hay numerosos mapas, de fecha posterior a 1701, en los que California sigue delineándose como isla. Muestra de ello la ofrecen, entre otras, las cartas de América de Matheus Seutter que siguieron publicándose hasta 1740; de Thomas Bakewell, Londres, 1740, y de John Bowles en Cornhill, 1754. Importa además recordar que el maestro de Kino, el cosmógrafo jesuita Heinrich Scherer siguió insistiendo en el carácter insular de California en su mapa publicado en 1702 y reproducido aquí en este mismo capítulo, y en otras cartas suyas hasta 1720.

Fig. M



Fig. N

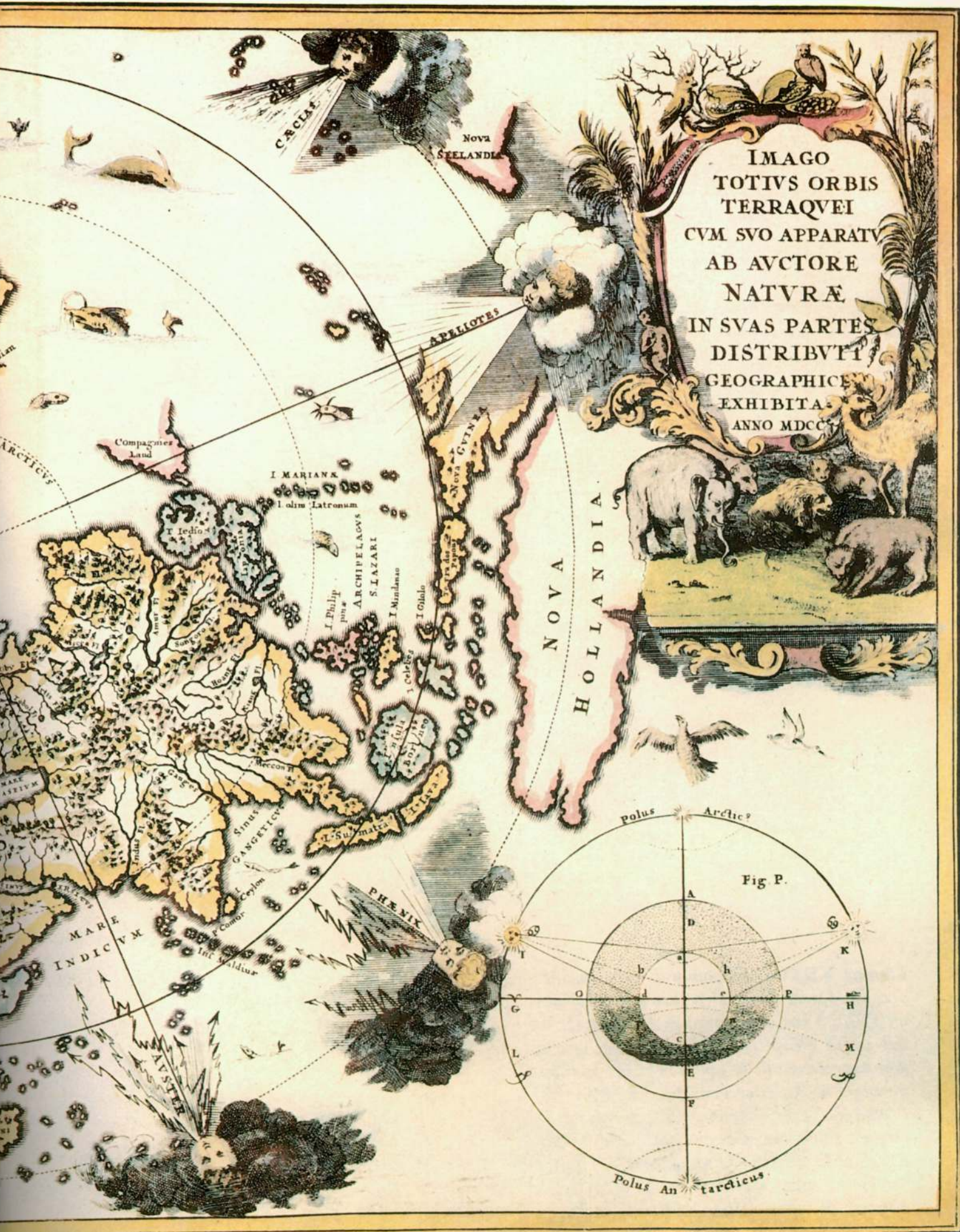


Lámina XXXIII. *Mapamundi con una proyección óptica desde el polo norte en el que, en 1700, o sea poco después del desembarco del padre Salvatierra en California, ésta sigue representándose como isla. El extremo noroeste de América continúa sin delinearse. Preparado este mapamundi por el jesuita Heinrich Scherer, maestro que fue del padre Eusebio Francisco Kino, apareció publicado, en su Atlas Novus, München, 1702. No obstante las aportaciones de Kino que comenzaron a difundirse desde 1701, este mismo mapa, con California como isla, continuó apareciendo hasta 1737.*

Este mapa que, por primera vez publicó Burrus en su citada obra, en 1965, muestra con bastante precisión la geografía de la Pimería Alta y regiones colindantes entre los paralelos $35^{\circ} 30'$ y $25^{\circ} 30'$. En él se mira la confluencia del Colorado y el Gila. Cerca de ella se sitúa la misión de San Dionisio establecida en 1700. Los nombres de los varios grupos indígenas aparecen en las correspondientes áreas de sus asentamientos: cocomaricopas, yumas, boabonomas, bagiopas, quiquimas, guimíes [guaimíes], edúes... La desembocadura del Colorado se representa como una gran entrada o alargada bahía, remate del golfo. El cerro de Santa Clara —pico del Pinacate—, desde donde Kino contempló el golfo, se sitúa bastante cerca de la costa. Es interesante que a la isla del Tiburón se le asigne el nombre de "San Agustín", es decir, el que le dio Kino al visitar allí a los seris al fin de su viaje con Atondo y Antillón. En el extremo inferior izquierdo se registra el "puerto de Año Nuevo" con la fecha 1685 —que es la correcta—, sobre la cual alguien sobrepuso la de 1695. También aparece, bastante bien ubicada, en poco más de 26° , la misión de Loreto.

Otra temprana copia del mapa de Kino de 1701 es la grabada y publicada en París en 1705, en la serie de *Lettres Édifiantes*, y en la revista *Mémoires de Trévoux*. En la leyenda que aparece en el ángulo superior izquierdo se indica en francés su significación y origen:

Paso por tierra a la California, descubierto por el reverendo padre Eusebio Francisco Kino, jesuita, desde 1698 hasta 1701, en el que también se ven las nuevas misiones de los padres de la Compañía de Jesús.

Otro mapa, muy distinto de los mencionados, apareció publicado en 1703, derivado asimismo de información proporcionada por Kino. Se trata de una carta sacada a luz por el también jesuita, cosmógrafo y antiguo maestro de Kino, el padre Heinrich Scherer. Éste, que había recibido las noticias de Kino y una copia de su mapa consecuencia de su expedición con Atondo, decidió incorporarlos en su *Atlas novus*, impreso en Munich, 1703. El mapa publicado por Scherer resulta anacrónico en vista de los nuevos descubrimientos de Kino. Si Scherer

hubiera podido tener acceso a los nuevos mapas elaborados en 1701, probablemente no hubiera representado a California como isla, según lo indica expresamente en su leyenda en latín, que traduzco:

Delineación nueva y verdadera de la parte austral de Nuevo México con la parte austral de la isla de California descubierta por los españoles en el anterior siglo.

Quizás el mayor interés de este mapa esté en el señalamiento de las misiones y otros poblados en la parte septentrional de la Nueva España y en el registro de lo explorado por Kino en 1683-1685.

Otra carta también consecuencia de lo aportado por Kino, pero con errores muy graves, se publicó años después, en 1726, en la revista misional *Der Neue Welt-Bott*, editada en Augsburgo y Graz. En dicho mapa, como lo señala Burrus, se incorporan tan sólo algunos pocos datos nuevos incluidos en una carta preparada por Kino en 1702. Dado que esta última y sus copias se han perdido, este mapa austriaco es el único reflejo del original. La leyenda en latín reitera lo señalado en el mapa francés publicado en 1705:

Vía terrestre hacia California hallada y descubierta por el reverendo padre Eusebio Francisco Kino S.I, alemán, señaladas las nuevas misiones de la misma Compañía desde el año de 1698 hasta el de 1701.

Dato curioso es que en el mapa las diversas leyendas aparecen unas veces en latín y otras en alemán e incluso en ambos idiomas, como en el caso del río Colorado: *Coloratus Fl[umen] seu Nord Strom*. La parte meridional de la península, que no aparece en los mapas derivados del de 1701, se incluye en éste pero en forma en extremo deficiente. Justamente dicha parte está bien delineada en el referido mapa publicado por Scherer en 1703. Contemplando en este mapa, aparecido hasta 1726, el extremo sur peninsular sin la bahía de La Paz, no deja de sorprender el descuido de quienes lo sacaron a luz en Austria, cuando pudieron haber acudido al *Atlas Novus* de Scherer, publicado en la cercana ciudad de Munich, nada menos que veintitrés años antes.

El examen de la correspondencia de Kino ha permitido al ya citado Burrus afirmar

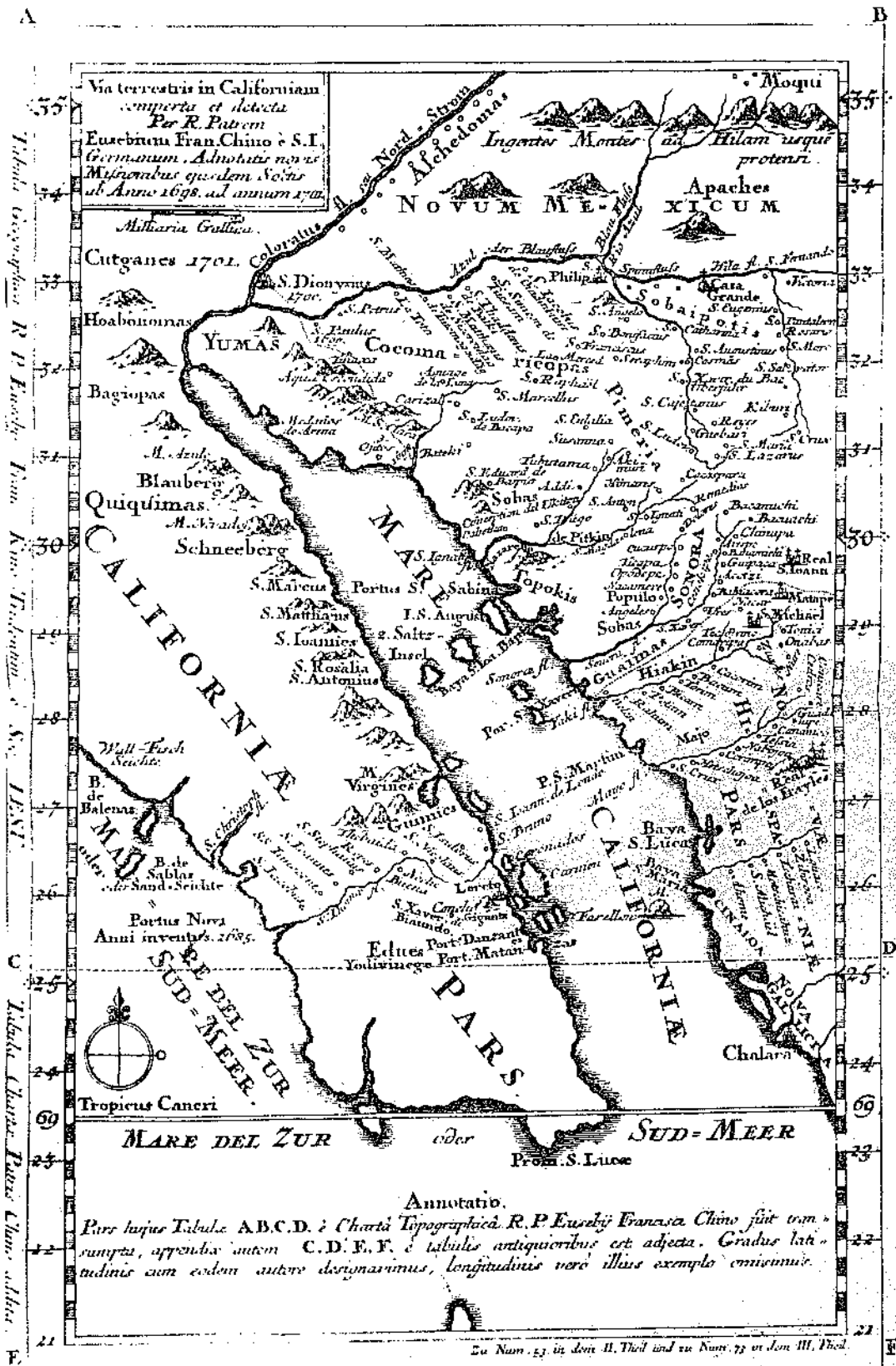


Figura 66. Otra copia del mapa de Kino, en el que se incluye ulterior información hasta 1702. Se publicó el año 1726 en la revista Der Neue Welt-Bott, Graz (Austria). En este mapa, a diferencia de los publicados como copias del de 1701, aparece el extremo sur de la península aunque de forma tan deficiente que ni siquiera se registra la bahía de La Paz.

que el jesuita explorador preparó un número muy grande de mapas. Según Burrus, Kino dibujó y envió a distintos destinatarios "entre 1678 y 1710, 31 mapas".²³ Si, por desgracia, ninguno de esos originales se conoce, cabe al menos percibir la evolución en las ideas cartográficas de Kino en algunos de los mapas que se fueron publicando en Europa con apoyo en lo aportado por él. Aquí me limitaré a aducir y comentar ya tan sólo otro mapa derivado del que fue casi seguramente el último que delineó Kino. Dicho mapa concluido, según parece, hacia 1710, reflejó las noticias que pudo allegar él en sus postreras expediciones e introdujo varias innovaciones. Gracias al tantas veces citado Burrus, conocemos lo que parece ser una temprana copia que incluso llegó a publicarse en Francia hacia 1722. Características de dicho mapa son las siguientes: se designa "Nueva Navarra" a una amplia zona más al norte de la que ostenta el nombre de "Península de California". Tal vez, como idea subyacente en la designación de "Nuevo Reyno de la Nueva Navarra", estaba el propósito de introducir una especie de réplica de las realidades geográficas hispano-francesa. Al igual que en Europa, Navarra estaba entre España y Francia, también aquí la Nueva Navarra se situaba entre la Nueva España y las regiones septentrionales colindantes, vagamente demarcadas y nombradas Nueva Francia. En este mapa se traza con bastante precisión la confluencia del Gila y el Colorado; se indican casi todos los centros misionales de las Pimerías, Nueva Vizcaya y Nuevo México. Respecto de este último, se señalan los "pueblos mudados al passo [presidio de El Paso y sus cercanías] desde el alzamiento de éstos". La desembocadura del Colorado se sitúa erróneamente arriba de 33°. Kino, en otras cartas, había puesto dicha desembocadura en poco menos de 32°. De las misiones en la península se registran las de Loreto, San Xavier, Santa Rosalía (metida tierra adentro, lo que denota otro error del copista), así como San Bruno que se encontraba abandonada. Se hace notar además que "Desde esta altura [menos de 27°] para el norte, no se ha descubierto ni entrado a lo interior de la California y hay noticia es la tierra muy fértil".

²³ *Ibid.*, p. 20.

Según lo nota Burrus, existe además otra copia del citado mapa de 1710. Dispuesta para ser grabada, se conserva en la Colección D'Anville de la Biblioteca Nacional de París y data de 1724. Resulta de interés añadir que estos mapas derivados del de 1710 ejercieron, por una parte, influencia en lo que concierne a la designación de "Nueva Navarra". Por otra, no se logró, en cambio, poner en ello punto final a la debatida cuestión de si California era isla o península. Tan sólo otra serie de exploraciones, algunas de ellas efectuadas en la segunda mitad del siglo XVIII, vendrían a desvanecer —muy lentamente por cierto— el tan enraizado error geográfico. Papel fundamental tuvieron en tal empresa los jesuitas que, según ya vimos, habían entrado desde el desembarco del padre Salvatierra en 1697.

Se establecen misiones permanentes y se emprenden nuevas exploraciones

Desde luego no repetiré aquí lo ya estudiado ampliamente por otros —entre ellos Miguel Venegas y Marcos Burriel, y luego Miguel del Barco y Francisco Xavier Clavijero y, entre los modernos, Constantino Bayle, Peter Masten Dunne e Ignacio del Río— acerca de la fundación de establecimientos misionales, antecedente de las ciudades y pueblos de la actual California mexicana. Mi propósito se limita a ofrecer un elenco de las "entradas" o recorridos exploratorios llevados a cabo por los jesuitas.

Éstos emprendieron tales expediciones por tres motivos principales. El primero, como es de suponerse, era el de avanzar hacia lugares no conocidos para descubrir otras rancherías indígenas y sitios para el establecimiento de una misión a la que dichos nativos serían atraídos. Un segundo propósito guardaba relación directa con la orden de las autoridades virreinales de encontrar un buen puerto en el que se pudieran abastecer los galeones procedentes de Manila. Finalmente, existía también el interés de carácter geográfico: aclarar cuáles eran las características de California, su extensión, hasta qué latitud llegaba y si era, en suma, isla o península. El hecho innegable de que persistiera este interés denota que lo escrito y delineado por Kino no había desvanecido las dudas en forma ya irrefutable.

Al igual que había acontecido con las expediciones realizadas por Kino, también varias de las que emprendieron los otros jesuitas, tuvieron entre sus frutos la elaboración de diversos mapas. A no dudarlo, estos misioneros de la California hicieron valiosa aportación cartográfica.

Exploraciones jesuíticas en el interior de California (1697-1721)

Ya se ha hecho referencia a las primeras entradas que, saliendo de Loreto, empezaron a realizar los padres Salvatierra y Pícolo desde muy poco después de llegados a California en 1697. Marchando un poco hacia el norte, localizó Salvatierra el sitio donde se fundó, poco más tarde, en marzo de 1699, la "visita" de San Juan Bautista Londó. A

su vez, Pícolo penetró hacia el sur hasta hallarse frente a la isla de Los Danzantes, así llamada por el capitán Francisco de Ortega que había visto en ella a un grupo de nativos que bailaban con gran regocijo. Cerca de allí se establecería, en 1705, la misión de San Juan Bautista Malibat-Ligúí.

Antes de que, como consecuencia de esa entrada, se fundara la referida misión, el mismo Pícolo, que tenía a su cargo el establecimiento de San Francisco Xavier Viggé-Biaundó, decidió hacer una salida en busca de la contracosta, es decir hacia el Pacífico. Es probable que en su mente se aunaran los dos propósitos, el de establecer contacto con otros indígenas e inquirir acerca de algún buen puerto para los galeones. En varias cartas e informes proporciona noticias de esta expedición. Así, por ejemplo, escribe:

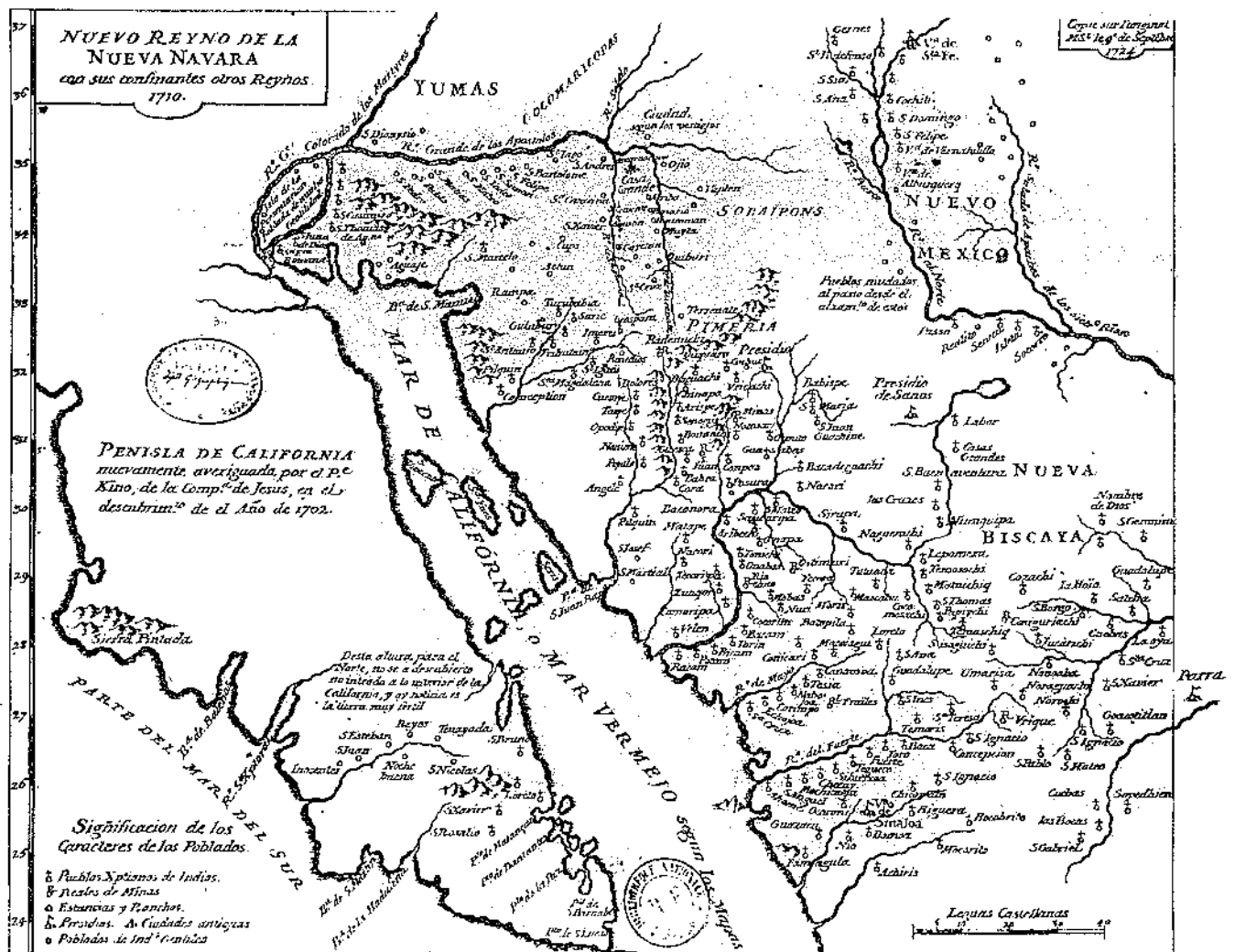


Figura 67. Copia del último mapa que delineó el padre Kino poco antes de su muerte. Al norte de la "Penisla [península] de California", en el extremo superior derecho, se lee como título del mapa, "Nuevo Reyno de la Nueva Navarra..." Esta designación habría de perdurar por varios años en otros mapas. La presente copia fue identificada por Ernest J. Burrus en la Biblioteca Nacional de París.

El martes, pues, vigilia de los santos apóstoles Simón y Judas [27 de octubre, 1699], después de legua y media de camino, dimos con el aguaje, distante de la mar como una legua . . .

Dio orden el capitán que saliésemos a ver la mar y a ver si estaban pescando los indios . . .

Caminamos un buen trecho playa arriba y playa abajo . . . y cogieron un género de conchas, hechas racimos, que arroja a la playa la misma mar; es comida muy delicada y se estima mucho en Italia; en Palermo se llaman dátiles de la mar . . .

En suma, no hay más que dos días de camino desde este paraje de Biaundó [donde escribió su informe] a la contracosta; y de mar a mar, tres días de camino descansadamente. Ésta es la sustancia de nuestra jornada . . .²⁴

Así, si no se logró descubrir el deseado buen puerto, al menos se conoció ya algo de la geografía de la región y pudo precisarse que el ancho de la California en esa latitud era más bien reducido. Ésta que Pícolo llama "jornada" fue la segunda expedición que cruzó California de oriente a poniente. La otra había sido la ya referida de Atondo y el padre Kino en diciembre de 1684 cuando, en una latitud algo más al norte, llegó al que bautizó como "puerto de Año Nuevo".

De regreso ya Pícolo, continuó su trabajo en la misión de San Francisco Xavier, en ese valle con abundancia de agua, llamado Biaundó por los indígenas cochimíes. El lugar tenía como entorno los montes de Viggé, una ramificación de la sierra de La Giganta.

Al cerrarse el siglo xvii, los jesuitas conocían ya las regiones vecinas a Loreto. Por el norte habían explorado en las cercanías de Londó y de otro centro misional de vida efímera, el de Dolores. Por el sur habían descendido hasta hallarse frente a la isla de Los Danzantes y, entrando además a la sierra, habían fundado la misión de San Francisco Xavier y llegado en la mencionada expedición hasta la contracosta.

Las expediciones habían sido, con razón, cautelosas. Sólo dos seguían siendo hasta entonces los misioneros, acompañados por reducidísima escolta. Si como lo manifestaba Salvatierra, al escribir a Kino por ese tiempo, el padre Pícolo llegó a delinear un mapa de lo hasta entonces explorado, debemos decir que se desconoce su paradero. En materia de descripciones geográficas nos que-

dan al menos sus ya citados informes y cartas.

La llegada en 1701 de otro jesuita, Juan de Ugarte, iba a hacer posible la expansión de las actividades misionales y, paralelamente, las exploraciones. De hecho, a Ugarte siguió pronto el arribo de otros jesuitas, Juan Basaldúa (1702), Gerónimo Minutelli (1702), Pedro de Ugarte (1704), Jaime Bravo (1705), Julián Mayorga (1707), Clemente Guillén (1714) y Everardo Hellen (1719). A varios de éstos correspondió ensanchar tanto los conocimientos geográficos como las fronteras de la cristiandad.

Importante exploración hacia el norte fue la que consumó Juan Basaldúa en 1705. En ella llegó a un lugar que dos años antes había visitado brevemente en compañía de Salvatierra. Dejando a un lado la bahía de la Concepción, se decidió a fundar otra misión, la que se llamó de Santa Rosalía, aprovechando el oasis favorecido por el río Mulegé. Desde entonces quedó abierta una trocha que unía Loreto y Mulegé (Santa Rosalía). Esa trocha marca el camino por el que hoy corre la carretera transpeninsular.

Correspondió a Juan de Ugarte, a quien se alude en algunas cartas e informes como "el atlante de la California", hacerse cargo de la misión de San Francisco Xavier. Ahora bien, en sus afanes por expandir la acción jesuítica entre los indígenas, Ugarte consagró más tarde mucho de su esfuerzo a la exploración por tierra y mar. Entre tanto quedaron establecidas otras dos misiones, la costera de San Juan Bautista Malibat (o Ligüi) en 1705 y, en el interior, la de San José de Comodú, 1708. Como puede comprobarse, contemplando el mapa de California en el que se señala la ubicación de estas misiones, el avance, tanto al norte como al sur, proseguía pero lentamente y con gran cautela. Entre tanto, el segundo de los motivos antes mencionados como acicates en la exploración, se dejó sentir con fuerza.

A raíz de la muerte del padre Salvatierra en 1717, el también jesuita Jaime Bravo hubo de entrevistarse con el virrey Marqués de Valero, en la ciudad de México. Allí, acompañado del provincial de su orden Gaspar Roderero, alcanzó varias concesiones en apoyo de la empresa californiana. Y por cierto que, en los informes que entonces presentaron, se ve

²⁴ Pícolo, *Informe . . .*, op. cit., p. 153, 154, 157.

que, no obstante las expediciones de Kino, tanto Bravo como Rodero, seguían firmes en la creencia de que California es una "gran isla". Al otorgar el virrey buena parte de lo que se le pedía —el pago de 25 soldados, la adquisición de dos embarcaciones . . .—, pidió a los jesuitas acometieran la tan deseada búsqueda de un puerto en la costa del Pacífico donde pudieran recibir auxilio los galeones procedentes de Manila. A su regreso a Loreto, Bravo y Juan de Ugarte, gestionaron se llevara a cabo la correspondiente expedición. Lograron ambos que el padre Clemente Guillén y el capitán del presidio de Loreto, Esteban Rodríguez Lorenzo, salieran con rumbo a la bahía Magdalena.

La expedición, de la que se conserva un diario anónimo, pero que verosímelmente se debe a Guillén, salió de Loreto el 3 de marzo de 1719. Tras una serie de peripecias, de las que da cuenta el diario, llegaron a la buscada bahía veintiún días después. Allí:

Quiso el señor capitán [Esteban Rodríguez Lorenzo] hacer por su misma persona la exploración [de la bahía], y habiendo procurado grangear a los de Arúí . . ., para que guiasen, no se consiguió de ellos, mas enseñaron una senda que, seguida, llevó a los exploradores a la bahía . . .

En prosecución de su intento, salió el señor cabo por la mañana y, a las tres leguas de camino, llegó al mar enfrente de la misma punta de las montañas que forman de opuesto con esta otra tierra la gran bahía de Santa María Magdalena en el mar Pacífico. Reconocióse ser esta boca bastante hondable; porque entraban y salían por ella las ballenas, y muy ancha . . .²⁵

En tanto que, como frutos de la expedición, se reunieron abundantes datos sobre la configuración de la bahía y acerca de la inexistencia de placeres de perlas en el Pacífico, en cambio el no haber podido encontrar agua potable fue en extremo descorazonador. Por lo pronto se sacó la conclusión de que no podía habilitarse en ese lugar un buen puerto para los galeones.

La correspondencia de los jesuitas habla luego de otros intentos con iguales propósitos de localización de un puerto. De uno, que se llevó a cabo a instancias de Juan de

Ugarte en noviembre de 1721, en una altura cercana del paralelo 28°, trataré más adelante, después de describir la que fue extraordinaria empresa, concebida y realizada por el mismo Ugarte. Persuadido de que, tanto para el abastecimiento de las misiones californianas como para cumplir con los encargos de exploración, era necesario disponer de un buen barco, ya que los que entonces se tenían no merecían tal adjetivo, decidió echarse a cuestras la tarea de construirlo, no obstante que, como lo expresó, había muchos "que decían, cuando se iba a fabricar, que los quemasen con las astillas del barco que se fabricase en California". La feliz realización de sus propósitos, abrió, como veremos, una nueva etapa en las exploraciones de ese vasto territorio que tanto se resistía a volver asequibles sus secretos.

Exploraciones en el sur y redescubrimiento de las bocas del Colorado, reafirmación del carácter peninsular de California

Gracias, sobre todo, a la "Relación de descubrimiento del golfo de Californias o mar Lauretano", debida al propio Ugarte, de fecha 12 de enero de 1722, y asimismo con apoyo en otras cartas e informes, puede conocerse cómo se llevó a feliz remate la construcción del barco y cómo, valiéndose de él, se avanzó hacia el sur y se exploró luego hasta la desembocadura del Colorado. Describe Ugarte en su "Relación" el modo como pudo aprovechar la madera de árboles conocidos como güeribos, que localizó en un cañón a unos cincuenta kilómetros al noroeste de Mulegé, en región en la que se erigió luego la misión de Guadalupe Huasinapí. Llevando allí a sus hacheros y carpinteros, se pasó, viviendo "bajo unos carrizos",²⁶ cuatro meses. Cuando estuvo ya cortada la madera, la transportó en las mulas que pudo obtener de la misión de Santa Rosalía y con el auxilio de buen número de cochimíes. A principios de julio de 1720, el barco, construido cerca de la playa en Mulegé, estaba ya casi terminado. La empresa, al decir de Ugarte, requirió casi

²⁵ "Expedición a la nación guaicura en Californias y descubrimiento de la gran bahía de Santa María Magdalena en el mar Pacífico por el señor capitán don Esteban Rodríguez Lorenzo, su primer conquistador", en Jorge Flores D. (editor), *Documentos para la historia de la Baja California*, México, 1940, p. 78-79.

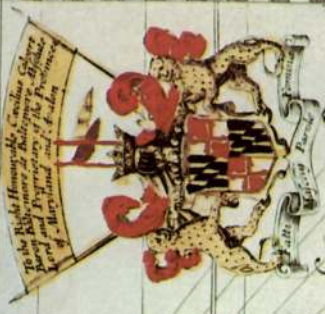
²⁶ "Relación del descubrimiento del golfo de California o mar Lauretano por el padre Juan de Ugarte en el año de 1722", en Roberto Ramos (editor), *Tres documentos sobre el descubrimiento y exploración de la Baja California* . . ., México, Editorial Jus, 1958, p. 18.



**A New Mapp of
AMERICA
SEPTENTRIONALE**

Discovered by Martinus Waldemur to the French King and Rendered into English and Illustrated by Richard Blome. By his Majesty's Appt. Richard Blome.

Printed for Richard Blome 1673



To the Honourable the Commissioners of the Admiralty, by the Right Honourable the Secretary of the Admiralty, Richard Blome.

Printed for Richard Blome 1673

Lámina XXXIV. *La arraigada concepción de California como isla, que se mira en este mapa de América del Norte, versión inglesa del clásico de Nicholas Sanson, habría de ser muy difícil de erradicar. De hecho, según se muestra en el capítulo III y en el siguiente, otras varias expediciones tuvieron que realizarse para desvanecer el gran error geográfico. En este mapa publicado en Londres, en 1669, por Richard Blome, se reconoce en su título mismo que se basa en el trabajo del "Señor Sanson, geógrafo del rey de Francia".*

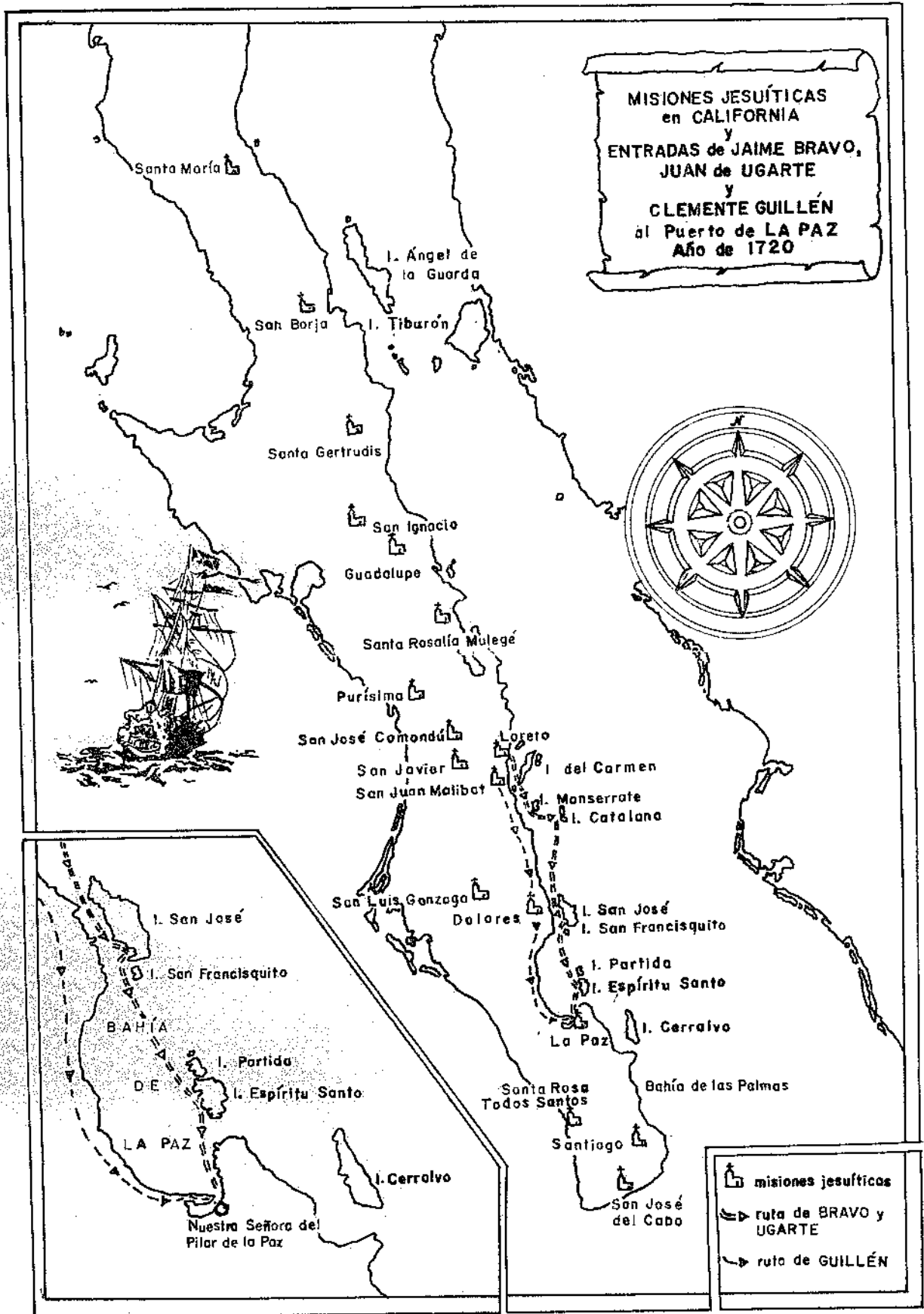


Figura 68. Las entradas de Jaime Bravo.

un año. Bendecido por el padre Piccolo el 16 de ese mes, recibió el nombre de *Triunfo de la Santa Cruz*. Algún tiempo más tarde, el 14 de septiembre, fue botado al mar. Era ese día de la Exaltación de la Cruz, "que se

ajustaba un año en que salimos de Loreto a registrar las maderas...²⁷ que sirvieron para su construcción.

²⁷ *Ibid.*, p. 19.

Muy pronto *El Triunfo de la Santa Cruz* realizó su primera importante travesía. Ugarte, que fungía como visitador de las misiones de California, consideró que, con el nuevo barco, había llegado el momento de avanzar hacia el sur, antes de emprender la ambiciosa exploración a la desembocadura del Colorado. Encargó, en consecuencia, al padre Clemente Guillén que, desde San Juan Bautista Malibat, marchara por tierra hasta la bahía de La Paz.²⁸ Guillén que, según vimos, tres años antes había explorado hasta otra bahía en el Pacífico, la de María Magdalena, como hombre esforzado aceptó lo que se le propuso. Por su lado Ugarte, acompañado de Jaime Bravo, el capitán William Strafford, varios marineros y algunos indígenas de Loreto, provistos de lo que estimaron necesitarían para la nueva misión, se hicieron a la vela el 1 de noviembre de 1720. Bravo en su "relación" describe así la embarcación en que viajaron:

la balandra nombrada *El Triunfo de la Santa Cruz*, fábrica la primera que se ha hecho en California, de maderas de la misma tierra, de veintisiete codos de quilla y lo correspondiente de puntal [altura de la nave desde su parte inferior hasta la cubierta principal], obra de las más fuertes y bien hechas que se han visto en estos mares. Y se destinó su primer viaje para la pacificación y reducción de la nación guaycura en el puerto de la Paz...²⁹

Durante la travesía pasaron cerca de las islas del Carmen, Monserrat y Catalana. En la de San José se detuvieron para hacer contacto con los indígenas pericúes que en ella vivían. A la postre, en sólo tres días alcanzaron su destino. Clemente Guillén, que había salido por tierra un poco después, el 11 de noviembre, según lo consigna en su diario, pudo explorar parte de la sierra, así como la costa con algunos esteros desde el puerto de Loreto al de La Paz, al que llegó el 6 de diciembre. La misión de La Paz quedó así fundada el 4 de diciembre de 1720, aproximadamente en el sitio donde habían estado Hernán Cortés (1535), Francisco de Ulloa

²⁸ *Ibid.*

²⁹ "Razón de la entrada al puerto de La Paz: conquista de la nación guaycura, y fundación de la misión de Nuestra Señora del Pilar en California, en el año de 1720, por el padre Jaime Bravo", en Miguel León-Portilla (editor), *Testimonios Sudcalifornianos, Nueva entrada y establecimiento en el puerto de La Paz*, México, UNAM, 1970, p. 25.

(1539), Sebastián Vizcaíno (1596) y el almirante Atondo con el padre Kino (1683).

Desde La Paz, el año siguiente de 1721 otro jesuita, Ignacio María Nápoli, continuando hacia el sur, estableció la misión de Santiago entre los guaycuras. De su viaje de exploración se conserva también otra relación de gran interés.³⁰ Por su parte el tantas veces mencionado Clemente Guillén, que en su recorrido hacia La Paz había visitado una ranchería llamada Apaté muy cerca del mar, escogió, también en 1721, ese sitio para fundar en él otro centro misional que se llamó Nuestra Señora de los Dolores. De este modo, poco a poco, reconociendo primero el terreno, los jesuitas en sus relaciones, cartas y mapas podían informar sobre lo que realmente era la California.

Antes de que concluyera el año de 1721 el mismo Ugarte dispuso otras dos exploraciones que tenía como de la máxima importancia. Una, por tierra, se dirigiría hacia el Pacífico, en busca, una vez más, del posible puerto para abastecer a los galeones. La otra, por mar, debía explorar el interior del mar de Cortés hasta las bocas del Colorado. La intención era saber de una vez por todas si California era o no una isla.

Para la expedición por tierra se comisionó a los padres Sebastián Sistiaga, de Santa Rosalía de Mulegé y Everardo Hellen, que laboraba desde 1720 en el que era hasta entonces puesto misional más norteño, Guadalupe Huasinapí, cerca de donde Ugarte había encontrado los árboles para su balandra.

Antes de que los dichos emprendieran su jornada exploratoria, Ugarte a mediados de mayo del mismo 1721 zarpó de Loreto llevando consigo veinte hombres en *El Triunfo de la Santa Cruz* y ocho más en una balandri-lla, la *Santa Bárbara*. En el grupo estaban el piloto de origen inglés Guillermo Strafford, cinco marineros, uno extremeño, otro montañés, uno irlandés, otro del Perú y un criollo novohispano, así como quince cochimíes. Por lo que toca a la balandri-lla en ella viajaron otros cinco indígenas cochimíes, dos "chinos" (probablemente filipinos) y "un indio de la otra banda", (verosíblemente un ya-

³⁰ Véase: "Relación del padre Ignacio María Nápoli sobre su primera entrada en los Coras, 1721", en Roberto Ramos (editor), *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, 2 v., Mexicali, B.C., Gobierno del Estado de Baja California, 1958, t. I, p. 273-306.

qui). Como puede verse, parece haber sido un destino constante en las exploraciones en California que en ellas participaran gentes de los más variados orígenes.

Tanto en la "relación" de Ugarte como en la "descripción" que años más tarde escribió Strafford de lo que conocía del mar de Cortés, tenemos información de primera mano acerca de este viaje que en verdad se asemeja a uno de aventuras. El recorrido fue pasar, desde Loreto a "la otra banda", específicamente al norte de la hoy llamada isla de Tiburón donde se entró en comunicación con los seris. De allí, yendo siempre cerca de la costa, se avanzó hacia el noroeste hasta la boca del río de Caborca. Allí el misionero también jesuita, venido desde la cabecera de Caborca, les proporcionó algunos bastimentos. El viaje se prosiguió cruzando de nuevo el mar de Cortés, lo que llevó tres días. Ugarte habla de una ensenada —¿la del puerto de San Felipe?— a la que llegaron y en la que estuvieron a punto de perder la balandrilla. Los indígenas de ese lugar tenían ya objetos de cerámica: "nos dieron ollas y tan perfectas que dudo a torno se hicieran más delgadas, y traje de ellas para que las vieran los padres, y conservo en mi poder una . . ." ³¹ Al hablar de esto, pondera Ugarte las cualidades de los cochimíes a los que cree pertenecían quienes le dieron esas ollas:

es nación, la de los cochimíes de California, noble por su genio, es dilatada [extendida], porque hasta donde llegamos coge y de un mar a otro, tiene religión, aunque falsa, observante de sus ritos gentiles . . . ³²

Continuando la navegación al norte, describe, como lo había hecho casi dos siglos antes el capitán Ulloa, cómo "las aguas del mar [estaban] turbadas . . . , unas veces coloradas como suelen en las avenidas de los ríos, otras amarillas, otras musgas del color del chocolate quemado, sin verse el color ordinario de las aguas del mar . . ." ³³

Por fin, tanto la balandrilla como *El Triunfo de la Santa Cruz* se encontraron ya frente a las bocas del Colorado. Allí:

³¹ Ugarte, "Relación del descubrimiento del golfo de California o mar Lauretano . . .", *op. cit.*, p. 41.

³² *Loc. cit.*

³³ *Ibid.*, p. 42.

Habíamos tenido ya dos avenidas del río Colorado, que como estaba cerca, la palizada que traía balsas de zacate y otras basuras . . .

Cuando llegamos a emparejar con el río Colorado, deseaban todos que entrásemos en él pero yo, advirtiendo que las dos noches anteriores, a la parte del nordeste, había tenido turbonadas con mucha fuerza de truenos y relámpagos de donde se habían originado las dos avenidas del río, recelando que si nos cogía dentro de la caja del río alguna avenida, con la palizada que viniese sobre el barco, nos pudiese suceder algún trabajo . . . , dije que no era de parecer que entrásemos al río Colorado . . . ³⁴

Teniendo por suficiente prueba cuanto habían observado, incluyendo las crecientes, flujo y reflujo "cada seis horas", todo ello consecuencia de encontrarse allí el término del mar con el desemboque del río, determinó Ugarte emprender el regreso. Era entonces mediados de julio o sea que cerca de dos meses habían transcurrido desde el inicio de la expedición.

Ugarte describe luego la ruta y peripecias del regreso: litoral del norte de Sonora, isla de Tiburón y, de allí, hacia las costas de California para avanzar hacia el sur a través del canal de Salsipuedes, entre la tierra firme y tres islas de las cuales la mayor es la de San Lorenzo. En ese punto, lejos de avanzar, se vieron forzados a volver proa una vez más a Tiburón. En medio de nuevas tempestades, tras abandonar Tiburón, pudieron cruzar el mar de Cortés. Avistando la isla de la Tortuga, pudieron anticipar que se hallaban ya cerca de Mulegé. Después de reponerse algunos días en esa misión, Ugarte y sus hombres continuaron hacia Loreto en donde felizmente desembarcaron el 15 de septiembre, cuatro meses después de haber salido.

Para Ugarte esta expedición disipaba toda duda. Mostrándose muy enterado de lo que otros habían expresado sobre el perfil geográfico de California, habla de los descubrimientos de Kino y explica por qué, a su juicio, éste nunca pudo pasar realmente a la península. Señala que el contra maestre, que luego tuvo a su cargo la balandrilla, había estado "siguiendo un mapa antiguo que ponía este golfo cerrado", refiriéndose no al mar de Cortés sino al que se conoce como "golfo o bahía de Santa Clara" al que, según Ugarte, Kino había confundido creyendo era el ex-

³⁴ *Ibid.*, p. 42-43.

tremo del mar de Cortés. También nota Ugarte que lo que han contemplado y comprobado,

está muy distinto de lo que los antiguos y los modernos han pintado; por no divertirse [desviarme] no hago mención por ahora de las demarcaciones que he visto, y de gente que se precia, y en la realidad tiene eminencia en la náutica y en la geografía, y nos dan a la luz pública sus obras, como el holandés que en un atlas impreso en el año [16]81, pone la demarcación de este golfo por estrecho que desemboca al estrecho de Anián . . ., siendo así que arriba de 32° hasta la costa de Californias . . ., donde remata la serranía de Californias, y está tan cerca una tierra de otra que, habiendo entrado a cualquiera de las dos costas que se hubieran arrimado lo hubieran visto [el término del golfo], y ninguno que hubiera saludado los primeros principios de la geografía hubiera cometido semejante yerro. Unos a otros se han trasladado o copiado, donde hay muchas islas, no ponen ninguna; donde no la hay, ponen la isla de oro, y en tierra firme, casi en el mismo paralelo, la laguna de oro . . .³⁵

La relación de Ugarte y otros informes pertinentes acerca de esta expedición iban a difundirse a través sobre todo de la obra de Miguel Venegas, *Empresas apostólicas de los padres de la Compañía de Jesús . . . obradas en la conquista de Californias*, terminada de escribir en 1739. Sin embargo, en esa obra, lejos de aceptarse como hecho comprobado que California era una península, su autor contradice a Ugarte, empleando los más variados argumentos, citando mapas publicados, así como testimonios supuestos o reales de Drake y de un piloto llamado Morera que sostenía haber cruzado el estrecho de Anián. Sin entrar aquí en detalles, bastará con aducir el título del largo capítulo x, libro VIII, de las *Empresas*, dedicado a refutar a Ugarte: "Disputase el passo por tierra y aún no queda averiguado que lo haiga" [sic].³⁶

Mucho más atinado se comportó en cambio el padre Andrés Marcos Burriel, que tuvo a su cargo revisar en España el manuscrito de Venegas para su publicación. Burriel, que era hombre de sólida formación, incluso en lo

tocante a geografía y cartografía, conocedor de lo que más tarde informó otro explorador jesuita, el padre Fernando Consag, modificó enteramente en este punto lo escrito por Venegas.

El extracto que tengo delante, de la relación de este viaje [o sea el resumen incluido por Venegas] no añade las noticias individuales de cada cosa, las cuales copiaría yo de mejor gana [es decir el texto original de Ugarte], que todo lo referido hasta aquí, porque sería más útil este conocimiento que la relación circunstanciada de todo lo demás. Conténtome, pues, con decir finalmente que se logró el fin principal de la navegación que fue saber de cierto si la California era isla o no, sino península unida al continente de Nueva España. Vióse ser ciertamente península, sin mediar otra cosa entre ella y la Pimería que el río Colorado.³⁷

Y añade Burriel acerca de los que pretendían que los galeones de Filipinas entrasen por el supuesto estrecho para pasar luego por él al mar de Cortés, que tal canal no existía. Sin embargo, como indicio de lo arraigada que estaba la idea de una posible comunicación entre ese mar con el Pacífico por el rumbo del norte, nota:

aun cuando dicho golfo [el de California] se comunicase por algún canal al mar del Sur [el Pacífico], era imposible esta navegación [la de los galeones], por ser tan borrascoso, de tan corto fondo, y tan dividido en canales de rápidas corrientes, el golfo hacia el norte, que no podría sufrir navíos de tanto porte como son los galeones de Filipinas.³⁸

Recuerda luego Burriel, al enmendar la obra de Venegas, que Ugarte al enviar su "relación" al virrey, le manifestó que junto con ella le hacía llegar "la demarcación [mapa de demarcación] que ha hecho el piloto y yo". Y añade Burriel que, por más pesquisas que hizo en España y escribiendo a México, "no se ha encontrado", lo que le parece en extremo lamentable, puesto que

los mapas hechos en semejantes expediciones sobre los mismos sitios, son esenciales para dar noticia cumplida de los descubrimientos, y estos

³⁵ *Ibid.*, p. 31.

³⁶ Miguel Venegas, manuscrito original de su obra: *Empresas apostólicas de los PP. Misioneros de la Compañía de Jesús, de la Provincia de Nueva España, obradas en la conquista de Californias*, reproducción facsimilar, edición y estudios de W. Michael Mathes, 5 v., La Paz, Universidad de Baja California Sur, 1979, t. IV, fol. 489.

³⁷ Andrés Marcos Burriel, editor en España de la obra de Miguel Venegas que publicó con el título de *Noticia de California y de su conquista espiritual y temporal*, 3 v. [Madrid, 1757], reimpresión en México, Editorial Layac, 1944, t. II, p. 232-233.

³⁸ *Loc. cit.*

mapas bien hechos son el fruto principal de estas empresas...³⁹

Según habremos de verlo en el siguiente capítulo, Burriel que hasta 1754 no dio por concluida su tarea de revisar, corregir y enriquecer el prolijo manuscrito de Venegas, puso muy especial empeño en reunir cuanta información le fue dado tocante a las características geográficas de California, entendiéndola ésta en su sentido más amplio. O sea que, al afanarse por reunir testimonios de toda índole —relaciones, mapas resultado de expediciones y otros de la cartografía universal— quería abarcar la gran cuestión del perfil noroccidental del Nuevo Mundo. En su opinión, que muchos otros compartían, así era como debía plantearse la pregunta específica sobre la insularidad o peninsularidad de “las Californias” que llegaban, por lo menos, hasta más allá del cabo Mendocino.

En función de ese planteamiento tomó Burriel muy en cuenta los resultados de otras expediciones, en particular las que llevó a cabo el también jesuita Fernando Consag en 1746 y 1751, al igual que otros testimonios de navegantes ingleses, cartógrafos franceses y aun algunas noticias procedentes de Rusia, ya que precisamente a mediados del siglo XVIII los respectivos países manifestaban interés por explorar y penetrar en el noroeste de la América Septentrional. Reservando para el próximo capítulo la consideración de todo esto —y de otras expediciones posteriores de las que no pudo dar ya noticia Burriel en su obra publicada en 1757— haré ya tan sólo referencia a dos salidas más hacia el Pacífico en busca del tan requerido puerto para beneficio de los galeones de Manila.

Correspondió al padre Ugarte encargarse de la primera de dichas expediciones —según se dijo ya— a los padres Sebastián Sistiaga, misionero en Santa Rosalía de Mulegé y Everardo Hellen de Guadalupe Huasinapí, en compañía del conocido y leal capitán Esteban Rodríguez Lorenzo. Salieron éstos con rumbo al noroeste en noviembre de 1721 o sea poco después del retorno de Ugarte de su exploración por el golfo. Tras varios días de marcha, llegaron a una latitud superior al paralelo 28°, en las costas de la que hoy se conoce como bahía de Sebastián Vizcaíno.

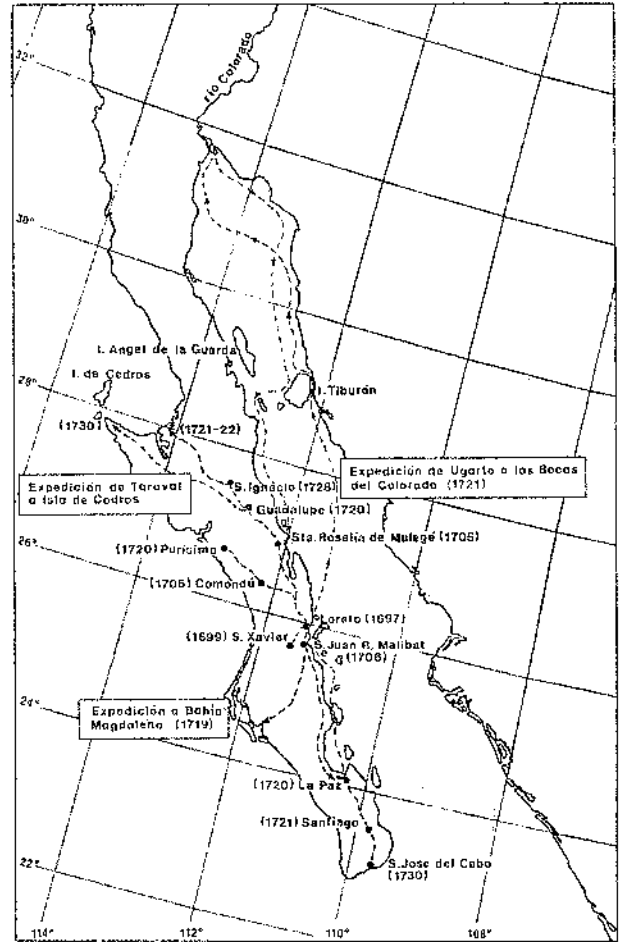


Figura 69. Principales expediciones emprendidas por los jesuitas entre 1705 y 1739.

Esta vez el lugar pareció conveniente pero con la salvedad de que, habiendo agua, faltaba tierra para cultivos. El proyecto de establecer el puerto para los galeones tampoco cristalizó. Gracias al testimonio de Ugarte, consta que los expedicionarios delinearon también una carta de lo que habían descubierto.

La otra salida tuvo lugar casi nueve años después, cuando los jesuitas en su avance, lento pero sin dejar espacios no reconocidos, habían fundado ya las misiones de La Purísima (1720), San Ignacio Kadakaamán (1728) y, en el extremo sur, la de San José del Cabo entre los indígenas pericúes (marzo, 1730). Correspondió esta vez al lombardo Sigismundo Taraval avanzar desde San Ignacio con rumbo, una vez más, al Pacífico. Seis días requirió el grupo de indígenas, encabezados por Taraval, para llegar a la que se conoce hoy como punta Eugenia, un poco debajo de los 28°. De acuerdo con el relato que acerca de este viaje obtuvo e incluyó Venegas en su texto original de las *Empresas Apostólicas*, la intención de Taraval era

³⁹ *Ibid.*, t. II, p. 234.

atraer a los nativos de las islas que desde ese lugar se divisaban.⁴⁰ El propio misionero describió la pequeña isla nombrada en cochimí *Afegua*, “de los pájaros”, así como la mucho más grande, de Cedros, descubierta desde 1539 por Ulloa y conocida por los nativos como *Guamalguá*, “la de las neblinas”.

Lo manifestado por Taraval respecto de flora, fauna y poblados indígenas de Guamalguá-Cedros complementa las varias noticias que Ulloa, Rodríguez Cabrillo y otros habían dejado acerca de esa isla. La descripción en su aspecto etnográfico tiene además el triste mérito de haber sido la última posible, ya que promoviendo el mismo Taraval el traslado de todos los nativos a tierra firme para ser allí cristianizados, poco después fueron éstos víctimas de una de las frecuentes epidemias, sin que ni uno solo alcanzara a regresar a su isla. Otro dato digno también de mención es que Taraval, desentendiéndose de los topónimos cochimíes y del ya antiguo de Cedros, bautizó al conjunto de esas islas (Natividad, Cedros y San Benito), con el nombre de “islas de los Dolores”.

Con esta última salida en que de hecho estuvieron aunados los propósitos de evangelizar y explorar, cabe concluir este capítulo. Abarca éste casi medio siglo de actividad exploradora de los jesuitas, movidos éstos por los tres propósitos que he enunciado, desde que, en 1683 Kino, acompañando a Atondo, entró en California hasta la jornada de Taraval (1730) y, un poco después (1734), —en medio de una gran rebelión indígena en el sur peninsular— la llegada, para reabastecerse, de un galeón al puerto y misión de San José del Cabo. Hasta entonces muy pocas veces algunos galeones y otros navegantes habían tocado el extremo sur de la península con propósitos de reabastecerse. Caso digno de recordar es el del inglés George Shelvocke que, en el *Speedwell*, desembarcó en esas latitudes en 1720. De hecho la misión de San José del Cabo no se estableció sino hasta 1730. Allí, al tiempo de la gran rebelión de los pericués en 1734, había perdido la vida —el 3 de octubre— el misionero Lorenzo Carranco. Al aparecer, poco después, el referido galeón, los que desembarcaran, pronto

tuvieran que alejarse al ver la agresiva actitud de los indígenas.

La información que sobre esto se rindió en México, influyó en que, una vez sofocado el alzamiento, se erigiera en San José del Cabo un presidio. Éste quedó organizado por el gobernador de Sinaloa, Manuel Bernal Huidobro, que había acudido a California para someter a los alzados. El presidio, con su tropa y capitán, funcionó por algún tiempo con independencia del que —desde el inicio de las misiones— existía en el puerto de Loreto. Los jesuitas lograron a la postre que ese puesto militar en San José del Cabo, quedara bajo la jurisdicción del de Loreto y, por consiguiente, a las órdenes de los mismos religiosos misioneros. A partir de entonces, se dispuso ya del tantas veces buscado establecimiento de un presidio al que pudieran llegar los galeones procedentes de Manila en busca de socorro.

Desde varios puntos de vista es posible afirmar que los esfuerzos de los jesuitas durante esta primera etapa de su actividad misionera, desde 1697 hasta 1734, no habían sido vanos. Habían localizado cerca de una docena de sitios adecuados para sus misiones, antecedentes de los principales centros de población que hasta hoy perduran. Habían realizado exploraciones tan importantes como las varias de Kino y la de Ugarte, sin disminuir la significación de otras como las de Guillén, Sistiaga, Hellen y Taraval. Frutos tangibles de algunas de esas exploraciones fueron varios mapas y otras demarcaciones geográficas y, sobre todo, la obtención de numerosos elementos de juicio —de primerísima mano— en apoyo de la peninsularidad de California. Finalmente, y casi por no dejar, en San José del Cabo se tuvo un puerto, si se quiere ya muy cerca del macizo continental novohispano, en el que no pocos galeones habrían de recibir refrigerio.

Como se verá, todos estos hechos, que mantuvieron vivo el interés por las Californias, constituyeron importante introducción al postrer y definitivo capítulo de esta historia. Estaba ya muy cercano el momento en que, no sólo se iba a reconocer cabalmente el perfil de la California peninsular sino que, en función de intereses internacionales, por ende mucho más complejos, pudo descorrerse el velo que, por tanto tiempo, mantuvo oculta

⁴⁰ Véase: Venegas, manuscrito de *Empresas apostólicas de los PP. Misioneros...*, op. cit., t. IV, fol. 391-409.

la realidad geográfica de las extensas tierras situadas en el noroeste de la América Septentrional. Cuando al fin tal cosa se logró, en medio de las rivalidades de las grandes potencias, además de conocerse, por lo menos a grandes rasgos, lo que abarcaban las Ca-

lifornias, se tuvo noticia, por primera vez en la historia, del perfil completo del Nuevo Mundo y de la situación de éste en el orbe terráqueo, vecino del Asia pero sólo en su extremo norte, en las proximidades del círculo polar ártico.

VI

POSTRERAS APORTACIONES
JESUÍTICAS Y EXPANSIÓN HACIA LA
ALTA CALIFORNIA (1735-1777).
RIVALIDADES INTERNACIONALES EN
TORNO AL NOROESTE DEL NUEVO
MUNDO



Heterogénea podrá parecer la temática de este capítulo. Sin embargo, los hechos que en ella se abarcan —acontecidos a lo largo de cerca de sesenta años, desde la década de los treinta del XVIII hasta poco antes de concluir ese siglo— se relacionan todos de maneras distintas pero siempre convergentes. Es cierto que la historia de las exploraciones de los jesuitas en la antigua California y de sus aportaciones cartográficas acerca de ella quedó trunca en el capítulo anterior, puesto que tales actividades no se interrumpieron sino hasta principios de 1768 cuando los miembros de esa orden salieron expulsos. Podría pensarse, por consiguiente, que es arbitrario iniciar aquí una especie de nuevo periodo.

Ahora bien, al distribuirse en estos dos capítulos la recordación de lo aportado por los jesuitas en materia de exploraciones y cartografía californianas, lo que en realidad se busca es destacar que sus quehaceres se desarrollaron en dos contextos históricos muy diferentes. Lo alcanzado desde la primera entrada de Kino en 1683 hasta el viaje de Ugar-

te a las bocas del Colorado en 1721, además de otras exploraciones algo posteriores, tuvo lugar en una época en que aún prevalecía en California un relativo aislamiento respecto del mundo exterior, es decir de lo que no fuera la Nueva España o lo español en general.

En cambio, coincidiendo ya con la primera expedición en 1746 de otro jesuita, Fernando Consag, a las bocas del Colorado —de la que se derivó un mapa que tuvo muy amplia difusión— se deja sentir una creciente presencia en el ámbito del noroeste del Nuevo Mundo de intereses extranjeros que amenazan con alterar la situación hasta entonces prevalente.

Por supuesto que, desde mucho antes, algunos piratas y otros navegantes, principalmente ingleses y holandeses, se habían mostrado decididos a poner en entredicho la pretensión española de soberanía absoluta en la mar del Sur y, por tanto, en los territorios bañados por el Pacífico en el noroeste de la América Septentrional. Para percatarse de

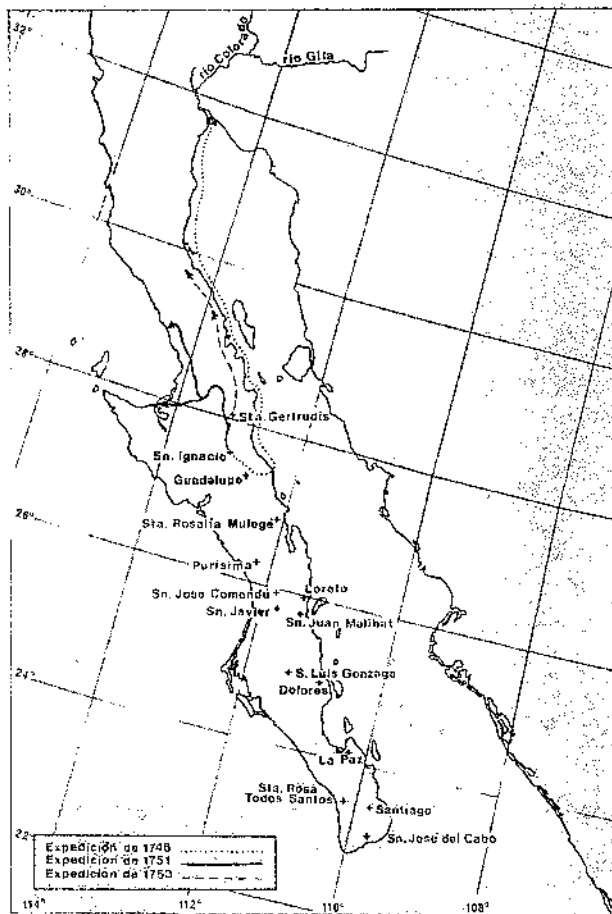


Figura 70. Derrotero de las exploraciones de Fernando Consag.

esto basta con aducir los nombres de Francis Drake, Thomas Cavendish, Joris van Spilbergen, Woodes Rogers y George Shelvocke. Sólo que, a medida que avanzaban las técnicas de navegación, los propósitos extranjeros de penetrar y asentarse en lo que los españoles consideraban era dominio suyo, se tornaron más visibles e insistentes. Más aún, además sobre todo de las pretensiones de Inglaterra, comenzó a tenerse noticia en la corte de Madrid, gracias a su embajada en San Petersburgo, de que también los rusos amenazaban ya con fundar establecimientos, desde Kamchatka, en tierras del Nuevo Mundo.

De esta suerte las últimas décadas de actividad de los jesuitas en la antigua California vinieron a coincidir con este nuevo contexto en el que la corona española, preocupada cada vez más, hubo de decidirse a promover otros avances al norte en el ámbito de lo que vagamente se consideraba como "las Californias". Así, lo último que alcanzaron a aportar los jesuitas con sus exploraciones y cartografía fue antecedente, el más inmediato, y a veces también acicate, para las nuevas formas de penetración. Estas, des-

de luego las hispano-mexicanas por un lado y, por otro, las inglesas y las rusas se incrementaron entonces y, en relativamente poco tiempo, no sólo alteraron el escenario geopolítico del noroeste de América sino que, desvanecido para siempre el error de concebir a California como una isla, fueron poniendo al descubierto el perfil del litoral del Pacífico americano septentrional. La imagen de la *ecúmene* comenzó a completarse. Se conoció ya aquello que Colón y otros muchos hubieran querido saber, el que las tierras descubiertas más allá del Atlántico estaban por completo separadas del continente asiático, con sólo una reducida zona de aproximación en el extremo norte, pero separadas, sin género ya de duda, por un estrecho.

Una diferente cartografía que comenzó a difundir Guillaume De L'Isle

Antes de atender a las nuevas expediciones emprendidas por los jesuitas para desvanecer toda duda respecto de lo señalado ya por el padre Kino —la peninsularidad de California— importa enterarse de las formas en que ésta se delineaba a principios del siglo XVIII en la cartografía universal. Vimos en el capítulo anterior que en no pocos mapas, incluso en algunos posteriores a 1740, California continuó apareciendo como isla. Hubo, sin embargo un distinguido cartógrafo francés, Guillaume De L'Isle, nacido en 1675 que, desde 1700, empezó a introducir una diferente representación de California.

En comunicación que dirigió a su antiguo maestro, el también cartógrafo, Jean Dominique Cassini, expresó De L'Isle las dudas que tenía acerca del perfil geográfico de California. Por ello, en una carta de América del norte que publicó en 1700, con gran cautela, al delinear el golfo de California, lo dejó sin cerrar hasta cerca de 35° y no marcó ya qué es lo que podía haber más al norte. Aunque la costa del Pacífico se prosigue allí hasta cerca de 44° , nada se expresa sobre regiones más septentrionales.

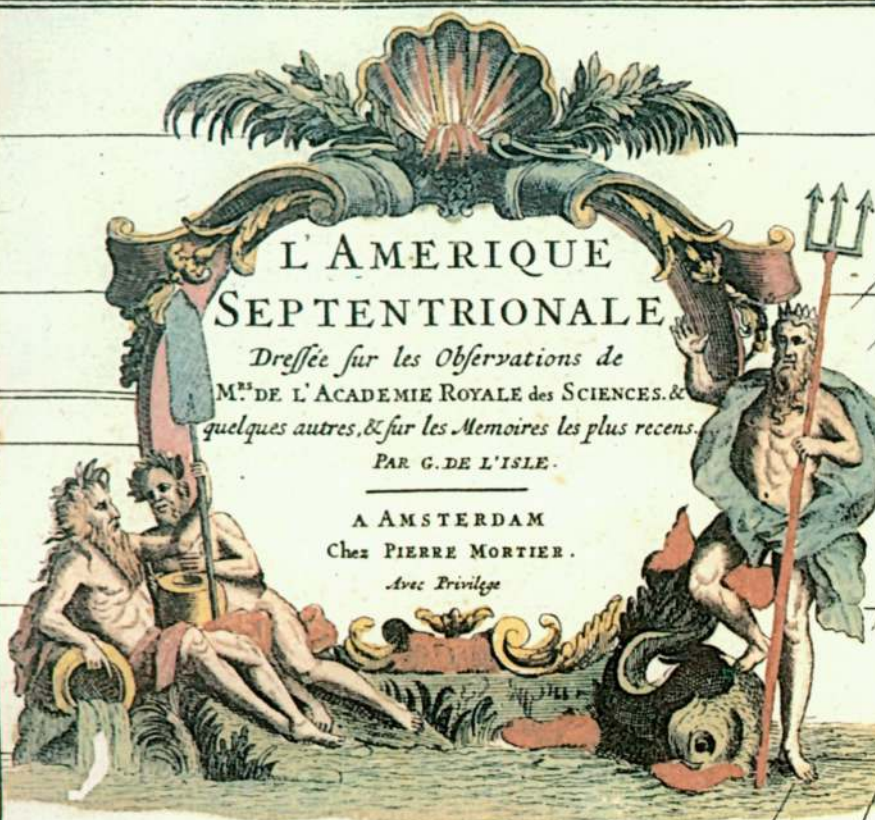
Es interesante notar que otro cartógrafo, Jean Baptiste Nolin, se pirateó la novedad introducida por Guillaume De L'Isle, lo que dio lugar a pública demanda. El ulterior conocimiento que tuvieron De L'Isle y Nolin de los mapas de Kino habría de mover luego a ambos a aceptar plenamente en sus cartas

L'AMERIQUE SEPTENTRIONALE

Dressée sur les Observations de
M^{rs} DE L'ACADEMIE ROYALE des SCIENCES. &
quelques autres, & sur les Memoires les plus recens.

PAR G. DE L'ISLE.

A AMSTERDAM
Chez PIERRE MORTIER.
Avec Privilège



Cercle Polaire

TERRES

BAYE D'HUDSON

CANADA ou
L. SUPERIEUR

PAYS DES ILLINOIS

MEXIQUE

FLORTIDE

GOLFE DE MEXIQUE

MER DU SUD ou MER PACIFIQUE

C. Mendocin

NOUVEAU ALBION

I de S Augustin

I de S Thomas

terre habitee
decouvertes par
Mandana

Route d'Oliver au Nord - Villandans l'an 1600

Apaches de navaio
force etes des uers l'Occy

COANO ou
COMANA

Apaches de Xila

Apaches de del porillo

NOUVEAU MEXIQUE

CINALOA

NOUVEAU CALIFORNIE - MER VER

CS Lucar

NOUVEAU CALIFORNIE - MER VER

NOUVEAU CALIFORNIE - MER VER

NOUVEAU CALIFORNIE - MER VER

NOUVEAU CALIFORNIE - MER VER

NOUVEAU CALIFORNIE - MER VER

NOUVEAU CALIFORNIE - MER VER

Apaches Vaqueros

Apaches de del porillo

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

QUIVIRA habitee par
les Aikais

Apaches Vaqueros

Apaches de del porillo

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

Apaches Vaqueros

Apaches de del porillo

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE

NOUVEAU MEXIQUE



NOUVEAU GROENLAND
GROENLAND
ARC TIK
DETOUR DE LABRADOR
TERRE DE LABRADOR
TERRE NEUVE
ISLES ACORES
MÉR DU NORD
ISLES ANTILLES
AMERIQUE MERIDIONALE

herbes flottantes sur la mer
Les flottent des herbes mais en moindre quantité que du côté de l'Est
Ile de S. Martin la plus occidentale des Isles du Cap Vert
Sèches de Vin

DETOUR DE LABRADOR
TERRE NEUVE
ISLES ACORES
MÉR DU NORD
ISLES ANTILLES
AMERIQUE MERIDIONALE

Lámina XXXV. Mapa de América del Norte, por Guillaume De L'Isle. Copia temprana del que publicó, también en Amsterdam, en 1700. En él puede apreciarse cómo, cautelosamente, delineó a California. Su golfo se prosigue hasta cerca de 35° y no se precisa qué es lo que hay más allá. El gran noroeste de América queda así en el terreno de lo incógnito, como lo era en realidad.

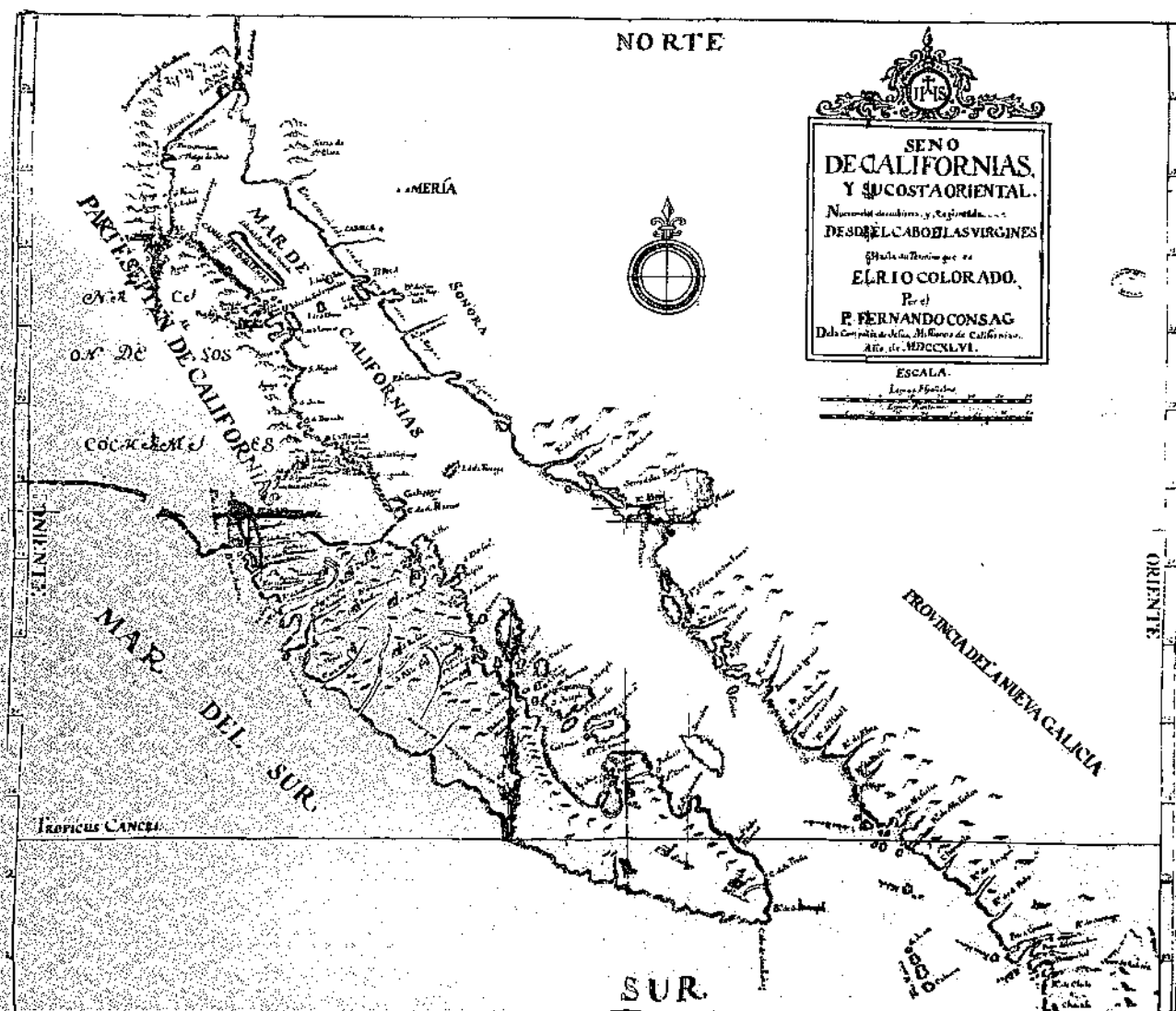


Figura 71. Copia temprana del mapa de California delineado por el padre Fernando Consag para dar a conocer lo alcanzado en su expedición de 1746. Llegando en ella hasta "el desemboque del río Colorado", pudo comprobar, viniendo desde el sur, lo percibido mucho antes por Kino, que procedía del rumbo al oriente de dicha desembocadura. (Se conserva este mapa en el Archivo General de Indias, Sevilla.)

el carácter peninsular de California. De ello es prueba el mapa del hemisferio americano, derivado de las producciones de Guillaume De L'Isle en el que California se continúa hacia el norte, aunque una cordillera —no un estrecho de mar o río— marca sus límites con el continente. En este contexto de cambios en la cartografía universal se inscriben las nuevas expediciones emprendidas por los jesuitas.

Las exploraciones del padre Fernando Consag, 1746, 1751 y 1753

La gran rebelión de los indígenas del sur de California, entre los años de 1733 y 1736, fue duro golpe que impidió por bastante tiempo cualquier forma de expansión del sistema misional y, por supuesto, cualquier sa-

lida con fines exploratorios. Sólo ya en la década siguiente, cuando se obtuvo el refuerzo de otros varios jesuitas, procedentes sobre todo de tierras germánicas, comenzó a mejorar la situación. Coincidiendo casi con la llegada de éstos, Felipe V había expedido en 1744 una real cédula en la que ofreció nuevas formas de apoyo a las misiones de California, teniendo en mente su expansión hacia el norte.

Atento a la buena disposición del monarca, el provincial jesuita, Cristóbal de Escobar y Llamas, escribió entonces a Madrid para exponer al rey y a su Real Consejo cuál era el estado de las Californias y cuáles los medios que sugería él para ampliar las conquistas en los territorios septentrionales. En la segunda de estas comunicaciones, del 30 de noviembre de 1745, además de enumerar lo

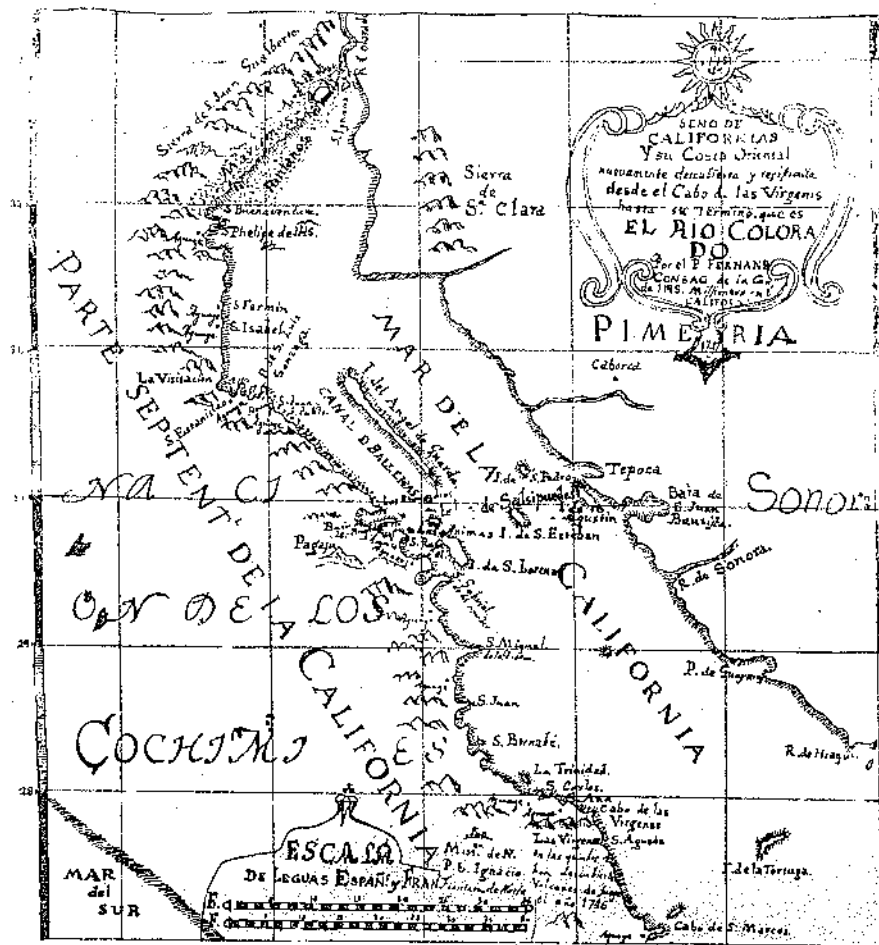


Figura 72. Otro mapa derivado de la expedición de Consag de 1746. En él se abarca, con una escala "de leguas españolas y francesas", desde 27° hasta 33° y algo más. La desembocadura del Colorado aparece situada en 33°, es decir aproximadamente un grado arriba de la realidad. De este mapa sacó copia el padre Marcos Burriel para incluirla, con algunas modificaciones, en la obra *Noticia de la California por Miguel Venegas*, publicada en Madrid, 1757. También de este mapa proviene otra copia dispuesta por el jesuita Pedro María Nascimben.

que se requiere para el fomento misional, se solicita del monarca "que ordenara se averigüe si California es o no isla".¹ Esta última petición, vista a la luz de todo lo que ya se había realizado, precisamente por jesuitas, en particular por Kino y Ugarte, se antoja en verdad paradójica. Estaba por concluir la primera mitad del siglo XVIII, e incluso en la mente de hombres, que puede suponerse de amplia preparación como el provincial de los jesuitas, perduraba la duda acerca del perfil geográfico de California.

Consecuencia de la enunciada incertidumbre, que venía a condicionar el avance de las misiones hacia el norte fue que se comisionara en 1746 al padre Fernando Consag, oriundo de Croacia, llegado a California en 1732

y que laboraba a la sazón en la que era la misión más al norte, San Ignacio Kadakaamán. Hombre de gran determinación, Consag dispuso lo necesario para emprender su salida con rumbo al norte. En esta primera expedición se valió de las que describe en su *Derrotero* como "cuatro canoas", significando con esto probablemente cuatro embarcaciones de poco porte. Iban con él seis soldados y un grupo de indígenas, parte cochimíes y parte yaquis. La salida fue desde las playas de San Carlos que, al decir del propio Consag, "está en latitud boreal de 28°".²

La expedición se desarrolló a lo largo de aproximadamente mes y medio. En su derrotero va notando Consag los incidentes de la

¹ Carta del padre provincial de la Nueva España a su Majestad, 30 de noviembre de 1745, *Archivo General de Indias*, Audiencia de Guadalajara, 107.

² "Derrotero del viaje que en descubrimiento de la costa oriental de California en donde se acaba su estrecho hizo el padre Fernando Consag...", en Venegas, *Noticia de la California*..., t. III, p. 91.

navegación. Habla así de los trabajos que experimentaron al "montar la punta de San Gabriel y Salsipuedes, muy temida de los navegantes . . ." Interesante es el descubrimiento de

diversas fuentes de agua caliente, cerca de unos paredones blancos y en su remate colorados. En plena mar las llena y cubre ésta y, baja la marea, se descubren unas peñas cóncavas, en donde están, y por el medio de limpiarlas, brota el agua fuera de estas fuentes que son cuatro . . .³

Tal descubrimiento ocurrió como puede inferirse, adelante ya de la isla de San Lorenzo, es decir en una latitud cercana a los 30°. Atendiendo al mapa que elaboró Consag como fruto de esta expedición, podemos enterarnos de que pasó luego frente a las bahías que se designan ya en su carta como de Las Animas y los Ángeles. De ésta ofrece amplia información y consigna que "es bien capaz y de buen fondo para todo género de embarcaciones. Tiene agua en una loma . . ., es buena y, por estar en lugar eminente, se puede fácilmente a donde quiera llevar . . ."⁴

La expedición continuó, pasando frente a la bahía de San Luis Gonzaga, para llegar luego al que se nombra puerto de San Felipe de Jesús, situado en poco más de 31°. Más al norte, nota Consag en su *Derrotero*, que "viéronse muchos berrendos o cabras monteses y muchos carneros de la tierra . . ." Cerca se localizaron algunos géiseres que describe así el explorador jesuita: "el agua hierve de caliente, arroja de sí humo y hedor de azufre".⁵

Por fin estuvieron cerca del desemboque del río Colorado. Indicio de la proximidad del mismo fue que, siendo ya el 11 de julio,

dimos en unos pantanos colorados de donde inferimos estar ya en el desemboque del río Colorado. Navegamos hasta la tarde, habiendo tentado por varias partes llegar a tierra, pero en vano, porque los pantanos no sólo embarazaban a las canoas acercarse a la playa, mas también a los que intentaron salir a pie. Esta dificultad nos hizo echar las anclas y dar fondo enfrente de una isla que hace de estero arqueado al fin del estrecho. El agua es ya diferente de la del mar, y de calidad tan acre y maligna, que les quita el pellejo a los que se mojan con ella.⁶

³ *Ibid.*, p. 95.

⁴ *Ibid.*, p. 99.

⁵ *Ibid.*, p. 111.

⁶ *Ibid.*, p. 114-115.

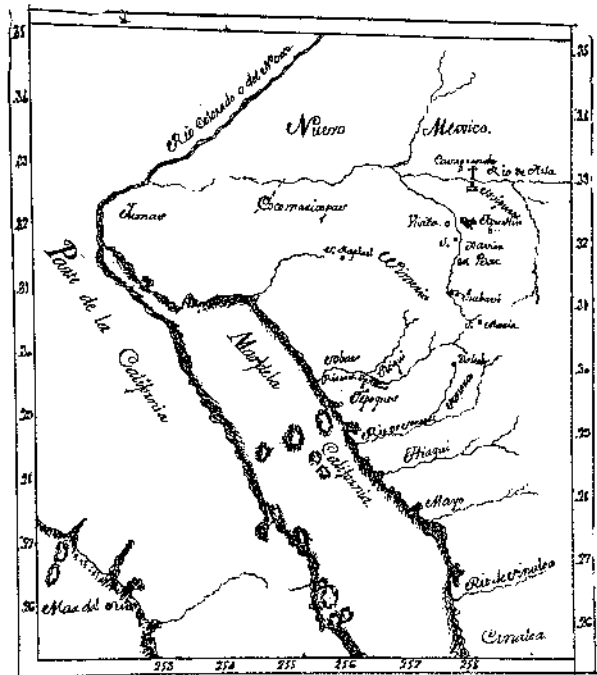


Figura 73. Muestra del interés que había entre los misioneros jesuitas de California por difundir lo descubierto por ellos tocante al carácter peninsular del territorio donde laboraban, lo ofrece este mapa dispuesto por el padre Sigismundo Taraval a raíz de la expedición de Fernando Consag (1746). (Se conserva en la Biblioteca Huntington, San Marino, California.)

Después de otra serie de peripecias y momentos de gran peligro, se prosiguió al acercamiento al río. Consag describe que en su boca "está la mencionada isla casi triangular que divide sus aguas en dos brazos, el uno de Californias y corre para el norte, y el otro, de la otra banda, para el noroeste.⁷ El reconocimiento mostró luego que en la desembocadura eran tres las islas, lo que es correcto y son las que se nombran hoy Pelicano, Montague y Gore. Refiriéndose, como lo habían hecho los capitanes Francisco de Ulloa, y Hernando de Alarcón (1539-1540) y, bastante más tarde, el padre Juan de Ugarte en 1721, a las grandes turbonadas que se dejan sentir en ese lugar, nota que

se quedaron varadas las canoas y cuando subió la marea fue con tanto ímpetu y pujanza de las olas y resaca que aquella canoa que había quedado apartada de las otras . . . se volcó sin poderse remediar con la repetición de las vueltas que hacía dar la violencia de las ondas . . .⁸

⁷ *Ibid.*, p. 116.

⁸ *Ibid.*, p. 117.

Intentaron los expedicionarios penetrar por el río pero justamente esas turbonadas lo impidieron. De todas formas, estando ya a punto de emprender el regreso el 25 de julio, anota Consag lo siguiente:

Concluida la expedición del registro del seno o mar de las Californias hasta el último término, se dirigieron las proas no para volver en derecha al puerto de donde salimos sino a registrar algunos puertos que a la ida, por las ocurrentes circunstancias, no se pudieron esperar. Quince hombres anduvieron algo por tierra, dieron razón de la situación del estero, que está en la punta de los pantanos y está demarcado en el mapa . . .⁹

El retorno se hizo sin mayores contratiempos, aun cuando, al encontrarse en el que llaman "puerto de San Carlos", Consag pudo enterarse allí de que, en la misión de Loreto, había corrido la noticia de que indígenas infieles habían "muerto a los expedicionarios". Declara asimismo Consag que realizó este viaje de exploración para registrar el seno californio, en cumplimiento de la real orden y para informar de las características geográficas de las Californias, que eran precisamente las de una gran península.

El mapa que dispuso y que ostenta la fecha de 1746 iba a ejercer muy grande influencia, aun a pesar de que todavía algunos se mantuvieron en actitud dubitante. Tal fue el caso nada menos que de los bien conocidos marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa que en un "Parecer" expusieron "las razones que se ofrecen [teniendo a la vista la información de Consag] en oposición a la certidumbre de que el mar de California no tenga salida por la parte del norte y que, en consecuencia de ello, sea península y no isla".¹⁰ No obstante oposiciones como ésta y otras que podrían citarse, el hecho es que tanto el *Derrotero* de Consag como este mapa y otro de 1747 se fueron abriendo camino. Otro misionero en California, Pedro María Nascimben, preparó poco después una copia del segundo de estos mapas. De estas cartas se derivaron las que el ya antes mencionado Andrés Marcos Burriel incluyó en la edición que preparó del manuscrito de Miguel Venegas, *Empresas apostólicas . . .*, que vio la luz en Madrid, 1757. Como la obra de Venegas-Burriel, con

el nuevo título de *Noticia de la California*, pronto fue objeto de traducción al inglés, francés, holandés y alemán, a través de esas publicaciones el trabajo cartográfico de Consag comenzó a influir en la cartografía europea. De hecho distintas copias del mapa original o del dispuesto por Nascimben y de los preparados por encargo de Burriel, se conservan en repositorios tan importantes como el Archivo General de Indias en Sevilla y el Museo Británico. Con apoyo en la misma carta se preparó luego la que se incluyó en la edición *princeps*, en italiano, de la *Historia de California* de Francisco Xavier Clavijero (1789). Otro tanto ocurrió con uno de los mapas que, para ilustrar las varias delineaciones de que había sido objeto California —como isla o península— se presentó en el *suplemento*, carta quinta, de la *Encyclopédie Francaise* (1780).

Otras dos expediciones llevó a cabo Consag. En una su objetivo fue cruzar la sierra en latitud lo más alta posible para explorar luego el litoral del Pacífico. En su mente, además de la localización de grupos indígenas y sitios para establecer misiones, bullía también el tantas veces reiterado empeño de hallar un buen puerto. En la otra de sus salidas la intención fue recorrer por tierra, avanzando hacia el norte cerca de las costas del mar de Cortés.

Saliendo de su misión de San Ignacio Katakaamán —hasta entonces la más norteña— se dirigió a un lugar que, desde años antes le era ya conocido, y al que había dado el nombre de "La Piedad". Se hallaba éste a poco más de 28° y a una distancia aproximada de seis leguas respecto del mar. Dicho sitio, reconocido como adecuado para una nueva misión, sería en efecto el escogido, en 1752, para fundar allí la que se nombró de Santa Gertrudis.

En compañía de Consag iba el capitán Fernando de Rivera y Moncada, que se distinguió más tarde en la historia californiana y llegó incluso a gobernador cuando se establecieron los franciscanos en la Alta. Al decir de Miguel del Barco, además de algunos soldados, iban

también más de cien indios cristianos, parte de San Ignacio y parte de los confinantes con la gentilidad, así para tener gente con que componer con brevedad los malos pasos que se ofreciesen para pasar las bestias de carga y silla, como principalmente para que, si encontrasen indios

⁹ *Ibid.*, p. 118.

¹⁰ Se conserva este "Parecer" en *Archivo General de Indias*, Audiencia de Guadalajara, 107.

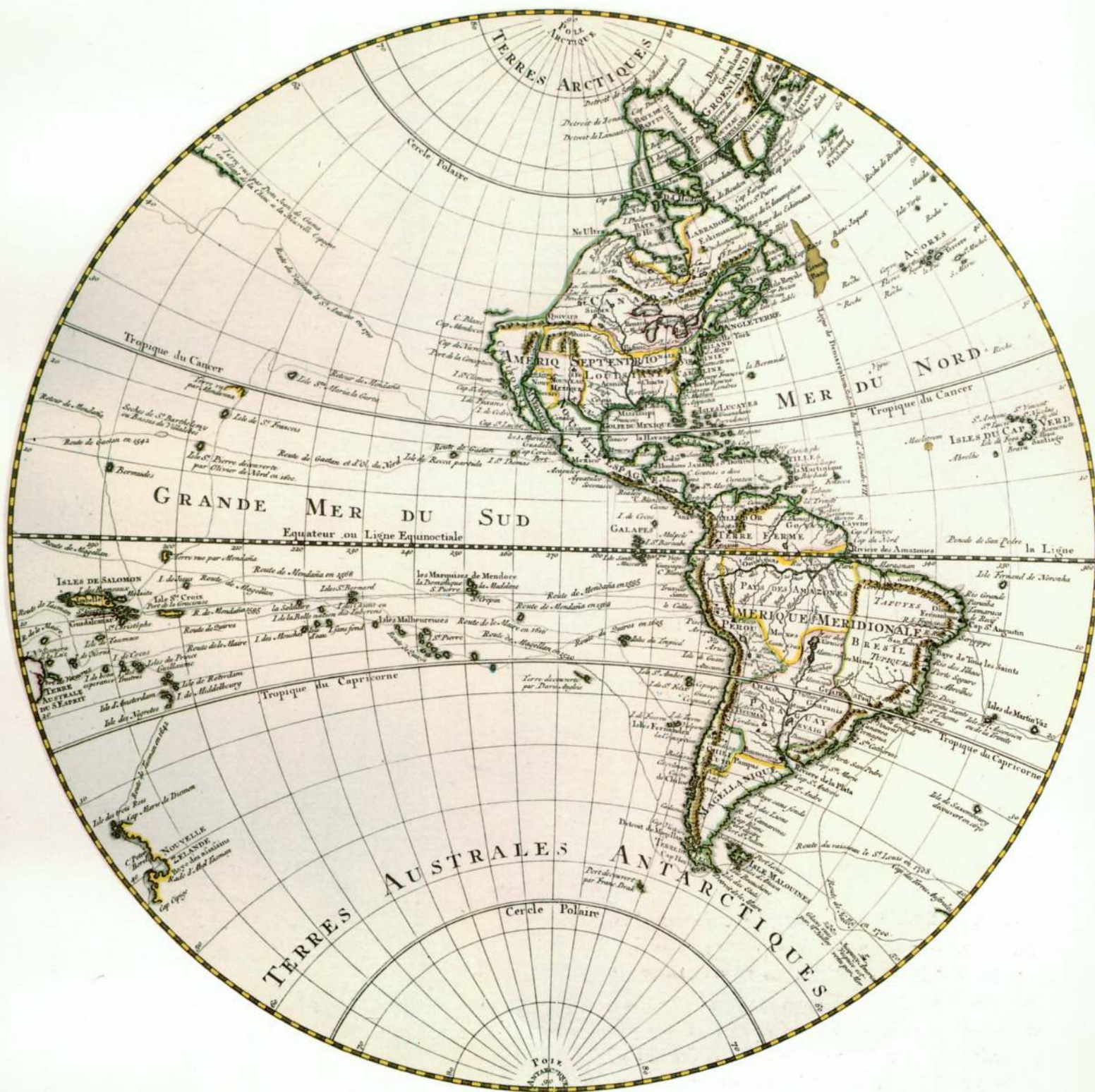


Lámina XXXVI. *El hemisferio occidental en un mapa derivado del que produjo Guillaume De L'Isle en 1722. Aquí se reitera el calificativo de "tierra incógnita" del noroeste de América pero se acepta ya el carácter peninsular de California. Ésta se continúa al norte pero delimitada del resto del continente no ya por un brazo de mar, sino por una cordillera. California, en el Pacífico, llega hasta cabo Blanco. Arriba se ve una isla. El resto queda sin delinear: se reconoce la total ignorancia que prevalecía respecto de esta gran parte del Nuevo Mundo. Es asimismo importante notar que De L'Isle acertó ya la longitud de California en cerca de 14°.*

bravos que quisiesen hacer armas contra ellos, viendo tanta gente junta y armada, no se atreviesen a agredirlos . . ."¹¹

Marchando hacia el noroeste, pronto se toparon con la sierra que hasta hoy se llama de Calmallí. Después de superar no pocas dificultades, llegaron a un punto desde cuya altura se divisaba el Pacífico. Como lo nota el citado padre Barco, hallándose Consag algo más al norte de 29°, comenzó a ver

un árbol que no se halla semejante en toda la California cristiana . . . Y porque se ven muchos, cerca unos de otros, y subir muy altos, derechos y sin rama alguna ni copa, les dieron nuestros caminantes el nombre de cirios. Los naturales del país les llaman *milapa*.¹²

Bajando luego de la sierra, llegó el grupo a las costas del Pacífico. Allí se estableció contacto con varias rancherías de indígenas. El relato de Consag recoge múltiples peripecias y describe lo que se alcanzó a descubrir. Continuando ya hacia el sur, pudo explorarse una parte de los litorales de la bahía que hoy se llama de Sebastián Vizcaíno. Desde allí contempló Consag la isla de Cedros. A mediados ya de junio, o sea más de un mes después de su salida, no pocos de los indígenas acompañantes enfermaron o se mostraron en extremo fatigados, Consag dispuso el regreso. Resultado de esta jornada fue conocer lugares antes nunca visitados, así como enterarse de la existencia y variedad de costumbres de los nativos con que se fueron topando. También se supo desde entonces que, hacia los 29°, había algunas colonias de nutrias. Respecto, en cambio, del buscado puerto, nada pudo encontrarse que reuniera las condiciones necesarias.

Después ya de fundada la misión de Santa Gertrudis en 1752, con el padre Jorge Retz al frente de ella, decidió Consag emprender nueva expedición. Según lo consigna Barco —que estuvo bien enterado en su calidad de Visitador, cargo que desempeñaba desde 1751— se sabe que el propósito de tal salida fue buscar sitios para el avance misional y corroborar, por tierra, lo antes descubierto por mar. Consag salió con Rivera y Moncada en la primavera de 1753. Así llegó hasta la bahía de los Ángeles en 29°, que le era ya

conocida desde 1746. Aunque habían estado cerca de un lugar llamado entre los indígenas Adac —sede de la futura misión de San Borja— sin enterarse de su existencia, pues marchaban más próximos a la costa, pasaron adelante.

Al decir de Barco, el punto más septentrional que alcanzaron fue “a los 30° 54’ ”.¹³ De ser así, Consag llegó a explorar la bahía de San Luis Gonzaga y estuvo cerca del que conocía, también desde 1746, como puerto de San Felipe. Debido a que tanto los indígenas auxiliares como las bestias de carga y silla se encontraban exhaustos, hubo que emprender el regreso.

Valorando lo alcanzado por Consag en sus tres expediciones, puede decirse que en tanto que en la de 1746, al llegar hasta el desembocadura del Colorado, confirmó la idea del carácter peninsular de California, con las otras dos exploraciones obtuvo nuevos conocimientos acerca de los rasgos geográficos y principales accidentes de la costa del Pacífico hasta algo más de 29° y del litoral del golfo de California hasta más allá de 30°. Además, su entrada por la sierra le permitió conocer uno de los pasos para cruzarla y otras características de la región como la de los bosques del tan peculiar árbol llamado “cirio”. Y de modo muy especial quedó como aportación en extremo importante la del mapa que, al ser reproducido en múltiples obras, coadyuvó a que, relativamente poco tiempo después, se desechara para siempre el error de la insularidad de California.

Es de interés añadir aquí que precisamente por los años en que Consag realizó sus expediciones, otro misionero de la Pimería Alta, el bávaro Jacobo Sedelmayer volvió a explorar parte de los territorios por los que había andado antes el padre Kino. Los propósitos de Sedelmayer eran muy semejantes a los de su ilustre predecesor. Quería él también hacer viable la comunicación por tierra, desde la Pimería a California. Así en 1744, siguiendo el curso del río Gila, llegó hasta su confluencia con el Colorado. De allí avanzó al norte hasta el hoy conocido como “Bill River”. Cinco años después, tomando un derrotero distinto, desde la sierra de Sibique, volvió a seguir el curso del Gila hasta su referida confluencia. En esa ocasión estableció con-

¹¹ Barco, *op. cit.*, p. 273.

¹² *Ibid.*, p. 275.

¹³ *Ibid.*, p. 285.



Figura 74. Exploraciones rusas en el extremo noroeste de América.

tacto con los indígenas yumas. Consta que Sedelmayer preparó varios mapas que complementaron, desde la perspectiva geográfica de Sonora, lo aportado por Consag que había navegado por el litoral californiano hasta llegar a las bocas del Colorado.

Todavía iban a disponer los jesuitas una última expedición que, al decir del cronista Barco, descubriera

pasajes en que poder establecer misiones. Y juntamente se haría más patente al mundo la unión de la California con el continente de la América, sin haber mar alguno ni estrecho que las separe, cosa que, se había sabido, dudaban aún algunos en Europa, aún después de los viajes hechos por los padres Kino, Ugarte y Consag...¹⁴

Antes, sin embargo, de atender a esa expedición —que fue la emprendida en 1766 por el padre Wenceslao Linck— importa volver la mirada a otros avances y penetraciones de índole muy distinta. La referencia es a las noticias de la aparición por el norte, en el ámbito noroeste del continente america-

no, de gentes de procedencias muy lejanas. El asunto, aunque a primera vista puede tenerse como ajeno al tema que nos ocupa, guarda relación con él. Las penetraciones de que vamos a tratar, por una parte contribuirían al conocimiento del perfil geográfico del noroeste de América y, por otra, provocarían nuevos avances desde la California conocida hacia el septentrión y luego también una serie de viajes de exploración.

Los rusos entran en escena

Personajes centrales en esta historia fueron, además de algunos marinos rusos como Peter Chirikow, varios navegantes, geógrafos y cartógrafos de diversas nacionalidades, pero al servicio de Rusia. Como antecedente de lo que fue su actuación debe recordarse que, desde mediados del siglo XVIII, los rusos habían penetrado ya considerablemente en los vastos territorios de Siberia. Cuando descubrieron e hicieron suya la península de Kamchatka, en ella tomaron punto de partida para ulteriores avances.

¹⁴ Barco, op. cit., p. 338.

Así como para los españoles y otros europeos, al igual que para los novohispanos, también para los rusos seguían siendo una incógnita las realidades geográficas de los extremos noreste del Asia y noroeste de América. Ni unos ni otros conocían a principios del siglo XVIII si ambos continentes se unían en esas altas latitudes ni hasta qué longitudes llegaban. Ahora bien, al igual que a los españoles —que tanto se habían afanado por descubrir el perfil real de California— también a los rusos interesaba saber hasta dónde podían alcanzar en sus afanes de expansión en las inmensidades del Asia.

Un primer intento de exploración tuvo lugar en 1728, por órdenes del Zar Pedro el Grande pero gobernando ya, después de su muerte, su esposa Catalina I. En ese año, zarpando desde Kamchatka, el danés al servicio de Rusia Vitus Behring y Peter Chirikow, lograron penetrar al océano Ártico a través de un estrecho, que fue el que hoy lleva el nombre del primero. Consecuencia de esa travesía fue la elaboración de un mapa dispuesto por Behring. Al parecer ese original sirvió de base para que en 1735 el padre Jean Baptiste du Halde en su *Description géographique, historique, chronologique, politique et physique de l'Empire de la Chine et de la Tartarie Chinoise*, incluyera una carta preparada por J. B. D'Anville en que se delineaba lo descubierto por Behring y Chirikow.

Lo aportado por ese primer viaje de Behring, que desde luego no desvanecía la duda de si el estrecho descubierto separaba realmente a los dos continentes —pues cabía pensar en una unión de los mismos más al norte— fue objeto de la atención de varios cartógrafos. Entre ellos sobresalen los hermanos franceses Joseph Nicolas y Louis De L'Isle, hijos del ya mencionado Guillaume, que laboraban en San Petesburgo al servicio de Rusia. Ahora bien, estos hijos de Guillaume De L'Isle, al heredar de él su interés por la cartografía, vinieron a encontrarse, por obra de lo descubierto por Behring, ante una problemática que se enlazaba directamente con lo que había sido objeto de la atención de su padre: los enigmas del noroeste del Nuevo Mundo y las relaciones de éste con el Asia.

Tan grande fue el empeño que demostraron los hermanos De L'Isle por lo alcanzado por Behring que uno de ellos, Louis, se embarcó cuando se organizó otra expedición en

1741. En tanto que Behring comandó uno de los dos navíos, Chirikow y De L'Isle navegaron en el otro. Trágicos fueron los resultados del viaje ya que en él perdieron la vida Behring y Louis De L'Isle. El primero al estrellarse su barco contra una isla cerca de las costas americanas en latitud cercana a los 56°. Los de la otra embarcación regresaron, pero ya sin De L'Isle que murió de escorbuto.

Digno de notarse en este contexto es que nada menos que el varias veces mencionado padre Andrés Marcos Burriel —que tuvo a su cargo revisar y corregir el manuscrito del libro de Miguel Venegas sobre las misiones de California— en el tercer volumen de la obra que publicó en Madrid, 1757, dé puntual cuenta de todo lo concerniente a estas expediciones hechas por los rusos y se ocupe asimismo de una memoria presentada por Joseph Nicolas De L'Isle, que había permanecido en San Petesburgo, acerca de los recientes descubrimientos en los que habían participado Behring y su propio hermano. En opinión de Burriel, esos hallazgos tenían mucho que ver con todo lo tocante a las realidades geográficas de las Californias y de lo que pudiera existir hasta el extremo norte del continente. En consecuencia, para elaborar Burriel uno de los mapas —el principal— que incluye en su obra, quiso tomar en cuenta y valorar críticamente lo expresado por De L'Isle, incluyendo lo representado en el mapa que éste había sacado a luz en 1752.

Con lo hasta aquí expuesto queda en claro que hombres como Burriel no sólo sabían de esas penetraciones de los rusos sino que percibían en ellas una importante relación con lo que se conocía acerca de las Californias. Por otra parte, desde algún tiempo antes de que se enterara de todo esto Burriel, también el secretario de Estado español, gracias a su embajador en San Petersburgo, tenía también noticias de lo que se consideraba un peligro o sea de lo que se interpretó ya como intentos rusos de fundar establecimientos en tierras americanas. Como habremos de verlo, tales noticias iban a influir bastante pronto en la determinación de avanzar hacia lo que es la Alta California para organizar en ella un sistema de asentamientos, básicamente de carácter misional, pero a la vez de protección y reafirmación de la soberanía española. Tal determinación iba a traducirse en hechos reales, no ya contando con los jesuitas, sino con

los franciscanos encabezados por fray Junípero Serra. A los jesuitas les quedaban ya escasos años de presencia en California. Sin embargo, aún pudieron realizar en 1766 una última exploración que fue antecedente y ayuda para la marcha de Serra al norte en 1769. De esa expedición y de la resonancia que tuvo la obra de Miguel Venegas, *Noticia de la California*, cuando, con sus varios mapas, apareció publicada por el padre Burriel en Madrid, 1757, trataremos en seguida.

La publicación de la Noticia de California, 1757, y la última expedición realizada por los jesuitas, 1766

Ya se ha hablado del amplio interés que mostró Burriel por complementar con un criterio científico la obra que, concluida en México desde 1734, se había confiado a su cuidado para que fuera publicada en España. Aceptando con responsabilidad lo que se le había encargado, no sólo aligeró el texto de aquello que tuvo por superfluo, como lo que tenía un tono de mera edificación religiosa, sino que reunió nuevos materiales para que su relato abarcara un lapso mayor. Se preocupó asimismo por hacer acopio de lo tocante a la geografía de California. Lo que allegó quedó incluido en los varios apéndices que integran el volumen tercero de la *Noticia de la California*. En su opinión:

Para que la noticia, que pretendo dar de la California, sea la más cumplida y la más útil a nuestra nación española que por ahora es posible, me ha parecido que no debo contentarme con el mapa particular puesto al frente de este volumen, y con lo que de su situación geográfica dije al principio de la primera parte; sino que también debo producir los documentos más seguros, que hasta ahora logramos sobre sus dos costas, interior y exterior, su golfo y su controvertida unión al continente de Nueva España; y dar también las noticias que hubiera de las islas, tierras y mares que tienen con la California conexión natural y política. La razón es sobradamente visible.¹⁵

Como se ve, entre los motivos que lo llevaron a su pesquisa geográfica, subsistía aún el de la insularidad o no de California. Empresa que "la California, mirada en sí misma,

es la tierra más infeliz, ingrata y miserable del mundo".¹⁶ Y a continuación, después de mencionar el interés que despertó desde los tiempos de Hernán Cortés, se pregunta cuál es realmente la importancia de ese territorio, de modo especial para la corona española. Si ésta ejerce su imperio en otras muchas regiones de América, más ricas y fértiles, ¿por qué precisamente se piensa una y otra vez en la California?

En opinión de Burriel el principal interés de California radica en lo ventajoso de su situación. En seguida precisa en qué consiste tal atributo. Primeramente tiene

esencial conexión con las provincias que le son fronteras en el continente de Nueva España. Desde el cabo de Corrientes, y aun desde el mismo puerto de Acapulco hacia el norte, no pueden tener seguridad las costas americanas sobre el mar del Sur, mientras no estuviere sujeta a Dios y al Rey Católico, la California. No sólo no podrán los vecinos de estas costas gozar pacíficamente de la rica pesquería de perlas que ofrece el golfo californico; sino tampoco podrán traficar por mar de unas provincias a otras, desde Acapulco hasta el río Colorado.¹⁷

Y con gracejo dice que no se refiere al temor que, en plan de ataque, pudieran causar las tristes canoas de los californianos, sino a las incursiones de corsarios y piratas que han turbado el comercio de la mar del Sur. Por otra parte se pregunta también, ¿qué ocurriría si alguna potencia europea pretendiera erigir alguna colonia o fuerte en los litorales californicos? Si tal cosa sucediera —razona Burriel—, "sería muy grande el temor y riesgo del imperio mexicano".¹⁸ Desde luego incluye también entre los motivos que confieren importancia a la posición de California el de misionar no sólo a sus indígenas, sino a todos aquellos otros que se encuentran en sus inmediaciones, sobre todo por los rumbos de los ríos Gila y Colorado y también más al norte. Hablar de esto lo lleva a ponderar la necesidad de avanzar ya hacia el septentrión hasta los puertos de San Diego y Monterrey y hasta el cabo Mendocino. Para lograr esto debe prestarse mayor atención a la California conocida, habilitar en ella puertos y colonias de pobladores, sin

¹⁶ *Ibid.* p. 12.

¹⁷ *Ibid.*, p. 13.

¹⁸ *Ibid.*, p. 16.

¹⁵ Venegas, *Noticia de la California*, t. III, p. 11.

lo cual los adelantamientos al norte carecían de base.

Y continuando con las razones que confieren importancia a California, se fija luego en los servicios que puede prestar y de hecho ha prestado al comercio con las Filipinas. Consta que los galeones que vienen de Manila necesitan hacer escala en su viaje, "que no la pueden hacer en otra parte que en la California . . .".¹⁹

Finalmente subraya que, fuera de todos esos motivos reconocidos ya desde tiempos antiguos, hay otros que mucho deben importar para el bien de la religión y del Estado. Esos motivos se derivan de las recientes incursiones de que se tiene noticia:

Los rusianos o moscovitas, cuyo vastísimo imperio se extiende hasta las últimas tierras del Asia más septentrional sobre el mar del Sur, no sólo han tratado de civilizar estos países, erigiendo fortalezas y colonias; sino también han formado astilleros y arsenales en aquellos parajes remotísimos, construido navíos, tripulado embarcaciones y reconocido en ellas sus propias costas; y también han emprendido y hecho navegaciones diferentes, con que han bajado en unas hasta las islas del Japón, y atravesado en otras el mar del Sur, hasta desembarcar en diversos parajes de las costas de nuestra América. En una de ellas, hecha el año de 1741, pusieron pie a tierra los rusianos en cincuenta y cinco grados y treinta y seis minutos de latitud de esta costa, es decir, en un sitio que sólo dista poco más de doce grados del cabo Blanco, último término conocido hasta ahora de nuestra California. ¿Por qué no podrán bajar en otras navegaciones los rusianos hasta el mismo cabo Blanco, y aun hasta el cabo de San Lucas, si la California se abandonara por los españoles?²⁰

Después de preguntarse, con cierta ironía, si convendría que los moscovitas fueran vecinos de México e instruyeran a los indios en el rito griego, atiende al que considera el otro gran peligro, el de las porfiadas tentativas de los ingleses para penetrar también en California. Para Burriel esos intentos, además de los que se tradujeron en incursiones piráticas por el Pacífico, provienen de la serie de expediciones intentadas por súbditos de Inglaterra para hallar un pasaje a la mar del Sur desde aquella del norte, es decir desde el Atlántico hasta el Pacífico. Se



Figura 75. La copia del mapa que el corsario George Anson encontró en un galeón español capturado por él, en 1743. Esta copia es la que dispuso Burriel para incluir en su edición de la Noticia de la California (1757). Las costas septentrionales de ésta se continúan hasta más allá de 39°.

refiere obviamente Burriel a las interminables búsquedas de lo que muchos llamaban el "Estrecho de Anián" o paso del norte. En conclusión destaca una vez más que, por su situación en el noroeste de América, California tiene importancia trascendental para la monarquía española y para la Iglesia católica. Ahora bien, difícilmente podrán llevarse a cabo auténticos adelantos en los inmensos territorios septentrionales, considerados muchas veces prolongación de las Californias, mientras no se tenga noticia cierta de su perfil geográfico y de las principales características de su configuración orográfica, recursos, fauna, flora y poblaciones aborígenes. Por todo esto, para servir así de la mejor manera a su monarca y a las autoridades eclesiásticas, manifiesta que se ha afanado por reunir cuantas cartas geográficas le ha sido posible y cuantos informes y testimonios ha tenido a su alcance, incluyendo por supuesto los de los misioneros jesuitas, como Kino, Ugarte y Consag. De hecho en su obra cita varios de esos testimonios y cartas. Pero además de esto, nos dice,

he tomado el trabajo de disponer . . . un mapa general de la América Septentrional, parte de la meridional, toda el Asia oriental hasta Bengala, y del espaciosísimo mar del Sur que media entre las

¹⁹ *Ibid.*, p. 16-17.

²⁰ *Ibid.*, p. 19.

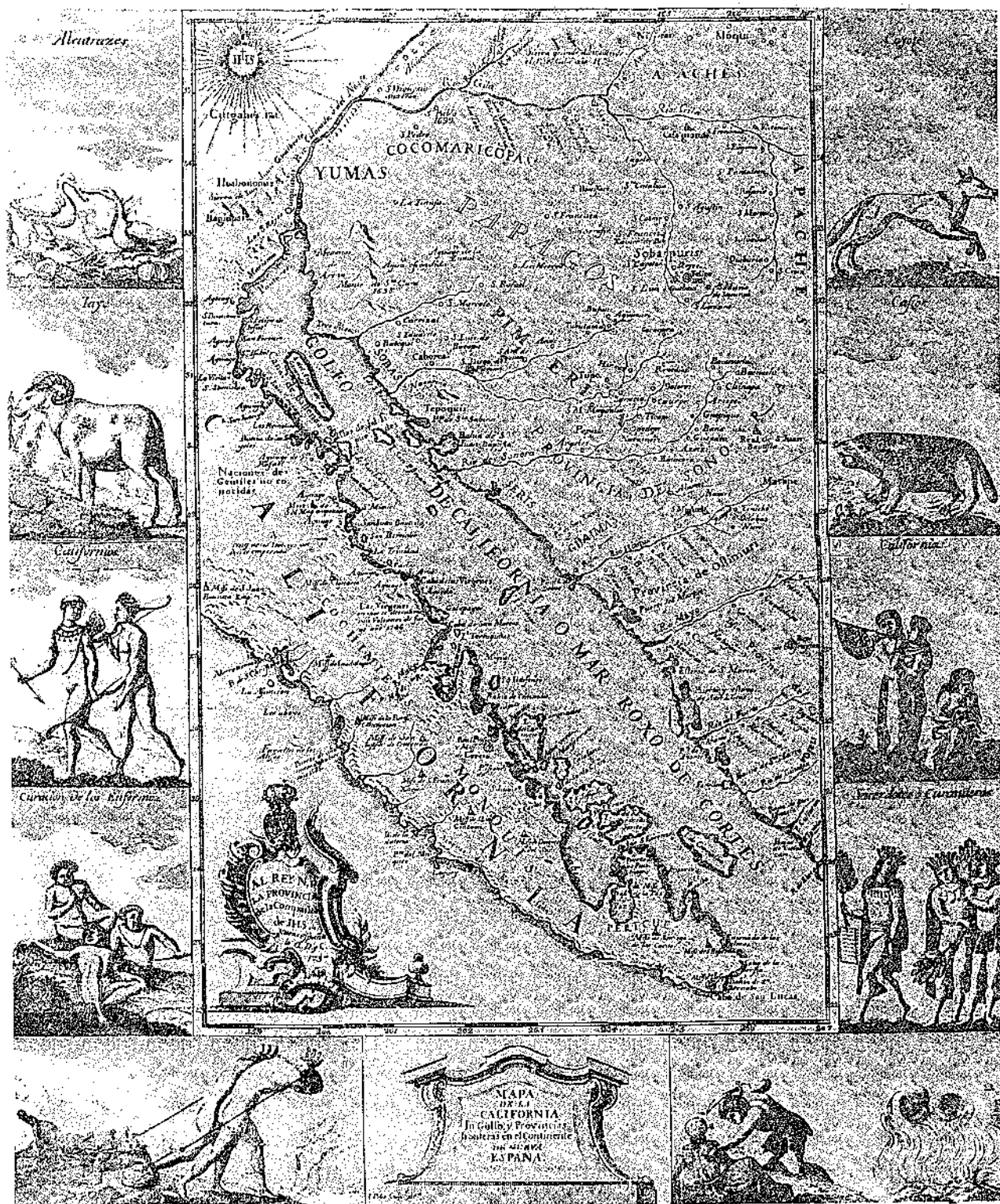


Figura 76. El mapa que se incluyó en la edición dispuesta por Andrés Marcos Burriel de la obra de Miguel Venegas, *Noticia de la California...*, 3 v., Madrid, 1757. De éste se derivan, como ya se notó, los de Isaak Tirion (Amsterdam, 1765) y de Ramón Tarrós (Venecia, 1788). Las viñetas en los márgenes muestran lo que se pensaba de la fauna californiana y de las formas de vida de sus habitantes, incluyendo sus actuaciones violentas cuando, en 1734, dieron muerte a dos jesuitas, los padres Lorenzo Carranco y Nicolás Tamaral.

dos partes del mundo, sobre las memorias más seguras, así antiguas como recientes.²¹

Con un sentido crítico que para Henry Wagner resulta admirable,²² el padre Burriel

²¹ *Ibid.*

²² Wagner, *Cartography*, t. I, p. 154.

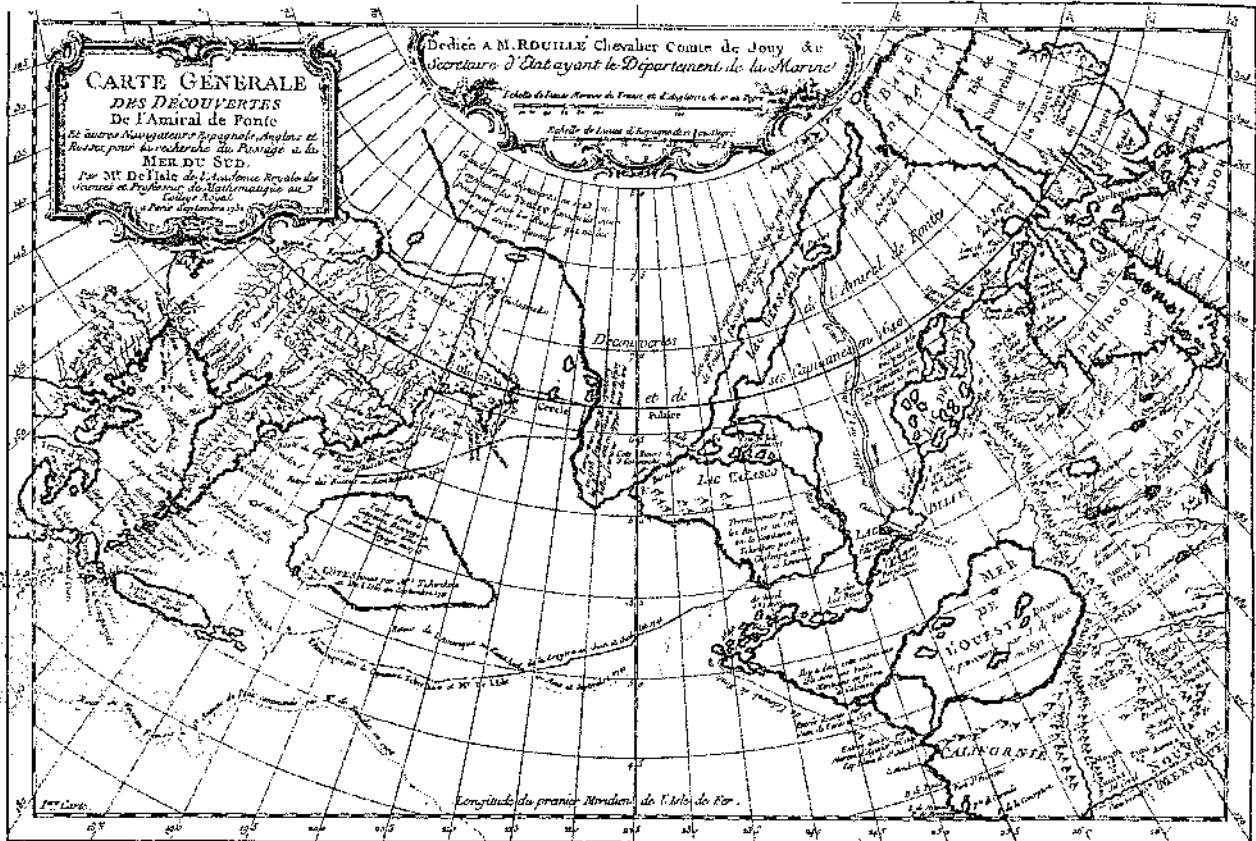


Figura 77. La "Carta general de los descubrimientos del almirante de Fonte y de otros navegantes españoles, ingleses y rusos . . .", publicada por Joseph Nicholas De L'Isle en París, 1752. En ella, de acuerdo con lo postulado por él y su cuñado Philippe Buache de la Neuville, se da entrada a una serie de elementos imaginarios, como el "mar del Oeste" y los lagos "Valasca" y "Bernarda", con otra serie de pretensiones derivadas, según el cosmógrafo, de testimonios del "almirante Bartolomé de Fonte". Esta fue la carta que sirvió de base a los editores del trabajo del jesuita Burriel, para sustituir la que él había preparado con el fin de incluirla en la obra *Noticia de la California*, Madrid, 1757.

no sólo elaboró ese mapa sino que dio razón puntual de cómo y por qué lo delineó tal como lo ofrece. No siendo aquí posible repetir el elenco de las fuentes que empleó ni sus argumentos para tomar de ellas determinados datos, antes de remitir al lector a la reproducción que se incluye en este libro, no precisamente de ese mapa sino de otro con que se le sustituyó en la edición de la *Noticia de la California*, importa sobremana aducir una carta de Burriel —de fecha 3 de febrero de 1758— dirigida al académico de la historia, Ignacio de Hermsillo y Sandoval. En ella se queja el editor de la *Noticia de California* de que otro de los académicos que revisaron su trabajo, Francisco de Rivera, en vez de disponer se incluyera, tal cual, el mapa que con tanto esfuerzo había preparado, hubiera puesto como apéndice otro "que es copia del de monsieur Buache, de quien me burlo . . .".²³

²³ Burriel, "Carta . . .", incluida en Burrus, *Cartografía jesuítica mexicana*, t. I, p. 210.

Para comprender lo expresado aquí por Burriel es necesario aludir a un cartógrafo del que ya hemos hablado, Joseph Nicolas De L'Isle. Éste y su cuñado, Philippe Buache, apoyados en testimonios apócrifos, como una relación del supuesto viaje del almirante Bartolomé de Fonte, habían comenzado a difundir desde pocos años antes varias fantasías en relación con el noroeste de América. Así en la "Carta general des découvertes de l'Amiral Fonte", publicada en 1752, habían incluido, más al norte de California entre los grados 44° y 45° una gran entrada del Pacífico, a la que llamaron "mar del Oeste". Y todavía, en región más septentrional, dieron lugar a otros dos supuestos grandes lagos, uno llamado "de Valasco" y otro, que va más allá del círculo polar, el "lago Bernarda".

Por su parte los que sustituyeron el mapa de Burriel por otro, que fue el que se imprimió en la *Noticia*, el inspirado en la carta de De L'Isle-Buache, además de incluir

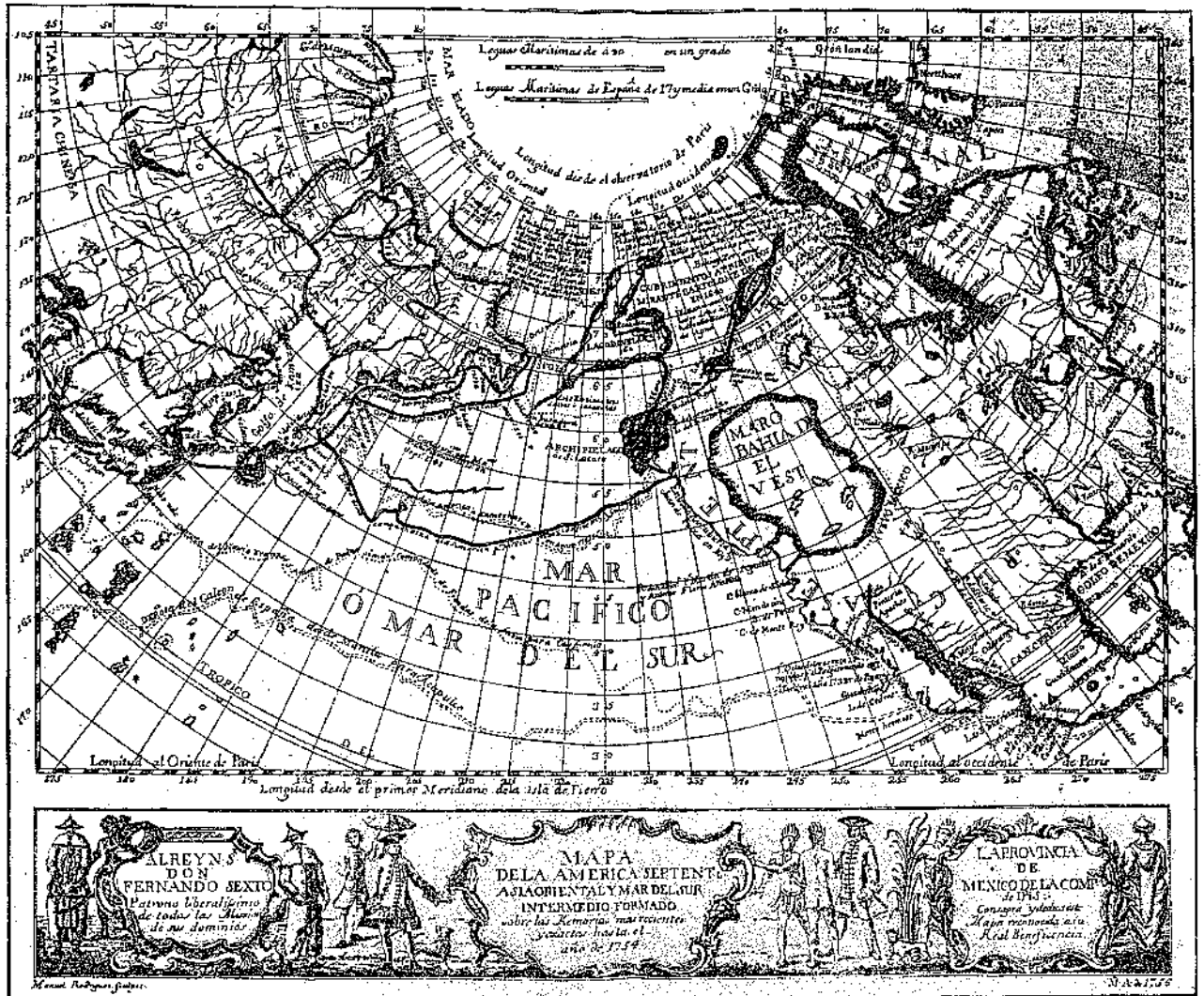


Figura 78. El "mapa sustituto", incluido arbitrariamente por los revisores y editores de la obra que había dispuesto el jesuita Andrés Marcos Burriel *Noticia de la California*, Madrid, 1757. Fuera de la correcta delineación de California como península, las fantasías se acumulan en el mapa, como la del "mar del Oeste" y los lagos "Valasca y Bernarda". Si cabe, aún más imaginativa es esta carta que la que fue su modelo, o sea la de De L'Isle (París, 1752). A pesar de sus aberraciones, este "mapa sustituto" se dedicó pomposamente "Al rey Nuestro Señor, Don Fernando Sexto, Patrono liberalísimo de todas las misiones de sus dominios". Lo grabó Manuel Rodríguez.

a California como península, y asimismo buena parte del territorio de México, a la par que registraron los descubrimientos de los rusos y el del fantasioso "almirante Bartolomé de Fonte", introdujeron también los imaginarios "mar del Oeste", "lago Valasco" y "lago Bernarda".

Resulta curioso, a la luz de todo esto y de lo que Burriel expresamente notó en su Introducción al volumen III, de Apéndices de la *Noticia*... —donde dice que se ha apartado de De L'Isle y Buache y pone en duda el relato de Fonte—, que el eminente Henry Wagner sostenga precisamente lo contrario. En su opinión:

Para el mapa general, del que dice es semejante al de Buache, hizo uso respecto de la carta, de

las mismas fuentes que empleó para el mapa de California [otro de los incluidos en la *Noticia*...] hasta la altura de cabo Blanco...

Para el Pacífico norte, afirma que primero usó un mapa de Bellin y, para la carta, las relaciones de los viajes rusos desde 1775...²⁴

En verdad suenan gratuitas estas aseveraciones cuando leemos lo expresado por Burriel:

Buache de quien me burlo... Yo me quejé agradamente de que de mis apéndices se hubiese borrado todo lo que hacía más curioso y estimable mi trabajo y, entre otras cosas, la gracia de enmendar toda la plana a monsieur Bellin...²⁵

²⁴ Wagner, *op. cit.*, t. I, p. 154.

²⁵ Burriel, *op. cit.*, p. 210-221.

Lámina XXXVII. Mapa holandés de "Nuevo México y California" por Isaak Tirion, publicado en 1765 y basado, como en él se indica (extremo inferior izquierdo), "siguiendo los últimos descubrimientos de los jesuitas y otros". En él, bajo la indicación de la escala, se lee "Tierras no descubiertas". Se expresa así, cómo hasta la fecha, 1767, incluso el norte de la península era desconocido. (Se conserva en la Biblioteca Bancroft, Berkeley, California.)

Cabe decir al menos respecto del "mapa general" con el que se substituyó arbitrariamente al hoy desaparecido de Burriel que, si en él se dio entrada a fantasías, por otra parte quedó delineada California como península. De los otros tres mapas incluidos en el volumen III de la *Noticia* . . . , uno es una representación bastante esquemática de la Nueva España y California como península, preparado con base en otro que recibió de un misionero cuyo nombre no se da. Otro es copia del de Consag (1746) y finalmente uno más tuvo como inspiración, según se indica en él, una carta "hallada por el almirante Jorge Anson en el galeón de Philipinas que apresó". Este mapa abarca el litoral californiano del Pacífico desde cabo San Lucas hasta "punta de los Reyes" en 39°.

A los anteriores mapas, incluidos con los apéndices en el citado volumen III, deben añadirse los otros dos que aparecen al fin del segundo volumen de la *Noticia* . . . Uno, en el que al presentarse todo el Nuevo Mundo, se delinea a California como isla, y que se inspira en la cartografía que por mucho tiempo prevaleció. En particular la toponimia registrada y la delineación de dicha carta la asemejan a una debida a Matheus Seutter, *Novus Orbis sive America Meridionalis et Septentrionalis* (Ausburgo, hacia 1730).



Figura 79. Detalle del "mapa sustituto".

La carta de Seutter se deriva a su vez del modelo de las de Sanson, ya consideradas en el capítulo cuarto de este libro. La idea de incluir el mapa con California como isla fue probablemente mostrar la antigua concepción geográfica. Y como para proclamar que tal error geográfico había sido ya superado, se ofrece a continuación un hermoso mapa con diez cuadros que ilustran las realidades californianas y que representa a la península con indicación de sus misiones y su término septentrional en cerca de 33°, donde se sitúa el desemboque del río Colorado. Una leyenda en la parte central inferior expresa: "Mapa de la California, su golfo y provincias fronterizas en el continente de Nueva España".

La obra de Burriel-Venegas, a pesar de las alteraciones que sufrió, llegó a ejercer considerable influencia. Ello explica que se tradujera y publicara en inglés (Londres, 1759), holandés (Haarlem, 1761-62), francés (París, 1767) y alemán (Lemgo, 1769-1770). En dicha obra, además de hacerse la historia de las misiones jesuitas en California, se pone de relieve la importancia de ese vasto territorio que, por su situación geográfica, era clave para el intercambio con las islas del Pacífico, con China y Japón, y asimismo para llevar a cabo el avance hacia el norte y descubrir en su plenitud el perfil noroccidental del Nuevo Mundo.

Otras delineaciones geográficas, enviadas a Burriel cuando ya se había publicado su obra, merecen ser mencionadas aquí. Se trata de cuatro esquemáticas cartas que el procurador de las misiones de California, padre Juan de Armesto, le remitió en 1759 junto con un texto intitulado "Adiciones a las noticias contenidas en la descripción compendiosa de lo descubierto y lo conocido de la California".²⁶ Dicho escrito, tenido por anónimo, al igual que las cuatro delineaciones, puede afirmarse que se debieron al célebre misionero y cronista de California, Miguel del Barco. Esta aseveración se basa en la comparación de dicho texto con el manuscrito de Barco en el que incluyó éste, hallándose en el exilio, sus copiosas "Adiciones y correcciones a la *Noticia de la Ca-*

²⁶ Este opúsculo, con las delineaciones, ha sido publicado en versión inglesa por Homer Aschmann bajo el título de *The Natural and Human History of Baja California*, Los Angeles, Dawson Book Shop, 1966.



Figura 80. El mapa de California que, años más tarde (1788), se incluyó en la edición póstuma de la *Storia della California* de Francisco Xavier Clavigero, Venecia, 1789. Éste se asemeja mucho a la carta holandesa de Isaak Tirion, publicada en Amsterdam, 1765, lo que hace pensar en un origen común, en el que se describe más adelante, o sea el dispuesto por el padre Burriel para la *Noticia de la California* (1757). En el extremo inferior izquierdo se indica que la carta que apareció en la obra de Clavigero la delineó en 1788 el padre Ramón Tarrós, jesuita de origen catalán, que tras residir en México, salió expulsado con los demás de su orden religiosa en 1767.

lifornia...".²⁷ Además de la identidad de los rasgos caligráficos de ambos textos, su estilo y enfoque son en extremo parecidos. Las delineaciones, que aquí vuelven a reproducirse, abarcan la parte del litoral del Pacífico frente al que se hallaba la misión de La Purísima; la costa del golfo de Califór-

²⁷ Esta extensa obra de Barco, que se conservaba inédita, fue publicada por vez primera por Miguel León-Portilla bajo el título de *Historia natural y crónica de la Antigua California* (Adiciones y correcciones...), México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional, 1973. Una segunda edición ampliada con otros documentos, entre ellos el que se ha mencionado con las cuatro delineaciones: México, Universidad Nacional, 1988.

Desde el Púlpito al Agua Verde discrepan mucho el mapa impreso



Figura 81. Una de las varias delineaciones geográficas enviadas en 1759 al padre Burriel, para una posible nueva edición de la *Noticia de la California*. Se debían al jesuita Miguel del Barco. En la que aquí se reproduce nota su autor: "Desde el Púlpito [abajo de la isla de San Ildefonso] al Agua Verde [frente a las islas Danzantes y Montserrat], discrepa mucho del mapa impreso". Se refiere, como es obvio, al publicado en la *Noticia de la California*. Es de particular interés la anotación respecto de la isla del Carmen: "salina inagotable en que, arrancada una, luego se cuaja otra sal".

nia cerca de Loreto; el extremo sur de la península, así como una representación de varios cactus: cardones, pitahaya dulce y agria, viznagas.

El envío de estos materiales, hecho por Armesto en 1759, muestra que, aun después de publicada la *Noticia* . . . , se mantenía vivo interés por continuar aportando más información acerca de las realidades geográficas de la California. Justamente siete años después y, siendo visitador el mismo padre Barco, otro jesuita llevó a cabo una nueva exploración hacia el norte, que fue ya la última efectuada por esos misioneros.

El viaje de exploración de Wenceslao Linck, 1766

Desde 1758 el padre Retz, que tenía a su cargo la misión de Santa Gertrudis, enterado de que cerca de la bahía de Los Ángeles, en las faldas de una colina, había un sitio muy propicio para un nuevo establecimien-

to, dispuso se reconociera para aprovecharlo a su debido tiempo. El sitio en cuestión tenía el nombre de Adac en lengua cochimí. Cuando en 1762 llegó a California Wenceslao Linck, se le destinó precisamente para tomar a su cargo esa nueva misión que se puso bajo la advocación de San Borja.

Allí permaneció Linck haciendo algunas salidas al norte, preparándose para una más ambiciosa expedición. Entre esas salidas sobresale la que emprendió para pasar a la isla del Espíritu Santo. Al decir de algunos, en ella se habían visto varios fuegos, lo que denotaba que allí vivían indígenas. Linck exploró buena parte de la isla, situada en el mar de Cortés arriba de 29°. No habiendo encontrado nativos algunos, regresó a su misión.

El 20 de febrero de 1766 emprendió Linck su principal viaje de exploración que se prolongó por casi dos meses. En esta ocasión salió en compañía del teniente del presidio, Blas Fernández y Somera, trece soldados y cerca de un centenar de indígenas. Según lo refiere Linck en su *Diario*, llevaba consigo una copia del mapa de Consag de 1746. El derrotero fue hacia el norte, atravesando algunos puntos de la sierra. Hallándose cerca de 29° y medio, nos dice:

Entramos en una laguna que se extiende por algunas leguas, está toda coronada de cerros y en sus faldas se ven vestigios de lo mucho que se eleva el agua que se recoge allí de las vertientes; se mantienen verdes las laderas de los cerros . . . En la ocasión, ya no había quedado agua alguna. A este paraje, por hacer memoria de su país, han querido llamar Chapala algunos soldados trasladados aquí del reino de la Nueva Galicia . . .²⁸

Prosiguiendo hacia el norte, llegó Linck a un lugar nombrado Calamajué, en donde ese mismo año se fundaría otra misión. Penetrando en la sierra para pasar a la vertiente del Pacífico, después de vencer no pocos obstáculos, el grupo estableció contacto con los nativos de una rancharía nombrada Wiricatá (Velicatá), cerca ya de 30°. Tam-

²⁸ "Diario del viaje que se hizo [por Wenceslao Linck] en la provincia de California al norte de esta península por febrero de 1766", en *Noticias y documentos acerca de las Californias, 1764-1795*, Madrid, José Porrúa Turanzas, editor, 1959, p. 21-22. De este diario hay versión al inglés, más completa, pues al texto castellano que se ha publicado le falta una parte, en Ernest J. Burrus, *Wenceslao Linck's Diary of his 1766 Expedition*, Los Angeles, Dawson Book Shop, 1966.

bién allí iba a establecerse otra misión pero ésta no ya por los jesuitas, sino hasta 1769 y por el franciscano Junípero Serra. De nuevo volvió Linck a cruzar la sierra pero esta vez con rumbo al noreste. Su meta era llegar por tierra al desemboque del Colorado. En busca de los mejores pasos para ir avanzando, despachó Linck a un grupo de indígenas como exploradores. Éstos tuvieron un encuentro con los de una ranchería. Uno de los cochimíes que habían sido enviados, recibió un flechazo que

se creyó ser de peligro. Tomaron los neófitos [es decir los del grupo de Linck] sus arcos para ponerse en defensa y lo hicieron con tanta valentía que, sin ser necesario disparar una saeta, pusieron en huida desordenada a los enemigos.²⁹

Siguiendo por la sierra, encontraron un hermoso arroyo y cerca de él sauces y abundantes pastos. La marcha se estaba efectuando a través de la que hoy se conoce como sierra de San Pedro Mártir. En un lugar en que había unas fuentes de aguas termales estuvieron bastante cerca del sitio en que, algunas décadas después, los dominicos fundaron precisamente la misión de San Pedro Mártir. Desde esas alturas, nos dice el jesuita explorador que

vi el golfo y, en el llano que ayer vieron los soldados, teniendo delante la relación del viaje por mar hecha por el padre Fernando Consag el año de 1746, y el mapa formado sobre sus noticias, creo estar ya enfrente de la ensenada de San Buenaventura porque cuanto el padre Fernando dice de esa ensenada, vi o supe después de los indios.³⁰

La llamada ensenada de San Buenaventura se encontraba un poco arriba del puerto de San Felipe, es decir en algo más de 31°. Linck manifiesta en su *Diario* que estaban casi seguros de que "el desemboque del río Colorado está muy cerca . . .".³¹

Se planteó entonces un dilema a quienes iban al frente de esa expedición. De seguir próximos al mar tendrían que atravesar no sólo grandes arenas sino también marismas, precisamente por el rumbo de la que hoy se conoce como bahía Ometepe. Ello sería en extremo difícil.

²⁹ *Diario del Viaje . . . op. cit.*, p. 30.

³⁰ *Ibid.*, p. 34-35.

³¹ *Ibid.*, p. 38.

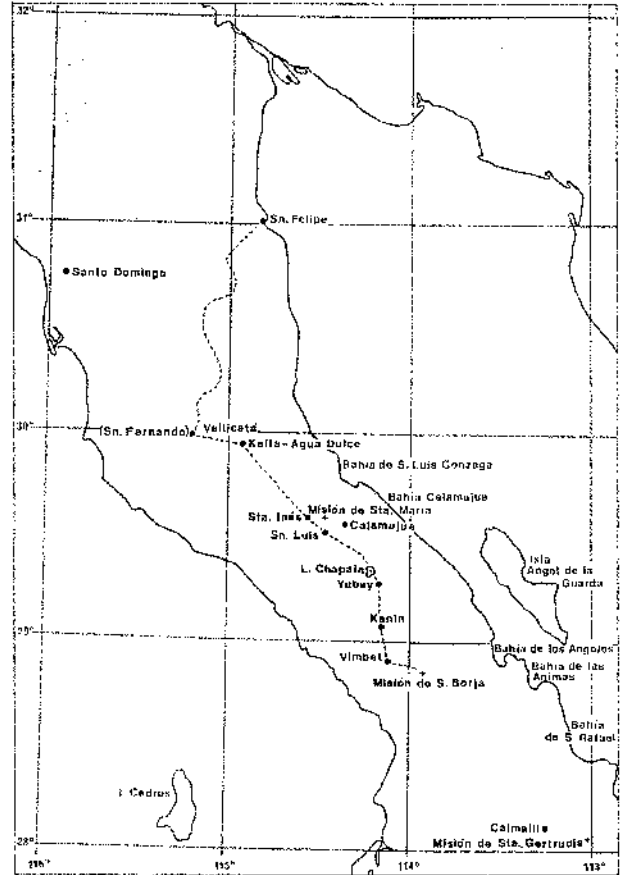


Figura 82. Derrotero de la expedición de Linck, 1766.

Añadióse a esto lo que los mismos gentiles nos aseguraron, pero al mismo tiempo nos dijeron que, por el rumbo de atravesar las marismas, nunca llegaremos.³²

La otra posibilidad para continuar, era yendo muy cerca de la sierra hasta llegar más al norte y:

salir de la península hasta topar con el colorado, y por su orilla bajar a su desemboque, lo que sería viaje de muchos días.³³

Confiriendo acerca de estas posibilidades se determinó a la postre que era ya imperioso regresar. Las bestias estaban casi sin cascos; los expedicionarios se habían alejado mucho con respecto a la última de las misiones, la de San Borja; la gente estaba muy fatigada y algunos hombres enfermos, y llegar al Colorado implicaba proseguir el viaje muchos días y aun tal vez semanas. De esta suerte se inició el retorno y, sin mayores contratiempos, Linck y su gente entraron de nuevo en la referida misión el 18 de abril de ese mismo año de 1766.

³² *Ibid.*, p. 39.

³³ *Loc. cit.*

Esta misión de Santa María fue la última que los jesuitas plantaron en la California pues, cuando se trataba de fundar otra, una orden del rey puso fin a las tareas apostólicas de los misioneros . . .³⁴

Miembros de otra orden religiosa iban a suceder a los jesuitas en la conquista espiritual de las Californias. Después de algunos contratiempos, llegarían los franciscanos al puerto y presidio de Loreto. Como vamos a verlo, su presencia y acción en la península iban a ser de escasa duración. Nuevas noticias enviadas a Madrid por el embajador de España en San Petersburgo, informaban de los asentamientos y avances rusos en las costas septentrionales de América. Con urgencia había que tomar medidas para avanzar hacia el norte y ocupar efectivamente los grandes territorios que se consideraban parte integrante de las Californias. En tal urgencia estuvo probablemente el factor principal que determinó el cambio de asignación de los recién llegados franciscanos: a ellos correspondería fundar y tener a su cargo una cadena de misiones en la Nueva o Alta California.

Exploraciones y fundaciones en la Nueva o Alta California

Podría decirse que, así como todo lo hasta aquí expuesto guarda relación directa con el tema de este libro, *Cartografía y crónicas de la Antigua California*, lo que vamos a considerar a partir de este momento será en cierto modo complementario o periférico. Desde luego que en sentido estricto es correcta esta aseveración. Sin embargo, si se enmarca nuestro tema, como lo hemos venido haciendo, con amplio criterio y a la luz de una historia de interés universal, habrá que admitir que necesariamente importa conocer cuanto concierne a los descubrimientos que revelaron al fin, en su plenitud, el perfil noroccidental del Nuevo Mundo. En la larga serie de exploraciones dirigidas a precisar las características de ese perfil, la California, Antigua o Baja, fue punto de partida y territorio clave. Al dudarse por tan largo tiempo si ésta era isla o península, se mantuvo abierta la cuestión de la posible existencia de un brazo de mar que comu-

³⁴ Francisco Xavier Clavigero, *Historia de la antigua o Baja California*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, p. 228.

nicara con el supuesto estrecho de Anián, anhelada vía del Pacífico al Atlántico. Y desconociendo asimismo los extremos septentrionales de la Antigua California, continuaba sin respuesta la ya muy antigua cuestión de si el Nuevo Mundo y el Asia estaban o no separados en su extremo norte.

Por todo lo anterior —si bien en forma sucinta— se incluirá en este capítulo, que es el último de esta obra, un relato y una valoración que permitan ya situar luego adecuadamente, en su respectivo contexto, los principales hechos gracias a los cuales se tuvo al fin una imagen geográfica bastante aceptable del litoral de Norteamérica en el Pacífico, a partir del cabo San Lucas hasta Alaska. Desde la perspectiva hispano-mexicana paso fundamental en el logro de ello fue la entrada y las subsiguientes expediciones de los franciscanos, al lado de distintos oficiales reales, en la Nueva o Alta California.

Un año después de la salida de los jesuitas, es decir ya en 1769, tuvieron lugar va-

V O Y A G E E N C A L I F O R N I E

POUR L'OBSERVATION

DU

PASSAGE DE VENUS

SUR

LE DISQUE DU SOLEIL,

Le 3 Juin 1769;

Contenant les observations de ce phénomène, & la description historique de la route de l'Autour à travers le Mexique.

Par feu M. CHAPPE D'AUTEROCHE, de l'Académie Royale des Sciences.

Rédigé & publié par M. DE CASSINI fils, de la même Académie, Directeur en survivance de l'Observatoire Royal de Paris, &c.



COLECCION
CALIFORNIA
MEXICANA

A P A R I S,

Chez CHARLES-ANTOINE JOMBERT, Libraire du Roi pour l'Artillerie & le Génie, rue Dauphine, à l'Image Notre Dame.

M. DCC. LXXIX.

AVEC APPROBATION, ET PRIVILEGE DU ROY.

Figura 85. Portada de la obra póstuma de Jean Baptiste Chappe d'Auteroche, en la que se da cuenta de sus observaciones del paso de Venus por el disco del Sol en el año 1769.

rios hechos en la California peninsular que trajeron consigo consecuencias en extremo significativas. Fue entonces cuando el astrónomo francés Jean Baptiste Chappe d'Auteroche y, con él, los españoles Salvador de Medina y Vicente Dos, así como el mexicano Joaquín Velázquez de León, pasaron a California y se situaron muy cerca de San José del Cabo con el fin de observar desde allí el importante fenómeno astronómico, visible desde ese lugar, conocido como "paso del sol por el disco de Venus".³⁵ Gracias a las observaciones llevadas a cabo pudo precisarse algo en extremo importante: la longitud de San José del Cabo, en 267° 52' 50" al este del meridiano de la isla de Fierro en las Canarias, que era el que en esa época se tomaba como punto de referencia en la cartografía universal. Lo alcanzado corregía en tres grados y doce minutos la longitud antes asignada a San José del Cabo. Paso complementario fue que pudo calcularse luego la longitud correspondiente a cabo San Lucas, a partir de la cual se habían estado midiendo las longitudes de todos los puntos descubiertos hacia el norte.

Otro hecho, también de gran relevancia para cuanto luego ocurrió, fue la llegada a México del visitador José de Gálvez desde 1765. Compleja era su misión. En las instrucciones que traía sobresalían lo tocante a las formas de incrementar los ingresos del real erario, promoviendo para ello una más amplia explotación de recursos como el de la minería, y examinando todo lo relativo a la real hacienda en la Nueva España. En sus instrucciones, y en lo que le fue informado sobre todo por el virrey marqués de Croix, ocupaba también lugar de gran importancia la reorganización y defensa de las llamadas provincias internas, es decir, de los grandes territorios septentrionales. De modo particular se le confiaba a Gálvez atender a la situación de las Californias respecto de las cuales, según se sabía, existía el peligro de penetraciones rusas y de otras naciones.

Entregado a cumplir febrilmente con lo que se le había confiado, Gálvez actuó asi-

mismo con gran decisión en el espinoso asunto de la expulsión de los jesuitas, que en el caso de California se llevó a cabo a principios de 1768. Enseguida el visitador se abocó ya a atender lo concerniente a las provincias septentrionales. Para tal fin decidió, en primer lugar, marchar con rumbo a California. En mayo de ese mismo año llegó al puerto de San Blas que consideró adecuado para que en él se creara un "Departamento marítimo", desde el cual habrían de partir numerosas expediciones al Pacífico septentrional. De hecho el Departamento de San Blas, debidamente acondicionado, con su astillero, almacenes y otras instalaciones, cobraría su máxima importancia durante el virreinato de Antonio María Bucareli.

De este modo, habiendo iniciado ya en San Blas los preparativos para expediciones al norte de las Californias, Gálvez se trasladó a la península. Allí se estableció por un tiempo en el real de minas de Santa Ana, situado al sur. Persuadido de que los jesuitas habían estorbado, con su afán de aislamiento, el desarrollo de las Californias, concibió un ambicioso plan de expansión en el que entraban como piezas claves las Californias, Sonora y Nuevo México. Él mismo pasaría algún tiempo después a Sonora para conocerla en forma directa y proceder a su pacificación. Por el momento su interés se centró en las Californias.

Así, desde Santa Ana, escribió al padre Serra que fungía como presidente de las misiones californianas y residía en Loreto. En esa su carta del 22 de julio de 1768, sin previas consideraciones, entraba en materia y manifestaba a Serra:

Supuesto que, en cumplimiento de lo mandado por el Rey nuestro señor, está dispuesto que los dos paquebotes nuevos, *San Carlos* y *San Antonio*, hagan viaje al puerto de Monterrey, luego que vengan del de San Blas al de La Paz, de esta península, donde iré, mediante Dios, a despacharlas, participo a Vuestra Reverendísima esta noticia y al mismo tiempo le encargo que desde luego se sirva destinar dos padres misioneros, los que juzgare más a propósito para que vayan a la expedición en los dos paquebotes . . .

Además del viaje marítimo a Monterrey, está determinado también que se haga otro por tierra desde la última misión del norte y, conviniendo en mi dictamen que vaya un padre misionero, de los más prácticos en el ministerio, para que, al paso por los terrenos que se transitan, pueda reconocer y observar los proporcionados a estable-

³⁵ Véanse: Doyce B. Numis, *The 1769 Transit of Venus, the Baja California Observations of Jean-Baptiste Chappe d'Auteroche, Vicente de Doz y Joaquín Velázquez de León*, Los Angeles, Natural History Museum, 1982; Asimismo: Roberto Moreno de los Arcos, *Juan Velázquez de León y sus Trabajos Científicos*, México, Universidad Nacional, 1977.

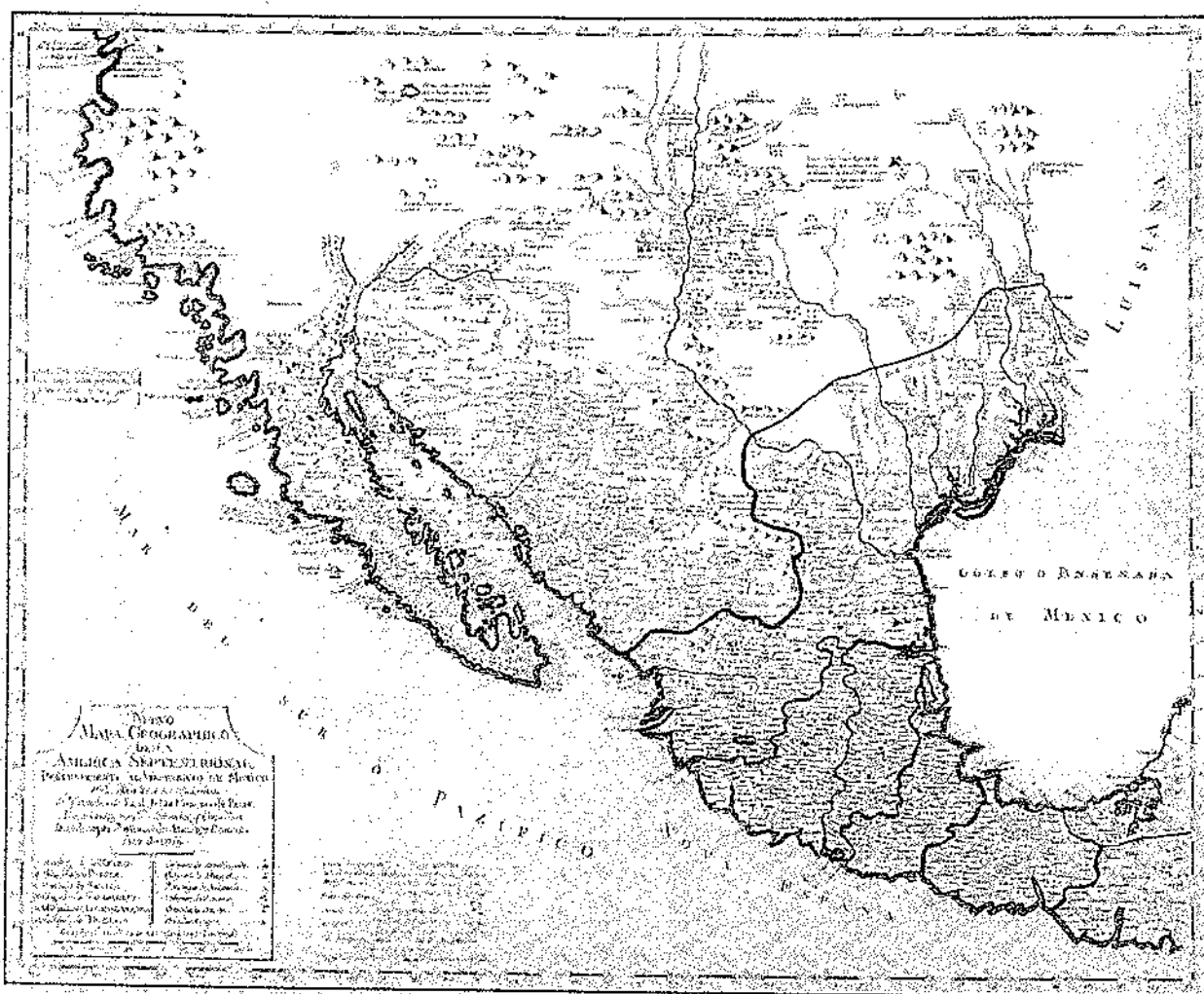


Figura 86. Mapa preparado por Joseph Antonio Alzate y Ramírez en 1768 y dedicado a los miembros de la Academia Real de Ciencias de París. Fue grabado en París y en Madrid. Es de notar la inscripción frente a los litorales californianos del Pacífico: "Esta costa se ha dispuesto por el único reconocimiento que se ha hecho de ella en el año 1602 por Sebastián Vizcaíno". Puede decirse que este mapa refleja la imagen geográfica que se tenía de California al tiempo de la expulsión de los jesuitas.

cer después misiones avanzadas hasta darse la mano con la de Monterrey . . .³⁶

Como puede verse, Gálvez estaba decidido a poner en ejecución sus proyectos. Comprendían ellos además abrir una escuela en Loreto para preparar allí marinos y pescadores. Serra, por su parte, trasladándose al real de minas de Santa Ana, conferenció allí con Gálvez. Detalladamente se planearon entonces las expediciones al norte, por mar y tierra. El cronista fray Francisco Palou, compañero de Serra, asienta:

Quedaron convenidos en que, por mar, con los dos paquebotes, irían tres misioneros, y uno con el paquebote que saldría después y que, por tie-

rra, fueran dos, uno con el primer trozo y el venerable padre presidente [o sea fray Junípero] con el segundo y el señor comandante de la expedición [que iba a ser Gaspar de Portolá].

Resolvieron se fundasen tres misiones, una en el puerto de San Diego, otra en el de Monterrey, con el título de San Carlos, y la restante con el de San Buenaventura en la medianía de ambos puertos . . .³⁷

Con gran celeridad se dispuso todo lo necesario. A principios de 1769, reunidos en el puerto de La Paz, Gálvez y Serra, vieron cómo zarpaba con rumbo a San Diego el paquebote *San Carlos* a las órdenes del piloto de la real armada Vicente Vila. En esa embarcación partieron además el padre fray Fernando Parrón y, con Pedro Fagés, como

³⁶ "Carta de José de Gálvez a fray Junípero Serra", Santa Ana, California, 22 de julio, 1768, *Archivo Histórico, Museo Nacional de Antropología, Fondo Franciscano*, v. 65, fol. 174-180.

³⁷ Francisco Palou, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del padre fray Junípero Serra*, Prefacio e introducción por Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1970, p. 49.



Dedicado al Ill. Sr.
D. Fr. Antonio Lopez
venezolano Baxteriano Obispo
de Plasencia y actual
monje de Arzobispado
de Mexico. Memoria
de Mex. por el Sr. J. de
Alvarez y de
Juan de Dios de
Alvarez de Arzobispado

FLORIDA

YUCATAN

MEXICO

MAR DEL NORTE

MAR DEL SUR O PACIFICO

CALIFORNIA

Lámina XXXVIII. *Una muestra de la difusión que alcanzaron las fantasías del "mar del Oeste" la ofrece este mapa de México preparado por Joseph Antonio de Alzate y Ramírez, en 1767. Por una parte, en el extremo superior derecho (arriba de California) se lee "mar o bahía del Oeste". Por otra, en un recuadro, en el extremo inferior derecho, se copia el mapa de De L'Isle en 1752.*

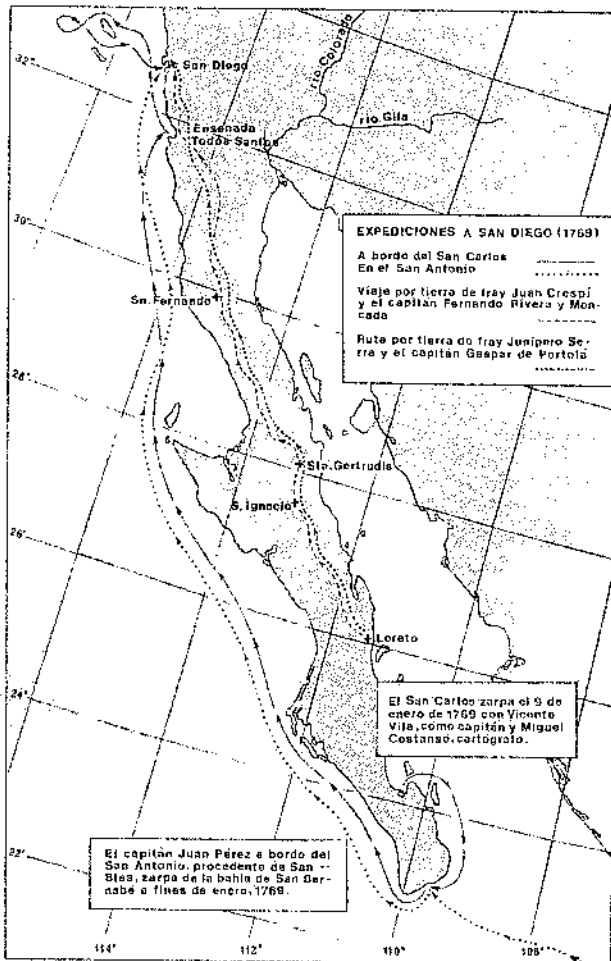


Figura 87. Derrotero de las expediciones por tierra y mar hacia el puerto de San Diego (1769).

teniente, una compañía de veinticinco voluntarios de Cataluña. Iba también a bordo el ingeniero y cartógrafo Miguel Costanzó, que sería el primero, desde el viaje de Vizcaíno, que iba a preparar nuevas cartas de la Alta California.

El segundo de los paquebotes, el *San Antonio*, alias *El Príncipe*, no pudiendo llegar a La Paz por los vientos contrarios, se dirigió a cabo San Lucas. Enterado de esto, Gálvez que estaba para salir en otro barco, con rumbo a Sonora, alcanzó a informar de ello a Serra. De este modo ambos, trasladados a cabo San Lucas, pudieron despachar al *San Antonio*. Salía éste al mando del célebre marino de nombre tan común, Juan Pérez. Los dos frailes acompañantes eran Juan Vizcaíno y Francisco Gómez.

Serra, que hubo de regresar a Loreto, mientras Gálvez marchaba hacia Sonora, dispuso todo para su gran expedición por tierra hasta San Diego. Antes que nada, hizo entrega de las misiones peninsulares a su compañero fray Francisco Palou. De acuerdo con lo previsto, salió de Loreto una

primera expedición el 26 de febrero de 1769. Al frente de ella iba el capitán y antiguo gobernador Fernando Rivera y Moncada que, según vimos, había acompañado al padre Linck en su exploración de 1766. Esta vez iba con Rivera y Moncada un franciscano, fray Juan Crespí, discípulo de Serra. Según el relato de Palou, marchaban también

veinticinco soldados de cuera [así nombrados por las prendas de cuero con que se protegían de las espinas de arbustos y cactus], tres arrieros y una cuadrilla de indios neófitos californios, para gastadores [soldados que marchan abriendo camino], ayudantes de arrieros y demás quehaceres que se ofreciesen, armados de arco y flechas...³⁸

Finalmente la expedición en la que salió Serra, estaba comandada por el capitán de dragones y gobernador de California, Gaspar de Portolá. Serra, según lo refiere Palou, padecía de una llaga e hinchazón de pie y pierna, no obstante lo cual ni por un momento dudó en ponerse en marcha para atravesar más de trescientas leguas hasta llegar a San Diego.

No es desde luego posible describir aquí los pormenores de las cuatro expediciones —dos marítimas y dos terrestres— que marcaron el comienzo de la tan deseada y tantas veces fallida o pospuesta expansión hacia el norte. Estando ampliamente documentadas, existen, por otra parte, varias obras dedicadas a describirlas.³⁹ Lo que aquí más nos interesa es enumerar las principales y más inmediatas consecuencias de las mismas.

Por una parte, fueron los dos paquebotes los primeros en llegar al puerto de San Diego. Henry Wagner, al preguntarse qué información llevaban para guiarse e identificar los diversos lugares por los que fueron pasando, señala como posibilidades, que se hubieran valido del mapa de California que publicó Burriel, incluido al final del volu-

³⁸ Palou, *op. cit.*, p. 53.

³⁹ En primer lugar está la ya citada *Relación histórica de fray Francisco Palou*. Como otras muestras, citaré el diario de Vicente Vila que navegó al frente del *San Carlos*, conservado en la Biblioteca Sutro (San Francisco, California) y publicado por Robert S. Rose bajo el título de *The portolá Expedition of 1769-1770, Diary of Vicente Vila*, Berkeley, University of California, 1911. También incluye importantes documentos sobre este tema, entre ellos el *Diario* de fray Junipero, Lino Gómez Canedo, O.F.M., *De México a la Alta California, una gran epopeya misional*, México, Editorial Jus, 1969.

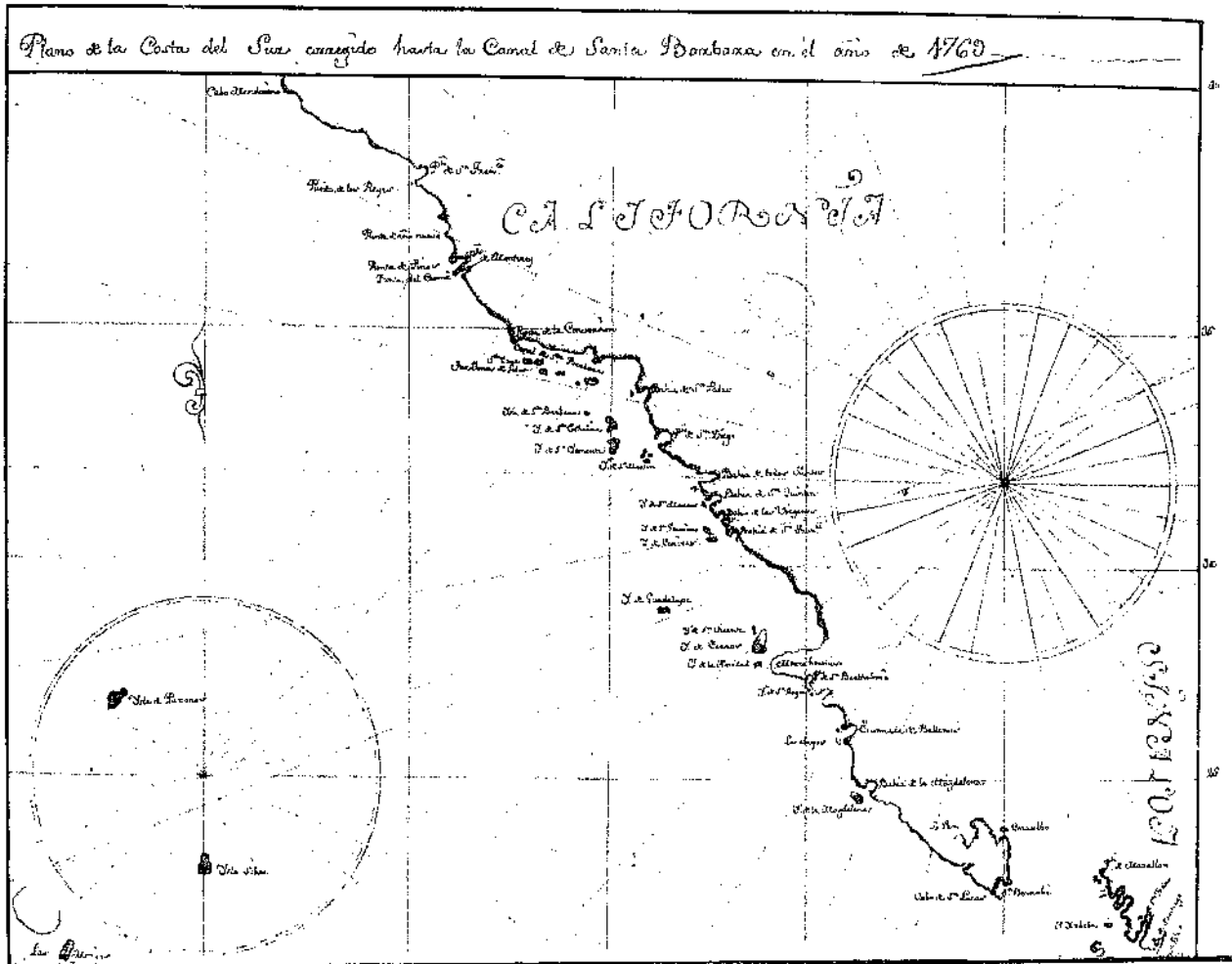


Figura 88. Mapa en el que se representan las costas de las Californias, desde Cabo San Lucas hasta 40° . En él se quiso destacar el reconocimiento hecho en 1769 por los paquebotes San Antonio, San Carlos, del canal de Santa Bárbara y las islas que lo forman. (Se conserva este mapa en el Depósito General Topográfico de Ingenieros, Madrid.)

men segundo de su *Noticia de la California*, o del relato del viaje de Vizcaíno transcrito por el mismo Burriel o impreso también en la *Monarquía Indiana* de fray Juan de Torquemada, de la que había una nueva edición, Madrid, 1725.⁴⁰ Consta de hecho que Vicente Vila en el *San Carlos* llevaba una de estas obras pues, hallándose según él en poco más de 30° y medio, expresó respecto del lugar que contemplaba en la costa que, “según las noticias del general Vizcaíno, serán las mesas de San Cipriano que llaman de Juan Gómez los philipinos...”⁴¹ También se valió el mismo Vila de otra importante obra, la de José González y Cabrera Bueno, *Navegación especulativa y práctica*, publicada en Manila, 1724, y que incluye los derroteros de los galeones de Filipinas a lo largo de las costas de California.

En realidad los dos paquebotes avanzaron hasta las islas del Canal de Santa Bárbara, que se hallan algo más de doscientos kilómetros al norte de San Diego. A dicho puerto entraron finalmente, primero el *San Antonio*, el 11 de abril, y el 29 del mismo mes el *San Carlos*. Aunque llevaban instrucciones de que el paquebote de Vila continuara hacia Monterrey, por lo pronto se pospuso tal navegación debido al mal estado en que se encontraba gran parte de la tripulación por causa del escorbuto. Primer resultado de este viaje fue, no sólo reconocer las costas exteriores de California hasta San Diego, sino disponer ya de nueva documentación sobre las mismas: el diario de Vicente Vila y la carta que preparó Jorge Storace —posiblemente de origen inglés— y que muestra a San Diego en 33° y corrige otras latitudes de mapas anteriores.

Otra consecuencia, en extremo importante de la expedición, fue que los grupos que

⁴⁰ Wagner, *op. cit.*, t. I, p. 164-165.

⁴¹ Vila, *op. cit.*, p. 36.

avanzaron por tierra pudieron reconocer, por vez primera, una muy grande distancia desde Loreto hasta San Diego. En especial, a partir de Velicatá —donde fray Junípero estableció, bajo la advocación de San Fernando, la única misión franciscana en la península— nunca antes se había penetrado más adelante por tierra. Los diarios respectivos que se conservan son testimonios de gran valor. Y, por supuesto, la fundación de la misión de San Diego de Alcalá, que vino a ser la primera en la cadena de asentamientos prevista por Gálvez en la Alta California, marcó ya el comienzo de la tan deseada expansión al norte.

Una vez dispuesto, al menos provisionalmente todo lo que requería la nueva misión, el *San Antonio* volvió a San Blas. En él envió Vicente Vila otra carta precisamente del puerto de San Diego que había reconocido.⁴² Para dar cumplimiento a las órdenes de Gálvez, el gobernador Gaspar de Portolá, en vista de las circunstancias, se aprestó entonces a salir por tierra con rumbo a Monterrey. Ello ocurrió el 14 de julio de ese mismo año, o sea apenas dos semanas después de haber llegado a San Diego. Con él marcharon el ingeniero Miguel Costanzó, Pedro Fagés y seis de los voluntarios catalanes, el capitán Rivera y Moncada y el sargento José Francisco de Ortega con otros seis soldados más, quince indios de Baja California y otras gentes de servicio. Correspondió a los padres Francisco Gómez y Juan Crespí ir esta vez al lado de Portolá.

Como resultado de esta expedición pueden destacarse el reconocimiento, a lo largo del recorrido, de varios lugares para futuras posibles misiones, así como haber llegado de hecho al puerto de Monterrey, aunque Portolá y sus acompañantes lo pasaron de largo y se mantuvieron dudosos sobre si habían llegado él. Cabe recordar también que el sargento Ortega, avanzando más al norte, descubrió otra gran bahía, de la que se dijo que todos los barcos de Europa cabrían en ella y que, como se comprobaría en la expedición que se llevó a cabo el año siguiente, no era otra sino la de San Francisco.

Al regresar los expedicionarios a San Diego, a principios de 1770, encontraron que la situación prevalente allí era muy difícil.

Los indígenas se mostraron hostiles, las enfermedades habían causado muchos muertos entre quienes vivían en la misión y, para colmo de desgracias, no se habían recibido auxilios de San Blas. El gobernador Portolá envió entonces al capitán Rivera y Moncada a Baja California para obtener en la misión de San Fernando Velicatá algún auxilio. Así las cosas, la situación en San Diego se hacía cada vez más adversa. Discutieron el gobernador y el padre Serra sobre las medidas que debían tomarse. La conclusión fue que, si en unos cuantos días más no llegaba el auxilio deseado, sería necesario abandonar la misión. Tal cosa hubiera dado al traste con todo lo previsto y hubiera pospuesto, quizá por muchos años, la empresa diseñada por Gálvez. Para fortuna de todos, el 23 de marzo entró en la bahía de San Diego el paquebote *San Antonio* con suficientes provisiones.

Portolá quiso entonces llevar a cabo una segunda salida con rumbo a Monterrey y San Francisco. Menos de un mes después de la llegada del paquebote, el 19 de abril, se inició el viaje. En el *San Antonio*, a las órdenes del mencionado capitán Juan Pérez, salió esta vez fray Junípero. Por tierra marcharon el gobernador Portolá, el ingeniero Costanzó y otros, entre soldados e indígenas. Esta vez, el 24 de mayo, Portolá y Costanzó tuvieron la certeza plena de encontrarse en la bahía y puerto que Vizcaíno había descubierto y había llamado de Monterrey. Una semana después entraban en esa misma bahía Pérez y Serra a bordo del *San Antonio*. Lo tantas veces anhelado se convirtió en realidad. El 3 de junio de 1770 quedaban establecidos presidio y misión en Monterrey, esta última bajo la advocación de San Carlos. Otro fruto muy importante de esta segunda expedición fue la carta que, de regreso en México, dispuso el ingeniero Miguel Costanzó con base en sus observaciones directas y asimismo tomando en cuenta la información que tuvo al alcance, incluyendo buena parte de la toponimia del viaje de Sebastián Vizcaíno en 1602.

Aunque parezca casi increíble habían tenido que transcurrir ciento sesenta y ocho años para que, desde la Nueva España, volviera a hacerse una entrada en puerto tan importante. El mapa de Costanzó, que ostenta la fecha de 30 de octubre de 1770, lleva el

⁴² Vila se refiere a ella en *op. cit.*, p. 88.

curioso título de “Carta reducida del Océano Asiático o Mar del Sur que comprehende la costa oriental y occidental de la península de la California, con el golfo de su denominación, antiguamente conocida por la de mar de Cortés, y de las costas de la América Septentrional, desde el isthmo que une dicha península con el continente hasta el río de Los Reyes, y desde el río Colorado, hasta el cabo Corrientes”. Es interesante notar a propósito de este mapa de Costanzó, que en su versión original no se registra la bahía de San Francisco. En cambio, en la carta que se imprimió luego en Madrid, aparece ésta aproximadamente en 37° y medio. Resta añadir que, de regreso ya en San Diego, Portolá dejó para siempre las Californias y, por el camino de San Blas, regresó a México. Le sucedió como gobernador el comandante Pedro Fagés.

Con el establecimiento de las misiones y presidios de San Diego y Monterrey quedó abierto el camino para otras fundaciones

franciscanas en Alta California. En lo que concierne a la península, de ella saldrían poco después los franciscanos. Los dominicos, que los sustituyeron dieron origen a otra cadena de misiones, cercanas también a la costa del Pacífico. Al norte de la de San Fernando Velicatá, se establecieron las de El Rosario, Santo Domingo y otras varias, hasta las de San Miguel y Descanso, relativamente cercanas a San Diego. De este modo existió ya para siempre un corredor de fundaciones que venía a unir a las dos Californias. Cosa extraña es que, a pesar de que los dominicos establecieron dos misiones muy próximas a la Ensenada de Todos Santos —las de Santo Tomás de Aquino y la de San Miguel— nunca habilitaron un puerto en la referida Ensenada. Explicación que verosímilmente puede darse es la cercanía de San Diego que no parecía justificar la apertura de otro puerto en sus inmediaciones.

Disponiendo ya Serra de los misioneros que laboraban antes en Baja California, se

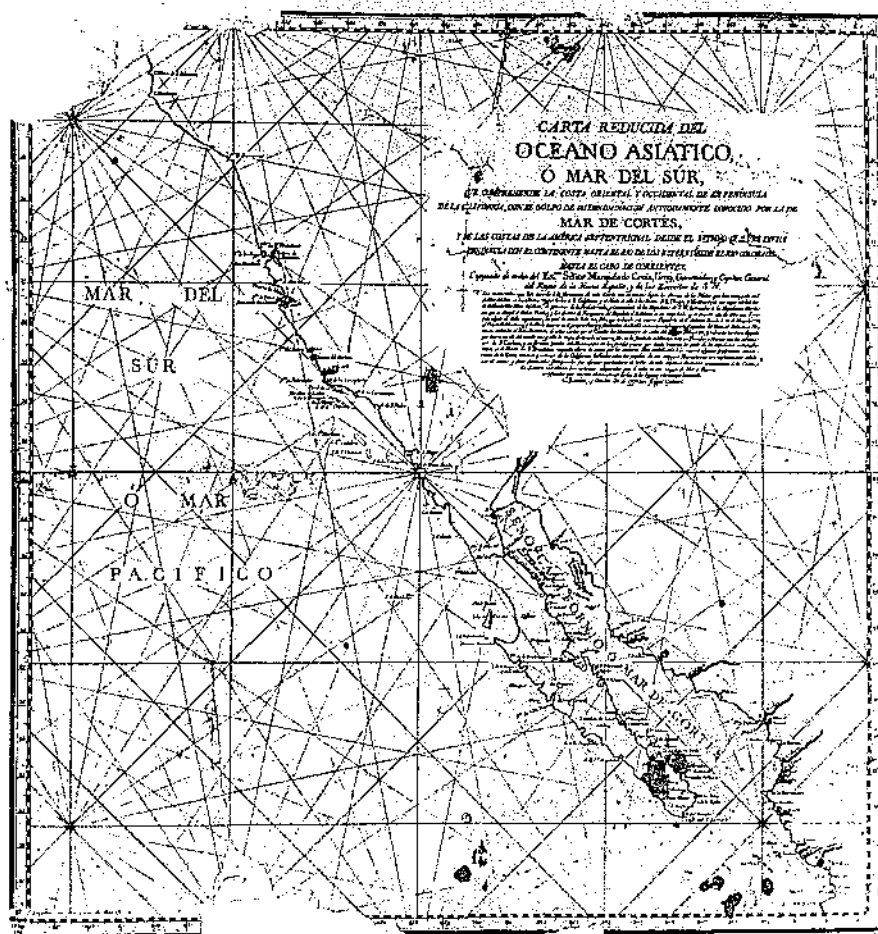
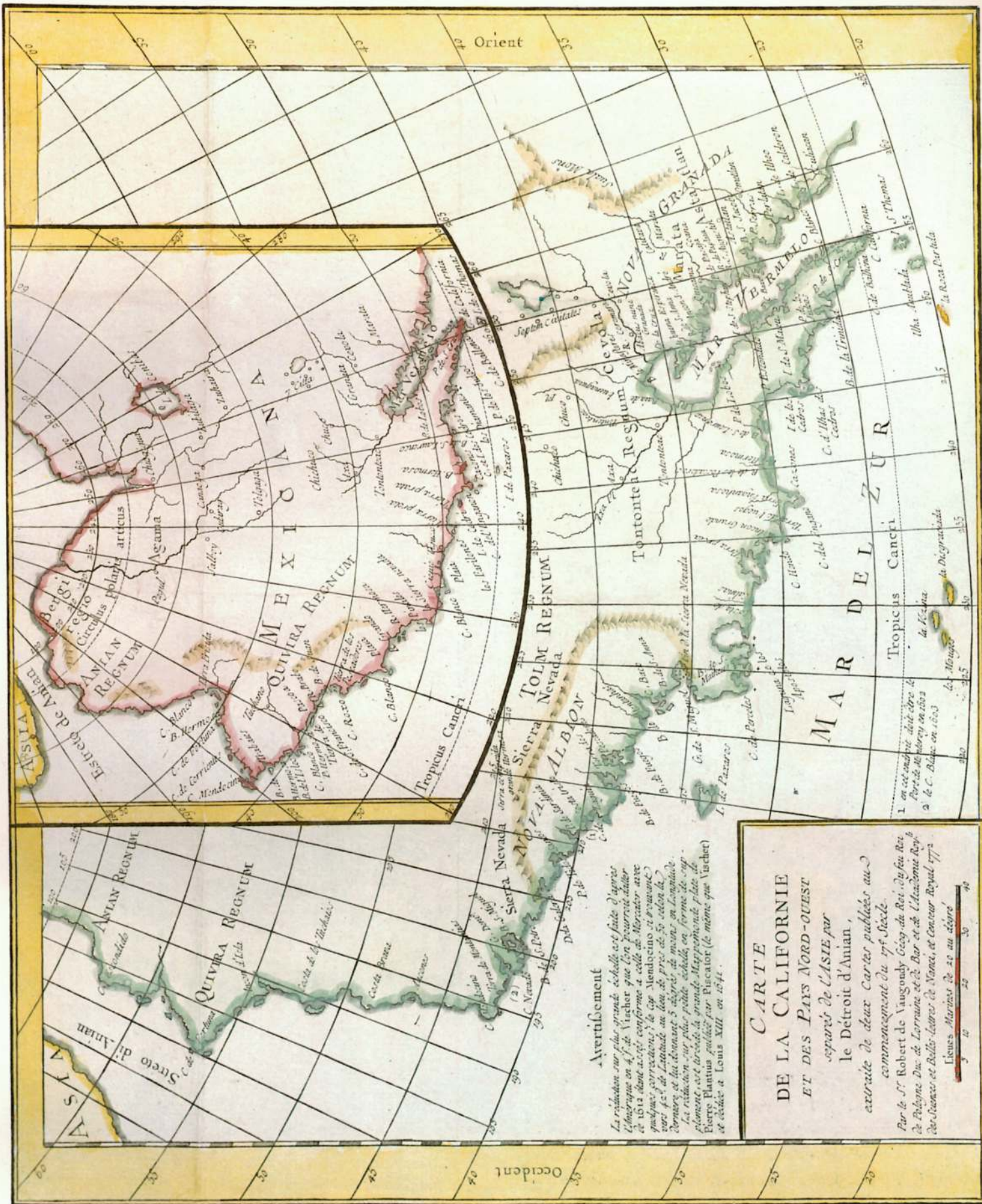


Figura 89. Mapa debido al ingeniero Miguel Costanzó que, con Gaspar de Portolá, realizó, desde San Diego, una expedición hasta los puertos de Monterrey y San Francisco en 1770. El mapa llega a los 43° pero el último topónimo que registra es “cabo Blanco” en 42° .



Avertissement

La relation sur les grands échells est faite d'après l'ouvrage en 4. de Viecher que l'on pourroit dater de 1612 dont on a été conforme à celle de Mercator avec quelques corrections, le cap Mendocino et proutant vers le N. de latitude au lieu de pres de 50 selon la relation, et lui donnant 5 degrés de moins en longitude. La relation sur plus petits échells en forme de cypher, est tirée de la grande Mappemonde faite de Pierre Plinius publiée par Piscator (le même que Viecher) et dédiée à Louis XIII. en 1674.

CARTE
DE LA CALIFORNIE
ET DES PAYS NORD-OUEST
separés de L'ASIE par
le Détroit d'Anian,
extraite de deux Cartes publiées au
commencement du 17. Siècle.
Par le Sr. Robert de Vaugouby Géog. du Roi, du feu Roi
de Prusse Duc de Lorraine et de Bar et de l'Académie Roy.
des Sciences et Belles-lettres de Nancy, et Graveur Royal 1772
 Lieues Marines de 20 au degré

Lámina XXXIX. *Carta de California por Robert de Vaugondy, geógrafo del rey de Polonia, duque de Lorena y de Bar, y de la Academia real de Ciencias de Nancy y censor real, 1772. Muestra del creciente interés en torno a California es este mapa. En él, aunque se acepta la realidad peninsular, continúa distorsionándose la longitud geográfica del noroeste americano y se mantiene vigente la fantasía del estrecho de Anián.*

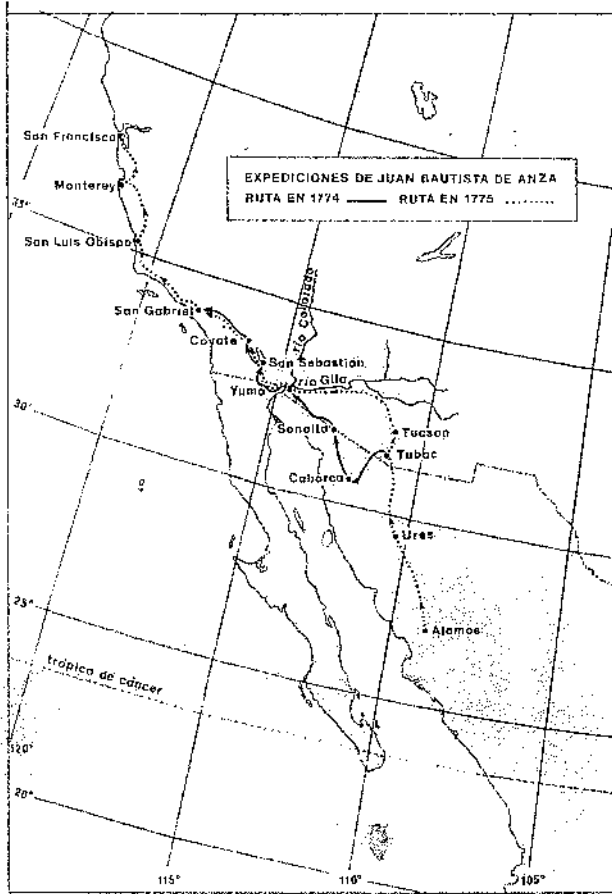


Figura 90. Las expediciones de Juan Bautista de Anza.

procedió a la apertura sucesiva de las misiones de San Antonio de Padua (1772), San Luis Obispo, en la cañada de los Osos (1772), y de San Gabriel, que hoy queda en un suburbio de Los Angeles (1771). En ese año Serra, que había tenido su residencia en Monterrey, regresó a San Diego y de allí pasó a México para buscar nuevas formas de apoyo a sus misiones. No siendo nuestro propósito, según se ha manifestado, rebasar los límites de este libro atendiendo en sus pormenores a los sucesos de la Alta California, bastará con referir de manera sumaria la forma como se fue consolidando la acción misional en la misma y se lograron otras vías de comunicación con la Nueva España.

Desde 1771 otro franciscano, fray Francisco Garcés, siguiendo las antiguas rutas del padre Kino, había avanzado desde la Pimería hacia el poniente con rumbo al Colorado. Después de varias expediciones desde su misión de San Javier del Bac —inmediata a Tucson—, emprendió otra salida de mayor importancia en agosto de 1771. Entonces, al llegar a la confluencia del Gila y el Colorado, bajó por este último, para pasar

luego a lo que hoy es el norte de Baja California y llegar a Cerro Prieto en el valle de Mexicali. Lo alcanzado por el padre Garcés redobló el incentivo de pasar por tierra a Alta California, como se lo había propuesto el capitán Juan Bautista de Anza, que por ese entonces residía en Sonora.

Con aprobación del virrey Bucareli, partió éste en 1774 en busca de una ruta por tierra hacia California. Su intención era llegar no sólo a San Diego sino a Monterrey. Después de cruzar el río y desierto del Colorado y pasar cerca de las faldas del monte de San Jacinto, continuando su marcha, llegó al fin a la misión de San Gabriel, fundada desde 1771. En tanto que parte de sus acompañantes permaneció allí, Anza se dirigió a Monterrey. A esta expedición siguió otra en 1775 en la que, desde el presidio de Tubac en la Pimería, llevó Anza consigo a buen número de colonos que deseaban es-

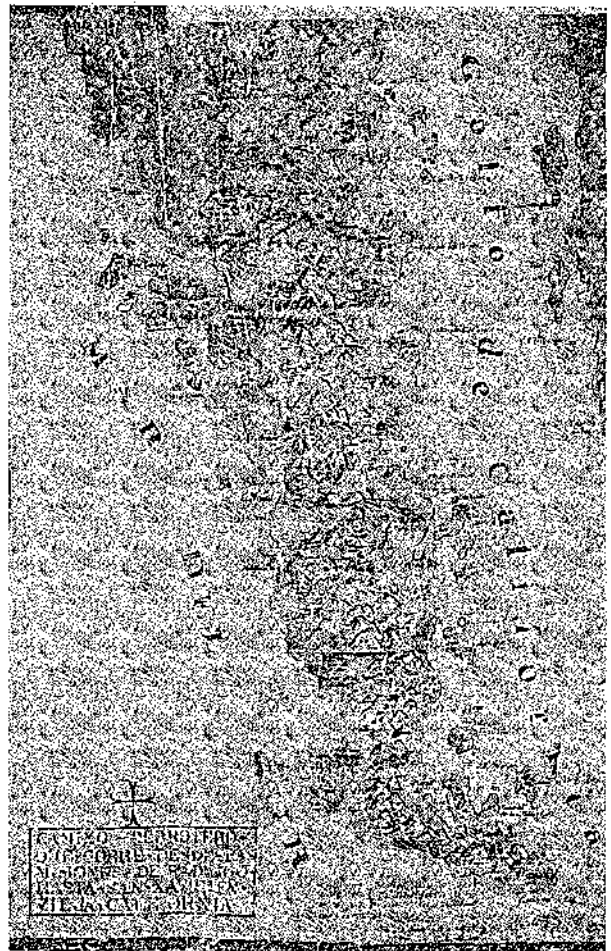


Figura 91. Mapa derrotero dispuesto por un misionero franciscano. En él se indica que se señala el camino desde la misión de San Diego hasta la de San Xavier en la Vieja California, lo cual es inexacto ya que en la realidad sólo se abarca desde el extremo sur de la península hasta aproximadamente 30°.

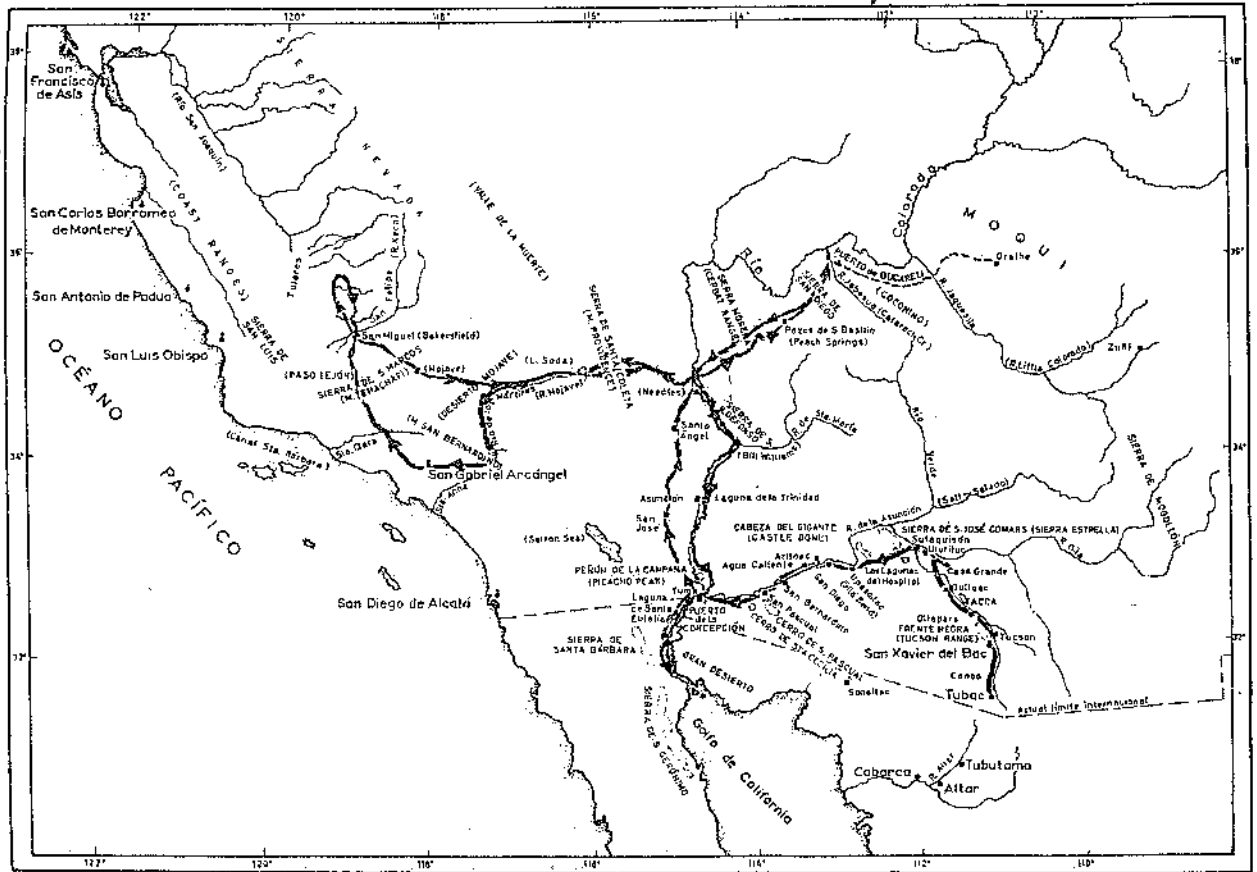


Figura 92. Mapa de las expediciones del padre Francisco Garcés.

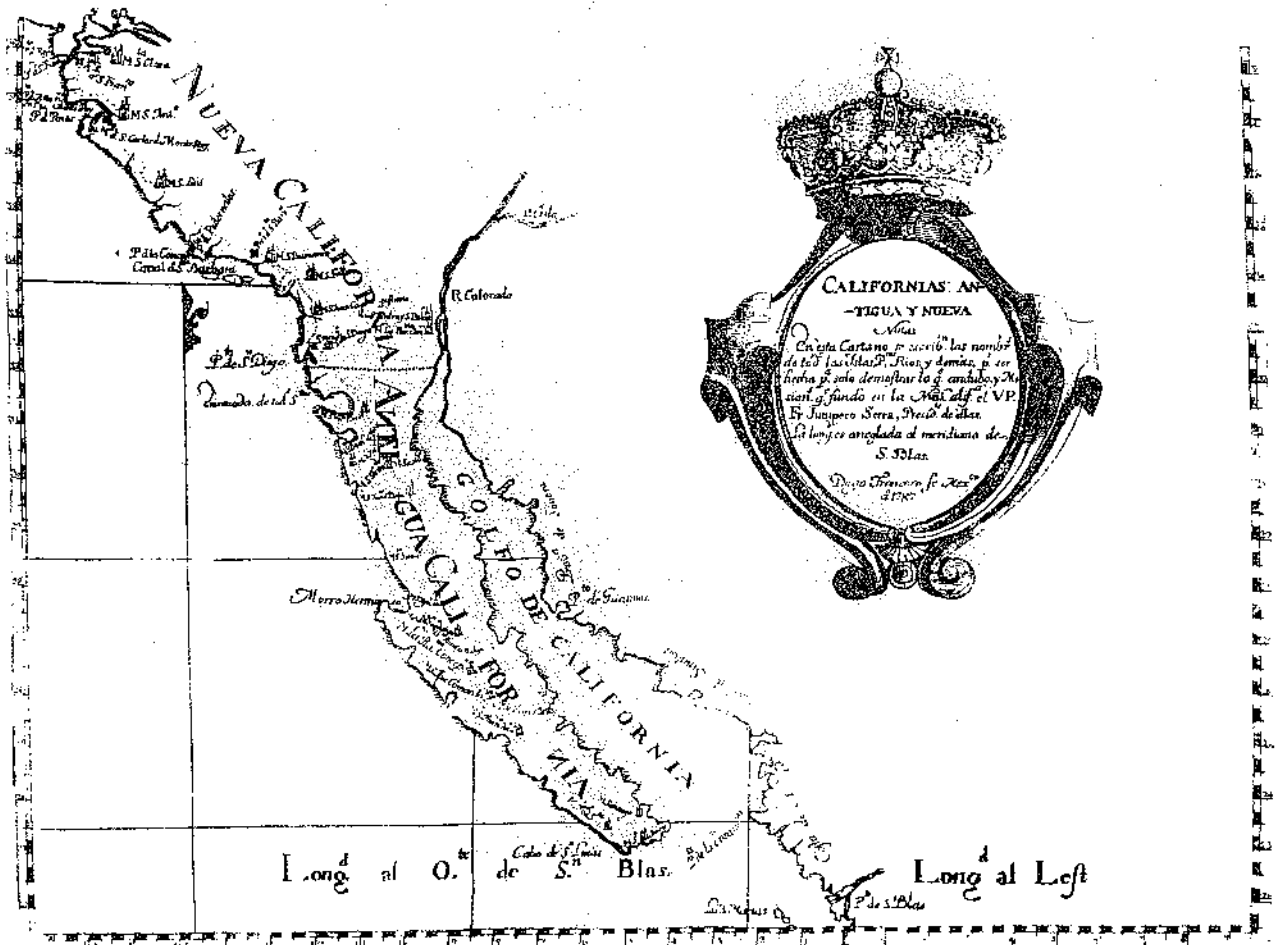


Figura 93. Las misiones franciscanas, según el mapa incluido por Francisco Palou en su Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra, México, 1787.

tablecerse en Alta California. Con Anza marchaba fray Pedro Font, matemático y cartógrafo, que iba a elaborar otra importante carta. La expedición, superando peligros y dificultades, llegó a Monterrey. El gobernador Rivera y Moncada, que había sucedido a Fagés, y que residía en ese puerto, no se mostró particularmente entusiasta con los expedicionarios. Monterrey mantenía una subsistencia precaria. Anza decidió proseguir su marcha a la bahía de San Francisco, dejando en Monterrey a la mayoría de quienes habían venido con él.

Avanzando hacia el norte, llegó a fines de marzo de 1776 al puerto de San Francisco. Cuando regresó al presidio de Tubac en la Pimería, dejó encargado de la que sería fundación en San Francisco a su lugarteniente José Joaquín Moraga. Éste, de acuerdo con el gobernador Rivera y Moncada, procedió a erigir allí nuevo presidio y misión. Correspondió a los padres Francisco Palou y Pedro Benito Cambón tomar parte activa en dichos establecimientos. En tanto que el 17 de septiembre del mismo año se erigía el presidio, el 9 de octubre quedaba establecida la misión de San Francisco de Asís. Con ello culminaba en buena parte el sueño de Gálvez de extender la presencia hispana por el norte de las Californias. Otras misiones se continuaron fundando en sitios como San Juan de Capistrano (1776) y Santa Clara (1777).

El avance y la posesión efectiva de las Californias hasta cerca ya del paralelo 38° eran realidad cumplida. Sin embargo, en

contraparte, las penetraciones por rumbos relativamente próximos, de rusos e ingleses, continuaban en aumento. Ello iba a obligar a la corona y al virreinato a tomar nuevas medidas, consistentes sobre todo en despachar desde el puerto de San Blas varias expediciones marítimas. Con ellas, más que consolidarse las pretensiones españolas de posesión en el extremo noroeste del continente, se logró un efectivo reconocimiento de esas latitudes y la subsiguiente delineación de mapas gracias a los cuales pudo al fin completarse la imagen geográfica del Nuevo Mundo. Y aunque a tan importante logro contribuyeron también rusos e ingleses, no cabe duda que el mérito principal lo tuvieron españoles y mexicanos. Sobre el desarrollo de esas expediciones, a las que se debieron las nuevas demarcaciones de los litorales en el noroeste de América septentrional, con sus correspondientes repercusiones en la cartografía universal, versa el siguiente apartado. Se ofrece éste a modo de conclusión porque precisamente en él se llega al término de esta historia. Conocidas ya, al menos en sus perfiles geográficos, las Californias, desvanecidas para siempre las quimeras de la insularidad y del estrecho de Anián, la cartografía acerca del continente americano y, de modo más amplio, la cartografía universal, eran por fin espejo de realidades recién descubiertas. A partir de entonces y, sobre todo dentro ya del siglo XIX—en la geopolítica de las grandes potencias—, se jugaría el destino de las Californias y de los vastos territorios al norte de ellas, incluyendo, por supuesto, a Alaska.

CONCLUSIONES

LA DEFINITIVA IMAGEN DE LAS
CALIFORNIAS Y DEL NOROESTE
DE AMÉRICA EN LA
CARTOGRAFÍA UNIVERSAL



Resulta difícil delimitar en el tiempo esta última etapa en la que —como lo enuncia el título de la presente conclusión— se alcanzó al fin una imagen bastante aceptable, por lo menos de los litorales de las Californias y del noroeste de América hasta Alaska. La importancia de lo que entonces se logró debe valorarse a la luz del muy largo proceso de exploraciones —desde las dispuestas por Hernán Cortés—, dirigidas a conocer lo que era el occidente del Nuevo Mundo.

Los viajes de Magallanes, Loaysa y Saavedra, este último enviado por Cortés, habían revelado que en el hemisferio sur, y por lo menos hasta los 15° en el norte, América estaba en extremo alejada del Asia y de las islas del Pacífico. La incógnita continuaba, en cambio, respecto del noroeste. Esa incógnita abarcaba de hecho varias cuestiones. Cuando se descubrió California, no se supo en un principio si era isla o península. En ocasiones se habló de “la isla de Santa Cruz” o “la isla de California”. Con las expediciones de Ulloa (1539) y de Alarcón (1540) pudo comprobarse que era una península. Más tarde, después de la expedición de Vizcaíno (1602), por obra sobre todo del car-

melita fray Antonio de la Ascensión, reapareció y se difundió la tesis de la insularidad de California. Tal creencia estuvo relacionada desde un principio con la búsqueda del anhelado estrecho de Anián, el supuesto camino que uniera por el norte los océanos Atlántico y Pacífico. Finalmente, también en relación con el imaginario estrecho, estuvo la pregunta acerca de si, por el noroeste, América y Asia se juntaban o existía una separación entre ellas, tal vez el tan buscado “paso del norte”.

En este libro el tema de la cartografía y las crónicas acerca de la Antigua California, nos ha llevado inevitablemente a avanzar mucho más allá de los límites geográficos de la península. Como hemos visto, la búsqueda del perfil de esa antigua California llevó, siempre más al norte, a marinos tan experimentados como Rodríguez Cabrillo y Vizcaíno. Bastante después, cuando con suficiente certeza, gracias a las exploraciones de Kino, Ugarte, Consag y Linck, se confirmó en definitiva que California era una península, otro género de preocupaciones vinieron a aparecer. Por ese entonces llegaron informes a Madrid en el sentido de que otras

potencias —Rusia, Inglaterra, Holanda y Francia— hacían incursiones en ese ámbito tenido como perteneciente a España. Ello propició entonces el avance efectivo y nuevas expediciones al norte. Lo primero fue consolidar la presencia hispano-mexicana en las Californias. Desde Loreto, en la península, marchó el padre Serra al norte; es decir, a la que se llamó Alta California.

Y, según hemos visto en el último capítulo, tal expansión se prosiguió hasta erigir un presidio y una misión en el puerto de San Francisco. Respecto de éste se demostró muy pronto que era posible la comunicación por tierra desde Sonora. Este logro, debido a Juan Bautista de Anza en 1776, confirmó hasta la saciedad que las Californias no eran la isla enorme que se había supuesto. Por otra parte hubo nuevos avances por mar, iniciados desde enero de 1774.

Tales expediciones, que se prolongarían hasta la última década del siglo XVIII, definen por así decirlo este periodo. En él —conviene destacarlo— tres son los hechos de mayor significación:

- 1) Se completa y sitúa adecuadamente la imagen geográfica de las Californias.
- 2) Se van perfilando nuevas realidades geopolíticas en el gran noroeste del Nuevo Mundo.
- 3) Se desvanecen para siempre quimeras como la del estrecho de Anián y se precisan el perfil y la situación de Norteamérica separada de Asia.

Intentar abarcar aquí de forma pormenorizada cuanto ocurrió en ese lapso relativamente tan breve —desde que se consumó la expansión a la Alta California hasta llegar a las postrimerías del siglo XVIII— siendo muy atrayente, llevaría a elaborar otro libro. De hecho, el varias veces citado Henry R. Wagner ha acometido tal tarea en su monumental *Cartography of the Northwest Coast of America*.¹ Como lo dijimos en la *Introducción* al presente trabajo, Wagner en su obra se propuso abarcar un campo más amplio que nosotros aunque se restringió, en

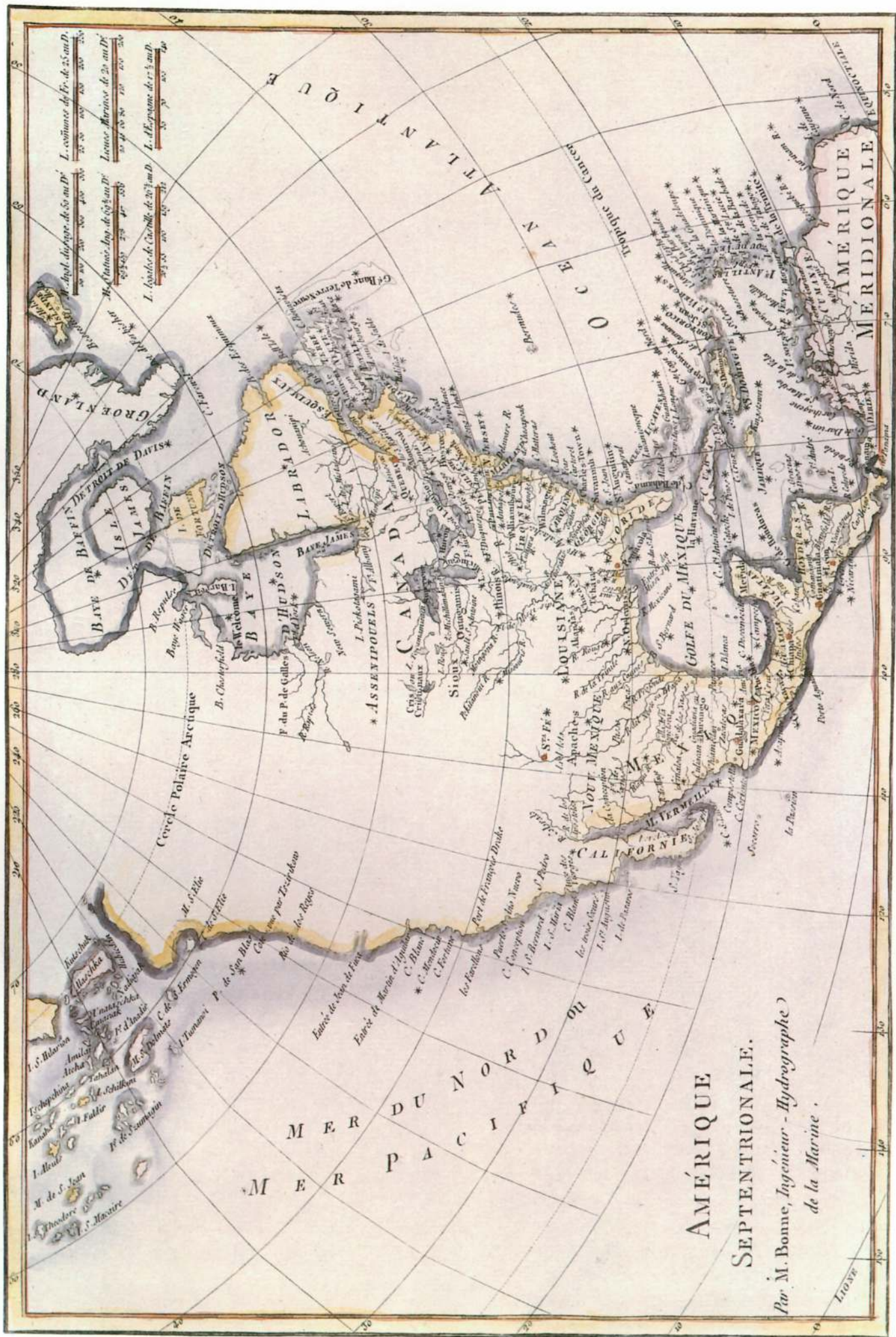
cambio, desde otro punto de vista. Es más amplio su campo porque quiso atender a la historia de la cartografía de todo el litoral del noroeste del Nuevo Mundo. En cambio se restringió cuando, al ocuparse de la California peninsular, se fijó sobre todo en las expediciones marítimas y prestó limitada atención a las que se hicieron por tierra. Además, concentrándose en la elaboración cartográfica, se interesó menos en aducir el testimonio de las crónicas, cosa que aquí se ha procurado hacer.

No pretendiendo repetir ni emular la gran aportación de Wagner, me fijaré aquí, con el carácter sumario que corresponde a una *Conclusión*, en los tres puntos que he enunciado, como claves en la trama del periodo con el que se cierra esta historia.

El completamiento de la imagen geográfica de las Californias

Todavía a mediados del siglo XVIII en no pocas cartas, bien sea de América o en general mapamundis, las delineaciones de las Californias adolecen de fantasías o exhiben altitudes, y más aún longitudes, con muchos grados de error. Recordé, en lo que a fantasías concierne, la obstinada delineación, de la California como isla en mapas como el de Mattheus Seutter, que servilmente sigue, en la década de los treinta del XVIII, las representaciones del tipo de Sanson, y conecta por el noroeste el remate de la gran isla con lo que según se señala allí, *Fretum Anian hic esse credetur*, "Aquí se cree que está el estrecho de Anián". Y cabe por cierto recordar que, al publicarse en 1757, la *Noticia de la California* . . ., así como se delinearon para ella nuevos mapas, también se incluyó otro claramente inspirado en el de Seutter. Posteriores en fecha son los mapas de América debidos a Thomas Bakewell que insiste, tal vez por inercia, en la quimera de la gran isla, no obstante que incluye una leyenda que dice: "América, un nuevo y muy exacto mapa dispuesto con arreglo a las observaciones comunicadas a la Real Academia Inglesa, la Real Academia Francesa de Ciencias y con las aportaciones debidas a los más recientes viajeros hasta el presente año, de 1740". Tanto en esos mapas como en otros de Thomas Kitchen (1741), Henry Overton (sólo América del Norte, 1741), y

¹ Wagner dedica al tema de la serie de expediciones hacia el extremo noroeste de América los capítulos XXI a XXXIX de su *Cartography*. Rebasando dicho tema el campo central de nuestro interés, se toma aquí, como apoyo principal, al elaborar esta *Conclusión*, lo expuesto por él en su citada aportación.



AMÉRIQUE SEPTENTRIONALE.
 Par M. Bonne, Ingénieur - Hydrographe
 de la Marine.

Lámina XL. *El perfil del extremo noroeste de América a principios de la década de los años setentas del siglo XVIII continúa siendo un enigma. Así lo muestra este mapa debido a Rigobert Bonne (1727-1795), geógrafo distinguido que introdujo un nuevo sistema de proyección. En este mapa, que forma parte de su Atlas de todas las partes conocidas del globo terrestre, las tierras más allá del paralelo 50° se delinean como una parte no conocida del mundo.*

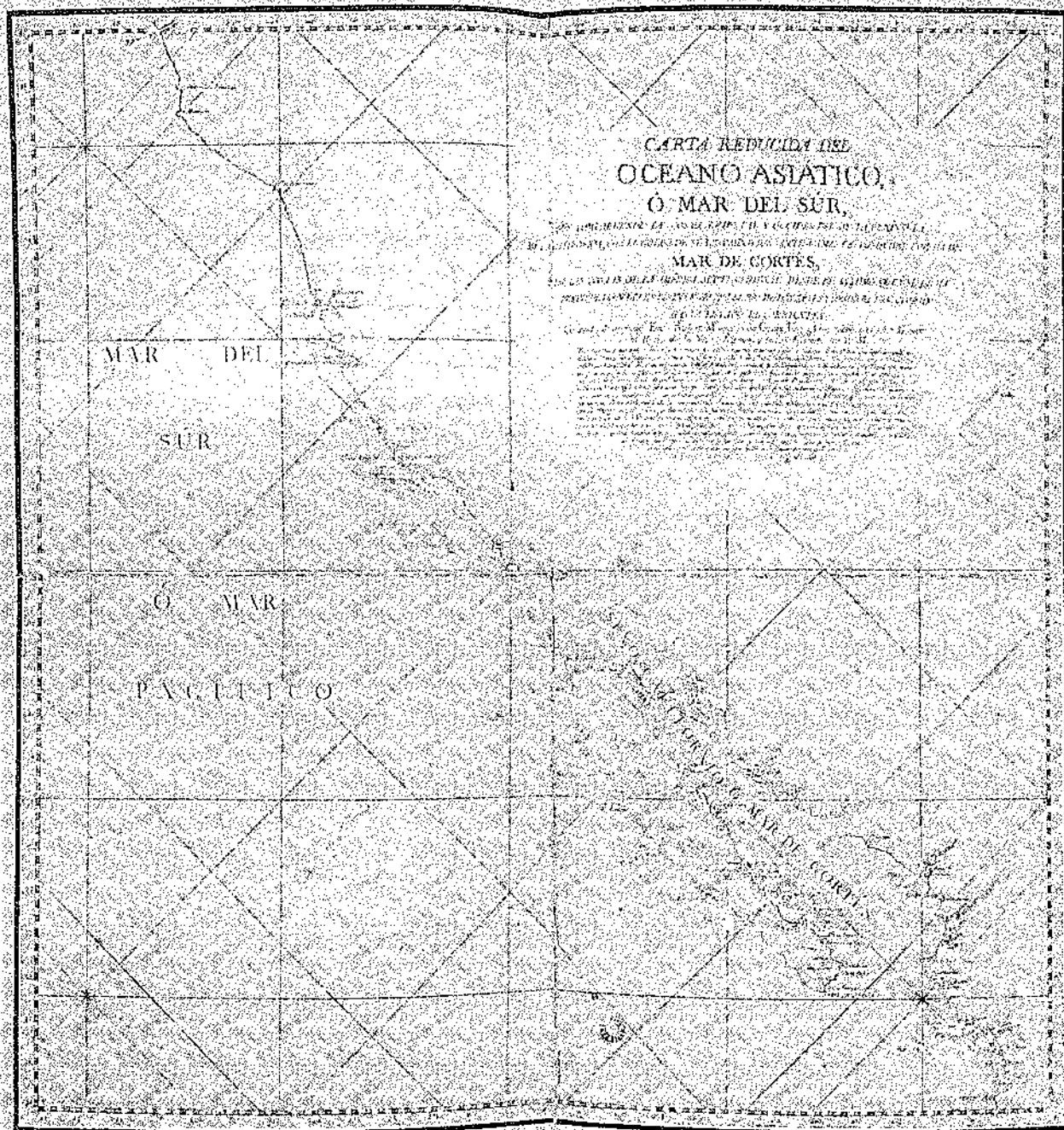


Figura 94. Los litorales californianos hasta el paralelo 43° por Miguel Costanzó (30 de octubre de 1770). Constituye esta "Carta reducida del Océano Asiático o Mar del Sur" valioso testimonio de lo que con certeza se conocía del perfil noroeste de América en 1770, es decir poco después de fundada la primera misión —la de San Diego— en Alta California. El propio Costanzó explica que, para preparar este mapa, se ha valido de toda la información directa a su alcance, incluso de lo que él mismo ha reconocido. Puede decirse que, a partir de lo que se registra en este mapa, la serie de nuevas expediciones y mapas elaborados hasta 1795 habrán de develar en plenitud las incógnitas del gran noroeste americano. (Este mapa se conserva en el Museo Naval, Madrid.)

John Bowles (1754), además de reiterarse la representación insular, se incurre en hipótesis fantásticas como la de situar el extremo norte de las Californias en cerca de 50° y el de seguirles concediendo una longitud oeste exagerada en muchos grados. Lo que estos cartógrafos pudieron haber obtenido de las delineaciones, derroteros y otros informes de la expedición de Vizcaíno

(1602), publicada en la *Monarchia Indiana* de fray Juan de Torquemada o acudiendo al derrotero de los galeones de Filipinas a lo largo de las Californias, incluido en la *Navegación especulativa y práctica* de González Cabrera Bueno (1724), les hubiera sido de mucho mayor provecho que seguir copiando los errores de cartógrafos que los precedieron.

Otra fantasía que también se mantuvo, incluso en algunos mapas de la segunda mitad del XVIII, es la ya citada del "mar del Oeste" al norte de las Californias, según lo propusieron en sus cartas Joseph Nicolas De L'Isle y su cuñado Philippe Buache.

Tan sólo, poco a poco, y como consecuencia de lo aportado por la cartografía de manufactura o inspiración jesuítica (Kino, Ugarte, Consag, Linck...), empezaron a aparecer mapas en los que se delineó ya la península californiana. Citaré, como muestras, varios debidos a Robert de Vaugondy (América septentrional, 1748, 1749, 1767, 1772, 1774...), Juan Bautista Nolin ("América o Nuevo Continente", 1754, y mapamundis, 1755...), Emmanuel Bowen (México, Nueva España, junto con California... hacia 1755), Louis Charles Desnos (América meridional y septentrional, 1760) y M. Brian ("La América delineada para el estudio de la Geografía", 1764). A ellos deben añadirse los más cercanamente influidos por los descubrimientos, incluyendo en algunos casos, los que se debieron a la entrada en la Alta California desde 1769. Sobresalen el ya comentado de California como península, incluido en el volumen segundo de la *Noticia...*, dispuesto por el jesuita Burriel; los de José Antonio Alzate y Ramírez (1768 y 1775), criticados por Wagner como muy deficientes en materia sobre todo de longitudes; el impreso del ingeniero Miguel Costanzó, fruto de observaciones en parte directas (1771); una nueva reproducción enriquecida incluso con mención de la expedición de Linck de 1776, sacada a luz por el ex-jesuita exiliado Juan Jacobo Baegert en sus *Nachrichten von den amerikanschen Halbinseln Californien* (Mannheim, 1772) y, para no alargar esta lista, los que acompañan a la obra de Palou (1787), debido a Diego Troncoso, y a la de Clavijero (1789), dibujado por Raimondo Tarros.²

En ellos, una y otra vez, sin que median ya forma alguna de controversia o confrontación científica, la realidad peninsular

de la antigua California volvió a registrarse. Conviene subrayar que ello ocurrió no sólo en la cartografía de la Nueva España o México, sino también en aquella que se refería al continente americano y al mundo en general. Podía decirse que, gracias a las exploraciones por tierra y mar, llevadas a cabo por Kino, Ugarte, Consag, Linck y, más tarde, por los que —asimismo por tierra y mar— alcanzaron los puertos de San Diego y Monterrey, el equívoco que había perdurado más de cien años, se desvanecía para siempre. Las nuevas delineaciones de California como península guardaban semejanza con un gran conjunto de mapas, elaborados sobre todo a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI. En ellos, con apoyo en los descubrimientos de Francisco de Ulloa (1539), Hernando de Alarcón (1540) y Juan Rodríguez Cabrillo (1542), California se había delineado ya con una considerable aproximación a su verdadero contorno geográfico. Los méritos principales de los nuevos mapas del siglo XVIII consistieron sobre todo en ofrecer delineaciones mucho más cercanas a la realidad y asimismo en las correcciones en la latitud de distintos lugares y, de modo muy especial, también en lo concerniente a longitudes. En los mapas del XVI las longitudes de lo que se denominaba "las Californias" se exageraban en muchos grados hacia el poniente.

Sin embargo, lo representado en estos nuevos mapas no desvanecía ni podía desvanecer los enigmas que subsistían respecto de los litorales y territorios más allá del cabo Mendocino o del llamado cabo Blanco en 42° 50'. En esas latitudes o en otras superiores, como en la de 48° 23' a 48° 36', correspondiente a la entrada al estrecho de Juan de Fuca —al sur de la isla llamada hoy de Vancouver— era en donde toda suerte de fantasías siguieron representándose. De esas principales quimeras geográficas se ha hecho ya referencia: "estrecho de Anián", "mar del Oeste...". No fue sino hasta el último tercio del siglo XVIII, como vamos a verlo, cuando las incursiones más frecuentes, y al parecer, más dignas de temerse, de navegantes extranjeros en el ámbito del Pacífico norte del Nuevo Mundo, movieron a emprender reiteradas expediciones de exploración que, en relativamente poco tiempo, trajeron consigo grandes descubrimientos.

² De la obra de Baegert existe traducción al castellano: *Noticias de la península americana de la California*, versión de Pedro Hendrichs, introducción de Paul Kirchoff, México, Robredo, 1942. Respecto de los libros de Francisco Palou y Francisco Xavier Clavijero, han sido ya citados y se incluyen además en la Bibliografía al final de esta obra.



259 260 261 262

V

IV

Hoabonemas

Cocomaricopas

Cutganès 1701

Hoabonomas

Yumas

YUMAS

la Tinaja

Baguopas

Aqua Escondida

M. de S. Juan Cuabarte

PIMBRIA

PARTIE DE LA CALIFORNIE

MER DE CALIFORNIE

Les trois Rois

Sables

Eau Cachées

Sierra Azul ou M. Bleue

Aiguade

S. Philib de Secus

3 petites Sources

Sodge

Sierra Nevada ou Montagne couverte de Neiges

S. Bona venture

S. Firmin

Batequi

S. Ednard

Quiquumas

Aiguade

S. Isabelle

Caborca

Nazaren

S. Marc

Visitation de S. Stanis

S. Jean et S. Paul

I. de S. Pierre

F. de Salpuedes

S. Mathieu

Aiguade

S. Raphael

I. de S. Etienne

I. de S. Augustin

S. Jean

Tribus d'Indidelloz inconnus

Aiguade de S. Raphael

I. de S. Laurent

I. de S. Augustin

S. Rosalie

M. de los Dolores du Nord Commence

M. de S. Ignace

S. Gabriel

I. de S. Augustin

S. Antoine

M. de S. Jean Baptiste

S. Michel

S. Jean Baptiste

S. Barnabé

S. Christophe

M. de S. Charles

S. Anne

S. Charles

S. Anne

S. Jacques

M. de S. Jean Baptiste commence

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Martin

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S. Ignace

Aiguade

S. Charles

S. Anne

S. Jean

M. de S.

Lámina XLI. Testimonios de las varias representaciones geográficas de California. Estos cinco mapas aparecen en la edición de 1770-1779 de la célebre *Encyclopedie ou Dictionnaire Raisonné des Sciences, des Arts et des Métiers*, dirigida por Denis Diderot, París. Quien los reunió y describió, el cartógrafo Robert de Vaugondy, quiso mostrar lo dificultoso que había sido reconocer el perfil geográfico del noroeste del Nuevo Mundo, a partir precisamente de California. El mapa I, debido a Mathieu Néron Pecci (Florencia, 1604), toma en cuenta lo alcanzado en el siglo XVI hasta la expedición de Sebastián Vizcaíno en 1602. El número II, es el delineado por Nicholas Sanson en 1656 con "California como isla". El III se debe al "cauteloso" De L'Isle (1700), en el que dejó sin precisar el extremo norte del "mar de California". El IV muestra lo alcanzado por el padre Kino (1701) con su "paso por tierra a California", y el V muestra lo reconocido por los jesuitas —a partir de Consag— hasta el tiempo de su expulsión en 1767. Todavía en este último mapa —en el extremo izquierdo, entre los paralelos 29° y 30°— se reconocen ignorancias existentes: "tribus de infieles desconocidos".

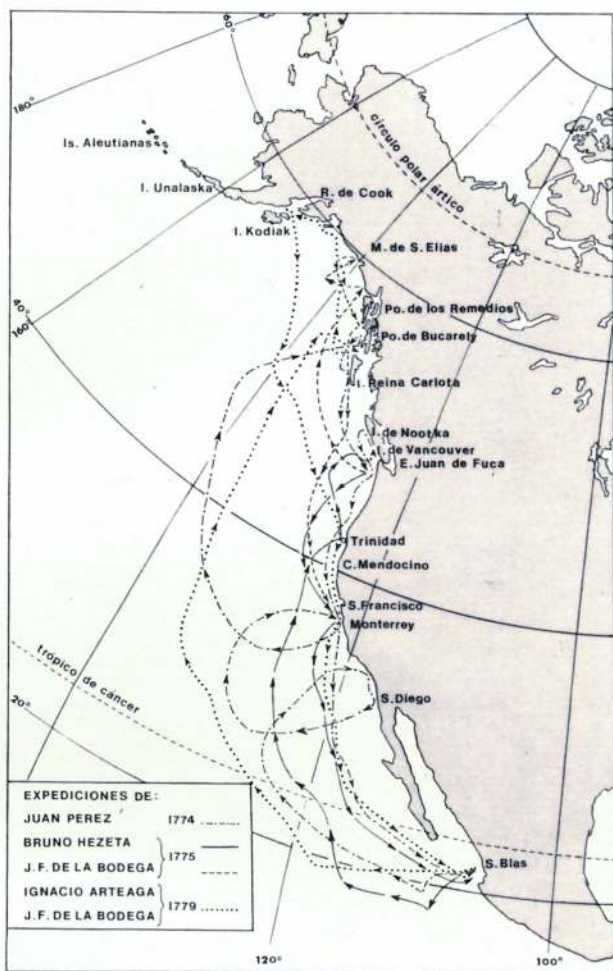


Figura 95. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste.

Presencia de potencias rivales y nuevas realidades geopolíticas en el Pacífico Norte

Hemos visto cómo, desde 1728, Vitus Behring y otros navegantes al servicio de Rusia, saliendo de la península de Kamchatka, avanzaron por el Pacífico hasta entrar, por el estrecho que hoy se llama de Behring, al océano Ártico. Su expedición fue incentivo para otras varias más. El mismo Behring y otros navegantes, entre ellos varios rusos, tocaron ya tierra americana en 1741. Los sobrevivientes de esa expedición, al regresar e informar acerca de lo que habían logrado, hicieron posible la elaboración de cartas geográficas que abarcaban lo que en las más antiguas o estaba en blanco o era fruto de la imaginación. Así fue como en 1752 Joseph Nicolas De L'Isle pudo sacar su "Carta general de los descubrimientos del almirante Fonte [el apócrifo navegante] y otros españoles, ingleses y rusos...". Y fue también por obra de los informes aportados, como la Academia Imperial de Ciencias en San Petersburgo, publicó en 1758 un mapa

que ostenta el siguiente título bastante elocuente: "Nueva carta de los descubrimientos hechos por embarcaciones rusas en las costas desconocidas de América Septentrional con los países adyacentes". Este mapa, que fue copiado por otros y alcanzó una cierta difusión, al igual que las noticias que remitió sobre todo esto el embajador español en San Petersburgo, avivaron la preocupación de las autoridades en Madrid.

El hecho es que, ya en los años cincuentas del siglo XVIII, continuaron siendo más frecuentes las incursiones de los rusos que, desde las islas Aleutianas, pasaban al continente americano. Uno de sus móviles era la cacería de las nutrias. Con el paso del tiempo los rusos fueron fundando varios establecimientos, como los de península de Kodiak y de la isla de Unalaska hasta avanzar a Sitka, un poco al norte del paralelo 57°. Navegantes españoles e ingleses habían de encontrarse con algunos de esos establecimientos.

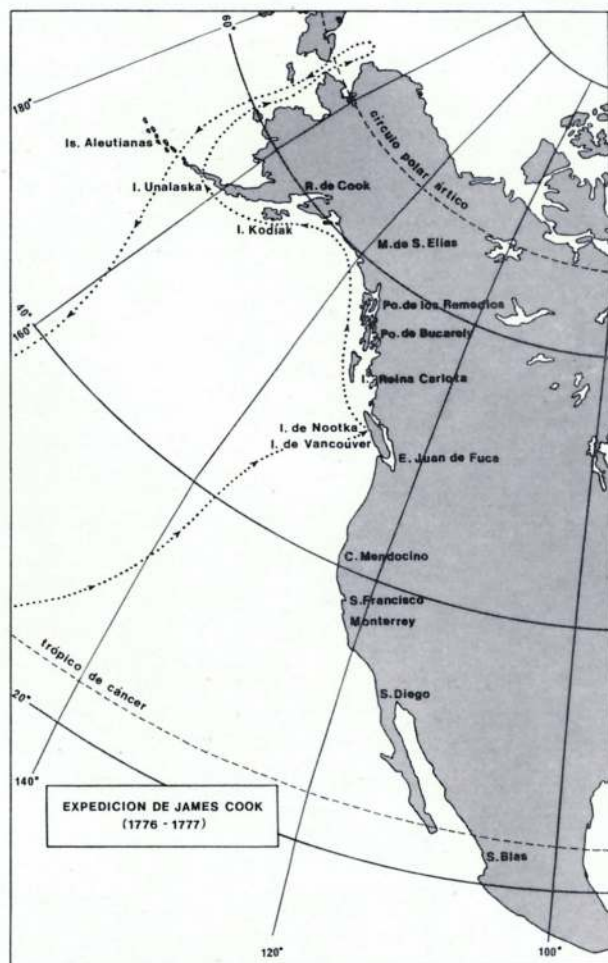


Figura 96. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste.

En lo que toca precisamente a las medidas que se tomaron, durante el gobierno del virrey Bucareli, importa referirse a la primera de la serie de expediciones enviadas a reconocer los litorales más allá del cabo Mendocino. Saliendo del puerto de San Blas el 25 de enero de 1774, a bordo de la fragata *Santiago*, el ya conocido piloto y experto marino Juan Pérez, después de tocar en su travesía el puerto de Monterrey, continuó hasta alcanzar casi 55°. Los diarios de navegación debidos a él, al segundo piloto, Esteban José Martínez, y a los padres Juan Crespí y Tomás de la Peña, revelan los resultados de ese viaje.

A él siguieron pronto otros dos, en los que tomaron parte marinos tan distinguidos como Bruno de Hezeta, Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, Francisco Maurelle, Ignacio Arteaga, Juan Ayala y el ya mencionado Esteban José Martínez. En la expedición llevada a cabo en 1775 se llegó por vez primera, viniendo del sur, hasta cerca de 58° 30'. Frutos de tal viaje fueron seis relacio-

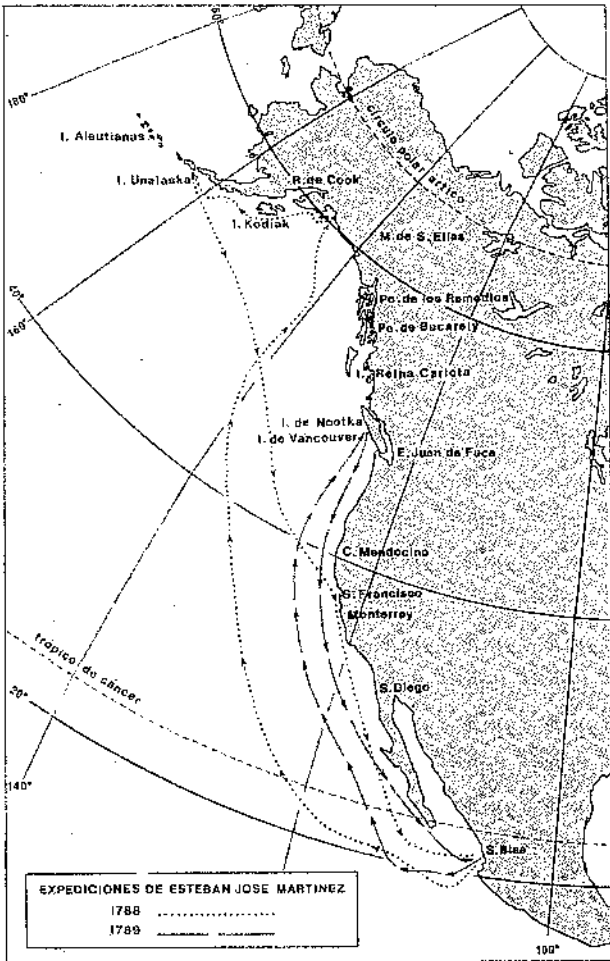


Figura 97. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste.

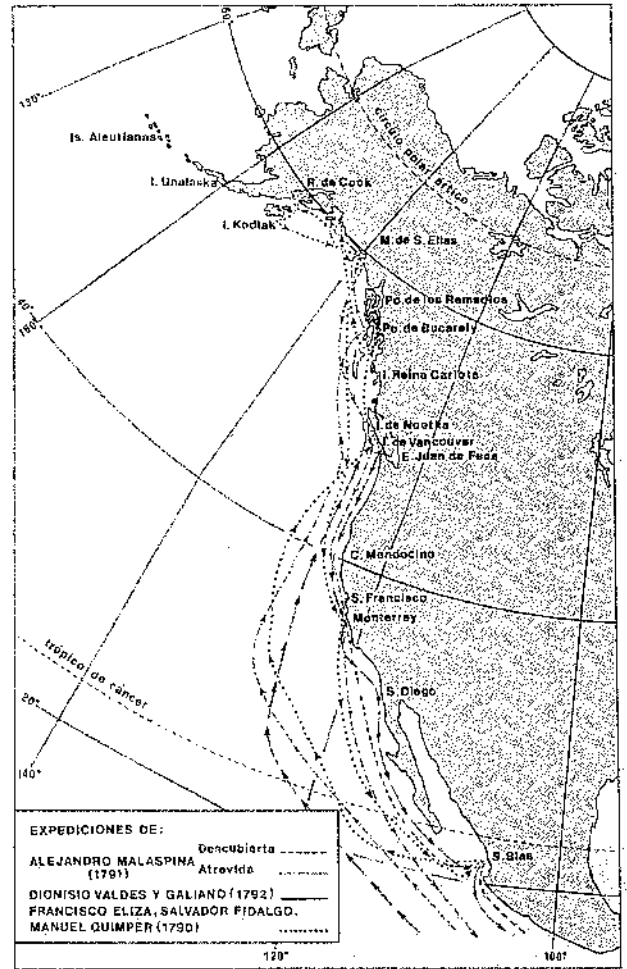


Figura 98. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste.

nes, tres mapas y varias cartas de distintos puertos, estrechos y radas. Algunas de estas producciones influyeron en la cartografía elaborada en Europa. Cerca de cuatro años después se efectuó otra salida. Aunque la intención era llegar hasta 70°, la latitud máxima que pudo alcanzarse fue 61°. Nuevamente se produjeron mapas de considerable interés. Del conjunto de los que se debieron a una y otra de estas expediciones sobresale la "Carta reducida de las costas, constituida bajo las observaciones y demarcaciones hechas por D. Juan Francisco de la Bodega y Cuadra y por el piloto D. Francisco Antonio Maurelle . . . Año de 1775". En ella, y en otro conjunto de demarcaciones de varias bahías y puertos, se delinean los accidentes principales, desde un poco abajo de 37° hasta algo más de 57°. Además de esta carta, preparó Bodega —auxiliado por otros— un mapa más detallado y respecto del cual se conserva la relación escrita por Maurelle en que explica cómo se elaboró, es decir con qué apoyos de la cartografía ya existente y,

sobre todo de las nuevas observaciones. A estos mapas deben sumarse los de Bruno de Hezeta, que en varios aspectos enriquecen lo aportado por Bodega.

Por otra parte, volviendo la atención a las Californias, importa recordar aquí que correspondió a Juan Manuel de Ayala —en el contexto de la expedición de 1775— entrar al puerto de San Francisco. Lo alcanzado por Ayala fue plasmado en un primer mapa debido al piloto José Cañizares. De esta carta se siguieron otras que muestran ya la misión y el presidio establecidos en 1776 en San Francisco. Tanto el ingeniero Costanzó como Manuel Agustín Mascaró, trabajando sobre los derroteros y cartas derivadas de esas expediciones, prepararon otros mapas que contribuyeron a difundir lo hasta entonces descubierto.

Precisamente por entonces entró en escena el conocido marino inglés James Cook. Éste había realizado desde 1768 varias exploraciones de gran trascendencia en el Pacífico meridional. Entre otras cosas, después de dar vuelta al cabo de Buena Esperanza, había explorado los litorales de Nueva Zelandia y parte de los de Australia, así como, en un segundo viaje, había llegado hasta 71° de latitud sur en el Antártico. Su fama como explorador hizo que en 1776 se le encomendara volver a salir de Plymouth, para que desde Tahití en Oceanía, se dirigiera a encontrar el continente americano cerca de los 45° de latitud norte.³

La meta era avanzar desde allí costeano hacia el norte para certificarse de si existía o no una entrada desde el Pacífico al tantas veces buscado estrecho que comunicara con el Atlántico. Cook, en este su tercero y último viaje, dejó sentir la presencia inglesa a lo largo de los litorales del noroeste de América, desde mayo de 1778, es decir algún tiempo después de las expediciones de Pérez, Bodega, Maurelle y Hezeta. Como lo señala Wagner, es un hecho que Cook antes de salir de Plymouth en 1776, obtuvo alguna infor-

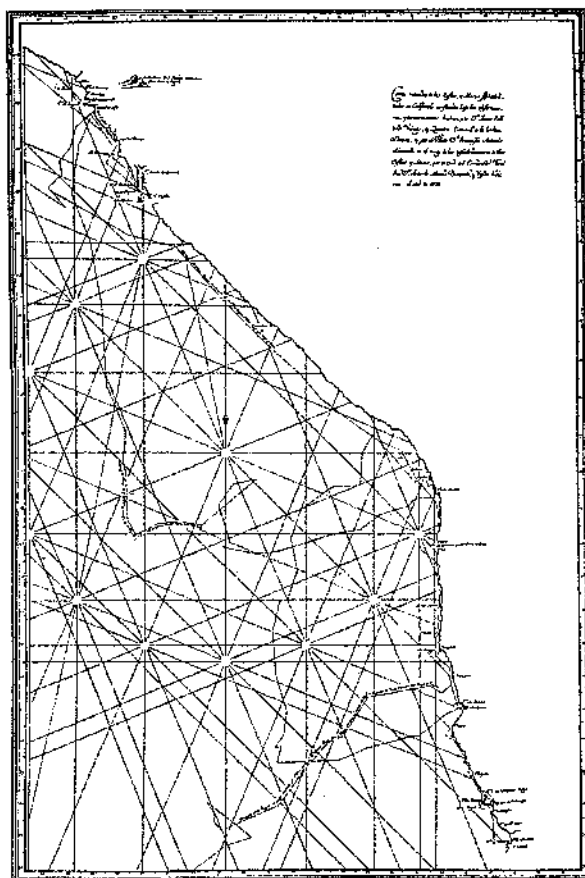


Figura 99. Perfiles geográficos reconocidos hasta 1775, según la "Carta reducida" o general, dispuesta por Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, comandante de la goleta Sonora y el piloto, Francisco Antonio Maurelle. La carta abarca desde 36° hasta 58°. (Archivo General de Indias.)

mación de lo alcanzado por españoles y mexicanos.

Desde Tahití pasó Cook a las islas Hawaii y de allí llegó a costas americanas cerca de 44° 30'. Navegando próximo a la costa, al no encontrar la entrada al supuesto estrecho, prosiguió hasta el litoral de Alaska y entró luego al estrecho de Behring. Exploró las costas que marcan los extremos de Asia y América y subió en el Ártico hasta cerca de 70°. Si Cook perdió más tarde la vida en un enfrentamiento con nativos de Hawaii, uno de los que iban con él, George Vancouver, había de beneficiarse con esa gran experiencia cuando, de 1792 a 1794, volvió al noroeste de América.

Aunque por algún tiempo los ingleses mantuvieron oculto lo descubierto por Cook en su tercer viaje, temiendo tal vez que aprovechara a los españoles, al fin sobre la base del diario del gran explorador y con lo aportado por algunos de los que habían viajado con él,

³ Sobre los viajes llevados a cabo por Cook existe el testimonio clásico: *A Voyage to the Pacific Ocean, Undertaken by the Command of His Majesty for Making Discoveries in the West Side of North America: its Distance from Asia and the Practicability of a Northern Passage to Europe, performed under the Direction of Captains Cook, Clerke, and Gore in His Majesty Ships the Resolution and Discovery in the Years 1776-80*, 3 v., London, 1784.

como Vancouver, se prepararon y publicaron varias cartas en que se señalaba el derrotero seguido y se delineaban los litorales del extremo noroeste de América. Es de interés notar que hubo mapas ingleses como el de Daines Barrington (1781) en el que, más que tomarse en cuenta lo aportado por Cook, se siguió presentando lo derivado de los relatos y cartas de españoles como Maurelle.

En México, donde algún tiempo después se tuvo noticia de esa expedición de Cook, se decidió entonces redoblar los esfuerzos para ampliar las exploraciones y asegurar los derechos españoles en esas tierras norteñas cuyos litorales ya en parte se conocían. Con plena conciencia, sin embargo, de que aún a lo largo de las costas californianas había lugares no bien reconocidos ni demarcados, se dispuso la salida de Esteban José Martínez con rumbo a la altura en que acababa de establecerse la misión de Santa Bárbara. Salió éste de San Blas el 6 de marzo de 1782. En su expedición, además de explorar el litoral al sur y al norte de la recién fundada misión, reconoció varias de las islas del llamado "canal de Santa Bárbara". Se conservan delineaciones preparadas por el piloto Juan Pantoja de varias de esas islas, entre ellas las de Santa Catalina, Santa Cruz, San Clemente y asimismo de las Coronado. Como muestra de lo realizado por Pantoja, se ofrecen aquí reproducciones de una parte de su trabajo.

Mientras se seguía considerando cómo debían proseguirse las expediciones que, desde el puerto de San Blas, iban a despacharse al norte y, si convenía o no fundar algún establecimiento en esas latitudes, la presencia extranjera en ellas continuó en aumento. Sobre todo aparecieron, cada vez en mayor número, los traficantes de pieles. Los de procedencia rusa incursionaban avanzando en viajes cada vez más frecuentes. En algunos casos, realizaban también limitadas formas de exploración. Además fueron erigiendo puestos para el comercio de pieles, en el que participaban no sólo individuos sino también compañías inglesas que habían obtenido licencias de las autoridades británicas. Dos capitanes de prestigio, Charles Duncan y James Colnett, tomaron parte en una de esas empresas. Zarparon de Inglaterra en 1786 y llegaron al que cada vez sería más célebre puerto de Nutka en julio de 1787. De este viaje se divulgaron algunas noticias que se

incorporaron a cartas geográficas, como una de considerable interés debida a Aaron Arrowsmith, grabada en 1790. Se trata de un mapamundi en el que se registran los viajes de Cook y se alude asimismo a los recorridos de Colnett.

En tanto que más traficantes de pieles penetraban en la región, se recibió en Monterrey por ese tiempo la visita de J. F. Galaup de la Pérouse que, al mando de dos barcos, se proponía explorar los litorales del noroeste de América. Aunque La Pérouse se perdió en su viaje de retorno por las islas del mar del Sur, al menos una parte de los testimonios que puso por escrito, enviados a Francia antes de su naufragio, se salvaron del olvido.⁴ A ese acto de presencia francesa, vino a sumarse, como algo probablemente del todo imprevisible, la de dos navíos —procedentes de Boston— es decir de los recién independizados Estados Unidos y que, como si nada, entraron en Nutka en septiembre de 1787.

Las noticias acerca de todos estos hechos fueron reiterados acicates para que se enviara ya otra expedición desde el puerto de San Blas. En 1788 salieron Esteban José Martínez y Gonzalo López de Haro. En este viaje establecieron contacto con asentamientos rusos y avanzaron hasta algo más de 54°. Prueba fehaciente de la internalización de que era ya objeto el noroeste del Nuevo Mundo fue no sólo la presencia de gentes venidas de tan diversos rumbos, sino también algunas actitudes que afloraron entre ellas, como la de intercambiar mapas en más de una ocasión. Respecto de este viaje refiere Martínez que el ruso Potap Zaikof, que estaba al frente del establecimiento de Unalaska, le proporcionó tres mapas. Martínez por su parte le entregó una copia de su propio diario.

De nuevo, a principios de 1789, los mismos Martínez y López de Haro zarparon, esta vez con el propósito claro de tomar posesión de Nutka y fundar un establecimiento en ella. Al llegar a Nutka se encontraron con la presencia en sus inmediaciones de los dos navíos de ciudadanos de Estados Unidos a los que ya se hizo referencia. Asimismo se toparon con otras dos embarcaciones, que eran precisamente las que venían al mando del capitán inglés James Colnett.

⁴ Véase: J. F. Galaup de la Pérouse, *Voyage autour du monde*, 4 v., y atlas, París, 1798.



Figura 100. Uno de los varios planos levantados por el piloto Juan de Pantoja: Puerto de San Diego, 1782. (Archivo General de la Nación, México, Californias 35.)

El encuentro fue ocasión de un incidente del que llegaron a temerse graves consecuencias. Después de varios intercambios, que se tornaron en altercados, Esteban José Martínez hizo prisionero a Colnett y a sus acompañantes. Adueniéndose de sus embarcaciones, las hizo navegar con rumbo a San Blas, llevando también como prisioneros a los ingleses.⁵ Esteban José Martínez, que pensó seguramente había impedido así la penetración extranjera, de modo inexplicable abandonó luego el puerto de Nutka del que acababa de tomar posesión.

Este incidente de Nutka tuvo en realidad consecuencias muy distintas de las que pudieron preverse. Inglaterra más que nunca

fijó su atención en esos territorios situados al noroeste de América. Sus derechos se hacían remontar al viaje y toma de posesión efectuados por Francis Drake en 1579, cuando desembarcó a la altura de San Francisco en la que llamó "Nueva Albión". Por su parte los españoles veían esa pretensión como algo que carecía de sentido puesto que, desde siempre, habían considerado que la mar del Sur les pertenecía, sobre todo en un ámbito como el del noroeste en que tantas veces habían navegado, desde los viajes de Rodríguez Cabrillo y Vizcaíno, y luego con sus galeones de regreso de las Filipinas.

Y, sin embargo, el incidente de Nutka, que vino a resolverse por medio de un acuerdo en 1790 y una convención que, al no poder celebrarse en el mismo lugar de la disputa, se suscribió en Madrid en 1794, ratificó de hecho lo que comenzaban a ser las nuevas realidades geopolíticas en esos vastos territorios.

Antes de que el referido incidente diera lugar a la convención entre España e Inglate-

⁵ Sobre el "incidente de Nutka", amplia es la documentación que reunió Hubert H. Bancroft en *History of the Northwest Coast*, 2 v., San Francisco, 1884, t. I, p. 204-238. Véase también la acuciosa Introducción de Martín Fernández de Navarrete a la *Relación del viaje* hecho por las goletas *Sutil* y *Mexicana*, en el año de 1792, Madrid, en la Imprenta Real, 1802, p. CVII-CIX.

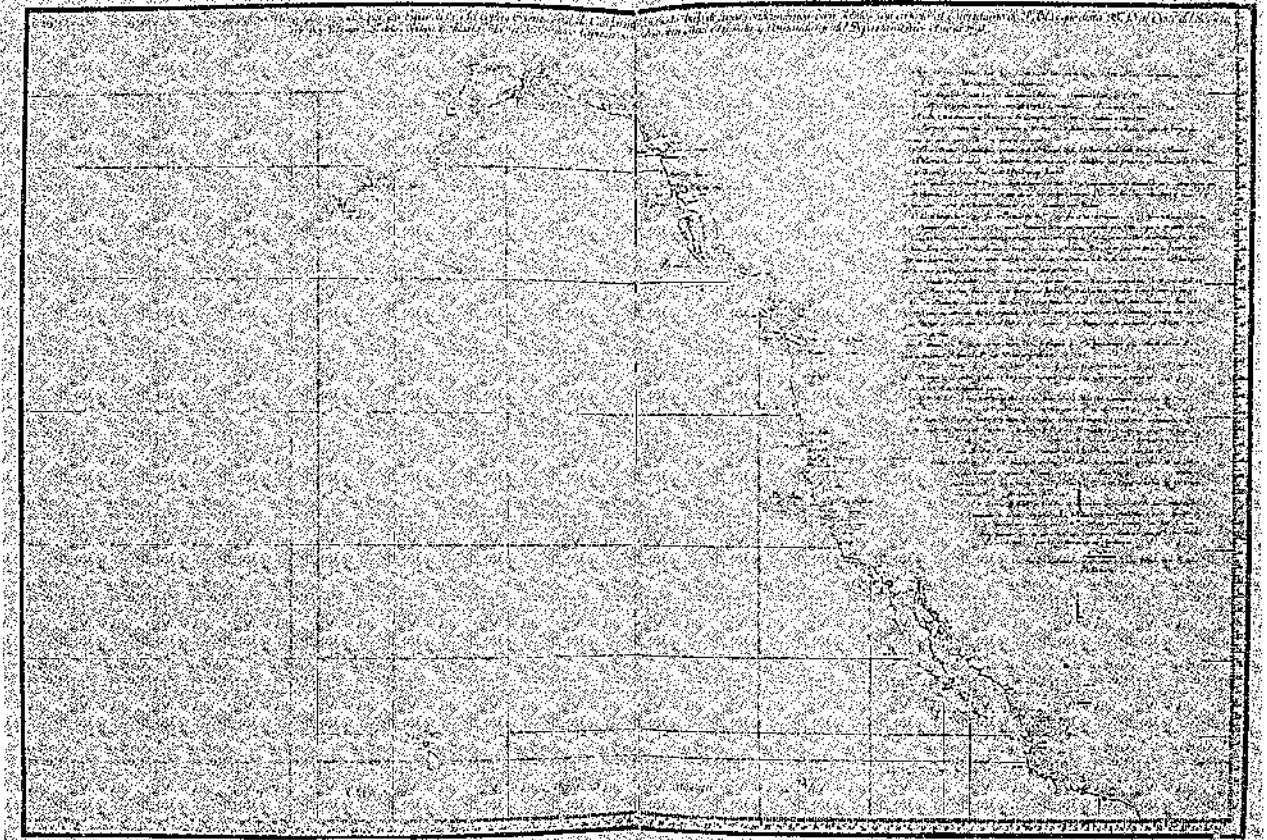


Figura 101. *Tras quince años de organizar y realizar una larga serie de expediciones al noroeste, consecuencia de las cuales fueron importantes descubrimientos con demarcaciones y levantamientos de numerosas cartas, el capitán Juan Francisco de la Bodega y Cuadra da cuenta de lo logrado en esta "Carta General", 1791. Como puede verse, marineros españoles y mexicanos habían reconocido los litorales noroccidentales hasta más allá de 61° , incluyendo las costas de Alaska, hasta Unalaska. Con sinceridad que lo honra, Bodega y Cuadra expresa que, en algunas de esas expediciones, y en la consecuente elaboración de mapas, se tomaron en cuenta algunas aportaciones de marineros y mercaderes rusos, así como de lo alcanzado en 1778 por el bien conocido capitán inglés James Cook que había explorado la costa noroeste de América desde $44^\circ 31'$ hasta cerca de $54^\circ 30'$, en que dobló al norte y entró al hoy llamado estrecho de Behring. Debe notarse que el mismo Cook admitió a su vez haber consultado mapas y diarios españoles, resultados de previas navegaciones, como la de Bodega y Cuadra de 1775. (Este mapa se conserva en el Museo Naval, Madrid.)*

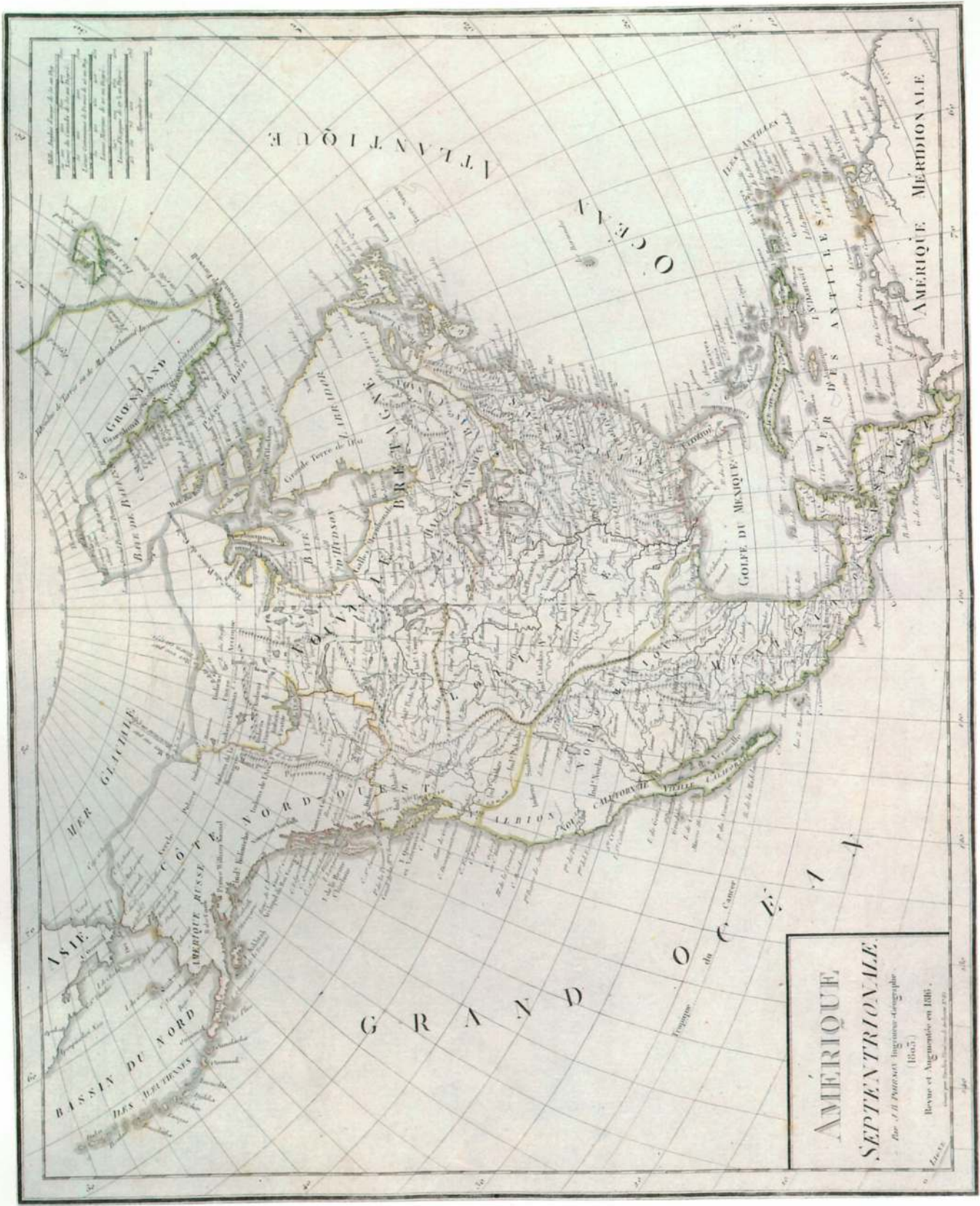
rra, el nuevo virrey, conde de Revillagigedo, que había traído consigo a un selecto grupo de marineros, dispuso otra expedición al noroeste, que debía reafirmar la soberanía española en Nutka. Una vez más Bodega y Cuadra tuvo importante papel en la empresa ya que entonces ocupaba el puesto de comandante del Departamento marítimo de San Blas.

Tres fueron los marineros que salieron en esta ocasión Francisco Eliza, Salvador Fidalgo y Manuel Quimper. Viajó asimismo, con un rango secundario Esteban José Martínez, el que había sido parte en el conflicto con los ingleses. El viaje se inició el 3 de febrero de 1790. Los expedicionarios desempeñaron misiones distintas. Fidalgo procedió hasta una latitud superior a 60° . A él se debe haber adjudicado nombres como el de Valdés al puerto que hasta hoy lo ostenta en $60^\circ 55'$.

Después de reconocer la costa y tener algunos contactos con los rusos, debido al mal tiempo, se vio forzado a dirigirse directamente al puerto de Monterrey.

Por su parte Eliza y Quimper llegaron a Nutka. Entre otras cosas tenían la misión de devolver una embarcación a Colnett. Dado que éste tardó mucho en regresar a ese lugar, se aprovechó el tiempo para explorar el llamado estrecho de Fuca. El diario de Quimper y un mapa del estrecho fueron base para ulteriores delineaciones cartográficas.

Francisco Eliza, de acuerdo con las instrucciones de Bodega, procedió a erigir allí un establecimiento y fuerte. Es de interés destacar que para ello se vio auxiliado por algunos de los voluntarios catalanes que, de California, pasaron a laborar en esas latitudes. El invierno de 1790-91 fue extremadamente duro para los que permanecieron en Nutka.



AMÉRIQUE SEPTENTRIONALE.
 Par J. B. POISSON Ingénieur-Geographe.
 (1805.)
 Revue et Augmentée en 1818.

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10

Lámina XLII. *América septentrional por J. B. Poirson, ingeniero-geógrafo, 1803, revisada y aumentada en 1816, París. Interesante es atender a la toponimia desde la llamada "isla Cuadra y Vancouver" hacia el norte. En general puede decirse que prevalecen los nombres impuestos por los ingleses Cook y Vancouver, así como en menor grado, por los rusos. En este mapa, aparecido por vez primera en 1803, se divulgó ya plenamente la realidad del perfil geográfico del extremo noroeste del Nuevo Mundo. Éste está separado del Asia por el estrecho de Behring.*

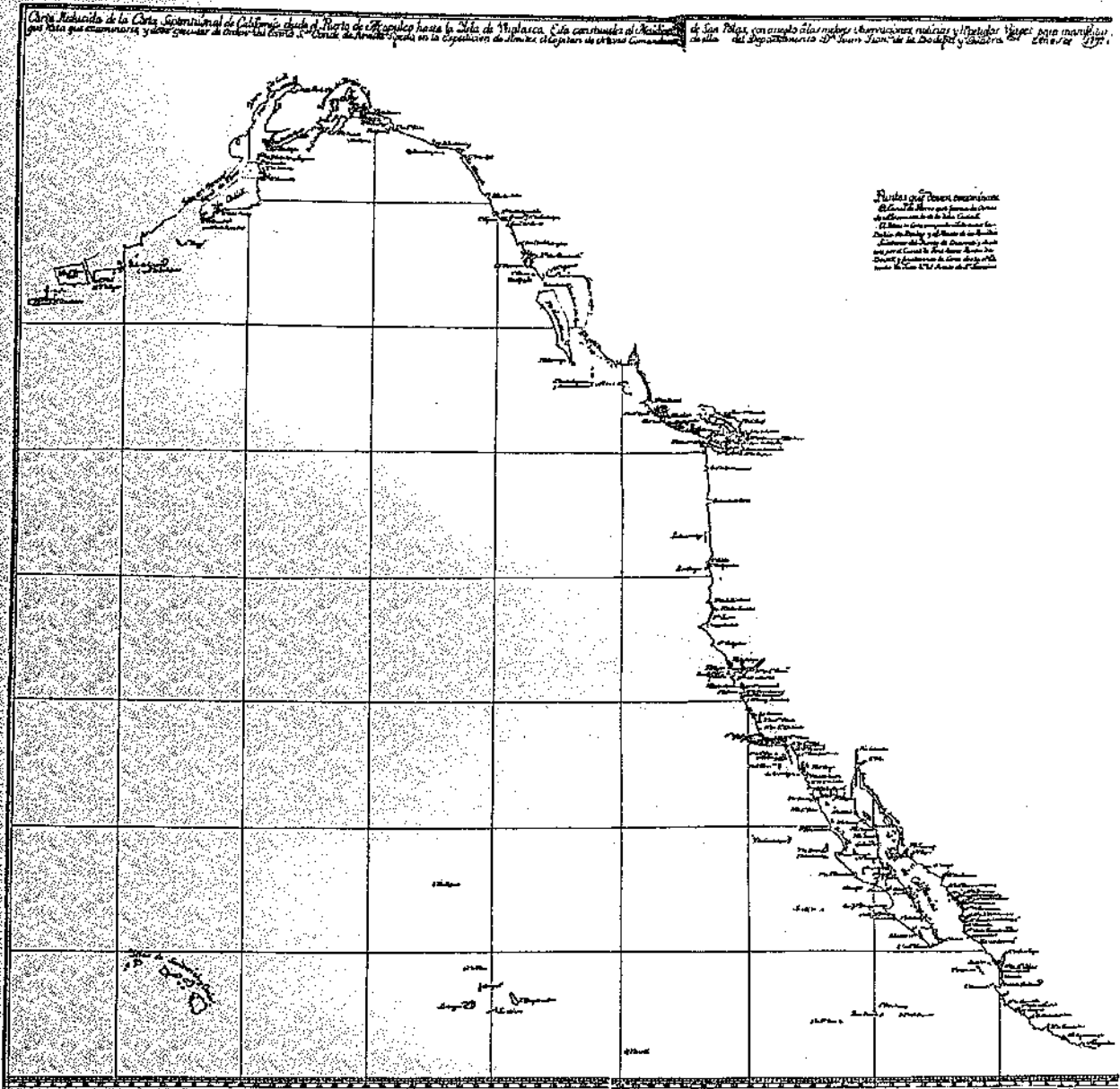


Figura 102. Carta reducida de la carta septentrional de California, desde el puerto de Acapulco hasta la isla de Unalaska... "para manifestar lo que resta que examinarse y debe ejecutar de orden del Excmo. Señor Conde de Revillagigedo...". suscrita por Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, 1792. En este mismo mapa se señala cuáles son esos "puntos que deben examinarse: el canal de Flores, que forma la costa de Alaska con la isla Cadiak [odiak]; el pedazo de costa entre la bahía de Behring y el puerto de los Remedios; lo interior del puerto de Bucareli y, desde éste por el canal de Font, hasta punta de Boiset y, finalmente, la costa desde el estrecho de Fúca hasta el puerto de San Francisco". Las expediciones hispano-mexicanas, sin embargo, no iban ya a proseguirse. En cambio, el inglés Georges Vancouver realizaría exploraciones en esa zona del extremo noroeste en 1793-1794. Es interesante notar que, en algunos mapas, de años posteriores, la gran isla que hasta hoy lleva el nombre de Vancouver, aparece designada como "I. Quadra et Vancouver". Tal es el caso del mapa de la América septentrional por J. B. Poirson, París, 1803, reeditado en 1816, y que también aquí se reproduce. (Esta carta de Bodega y Cuadra se conserva en la Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.)

Todavía en 1790, apareció en Nutka el capitán Colnett. Venía a bordo del *Argonaut* para que se le entregara la otra embarcación de que se le había privado. Ante la demora de Colnett, había salido en ella Fidalgo para realizar la expedición ya referida. Se dice

que Colnett, nuevamente enfurecido, pero no sin realizar un buen negocio con el comercio de pieles, salió para siempre de ese lugar con rumbo a Macao. A la postre los españoles le reintegraron su barco precisamente en las islas Hawaii.

Lo que después de todo esto ocurrió puede apreciarse en función de tres principales hechos: el acuerdo sobre el incidente de Nutka, celebrada en Madrid en 1790, con el fallido propósito de que su puesta en ejecución se hiciera *in situ*, es decir en la misma Nutka y, en paralelo con tal hecho, la prosecución de las expediciones, por parte de los ingleses con George Vancouver, y de los españoles con Francisco Eliza, Alejandro Malaspina, Dionisio Alcalá Galiano y Cayetano Valdés. En función de estos tres hechos —o mejor series de acontecimientos— las nuevas realidades geopolíticas en el noroeste, así como un más cabal conocimiento del mismo estaban ya a punto de consumarse.

Ante el riesgo de una guerra, el embajador inglés Alleyne Fitzherbert obtuvo del ministro Conde de Floridablanca, la celebración de un tratado en el que básicamente se convenía en varios puntos. Respecto de la posesión de Nutka, ambas partes aceptaban se volviera a su situación tal como antes del incidente, es decir se dejara abierto ese puerto a navegantes de ambos países. Tocante a la incautación de los barcos de Colnett, estos le serían devueltos. Superadas divergencias, el tratado se firmó el 28 de octubre de 1790.

Para el efecto de proceder a la ejecución del acuerdo en el mismo puerto de Nutka, habían sido comisionados, por los ingleses el capitán George Vancouver y, por los españoles Bodega y Cuadra. Realidad significativa fue que, aunque ambos se reunieron en Nutka en julio de 1791, sin que llegaran a acuerdo alguno, uno y otro tuvieron papel de gran importancia en las exploraciones, Bodega por lo que ya antes había llevado a cabo y luego como comandante en San Blas; Vancouver por sus tres expediciones realizadas entre 1791 y 1794. En lo que se refiere a la convención de Nutka, si bien no pudo ejecutarse *in situ*, a la postre se firmó un nuevo tratado en Madrid, el 11 de enero de 1794, en términos bastante semejantes a los ya descritos.

A Vancouver correspondió, con sus dos navíos, el *Discovery* y el *Chatham*, además de su misión en torno al asunto de Nutka, la búsqueda, una vez más, del supuesto estrecho y asimismo de reconocer lo ya explorado por Cook y por los rusos y españoles pero intentando mayor precisión en las mediciones de latitudes y longitudes, así como en las demar-

caciones de bahías, puertos, islas, brazos de mar y otros accidentes.

En el primer viaje, entrando al Pacífico, por el cabo de Buena Esperanza, siguió hacia Nueva Zelanda y de allí a Tahití y las Hawaii. En abril de 1792 tocó el litoral de Norteamérica en 39° 27'. De allí prosiguió siempre hacia el noroeste y entró luego al estrecho de Juan de Fuca. Al igual que él exploraban allí Alcalá Galiano y Valdés. Vancouver entabló contacto con ellos gracias a que como, lo nota Wagner, consta que "Alcalá hablaba un poco de inglés",⁶ sin preocuparse éste obviamente del hecho de que ninguno entre los ingleses conociera, al parecer, la lengua de Castilla. Después de intercambiar información, Vancouver prosiguió sus exploraciones en torno a la isla que hoy lleva su nombre. Enseguida se dirigió a Nutka donde se entrevistaron él y Bodega con los ya descritos fallidos resultados.

El hecho de que Vancouver coincidiera por lo menos en parte de su expedición con Alcalá y Valdés —que habían salido de San Blas a fines de 1791— confirma lo dicho acerca de las actividades que paralelamente realizaban españoles e ingleses en materia de exploración. De hecho el virrey había dispuesto poco antes otros dos importantes viajes, uno al cargo de Eliza en 1791. Muy poco después salió asimismo Alejandro Malaspina. Frutos de tales expediciones fue haber reconocido buena parte de los canales y estrechos en torno a la isla de Vancouver y haber llegado, en el caso de Malaspina, hasta casi 60°. Los diarios y mapas derivados de estas exploraciones contribuyeron grandemente a iluminar lo que hasta entonces se conocía de esos litorales.

En tanto que Vancouver, después de salir de Nutka, visitó Monterrey, Alcalá y Valdés proseguían en sus exploraciones. A bordo del *Discovery* Vancouver se dirigió a Hawaii mientras el *Chatham*, con la información documental, navegó con rumbo a Inglaterra.

Los otros dos viajes de exploración realizados por Vancouver (1793 y 1794) y también los de Galiano y Valdés (1792) a bordo de las célebres goletas *Sutil* y *Mexicana*, así como el de Eliza en compañía de Juan Martínez Zayas (1793), marcan ya el momento en que culminaron los esfuerzos de españoles

⁶ Wagner, *op. cit.*, t. I, p. 241.



CARTÉ
DE L'AMÉRIQUE
SEPTENTRIONALE
 Dressée pour l'intelligence de l'Étendue
 générale des Voyages de Robur.
 PAR AMBROISE TARDIEU
 1821

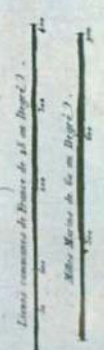


Lámina XLIII. *Carta de la América Septentrional por Ambroise Tardieu, publicada en París, 1821, según se hace notar "para la inteligencia de la Historia general de viajes de Labarpe." En el año en que México consumó su independencia aparece éste con sus límites septentrionales en 42°, de acuerdo con el Tratado de Adams-Onís de 1819. Al norte de 42° se lee "Colombia"; es decir, que las posesiones inglesas de British Columbia en la llamada en este mapa "Nueva Bretaña" (Canadá) se extienden por el sur en el Pacífico hasta los límites con México. Sobre Alaska está la leyenda "América rusa". Los límites de "Colombia" (Británica) con Estados Unidos son imprecisos. Tal era esta imagen geográfica francesa de la geopolítica del Pacífico septentrional del Nuevo Mundo en 1821.*

e ingleses para conocer el perfil noroccidental del Nuevo Mundo. No siendo posible alargarnos en la descripción de estas expediciones, cabe decir que, gracias a ellas, se disipó para siempre el mito del estrecho de Anián, se reconoció lo que era realmente el estrecho de Juan de Fuca y se alcanzó a delinear con alto grado de precisión el litoral noroccidental hasta el extremo en que termina el Nuevo Mundo.

La documentación sobre estos últimos viajes es en extremo abundante. Atendiendo a diarios y mapas formados en función de las expediciones, mucho es lo que se ha investigado acerca de sus resultados. Frente a tal cúmulo de testimonios, cabe preguntarse cuál fue, en fin de cuentas, la aportación mayor en el recorrer el velo que ocultaba la imagen geográfica de esta vasta extensión del planeta. Si se miran las cosas con objetividad, por supuesto que deben reconocerse los grandes méritos de los ingleses, mejor equipados, como en el caso, sobre todo, de Cook y Vancouver. Pero a la vez la presencia y las aportaciones de esos dos grandes navegantes —cuya actuación se sitúa en unos cuantos

años y en la etapa final de esta historia— lejos está de disminuir la secuencia de esfuerzos desde los puertos mexicanos a lo largo de más de dos siglos y medio.

Si desde Rusia —por la vía de Siberia— se alcanzaron los logros de Behring y otros, es innegable que tales descubrimientos no fueron cabalmente situados y comprendidos sino gracias a los reconocimientos de ingleses y españoles. Estos últimos —con el apoyo de no pocos marinos y auxiliares mexicanos— realizaron un avance, agigantado en ciertos momentos y lento en otros. En ese largo proceso, que aquí se ha descrito, movidos sobre todo por el señuelo de las Californias, llegaron hasta muy al norte y, emparejándose luego con los que tardíamente irrumpieron —rusos e ingleses— fueron avanzando desde Acapulco o Matanchel... a San José del Cabo, y luego San Diego, Monterrey, San Francisco, Nutka y mucho más al norte. La cartografía y las crónicas que así se fueron produciendo —con la mirada siempre atenta en las Californias— es el meollo de esta historia.

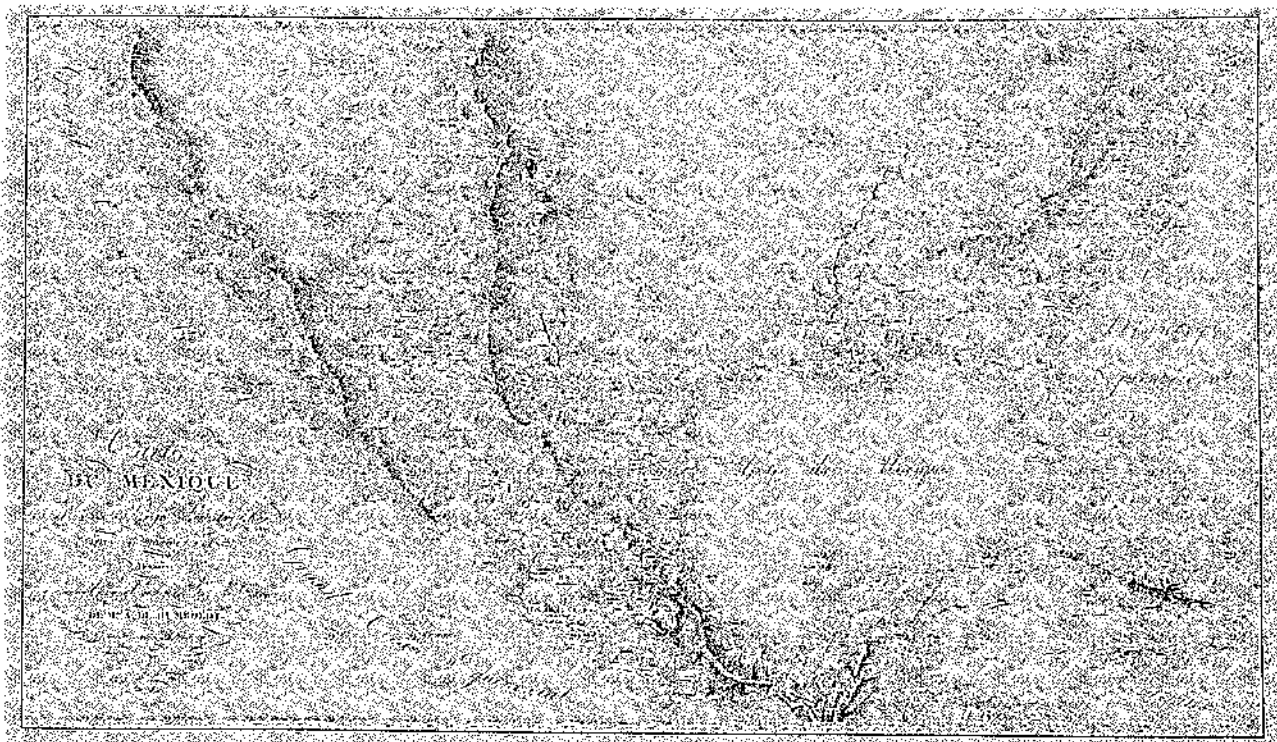


Figura 103. Carta de México y de países limítrofes situados al norte y al este, trazada con arreglo a la Gran Carta de la Nueva España de M. Alejandro de Humboldt y otros materiales, por J. B. Poirson, París, 1811. Este mapa que abarca desde 15° hasta 42°, es efectivamente copia de la carta dada a conocer por Humboldt en 1809, según puede verse comparando uno y otro. Lo aportado en este mapa se complementa con otro, debido al esfuerzo del mismo J. B. Poirson, en el que abarca todo el perfil de la América del Norte, incluyendo ya lo alcanzado en los descubrimientos hispano-mexicanos de 1774-1792, así como por los ingleses Cook y Vancouver.

Destino de las Californias y del gran noroeste del Nuevo Mundo

Vancouver que, según vimos, por lo menos en dos de sus viajes desembarcó en San Francisco, Monterrey y San Diego, se sorprendió en extremo al percatarse de que los españoles que, tanto empeño ponían en avanzar hacia el norte, tuvieran tan desprotegidos sus establecimientos en la Alta California. Y cual si expresara un profecía, escribió:

En caso de que la ambición llegue a tentar a una nación civilizada, en el sentido de apoderarse de estos puestos indefensos, no podrían ellos ofrecer la menor resistencia e inevitablemente caerán ante cualquier fuerza suficientemente provista para apoderarse del país y protegerlo. Ello es sobre todo verdad en la parte que yo he comprendido bajo la denominación de Nueva Albión, cuyos extremos límites meridionales se encuentran debajo de los 30° de latitud norte.⁷

Con palabras tan breves iluminó Vancouver la realidad prevalente en las Californias a fines del siglo XVIII y anticipó asimismo los riesgos que, en unas cuantas décadas más, se cernirían sobre esos vastos territorios. En el contexto histórico de las relaciones internacionales y de los recursos económicos y militares de las potencias europeas, resultaba evidente que España, no obstante que aún había estado organizando, uno tras otro, esos viajes de exploración en el noroeste del Nuevo Mundo, se encontraba ya en situación de franca decadencia.

Entre los cambios más importantes que se estaban produciendo sobresalían, por una parte, la reciente consumación de la independencia (1783) de un nuevo país, los Estados Unidos del que, como vimos, pronto entraron ya dos barcos en el escenario del noroeste y, por otra, la gestación de una serie de trastornos y guerras en Europa que culminarían con un reajuste internacional. Tales inquietudes y enfrentamientos —los de la Revolución Francesa primero y los de las guerras napoleónicas enseguida— propiciarían además la emancipación de las posesiones españolas de Ultramar. Todo esto iba a influir radicalmente en las que se han venido describiendo como realidades geopolíticas de esta vasta región del Nuevo Mundo.

⁷ George Vancouver, *A Voyage to the North Pacific Ocean and Round the World . . .*, London, 1798, t. II, p. 503.

Aparte del proceso que culminó con el nacimiento de un gran conjunto de países en el continente americano, la zona en la que mayores cambios se produjeron, tanto de adscripción política como de poblamiento y desarrollo, se sitúa precisamente en el contexto geográfico objeto de nuestra atención. Las potencias cuya acción iba a dejarse sentir allí con más fuerza —Inglaterra y Estados Unidos— se percataron muy pronto de la privilegiada situación y abundancia de recursos de esos territorios con salida al Pacífico.

Cual si se hicieran eco de lo que había reiterado Hernán Cortés en sus comunicaciones a Carlos V, las potencias que ahora pretendían adueñarse de las Californias y de las tierras contiguas a ellas por el norte, estaban persuadidas de que, además de ser valiosas en sí mismas, ofrecían posibilidades ilimitadas de intercambios con el continente más poblado del mundo, es decir el Asia. Cortés había llegado a decir a Carlos V que, incorporándose las Californias a sus dominios, se abría el camino para que en verdad llegara a ser emperador del mundo. Y a no dudar el eco de tales palabras se reforzó luego con las noticias de los "reinos de las Siete Ciudades", cercanas al río que desembocaba en el gran brazo de mar, y asimismo con lo aportado por las expediciones de Rodríguez Cabrillo y Vizcaíno y por los capitanes de tantos galeones procedentes de Filipinas que coincidían hablando de litorales que parecían no tener límites.

Las Californias, país del que por tanto tiempo se dudó si era isla o península, y en cuyas inmediaciones se suponía la existencia de un gran estrecho que comunicaba al Pacífico con el Atlántico, perduró siendo señuelo que a muchos siguió cautivando. Y asimismo hay que recordar la fama de sus perlas y de otros tesoros —como el oro— que según se decía, abundaban allí. Las Californias tenían todo eso y mucho más, según lo siguieron pensando visionarios como José de Gálvez o, con criterios muy diferentes, los jesuitas y luego los franciscanos.

Todavía en algunos mapas de la primera mitad del siglo XVIII, en los que se representa la tierra, pero vista desde la perspectiva del círculo polar ártico, las regiones que constituyen el extremo norte del Nuevo Mundo ostentan el nombre de "California". Sin solución de continuidad, perduró así la que casi

Polo Artico



AMERICA SEPTENTRIONAL
GASPAR Y ROIG,
EDITORES.
MADRID, 1852.






Lámina XLIV. *América septentrional, mapa editado por Gaspar y Roig, Madrid, 1852, aunque impreso en París por Bulla Frères. Obviamente este mapa refleja realidades geo-políticas anteriores al año de su impresión. Los Estados Unidos se habían anexoado ya a Texas (1845) y pretendían una extensión más grande en su frontera canadiense occidental. Cedían la "isla de Cuadra y Vancouver" (Vancouver) a "Nueva Bretaña" (Canadá) pero exigían territorio hasta 54° 40'.*

parece alucinación, el atractivo excepcional de esas enormes extensiones bañadas por el Pacífico que, como hemos visto, sólo comenzaron a ser conocidas y delineadas en toda su plenitud hasta fines ya del siglo de las luces.

Y justamente, cuando al fin, después de una tan larga cadena de esfuerzos, se tuvo noticia del perfil de ese gran noroeste, desde cabo San Lucas hasta Alaska, y se supo ya que el Nuevo Mundo no era una prolongación del Asia, la ambición de las potencias vino a imponer allí un nuevo orden de cosas. De los intereses de Inglaterra y Rusia nos hemos ya enterado. Francia quiso también hacerse presente pero el fracaso de la expedición de La Pérouse vino a ser un corolario de la retirada de ese país, tanto del Canadá como de la Luisiana (1763) y, en general, de las áreas más importantes de América. Los Estados Unidos, casi desde sus mismos orígenes, concibieron cuál debía ser el ámbito de su expansión. Si llegar al golfo de México —adueñándose de Luisiana y las Flori-

das— fue un primer gran empeño, la salida al Pacífico constituyó interés no menor.

Veamos, en resumen, lo que ocurrió. Inglaterra había logrado de España, en la convención de Nutka en 1794 que, aproximadamente desde el paralelo 49°, se considerara territorio abierto a ella y en modo alguno exclusivo de los españoles. Lo así obtenido se convirtió en la práctica —ante la debilidad de España y la ulterior salida de ésta al consumir México su independencia— en posesión plena que prolongaba hasta el Pacífico el gran dominio británico de lo que sería el Canadá. Por su parte los Estados Unidos —al tiempo en que México y otros pueblos hispanoamericanos luchaban por su independencia— lograron que España, además de ceder las Floridas, aceptara fijar los límites septentrionales novohispanos en el paralelo 42°. El tratado, negociado entre el secretario de Estado John Quincy Adams y el ministro Luis de Onís —se conoce con varios nombres— “Tratado de la Florida”, “Tratado transcon-

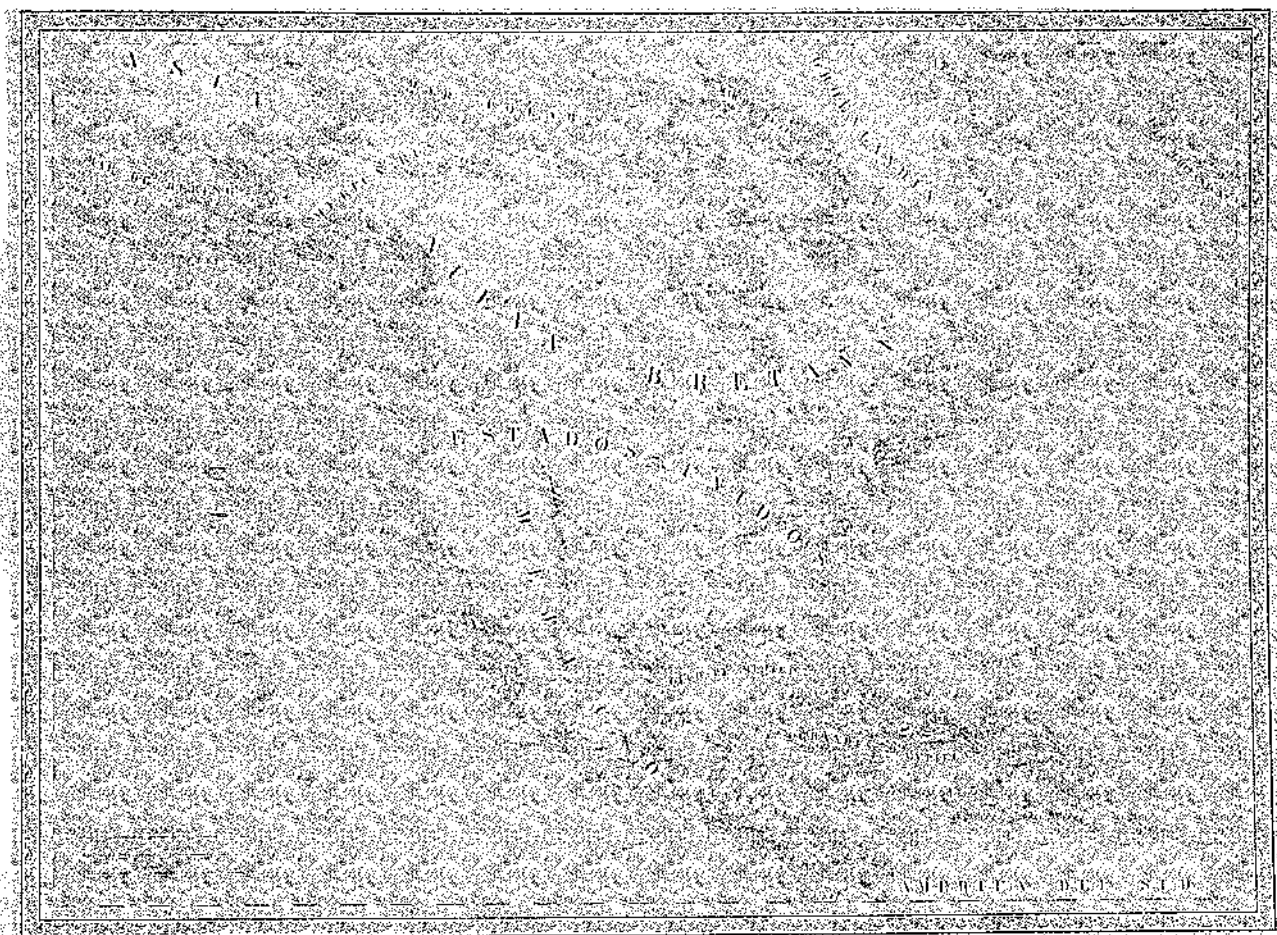


Figura 104. Mapa español, impreso en París por Bulla Frères et Jouy, e incluido en el Atlas de las Colonias, publicado hacia 1840. En él los Estados Unidos aparecen ya con litorales en el Pacífico. En realidad, el vasto territorio de Oregón desde 1818 estaba abierto a la presencia tanto estadounidense como inglesa. Texas aparece como entidad separada de México.

tinental", porque reconoció a los Estados Unidos la posesión de los territorios al norte del paralelo 42°, y entre los estudiosos de habla castellana, como "Tratado de Onís". Suscrito el 23 de febrero de 1819, venía a anticipar en poco más de dos años la que sería pérdida total para España, de sus posesiones mexicanas, consideradas como las más ricas del Nuevo Mundo.

Además los Estados Unidos, un año antes, en 1818, habían forzado a Inglaterra a aceptar uno de esos compromisos inciertos tan del agrado de esa potencia pero que, esta vez, a diferencia de lo que ocurrió con la Convención de Nutka, a la postre le sería adverso. El mismo Adams obtuvo se fijara la frontera entre su país y las posesiones inglesas al norte, en el ámbito cercano a las montañas Rocallosas, en el paralelo 49°. A partir de la vertiente del Pacífico de esas montañas, el territorio y sus litorales quedaban abiertos a posibles formas de explotación bien fuera por ingleses o por estadounidenses.

Lo alcanzado, asegurando ya la presencia de los Estados Unidos en "Nueva Albión", no satisfacía las ambiciones de ese país. La coyuntura para la gran expansión se presentó al tiempo de las elecciones presidenciales de 1844. Quien triunfó en ellas, James Polk, candidato demócrata, puso el mayor énfasis en dos puntos: la anexión definitiva de Texas, que se había independizado de México, y la ocupación plena del territorio de Oregón, cuyos litorales se suponía que llegaban hasta el paralelo 54° 40', es decir hasta donde las posesiones inglesas colindaban con los establecimientos rusos. Respecto de éstos, la Gran Bretaña había suscrito efectivamente un tratado con Rusia el 28 de febrero de 1825 en el que aceptó tales límites.

Una vez electo, Polk se concentró en el cumplimiento de lo que había proclamado en su campaña. Respecto del asunto de Texas concibió entonces no limitarse a él sino relacionarlo con el ya antiguo propósito de los Estados Unidos de extenderse hacia el Pacífico hasta incluir en su territorio a las Californias. En lo tocante al Oregón, tras un estira y afloja con Inglaterra y, sin que en este caso alguno de los litigantes deseara la guerra, Estados Unidos obtuvo se le reconociera la plena soberanía de la mayor parte del territorio que codiciaba. Así en 1846 suscribió un tratado con Inglaterra en el cual los lími-

tes occidentales con Canadá se fijaron en 49°, dejando a los ingleses la soberanía de la isla de Vancouver.

En cambio, muy diferente fue lo que ocurrió en el espinoso asunto de Texas que, tras proclamarse independiente en 1836, buscaba su anexión a los Estados Unidos. México había declarado, por su parte, que esa anexión no era sino apoderamiento de una vasta provincia suya, una parte de cuyos habitantes —los de origen anglosajón— se hallaban en rebeldía. Desentendiéndose de la actitud de México, Polk obtuvo del Congreso de Estados Unidos en 1845 la formal anexión de Texas como un nuevo miembro en la Unión. Los hechos que siguieron son bien conocidos. Tropas norteamericanas cruzaron el río Nueces que se consideró siempre como límite meridional de Texas y tuvieron un enfrentamiento con un cuerpo de ejército mexicano. El presidente Polk, al anunciar que por un acto de México, sangre estadounidense había sido derramada en territorio de Estados Unidos, encontró la deseada ocasión para declarar la guerra.

Al procederse de inmediato a la invasión de los territorios norteños de México pudo verse enseguida cuáles eran los propósitos de la guerra. Los norteamericanos en cuanto se apoderaron de las capitales y principales pueblos de Nuevo México y las Californias, hicieron saber a la población de esos lugares que, a partir de ese momento, esas provincias eran ya parte de los Estados Unidos. El "destino manifiesto" se tradujo así en una guerra de conquista. Desde mucho antes —desde los años inmediatos a la consumación de la independencia de México— los Estados Unidos le habían hecho una variedad de ofertas para adquirir al menos una parte de lo que entonces se entendía por Nuevo México y la Alta California. Y, cosa que parece increíble, ante la insistencia de México, inicialmente aceptaron ratificar en 1832 el antiguo Tratado de Onís o "Transcontinental" que habían celebrado con España en 1819.

Con la victoria alcanzada en la guerra con México, se exigió entonces, además del reconocimiento de la anexión de Texas, la cesión de Nuevo México y las Californias. Tan sólo la pertinaz defensa de los comisionados mexicanos —Luis Gonzaga Cuevas y Bernardo Couto— impidió la pérdida de la California peninsular. Los nuevos límites, en lo que se

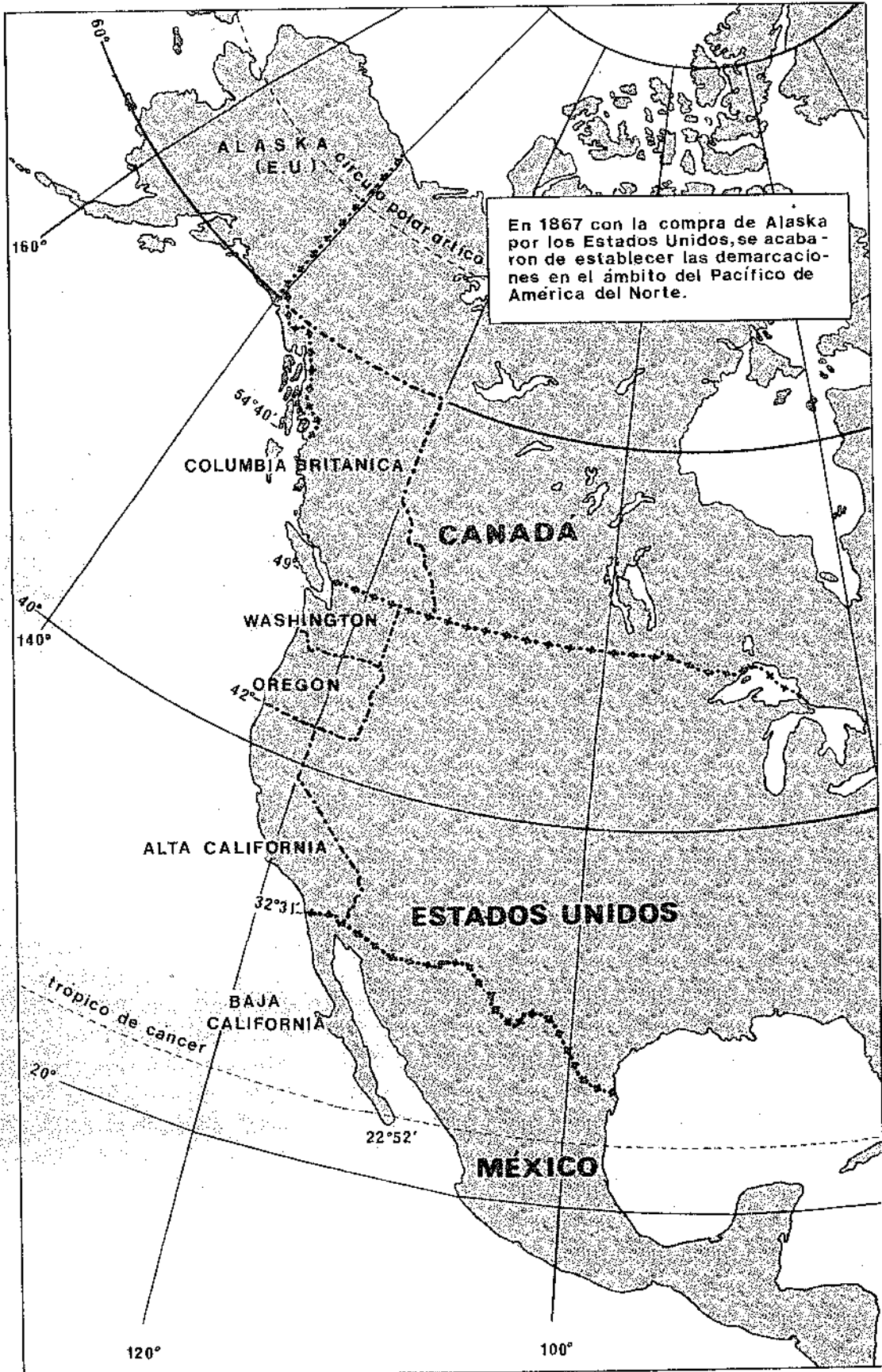


Figura 105. América del Norte. Se destacan las realidades geopolíticas del Pacífico norte: Alaska, con las islas Aleutianas pertenece a los Estados Unidos desde 1867. Los litorales de Alaska, en una angosta franja territorial descienden hasta $54^{\circ} 40'$, es decir hasta donde se habían extendido las posesiones rusas. A Canadá corresponden tan sólo poco más de seis grados, desde $54^{\circ} 40'$ hasta 49° que es donde se inicia la frontera con los Estados Unidos. Éstos abarcan a su vez una larga línea de costas, desde 49° hasta $32^{\circ} 31'$, frontera entre las dos Californias. México salvó, en lo que toca a California desde $32^{\circ} 31'$ hasta el extremo sur de la península en $22^{\circ} 52'$. En resumen, Estados Unidos (con Alaska) abarca más de 43 grados de litorales; Canadá tan sólo algo más de 6, y México cerca de 10.

refiere a los litorales californianos, se fijaron en un lugar situado a una legua marina respecto del punto más meridional del puerto de San Diego, es decir en $32^{\circ} 31'$.

Así, a partir de 1848, la geopolítica del noroeste del Nuevo Mundo había vuelto a cambiar, esta vez en forma radical. Los Estados Unidos, al cercenar a México más de 2 millones de km^2 , tuvieron ya un extenso litoral en el Pacífico, desde $32^{\circ} 31'$ hasta 49° . Todavía, sin embargo, los norteamericanos iban a actuar de diversas formas para ampliar mucho más su territorio en el mismo ámbito del gran noroeste.

En tanto que sus ulteriores intentos por adueñarse de la Baja California, Sonora y otras entidades mexicanas —por “compra” o por incursiones filibusteras como las de William Walker (1853-1854) o de Henry Crabb (1857)— no tuvieron el éxito buscado, al menos alcanzaron los Estados Unidos en el caso de México la “cesión” del territorio conocido como “La Mesilla”, al norte de Sonora, que dejó ya bajo su soberanía todo el curso del río Gila hasta su confluencia con el Colorado. Pero mucho más importante adquisición, sobre todo a la larga, fue la compra a Rusia en 1867, por 7 millones 200 mil dólares, de la enorme península de Alaska. Tal adquisición, complementada por la de la larga faja del litoral al sur, colindante con el interior de la provincia canadiense de Columbia Británica, acercó en realidad la Alaska ya estadounidense con los límites septentrionales del antiguo Oregón. Dejando a Canadá la isla de Vancouver y unas reducidas costas al norte, los Estados Unidos fueron dueños de un litoral amplísimo, desde casi 70° en Demarcation Point, en el océano Ártico, hasta $54^{\circ} 40'$, el límite al que en 1844 se refería James Polk, y luego desde 49° hasta $32^{\circ} 31'$, frontera entre las dos Californias.

Ante la enormidad de los litorales y territorios que pasaron a formar parte de los Estados Unidos en el ámbito de lo que, por siglos, se designó vagamente como “las Californias”, cabe expresar algunas reflexiones. Una es que, de haber logrado el presidente Polk la realización plena de sus ambiciones —llevar la frontera de Oregón hasta $54^{\circ} 40'$, es decir hasta los límites con los establecimientos más meridionales de los rusos y adueñarse no sólo de la Alta sino también de la Baja California— los Estados Unidos

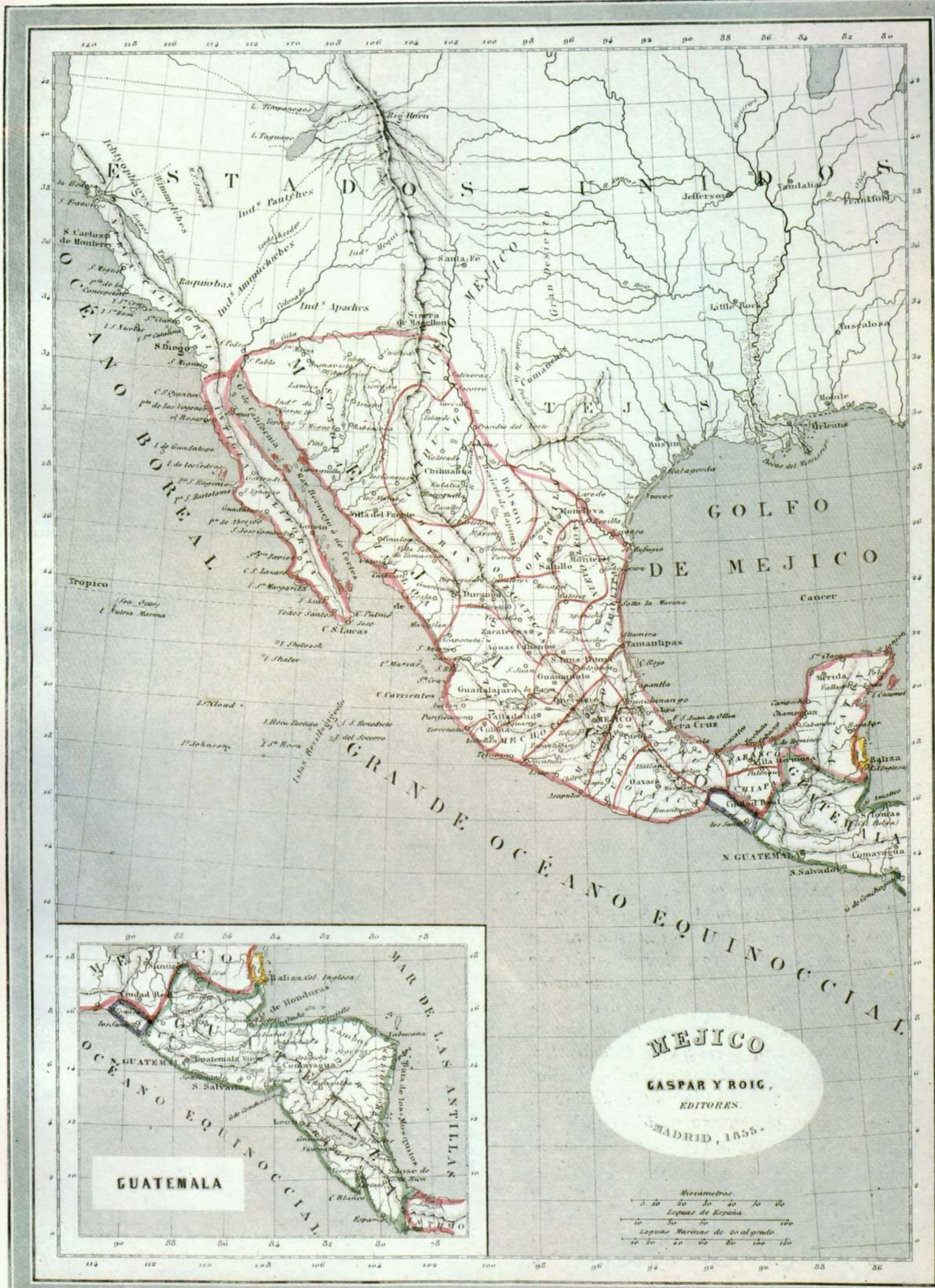
habrían sido dueños de territorios con litorales extensísimos, desde $22^{\circ} 52'$, en cabo San Lucas, hasta 70° en Demarcation Point en Alaska, o sea que habrían abarcado en el Pacífico ¡cerca de 50 grados! Tan sólo la sagacidad británica —que conservó para Canadá una relativamente reducida salida al Pacífico frente a la isla de Vancouver— y la tenacidad mexicana —que no permitió la enajenación de la California peninsular— impidieron que los Estados Unidos vieran consumada su ambición.

Sin embargo, con lo mucho que alcanzaron a apropiarse, pudieron los Estados Unidos iniciar su expansión, en plan imperial, por el Pacífico. De ello son muestra las islas Hawaii, las Filipinas, Guam, las Carolinas y Marianas. Convertidos en potencia mundial de primer orden, parecía como si se estuviera cumpliendo lo expresado por Cortés a Carlos V, aquello de que, posesionándose de las Californias y el Pacífico o mar del Sur, se abría el camino para un imperio universal.

El nombre de California, desde la fiebre del oro en 1849 y de entonces para acá, acrecentó aún más su ya antiguo poder de atracción. Hoy por todas partes del mundo existen tiendas, restaurantes y una multitud de establecimientos —además de buen número de embarcaciones— que ostentan el apelativo mágico de California.

Ahora bien, México, donde se inició esta larga y fascinante historia en torno de las Californias y el gran noroeste, con sus mitos, quimeras, viajes y descubrimientos, a pesar de cuanto ha ocurrido, se mantiene presente en el escenario original de su gran península. En la que hoy se llama Baja California, estuvo el primordial señuelo. Baste recordar la leyenda de la gran isla poblada toda de mujeres, rica en oro y perlas . . . En torno a la California que ha sido y siempre será mexicana, se emprendió mucho de lo que aquí se ha recogido a través de testimonios de una rica cartografía y extraordinarios relatos en crónicas, derroteros, diarios, informes y toda suerte de manuscritos.

Lección de esfuerzos admirables y también de sufrimientos con muchas pérdidas de vidas, desaparición de grupos indígenas, y asimismo de complejas ambiciones e intrigas internacionales, es ésta de las Californias. Hasta fines del siglo XVIII comenzaron a ser mejor conocidas y hasta entonces se supo



MEXICO
GASPAR Y ROIG,
 EDITORES.
 MADRID, 1855.

Medios
 Leguas de España
 Leguas Marinas de 20 al grado

GUATEMALA

Lámina XLV. *Mapa de México, editado por Gaspar y Roig, Madrid, 1855. Se registran ya en él los grandes cambios en la frontera con los Estados Unidos. Sin embargo, en lo que toca a los litorales del Pacífico en este mapa, como en otros de la época, hay varios errores. Por una parte, los límites septentrionales en el Pacífico entre México y los Estados Unidos se sitúan debajo de 32° cuando en realidad están en 32° 31'. Por otra, debido al error anterior el extremo norte de Baja California aparece separado del macizo continental mexicano. En este mapa no se registra aún la ulterior pérdida para México del territorio de la Mesilla al sur del río Gila. En lo que toca a Estados Unidos, éstos aparecen ya en posesión de un extenso litoral en el Pacífico, desde algo más de 42° hasta algo abajo de 32°.*

cómo era realmente el perfil noroccidental del Nuevo Mundo. Hoy en las Californias y en las tierras al norte de ellas, ondean tres banderas distintas. En cierto modo volvió a existir la "Nueva Albión" de Francis Drake, pero también perduró —en la que se ha llamado "geografía de la esperanza"— la presencia mexicana entrevista desde Cortés hasta Clavijero.

En la península, tantas veces delineada y de modos en ocasiones disparatados, hoy además fotografiada desde los satélites, hay recursos, hasta ahora casi no explotados, de potencialidades apenas imaginadas. Allí están las que el historiador que se ocupó de ella, Francisco Xavier Clavijero, llamó "grandes minas marítimas", refiriéndose a su riqueza pesquera a lo largo de más de 3,000 km. de costas. En varios lugares de las mismas exis-

ten salinas, como las de Guerrero Negro, las mayores del mundo. También su subsuelo esconde una gran variedad de minerales y reservas de hidrocarburos. Varios valles tiene —algunos planicies muy extensas— donde florece la agricultura, como, en los de Mexicali, Santo Domingo, Sebastián Vizcaíno y otros. Rodeada de agua, la California mexicana, algún día tal vez ya cercano, podrá servirse de ella para transformar su seca superficie. En su historia —recordada aquí también en las plásticas imágenes de casi increíble cartografía— la California mexicana finca sus raíces. En su presente, con el asentamiento en ella de millones de mexicanos, comunicados ya de varias formas con el resto del país y decididos a beneficiarse de sus recursos, está la promesa cierta de un futuro pleno de esperanzas.

FUENTES DOCUMENTALES
Y
BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DOCUMENTALES

Para la preparación de este trabajo se consultaron numerosas fuentes documentales, preservadas en distintos repositorios de México y del extranjero. A continuación se ofrece el elenco de los principales archivos y bibliotecas en que se conservan testimonios de diversas índoles, incluidos los cartográficos, acerca del tema de este libro. Se deja constancia de reconocimiento por haber facilitado la consulta documental y las correspondientes reproducciones de los testimonios que aquí se publican.

- Archivo de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús (México).
- Archivo General de la Nación (México). Ramos: Californias, Historia y Antiguo Archivo del Hospital de Jesús.
- Archivo General de Indias (Sevilla). Ramos: Audiencia de Guadalajara, Audiencia de México, Patronato.
- Archivo Histórico Nacional (Madrid). Sección cartográfica.
- Biblioteca Ambrosiana (Milán).
- Biblioteca Bancroft Universidad de California (Berkeley).
- Biblioteca Británica (Londres).
- Biblioteca Comunale del Archigimnasio (Bolonia, Italia).
- Biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (México, D.F.).
- Biblioteca de la Universidad de Texas, Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson, (Austin, Texas).
- Biblioteca de la Universidad de California, La Jolla, Colección cartográfica.
- Biblioteca del Congreso (Washington, D.C.).
- Biblioteca John Carter Brown (Providence, R.I.).
- Biblioteca Medicea-Laurenziana (Florencia).
- Biblioteca Nacional (Roma).
- Biblioteca Nacional (Madrid).
- Biblioteca Nacional (México, D.F.).
- Biblioteca Nacional (París).
- Biblioteca Newberry (Chicago).
- Biblioteca Pública de Weimar.
- Biblioteca Vaticana.
- Depósito General Topográfico de Ingenieros (Madrid).
- Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Colección Cartográfica (México, D.F.).
- Museo Británico (Londres).
- Museo Naval (Madrid).

BIBLIOGRAFÍA

- ASCHMANN, HOMER, *The Central Desert of Baja California. Demography and Ecology*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1959.
- [BAEGERT, JUAN JACOBO], *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien, mit einem zweyfachen Anhang falscher Nachrichten*, Geschrieben von einem Priester der Gesellschaft Jesu . . . , Mannheim, 1771.
- , *Noticia de la península americana de California*, con una introducción de Paul Kirchhoff, traducción de Pedro Heindrichs, México, Antigua Librería de Robredo, 1942.
- BANCROFT, HUBERT H., *History of Arizona and New México*, San Francisco, The History Company, Publishers, 1889. *History of the Northern Mexican States and Texas*, 2 v., San Francisco, The History Company, 1881. *History of California*, 5 v., San Francisco, The History Company, 1882-1883. *History of the Northwest Coast*, 2 v., San Francisco, The History Company, 1884.
- BARCO, MIGUEL DEL, *Historia natural y crónica de la antigua California*, véase: Miguel León-Portilla, "Estudio preliminar", a Miguel del Barco, México, UNAM, 1973 (segunda edición: México, 1988).
- BARRET, ELLEN C., *Baja California, 1535-1964. A Bibliography of historical, geographical and scientific literature relating to the peninsula of Baja California and to the adjacent islands in the Gulf of California and the Pacific Ocean*, v. I, Los Angeles, Bennet and Marshall, 1957; v. II, Los Angeles, Westernlore Press, 1967.
- BAYLE, CONSTANTINO, S. J., *Historia de los descubrimientos y colonización de la Compañía de Jesús en la Baja California*, Madrid, Librería General de Victoriano Sánchez, 1933.
- (editor), *Misión de la Baja California*, introducción, arreglo y notas, Madrid, 1946.
- BOLTON, HERBERT F., *Rim of Christendom: A Biography of Eusebio Francisco Kino*, Pacific Coast Pioneer, New York, The Mac Millan Company, 1936.
- BRAVO, JAIME, JUAN UGARTE y CLEMENTE GUILLÉN, *Testimonios sudcalifornianos, nueva entrada y establecimiento en el puerto de La Paz*, edición preparada por Miguel León-Portilla, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970.
- BROWN, LLOYD A., *The Story of Maps*, New York, Bonanza Books, 1949.
- BURRUS, ERNEST J., S. A., *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*, Tucson, Arizona, Pioneer's Historical Society, 1965.
- , *La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús (1567-1967)*, 2 v., Madrid, 1967. (Colección Chimalistac).
- (editor), "Relación de la segunda navegación a las Californias del año de 1683 y de las entradas de veinte leguas la tierra adentro", en *Kino Reports to Headquarters*, edited by Ernest J. Burrus, S. J., Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu, 1954.
- , *Wenceslaus Linck's Reports and Letters 1762-1773*, Los Angeles, Baja California Travels, Series, Dawson's Book Shop, 1967.
- Cartografía Novohispana, una selección de los manuscritos y grabados que, al respecto, se conservan en el Museo Naval de Madrid*. Editada por José Ignacio Echeagaray. Introducción de María Luisa Martín-Merás, México, San Ángel Ediciones, 1980.

- CASTAÑEDA DE NÁJERA, PEDRO, "Relación de la jornada de Cíbola", publicada por primera vez por George P. Winship, *14th Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, Smithsonian Institution, 1896. Véase también: Miguel León-Portilla, "El primer testimonio sobre el valle de Mexicali, la crónica de Pedro Castañeda de Nájera, escrita hacia 1560" en *Revista Calafia*, Mexicali, Universidad Autónoma de Baja California, 1973.
- "Traslado de una real cédula por la que el rey concede a Hernán Cortés pueda descubrir y poblar en el mar del Sur y tierra firme, pudiendo nombrar gobernadores, alcaldes y justicias, 5 de noviembre de 1529", en *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía* (CODAIN), 42 v., Madrid, 1864-1884.
- "Instrucción que dio Cortés en 1532 a Diego Hurtado de Mendoza, su lugarteniente de capitán general, para el viaje que debía hacer en el armada del propio Cortés, al descubrimiento de la tierra nueva del mar del Sur", en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, editados por don Martín Fernández de Navarrete, et alii, Madrid, 42 v., 1864-1884.
- CLAVIGERO, FRANCESCO SAVERIO, *Storia della California*, 2 v., Venezia, 1789.
- , *Historia de la Antigua o Baja California*, edición preparada por Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1970.
- COOK, JAMES, *A Voyage to the Pacific Ocean, Undertaken by the Command of His Majesty for Making Discoveries in the West Side of North America: its Distance from Asia and the Practicability of a Northern Passage to Europe*, 3 v., London, 1784.
- CORTÉS HERNÁN, *Cartas y documentos*, introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Porrúa, 1969.
- CUMMING, W. P. et alii, *The Discovery of North America*, New York, American Heritage Press, 1972.
- DEBENHAM, FRANK, *Discovery and Exploration*, Introduction by Edward Skelton, London, Geographical Projects Ltd., 1960.
- DECORME, GERARDO, *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767*, 2 v., México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1941.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL, *Historia verdadera de la Conquista de México*, estudio introductorio de Miguel León-Portilla, 2 v., Madrid, Historia 16, 1984.
- DIGUET, LEÓN, *Territorio de la Baja California, reseña geográfica y estadística*, París-México, 1912.
- DUNNE, PETER MASTEN, *Black Robes in Lower California*, Berkeley and Los Angeles, The University of California Press, 1952.
- ENGELHARDT, ZEPHYRIN, O. F. M., *The Missions and Missionaries of California*, v. I, Lower California, 2nd. edition, Santa Barbara, 1929.
- FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, FRANCISCO, *Don Pedro de Alvarado*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1945.
- GANDÍA, ENRIQUE DE, *Historia crítica de los mitos de la conquista americana*, Buenos Aires, Juan Roldán y Cía. Editores, 1929.
- GERHARD, PETER y HOWARD F. GULICK, *Lower California Guidebook*, 4a. ed., Glendale, The Arthur H. Clark Company, 1967.
- GÓMEZ CANEDO, LINO, O. F. M., *De México a la Alta California, una gran epopeya misional*, México, Editorial Jus, 1969.
- HERRERA, ANTONIO DE, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, 17 v., Madrid, Real Academia de la Historia, 1934-1957.
- HUMBOLDT, ALEXANDER VON, *Atlas de México* preparado por Hanno Beck y Wilhelm Bonackes, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.
- KINO, EUSEBIO FRANCISCO, *Las misiones de Sonora y Arizona, comprendiendo la crónica titulada "Favores celestiales" y la "Relación diaria de la entrada al noroeste"*, versión paleográfica e índice por Francisco Fernández del Castillo, México, Archivo General de la Nación, 1913-1922.
- , *Vida del padre Francisco J. Saeta S. J., Sangre misionera en Sonora*, prólogo y notas de Ernest J. Burrus S. J., México, 1961.
- KRMPOTIC, M. D., *Life and Works of the Reverend Ferdinand Konsack S. J., 1703-1759. An Early Missionary in California*, Boston, 1923.
- LAS CASAS, BARTOLOMÉ DE, *Historia de las Indias*, 3 v., edición de Agustín Millares Carlo, estudio preliminar de Lewis Hanke, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- LEÓN-PORTILLA, MIGUEL, "El Archivo Histórico de Baja California Sur, sus antecedentes y reciente creación", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, octubre-noviembre, 1970.
- , "El ingenioso don Francisco de Ortega, sus viajes y noticias californianas, 1632-1636", *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, v. III.
- , *Hernán Cortés y la Mar del Sur*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985.
- LINCK, WENCESLAUS, *Wenceslaus Linck's Diary of his 1776 Expedition to Northern Baja California*, traducción al inglés, edición y notas de Ernest J.

- Burrus S. J., Los Angeles, Baja California Travels Series, Dawson's Book Shop, 1966.
- LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO, *Historia de la conquista de México*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 v., México, Robredo, 1943.
- MANGE, JUAN MATHEO, *Luz de Tierra incógnita en la América Septentrional [1770]*, publicado por Francisco Fernández del Castillo, 1926. (Publicaciones del Archivo General de la Nación, X).
- MARTÍNEZ, PABLO L., *Historia de Baja California*, México, Editorial libros mexicanos, 1956.
- Mapas españoles de América, siglos XV-XVIII*, Madrid, 1951.
- MATHES MICHAEL W. (ed.), *Californiana I. Documentos para la historia de la demarcación comercial de California 1583-1632*, 2 v., Madrid, José Porrúa Turanzas, 1965. (Colección Chimalistac).
- , "A Biographical Note on Isidro de Atondo y Antillón, Admiral of the Californias", *California Historical Society Quarterly*, Sept., 1969.
- , *Vizcaino and Spanish Expansion in the Pacific Ocean, 1580-1630*, San Francisco, California Historical Society, 1968.
- (ed.), *Californiana II, Documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*, 2 v., Madrid, José Porrúa Turanzas, 1965. (Colección Chimalistac).
- (ed.), *Californiana III, Documentos para la historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*, 2 v., Madrid, José Porrúa Turanzas, 1970-1971. (Colección Chimalistac).
- , *First from the Gulf to the Pacific, The Diary of the Kino-Atondo Peninsular Expedition, December 14, 1684-January 13, 1685*, transcribed and edited by W. Michael Mathes, Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1969. (Baja California Travels Series, 16).
- MEIGS, PEVERIL, *The Dominican mission frontier of Lower California*, Berkeley and Los Angeles, Publications in Geography, 7, 1935.
- Memorial y relación del viaje y descubrimiento de Francisco de Ulloa en: Cartas de relación de la conquista de América*, 2 v., edición de Julio Le Riverend, México, Editorial Nueva España, s.f.
- MORENO DE LOS ARCOS, ROBERTO, *Juan Velázquez de León y sus Trabajos Científicos*, México, Universidad Nacional, 1977.
- NELSON, EDWARD W., *Lower California and its Natural Resources*, Washington National Academy of Sciences, 1922.
- Noticias y documentos acerca de las Californias, 1764-1795*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1959.
- NUNIS JR., DOYCE B. (ed.), *The Drawings of Ignacio Tirsch. A Jesuit Missionary in Baja California*, translation by Elsbeth Shulz-Bischof, Los Angeles, Baja California Travels Series, Dawson's Book Shop, 1972.
- , *The 1769 Transit of Venus. The Baja California Observations of Jean-Baptiste Chappe d'Auteroche, Vicente de Doz y Joaquín Velázquez de León*, Los Angeles, Natural History Museum, 1982.
- OBREGÓN, MAURICIO, *La primera vuelta al mundo. Magallanes, Elcano y El libro perdido de la nao Victoria*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Plaza Janés, 1984.
- ORDÓÑEZ DE MONTALVO, GARCÍ, *Las Sergas del virtuoso caballero Esplandián, hijo del Amadís de Gaula (Sevilla, 1510)*, Madrid, 1857. (Biblioteca de Autores Españoles).
- PALOU, FRAY FRANCISCO, *Noticias de la Antigua y Nueva California*, Documentos para la historia de México, 4a. serie, México, 1857.
- , *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra*, edición de Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1970.
- PÉREZ BUSTAMANTE, CIRIACO, *Don Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España (1535-1550)*, Santiago [de Compostela], Tipografía de El Eco Franciscano, 1928.
- PÍCCOLO, FRANCISCO MARÍA, S. J., *Informe del estado de la nueva cristiandad de California y otros documentos*, edición de Ernest J. Burrus, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962. (Colección Chimalistac).
- , JUAN DE UGARTE y GUILLERMO STRAFFORD, *Tres documentos sobre el descubrimiento y exploración de Baja California por Francisco María, Píccolo, Juan de Ugarte y Guillermo Strafford*, edición preparada por Roberto Ramos, México, Editorial Jus, 1958.
- PIGAFFETA, ANTONIO, *Primer viaje en torno del globo*, Madrid, España, 1963.
- PORTILLO Y DÍEZ DE SOLLANO, ÁLVARO, *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*, Madrid, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1947 (2a. edición, aumentada, Madrid, Rialp, 1980).
- POURADE, RICHARD F., *The Explorers*, San Diego, The Unión-Tribune Publishing Company, 1966.
- RAMUSIO, GIAMBATTISTA, *Delle navigationi et viaggi*, 3 v., Venetia, Nella Stamperia de Giunti, 1565.
- "Relación del padre Ignacio María Napoli sobre su primera entrada entre los coras, 1721", introducción y versión paleográfica de Roberto Ramos, *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, 2 v., Mexicali, Gobierno del Estado de Baja California, 1958.

- ROMERO SOLANO, LUIS, *Expedición Cortesiana a las Molucas*, México, 1950. (Sociedad de estudios cortesianos, 6).
- ROSE ROBERT S., *The Portolá Expedition of 1769-1770, Diary of Vicente Vila*, Berkeley, University of California, 1911.
- SALES, LUIS DE, *Noticias de la provincia de California 1794*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1960. (Colección Chimalistac).
- SALVATIERRA, JUAN MARÍA DE, *Copia de cuatro cartas de el Padre Juan María de Salvatierra . . .*, México, en la imprenta de Juan Joseph Gillena Carrascoso, 1698.
- y FRANCISCO MARÍA PÍCCOLO, *Copia de cartas de Californias, escritas por el padre Juan María de Salvatierra y Francisco María Piccolo . . .*, México, en la imprenta de los herederos de la viuda de Bernardo Calderón, 1699.
- SANTA CRUZ, ALONSO DE, *Islario general de todas las islas del mundo*, 2 v., Texto y atlas, Madrid, Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, 1918.
- SAUER, CARL., *Descubrimiento y dominación española del Caribe*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- SCAMMON, CHARLES M., *The marine mammals of the Northwestern coast of North America, together with an account of the American Whalefishery* [facsimile de la edición original], New York, Dover Publications Inc., 1968.
- SCHERER, S. J., HENRICUS, *Geographia Hierarchica*, v. 2 de la obra *Atlas Novus* (en 7 partes), Augsburg, Dilliguen und Frankfurt, 1703.
- SERVÍN, MANUEL (editor), *The Apostolic Life of Fernando Consag, Explorer of Lower California by Francisco Zevallos*, Los Angeles, Baja California Travels Series, Dawson's Book Shop, 1968.
- SHURLEY, RIDNEY W., *The Mapping of the World. Early Printed World Maps, 1472-1700*, London, The Holland Press. Cartographica Series, 1983.
- SKELTON, R. A., *Explorer's Maps. Chapters in the Cartography Record of Geographical Discovery*, London, Spring Books, 1970.
- TARAVAL, SIGISMUNDO, *The Indian Uprising in Lower California 1734-1787, as Described by father Sigismundo Taraval*, Translated with introduction and notes by Marguerite Eyer Wilbur, Los Angeles, The Quivira Society, 1931.
- TOOLEY, R. V., *California as an Island, a Geographical Misconception, Illustrated by 100 examples, from 1625 to 1770*, London, The Map's Collector's Circle, 1964.
- , *Maps and Map-Makers*, New York, Bonanza Books, 1962.
- TORQUEMADA, JUAN DE, *Monarquía indiana*, 3a edición, 7 v., preparada por el Seminario para el estudio de fuentes de tradición indígena bajo la coordinación de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional, 1975-1985.
- VENEGAS, MIGUEL, *Noticia de la California*, 3 v. [reproducción] de la de Madrid, 1757, México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943.
- , *Juan María de Salvatierra of the Company of Jesus, Missionary in the Province of New Spain and Apostolic Conqueror of the Californias*, ed. Marguerite Eyer Wilbur, Cleveland, 1929.
- , *Empresas apostólicas de los PP. Misioneros de la Compañía de Jesús, de la Provincia de Nueva España, obradas en la conquista de Californias*, reproducción facsimilar, edición y estudios de W. Michael Mathes, 5 v., La Paz, Universidad de Baja California Sur, 1979.
- VIVES, J. VICENS, *Rumbos oceánicos, los navegantes hispanos*, Barcelona, Editorial Barna, 1946.
- VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, JOSEPH ANTONIO DE, *Theatro americano, descripción general de los reynos de la Nueva España y sus jurisdicciones . . .*, 2 v., México, en la imprenta de la viuda de D. Joseph de Hogal, 1746.
- Voyages of the Elizabethan Seamen to America, Thirteen Original Narratives from the Collection of Hakluyt*, ed. E. J. Payne, London, T. de la Rue, 1880.
- WAGNER, HENRY R., *Spanish Voyages to the Northwest Coast of America in the Sixteenth Century*, Amsterdam, N. Israel, 1966.
- , *The Cartography of the Northwest Coast of America to the year 1800*, Amsterdam, N. Israel, 1968.

ÍNDICE DE LÁMINAS*

- I. Mapa de América Septentrional por Hubert Jaillot, París, 1694, pág. 6.
- II. Mapa del mundo, con los dos hemisferios separados. Incluido en el Atlas maritimus, London, 1675, de John Seller, pág. 8.
- III. El mundo se concebía así en vísperas del viaje de Cristóbal Colón. El mapa de Henricus Martellus, pág. 14.
- IV. La Gran y la Pequeña Java y las Molucas. Mapa-paisaje de Guillaume Le Testu, publicado en 1556, pág. 18.
- V. Globo de Martín Behaim, construido en 1492, en Nuremberg, pág. 20.
- VI. Mitad izquierda del mapamundi de Juan de la Cosa (1500), pág. 22.
- VII. Mapamundi portulano atribuido a Cristóbal Colón, c. 1492, pág. 24.
- VIII. Mapamundi de Francesco Roselli, elaborado con una proyección oval, 1506, pág. 26.
- IX. Carta universal de Diego Ribero, 1529, pág. 30.
- X. Mapa manuscrito del extremo sur de California, Tierra de Santa Cruz, 1535, pág. 48.
- XI. Mapa de la gran cuenca del Pacífico, atribuido a Battista Agnese, c. 1542, pág. 50.
- XII. Detalle del mapamundi del cosmógrafo real Alonso de Santa Cruz (1542), pág. 52.
- XIII. Mapamundi de Battista Agnese. En él se registra el derrotero de la nao *Victoria*, pág. 56.
- XIV. Mapamundi de Sebastián Münster, 1540, pág. 60.
- XV. "Las siete ciudades" en un mapa de Joan Martines (hacia 1578), pág. 62.
- XVI. Mapamundi de Pedro Medina, incluido en su *Summa de Cosmografía*, Valladolid, 1545, pág. 62.
- XVII. Mapa manuscrito del litoral del Pacífico norte, de América, por Fernán Vaz Douro (hacia 1573), pág. 68.
- XVIII. Mapamundi publicado por Rumold Mercator, hijo de Gerardo, Génova, 1587, pág. 70.
- XIX. El Nuevo Mundo, delineado en 1587 por Abraham Ortelius, según aparece en su *Theatrum Orbis Terrarum*, 1587, pág. 72.
- XX. Los dos hemisferios del mundo por Petrus Plancius, 1596, pág. 74.
- XXI. El continente americano en un mapa japonés, muestra del arte cartográfico Namban, pág. 76.
- XXII. California en el mapa de México y América Central por M. Tatton, 1616, pág. 82.
- XXIII. Mapa de América de Michael Mercator, 1628, pág. 84.
- XXIV. Mapamundi de Henrico Hondius, Amsterdam, 1630, pág. 86.
- XXV. California como isla en un mapa de América por John Overton, Londres, 1668, pág. 90.
- XXVI. Mapa de América del Norte por el holandés Jan Janson, 1638, pág. 92.
- XXVII. Mapa de la Audiencia de Guadalajara

*Para la localización de las láminas en el texto, se cita el número de la página anterior.

- con Nuevo México y California, por Nicholas Sanson, 1656, pág. 94.
- XXVIII. El puerto de Acapulco en las *Demarcaciones* de Nicolás de Cardona, pág. 96.
- XXIX. Puerto de La Paz en las *Demarcaciones* de Nicolás de Cardona, pág. 98.
- XXX. "Playa hermosa", en las *Demarcaciones* de Nicolás de Cardona, pág. 100.
- XXXI. Mapa de la colonia inglesa de Virginia, dibujado por John Farrer, en 1650, pág. 102.
- XXXII. Mapamundi de Nicolás J. Visscher, delineado en Amsterdam hacia 1657, pág. 110.
- XXXIII. Mapamundi con una proyección óptica desde el polo norte, por el jesuita Heinrich Scherer, München, 1702, pág. 118.
- XXXIV. Mapa de California como isla, publicado en Londres, en 1669, por Richard Blome, pág. 124.
- XXXV. Mapa de América del Norte, por Guillaume De L'Isle. Copia temprana del que publicó en Amsterdam, en 1700, pág. 136.
- XXXVI. El hemisferio occidental en un mapa derivado del que produjo Guillaume De L'Isle en 1722, pág. 140.
- XXXVII. Mapa holandés de "Nuevo México y California" por Isaak Tirion, publicado en 1765, pág. 148.
- XXXVIII. Mapa de México preparado por Joseph Antonio de Alzate y Ramírez, en 1767, pág. 156.
- XXXIX. Carta de California por Robert de Vaugondy, geógrafo del rey de Polonia, duque de Lorena y de Bar, y de la Academia Real de Ciencias de Nancy y censor real, 1772, pág. 160.
- XL. El noroeste de América. Mapa debido a Rigobert Bonne, pág. 168.
- XLI. Testimonios de varias representaciones de California, en la edición de 1770-1779 de la *Encyclopédie ou Dictionnaire Raisonné de Sciences, des Arts et des Métiers*, dirigida por Denis Diderot, París, pág. 170.
- XLII. América Septentrional por J. B. Poirson, ingeniero-geógrafo, 1803, revisada y aumentada en 1816, París, pág. 176.
- XLIII. Carta de la América Septentrional por Ambroise Tardieu, publicada en París, 1821, pág. 178.
- XLIV. América Septentrional, mapa editado por Gaspar y Roig, Madrid, 1852, pág. 180.
- XLV. Mapa de México, editado por Gaspar y Roig, Madrid, 1855. Registra grandes cambios en la frontera con los Estados Unidos, pág. 184.

ÍNDICE DE FIGURAS

1. Mapa de la América del Norte por Janvier, Burdeos, 1762. pág. 5.
2. Demarcación del puerto de San Diego por Enrico Martínez. pág. 6.
3. Plano de la bahía de San Bernardo con San Lucas a su izquierda, por el padre Miguel del Barco. pág. 8.
4. Mapamundi que abarca el "océano Occidental" dibujado por Bartolomé Pareto, Génova, 1455. pág. 14.
5. Mapamundi de Johannes Myritius, Ingolstadt, 1590. pág. 15.
6. Grabado incluido en una de las primeras publicaciones en que se dio a conocer el primer viaje de Colón: La lettera delli isole che ha trovato nuovamente il re di Spagna, Firenze, Ottobre, 1493. pág. 16.
7. Portulano con la península ibérica y las lejanas islas del océano Occidental por Grazioso Benincasa, Roma, 1470. pág. 17.
- 8 a y b. Dibujos hechos por el veneciano Alessandro Zorzi, 1522. a) "Mundo Novo"; b) "fachada de Asia", con algunos topónimos consignados por Colón. pág. 24.
9. Mapamundi de Martín Waldseemüller, Estrasburgo, 1507. pág. 26.
10. Detalle del mapa del cartógrafo polaco Johannes Stobnicza (1513). pág. 27.
11. Mapa de los litorales del Golfo de México, resultado de la expedición de Alonso Alvarez de Pineda en 1519. pág. 28.
12. Mapa del Golfo de México, en el que Yucatán aparece como isla, incluido en la edición latina de la Segunda Carta de Relación de Hernán Cortés, publicada en Nuremberg y en Venecia, 1524. pág. 29.
13. Mapamundi Salviati. Temprana delineación de México. Anónimo, 1525. pág. 30.
14. Golfo de México según Maiollo, Génova, 1527. pág. 31.
15. "Mapa Castiglioni", que ilustra el perfil de México con el Golfo de México y una parte del océano Pacífico, elaborado en 1525. pág. 36.
16. Portada de las *Sergas de Esplandián*. Edición de Zaragoza, 1587. pág. 39.
17. Expedición enviada por Cortés a las Molucas, 1527. pág. 42.
18. Mapa que muestra la gran extensión del Pacífico por Abraham Ortelio, 1589. pág. 43.
19. Expedición de Diego Hurtado de Mendoza, 1532. pág. 46.
20. Expedición de Diego de Becerra, 1533. pág. 47.
21. Expedición a California del propio Hernán Cortés, 1535. pág. 49.
22. Expedición de Francisco de Ulloa en 1539. pág. 51.
23. Copia tardía del mapa de las costas occidentales de Nueva España y de la península de California. Original de 1541. pág. 53.
24. Mapamundi de Sebastián Caboto (1544) en el que se delinea ya a California. pág. 55.
25. Detalle del mapa de Sebastián Caboto (1544), con una referencia a Hernán Cortés. pág. 56.
26. "Las vacas corcovadas" de Cíbola. Dibujo en la *Historia de las Indias* de Francisco López de Gómara, Zaragoza, 1552. pág. 60.
27. Las expediciones enviadas por el virrey Mendoza, por tierra, de Francisco Vázquez de Co-

- ronado y Hernando de Alarcón por mar. pág. 61.
28. Mapamundi de Giacomo Gastaldi, grabado en cobre, 1546. pág. 65.
29. Derrotero de la expedición de Juan Rodríguez Cabrillo, enviada por el virrey Mendoza, 1542-43. pág. 66.
30. Mapa del Nuevo Mundo incluido en el tercer volumen de la obra de Giovanni Battista Ramusio, *Navigazioni et viaggi*, Venezia, 1556. pág. 68.
31. Mapa del Nuevo Mundo incluido al principio de la *Historia de las Indias* de Francisco López de Gómara, Zaragoza, 1552. pág. 69.
32. Mapa de Giacomo Gastaldi, impreso por Paulo Forlani, Venecia, 1560. pág. 70.
33. Derroteros de viajes de Acapulco con rumbo a Manila indicados en un mapa de P. du Val, París, 1679. pág. 72.
34. Mapa de circunnavegación de sir Francis Drake, grabado hacia 1583.
35. Mapa de Bolognino Zaltieri en el que se señala la separación de Asia y América por el "estrecho de Anián", según concepción anterior de Gastaldi en 1562. Grabado en Venecia, 1566. pág. 75.
36. Mapamundi de sir Humphrey Gilbert, publicado con su *A Discourse for a New Passage to Cataia*, en 1576. pág. 76.
37. Una parte del mapa de Michael Lock, incluido en la obra de Richard Hakluyt, *Divers Voyages*, London, 1582. pág. 77.
38. Mapa de las regiones árticas por Gerardo Mercator publicado en su Atlas de 1595. pág. 82.
39. Derrotero de las expediciones de Sebastián Vizcaíno. pág. 83.
- 40 a, b, c y d. Demarcaciones preparadas por Enrico Martínez con base en la información obtenida, a lo largo de la expedición de Sebastián Vizcaíno, por el cosmógrafo Gerónimo Martín Palacios; a) Cabo San Lucas; b) Punta Eugenia; c) Bahía Magdalena; y d) Ensenada de Todos Santos. pág. 86.
41. Enfrentamiento entre los corsarios al mando de Joris van Spilbergen y las fuerzas de Sebastián Vizcaíno en el puerto de Salagua, según grabados de Jan Jansson. pág. 88.
42. Portada de la edición de 1624 de la obra de Antonio Herrera impresa en Franckfurt. Ejemplo de primeros mapas en que California, aparece como isla. pág. 89.
43. Carta diseñada por Henry Briggs en 1625. pág. 90.
44. Primer mapa —según R. V. Tooley— en el que se concede particular énfasis a California y Nuevo México, delineado por Nicholas Sanson d'Abbeville, París, 1656. pág. 91.
45. Portada del opúsculo de Nicolás Cardona, dirigido a Felipe III en el que proporciona "Descripciones geográfica e hidrográficas... en especial del descubrimiento del reino de la California...", 1617. pág. 92.
46. La expedición de Nicolás Cardona. pág. 93.
47. Mapa dibujado por Juan López de Vicuña, desde cabo San Lucas hasta el Puerto de Monterey y cabo Mendocino. pág. 94.
48. Derrotero de la primera expedición del capitán Francisco de Ortega, 1632. pág. 95.
49. Derrotero de la tercera expedición del mismo capitán Ortega, 1636. pág. 96.
50. Dibujo de época cercana (1623) a las expediciones de Francisco Ortega, mostrando cómo se pesca perlas valiéndose de una red. pág. 97.
51. Otra ilustración de las operaciones de pesca de perlas. Al igual que la de la figura anterior, aparece en el manuscrito 1035 que se conserva en el Museo Naval, Madrid. pág. 97.
52. Nueva Granada (desde Sinaloa hasta las Pimerías) y California, por el holandés Pieter Goos. pág. 98.
53. "Nueva Granada y California", mapa de Cornelius Wifliet, quien lo incluyó en el primer atlas dedicado exclusivamente al Nuevo Mundo: *Supplement to Ptolomey's Geography*, Louvaine, 1597. pág. 99.
54. Mapa de John Farrer, grabado y publicado por John Stephenson para la obra *Virgo Triumphans*, Londres 1650. pág. 100.
55. Expedición de Pedro Porter y Cassanate. pág. 101.
56. Las expediciones de Isidro de Atondo y Eusebio Francisco Kino (1683-1685). pág. 106.
57. Mapa delineado por Eusebio Francisco Kino hacia 1685. pág. 107.
58. Plano del proyectado fuerte que debía edificarse junto al Real de San Bruno en California. (Archivo General de Indias, Sevilla.) pág. 109.
59. Mapa preparado por el cosmógrafo jesuita Heinrich Scherer, München, 1703. pág. 110.
60. Mapa de Eusebio Francisco Kino, delineado en 1696, en el que California aparece como isla. pág. 111.
61. Carta "pirata" del mapa de Kino de 1695, preparada y publicada por Nicolás de Fer en París, 1705. pág. 112.
62. Entrada en California del Padre Juan María Salvatierra. pág. 113.
63. Principales expediciones de Kino entre los años 1697-1702. pág. 114.
64. Copia del mapa original elaborado por Eusebio Francisco Kino en 1701 y que muestra por primera vez, lo que él llamó "paso por tierra a California". pág. 117.
65. Otra copia del mapa original de Kino de 1701. Se incluyó en la serie *Lettres Édifiantes* y en *Mémoires de Trévoux*, ambas en París y en 1705. pág. 118.
66. Otra copia del mapa de Kino, con información ulterior hasta 1702, publicado en la revista *Der Neue Welt-Bott*, Graz (Austria), 1726. pág. 120.
67. Copia del mapa "Nuevo Reyno de la Nueva Navarra", último que delineó el padre Kino poco antes de su muerte. pág. 122.
68. Las entradas de Jaime Bravo. pág. 125.
69. Principales expediciones emprendidas por los jesuitas entre 1705 y 1739. pág. 129.

70. Derrotero de las exploraciones de Fernando Consag. pág. 136.
71. Copia temprana del mapa de California delineado por el padre Fernando Consag para dar a conocer lo alcanzado en su expedición de 1746. (Archivo General de Indias, Sevilla.) pág. 137.
72. Otro mapa de California derivado de la expedición de Consag de 1746. pág. 138.
73. Mapa que muestra lo descubierto por los jesuitas respecto a la peninsularidad de California, dispuesto por el padre Sigismundo Taraval a raíz de la expedición de Fernando Consag (1746). pág. 139.
74. Exploraciones rusas en el extremo noroeste de América. pág. 142.
75. Copia del mapa que el corsario George Anson encontró en un galeón capturado por él, en 1743. pág. 145.
76. El mapa que se incluyó en la edición dispuesta por Andrés Marcos Burriel de la obra de Miguel Venegas, *Noticias de California*, Madrid, 1757. pág. 146.
77. La "Carta general de los descubrimientos del almirante de Fonte y de otros navegantes españoles, ingleses y rusos . . .", publicada por Joseph Nicholas De L'Isle en París, 1752. pág. 147.
78. El "mapa sustituto", incluido arbitrariamente por los revisores y editores de la obra que había dispuesto el jesuita Andrés Marcos Burriel, *Noticia de la California*, Madrid, 1757. Lo grabó Manuel Rodríguez. pág. 148.
79. Detalle del "mapa sustituto". pág. 149.
80. Mapa de California incluido en la edición póstuma de la *Storia della California* de Francisco Xavier Clavijero, Venecia, 1789. pág. 150.
81. Delineaciones geográficas del jesuita Miguel del Barco enviadas en 1759 al padre Burriel, para una posible nueva edición de la *Noticia de California*. pág. 151.
82. Derrotero de la expedición de Link, 1766. pág. 152.
83. Las Misiones en California al salir de ellas los jesuitas. pág. 153.
84. Mapa de California incluido en la obra del jesuita Juan Jacobo Baegert, publicada en Mannheim, 1772. pág. 84.
85. Portada de la obra póstuma de Jean Baptiste Chappe d'Auteroche. pág. 154.
86. Mapa preparado por Joseph Antonio Alzate y Ramírez en 1768, que refleja la imagen geográfica que se tenía de California al tiempo de la expulsión de los jesuitas. pág. 156.
87. Derrotero de las expediciones por tierra y mar hacia el puerto de San Diego (1769). pág. 157.
88. Mapa en el que se representan las costas de las Californias desde cabo San Lucas hasta 40°, destacando el reconocimiento que se hizo en 1769, por los paquebotes *San Antonio* y *San Carlos*, del canal de Santa Bárbara y las islas que lo forman. pág. 158.
89. Mapa debido al ingeniero Miguel Costanzó, que con Gaspar de Portolá, realizó, desde San Diego, una expedición hasta los puertos de Monterrey y San Francisco en 1770. pág. 160.
90. Las expediciones de Juan Bautista de Anza. pág. 161.
91. Mapa derrotero dispuesto por un misionero franciscano, desde el extremo sur de la península de California hasta aproximadamente 30°. pág. 161.
92. Mapa de las expediciones del padre Francisco Garcés. pág. 162.
93. Las misiones franciscanas, según el mapa incluido por Francisco Palau en su *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra*, México, 1787. pág. 162.
94. Los litorales californianos hasta el paralelo 43° por Miguel Costanzó (30 de octubre de 1770). pág. 169.
95. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste. pág. 171.
96. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste. pág. 171.
97. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste. pág. 172.
98. La secuencia de las expediciones al extremo noroeste. pág. 172.
99. Perfiles geográficos reconocidos hasta 1775, según la "Carta reducida" o general, dispuesta por Juan Francisco de la Bodega y Cuadra. pág. 173.
100. Uno de los varios planos levantados por el piloto Juan de Pantoja: Puerto de San Diego, 1782. pág. 175.
101. "Carta General" de Juan de la Bodega y Cuadra. pág. 176.
102. Carta reducida de la carta septentrional de California, desde el puerto de Acapulco hasta la isla de Unalaska. pág. 177.
103. Carta de México y países limítrofes situados al norte y al este, trazada con arreglo a la *Gran Carta de la Nueva España* de M. Alejandro de Humboldt y otros materiales, por J. B. Poirson, París, 1811. pág. 179.
104. Mapa español, impreso en París por Bulla Frères et Jouy, e incluido en el *Atlas de Las Colonias*, publicado hacia 1840. pág. 181.
105. Mapa de América del Norte en el que se destacan las realidades geopolíticas del Pacífico Norte. pág. 183.

ÍNDICE ANALÍTICO

— A —

Acapulco, puerto de, 46, 51, 61, 65, 74, 82, 84, 93, 94, 98, 144, 179.
Adair, bahía de, en el golfo de California, 113, 115.
África, 14, 19.
Agnesse, Battista, cartógrafo, 9, 51; sus mapas en los que delineó a California, 55, 56, 64, 65.
Alarcón, Hernando de, capitán enviado a explorar el golfo de California por el virrey Mendoza, 53, 61-65, 76, 83, 116, 139, 167.
Alaska, 14, 17, 154, 163, 167, 176, 181, 183, 184.
Alcaíá Galiano, Dionisio, 178.
Aleutianas islas, 171.
Alvarado, Pedro de, 38, 65, 66, 67.
Alvarez de Pineda, Alonso, el mapa del golfo de México (1519) atribuido a él, 28, 30.
Alzate y Ramírez, Joseph Antonio, cartógrafo, periodista y polígrafo, 156, 170.
América, aplicación del nombre a las tierras descubiertas, 25-27; su unión o separación con el Asia, 3, 15, 16, 26, 32, 65, 70, 76, 101, 131, 143-144, 145, 163, 179.
Ángeles, bahía de los, en el golfo de California, 139, 141.
Angeles Los, ciudad en Alta California, 161.
Anián, estrecho de, 5, 6, 70, 76, 78, 85, 91-92, 94, 98, 101, 128, 145, 163, 167, 168.
Ánimas, bahía de las, en el golfo de California, 139.
Anson, George, corsario, 145, 149.
Antilia, isla mítica, 14, 17, 20.
Antillas, islas, 23-26, 27.
Anza, Juan Bautista de, capitán y explorador, 161-163, 168.

Arizona, Alta Pimería, 105, 112, 113, 114-120.
Arteaga, Ignacio, 172.
Ártico, océano, 143, 171.
Ascensión, fray Antonio de la, acompaña a Vizcaíno en su segunda expedición, 84, 85, 87, 88, 91, 93, 95, 167.
Aschmann, Homer, 149 n., 192.
Asia, 14, 23, 24, 26, 46, 66, 145; supuesta unión con el Nuevo Mundo, 3, 15, 16, 32, 46, 65, 70, 76, 101; extensión de sus confines, 20, 143.
Atondo y Antillón, Isidro, almirante, explora California, 101, 106-112, 114, 119, 126, 130.
Ayala, Juan Manuel, 173.

— B —

Bacalaos, tierra de los, (Terranova), 66.
Baegert, Juan Jacobo, misionero y cronista jesuita en California, 53, 170 n., 191.
Baja California. Véase: California, Californias. En este libro se aplica el nombre de California de modo especial a la península que fue la primera en recibirlo.
Bancroft, Hubert H., 87 n., 97 n., 175 n., 191.
Banderas, bahía de, 94.
Barco, Miguel del, misionero y cronista de California, 8, 105 n., 121, 140-141, 142, 149, 150 n., 151, 191.
Basaldúa, Juan, misionero jesuita en California, 123, 125, 126.
Becerra, Diego, su expedición a California, enviado por Cortés, 47-48.
Behaim, Martín, cartógrafo y cosmógrafo, 21.
Behring, Vitus, danés al servicio de Rusia, 143, 171.
Benincasa, Grazioso, cartógrafo medieval, 17.

- Blaeu, Wilhelm J., cartógrafo, 9, 75.
- Blanco, cabo, en Alta California, 85, 160, 170.
- Bodega y Cuadra, Juan Francisco de la, 172, 176, 177, 178.
- Bolton, Hebert E., historiador y biógrafo del padre Kino, 7, 106 n., 110, 114, 191.
- Bravo Jaime, misionero jesuita en California, 123, 125, 126, 191.
- Brazil, 14, 20.
- Brown, Lloyd A., historiador de la cartografía, 54, 191.
- Buache de la Neuville, Philippe, cartógrafo, 147, 170; su nueva concepción de California, 147-148.
- Bucareli, virrey de Nueva España, 172.
- Buena guía, río de la, nombre puesto por Hernando de Alarcón al río Colorado, 64.
- Burriel, Marcos, jesuita, revisó la obra de Miguel Venegas acerca de California, 121, 127-128, 143, 144, 147, 148-151, 157, 170.
- Burrus, Ernest J., 7, 107 n., 113 n., 116 n., 119, 121, 151 n., 191.
- C —
- Cabeza de Vaca, Alvar, 51, 59, 61.
- Cabotó, Juan, navegante, 17, 23.
- Caboto, Sebastián, navegante y cartógrafo, 9, 23, 51; su mapamundi en el que delineó a California, 54-55, 56.
- Cabrillo. Véase Juan Rodríguez Cabrillo.
- Calamajué, misión jesuítica en Baja California, 153.
- California, su nombre, 4, 184; llamada por poco tiempo "Carolinas", 106-107; representada como península, 53-55, 64, 69-71, 116-121, 136-137, 141; como isla, 16, 50, 72, 85, 89-90, 91-92, 109, 111, 149; paso por tierra a, 63-64, 88, 128; la nueva delineación de las Californias introducida por Guillaume De L'Isle, 136-137; parecer de Antonio de Ulloa y Jorge Juan sobre su insularidad, 140; su destino, 180-185.
- Californias, su perfil geográfico en la *imago mundi*, 131, 136, 143, 145, 163, 168-171, 180-181; longitudes exageradas hacia el poniente en los mapas del XVI y XVII, 170; exploraciones hacia el extremo norte durante el último tercio del siglo XVIII, 172-180.
- Canadá, 14, 70, 90, 181, 184.
- Canarias, islas, 20, 21.
- Cañizares José, piloto de la armada real, su mapa de la bahía de San Francisco, 173.
- Carbonel, Francisco Esteban, 96-97.
- Cárdenas de la Peña, Enrique 7.
- Cardona, Nicolás, sus pesquerías de perlas, 92-94, 96, 101.
- Cardona, Tomás de, su compañía para la pesca de perlas, 90, 93, 94.
- Carlos V, 30, 35-36, 55, 180, 184.
- Carmen isla del, en el golfo de California, 96, 126.
- Carolinas, efímero nombre dado a las Californias por el padre Kino y otros, 106, 107, 109.
- Carpizo Macgregor, Jorge, 10.
- Cartografía de California elaborada como resultado de las expediciones, 6, 64, 68, 108, 109-111, 114, 116-121, 138, 158, 159-160, 173, 175, 176, 177; la preparada en Europa, 7, 53-56, 64-65, 68-71, 118-121, 143, 146, 148, 149, 150, 153, 179; California como isla, 84-85, 149.
- Casa de Contratación (Sevilla), 7, 22, 31, 54, 68.
- Casas, fray Bartolomé de las, cronista y misionero, 22.
- Castañeda de Nájera, Pedro, cronista de la expedición de Vázquez de Coronado, 63-64, 192.
- Castillo, Domingo del, piloto en dos expediciones a California, 9, 53, 93.
- Catalana, isla en el golfo de California, 126.
- Catalanes, voluntarios en California, 157, 176.
- Cathay (véase: China).
- Cavendish, Thomas, 6, 81; su asalto al galeón Santa Ana, 74.
- Cebreito Blanco, Luis, marino y editor de derroteros de navegación y otros textos, 67 n., 72 n.
- Cedros, isla de, descubierta por Francisco de Ulloa, en 1539, 52-53, 66, 67, 68, 71, 85; expedición del jesuita Sigismundo Taraval a dicha isla, 129-130; la avista el padre Consag, 141.
- Cerralvo, isla de, en el golfo de California, 47, 50, 82; así nombrada por Francisco de Ortega en 1632, 96.
- Cerro Prieto, zona geotérmica al norte de Baja California, 63.
- Cíbola, una de las legendarias siete ciudades, 3, 7, 61, 62, 63, 65.
- Cihuatán, la isla "poblada de mujeres", 37-38, 45-46, 61.
- Cipango (Japón), 9, 13, 20; situado en la cartografía en un lugar que correspondería a México, 25, 26; en donde se encuentra California, 9, no muy lejos de ésta, 68, 70, 75, 76.
- Cirio (*idria columnaris*), 4, su nombre en lengua cochimí, 141.
- Clavijero, Francisco Xavier, historiador jesuita, 121, 140, 150, 153-154, 170, 192.
- Cochimíes, indígenas, 123, 126, 127, 130, 138, 152.
- Colima, 42, 46.
- Colnett, James, 174-178.
- Colón, Cristóbal, 3, 28, su propósito de llegar a las Indias por el poniente, 13-14, 15, 18-21.
- Colorado, río, descubierto por Francisco de Alarcón en 1539, 52-53, 61, 61-64, 70, 144; exploración desde Nuevo México, 87-88; 111, 113, exploraciones del padre Kino, 114-120; expedición del padre Ugarte, 126-128; de Consag, 135; islas en la desembocadura, 139, 141; expedición de Linck, 152-153; exploraciones del padre Garcés, 161-162.
- Comercio, rutas del, 18-21.
- Compostela, Nueva Galicia, 61.
- Concepción, bahía de la, en el golfo de California, 83, 97, 99, 123.
- Consag, Fernando, misionero jesuita y explorador en California, 6, 129, 135; sus exploraciones, 137-142, 152, 167.
- Costanzó, Miguel, ingeniero y cartógrafo, 157, 159-160, 169, 170, 173.
- Cook, James, sus viajes de exploración, 173-174, 192.
- Coronados, isla de los, en el golfo de California, 96, 107.

Corrientes, cabo, 84, 160.
 Corsarios en las Californias, 73, 74, 78, 81, 84, 88-91, 93, 98, 109, 135.
 Cortés, Hernán, 4, 9, 29, 47, 60, 61, 65, 83, 110, 126, 167, 180, 184, 192; y la conquista de México, 29-30, 32; su expedición a las Molucas, 41-45; a California, 45-56; la expedición de 1535 al frente de la cual fue él, 48-51.
 Cosa, Juan de la, navegante y cartógrafo, 23.
 Couto, Bernardo, comisionado mexicano en la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo. Salva para México la Baja California, 182.
 Crespi, fray Juan, misionero franciscano en Alta California, 159, 172.
 Cuba, 28, 29, 30.
 Cuevas, Luis Gonzaga, comisionado mexicano en la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo. Salva para México la Baja California, 182.
 Cuevas, Mariano, historiador jesuita, 72.
 Culiacán, villa de San Miguel (Sinaloa), 51, 60; provincia de, 78.

— CH —

Chappe d'Aueroche, Jean Baptiste, su observación en California del paso de Venus por el disco del sol, 154-155, 192.
 Cheyney, Edward Potts, 18 n.
 Chiametla, Jalisco, 48.
 China, 6, 13, 18, 19, 22, 24, 46, 73, 76, 85, 149.
 Chirikow, Peter, marino ruso, 142, 143.

— D —

Dahlgren, Erik D., 7.
 D'Ailly, Pierre, su *Imago mundi*, 13, 21-22.
 D'Anville, J. B., cartógrafo, 143.
 Danzantes, isla de los, en el golfo de California, 96, 122, 123, 151.
 Davis, estrecho de, 78.
 Decorme, Gerardo, historiador jesuita, 105 n., 192.
 De l'Isle, Guillaume, cartógrafo, 5, 110; la nueva concepción geográfica que introdujo, 136-137, 143.
 De l'Isle, Joseph Nicolas, 143, 147, 148, 170, 171.
 Demarcaciones hechas por Enrico Martínez, 85-86.
 Díaz del Castillo, Bernal, 40, 47, 49-50, 51, 53, 192.
 Díaz, Melchor, su expedición y cruce del río Colorado, 8, 63-64.
 Dolores, misión de, en Baja California, 114, 126.
 Drake, Francis, 7, 9, 73, 128, 175; su búsqueda del "paso o estrecho del norte", 17-18; su circunnavegación del mundo, 73, 78.
 Dunne, Peter Masten, historiador jesuita, 121, 192.

— E —

Eden, Richard, compilador de crónicas sobre el Nuevo Mundo, 69.
 Elcano, Juan Sebastián, 41.
 Eliza, Francisco, de la real armada, 176, 178.
 Ensenada de Todos Santos, 160.
 Espíritu Santo, isla en el golfo de California, 50, 96, 97.
 Estados Unidos de América, presencia de barcos del nuevo país en Nutka (en 1787), 174n; su interés

y apoderamiento de Alta California, 180, 182-184; su adquisición de Alaska, 184.
 Estebanico, el mulato acompañante de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, 60-61, 62.
 Estrecho o paso entre los dos océanos, búsqueda por los enviados de Cortés, 38-40. Véase además: "Anián, estrecho de".

— F —

Fagés, Pedro, capitán, 156-157; gobernador de California, 160, 163.
 Fer, Nicolás de, cartógrafo, 112.
 Fernández de Navarrete, Martín, 175 n.
 Fernando el Católico, 16.
 Ferrelo, Bartolomé, piloto de la capitana, en la expedición de Juan Rodríguez Cabrillo, 67-68.
 Fidalgo, Salvador, de la real armada, 176.
 Filipinas, 6, 66-67, 72, 90, 98, 100, 128, 158, 175, 180, 184; nombradas "islas de San Lázaro" por Alvaro de Saavedra Cerón, 44; desembarcó en ellas de Ruy López de Villalobos, 66-67; conquista de las, 71-73.
 Flores, Jorge D., editor de documentos sobre California, 124 n.
 Florida, península de, 27-28, 30-31, 181; los naufragos de la expedición al mando de Pánfilo de Narváez, 59-61, 92.
 Fondo piadoso de la California, 111.
 Font, Pedro, franciscano, matemático y cartógrafo, 163.
 Francia, su interés en el noroeste de América, 168.
 Frobisher, Martín, su supuesto viaje a través del estrecho del norte, 78.
 Fuca, Juan de, estrecho, 170, 177.
 Fuentes o testimonios para el estudio de las ideas geográficas acerca de las Californias, 4-7.

— G —

Galeones de Manila, 71-73, 74, 84, 90, 98, 100, 109, 121, 124, 126, 128, 129, 149, 158; hacen escala en San José del Cabo, 130.
 Gali, Francisco, capitán, 74, 81.
 Gálvez José de, visitador de la Nueva España, 9, 155-157, 159.
 Garcés, fray Francisco, misionero franciscano y explorador, 161-162.
 García de Loaysa, Jofre, su expedición, 41, 42, 167.
 Gastaldi, Giacomo, cartógrafo, 9, 65, 70, 76, 77.
 Geografía imaginaria, 3-4, 100, 116, 169.
 Geopolítica, intereses de índole, en el noroeste de América 163, 171-180; destino de las Californias, 180-185.
 Giganta, sierra de la, 107, 110.
 Gila, río (Arizona), 61, 87, 111, 144, expediciones de Kino en torno a este río, 113-121; exploraciones del padre Sedelmayer, 141-142; exploraciones del padre Garcés, 161-162.
 Gilbert, Humphrey, 76, 78.
 Gómez Canedo, Lino, historiador franciscano, 157 n., 192.
 González y Cabrera Bueno, José, cosmógrafo, 158, 169.

Goñi, Matías, jesuita, acompaña a Kino en su viaje con el almirante Atondo, 106-111, 112.
 Gore, isla en la desembocadura del Colorado, 139.
 Grijalva, Hernando de, su expedición a California, enviado por Cortés, 47-48; presta auxilio a Cortés en su tercera expedición, 50.
 Grijalva, Juan de, 28-30.
 Groenlandia, 78.
 Guadalajara, Jalisco, 66, 75.
 Guadalupe Huasinapi, misión de, en Baja California, 126, 129.
 Guatulco, puerto de (Oaxaca), 73.
 Guillén, Clemente, misionero jesuita en California, 123, 124, 126, 130, 191.
 Guillén y Tato, Julio, 7.
 Gutiérrez, Diego, cartógrafo, 77.
 Guzmán, Nuño Beltrán de, 46, 47, 48, 49, 51, 59.

— H —

Hakluyt, Richard, compilador de relaciones de viajes, 9, 69, 77, 78, 91, 194.
 Hellen, Everardo, misionero jesuita en California, 123, 126, 129, 130.
 Hernández de Córdoba, Francisco, 28, 29.
 Herrera, Antonio de, cronista real, 9, 46-47, 48, 49, 89, 92 n., 192.
 Hezeta, Bruno de, de la armada real, 172.
 Homem, Andrés, cartógrafo, 70.
 Hondius, (Hondio), Henricus, cartógrafo, 9, 75.
 Hudson, bahía de, 17.
 Humboldt, Alejandro de, 13, 179, 192.
 Hurtado de Mendoza, Diego, su expedición, enviado por Cortés, 46-47, 192.

— I —

India, 13, 15, 18, 23.
 Indígenas de California, 52, 55, 126, 130; dan muerte a Fortún Jiménez, 48; reciben pacíficamente a Sebastián Vizcaíno, 83, 138; sus lugares de asentamiento en un mapa de Kino, 119; cochimíes, 123, 138, 152, 159.
 Inglaterra, su interés respecto de California, 85, 171, 173-180; cede ante las presiones de los Estados Unidos, 182-184.
 Isabel I de Inglaterra, 17.
 Islandia, 21.
 Iturbe, Juan de, participa en la empresa perifera de los Cardona, 93-94.

— J —

Jalisco, 66, 75, 90.
 Japón, 6, 13, 46, 68, 70, 72, 149, viaje de Vizcaíno a, 88-90.
 Jesuitas en California, 99, 105, 106-132, 135-154.
 Jiménez, Fortún, el primero en llegar a California y promotor de un motín, 48, 49.

— K —

Kamchatka, península de, 142-143, 171.
 Kanahuati, Jorge, 10.

Kino, Eusebio Francisco, 6, 9, 87, 88, 101, 105, 124, 126, 127-128, 130, 135, 138, 141, 142, 161, 167, 192, 193; su viaje con el almirante Atondo, 106-111; sus expediciones para comprobar la peninsularidad de California, 114-120; sus mapas del "paso por tierra a California", 8, 116-120; mapa que muestra la secuencia de sus expediciones, 114; influencia de sus mapas en los cartógrafos Guillaume De L'Isle y Jean Baptiste Nolin, 136-137.
 Kodiak, península de, 171, 177.

— L —

La Paz, puerto y bahía de, 10, 38, 48-51, 83, 85, 93, 94, 99, 106, 120, 155, 156, 157; fundación definitiva de una misión allí, 126.
 Labrador, península del, 27, 77.
 Lachica, Federico V. de, 10.
 latitudes geográficas, 20, de La Paz, 49; del ancón de San Andrés y bocas del Colorado, 51, 64; del puerto de Monterrey, 94; del Cabo Blanco en Alta California, 85; un supuesto viaje por el golfo de California hasta 34°; otras latitudes imaginarias, 100, 116, 169; las registradas por Kino, 121; las registradas por Linck, 152; las registradas por Constanzó, 160; en el extremo norte, 175-180.
 León-Portilla, Miguel, 87 n., 105 n., 126 n., 150 n., 154 n., 192.
 Linck, Wenceslao, misionero jesuita, 6, 142, 167, 170, 191; sus exploraciones, 151-154, 192.
 Loayza. Véase: García de Loayza Jofre.
 Londó, San Juan Bautista, misión en California, 107, 112, 122.
 longitudes geográficas, 20; las de San José del Cabo y Cabo San Lucas, a partir de la cual se medían las longitudes de todos los puntos al norte, 155; muy exageradas longitudes de las Californias hacia el poniente en los mapas de los siglos XVI y XVII, 170.
 López de Gómara, Francisco, cronista, 9, 46 n., 48, 49, 51, 60, 64, 69, 70, 76, 193.
 López de Haro, Gonzalo, de la armada real, 174.
 López de Legazpi, Miguel, conquistador de Filipinas, 71.
 López de Vicuña, Juan, capitán que rinde un dictamen acerca de la posibilidad de establecer asentamientos en California, 94-95.
 López de Villalobos, Ruy, su expedición al Asia y desembarco en las Filipinas, así llamadas en honor de Felipe II, 66-67, 71.
 Loreto, misión, presidio y puerto sobre el golfo de California, 112, 116, 119, 121, 123, 125, 126, 153, 154, 157, 158, 159.
 Lowery, Woodbury, 7.

— M —

Magallanes, Hernando, su viaje de circunnavegación del mundo, 36-37, 41, 43, 54, 167; estrecho de, 17, 20, 90.
 Magdalena, bahía, en Baja California, sobre el océa-

— O —

no Pacífico 107, 113; expedición a la, realizada por Clemente Guillén, 124.
 Malaspina, Alejandro, 178.
 Malibat, San Juan Bautista, misión en Baja California, 122, 123.
 Mange, Juan Matheo, capitán y cronista del noroeste novohispano, 70 n., 87-88, 113, 115, 193.
 Manila, Filipinas, 71, 72, 73, 75, 84, 90, 107, 121, 129, 130, 158.
 Manzanillo, puerto de (Colima), 94.
 Maurelle, Francisco Antonio, 172.
 Mártir de Anglería, Pedro, 30, 78.
 Martines, Joan, cartógrafo, 75.
 Martínez, Enrico, 6, 9, 85-86, 95.
 Martínez, Esteban José, piloto de la armada real, 172, 174.
 Martínez Sayas, Juan, 178.
 Matanchel, puerto de, 109, 179.
 Mathes, Michael W., 7, 10, 74 n., 81 n., 90 n., 93 n., 107 n., 128 n., 193.
 Mazatlán, Sinaloa, 82, 84.
 Medina, Pedro de, cosmógrafo y cartógrafo, 69-70.
 Mendocino, cabo, 67, 75, 84, 85, 129, 170, 172.
 Mendoza, Antonio de, primer virrey de Nueva España, 9, 49, 50, 53, 56, 59, 60, 61, 65, 66.
 Mercator, Gerardo, cartógrafo, 9, 75, 76, 77, 82.
 Mexicali, Baja California, 161.
 México (ciudad de), 29, 35, tenida por una ciudad china, de nombre Quinsay, 32.
 Molucas, archipiélago de las, 18, 32, 76, 91.
 Monserrat, isla en el golfo de California, 126, 151.
 Montague, isla de, en la desembocadura del Colorado, 139.
 Monterrey, puerto de, en Alta California, 85, 88, 94, 144, 155, 159, 161-163, 178, 179.
 Monterrey, virrey conde de, 84.
 Moreno de los Arcos, Roberto, 10, 155 n., 193.
 Mulegé, Santa Rosalía de, misión en Baja California, 123, 126, 129.
 Myritius, Johannes, cartógrafo, 15.

— N —

Nascimbem, Pedro María, misionero jesuita en California, 140.
 Narváez, Pánfilo de, su expedición a la Florida, 59-61.
 Navidad, puerto de la (Jalisco), 67, 71, 81, 84, 85, 94.
 Niza, fray Marcos de, 56, 60-61.
 Nolin, Jean Baptiste, cartógrafo, 136-137, 170.
 Nuestra Señora de Guadalupe, real y misión en La Paz, 106, 107, 116.
 Nueva Albión, nombre dado por Francis Drake a la tierra en la que desembarcó, 17, 74, 78, 175, 180, 184.
 Nueva Galicia, 59, 60, 61, 66, 96, 151.
 Nueva o Alta California, exploraciones y fundaciones en ella, 154-161.
 Nueva Vizcaya, 121.
 Nuevo México, 63, 87-88, 90, 121, 155, 182.
 Nutka, 8, 174, 176; el incidente de 174-180, 181.
 Nutrias, 141, 171.

Onís, Luis de, embajador de España ante los Estados Unidos. Firma tratado de límites, 181-182.
 Ontiveros, Carlos, 10.
 Oñate, Juan de, capitán, explora la región del Colorado 87-88.
 Ordóñez de Montalvo, Garci, autor de las *Sergas de Esplandián*, en donde aparece el nombre de California, 4, 38, 39, 93, 193.
 Oregón, 181-182.
 Ortega, Francisco de, sus viajes a California, 94-95, 107.
 Ortega, José Francisco de, descubridor de la bahía de San Francisco, 159.
 Ortelio, Abraham, cartógrafo, 9, 43, 75, 77, 83.

— P —

Pacífico, océano, su descubrimiento, 25, 35; litorales mexicanos en él, 32, 35-36, 37-38; capitulaciones de Hernán Cortés para explorar en la "mar del Sur", 35-37.
 Padrón Real, en la Casa de Contratación de Sevilla, 23, 31-32.
 Palacios, Gerónimo Martín, cosmógrafo en la segunda expedición de Vizcaíno, 83-85.
 Palau, fray Francisco, misionero franciscano y cronista de las Californias, 156-157, 162, 163, 170, 193.
 Pantoja, Juan piloto de la armada real, 174, 175.
 Pareto, Bartolomé, cartógrafo medieval, 14.
 Paso por tierra a California, 63-64, 88, 114-120, 161-163.
 Pelicano, isla en la desembocadura del Colorado, 139.
 Pérez, Juan, capitán de navío, 157, 172.
 perlas, pesca de, 81, 82, 83, 101.
 Pérouse, J.F. Galaup de la, navegante francés que tocó Alta California, 174.
 Perú, 72, 84, 101, 126.
 Píccolo, Francisco María, misionero jesuita, 112-113, 122-123, 125, 193.
 Pichilingue, en la bahía de La Paz, 107.
 Pimerías, Sonora-Arizona, 105, 112, 113, 114-120, 121, 141, 161-163.
 Polo, Marco, 13, 19, 25, 32, 73.
 Ponce de León, Juan, 28.
 Porter y Cassanate, Pedro, sus exploraciones en el golfo de California, 96-100, 116.
 Portillo, Álvaro del, 7, 193.
 Portolá, Gaspar de, comandante de la expedición por tierra a la Alta California, 156-157, 159, 160.
 portulanos, mapas, 20.
 Ptolomeo, su concepción geográfica, 14; 99; redescubrimiento de su *Geographike Syntaxis*, 20, 27.
 Purísima, la, misión jesuítica en Baja California, 150.

— Q —

Quimper, Manuel, de la real armada, 176.
 Quivira, una de las legendarias siete ciudades, 3, 7, 61, 65, 78, 85, 112.

— R —

- Ramírez de Fuenteleal, Sebastián, presidente de la Segunda Audiencia de México, 59.
- Ramusio, Giovanni Battista, compilador de relaciones de viajes, 9, 32, 51, 52, 61 n., 62, 64, 68, 69, 70, 76, 193.
- Retz, Jorge, misionero jesuita en California, 141.
- Revillagigedo, archipiélago de, 48.
- Ribero, Diego, cartógrafo, 32.
- Río, Ignacio del, 121.
- Rivera y Moncada, Fernando, capitán, acompaña al padre Consag en una expedición, 140-141; marcha por tierra a San Diego, 157, 159, 163.
- Rodríguez, Cabrillo, Juan, capitán, 9, 64, 65, 74, 83, 130, 167, 170, 175; su expedición al norte de California, 66-71.
- Rodríguez Cermeño, Sebastián, su viaje desde las Filipinas, 74-75. 81.
- Rodríguez, Lorenzo, Esteban, capitán del presidio de Loreto, 111, 123, 129.
- Rosario, el, misión dominica en el norte de Baja California, 160.
- rusos, presencia suya en el noroeste del Nuevo Mundo, 142-144, 145, 148, 155, 167, 171, 179, 181; venden Alaska a los Estados Unidos, 184.

— S —

- Saavedra Cerón, Alvaro de, capitán que salió con rumbo a las Molucas, 40-45, 71, 167.
- Salagua, puerto de, al norte de la bahía de Manzanillo, 82, 83, 88, 90, 94.
- Salcido y Romo, Jaime, 10.
- Salgari, Emilio, 9.
- Salvatierra, Juan María, jesuita, fundador de las misiones permanentes de Baja California, 111-114, 122, 123, 194.
- San Andrés, ancón, en el extremo norte del golfo de California, 52-53.
- San Antonio de Padua, misión franciscana en Alta California, 161.
- San Bernabé, bahía de, en el extremo sur de Baja California, 85.
- San Blas, puerto y sede de un Departamento marítimo, 155, 174, 176, 178.
- San Borja, misión jesuítica en Baja California, 151, 152.
- San Bruno, real y misión fundados por el padre Kino en California 108, 109.
- San Diego, puerto de, Alta California, 6, 144, 153, 155, 179; expedición hacia y fundación de la misión, 156-158, 159, 160, 161, 162, 169.
- San Felipe, puerto en el golfo de California, 152.
- San Francisco, bahía y puerto de, Alta California, 74, 159, 160, 163, 173, 175, 177, 179; misión de San Francisco de Asís, 163.
- San Gabriel, misión franciscana, en lo que hoy es un suburbio de la ciudad de Los Angeles, 161.
- San Ignacio Kadakaamán, misión jesuítica en Baja California, 129, 140.
- San Javier Biaundó, misión en Baja California, 113, 121, 123.
- San Javier del Bac, misión fundada por Kino en la Pimería Alta (Arizona), 161.
- San José, isla en el golfo de California, 126.
- San José del Cabo, puerto, misión y presidio, 130, 179; se mide su longitud geográfica con precisión, 155.
- San Juan de Capistrano, misión franciscana en Alta California, 163.
- San Lorenzo, isla en el golfo de California, 96, 100, 127, 138.
- San Lucas, cabo, 7, 8, 16, 67, 71, 74, 84, 91, 94, 97, 154, 158, 184.
- San Luis Gonzaga, bahía de, en el golfo de California, 139, 141.
- San Luis Obispo, misión franciscana en Alta California, 161.
- San Miguel, misión dominica en el norte de Baja California, 160.
- San Pedro Mártir, sierra de, en Baja California, 152.
- San Petesburgo, Rusia, noticias sobre interés de ese país por fundar establecimientos en el noroeste de América, 136, 154, 171.
- Sanson d'Abbeville, Nicholas, cartógrafo que representa a California como isla, 90, 98, 111, 168.
- Santa Ana, real de minas en Baja California, 155-157.
- Santa Bárbara, canal de, 68, 158, 159, 174.
- Santa Catalina, isla frente a las costas de Alta California, 71, 174.
- Santa Clara, misión franciscana en Alta California, 163.
- Santa Cruz, Alonso de, cosmógrafo real, 9, 194; su mapa en el que delinea a California, 51, 55-56, 64.
- Santa Cruz (bahía de La Paz), toma de posesión por Cortés, 48-49, 51, 59; rebautizada por Vizcaíno con el nombre de La Paz, 83.
- Santa Gertrudis, misión jesuítica en Baja California, 140, 141.
- Santa Rosalía, Mulegé, misión en Baja California, 123, 124, 126, 129.
- Santiago, puerto de (Colima), 42, 47, 65, nombre dado por Cortés a la isla de Cerralvo, 50.
- Santo Domingo, misión dominica en el norte de Baja California, 160.
- Santo Tomás de Aquino, misión dominica en el norte de Baja California, 160.
- Scherer, Henricus, cosmógrafo y cartógrafo jesuita, 109, 110, 118, 119, 194.
- Schöner, Johannes, cosmógrafo, 32.
- Sedelmayer, Jacobo, jesuita, explora desde Sonora, siguiendo el ejemplo de Kino, 141-142.
- Serra, fray Junípero, presidente de las misiones de Alta California, 152, 153, 155-158, 159, 160-161, 162, 68.
- Seutter, Matheus, cartógrafo, 49, 168.
- Shelvocke, George, toca el extremo sur de California, 130.
- Shirley, Ridley W., cartógrafo, 37 n.
- Siberia, explorada por los rusos, 142.
- Siete ciudades, las legendarias, situadas al noroeste de la Nueva España, 6, 56, 60-61, 64, 70, 85, 180; representadas en el globo de Behaim, 21.
- Sinaloa, 50, 51, 60, 78, 99, 101, 105, 106.

Sistiaga, Sebastián, misionero jesuita en California, 126, 129, 130.
 Sitka, 171.
 Sonora, 63, 64, 105, 107, 111, 113, 114, 121, 127, 155, 168; río de Sonora, 105.
 Spielbergen, Jorin Van, corsario holandés, 88-91, 92, 94.
 Storace, Jorge, su carta de San Diego y su corrección en la latitud, 158.
 Strafford, Guillermo, capitán que acompaña al padre Ugarte en su expedición a las bocas del Colorado, 126-128, 193.

— T —

Tapia, Andrés de, capitán de Cortés que viajó a California, 49.
 Taraval, Sigismundo, misionero jesuita en California, 129; su expedición a la isla de Cedros, 130.
 Tiburón, isla del, en el golfo de California, 119, 127.
 Tiguez, una de las legendarias siete ciudades, 3, 61, 63, 65.
 Tizón, río del, nombre puesto por Melchor Díaz al río Colorado, 63, 116.
 Tooley, R. V., 7, 92 n., 194.
 Tornaviaje, navegación de regreso, de Manila a Acapulco, 71-73.
 Torquemada, Juan de, cronista, 87, 158, 169, 194.
 Toscanelli, Paolo, 19.
 Tres Vírgenes, picos de las, en Baja California, 109.
 Troncoso, Diego, cartógrafo, 170.

— U —

Ugarte, Juan, misionero jesuita en California, 6, 123, 124, 130, 135, 138, 142, 167; su expedición a las bocas del Colorado, 126-129, 139, 191, 193.
 Ulloa, Antonio de, su parecer sobre el carácter insular de California, 140.
 Ulloa, Francisco de, capitán de Cortés, enviado a explorar California, 51-53, 54, 60, 62, 64, 83, 93, 116, 126, 130, 139, 167.
 Unalaska, isla, 171, 174, 176.
 Unamuno, Pedro de, su viaje desde Manila, 74, 81.
 Urdaneta, Andrés de, marino y monje agustino que realizó el "tornaviaje" desde Filipinas a Acapulco, 71-73.

— V —

Valdés, puerto en Alaska, 176.

Vancouver, George, sus viajes, 174-180.
 Vancouver, isla de, 170, 177, 184.
 Vaz Dourado, Fernán, cartógrafo, 75.
 Vázquez de Coronado, Francisco, 60-61, 62, 63-65, 87.
 Velazco, Luis de, el primero (virrey de Nueva España), 74, 81.
 Velázquez, Diego, gobernador de Cuba, 29-30, 38.
 Velázquez de León, Joaquín, participa en las observaciones en California, del paso de Venus por el disco del sol, 155.
 Velicatá, San Fernando, misión franciscana en Baja California, 159, 160; lugar visitado por el padre Linck, 151-152, 153.
 Venegas, Miguel, jesuita, cronista de California, 121, 127-128, 129, 130 n., 138, 140, 143-151, 194.
 Verne, Julio, 9.
 Verrazano, mar de, 78.
 Vespucio, Américo, 24, 25.
 Vespucio, Juan, 31.
 Vila, Vicente, piloto de la real armada, 156-157, 158.
 Vizcaíno, Sebastián, 6, 9, 10, 87, 95, 101, 126, 129, 156, 159, 167, 169, 175, 193; su proyecto de una compañía con fines de pesca de perlas, 81-82; su primera expedición a California, 82-83; su segunda expedición, 84-89; su enfrentamiento con los piratas holandeses, 85-91; bahía que lleva su nombre, 141.

— W —

Wagner, Henry R., 8, 9, 53n., 54, 55, 66n., 75n., 77, 146, 148, 157, 168, 170, 178, 194.
 Waldseemüller, Martín, cosmógrafo y cartógrafo, 25-26, 27.
 Watts, Pauline Moffit, 13n.

— Y —

Yucatán, 27-29, 31-32.

— Z —

Zacatula, puerto de, 40, 41.
 Zaikof, Potap, comandante ruso del establecimiento de Unalaska, 174.
 Zaltieri, Bolognino, cartógrafo, 9, 75, 83.
 Zárate Salmerón, fray Jerónimo, cronista de Nuevo México, 87, 88.
 Zihuatanejo, puerto de, 94.
 Zorzi, Alessandro, 23, 24.
 Zúñiga, Juana de, mujer de Hernán Cortés, 45, 50.

Este libro *Cartografía y Crónicas de la Antigua California*, coeditado por la Universidad Nacional Autónoma de México y la Fundación de Investigaciones Sociales, A. C., se terminó de imprimir, el día 15 de enero, del año de 1989, en Jaime Salcido, Impresiones. En su composición se usaron tipos Times Roman 12:14, 10:12 y 8:9 puntos. La edición estuvo al cuidado de Jaime Salcido y Romo, con la colaboración de Miguel León-Portilla. El tiraje consta de 6,000 ejemplares en papel couché paloma mate de 90 kilos. Ciudad de México.

(Viene de la solapa anterior)

A lo alcanzado por Cortés se suman luego —aunque a veces en medio de enfrentamientos— los esfuerzos de varios virreyes, a partir de don Antonio de Mendoza. El tercer capítulo abarca así expediciones de tanto interés como la que realizó por tierra Francisco Vázquez de Coronado, con el primer cruce del gran río “de la Buena Guía” o “del Tizón” (el Colorado), y también: los viajes por mar de Hernando de Alarcón y de Juan Rodríguez Cabrillo que llegó más allá del paralelo 40° de latitud norte. Nuevos intentos de demarcación hasta latitudes aún más septentrionales, logros de Sebastián Vizcaíno y Henrico Martínez, así como fallidas empresas de explotación perlífera, son continuación —en un cuarto capítulo— del hilo de esta historia. Es en ese lapso, a lo largo del siglo XVII, cuando se difunde la falsa imagen de California como isla. Penetración y asentamiento definitivos en California, con acuciosas exploraciones por mar y tierra, obra de los jesuitas, es lo que, en suma, abarca el capítulo quinto. En él se trata del inicio de la recuperación de la imagen peninsular de California. La figura del padre Kino ocupa lugar prominente.

El último de los capítulos —el sexto— ofrece el cuadro de lo que fueron los postreros avances de los jesuitas hasta el momento de su expulsión, así como la definitiva expansión hacia la Alta California gracias al visitador José de Gálvez y al esforzado franciscano Junípero Serra. Se inician entonces las rivalidades internacionales —rusos, ingleses y españoles— en torno a la posesión del gran noroeste del Nuevo Mundo.

Así como en la *Introducción* a este libro se habla de las fuentes documentales y cartográficas en que se apoya la investigación, a su vez, en la sección intitulada *Conclusiones*, la atención se concentra ya en la forma cómo se logró, durante el último tercio del siglo XVIII, la definitiva imagen de las Californias y del noroeste americano hasta Alaska en la geografía universal. La complicada trama de crecientes intereses geopolíticos —con la entrada en escena de los anglo-americanos— es asimismo objeto de consideración. El libro se cierra con una reflexión acerca del presente y del posible destino de las Californias.

A los estudiosos de la geografía histórica, a quienes se ocupan del noroeste mexicano y de lo ocurrido a lo largo de los extensos litorales del septentrional americano en el Pacífico, e incluso a los que se sienten atraídos por los relatos de viajes y aventuras, interesará esta obra. Ilustrada ampliamente, incluye más de 100 mapas en blanco y negro y cerca de 50 en color, algunos de ellos en forma de encartes, de gran formato. Es así este libro un rico atlas con muestras de la cartografía universal de sumo interés.

Su autor, Miguel León-Portilla, investigador emérito en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, además de sus conocidas aportaciones en el campo de la cultura náhuatl, se ha ocupado también del tema de las Californias. Una muestra de ello lo ofrece la edición preparada por él de la *Historia natural y crónica de la Antigua California*, del misionero Miguel del Barco, trabajo que había permanecido inédito y que ilumina lo que fueron los últimos treinta años de actividad jesuítica en la península. Esa obra, recientemente reeditada (1988) y asimismo publicada en inglés, al igual que esta *Cartografía y Crónicas de la Antigua California*, contribuye en alto grado a valorar lo que ha sido y es la estrecha vinculación de México con la Baja y la Alta California.

